Dionisio Byler

Hablar sobre Dios desde la Biblia



HABLAR SOBRE DIOS DESDE LA BIBLIA

Dionisio Byler

Hablar sobre Dios desde la Biblia



Biblioteca Menno
Secretaría de AMyHCE
www.menonitas.org

ISBN: 978-1503056091

Para Gloria.

Verás la gloria de Dios —pero deberás descubrir tú misma qué es lo que eso quiere decir.

Contenido

Prólogo

Me aplico la alegoría de Jotam sobre las pretensiones monárquicas de su hermano Abimelec, hijo de Gedeón, en el libro de Jueces: Los árboles querían coronar a uno de ellos como rey; pero no consiguieron que el olivo ni la higuera ni la vid aceptaran la corona, y tuvieron que conformarse con la zarza.

Cuando hace algunos años me pidieron que escribiera una guía de «teología bíblica» para Taller Teológico, de la Facultad de Teología SEUT (El Escorial, España), mi primera reacción fue poner excusas. No me sentía la persona adecuada. Siempre me he sentido más un predicador que un teólogo. Un predicador pensante, desde luego, dispuesto a abordar sin miedo cualquier tema que suscita la vida vivida a la luz de las Escrituras. Pero creo que se nota en casi todo lo que he publicado, que escribo para edificar la Iglesia de Cristo, no como ejercicio puramente académico.

Cuando ponía excusas, sin embargo, me recordaron que Taller Teológico de SEUT está pensado, efectivamente, para uso en las iglesias, como guía para estudio en grupos. Precisamente lo que se pretendía, es que los contenidos no fuesen académicos e intelectuales, sino prácticos y comprensibles para cualquier lector medio de la lengua castellana. Así me desarmaron y no tuve más remedio que aceptar el encargo.

Cuando empecé el proyecto se me pidió una extensión concreta de material. Para cuando lo terminé, sin embargo, se había decidido reducir cada Taller a más o menos la mitad de lo inicialmente propuesto. Para el formato que al final ha tomado el Taller Teológico, entonces, este material se quedaba demasiado extenso.

Tampoco venía a cuento intentar reducirlo a la mitad, por cuanto, como observará el lector, serían demasiadas las cosas que se quedarían sin decir o explicadas de una manera exageradamente somera.

El resultado es que al final hemos optado por dar a este material el formato de un libro de lectura, publicado por Biblioteca Menno y desvinculado de Taller Teológico de la Facultad SEUT.

Sigo opinando que el estudio en grupo es el formato ideal para abordar estos materiales, puesto que las opiniones aquí vertidas nunca se concibieron como última palabra sino como material para impulsar el debate en grupos. Si estas fueran a considerarse como últimas palabras sobre cada tema, seguramente tendría que haber medido mucho más la expresión de mis opiniones en muchas cuestiones.

Hablar sobre Dios desde la Biblia

ENTRANDO EN MATERIA

En el transcurso de este estudio vamos a explorar qué es lo que supone «Hablar sobre Dios desde la Biblia». Quisiera empezar por resaltar tres cosas:

- «Hablar sobre Dios» viene a ser lo mismo que hacer teología, una palabra que así de golpe, impone un poco. Pero si hemos dicho que hacer teología es «hablar sobre Dios», descubrimos que hacer teología es tan inevitable para el creyente, como respirar. La cuestión no es nunca si vamos a hacer teología o no, sino si la teología que hablamos —que hablamos continuamente porque todo creyente habla sobre Dios— es el producto de pensar las cosas con esmero y detenimiento… o si va a ser cualquier cosa que se nos ocurra improvisar a bote pronto.
- Desde luego, podríamos utilizar la Biblia para «hablar de» otras muchas cosas. La historia de Palestina-Israel en el último milenio antes de Cristo. La evolución de la lengua hebrea a lo largo de mil años. Antropología bíblica: es decir, hablar acerca del hombre a la luz de la narrativa bíblica. Organización social y política en el mundo de la antigüedad. De hecho, acabaremos hablando de todas estas cosas y muchas más. En la Edad Media se consideraba que la Teología era la reina de todas las ciencias —y no iban mal encaminados. Hablar de Dios nos lleva inevitablemente a hablar de todo lo demás, porque todo lo demás sólo tiene sentido (para quien es creyente) en relación con Aquel que lo es todo en todo, eternamente y para siempre.
- Hay muchas maneras de abordar la teología. Podríamos realizar una teología sistemática, donde se intenta decir todo lo que es posible decir acerca de Dios, organizando los temas de una manera lógica y coherente. Podríamos hacer *teología filosófica*, donde quizá habría que empezar por elaborar una teoría del saber, a raíz de la cual definiríamos qué es posible saber acerca de Dios —y cómo sabemos que sabemos lo que sabemos acerca de Dios. Podríamos hacer

historia de la teología cristiana, donde nos dedicaríamos a estudiar la evolución del pensamiento cristiano acerca de Dios, fijándonos especialmente en el pensamiento de diversos pensadores famosos como Ireneo, Agustín, Tomas de Aquino, Lutero, Calvino, etc., y concluyendo con un muestreo representativo del pensamiento teológico cristiano contemporáneo.

Cualquiera de esas cosas es posible, desde luego —incluso importante. Hay cosas que se pueden decir desde una teología sistemática, con fundamento filosófico y un hondo conocimiento de la historia del pensamiento cristiano, que *es necesario* decir. No podemos en cada generación inventarnos alegremente desde cero la teología cristiana a partir de los textos bíblicos, como si el cristianismo no llevara dos milenios a sus espaldas. Pero desde una confesionalidad evangélica, cualquiera de esas cosas sería empezar la casa por el tejado (o al menos desde la planta baja). Los cimientos —el subsuelo— del pensamiento teológico evangélico ha de ser siempre la Biblia. Por eso vamos a «hablar sobre Dios» (hacer teología) «desde la Biblia».

Es decir que vamos a hacer *Teología Bíblica*.

Nuestra manera de abordar esta tarea será en principio la observación de textos bíblicos.

Ahora bien, esto significa que estaremos leyendo e interpretando documentos de una antigüedad tan remota, que la imaginación nos falla y solemos incurrir fácilmente en el error del anacronismo. El anacronismo sucede cuando ignoramos o restamos importancia a las diferencias entre una época y otra. En el sentido más superficial, resultan anacrónicos los cuadros de escenas bíblicas pintados en la Edad Media, donde el Rey David, por ejemplo, luce una armadura propia de un caballero medieval, o donde la Virgen María está ataviada a la última moda florentina. Es mucho más insidioso, sin embargo, el anacronismo con respecto a las ideas y la psicología y las motivaciones de las personas. Cualquiera de nosotros comprendería que incluso aunque tuviéramos un intérprete para traducirnos las palabras, sin embargo las ideas, creencias y manera fundamental de entender la vida de un indígena amazónico o de un campesino chino, nos resultarían profundamente extrañas. Tal vez, incluso, incomprensibles sin antes convivir con ellos algunos años. Y sin embargo nos parece tan natural leer la literatura de los hebreos de hace miles de años y pensar que nos estamos enterando de todo.

Supongo que un cierto grado de anacronismo es inevitable por el propio ejercicio de leer un libro antiquísimo en nuestros propios días y

pretender comprender algo, por poco que fuera. En cualquier caso, no está de más reflexionar que no siempre es necesario —acaso tampoco deseable— traer a nuestro mundo ideas arrancadas de un contexto tan lejano en el tiempo y tan distante en las formas de entender la vida. Al tratarse de documentos que nos devienen de un mundo tan extraordinariamente diferente que el nuestro, nos engañaríamos si pensáramos que tiene que ser fácil o automático entenderlos y saber cómo aplicarlos a nuestras propias vidas.

Concluido nuestro estudio, nos daremos cuenta que la tarea continúa. Pensar y hablar sobre Dios es una tarea que has empezado desde mucho antes de abordar este estudio. Vienes «hablando sobre Dios desde la Biblia» desde que primero te interesó la fe evangélica. De hecho, ya tienes muchas ideas y convicciones que reflejan tu conocimiento de los textos bíblicos. Y al final, hecha ya nuestra síntesis final, te quedarán muchas preguntas sin resolver y te quedarás con las ganas de explorar muchos aspectos de lo que se puede «hablar sobre Dios», que echarás en falta no haber abordado aquí. Empezaste a hacer teología bíblica mucho antes de iniciar la presente lectura… y seguirás con ello toda la vida.

UNA ADVERTENCIA:

Todo aprendizaje es un proceso de transformación personal.

Lo más difícil en los estudios no es aprender cosas nuevas sino atreverse a descartar lo que pensábamos saber. En su última conversación con Jesús, los discípulos seguían preguntándole si ese mismo día era por fin el de la restauración del reino a Israel (Hch 1,6). Después de tres años con Jesús, la «sana doctrina» de sus convicciones previas seguía estorbando su capacidad para asimilar lo que Jesús les había estado intentando enseñar. Por eso, si estás plena y absolutamente satisfecho/ satisfecha de las ideas que ya tienes acerca de Dios y sus propósitos para la humanidad, este estudio no es para ti.

En ningún momento se te obligará a cambiar tus opiniones y creencias; pero inevitablemente, en la medida que abordes estas lecturas con integridad y con sensibilidad al Espíritu de la Escritura, tendrás que hacer frente una y otra vez a la invitación a soltar amarras y abrir velas al Viento, sin saber muy bien adónde irás a parar. Serán sin duda muchas las ocasiones cuando al final sigas discrepando con el autor de esta guía; pero el propio esfuerzo por aclararte a ti mismo/misma por

qué, supondrá una evolución de tus opiniones… que ya no plantearás en exactamente los mismos términos que antes.

Estudiar la Biblia es sólo para los que afrontan la transformación personal con fe y esperanza. Si ese es tu caso, ¡Adelante! Pero si esta advertencia te suscita miedos y desconfianza, déjalo ya. Abandona ahora mismo, antes de que sea tarde.

Reconocimiento

Si no fuera por mis colegas en SEUT que pensaron en mí para el Taller Teológico en que se basa el presente libro, a mí jamás se me habría pasado por la cabeza abordar un trabajo como éste. Quiero mencionar especialmente a Antonio González, quien me lo propuso; a Osmundo Ponce, quien me animó y estimuló constantemente mientras escribía; y a Pedro Zamora, que tuvo la amabilidad de maquetar aquellos materiales para el Taller Teológico y sobre la marcha corrigió algunos errores.

Un libro de estas características y además a estas alturas de mi vida, supone una especie de síntesis de lo aprendido a lo largo de toda una vida. Tengo que agradecer aquí muy especialmente a quienes me enseñaron a razonar teológicamente. En primer lugar mi padre, Frank Byler, de cuyos sermones me nutrí durante la niñez y juventud. Quisiera mencionar algunos de mis profesores: John H. Yoder, Millard Lind, Willard Swartley, Gertrude Roten, Clarence Baumann, Jacob Enz, C. Norman Kraus, J. R. Burkholder. Mencionaría a otros también, pero su influencia en mí se observaría más en otras áreas que las estrictamente reflejadas en este libro. También he de mencionar a Juan Driver, su persona y sus escritos, por lo que ha aportado a mi manera de entender el evangelio.

No tengo palabras para agradecer a Dios por la iglesia menonita de Burgos, de la que fui pastor algún breve tiempo y que desde hace treinta años es donde lo expuesto en este libro deja las esferas de la teoría y se me hace práctica fraternal.

Durante décadas Mennonite Board of Missions y en el presente siglo su sucesora Mennonite Mission Network, con sede en Elkhart, Indiana, han tenido la visión y constancia de apoyar económicamente este ministerio, liberándome para escribir sin jamás ponerme ningún tipo de trabas en cuanto a sesgo ni temática. No es ningún secreto que este tipo de literatura no da para vivir; si no nos mantuviera la Iglesia, sería sencillamente imposible dedicarme a ello.

Mi esposa Connie, mis hijos y yernos y también mis nietos, han sido y siguen siendo una inagotable fuente de energía vital. La paciencia y el afecto inquebrantable de familia que siempre me han tenido, me aportan la serenidad necesaria para escribir.

Introducción a las traducciones

AL PREPARAR UNA VERSIÓN de este material como un libro que se tiene solo —al margen del estudio en grupos— una de las diferencias importantes es que trae impresos los textos bíblicos. El motivo de esto es sencillo, aunque luego realizarlo me ha llevado muchas más horas que lo que jamás imaginé.

Cuando el contenido de estos doce capítulos se aborda como una guía para estudio en grupo, es razonable imaginar que cada estudiante del grupo se esforzará por leer los textos bíblicos indicados. Así podrá aportar de suyo al debate en grupo, con conocimiento de causa. Pero en un libro leído a solas, es fácil saltarse esas lecturas de la Biblia. Muchas personas considerarán que tienen ya un conocimiento suficiente de la Biblia y sólo les interesará leer, en este caso, qué opina este autor sobre los diversos temas tratados.

Pero este autor quiere que se lean los textos bíblicos. Que se lean y mediten como por primera vez. Para ese efecto, no bastaba con imprimir una de las traducciones corrientes. Tenían que ser traducciones nuevas, diferentes; a veces chocantes, incluso provocadoras.

He preferido, entonces, traducir yo mismo todos estos textos desde el hebreo y el griego (y del arameo en el caso de Daniel). Lo he hecho con la esperanza de brindar así a mis lectores algún sobresalto que otro, algún giro tan extraño que se vean obligados a comparar con su traducción habitual. Cualquier cosa, con tal de impulsar una auténtica interacción con el texto bíblico.

Al realizar estas traducciones he topado constantemente con las limitaciones de mi conocimiento de las lenguas bíblicas. Como tengo el hábito de leer diariamente la Biblia en las lenguas originales, pensaba que esa comprensión más o menos rutinaria indicaba que sería relativamente fácil también la traducción. He descubierto que no entendía ni de lejos tanto como pensaba entender; y que la verdadera prueba de entender, es la capacidad de expresar cada idea adecuadamente en mi propia lengua. Desde hace años me vengo dando

por satisfecho con un «Lo entiendo» mental en mi lectura bíblica. Pero al traducir, descubro que lo que hay en juego ya no es solamente ni especialmente entender, sino adoptar toda una serie de decisiones acerca del significado, que desembocan en poder contarlo en mis propias palabras (en castellano).

He probado aquí toda la gama de estrategias posibles para la traducción. Desde un apego relativamente literalista al sentido exacto de las palabras en las lenguas originales, hasta un aventurarme a formular esa misma idea como la expresaría yo, si fuese el autor y no solamente un traductor. El resultado es bastante desigual en su exactitud, entonces. Si algún erudito de las lenguas bíblicas lee estas traducciones, tal vez desespere pensando que o no he entendido o bien he falsificado intencionadamente el sentido de estos textos. Lo primero —no haber entendido— es posible, ya lo vengo confesando. Lo segundo —falsificar intencionadamente— también es posible, pero no soy consciente de haberlo hecho. Habría sido en todo caso una intencionalidad subconsciente.

Uno de los aspectos donde estas traducciones pueden resultar un poco idiosincráticas, es los tiempos y las conjugaciones de los verbos hebreos. El sistema de conjugaciones del hebreo bíblico es muy diferente del sistema verbal castellano y aunque sin duda habrá quien discrepe rotundamente de mis interpretaciones, tachándome de ignorante, normalmente he considerado con cuidado cómo abordar cada caso; y cuando lo traduje así, me pareció sinceramente lógico. Otra cosa es que yo mismo, en otro momento, tal vez considere que sea más lógico en determinado versículo un futuro que un presente, por ejemplo. (Entre otras curiosidades, el tiempo de los verbos hebreos lo pone el contexto de la oración, no la propia conjugación.) Por otra parte, aunque la distinción entre el perfecto e imperfecto del verbo hebreo puede reproducirse en castellano, el resultado frecuentemente me ha parecido tan carente de interés, que he optado por expresar la acción como me parecía que mejor sonaba.

Luego también hay todo un reguero de palabras que sólo Dios y los escribas hebreos de antaño sabían de verdad lo que significan. En esos casos, normalmente he seguido aquí la guía de los diccionarios y otros traductores anteriores, sin aventurarme a adivinarlo por libre.

En algunos pasajes de «poesía» hebrea me he tomado especiales libertades. Decimos que esos renglones son «poesía» porque es lo que más se les parece. Son «poesía» en el sentido de que la elección de las palabras empleadas es extremadamente genial e inspirada. El poeta

juega con las palabras con un arte lingüístico incomparable y un hondo conocimiento del idioma, que es propio de mentes muy privilegiadas. El resultado en la Biblia Hebrea no tiene rima ni metro equivalentes a la poesía occidental; pero es idénticamente creativo, original, genial e inspirado. En algunos de estos pasajes, entonces, he intentado reproducir, por ejemplo, la extraordinaria brevedad de los renglones, donde una traducción literal exigiría muchas más palabras. No soy poeta. Pero uno hace lo que puede; y a veces he sacrificado la literalidad intentando imitar (malamente) el estilo.

También ha sido desigual mi traducción de nombres propios. A veces me he ceñido a cómo suenan en su lengua de origen; otras veces he utilizado los nombres como se dicen tradicionalmente en castellano («Jerusalén» y no *Yeruchaláim*, «Salomón» y no *Chlomó*); y otras veces he traducido el significado de nombres propios («Hogar Divino» en lugar de *Betel*).

El Nombre Divino, las cuatro letras tabú, *YHVH*, me ha exigido una decisión como a todos los traductores. Es habitual en la tradición cristiana escribirlo —y pronunciarlo— como se especula que se pronunciaba; pero observo que a veces en el Evangelio se indica que Jesús mismo daba rodeos: «El reino de los cielos» en lugar de «El reino de YHWH». No me parece que se sacrifica nada poniendo «el Señor», indicando así cómo en efecto se pronuncia esta palabra cuando se lee el texto hebreo en voz alta. Bueno, creo que he recurrido a veces también a poner «el Soberano». Esto es porque el concepto de soberanía me parece más comprensible, más próximo, que el de señorío.

Creo que he tardado algo así como dos años (a ratos, naturalmente) en preparar estas traducciones. El reto ha sido fantástico y la propia labor me ha producido un placer inmenso. Como en todas las cosas, supongo que el placer se corresponde directamente con el esfuerzo: dudo mucho de que a nadie más estas traducciones le produzcan ningún placer en particular.

Dicho todo esto, algunos seguramente se sentirán defraudados al descubrir que mis traducciones ponen más o menos lo mismo que la traducción que utilizan habitualmente. Al fin y al cabo, se trata siempre de traducir, no de remplazar un texto con otro.

Es necesario aclarar que estas traducciones se han preparado cuatro o cinco años después que el texto del libro. Tengo la impresión, al repasar aquel material, que solía basar mis comentarios en La Biblia de las Américas, la versión Reina-Valera (no sé de cual año), y tal vez alguna otra también. Observo que de vez en cuando en el propio texto de los

comentarios, elaboraba traducciones mías sobre la marcha. (Normalmente eso queda indicado con nota a pie de página.) Esas traducciones en absoluto tenían por qué coincidir con la traducción posterior que he preparado de los textos enteros.

No me ha parecido necesario ni útil revisar el resultado para hacer desaparecer las discrepancias y contradicciones. En mi humilde opinión, todas las traducciones son válidas con tal de que sean más o menos competentes; y con cualquiera de ellas podríamos llegar al final al meollo de las cuestiones planteadas en este libro. Y en cuanto a las contradicciones en mi manera de expresarme en un momento y después en otro, me parece que esto es tan propio de la condición humana que eliminarlas sería un insulto contra nuestro Creador. Porque él nos hizo, en esto también, a su propia semejanza. O al menos es lo que se deduce a poco que se lea la Biblia.

Capítulo 1.

Hablar sobre Dios a partir de narraciones

INTRODUCCIÓN

IMAGÍNATE QUE NO CONOCIERAS nada sobre el cristianismo, aparte del hecho de que es una religión cuyos adeptos basan sus creencias en un libro que consideran sagrado. ¿Qué clase de información sería lógico suponer que trae ese libro?

- Quizá un listado de las diversas virtudes y características propias de la deidad cristiana.
- Quizá un catálogo de las virtudes cristianas o de las conductas que tienen prohibidas.
- Quizá un libro de explicaciones sobre el porqué de la vida y qué es lo que sucede con el ser humano cuando muere.
- Quizá un manual con ritos y encantamientos poderosos, por los que controlar las fuerzas de la naturaleza y hacer alarde del poder del Dios de los cristianos.

Lo que tal vez jamás hubiéramos imaginado, es que la Biblia cristiana fuera una colección de obras literarias de muy diversos géneros, obras todas más o menos nacionalistas, que reflejan la experiencia de mil años de historia del pueblo judío. Obras literarias que en su gran mayoría ni siquiera mencionan a Cristo.

Puede que lo que más sorprende de la Biblia es el elevado número de sus páginas que son narrativas. Narraciones de todo tipo. Algunas claramente con intereses de historiografía nacional, donde incluso se mencionan los archivos y las reales crónicas de donde se recogen los eventos narrados. Otras narraciones se asemejan mucho más al cuento o a la novela. Algunas son de tipo legendario, sobre héroes con poderes excepcionales en un pasado remoto. También hallamos fábulas, mitos y parábolas, cuyo fin es claramente llevarnos a comprender una moraleja mucho más profunda que la superficie de lo que se cuenta.

Desde luego hay muchos otros géneros literarios en la Biblia, que no sólo los de narración. Pero la primera cosa que descubrimos al abrir la

Biblia cristiana, es que con ella nos remitimos a una manera de razonar que más que discurrir en abstracciones e ideas, reflexiona sobre experiencias vividas. La lógica del pensamiento bíblico, ante las preguntas más hondas de la humanidad, es la de contar historias, desde las que cada cual es libre de llegar a las conclusiones que le parezcan razonables.

Hacer teología nos va a exigir aprender a pensar sobre Dios narrativamente. Es la diferencia entre exponer algunas ideas abstractas o contar un testimonio.

Hacer teología bíblica, entonces, va a exigirnos, ante todo, aprender a pensar sobre Dios narrativamente. Es la diferencia entre exponer algunas teorías abstractas sobre la deidad o contar un testimonio.

En el fondo, esto mismo es lo que hacemos habitualmente.

Podríamos decir muchas cosas «acerca de» Dios. Cosas que hemos aprendido con la vida. Podríamos decir que «Dios es bueno», que «Dios es amor», que es justo, fiel, etc. Pero cuando nos encontramos ante la necesidad de explicar nuestra fe y experiencia de Dios a personas que no lo conocen, nosotros hoy día también solemos recurrir a contar nuestro «testimonio» de experiencias personales donde hemos vivido y experimentado en carne propia alguna de las cualidades de Dios. El «testimonio» es entonces la forma habitual y natural con que los cristianos comunicamos a otros nuestra fe. Nos damos cuenta que no somos quién para definir a Dios adecuadamente, pero que sí estamos perfectamente capacitados para hablar de lo que hemos vivido, sentido y conocido personalmente. Lo importante cuando testificamos, no es cerrar la reflexión sobre los hechos vividos con pronunciaciones definitivas acerca de naturaleza de Dios. No es necesario —antes bien, sería contraproducente—interpretar en demasía las experiencias que contamos. Mucho mejor es limitarnos sencillamente a describir lo que

hemos vivido, dejando que el propio relato de la experiencia deje ver o intuir al oyente cuáles son los rasgo de Dios que hemos experimentado.

TEMA 1. JOSUÉ 24,1-28

Yehosúa reunió a todas las tribus de Israel en Chequem y convocó a los ancianos de Israel y a los caciques y jueces y jeques, que se congregaron delante de Dios.

—Así dice el Señor Dios de Israel —dijo entonces Yehosúa a todo el pueblo—: Vuestros antepasados, es decir Teraj el padre de Abraham y de Najor, vivían antiguamente más allá del Éufrates y servían a dioses extranjeros. Pero yo tomé a vuestro antepasado Abraham desde más allá del Éufrates y lo hice andar por toda la tierra de Cna'án y multipliqué su descendencia al darle Yitsjak. Y a Yitsjak le di Ya'akov y Esav. A Esav le di los altos de Seír como propiedad, pero Ya'akov y sus hijos descendieron a Egipto.

—Entonces mandé a Moisés y a Aarón y asolé a Egipto con lo que hice entre ellos; y después os saqué de allí. Saqué a vuestros antepasados de Egipto y llegaron hasta el mar (el mar Rojo) y los egipcios los perseguían con carros de combate y caballería. Entones clamaron al Señor, que puso oscuridad entre vosotros y los egipcios. E hizo venir sobre ellos el mar, que los cubrió. Entonces visteis con vuestros propios ojos lo que hice con los egipcios.

—Después vivisteis en el desierto muchos años.

—Luego os traje a la tierra de los amorreos donde vivisteis al otro lado del Jordán. Ellos os combatieron pero yo os los entregué y poseísteis su tierra y los aniquilé ante vosotros. Entonces se levantó Balac hijo de Tsipor, el rey de Moab, para combatir contra Israel y mandó llamar a Bil'am hijo de Be'or para que os maldijera pero yo no quise escuchar a Bil'am. Entonces él os bendijo profusamente y así os libré de su mano. Luego cruzasteis el Jordán y llegasteis a Jericó. Y combatieron contra vosotros los dueños de Jericó, los amorreos y los ferezeos y los cananeos y los heteos y los gergeseos y los heveos y los jebuseos, pero yo os los entregué. Porque mandé delante de vosotros la picazón, que expulsó a dos reyes de los amorreos: no fue ni tu espada ni tu arco. Así os di tierras que nada os costaron, ciudades que no edificasteis donde ahora vivís. Os alimentáis de viñedos y olivares que no plantasteis.

—Y ahora respetad al Señor y servidle con integridad y fidelidad. Suprimid los dioses que servían vuestros antepasados más allá del Éufrates y en Egipto. Servid solamente al Señor. Pero si os parece mal servir al Señor, elegid vosotros hoy mismo a quién vais a servir, si a los dioses que servían vuestros antepasados cuando vivían más allá del Éufrates o si a los dioses de los amorreos en cuya tierra ahora vivís. Pero en cuanto a mí y mi familia, nosotros serviremos al Señor.

Entonces respondió el pueblo y dijo:

—¡Jamás nos pase abandonar al Señor para servir a dioses extranjeros! Porque el Señor nuestro Dios, él es el que nos sacó, a nosotros y a nuestros antepasados, de la tierra de Egipto y de cautiverio de esclavitud. Él es el que hizo ante nuestros propios ojos estas señales impresionantes, y nos guardó en todo el camino que hemos andado y en todos los pueblos por donde hemos pasado. Es el Señor el que echó de delante nuestro a todos los pueblos y a los amorreos que vivían en la tierra. Nosotros también serviremos al Señor, porque él es nuestro Dios.

Pero Yehosúa dijo al pueblo:

—No podéis servir al Señor, porque él es un Dios santo, un Dios celoso. Él no perdonaría vuestras rebeldías ni deslealtades. Porque si abandonáis al Señor para servir a dioses extranjeros, dará media vuelta y os hará mal hasta acabar con vosotros. El mismo que os hizo bien.

Y el pueblo dijo a Yehosúa:

—¡No! ¡Porque serviremos al Señor!

Entonces Yehosúa dijo al pueblo:

—Testigos sois contra vosotros mismos, de que habéis escogido para vosotros al Señor, para servirle.

Y ellos respondieron:

—¡Testigos somos!

—Pues entonces, suprimid los dioses extranjeros que tenéis entre vosotros e inclinad vuestro corazón ante el Señor, el Dios de Israel.

Y el pueblo respondió a Yehosúa:

—Al Señor nuestro Dios serviremos y a su voz obedeceremos.[1]

---

[1] Aquí y en lo sucesivo, las lecturas del texto bíblico que se proporcionan son mi propia traducción, con la finalidad de que se puedan leer como si por primera vez. Naturalmente, quien prefiera otra traducción, es libre de leer estos textos en su Biblia.

Una cosa curiosa que sucede cuando nuestra teología es narrativa, es decir, cuando se basa en narraciones —en este caso, las que leemos en la Biblia— es que cada persona ve lo que ve. Y otros ven otras cosas. Nunca se agotan las posibilidades ni hay nadie que pueda dar la «interpretación definitiva» de ningún relato bíblico. Las posibilidades que ofrecen los relatos bíblicos parecen infinitas. De ahí, por cierto, gran parte del secreto de la riqueza de la predicación cristiana. Todos los predicadores del mundo predicamos a partir de la misma Biblia y siempre parece que es posible volver a las viejas historias bíblicas y arrancarles algo nuevo y fresco y perfectamente aplicable para el día de hoy.

Una cosa curiosa que sucede cuando nuestra teología se basa en las narraciones que trae la Biblia, es que cada persona ve lo que ve. Y otros ven otras cosas.

En cuanto a estos versículos de Josúe 24, por ejemplo, mi primera observación sería la de que leyendo esta historia se deduce que Dios existe. Ahora bien, esto no es algo que se afirma rotundamente; no se defiende esa idea, no se dan argumentos racionales sobre la existencia de Dios. Sencillamente nos consta que si vamos a aceptar como válida esta historia, tenemos que aceptar su presuposición de que es así. La historia narrada sería incoherente si Dios no existiera. Pero esta observación —de que esta lectura «nos enseña» que Dios existe— no se le ocurre a todo el mundo cuando la lee. Es fácil leer esta historia sin reflexionar sobre la presuposición de fondo, de la existencia de Dios. Si puedo afirmar que esto está ahí en esta historia, tengo que reconocer también con toda naturalidad, que otros lectores tendrán una primera reacción y unas reflexiones iniciales que pongan la atención en otros aspectos de la narración. Este es uno de los secretos de la dinámica siempre fresca y original que conlleva la lectura de las narraciones bíblicas.

A continuación anoto algunas cosas adicionales que «veo» yo acerca de Dios, a partir de esta lectura (Josué 24,1-28):

El Dios de la Biblia es inseparable de su pueblo. Sólo es posible saber algo acerca de él, porque hubo un pueblo que se relacionó con él.

- Dios actúa en la historia humana. No es solamente (aunque también) un Creador o una Divina Providencia. Tampoco se limita a una existencia celestial donde lo que de verdad importa es lo eterno o lo inefable o lo infinito. Dios se interesa activamente en los asuntos de la humanidad e interviene decisivamente en esos asuntos. De hecho, aparte de su actividad en relación con la humanidad, no aprendemos aquí nada acerca de Dios. Es como si Dios ni si quiera existiese salvo en relación con la humanidad. Al participar activamente en la historia humana, Dios hace que esta nuestra historia humana sea, forzosamente, historia de salvación. El interés de Dios en los asuntos humanos y el desparpajo y la libertad con que interviene en nuestros asuntos, hace que la historia humana sea siempre una historia llena de esperanza. Una historia con posibilidades ilimitadas, abierta a la sorpresa, al aire fresco de lo que ayer pensábamos que era imposible y sin embargo hoy vemos con nuestros ojos y palpamos con nuestras manos.
- Dios habla. A lo largo y ancho de la Biblia esta es una de las características más constantes que observamos en Dios. No sólo participa en nuestra historia humana sino que se comunica con nosotros, dialoga con nosotros, nos hace saber qué es lo que piensa, qué es lo que opina sobre nuestras vidas y actividad. De momento observamos que habla por medio de un portavoz. Josué, en este caso, pronuncia las palabras que «habla» Dios. Ya habrá lugar más adelante para preguntarnos cómo saber si las palabras pronunciadas por un ser humano realmente son parlamento divino, qué quiere decir que alguien hable palabras de Dios, en qué sentido esas palabras humanas pueden entenderse o recibirse como que es Dios quien habla. Dejando esas preguntas a un lado de momento, sin embargo, vemos en esta lectura que Dios echa un discurso perfectamente comprensible a los que estaban presentes y escuchaban.

- Las palabras de Dios tienen contenidos específicos. En este caso, ofrecen un pacto, una alianza o acuerdo a dos partes, entre Dios y las tribus de Israel. Son palabras de salvación. En primera instancia, constituyen un recital de las obras de salvación ya realizadas por Dios a favor de Israel en el pasado. Pero el recuerdo de la salvación experimentada en el pasado tiene el efecto de fomentar la idea de que Dios volverá a salvar en el futuro. Las palabras de Dios son palabras de vida y de esperanza, de liberación y de salvación.
- Pero son también palabras que exigen compromiso. El pacto o la alianza que se ofrece no es entre partes iguales. Es un compromiso entre un soberano y sus súbditos. El papel del soberano es proteger y proveer. Por contrapartida, el papel de los súbditos es servir y obedecer. Curiosamente, no parece haber opción a no servir y obedecer a nadie. Está claro que quien no sirve y obedece al Dios de Israel, no es que se pueda dedicar a vivir a su antojo. Porque en ese caso estaría sirviendo y obedeciendo a sus antojos, que quedarían así endiosados ilícitamente —dioses falsos, cuyo servicio resulta siempre profundamente esclavizante. La elección, entonces, es o servir al Señor, el libertador y salvador, o servir a otros dioses opresores. Pero que quede claro que escoger al Señor tiene sus contenidos. En un futuro será posible comprobar fehacientemente si este pacto jurado hoy ha sido guardado o no.

♦ Dios forma un pueblo. Todo lo que podemos decir acerca de Dios a raíz de Josué 24, sólo es posible observarlo y decirlo porque hubo un pueblo que se relacionó con él. Puede que la salvación y el pacto de Dios con Israel sean también extensibles al resto de la humanidad (imposible precisarlo a partir de Josué 24). Pero lo que está claro es que si no fuese porque existió Israel y vivió y experimentó las cosas que vivió y experimentó, no tendríamos este capítulo de Josué (ni tampoco el libro de Josué ni la Biblia entera, de principio a fin). El Dios de la Biblia es inseparable de su pueblo.

Es imposible decir nada acerca de Dios, por lo menos del Dios de Josué 24, sin que lo que digamos acerca de Dios haya que decirlo oblicuamente: viendo y observando las experiencias de Israel y a partir de ahí deduciendo cómo es ese Dios de Israel.

La fuerza persuasiva de la opción que plantea Josué («Vosotros escoged: O servís al Señor o serviréis a los dioses que sirvieron vuestros padres») sólo es posible porque un pueblo en concreto —

empezando con Abraham y hasta tomar posesión de la tierra de Canaán— ha descubierto las virtudes del Dios al que sirven, que es un Dios de salvación y liberación, de protección y providencia.

Sin conocer al pueblo de Dios y *su historia particular*, sería imposible conocer a Dios.

Siglos más tarde Jesús hablaría de sus seguidores como una ciudad asentada sobre un monte, que todo el mundo ve —y viéndolo, alaban a Dios. Es siempre la misma idea: Dios no sería alabado de nadie si no hubiera un pueblo de sus seguidores que, por su historia y sus experiencias y una manera única y especial de vivir, ponen de manifiesto la existencia de Dios y la excelencia de sus virtudes.

- Dios es santo. En este capítulo (Josué 24), esta afirmación sobre Dios viene asociada con la de sus celos y su intolerancia de las rebeliones y los pecados humanos. Hablar de la santidad de Dios es hablar de algo misterioso, algo incontrolable. Dios es una fuerza íntimamente personal, positiva y libertadora —pero siempre viva, sobrecogedora, inefable, misteriosa, independiente, que impone respeto y hasta temor y espanto.

  Dios y el pecado son profundamente incompatibles. Son dos realidades irreconciliables. Como dos imanes alineados por sus polos iguales, cuanto más se aproximan Dios y el pecado, mayor resulta la fuerza del rechazo mutuo. Entonces toda la fuerza creadora y sustentadora, libertadora y salvadora de Dios, se vuelve destrucción asoladora: *«Porque si abandonáis al Señor para servir a dioses extranjeros, dará media vuelta y os hará mal hasta acabar con vosotros».*

- Dios está orientado hacia el futuro. Es curioso que una narración cuyos elementos fundamentales están tan amarrados en el pasado, sin embargo resulte tan orientada hacia el futuro. Y esta narración está orientada hacia el futuro porque el Dios que es uno de sus protagonistas principales (junto con Josué y con el pueblo de Israel) está tan anclado en sus propósitos para un mañana mejor. El propio rechazo del pecado es una promesa de un futuro mejor. La posibilidad de que Israel pacte con Dios y obedezca el pacto es una promesa de un futuro mejor. La posibilidad de rechazar dioses falsos y escoger al Señor es una promesa de un futuro mejor. Que Dios hable en lugar de guardar silencio es una promesa de un futuro mejor. Que Dios haya escogido a Abraham y salvado a Israel de la esclavitud en Egipto es una promesa de un futuro mejor. El Dios de Josué 24 no ve el futuro con pesimismo ni resignación, no lo ve con

temor a lo que pueda salir mal. El Dios de Josué 24 tiene planes, tiene proyectos, y se intuye que no va a descansar hasta hacerlos realidad.

> *El encuentro con Dios, obliga a posicionarse. No se puede ser neutral. Escuchar el evangelio y entenderlo exige una decisión.*

- Dios exige una respuesta. Un encuentro con Dios, donde Dios habla, obliga a posicionarse. No se puede ser neutral. El evangelio es terriblemente comprometedor. Escucharlo y entenderlo exige una decisión. Toda predicación de la palabra de Dios nos pone entre la espada y la pared y es imposible eludir la cuestión: O servís al Señor o serviréis a los dioses que sirvieron vuestros padres.

Esto suscita la idea de que la narrativa bíblica resulta curiosamente contemporánea con el lector. Leyendo sobre un episodio en un pasado lejano, donde unas tribus (que hoy sin lugar a dudas consideraríamos salvajes y primitivas) escucharon recitar la historia de sus antepasados en relación con su Dios, nosotros hoy acabamos interpelados por la misma elección a la que se ven forzados ellos. Nosotros también nos descubrimos obligados a escoger: ¿A quién serviremos? Y descubrimos que esa historia, esos hechos narrados, son nuestra historia. Y que el Dios que ofrecía entonces pactar con ellos, nos ofrece hoy pactar con nosotros. ¡Hoy!

Esto es algo harto curioso, para lo que no tengo explicación. Salvo, tal vez, que buena parte de lo que hemos deducido acerca de Dios a partir de Josué 24 sea, en efecto, cierto. Y que a través de los milenios su voz todavía habla —por aquellas mismas palabras— a los seres humanos que están dispuestos a escucharle y a pactar con él.

TEMA 2. SALMO 105

Leamos este salmo y consideremos con atención lo que es posible «hablar acerca de Dios» a partir de este recital —en forma de poema en este caso— de las obras de salvación divina experimentadas por Israel.

Dad gracias al Señor, apelad a su nombre,
haced conocer entre los pueblos sus proezas.

Cantadle, entonadle salmos,
estén en vuestra boca todas sus maravillas.

Presumid de su nombre santo,
alégrese la mente de los que buscan al Señor.

Buscad al Señor y su protección,
procurad su presencia constante.

Recordad sus maravillas que ha hecho,
sus prodigios y los juicios de su boca.

Oh descendientes de Abraham su siervo,
familia de Ya'akov, sus elegidos.

Él, el Señor nuestro dios,
en toda la tierra rigen sus juicios.

Se acordó siempre de su alianza,
de su palabra que decretó para mil generaciones;

que pactó con Abraham
y de su juramento a Yitsjak;

que estableció ante Ya'akov como estatuto,
ante Israel como alianza inacabable;

para decir: «A ti te daré la tierra de Cna'án
como territorio de vuestra herencia».

Cuando vuestro número era apenas algunos hombres,
como poca cosa y extranjeros de paso en ella

—que iban de país en país
y de un reino a otro pueblo—

no consintió que nadie los maltratara
sino que castigó por ellos a reyes.

«¡No toquéis a mis gobernantes
ni maltratéis a mis profetas!»

Entonces trajo hambre sobre la tierra,
toda barra de pan destruyó;

mandó por delante un hombre
vendido a esclavitud: Yosef.

Cuando sujetaron con grillos sus pies,
el hierro le entró hasta el alma.

Hasta que se cumplió lo que dijo,
la palabra del Señor lo puso a prueba.

El rey mandó y lo soltó,
el amo de las naciones le abrió la puerta.

Lo puso como señor de su palacio
y amo sobre todo lo que tenía;

para disciplinar a los nobles a su antojo
y aleccionar a los ancianos.

Entonces entró Israel en Egipto
y Ya'akov emigró a la tierra de los africanos.

[El Señor] hizo que su pueblo fuera muy fecundo,
los hizo más numerosos que los propios egipcios.

Les cambió la opinión para que odiaran a su pueblo,
para que tratasen engañosamente a sus siervos.

Envió a Moshé su siervo,
a Aharón, a quien escogió.

Estableció en ellos palabras para sus milagros,
y prodigios en la tierra de los africanos:

Mandó oscuridad y oscureció,
pero no, se rebelaron contra sus palabras.

Les cambió el agua en sangre
y sus peces murieron.

Pululó su tierra con ranas
hasta en los aposentos reales.

Habló y vinieron tábanos,
hubo mosquitos en todo su territorio.

Les dio granizo en lugar de lluvia,
relámpagos de fuego en toda su tierra.

Arrasó sus vides y sus higueras
y destruyó los árboles de su territorio.

Habló y aparecieron saltamontes
e insectos innumerables;

se comieron toda la vegetación de su tierra
y devoraron el fruto de su país;

Mató a todos los hijos mayores de su tierra,
las primicias de la virilidad de todos ellos.

Los sacó de allí con oro y plata
y de sus tribus nadie ni tan siquiera tropezó.

Se alegraron los egipcios al verlos marchar
porque había caído sobre ellos su terror.

Extendió una nube a manera de cortina
y fuego para iluminarles la noche.

Al pedirlo, les mandó codornices
y los sació con pan del cielo.

Abrió la roca y manó agua abundante,
un río que fluyó por el desierto.

Puesto que se acordó de su palabra sagrada
a Abraham su siervo,

sacó a su pueblo con gozo,
a sus elegidos con jolgorio.

Entonces les dio los territorios de las naciones
y les hizo poseer el fruto del trabajo de los pueblos,

para que cumplieran con sus obligaciones,
ateniéndose a sus instrucciones.

Alabad al Señor.

- Una vez más, la *existencia* de Dios es algo que ni se argumenta ni se explica. Es un dato sin el cual todo lo demás carece de sentido; tan obvio desde la perspectiva de la espiritualidad del salmista, que estoy seguro que él se sorprendería de que ahora estemos observando y destacando ese dato. De hecho, por mucho que me estruje la sesera, no se me ocurre ningún pasaje de la Biblia donde se explique cómo es que sabemos que Dios existe. Esta es una muestra —pero los ejemplos abundan— de que la lectura de la Biblia nos invita a adoptar un posicionamiento vital próximo al de la propia Biblia. La Biblia nos invita a adentrarnos a su mundo, a sus convicciones vitales, a su fe y esperanza. Pero lo hace sin que sus autores fueran conscientes de ello. Esos autores no intentan convencernos de que sea posible ni necesario creer en Dios, porque jamás podrían haber imaginado —ni hubieran sido capaces de comprender— que alguien pusiera en duda la existencia de Dios.

- En el versículo 3 se vuelve a mencionar la idea de la santidad. En Josué 24 veíamos que la idea de la santidad de Dios producía pasmo y «temor de Dios», en conexión con la posibilidad del castigo de los pecadores. Desde luego no son esos los sentimientos que despierta aquí. La reacción ahora es de alegría, orgullo y satisfacción.

Los autores bíblicos no intentan convencernos de que sea posible ni necesario creer en Dios. ¡No podrían haber imaginado que alguien pusiera en duda su existencia!

- Observamos en este salmo, muy fuerte y reiterada, la idea de que Dios *promete* y *cumple* lo prometido. Dios guarda su palabra.
- Estrechamente relacionada con la idea de promesa y cumplimiento, está en este salmo la idea (otra vez) del pacto o la alianza con Dios. Curiosamente, aquí el pacto parece unilateral. Sabemos cuál es la parte del pacto que afecta a Dios, puesto que él ha cumplido lo que prometió. Parece que hay distintos tipos de pacto posible con Dios. Uno de esos tipos parece constituir sencillamente una elección divina, una elección incondicional —y además, sin explicar. Dios escoge a Abraham, pacta ser su Dios y el de su descendencia «por mil generaciones» (es decir, eternamente), luego cumple su parte del trato, pase lo que pase.

  Con todo, hay algunos indicios en este salmo, de lo que pudo ser la parte correspondiente a Israel en este pacto. Para empezar está la propia invitación o exhortación del salmo a *recordar.* Recordar las obras de Dios significa cultivar una actitud de agradecimiento y el humilde reconocimiento de haber *recibido* lo que por las propias fuerzas de uno, jamás habría podido conseguir. Recordar las obras de Dios es fundamentalmente reconocer a Dios como Dios y a nosotros como dependientes de su magnanimidad divina. También hallamos la exhortación final a cumplir los estatutos impuestos por Dios (aquí he

traducido «las obligaciones») y atenerse a sus instrucciones para la vida.

Desde luego, la idea de que el propio Dios sea el origen del mal y no solamente del bien, provoca unas reacciones iniciales de desconcierto y desasosiego.

- En el versículo 25 tenemos una idea inquietante, no desarrollada aquí pero sí desarrollada en el relato de los hechos que tenemos en el libro de Éxodo, de que Dios mismo es, personalmente, el origen no sólo de lo bueno sino de lo malo que acontece a la gente. El versículo 19 contiene una idea parecida en cuanto a José, de quien afirma que los muchos sufrimientos de su juventud fueron una prueba de parte de Dios.

  Observamos, paralelamente, que los prodigios que celebra Israel en este salmo tienen efectos terriblemente devastadores sobre los egipcios. Efectos no muy bien explicados ni justificados en el salmo. Lo contado en los versículos 26-38 parece inquietantemente desproporcionado con relación a la ofensa cometida por los egipcios en el versículo 25. Ofensa («aborrecer», «pensar mal» contra Israel) que, aparte de que no parezca muy importante, de todas maneras resulta inevitable para los egipcios: fue Dios quien les «cambio el corazón», creando en ellos esta nueva actitud negativa.

  Desde luego, la idea de que el propio Dios sea el origen del mal y no solamente del bien provoca unas reacciones iniciales de desconcierto y desasosiego. ¿Cómo hemos de entender eso?

  El salmista (como el autor del relato de Éxodo, en el que se basa) probablemente sintió que las únicas alternativas que le quedaban serían (1) o admitir que además de Dios hubiese uno o varios contradioses o antidioses negativos, negando en efecto que Dios sea Uno; o (2) admitir que las personas (Faraón, los egipcios, etc.) tienen la suficiente autonomía con respecto a Dios, como para perjudicar gravemente a los elegidos que Dios ha prometido proteger, negando,

en efecto, que Dios sea capaz de cumplir su parte de lo pactado. Ninguna de esas alternativas resultaba compatible con lo que el salmista quiere que alabemos y celebremos aquí: un Dios absolutamente soberano, que controla *todo* lo que sucede a su pueblo escogido.

Como nos sucederá muchas veces en la lectura bíblica, un único relato no suele bastar para solucionar todas las inquietudes que suscita. Nos faltan datos. Nos faltan otros relatos que cuenten otras cosas o las cuenten desde otro prisma.

Inevitablemente, a la vez que otros relatos bíblicos vayan explorando el tema del origen del mal —y la complicidad que pueda o no tener Dios con el mal— acabaremos descubriendo que esta manera de razonar, la de contar una variedad de historias que todas ellas iluminan un aspecto distinto de la cuestión, nos dará resultados de una enorme riqueza y complejidad. Resultados que con otra manera de razonar nos parecerían contradictorios o incoherentes, pero que no son en absoluto incoherentes desde la manera de razonar que es propia de la Biblia.

¿Es posible que exista mal y maldad que escape al control y la voluntad de Dios? No, eso no es posible si estamos celebrando —como aquí— el poder salvador y libertador de Dios y su capacidad absoluta para proteger a sus elegidos. Pero sí, es posible que haya mal que Dios no provoca, si estamos explorando —como Santiago en su carta— la experiencia de las primeras comunidades cristianas, de que «Dios es luz y no hay ningunas tinieblas en él» y que «Dios ni es tentado del mal ni tienta a nadie al mal».

La experiencia de aquellas comunidades cristianas que da pie a esta afirmación es tan válida y tan cierta como la experiencia de la liberación de Egipto. Y aunque estas verdades parezcan contradictorias entre sí, solamente son contradictorias si intentamos analizarlas con otro tipo de razonamientos que los típicos razonamientos bíblicos, que son los razonamientos propios de la *reflexión sobre experiencias vividas.*

En nuestra próxima sección, sobre el Salmo 106, veremos otra manera muy diferente de explicar el mal que se sufre en la vida humana.

♦ Aunque la Biblia empieza con el relato de la creación, nosotros hemos empezado por ver algunos de los relatos de la historia de Dios con su pueblo. Antes de redactarse el libro de Génesis, Israel ya se sabía en

relación con Dios y podía afirmar algunas cosas importantes acerca de Dios en relación con el mundo.

Ya hemos visto que aunque Dios es «el Dios de» un pueblo concreto, también es en cierto sentido el Dios de las demás naciones, a quienes puede utilizar conforme a los propósitos que a él le parezcan bien. Desde luego, Dios figura en este salmo como eminentemente soberano no sólo sobre su propio pueblo escogido, Israel, sino sobre los egipcios y «los países», sobre sus tierras, sus cultivos y «el fruto de sus labores». Dios parece poseer autoridad y poder para disponer libremente de todo ello.

TEMA 3. SALMO 106

Leamos ahora este salmo, volviendo a centrar la atención en lo que es posible «hablar acerca de Dios»; en este caso, desde otro relato en formato poético o musical.

Alabad al Señor.
Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque su generosidad de ánimo es eterna.

¿Quién contará las proezas del Señor,
hará escuchar todas sus gestas?

¡Benditos los que se ciñen a la justicia,
los que hacen lo justo en todo momento!

Acuérdate de mí, Señor, cuando favoreces a tu pueblo,
tenme en cuenta cuando tu salvación,

para que vea el bien de tus elegidos,
para que me alegre con la alegría de tu nación,
para que pueda presumir con los tuyos.

Hemos ofendido, lo mismo que nuestros padres;
hemos actuado mal, somos culpables.

Nuestros padres en Egipto
no comprendieron tus prodigios;
no recordaron lo inmensa que es tu generosidad de ánimo,
y fueron rebeldes junto al mar, el mar Rojo,

cuando los salvó por causa de su Nombre
para dar a conocer su fuerza.

Regañó al mar Rojo y lo secó
y los hizo andar por lo hondo como si fuera un desierto.

Los salvó del poder del que los odiaba
y los libró del poder del enemigo.

Entonces las aguas cubrieron a los que los ponían en aprieto;
detrás de ellos no quedó ni uno.

Por eso creyeron sus palabras
y entonaron su alabanza.

Pero a toda prisa olvidaron lo que él hizo:
no aguardaron a ver qué les aconsejaba.

Se inflamaron de deseos en el desierto
y lo pusieron a prueba en el yermo.

Pero él les dio lo que pedían
y se hartaron hasta el alma de lo que les mandó.

Después hubo envidia de Moshé en el campamento
y de Aharón, el consagrado al Señor.

Entonces se abrió la tierra y engulló a Dathán
y cubrió a los socios de Abiram.

Ardió el fuego entre los socios de ellos
y las llamas incineraron a los culpables.

En Horeb se fabricaron un becerro
y se inclinaron en adoración ante la obra de fundición.

En lugar de su gloria sustituyeron
la imagen de un toro que come hierba.

Se olvidaron del Dios de su salvación,
que hizo cosas grandes contra Egipto;

cosas maravillosas en la tierra de Jam,
notabilísimas donde el mar Rojo.

Dijo que los estaba por destruir;
excepto que Moshé, su elegido,

se puso en la brecha en su presencia
para calmar la rabia con que los iba a aniquilar.

Luego despreciaron la tierra deseable
y desconfiaron de su palabra

y se quedaron murmurando en sus tiendas
—no quisieron escuchar la voz del Señor.

Por eso él levantó la mano contra ellos [jurando]
que los haría caer en el desierto

y que haría caer sus descendientes entre las naciones
y que los esparciría entre los países.

Pero se vincularon a Ba'al de Pe'or
y comieron los sacrificios de los muertos;

irritaron al Señor con sus obras
y se extendió contra ellos una plaga.

Entonces se interpuso e intervino Pinjás
y se detuvo la plaga.

Esto le valió como justicia
por todas las generaciones para siempre.

Además lo provocaron sobre las aguas de Merivá
y por culpa de ellos le fue mal a Moshé;

porque le provocaron un aliento amargo
y con sus labios habló mal y pronto.

No aniquilaron a los pueblos
que el Señor les había indicado;

al contrario, se mezclaron con las naciones
y aprendieron lo que ellos hacían.

Se esclavizaron a sus ídolos,
que resultaron serles una trampa.

Así que sacrificaron sus hijos
y sus hijas a demonios,

derramando sangre inocente
—la sangre de sus hijos e hijas que sacrificaron
a los ídolos de Cna'án—
y profanaron la tierra con sus sangres.

Se mancillaron con sus acciones
y corrompieron con sus obras.

Entonces se encendió la ira del Señor contra su pueblo
y los que le pertenecían le provocaron nauseas.

Los entregó a ser dominados por las naciones
y los sometieron quienes los detestaban.

Los oprimieron sus enemigos
y fueron humillados bajo su dominio.

Los libró muchas veces,
pero ellos no quisieron tener en cuenta sus consejos
aunque habían caído por culpa de su maldad.

Pero los vio angustiados
y atendió a sus plegarias

y se acordó de su pacto con ellos
y se apiadó —porque es inmensa su compasión.

Entonces los entregó a compasión,
en presencia de todos los que los tenían cautivos…

¡Sálvanos, Señor Dios nuestro,
y recógenos de entre las naciones
para confesar el nombre de tu santidad,
para que nos ufanemos en tus alabanzas!

«Bendito es el Señor Dios de Israel desde ahora y para siempre».
Y todo el pueblo dice: «Alabad al Señor».

Una vez más, los puntos a continuación no tienen por qué tomarse como reflexiones superiores a las tuyas. Cada cual ve lo que ve en los relatos bíblicos. En todo caso es útil e interesante comparar lo que unos y otros vamos descubriendo, aunque sin privilegiar estos párrafos impresos a continuación, sobre lo que tú hayas meditado a raíz de este salmo.

Que Dios es misericordioso era algo que hacía falta decir. Que su misericordia sea eterna, es algo que hay que celebrar.

- Aquí aparece desde el principio un concepto que también podríamos haber anotado con relación a Josué 24 o el Salmo 105: el de la *misericordia eterna* de Dios.

  Dios no es sólo poderoso, soberano y controlador (tal vez hasta «manipulador», a tenor de cómo se sufren desde la perspectiva de los egipcios o los cananeos las experiencias relatadas en Josué 24 y el Salmo 105). También es misericordioso. Y de su misericordia se dice que dura para siempre.

La misericordia de Dios no es un aspecto secundario de Dios ni carente de importancia. Como la fidelidad eterna al pacto en el Salmo 105, su misericordia no sólo es un rasgo eterno de Dios sino que es algo que hay que decir expresamente. En el mundo bíblico no era posible imaginar que Dios no exista, por lo cual hemos observado que nunca hacía falta decirlo. La existencia de Dios se puede dar por comúnmente aceptada por todos los mortales. Pero que Dios sea misericordioso, ¡ah!, esto hay que decirlo. Y que su misericordia sea para siempre, ¡esto hay que celebrarlo con aleluyas!

Las reacciones e intervenciones de Dios siempre están perfectamente sintonizadas con la realidad del instante. En ningún momento se queda Dios desfasado, irrelevante o descompasado con respecto a su pueblo.

Esto es algo que no se puede esperar que sea comúnmente aceptado por todos los mortales. De hecho, si vamos a construir teología a base de experiencias, no todas las experiencias humanas parecen confirmar que Dios sea eternamente misericordioso. Hay experiencias de juicio y condenación, de retribución por males cometidos, donde no es nada obvia la misericordia eterna de Dios. Hay experiencias de sufrimiento sin causas aparentes, injusticias de bulto que parecen reñidas con la existencia de un Dios que sea eternamente misericordioso.

- De hecho, resulta un poco sorprendente y chocante el que este salmo empiece con esa proclamación de la misericordia del Señor que es para siempre. El contenido del salmo parece más bien un recital de los diferentes castigos recibidos a lo largo de la historia. De hecho, parece que a raíz de este salmo sería necesario apuntar que además de misericordioso y compasivo, Dios es justo o incluso iracundo. En

ningún caso la ira o irritabilidad divina o sus deseos de castigar y aniquilar serían caprichos divinos. No tenemos aquí la idea de un Dios lejano e inescrutable. No tenemos aquí la idea de que el sufrimiento humano sea inexplicable, un misterio insondable. La experiencia recopilada de los muchos incidentes diferentes narrados en el salmo, parece indicar que Dios no destruye sin ser provocado a ello, que Dios no se enfada sin motivos perfectamente comprensibles. Al contrario, la ira de Dios es justa, lógica y previsible. Sin esa ira y esos castigos, el mundo volvería a su estado caótico primigenio. Estaríamos condenados a una existencia sin reglas ni moral ni justicia.

Volvemos así a la idea del pacto o alianza entre Dios e Israel. Dios ha cumplido su parte de lo acordado. Ha actuado él primero, cumpliendo sus promesas e interviniendo reiteradamente como salvador. Pero el pueblo ha violado reiteradamente la condición estipulada para ellos, a saber, que Dios los elige y consiente en ser su Dios, con tal de que ellos lo elijan y consientan en ser su pueblo en exclusiva.

♦ Según este salmo, Dios padece estados de ánimo cambiantes. Dios parece aquí temperamental y voluble. La conducta de su pueblo provoca en él sentimientos, actitudes e intervenciones constantemente diferentes. Dios es influenciable. Así como el pecado suscita su ira, unas palabras bien dirigidas pueden aplacar su ira y despertar su perdón. La intercesión de Moisés lo pueden mover al arrepentimiento de su intención asesina, influenciándolo a tiempo a desistir, antes de consumar su acción aniquiladora.

Desde luego, si estuviésemos haciendo otro tipo de teología, esta no sería una de las cosas que anotaríamos en una primera lección sobre los rasgos de Dios. Si estuviésemos pensando en abstracciones filosóficas, enfatizaríamos la inmutabilidad, estabilidad e impasibilidad eterna de Dios. Pero en ese caso no podríamos explicar muy bien qué sentido tendría orar e interceder ante Dios. Si Dios es de todas maneras inflexible e impasible, si no padece el furor de las emociones pasajeras ni la capacidad de dialogar y escuchar o incluso arrepentirse, ¿qué esperanza hay de que nuestro clamor sirva para nada? Las experiencias vitales narradas en este salmo, sin embargo, nos indican que la ira de Dios puede ser transitoria y pasajera, que nuestro llanto lo conmueve a compasión, que nuestra debilidad despierta su ternura. Así como no hay adulto (no ningún adulto medianamente maduro, normal y moral) capaz de aguantar el llanto de un bebé sin sentirse obligado a intervenir para consolarlo,

protegerlo y atender a sus necesidades, así ha vivido Israel los sentimientos protectores y providentes de Dios.

Este salmo no llama a Dios con el apelativo de «Padre», pero el efecto es el mismo, especialmente si concebimos de la humanidad como relativamente infantil e inmadura con relación a él. Como niños capaces de travesuras y diabluras realmente malvadas —pero a la vez capaces también de una inocencia y un arrepentimiento que se deshace en lágrimas— así es Israel con Dios. Y Dios responde como corresponde a un adulto maduro ante tanta inmadurez cambiante. Responde adaptando su respuesta a la realidad momentánea y pasajera de cada instante en la vida de Israel. En un momento, haciendo llover sobre Israel castigos ejemplarizantes; y al instante, movido a la compasión por el llanto desconsolado que su castigo ha provocado.

Dios no es inmutable, lejano, distante e inflexible, entonces, pero tampoco es caprichoso. El enorme abanico que abarcan sus reacciones e intervenciones, siempre están perfectamente sintonizadas con la realidad del instante. En ningún momento se queda Dios desfasado, irrelevante, descompasado con respecto a su pueblo.

♦ Por eso Dios no podría ser justo si no fuese a la vez, eternamente, misericordioso y compasivo. Su justicia y misericordia son dos caras de una misma moneda, dos aspectos de una misma realidad. La justicia retributiva, el castigo iracundo, dejan de ser justos desde el momento que su pueblo clama a él pidiéndole salvación y arrepentidos de sus pecados. Ante esta nueva situación en la relación, la única manera de ser justo es ser misericordioso y por tanto perdonar.

La justicia y misericordia de Dios son la misma cosa. Cuando una raza o una etnia vive sometida a esclavitud y clama a Dios, es justo que Dios intervenga para salvarlos, sería injusto no socorrerlos. La esclavitud nunca es justa, no es una manera justa de relacionarse los seres humanos. Entonces *por su misericordia*, Dios los salva de Egipto. Pero la emancipación en masa de grandes números de esclavos nunca sucede pacíficamente. Así, los mismos hechos que Israel experimenta como *misericordia* y salvación, perdón y vida, Egipto los vive como *juicio* y condenación, castigo y muerte. Es un mismo evento, que se puede interpretar como *misericordia* y también como *juicio*, según se sea israelita o egipcio.

La justicia y misericordia de Dios son entonces la misma intervención divina, vista desde distintos ángulos.

Los sentimientos que se atribuye aquí a Dios son humanos. Sólo así podemos concebirnos en relación con él.

- Los sentimientos que este salmo atribuye a Dios son puramente antropomórficos. Es posible —en teoría, en abstracto— que a Dios lo muevan otros factores que no la ira, la irritación ante la provocación, la compasión o la ternura. Estos son sentimientos humanos, sin embargo, y es inevitable que si entendemos que *Dios se relaciona con nosotros*, interpretemos humanamente, antropomórficamente, los sentimientos que esa relación suscita en Dios. Si no pudiésemos hacer esto, Dios nos resultaría incomprensible; y una relación íntegra con él nos resultaría imposible e inimaginable.

  Otro sentimiento humano que resulta muy visible a lo largo de este salmo, es el sentimiento del honor y la honra por una parte, el agravio moral o la injuria por otra. En muchas culturas humanas, el individuo se entiende a sí mismo desde el punto de vista de los demás. Si todos piensan que alguien ha hecho algo feo e inmoral, siente tanta vergüenza como si lo hubiese hecho de verdad. Por contrapartida, mientras nadie se dé cuenta de su inmoralidad, sigue tan tranquilamente con su vida y no pasa ni un instante de vergüenza. La vergüenza (o la honra) no es el resultado de hechos con

  retos constatables, sino de la opinión que los demás tienen de uno.

Desde esta manera de entender la vida, Dios sólo puede gozar de su rango y prestigio como tal Dios, si hay quienes le adoren, alaben y aclamen como su Dios. Si no hay quien honre, exalte, bendiga y alabe a Dios, el resultado es que Dios carece de su honra y honor y prestigio divinos. En el Salmo 106 vemos un interés en la dignidad del «nombre» de Dios. Para entender el concepto, quizá deberíamos hablar del «renombre» de Dios, es decir, su fama. Es un concepto importantísimo para los autores bíblicos.

TEMA 4. HECHOS 6,8-8,4

Nuestra próxima relación de los hechos de la historia de Israel se encuentra dentro de otra narración que hace de marco de referencia que explica por qué se hace memoria de esa historia. Algo así como nuestro primer caso, Josué 24, donde la ocasión para contar la historia era el llamamiento a renovar el pacto con el Señor. Esa narración marco es importante y es importante recogerla en toda su amplitud, porque explica el sesgo que toma la narración de aquella misma historia en esta ocasión en particular. Por eso nuestra próxima lectura bíblica será relativamente extensa.

> *Estéfanos, lleno de gracia y poder, hacía milagros y señales importantes entre la gente. Entonces se levantaron algunos de la sinagoga conocida como «de los emancipados» —de Cirene y Alejandría y Cilicia y Asia— para discutir con Estéfanos. Pero no pudieron prevalecer contra la sabiduría y el aliento con que hablaba. Entonces metieron de por medio a unos que dijeron: «Le hemos oído decir palabras injuriosas contra Moisés y contra Dios». Conmocionaron a la gente y a los ancianos y a los escribas. Se presentaron y se lo llevaron a la fuerza a la Junta. Entonces presentaron testigos falsos que declararon: «Este hombre no para de hablar contra este santo lugar y contra la ley; porque lo hemos oído decir que Jesús el Nazoreo destruiría este lugar y trastocaría las costumbres que hemos recibido de Moisés». Y fijándose en él, todos los que estaban sentados en la Junta vieron que su cara era como la de un ángel.*
>
> *Entonces dijo el archisacerdote:*
>
> *—¿Esto es así?*
>
> *Y él respondió:*
>
> *—Caballeros —hermanos y padres— oídme. El Dios de la gloria se mostró a nuestro antepasado Abraam cuando estaba en la Mesopotamia, antes de que se estableciera en Jarrán y le dijo: «Sal de tu tierra y de tu parentela y vete a la tierra que te mostraré». Entonces se marchó de la tierra de los caldeos y vivió en Jarrán. A la postre, cuando murió su padre, se estaleció en esta tierra donde vosotros vivís ahora. Pero Dios no le dio poseer en ella ni siquiera donde apoyar un pie aunque le prometió dársela a él y a su descendencia como posesión». No tenía ningún hijo, pero Dios le dijo que su descendencia viviría en otra tierra, donde serían esclavos maltratados, durante cuatrocientos años. «Pero yo personalmente castigaré a los que esclavizan —dijo Dios— y entonces saldrán y me adorarán aquí mismo». E hizo con él una alianza*

de circuncisión; y así tuvo a Isaak y lo circuncidó al octavo día; e Isaak a Yakov y Yakov a los doce patriarcas.

—Y los patriarcas envidiaron a Josef y lo entregaron a Egipto pero Dios estuvo con él y lo libró de todas sus desdichas y le dio gracia y sabiduría ante Faraón, rey de Egipto, y lo puso como gobernador de Egipto y sobre todas sus propiedades. Hubo a la sazón una hambre sobre todo Egipto y Canaán y enorme sufrimiento y nuestros antepasados no hallaban qué comer. Oyendo entonces Yakov que había trigo en Egipto mandó una primera vez a nuestros antepasados. Y a la segunda, Josef se dio a conocer a sus hermanos y se informó Faraón de la familia de Josef. Entonces mandó Yosef llamar a Yakov su padre y toda su parentela, un total de setenta y cinco almas. Y descendió Yakov a Egipto y murió allí, así como nuestros antepasados. Y lo trasladaron a Syjem y lo inhumaron en el sepulcro que compró Abraam de los hijos de Hemmor en Syjem.

—Conforme se acercaba el tiempo de la promesa que juró Dios a Abraam, aumentó el puebo y se multiplicó en Egipto, hasta que ascendió otro rey sobre Egipto que no conocía a Yosef. Éste actuó con artimañas contra nuestra raza y maltrató a nuestros antepasados para obligarlos a abandonar a sus bebés para no criarlos. En aquella época nació Moisés y agradó a Dios. Fue amamantado durante tres meses en casa de su padre pero cuando hubo que abandonarlo, lo salvó la hija de Faraón y lo adoptó como hijo suyo. Así fue como Moisés fue instruido en todas las ciencias de los egipcios y fue un hombre poderoso de dicho y hecho.

—Cumplidos ya los cuarenta años, se le ocurrió inspeccionar a sus hermanos los descendientes de Israel. Como vio a uno que estaba siendo maltratado, castigó e hizo justicia al maltratador, matando al egipcio. Él se imaginaba que se darían cuenta sus hermanos que Dios, por medio de su fuerza, les brindaba salvación; pero ellos no se enteraron. Al día siguiente vio que se peleaban y los instó a hacer las paces diciendo: «¡Caballeros! ¡Sois hermanos! ¿Por qué os maltratáis uno a otro?» Pero el que maltrataba a su compañero resistió contra él diciendo: «¿Quién te puso como príncipe y juez sobre nosotros? ¿Acaso pretendes matarme como mataste ayer al egipcio?» Al oír esto Moisés, entonces, huyó al destierro a la tierra de Madiam, donde tuvo dos hijos.

—Al cabo de cuarenta años se le apareció un ángel en llamas de fuego de una zarza, en el desierto del monte Siná. Moisés se sorprendió de lo que veía; y al acercarse para observarlo, hubo una voz del Señor: «Yo soy el Dios de tus antepasados, de Abraam, Isaak y Yakov». Moisés

se puso a temblar y no se atrevió a mirar. Pero el Señor le dijo: «Descálzate, que el lugar donde estás es tierra consagrada. Me he fijado atentamente en los padecimientos de mi pueblo en Egipto y he escuchado sus gemidos y he bajado para llevármelos. Vamos, ahora, que te mando a Egipto». Este Moisés, al que ningunearon diciendo: «¿Quién te ha puesto como príncipe y juez?» —a este mismo, Dios lo envió como príncipe y libertador con el poder del ángel que vio en la zarza. Este mismo los sacó, haciendo prodigios y señales en la tierra de Egipto y en el mar Rojo y en el desierto durante cuarenta años. Este es el mismo Moisés que dijo a los descendientes de Israel: «Dios os levantará un profeta de entre vuestros hermanos igual que yo». Este es el que estuvo en medio de la asamblea en el desierto con el ángel que le hablaba en el monte Siná y con nuestros antepasados, el que recibió palabras vivas para darnos —al que nuestros padres no quisieron ser obedientes sino que rechazaron y mentalmente volvieron a Egipto diciendo a Aarón: «Haznos dioses que vayan por delante nuestro; porque este tipo Moisés que nos sacó de Egipto, no sabemos qué ha sido de él». Y se fabricaron un becerro en aquellos días y trajeron sacrificios al ídolo y celebraron lo que habían hecho con sus manos. Entonces se revolvió Dios y los entregó a que adorasen el ejército del cielo como pone en el libro de los profetas:

«¿Acaso me presentasteis víctimas y sacrificios
durante cuarenta años en el desierto, casa de Israel?

Al contrario, levantasteis el pabellón de Móloj
y la estrella de vuestro dios Refán,
imágenes que os fabricasteis para adorarlas;

así que os despacharé más allá de Babilonia».

—Para nuestros antepasados en el desierto hubo la carpa del testimonio, tal cual el que hablaba con Moisés mandó fabricarla, según el modelo revelado. Nuestros antepasados la recibieron y la trajeron con Jesús cuando invadieron a las naciones (a las que Dios echó de delante de nuestros antepasados hasta los días de David). David halló gracia ante Dios y le pidió que encontrara una residencia para la casa de Yakov —pero Salomón le construyó un templo. Y sin embargo el Altísimo no reside en un lugar hecho con manos humanas, como dice el profeta:

«El cielo es mi trono
y la tierra escalón para mis pies.

¿Qué residencia me vais a construir —dice el Señor—
o qué lugar para mi descanso?

¿Acaso no he hecho yo todas las cosas?»

—¡Cabezas duras! ¡Mentes y oídos sin consagrar! Siempre estáis resistiendo contra el aliento de santidad. Lo mismo que vuestros antepasados, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros antepasados? —y mataron a los que anunciaban acerca de la venida del que es justo, del que vosotros habéis sido traidores y asesinos. Vosotros que recibisteis la ley por disposición de ángeles pero que no la habéis guardado.

Al oír estas cosas se les enardeció la intención y apretaron los dientes contra Estéfanos. Pero él, que estaba lleno del Espíritu Santo, fijó la atención en el cielo, donde vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo: «¡Oh! ¡Veo los cielos abiertos y al Ser Humano de pie a la derecha de Dios!» Pero ellos chillaron a viva voz y se taparon los oídos y se abalanzaron sobre él y se lo llevaron afuera de la ciudad y lo lapidaron. Y los testigos dejaron sus mantos con un joven que se llamaba Savlos. Así que lapidaron a Estéfanos, que suplicaba diciendo: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». Y apoyando las rodillas rugió a gran voz: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado» —y después de decir esto, «durmió». Pero Savlos estaba absolutamente de acuerdo con su ejecución.

Como ese mismo día se desató una gran persecución contra la asamblea de los que estaban en Jerusalén, acabaron todos dispersados por las regiones de Judea y Samaría, excepto los apóstoles (aunque ciertos hombres piadosos recogieron a Estéfanos e hicieron grande lamentación por él). Pero Sávlos la había emprendido contra la asamblea, entrando de casa en casa para sacar a rastras a hombres y mujeres para echarlos a la cárcel.

Sin embargo, los que estaban siendo dispersados fueron anunciando la buena noticia.

♦ Desde luego una de las primeras cosas que llaman la atención aquí en comparación con los tres relatos de la historia de Israel que hemos visto anteriormente, es la presencia en el relato del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. No está expresado en esas palabras. Cuando el discurso de Esteban —ni siquiera cuando la redacción del libro de Hechos— no estaba aún plenamente desarrollada la doctrina de la Santísima Trinidad, tal cual quedaría articulada en los Credos, siglos más tarde. Pero los elementos esenciales están todos aquí:

Por mucho que Dios "hable" y se relacione con su pueblo y se "revele" a sí mismo, no siempre es fácil saber qué es exactamente lo que quiere.

- Tenemos claramente, por supuesto, la idea de un Dios de Israel que establece un pacto con su pueblo escogido. Un Dios a la vez justo y severo, que castiga la maldad y desobediencia; y también clemente y misericordioso, con vocación de Salvador.
- Pero ahora tenemos también incorporada a este relato de la historia de Israel, la historia de Jesús y las muchas cosas que cambian a partir de su vida.

  No queda del todo claro si Esteban (o Lucas, quien escribe el relato) piensa que Jesús sea Dios o equivalente a Dios. Desde luego, tampoco parece que se trate solamente de una vida ejemplar, un mártir o profeta más —entre otros muchos— en la historia del pueblo de Dios. Sin embargo, de momento ni siquiera aprendemos que Jesús haya resucitado. Si no supiésemos nada más que lo que nos cuenta esta narración, no era estrictamente necesaria la resurrección para que se produjera la visión que tiene Esteban del Hijo del Hombre a la diestra de Dios. No parece tratarse de una visión material. Los cielos que se abren no son exactamente lo mismo que la bóveda celeste del espacio intergaláctico; sino la revelación de una realidad en otra dimensión más allá de la materialidad, donde Jesús y Dios podrían estar uno junto al otro como esencias espirituales incorpóreas. El Jesús de la visión no tiene por qué ser más material que el Dios de la visión, que Esteban también «ve».

  El propósito de esta explicación no es negar la resurrección sino limitarnos a observar lo que en efecto dice este pasaje en particular.
- También aparece el Espíritu Santo en nuestra lectura de Hechos 6,8-8,4.

♦ Por mucho que Dios «hable» y se relacione con su pueblo y se «revele» a sí mismo, no siempre es fácil saber qué es exactamente lo

que quiere. Nuestra lectura está llena de conflictos entre personas que interpretan equivocadamente lo que Dios espera de ellos.

- Los de la sinagoga de los judíos libertos y de la diáspora (Hch 6,9) están convencidos de que Esteban, con sus señales y prodigios, arrastra a los crédulos hacia el error. Piensan que para salvaguardar la gloria del Templo y evitar así el castigo divino, es necesario acabar con Esteban, aunque para ello haga falta utilizar falsos testigos. Pero los lectores sabemos que se equivocan terriblemente.
- Moisés piensa que ha de salvar a sus hermanos esclavizados mediante asesinatos —hasta que aprende que no, que Dios piensa hacerlo de otra manera.
- En el desierto, los israelitas se impacientaron con la desaparición inexplicada de Moisés y pidieron a Aarón —y Aarón consintió— fabricarles dioses de oro que los guiaran para salir del desierto al que Moisés los había metido. Pero Esteban indica que precisamente por eso, Dios —a quien, al parecer, buscaban de esa manera— se apartó de ellos.
- Si Dios había mandado hacer un Tabernáculo, una carpa de riquísima fábrica, desde donde manifestar claramente su presencia entre el pueblo, ¿qué paso más lógico, generaciones más tarde, que imaginar que tanto mejor sería un Templo de piedra? Pero «el profeta» (Hch 7,47) declara que es ridículo imaginar que el Altísimo vaya a vivir en templos hechos por humanos.
- Saulo está plenamente convencido de la justicia de la persecución desatada contra la iglesia, primero en la persona de Esteban, luego hecha extensiva a muchas otras personas. No actuaba así motivado por ánimo de desobedecer a Dios, sino todo lo contrario. Pero la propia manera de relatar este hecho persecutorio, nos lleva a los lectores a considerar lo trágico que resulta el error de Saulo.

Dios es cognoscible, Dios revela su voluntad a quien le busca. A la vez, abundan los errores trágicos de personas que pensando hacer de todo corazón la obra de Dios, hacen precisamente lo contrario a lo que Dios pretende. Estas no son teorías abstractas; es la realidad que constata la historia de Israel según la cuenta Esteban —y la historia de Esteban según la cuenta Lucas.

Se me ocurre, sin embargo, que en la mayoría de estos casos, el error desemboca en homicidio. Seguramente hay otras cosas que añadir respecto a cómo saber si un plan de acción responde o no a la voluntad de Dios. Pero tal vez debería ser posible decir, como mínimo y entre otras muchas cosas, que cuando nuestro ánimo religioso —nuestro amor a Dios y «celo por su casa» — nos lleva al homicidio, hemos errado el camino. Y quizá hayamos errado el camino ya antes del homicidio, cuando hemos albergado actitudes condenatorias y de enjuiciamiento del prójimo: nuestra falta de caridad y amor cristiano, por decirlo en pocas palabras.

Quizá en nuestro discurrir por los escritos bíblicos para «hablar sobre Dios desde la Biblia» hallemos casos donde se cumple la premisa de que lo que de verdad importa no son las obras en sí sino las actitudes del corazón; o esta otra: que el fin justifica los medios. Sin embargo aquí estamos viendo que el amor a Dios puede conducirnos a conductas contrarias a la voluntad de Dios si el amor a Dios no es a la vez amor al prójimo, incluso aquel prójimo que consideramos equivocado o hereje o enemigo de Dios.

En los otros dos casos (los ídolos después de la «desaparición» de Moisés; el Templo que sustituye el Tabernáculo como morada de Dios) el error parece devenir de un profundo desconocimiento de la naturaleza de Dios. Tanto la fabricación de ídolos como la construcción de un Templo de Piedra parecerían tener cierto parecido, en la excesiva materialidad con que conducen a concebir de Dios.

Ningún ser humano medianamente racional adora ídolos, sin más. Cuando se postran ante un ídolo saben que ese ídolo no es más que la representación material de un ser espiritual no material. Sin embargo, a la vez, se suele creer que la presencia de ese ser espiritual se hace especialmente real y potente allí donde está el ídolo. El ídolo actuaría como una especie de antena receptora, que potencia y aumenta la virtud y fuerza de la presencia divina. Algo así como una antena y un aparato receptor de televisión hacen reales y concretas y visibles las ondas de la señal de televisión que están en todas partes.

A la inversa, las actuaciones humanas sobre el ídolo manipulan a la deidad.

Ofrecer sacrificios, rezar plegarias o realizar conjuros en la presencia del ídolo, obligarían a la deidad a actuar de una manera u otra, conforme al poder y la influencia del sacerdocio autorizado para esos efectos. Pensándolo con detenimiento, el Templo de piedra, hecho por manos humanas, puede muy fácilmente conducir a ideas parecidas. Concebido

como morada del Dios invisible e irrepresentable por ídolos, sin embargo se entiende que es allí muy especialmente donde está presente Dios. Y por tanto se puede llegar a creer que el ritual del sacerdocio escogido por Dios en ese Santuario donde Dios hace su morada, tiene alguna virtud o eficacia para de algún modo obligar a Dios a actuar a favor de sus adoradores.

Quizá vaya por ahí la cosa…

Tal vez debería ser posible decir, como mínimo y entre otras muchas cosas, que cuando nuestro ánimo religioso —nuestro amor a Dios y "celo por su casa"— nos lleva al homicidio, hemos errado el camino.

TEMA 5. LUCAS 3,21-4,15

Nuestro quinto «relato» de la historia de Israel ni siquiera es tal relato, sino una genealogía —en este caso la genealogía de Jesús (o de José, su padre adoptivo). Pero las genealogías también cuentan historia… a su manera. Como Lucas sitúa la genealogía de Jesús en medio de un marco narrativo, aquí también (como en Josué 24 y Hechos 6,8-8,4) vamos a leer ese encuadre a la vez que la «historia» de Israel en sí.

> *Sucedió que cuando se bautizaba toda la gente, Jesús también se bautizó y al orar, se abrió el cielo y descendió sobre él el Espíritu Santo corporizado con la apariencia de una paloma; y [se oye] una voz desde el cielo: «Tú eres mi hijo amado. Estoy contento contigo».*
>
> *Al empezar, Jesús tenía unos treinta años. Era hijo —según se pensaba— de Yosef hijo de Elí, hijo de Mazzat, hijo de Meljí, hijo de Yanné, hijo de Yosef, hijo de Mattazías, hijo de Amós, hijo de Naúm, hijo de Heslí, hijo de Nangué, hijo de Máath, hjo de Mattazías, hijo de Semín,*

hijo de Yosej, hijo de Yodá, hijo de Yoanán, hijo de Resá, hijo de Zorobabel, hijo de Salaziél, hijo de Nerí, hijo de Melji, hijo de Addí, hijo de Kosam, hijo de Elmadam, hijo de Er, hijo de Jesús, hijo de Elieser, hijo de Yorim, hijo de Mazzat, hijo de Leví, hijo de Symeón, hijo de Yúda, hijo de Yosef, hjo de Yonam, hijo de Eliakim, hijo de Meleá, hijo de Menná, hijo de Mattazá, hijo de Nazam, hijo de David, hijo de Yessé, hijo de Yobed, hijo de Bóos, hijo de Salá, hijo de Naasón, hijo de Aminadab, hijo de Admín, hijo de Arní, hijo de Esrom, hijo de Fares, hijo de Yudá, hijo de Yakov, hijo de Isaak, hijo de Abraam, hijo de Zara, hijo de Najor, hijo de Seruj, hijo de Ragav, hijo de Fálek, hijo de Éber, hijo de Salá, hijo de Kainam, hijo de Arfacsad, hijo de Sem, hijo de Noe, hijode Lámej, hijo de Mazusalá, hijo de Henoj, hijo de Yáfet, hijo de Maleleel, hijo de Kainam, hijo de Enós, hijo de Sez, hijo de Adám, hjo de Dios.

Y Jesús, llenó del Espíritu Santo, se marchó de la región del Jordán y fue guiado por el Espíritu al desierto, donde fue puesto a prueba durante cuarenta días por el acusador. Y no probó bocado en esos días y al acabarlos, estaba hambriento. Entonces le dijo el acusador:

—Si es que eres un hijo de Dios, ordena a esta piedra que se transforme en pan.

Pero Jesús le respondió:

—Escrito está: «No sólo de pan vivirá el ser humano».

Entonces lo elevó hasta que se veían todos los reinos de la tierra a la vez, y le dijo el acusador:

—Te daré toda esta autoridad y la gloria de ellos, puesto que me han sido encomendadas y a quien yo quiero se lo doy; con que tú tan sólo me rindas pleitesía, tuyo será todo.

Pero Jesús respondió y le dijo:

—Escrito está: «Al Señor tu Dios rendirás pleitesía y sólo a él servirás».

Entonces lo llevó a Jerusalén y lo puso sobre el pináculo del templo y le dijo:

—Si es que eres un hijo de Dios, tírate desde aquí. Porque escrito está: «Dará órdenes a sus ángeles sobre ti, para protegerte» y «En sus manos te sostendrán, para que no tropiece tu pie en la piedra».

Pero Jesús respondió y le dijo:

—Pone: «No pondrás a prueba al Señor tu Dios».

Y concluida la puesta a prueba, el acusador se apartó de él por el momento.

Entonces volvió Jesús a Galilea en el poder del Espíritu. Y corrió la voz acerca de él por toda la región. Y él enseñaba en las sinagogas de ellos y todos le admiraban.

Llegó entonces a Nazará, donde se había criado, y entró a la sinagoga como era su costumbre en el día de descanso y se levantó a leer. Le dieron el libro del profeta Isaías y desenrollando el libro halló el lugar donde pone:

«El Espíritu del Señor está sobre mí
el cual con este propósito me ha ungido,
para que traiga buenas noticias a los pobres.

Me envió a predicar liberación a los prisioneros de guerra,
y a los ciegos recuperación de la vista;
y a mandar a casa en libertad a los esclavizados;

a anunciar el año del favor del Señor».

Y cerró el libro y lo devolvió al encargado y se sentó. Y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos atentamente en él. Entonces empezó a decirles:

—Hoy se ha cumplido esta escritura, en el propio hecho de oírla vosotros.

Y todos daban testimonio sobre él y estaban asombrados por las palabras de gracia que salían de su boca y dijeron:

—¿Acaso no es este el hijo de Yosef?

Entones él les dijo:

—Sin duda me pondréis la comparación que dice: «Médico, cúrate a ti mismo. Haz aquí mismo en tu propia tierra las cosas que escuchamos que suceden en Kafarnaúm»—. Pero dijo: —Desde luego, nadie es profeta aceptable en su propia tierra. La verdad, os diré que había muchas viudas en Israel en los días de Elías (cuando cerró el cielo tres años y seis meses de manera que hubo una gran hambre sobre toda la tierra). Pero a ninguna de ellas fue enviado Elías salvo a Sarepta en la región de Sidón, a una mujer viuda. Y muchos leprosos había en Israel cuando Eliseo el profeta, pero ninguno de ellos fue curado salvo Nemán el sirio.

Entonces, al oír esto, se llenaron de ira todos en la sinagoga y se levantaron y lo echaron fuera de la ciudad y lo llevaron hasta el acantilado del monte sobre el que está construida la ciudad de ellos, para despeñarlo. Pero el salió de en medio de ellos y se marchó.

Seguramente volveremos más adelante a abordar la cuestión de cristología —lo que es necesario decir acerca de Cristo dentro del cuadro general de la teología cristiana. Esta genealogía, de momento, nos ofrece algunas observaciones que tienen que ver a partes iguales con *teología* (hablar de Dios) y *antropología* (hablar del ser humano).

- Llama la atención que Lucas describa a Adán como hijo de Dios, como si la relación entre Dios y Adán fuese esencialmente la misma que entre cualquier otro padre e hijo en las generaciones posteriores de la humanidad.

En el párrafo inmediatamente a continuación, el debate entre Jesús y el diablo tiene que ver precisamente con la identidad de Jesús como hijo de Dios. En 3,38, Adán es hijo de Dios; luego, tres versículos adelante, en 4,3, el diablo cuestiona que Jesús sea hijo de Dios. Pero hay más. En 3,22, la voz del cielo —se supone que es la voz de Dios— declara a Jesús como su «Hijo amado» e inmediatamente a continuación, versículo 23, nos enteramos que Jesús no es hijo de José, muy a pesar de lo que todos creen.

¿Qué es lo que entiende Lucas que hay en juego aquí?

De momento, parecería que hubiera que descartar que lo que pone en duda el diablo es que Jesús sea la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, verdadero Dios de verdadero Dios, etc., etc., según las fórmulas de los credos de la ortodoxia cristiana. En todo caso, en este contexto —inmediatamente posterior a describir todo el linaje humano a partir de Adán como descendido de la paternidad divina— lo que el diablo estaría cuestionando sería la otra parte de la afirmación de los credos sobre Jesús: su humanidad. (Aquí es necesario ignorar la mayúscula que los editores de nuestras Biblias modernas han puesto a la palabra Hijo en los versículos sobre la tentación. En griego, como en castellano, la palabra «hijo» viene aquí sin un artículo definido —y los manuscritos antiguos no empleaban mayúsculas, porque no existían. El hecho cuestionado por el diablo no es que Jesús sea «el Hijo» de Dios, sino que sea «[un] hijo» de Dios, es decir, un descendiente directo de Adán, hijo de Dios.) El linaje de la genealogía culmina (más bien empieza, ya que viene invertido, desde el versículo 3,23) con José, de quien se dice que *no fue* el padre de Jesús sino que sólo *se creía* que lo fue. Esto parecería indicar una ruptura —entre José y Jesús— de la descendencia directa del linaje de los hijos de Dios (la humanidad).

> *En el contexto de esta genealogía, lo que el diablo parecería estar cuestionando no es la divinidad de Jesús, sino su humanidad.*

Llegados a este punto, ¿qué hemos de pensar? Curiosamente, aunque otros (especialmente demonios, véase por ejemplo Lu 4,41) insistían en llamar a Jesús Hijo de Dios, él prefería llamarse a sí mismo, consecuentemente, «el Hijo del Hombre» (por ejemplo Lu 5,24) —enfatizando su identidad personal como plenamente humano. Quizá Lucas, con este Adán que es hijo de Dios, con este José que no es padre de Jesús y con este Jesús que a pesar de todo es hijo de Dios y también el Hijo del Hombre —plenamente humano por ambas partes— tiene en mente la idea de Jesús como prototipo de una nueva humanidad redimida, al estilo de la argumentación de Pablo en ROMANOS 5,12-6,4.

- Si no recuerdas del todo aquel pasaje, te recomiendo que lo leas ahora.

  Allí, en Ro 5,12-6,4, Adán es el prototipo de la humanidad caída en el pecado, mientras que Jesús es el prototipo de una nueva humanidad reconciliada con Dios. Según Lucas, entonces, Jesús sería hijo «directo» de Dios como Adán mismo, no por descendencia después de muchas generaciones. Como Adán, Jesús no sería por ello menos humano; cuestionar la humanidad de Jesús por ser hijo «directo» de Dios nos llevaría al absurdo de tener que cuestionar la humanidad de Adán por el mismo motivo. Los demás, por cierto y volviendo al argumento de Pablo en Ro 5,12-6,4, podemos pasar a integrar esa nueva humanidad conforme al prototipo de Jesús, por el sencillo expediente del bautismo. Al bautizarnos, morimos a la vieja humanidad y resucitamos como humanos del nuevo modelo, conforme a la humanidad de Jesús.

  Lucas no dice todo esto en nuestro pasaje, Lu 3,21-4,15. Pero no es inverosímil imaginar que conociera aquella argumentación de Pablo en Romanos y que algo de ello se traiga entre manos con

esta manera tan peculiar de meter aquí, precisamente entre el bautismo y las tentaciones de Jesús, esta genealogía tan curiosa.

Según Lucas, entonces, Jesús sería "hijo directo" de Dios, como Adán. Naturalmente, como Adán mismo, Jesús no sería por ello menos humano.

- Observamos en Lucas 3,21-4,15, otra vez, como en Hch 6,8-8,4, el protagonismo del Espíritu (Santo).

No tenemos aquí plenamente desarrollada, no todavía en Lucas, la idea del Espíritu Santo como Tercera Persona de la Santísima Trinidad. Este *Espíritu* (otras traducciones de la palabra griega *pneúma* serían: viento, aliento, respiración, brisa, perfume, gases, emanación, soplo, etc.) tiene la sencilla descripción de *Santo*. En otros pasajes de la Biblia hallamos frases como «Espíritu de Cristo», «Espíritu de Dios», «Espíritu del Altísimo», etc., o sencillamente «el Espíritu».

Una cosa que descubrimos en Lu 3,22 es que tenemos que «desaprender» algunas de las cosas que pensamos que sabemos acerca de lo espiritual. Como mínimo tenemos que reconocer que lo que nos comunica a nosotros la idea de «un espíritu» es diferente de lo que esa idea podía comunicar a Lucas y a sus primeros lectores. Porque el Espíritu Santo toma aquí forma corporal. Cualquiera definición o descripción de espíritus o del Espíritu que excluya su capacidad para tomar cuerpo material, puede ser correcta conforme a nuestra manera hoy día de hablar de espíritus; pero no concuerda con las ideas al respecto que abrigaba Lucas. Lucas no dice que el Espíritu Santo *parecía* una paloma ni que fue percibido subjetivamente por la imaginación de las personas presentes en forma de paloma. Lucas dice que se «somatizó», es decir, que tomó cuerpo (material); y que ese cuerpo recordaba a las palomas.

Aquí podemos recordar —de paso— las explicaciones que da Pablo en 1 Corintios 15 sobre la resurrección. Allí Pablo habla de

«cuerpos psíquicos» (lo que tenemos ahora) y «cuerpos espirituales» (con los que resucitaremos). A nosotros ambas cosas, la *psique* —el alma, por decirlo más claro en castellano— y el *espíritu* nos parece que son por su propia naturaleza incorpóreas e invisibles. Las dificultades que genera 1 Co 15,44, se ven, entonces, en traducciones como Reina-Valera 1960, donde pone «cuerpo animal» (por cuerpo psíquico o de alma) aunque conserva la idea de un «cuerpo espiritual».

Lo que está claro es que ni a Pablo ni a Lucas le creaba ningún problema en particular concebir de tal cosa como un espíritu corpóreo, visible y material. Esos espíritus no tenían por qué tomar necesariamente cuerpos con forma humana. Ya vemos que cuando el bautismo de Jesús, el Espíritu Santo se corporiza como algo que recuerda a una paloma. En el propio pasaje de Pablo sobre la resurrección, 1 Corintios 15, él habla de la gloria tan diferente que hay entre el sol y la luna y los diversos astros, que él aparentemente concibe —al igual que todo el mundo en aquellos siglos— como seres espirituales por definición, seres espirituales donde los haya; pero a la vez también claramente visibles en la bóveda celestial —y si visibles, naturalmente corpóreos a la vez que espirituales. Si no entendemos así los astros del cielo, el libro de Apocalipsis pierde gran parte de su mensaje y de su fuerza dramática, puesto que una parte importante de la acción del Apocalipsis se desenvuelve en ese cielo, así concebido.

Una de las cosas con que tarde o temprano tendremos que enfrentarnos al utilizar la Biblia como fundamento para nuestro «hablar de Dios», es que sus autores entendían de maneras radicalmente diferentes que nosotros, muchas de las realidades más corrientes y esenciales de la vida.

Yo sinceramente, no sé qué hacer con un Espíritu Santo que se corporiza en forma de ave. Por los prejuicios contra la idolatría que la propia Biblia me genera, hallo en mí una seria resistencia a la idea de que ante esa Paloma Divina hubiera que postrarnos y adorarla, por muy integrante indispensable y esencial de la Santísima Trinidad que sea el Espíritu…

- Tampoco sé muy bien cómo encajar dentro de mis ideas de Dios, a este Espíritu que en Lu 4,1 se lleva a Jesús al desierto donde no hay nadie más que el diablo y sus tentaciones. Desde luego, visto lo visto, no me sorprende que Jesús nos enseñara a pedir al Padre «No nos metas en tentación» (Lu 11,4).

- Me resulta mucho más familiarmente comprensible la idea (también en Lu 4,1) de que Jesús podía estar «lleno» del Espíritu Santo. Observo que se reitera muchas veces a lo largo de la Biblia (en ambos Testamentos) la idea de que un ser humano pueda estar plenamente colmado del Espíritu (de Dios) al realizar alguna acción o pronunciar determinado discurso. Aquí, naturalmente, el Espíritu ya no estaría corporizado —mucho menos en forma de ave— sino que entra a ocupar un mismo espacio con la persona, sin alterar la individualidad o personalidad de la persona, sin que la persona pase a ser ella misma una corporización del Espíritu. Jesús (o Pedro o el que sea) no deja de ser Jesús (o Pedro o el que sea), no quedan anulados sus cinco sentidos ni su voluntad como ser humano responsable en última instancia de sus acciones y opiniones; no entra en un trance catatónico ni levita por el aire. Jesús lleno del Espíritu Santo es más esencialmente Jesús mismo; no está poseído de una presencia alienígena. Y lo mismo se diría de Pedro o de cualquier otro. Pedro, lleno del Espíritu Santo, es más plenamente que nunca el Pedro que con todos sus anhelos él mismo desea ser.

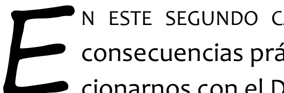
Reconozco que todas estas cosas anotadas en el párrafo anterior son disquisiciones mías, no contenidas necesariamente en la frase que dice, de paso, como quien no repara en ella ni le da mayor importancia, que Jesús (Lu 4,1) volvió del Jordán lleno del Espíritu Santo.

Jesús lleno del Espíritu Santo es más esencialmente Jesús mismo; no está poseído de una presencia alienígena. Y lo mismo se diría de Pedro o de cualquier otro.

Capítulo 2.

La historia sagrada exige una respuesta moral

INTRODUCCIÓN



N ESTE SEGUNDO CAPÍTULO vamos a explorar algunas de las consecuencias prácticas (morales o éticas) que vienen de relacionarnos con el Dios de la Biblia y de descubrir cómo es él.

TEMA 1. ASUMIR UNA PERSPECTIVA CONFESIONAL

Durante siglos fue frecuente —casi se diría que habitual— asumir un posicionamiento de imparcialidad u objetividad en la labor teológica y en el estudio bíblico. Desde que la teología se concibe como una disciplina académica equiparable a las demás ciencias del saber humano, quien mejor consigue dar una impresión de imparcialidad objetiva, movido tan solamente por el interés en descubrir la verdad, más parecerá estarse pronunciando con «autoridad».

Es una actitud harto curiosa en la medida que nuestra fe pretenda estar en continuidad con la fe bíblica, puesto que los autores bíblicos no sólo confesaban su parcialidad sino que la predicaban. No decían que la suya fuera la única posición lógica y coherente sino que Dios había intervenido en sus vidas soberanamente, desbordando todo lo que pensaban saber y conocer hasta entonces. No recomendaban su verdad por ser fruto de una larga y erudita reflexión teórica sino porque ardía en sus corazones.

Desde el último cuarto del siglo XX ha habido un cambio de temperamento no sólo en la teología sino en todas las áreas del saber humano, donde se reconoce (por fin) la importancia del individuo que realiza cualquier estudio o análisis. Cada persona hace las preguntas que considera importantes; y en las respuestas obtenidas, decide cuáles cosas son importantes y dignas de destacar. Ante un balón de fútbol unos preguntarán si está hinchado, otros preguntarán si tiene el

diámetro y peso reglamentarios, otros preguntarán a qué hora empieza el partido… y alguno preguntará de qué material está hecho. Y si está hecho de cuero, sólo a unos pocos se les ocurrirá opinar que ponerse a patear de un lado a otro un objeto hecho con la piel de un animal parecería indicar muy poco respeto por la vida. Todo esto —y mucho más— es posible indagar, y a la postre reflexionar, a partir de un balón de fútbol.

Tantas más cosas son posibles indagar y reflexionar, opinar, cuestionar y debatir, en relación con Dios y con la Biblia, algo infinitamente más complejo que un sencillo balón de fútbol. Y toda esta rica variedad de preguntas y reflexiones serán siempre íntimamente personales, aunque muchas veces conectarán también con el interés y la reflexión de los demás.

Cada persona hace las preguntas que considera importantes; y en las respuestas obtenidas, decide cuáles cosas son importantes y dignas de destacar.

En este segundo capítulo vamos a entrar a ver cómo hablar de Dios nos obliga a hablar del prójimo, desde que no se puede amar a Dios sin amar al prójimo. Pero si vamos a hablar de moral o de ética, es importante «mostrar nuestras cartas» en cuanto a cómo entendemos cada cual la vida. Toda teología, inclusive —tal vez especialmente— la teología que disimula sus intereses y pretende ser normativa, neutral y universal, conlleva determinadas exigencias de conducta cristiana. Pero en ese posicionamiento, con la «autoridad» que le confiere esa presunta objetividad, suelen esconderse intereses manipuladores y autoritarios, contrarios al espíritu de Cristo.

Por eso la primera parte de este capítulo tendrá a primera vista toda la apariencia de ser una desviación de nuestra meta, una salida tangencial, que nada tiene que ver con nuestro cometido de «hablar sobre Dios desde la Biblia». Porque me veo obligado a realizar un breve ejercicio de autobiografía, poniendo sobre la mesa las convicciones previas que traigo al estudio de la Biblia.

Tengo que identificarme por pura honestidad. Identificarme como persona con mis experiencias y convicciones en particular y también como exponente de una confesión evangélica en particular y dentro de una tradición teológica, con sus perspectivas y convicciones fundamentales particulares. El propósito de esta identificación no es universalizar mi sesgo anabaptista o menonita ni mi posicionamiento teológico personal. Todo lo contrario, dejar claro la particularidad de esta mi manera de entender la teología, es declarar libre a cada lector y lectora, para desarrollar sus perspectivas propias, a manera de diálogo y a veces de contraste o en contradicción con las mías.

Desde luego, yo creo que es universalmente legítimo lo que sostengo —si no, no lo sostendría— y me sentiría halagado de que otros me dieran la razón. Pero me niego a utilizar la posición de privilegio que me otorga la página impresa, como palanca para exagerar la fuerza persuasiva de mis argumentos. Y por el mismo motivo me niego a presentarlos como una teología neutral y objetiva, como la única teología posible para personas inteligentes o que de verdad aman a Dios. Podría hacerlo y es posible que algunos lectores no cayeran en la cuenta de estar siendo manipulados. Pero entiendo que la propia Biblia, al presentar sus razonamientos teológicos como narraciones y diálogo —donde se avanza a tientas, por la fe— hace de modelo para una teología confesional[1] y doxológica[2] más que monolítica e irresistible.

BREVE ESBOZO AUTOBIOGRÁFICO

Me confieso ante todo discípulo de Jesús.

Siendo todavía niño sentí que debía apropiar para mí, personalmente, la fe evangélica de mis padres y de mis abuelos. Un predicador que visitaba nuestra comunidad para realizar una «campaña de evangelización» habló sobre el texto de Apocalipsis 3,20: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo» —y sentí que debía responder afirmativamente a esa invitación. Los que levantamos la mano indicando nuestro asentimiento fuimos invitados, al concluir la reunión, a pasar a un salón aparte, donde hablaron con cada cual personalmente. Viéndome muy niño, el evangelista me preguntó si sabía a qué me estaba

[1] Se expresa como una confesión de fe personal o en todo caso, de una comunidad creyente concreta.

[2] El posicionamiento doxológico es el propio de la alabanza y adoración.

comprometiendo y le dije —honestamente— que no tenía ni la más remota idea. Me hizo el favor de no reírse de mí, limitándose a orar y dejarme marchar a jugar con mis amigos.

Algunos años más tarde, siendo ya adolescente, recibí por correo una serie de folletos explicando la enseñanza de Jesús y de mi iglesia acerca del amor al prójimo y el rechazo de la violencia y la guerra. Estaban impresos en inglés y me venían desde Estados Unidos, de parte de la Iglesia Menonita. Estábamos a principios de los sesenta, empezaba a fraguarse en aquel país la Guerra de Vietnam y dicha iglesia, de honda y larga convicción inconformista y no violenta, preparaba así a los chicos que en pocos años habíamos de hacer frente a la maquinaria bélica del país más poderoso de mi generación.

Aquel encuentro con las enseñanzas sencillas e inequívocas del Sermón del Monte, seguidas del testimonio de más de cuatro siglos (ahora ya casi medio milenio) de resistencia tozuda contra la propaganda bélica de los diversos países donde habían vivido los menonitas, me causó una profunda impresión. A mí me habían enseñado a amar a Jesús y a identificarme con las historias bíblicas, sintiéndolas como la propia historia de mis antepasados. Me habían inculcado además principios de moralidad personal, hábitos de pureza e integridad en mi conducta, que jamás abandonaría. Pero ahora tenía un nuevo encuentro con Jesús, con un Jesús mucho más inquietante y revolucionario, que no sólo salvaba almas del pecado para el cielo, sino que tenía un proyecto político para toda la sociedad de los que nos apuntábamos a seguirle: el Reino de Dios.

Ante la belleza de ese proyecto revolucionario y ese Reino diferente, se esfumó el poder de todos los reclamos nacionalistas que había mamado de la sociedad a mi alrededor.

Yo era hasta cierto punto el fruto de la adoctrinación nacionalista más o menos fascista de las escuelas argentinas de mi generación. Como mis padres eran estadounidenses y viví un par de años en USA en mis años formativos, también había mamado el nacionalismo norteamericano, no menos fervoroso, de la Guerra Fría —con todas sus pesadillas acerca del auge del comunismo internacional. Estas cosas no las aprendí de mis padres sino que me entraron por osmosis, del mundo en que vivíamos.

Pero la visión de una sociedad alternativa, una ciudad asentada sobre un monte, una nación de los escogidos de Dios, dedicada a la paz y el perdón, donde habíamos forjado arados de nuestras espadas y podaderas de nuestras lanzas y ya no nos entrenábamos para la guerra

—aunque nos persiguieran por ello hasta la muerte— captó mi imaginación. Después de leer aquello corrí donde mis padres y les pregunté que si también creían esto. Y cuando me dijeron que desde luego que sí, que a fin de cuentas esa era la doctrina evangélica menonita, recuerdo que me enfadé con mi padre porque nunca le había oído predicar aquello sino tan sólo la salvación personal de almas individuales. (Sospecho que fui demasiado duro con él… Tal vez hasta ese momento no había estado captando como era debido lo que él predicaba.)

Con veinte o veintiún años de edad, movido a la curiosidad por los testimonios de personas que hablaban del «bautismo del Espíritu Santo», me di cuenta que anhelaba profundamente la cercanía y presencia continua de Dios que se vivía en el «movimiento carismático» de los años sesenta. Me di cuenta que era cierto que la iglesia que describe el Nuevo Testamento, más que una religión que se ajustaba mecánicamente a un libro sagrado, era comunidades guiadas por el soplo sorprendente del Espíritu.

En cuanto a mí, hacía frente a la perspectiva más o menos inminente de ir a la cárcel por negarme a colaborar con el sistema militar estadounidense. Leí en 1 Corintios 14 que si bien los otros dones del Espíritu edifican a los demás, el de lenguas «solamente» sirve para edificar a uno. ¿Qué mejor don que ese, entonces, para llevarme conmigo a la cárcel? Pedí a Dios que me llenara y me obligué a dejar de orar en castellano y probé a soltar mi lengua a balbucear sonidos desconocidos. Para mi sorpresa mi alabanza empezó a fluir, entre lágrimas de un gozo inefable, en una lengua que de dulce y bella me pareció que tenía que ser angelical. Como a la postre me libré de la cárcel, a veces he dicho riendo que el Señor me «llevó al huerto» con aquel razonamiento, para ahondar su intimidad conmigo.

Me confieso ante todo discípulo de Jesús.

Estudiaba a la sazón con unas personas que dejaron una marca imborrable en mi manera de entender el evangelio y de hacer teología: John H. Yoder, Millard Lind, C. Norman Kraus, C.J. Dyck, Willard Swartley, Jacob Enz, Gertrude Roten, John S. Oyer, J.R. Burkholder y Clarence

Bauman, entre otros. De aquella generación de teólogos, biblistas e historiadores menonitas, quien más publicó en castellano —aunque nunca le tuve de profesor— fue Juan Driver.

Amo a Dios y amo a la iglesia.

En las décadas posteriores he vivido mucho y he sido templado en muchas lides, pero los lineamientos generales de mi fe cristiana se forjaron en aquella juventud.

A continuación, algunas de mis convicciones medulares:

- Creo que Jesús es el único camino al Padre. Creo que es de él personalmente, de su ejemplo en primera instancia y de sus palabras de enseñanza, que hemos de conocer a Dios. Y creo que los efectos de la enseñanza y muerte y resurrección de Jesús siguen actuando y transformando a la humanidad; y que culminarán en una nueva era de gloria sin muerte, que gozaremos en la presencia eterna del Padre.
- Creo que Dios se acerca a la humanidad donde nos encontramos, en el discurrir de nuestras vidas personales y con el paso de la historia. Creo que, como dijo Jesús a la samaritana (Juan 4) «la salvación viene de los judíos» y que sus libros sagrados, entre ellos el Nuevo Testamento, son siempre útiles para guiar nuestra manera de pensar y hablar sobre Dios.
- Creo que Dios no hace acepción de personas, entre razas, condición social, nacionalidad, sexo ni ninguna otra categoría que usamos para diferenciar entre unos y otros. Creo que todos y todas hemos sido creados a su imagen y semejanza. Creo que aunque pecadores, esa imagen sigue allí y que mientras haya vida es posible rescatarla. Creo que todo ser humano puede ser llenado por el Espíritu de Dios y puede servir a la iglesia en cualquier capacidad, según sus dones y sin ningún otro condicionante que la elección divina.
- Creo que una espiritualidad sin consecuencias prácticas en la formación de una sociedad alternativa y pacificadora y revolucionaria —contraria a las idolatrías y fanatismos ideológicos y a los egoísmos de todas las sociedades humanas— viene a ser puras mentiras piadosas destripadas de ningún poder redentor. Creo que la Iglesia debe vivir a contracorriente del mundo, aunque por ello de vez en cuando le toque padecer persecución.

- Amo a Dios y amo a la Iglesia.

TEMA 2. 2 SAMUEL 11-12

Y sucedió que a la vuelta del año, en la estación de salir los reyes a la guerra, que David mandó a Yoav y a sus siervos con él, y todo Israel, y destruyeron a los amonitas y sitiaron Rabbá; pero David se quedó en Yerushalaim.

Y sucedió que al atardecer se levantó David de su cama y salió a la azotea del palacio y espió desde la azotea a una mujer que se lavaba; y la mujer era muy buena de ver. Entonces mandó David buscar a la mujer, pero le dijeron:

—¿Acaso no es ésta Bath-Sheva' hija de Eli'am, la esposa de Uriah el jiteo?

Sin embargo David mandó mensajeros que la raptaron y se la trajeron y él se acostó con ella. Y ella (que se había estado santificando de su impureza) volvió a su casa.

Y la mujer se quedó embarazada y mandó avisar a David diciendo:

—Estoy embarazada.

Y David mandó decir a Yoav: «Mándame a Uriah el jiteo»; y Yoav mandó a Uriah donde David.

Cuando llegó Uriah, David le preguntó si estaba bien él y si estaba bien Yoav, si estaba bien el ejército y si iba bien la guerra. Luego David dijo a Uriah: «Baja a tu casa a "lavarte los pies"» —y cuando salía Uriah de la residencia real, salió detrás de él un obsequio de parte del rey. Pero Uriah durmió dentro del recinto del castillo real con los oficiales de de su majestad y no bajó a su casa. Le contaron a David que Uriah no bajó a su casa y entonces David le preguntó a Uriah:

—¿No acabas de volver de lejos? ¿Cómo es que no has bajado a tu casa?

Entonces Uriah le explicó a David:

—Cuando el Arca e Israel y Judá duermen en tiendas de campaña, con mi general Yoav y los oficiales de su majestad que acampan a la intemperie —¿acaso voy a entrar yo a mi casa para comer y beber y acostarme con mi esposa? ¡Juro por tu vida y por tu alma que no haré eso!

Entonces David contestó a Uriah:

—Quédate aquí hoy también y mañana te mando al frente.

Y Uriah se quedó en Yerushalaim ese día.

Pero al día siguiente lo llamó David y lo hizo comer y beber hasta emborracharlo. Y cuando se hizo de noche salió para acostarse en su cama con los oficiales de su majestad —pero a su casa no bajó.

Entonces al amanecer David escribió una carta para Yoav, que mandó por medio de Uriah. Y en la carta ponía: «Has de colocar a Uriah al frente en lo más duro de la batalla, para luego retroceder de su retaguardia y que caiga en batalla».

Y sucedió que asediando Yoav la ciudad, puso a Uriah allí donde sabía que pelearían los hombres de guerra más bravos. Salieron entonces los hombres de la ciudad para combatir contra Yoav y cayeron sobre el ejército y los oficiales de David y también murió Uriah el jiteo. Entonces mandó Yoav a informar a David todas las novedades de la batalla.

Y dio orden al mensajero diciendo:

—Cuando acabes de contar al rey todo lo sucedido en la batalla, sucederá que se enfadará el rey y te dirá: «Por qué os acercasteis a la ciudad para pelear? ¿No sabíais que tirarían desde la muralla? ¿Quién mató a Abimélej ben Yerubéchet? ¿Acaso no fue una mujer, que le dio con una muela de molino que tiró desde la muralla y lo mató en Tebets? ¿Por qué os acercasteis a la muralla?» Entonces dirás: «También murió tu oficial Uriah el jiteo».

Fue el mensajero y vino a informar a David todo lo que le mandó Yoav. Dijo entonces el mensajero a David:

—El enemigo se envalentonó más que nosotros y salió a nuestro encuentro en el campo de batalla; pero nosotros los hicimos retroceder hasta el burladero de la puerta de la ciudad. Entonces los arqueros dispararon contra tus oficiales desde la muralla y mataron a algunos de los oficiales del rey; y también ha muerto tu oficial Uriah el jiteo.

Entonces David dijo al mensajero:

—Así dirás a Yoav: «No te aflijas por esto que ha pasado, que la espada se come un día a unos y otro día a otros. Refuerza el asedio de la ciudad y arrásala». Y tú anímale.

Cuando se enteró la mujer de Uriah de la muerte de Uriah su marido, le dio un ataque de llanto por su esposo. Pero ignorando el luto, David

la mandó añadir a su harén para que fuera una de sus hembras; y así le parió un hijo.

Pero la forma de actuar David en este asunto fue una maldad delante del Señor.

Entonces mandó el Señor a Nathán a David, que vino ante él y le dijo:

—Dos hombres había en una misma población. El uno era rico y el otro pobre. El rico tenia muchísimas ovejas y vacas, pero al pobre no le quedaba más que una corederita que había conseguido mantener viva, que crecía con él, juntamente con sus hijos. Del bocado de su boca comía y de su copa bebía y abrazada a su pecho dormía y era para él como una hijita.

Pero llegó un viajero donde el hombre rico. A éste le pareció una pena sacrificar una de sus ovejas o vacas para ponérsela al viajero que le había llegado; entonces cogió la corderita del pobre y se la sirvió al hombre que lo visitaba.

Entonces David se enfureció sobremanera contra aquel hombre y dijo a Nathan:

—Juro por la vida de Dios que ese hombre que hizo esto es reo de muerte. Pagará cuatro veces el valor de la corderita porque actuó de esta manera y porque no tuvo compasión.

Entonces respondió Nathán a David:

—¡Tú eres ese hombre! Así dice el Señor Dios de Israel: «Yo te ungí como rey sobre Israel y yo te libré del poder de Shaúl. Y te di el palacio de tu soberano y las mujeres de tu soberano para que las abrazaras y te di a ti el país de Israel y de Judá; y por si eso fuera poco, te añadí esto y esto... ¿Por qué despreciaste la palabra del Señor, para actuar perversamente ante él? Has asesinado a espada a Uriah el jiteo. Porque has cogido a su esposa para quedártela como hembra e hiciste que lo mataran a espada los amonitas. Por tanto a partir de ahora no se apartará jamás la espada de tu familia; por cuanto te burlaste de mí y cogiste la esposa de Uriah el jiteo para ti como hembra».

—Así dice el Señor: «Verás como levanto el mal contra ti en tu propia familia. Y cogeré a tus hembras en tu presencia y se las daré a tu íntimo, que se acostará con tus hembras a plena luz de este sol. Porque tú actuaste en secreto pero yo haré esto ante la mirada de todo Israel y a plena luz del sol».

Entonces David confesó a Nathán:

—¡He pecado contra el Señor!

Y Nathán respondió a David:

—Dios también pasará por alto tu pecado y no morirás por esto. Pero también, por cuanto con este asunto has hecho que los enemigos del Señor multipliquen el desprecio, el hijo que te ha nacido ciertamente morirá.

Entonces se marchó Nathán a su casa y el Señor hizo que se enfermase el bebé de David que había tenido la esposa de Uriah. Y empeoraba y David imploraba a Dios por causa del bebé; y ayunó David y fue y se echó sobre el polvo en ayunas. Entonces los ancianos del palacio se dispusieron a levantarlo de sobre el polvo pero no quiso ni probó bocado con ellos.

Y sucedió que al séptimo día murió el bebé y los esclavos de David tenían miedo de contarle que había muerto el bebé, porque comentaban: «Si viviendo todavía el bebé le hablábamos y no nos hacía caso, como le digamos que el bebé ha muerto, seguro que hace algo terrible». Pero David observó que los esclavos cuchicheaban entre sí y se dio cuenta David que había muerto el bebé.

Entonces David preguntó a sus esclavos:

—¿Ha muerto el bebé?

Y le respondieron:

—Ha muerto.

Entonces David se levantó del polvo y se bañó y se perfumó y se puso otra ropa y entró al templo del Señor y adoró; y regresó a su palacio y pidió y le trajeron alimento, y comió.

Y le preguntaron sus esclavos:

—¿Qué significa esto? Puesto que ayunabas y llorabas mientras el bebé seguía vivo, pero en cuanto murió el bebé te has levantado y comes?

Y les respondió:

—Mientras vivía el bebé, ayuné y lloré porque me dije: «¿Quíen sabe si no se apiadará el Señór de mí y el niño viva?» Pero ahora que ha muerto, ¿de qué me sirve ayunar? ¿Acaso soy capaz de hacer que vuelva? No, iré yo donde él; pero él no vendrá a mí.

Más adelante David consoló a Bath-Sheva' su mujer y entró a ella y se acostó con ella y ella tuvo un hijo y le puso por nombre Shlomoh.

Y el Señor lo amó y mandó por medio de Nathán el profeta que le pusieran por nombre Yedidyah —por causa del Señor.

> *Entretanto peleaba Yoav contra Rabbath de los amonitas y tomó la ciudad capital. Entonces mandó Yoav mensajeros a David para decirle: «He atacado Rabbah y también he tomado la ciudad de las aguas. Ahora junta tú el resto del ejército y acampa contra la ciudad y tómala, para que no sea yo el conquistador de la ciudad y se recuerde mi nombre en sus crónicas. Entonces David reunió todo el ejército y fue a Rabbath y la atacó y la tomó. Y tomó la corona de su reino de su cabeza —y su peso era de treinta y tres kilos de oro, con piedras preciosas— y la puso sobre la cabeza de David. Y sacó de la ciudad un botín enorme.*
>
> *Y a la gente que estaba en la ciudad, se la llevó esclava para trabajos de sierra y de azuela de hierro y de hacha de hierro y de ladrillera. Y esto mismo hizo a todas las ciudades de los amonitas. Entonces volvió David con todo el ejército a Yerushalaim.*

A mí me llaman la atención las siguientes cosas de estos capítulos:

- El cuestionamiento profético de la actividad de los políticos. En nuestra sociedad secularizada nos parece peligroso que el clero se meta a opinar sobre cuestiones políticas. Hay buenos motivos para ello. Después de aproximadamente trece mil años, la humanidad ha caído en la cuenta de la terrible eficacia opresora del arreglo habitual desde los auges de la civilización, donde la religión y el Estado han sido dos caras de una misma moneda, donde las castas sacerdotales y militares se han repartido a gusto el pastel del poder, dejando siempre oprimidas a las grandes masas de plebeyos y campesinos y esclavos.

Un buen día la gente despertó de su embaucamiento y observó que si los dioses no hacían más que confirmar la autoridad y el poder de unas minorías opresoras, entonces lo que correspondía era alejar a los dioses del poder político, secularizar la autoridad estatal y erigir un muro de separación entre ambas cosas, la religión y el Estado. A la par, las minorías religiosas, como las ramas «disidentes» o «sectarias» del protestantismo evangélico, entendíamos que había gran ventaja en ese mismo muro de separación, impidiendo al Estado hacer de ejecutor de los procesos inquisitoriales que utilizaban las confesiones estatales para imponer sus ortodoxias como la única verdad posible.

Sorprende, entonces —ofende de alguna manera nuestra sensibilidad moderna— observar el papel del profeta Natán en estos capítulos del reinado de David. Porque Natán no conoce ni reconoce ninguna división de la realidad entre la que le incumbe a él, en cuanto profeta y la que incumbe a David, en cuanto rey.

Sin embargo es necesario observar que Natán, aunque tiene acceso a David y aunque el propio David reconoce su legitimidad como portavoz de la deidad, no actúa en esta historia como es típico del clero estatal. No parece tratarse de un representante de esa casta sacerdotal cuyos intereses económicos y sociales y de poder coinciden usualmente con los de la corona.

Al final del capítulo 12, David somete a esclavitud a todos los que quedan de la población enemiga. ¿No será ésta la conducta que desagradó a Dios?

Al contrario, su intervención inicial es una instancia más donde el Dios de la Biblia habla, habla por iniciativa propia y con voz propia, aunque los políticos no lo consulten. De hecho, aunque la narrativa sobre David es notable por la frecuencia con que él consultaba al Señor, en este caso particular David preferiría no tener que conocer la opinión divina. Es imposible saberlo —nuestra narración no nos lo dice— pero David tal vez intuya que la opinión del Dios de la historia bíblica pueda pronunciarse como condenación de su conducta. Desde luego, los dioses estatales habituales no suelen ver nada que objetar en la depredación sexual de los reyes, que según la mitología habitual, a fin de cuentas no hace más que imitar las conductas de los propios dioses. Pero al describir como un corderito indefenso a la mujer cuyo matrimonio el rey viola y cuyo marido manda asesinar, Natán parece gozar de la independencia de criterios morales como para poder ver el episodio desde el punto de vista de la indefensión del pueblo ante los abusos típicos de los poderosos. Natán actúa, entonces, como digno sucesor de la línea profética que empieza con Moisés, cuya «interferencia» en cuestiones «seculares» había culminado con la liberación de los esclavos de Egipto.

Al revés de lo que suele ser habitual en el mundo —incluso durante el reinado de David y su dinastía— la relación entre el portavoz de Dios y el soberano político no es simétrica. Natán se puede meter en la vida y en los abusos de poder cometidos por David; pero David no tiene igual competencia respecto al papel de Natán como comunicador de la voz

divina. David ha nombrado personalmente a los sacerdotes que ejercerán en el culto oficialista de Jerusalén, entre los cuales se ha asegurado de meter a algunos de sus propios hijos (2 Sm 8,18 en hebreo). Pero el papel de Natán no parece depender —al menos no en este caso— de la corona sino de un llamamiento divino. El único recurso que le quedaría a David, entonces, sería el que ya había empleado su antecesor Saúl con el sacerdocio de Nob (1 Sm 22,6-23): la persecución y el asesinato.

O si no —como en este caso— un acto público de contrición, esperando capear así la tormenta del disgusto divino.

♦ Es notable la evaluación de la conducta de David en esta historia, que hallamos al final de 2 Sm 11: «Pero ante los ojos del Señor, el asunto cometido por David era malvado». ¿Cuál, precisamente, de las varias cosas que nos cuenta este capítulo, es la que desagradó a Dios? Hay varias opciones. Quizá todas estas cosas a continuación —y otras más— provocaban conjuntamente el rechazo del Señor:

- Quizá nos sorprenda descubrir que «los reyes» tienen una época del año cuando suelen salir a hacer la guerra (11,1). David se comporta como cualquier otro señor feudal de su época y de su región geográfica. Como si fuera una burla del famoso pasaje de Eclesiastés, donde se afirma que hay un tiempo para cada actividad humana, resulta que para el rey David el «tiempo de hacer la guerra» es una temporada anual, como si se tratase de parte del ciclo de la naturaleza. Descubrimos así lo profundamente arraigada en la cultura humana que está la noción de que es «natural» algo tan aberrante, una conducta tan grotesca e inhumana como lo es la guerra. Tan arraigada está esa idea, que el propio David a pesar de ser heredero —como todo israelita— de la «contracultura» que supone la fe bíblica, cae en la tentación de suponer que por cuanto ha sido coronado como rey, es su privilegio —o tal vez su deber— dedicar una temporada cada año a matar gente, destruir ciudades, arrasar campos cultivados y sembrar la tristeza y el horror entre sus semejantes. Al final del capítulo 12, vemos que David somete a esclavitud a todos los que quedan de la población «enemiga», víctimas de una guerra cuyo único motivo conocido es que la época del año exigía pelear.

  ¿Es ésta la conducta que desagradó a Dios?

- Pero quizá lo que ofendía la sensibilidad moral de quien redactó estos capítulos no era tanto lo habitual y costumbrista que resulta

el hecho de la guerra, sino todo lo contrario, la comodidad y negligencia de un rey David que ya no sale a la cabeza de las huestes de Israel sino que se queda a disfrutar de los lujos de palacio y de la esposa de uno de sus oficiales. ¿Qué ha sido del joven y valeroso capitán David, el más popular entre la tropa —y el más celebrado en las canciones populares— por ser siempre el primero y el más valiente en la línea de combate? ¡Convertido ahora en un viejo verde que espía desde los torreones de su castillo los aseos de las mujeres de sus vecinos mientras sus soldados y oficiales padecen los rigores de la campaña y los peligros del combate!

Urías, heteo y por tanto no israelita, su coronel al que el rey pone cuernos, se comporta conforme al rígido código de conducta exigido para las guerras de Israel. Desde los tiempos de Moisés, los guerreros israelitas debían «santificarse» para la guerra, absteniéndose de mantener relaciones sexuales. Por eso desobedece la instrucción expresa del rey de pasar una noche en casa —donde la tentación del lecho conyugal sería irresistible— identificándose, al dormir en el cuartel, con los soldados a sus órdenes que padecen miserias y privaciones en el asedio a Rabá. Aunque no fuera esa su intención, su insistencia en identificarse con la tropa israelita, constituye un reproche elocuente al rey que ya no entiende de estas cosas, corrompido por los lujos de palacio y enviando a otros a morir por él. Porque es la época del año cuando los reyes salen a la guerra; pero David no sale a la guerra sino que manda salir a otros. Urías, pagano (o converso), resulta así más piadoso y puro, más obediente a las leyes sagradas de las guerras de Israel, que este David degenerado y corrompido por el poder.

- Aunque quizá los reproches van dirigidos, oblicuamente, a un sistema de vida patriarcal donde existen jerarquías rígidas de mando y autoridad, jerarquías donde las mujeres quedan relegadas siempre al último escalafón.

Es curiosa la leyenda negra que surge en la historia de la interpretación de este episodio a través de los siglos, donde Betsabé es pintada como una vampiresa seductora que atrapa en sus redes voluptuosas a su pobre víctima David. La construcción patriarcal de la realidad social humana exige que la sexualidad femenina sea vista como desestabilizadora del orden y de las buenas costumbres. Los varones son siempre unos pobres

> inocentes cuya caída en el pecado es previsible, comprensible y perdonable, puesto que ante la visión de un cuerpo femenino siempre caerán, atrapados sin la más mínima capacidad de resistencia. Si no fuese por la perversidad de las mujeres, que a pesar de todo siempre se las arreglan para exhibir sus encantos ante los varones, éstos llevarían vidas castas y piadosas. Si los varones caen en el pecado, entonces, es sólo por la naturaleza viciosa de las mujeres que los seducen —como Betsabé, que aprovecha para asearse cuando sabe que la tiene que estar espiando el rey.

Hay muchas maneras de lavarse; y la de desnudarse en público no tiene por qué ser la que escogió Betsabé —aunque es la que los lectores, convertidos también en "mirones" en su imaginación, han preferido atribuirle.

Es difícil imaginar qué podría haber hecho diferente Betsabé. La ley de Moisés exigía unas abluciones rituales en su época mensual de máxima fertilidad, abluciones que ninguna mujer piadosa podía evitar. ¡No es verosímil que para ello se desnudara a la vista de los mirones del castillo! Hay muchas maneras de lavarse; y la de desnudarse en público no tiene por qué ser la que ella escogió —aunque es la que los lectores, convertidos también en «mirones» en su imaginación, han preferido atribuirle. El problema de Betsabé probablemente no residía en su actividad ese día, tanto como en su propia existencia como mujer bella, con la excitación especial que podía provocar en el rey precisamente por el morbo de tratarse de la mujer de otro.

Ante el requerimiento de presentarse en el palacio, hay que imaginar la turbación y el miedo que tuvieron que apoderarse de Betsabé, que tal vez venía teniendo que aguantar los silbidos y los comentarios soeces de la soldadesca de guardia en las murallas del castillo. Y ante el deseo manifiesto del soberano de yacer con ella, ¿qué alternativa le quedaba,

que no pusiera en peligro su vida y la de su marido? Si alegaba el impedimento de ser una mujer casada, ¿acaso no podía el rey, con una sola orden, «liberarla» de dicho estorbo mandando asesinar a Urías? La terrible ironía del caso es que a pesar de todo, no consiguió salvar la vida de su marido, que parecería ser el único en todo el reino que no se enteraba de lo que pasaba. (Aunque es más verosímil suponer que Urías sabía perfectamente lo que pasaba; y entendía que desde el momento que el rey se había fijado en su esposa, era hombre muerto.)

Cuando la mitad de la sociedad se ve relegada a ser aquel objeto pasivo por el que compiten entre sí la otra mitad, nadie puede dormir tranquilo: la traición y la muerte y el horror acechan en cualquier rincón.

Configurada la sociedad patriarcal como violación sistemática de la dignidad de las mujeres, al final esa propia violencia de género se vuelve contra sus presuntos beneficiarios, los varones. Urías muere por orden del rey. El hijo (varón) de Betsabé muere por orden de Dios. Posteriormente otro hijo de David, Amnón, deshonrará a su padre violando a su propia hermana; y otro, Absalón, violará a varias de las mujeres del harén de su padre. Y así la violencia de género se instala en otra generación más. Cuando la mitad de la sociedad se ve relegada a ser aquel objeto pasivo por el que compiten entre sí la otra mitad, la sociedad entera adolece tal violencia en sus mismísimos cimientos, que nadie está seguro, nadie puede dormir tranquilo: la traición y la muerte y el horror acechan en cualquier rincón.

Un tema que no vamos a desarrollar aquí pero que el pasaje leído en 2 Samuel también invita a meditar, es el del arrepentimiento de los pecadores y el perdón divino. Ese perdón sin embargo a veces —como en 2 Samuel 12— no está reñido con que haya que sufrir algunas consecuencias terribles provocadas por el pecado cometido. En este caso la muerte de un bebé se entiende haber sido consecuencia directa

del pecado de su padre; por mucho que al padre, que es de verdad el culpable, se le perdona la vida por su arrepentimiento. ¿Cómo explicamos que sean compatibles este castigo y este perdón?

TEMA 3. GÉNESIS, CAPÍTULO 41 Y 47,13-27

Muchas de las historias bíblicas —en ambos Testamentos— encierran apelaciones expresas a adoptar conductas concretas que se estiman apropiadas para personas que comparten la fe de sus protagonistas. O a abandonar otras conductas, estimadas inapropiadas. En muchos casos, el propio texto de la narración explica la relación directa entre determinadas conductas y la recompensa o los castigos, según el caso, experimentados a la postre. El Dios de la Biblia es galardonador de los que le temen, es decir, de los que se comportan como es digno del Dios particular y especial que actúa en estas historias. Si la religión de Israel es especial en comparación con los pueblos a su alrededor, es porque su Dios es diferente y les instruye conductas diferentes a las habituales. El Dios de Israel no se conforma con que su pueblo sea medianamente bueno sino que inspira en su pueblo la meta de manifestarse *superiores* en su conducta, lo cual redundará en la gloria de éste su Dios superior.

Es cierto que la vida en relación con Dios que impulsa toda la Biblia —ambos Testamentos— es una de fe y confianza en Dios, donde hay que aprender a arrojarse a la misericordia y la gracia divinas, reconociendo que ante la grandeza de su santidad, ninguna vida humana haría méritos propios como para que Dios se fije en él o ella para bien. Los personajes de las historias bíblicas saben que o andan por la fe o si no, perecen. Pero esa fe les conduce a superarse en sus comportamientos. Y concretamente, a tratar a los demás como confían en ser tratados por Dios.

La propia Biblia describe esta conducta moral y ética en relación con el prójimo, a veces como ley o leyes, otras veces como sabiduría. Y otras veces como gracia, en el sentido del reconocimiento de que el propio hecho de poder comportarse como es debido, es un don, un obsequio, una gracia recibida de Dios. La fe aprendida en la Biblia lleva a las personas a expresarse profundamente agradecidas de haber aprendido «el camino» o «las sendas» del Señor, alabando las virtudes de «tu Palabra» en el sentido de instrucción para una vida buena, confesándose

guiados por el Espíritu de Dios, el espíritu de sabiduría o el espíritu de Cristo —entendidos todos esos «espíritus» como una misma iluminación divina.

El hábito de la lectura bíblica acaba despertando en los lectores una especial sensibilidad a los temas de moral o ética. Una sensibilidad que nos lleva luego a reevaluar algunas de las historias que trae la propia Biblia.

Por todo ello, el hábito de la lectura bíblica acaba despertando en los lectores una especial sensibilidad a los temas de moral o ética. Los lectores de la Biblia van agudizando, con el tiempo, su discernimiento de las conductas que son apropiadas o no en relación con el Dios de la Biblia y con el prójimo. Y esto nos lleva muchas veces a reevaluar algunas de las propias historias bíblicas, preguntándonos cómo es posible en ellas un trato tan vejatorio o violento con respecto a algunas personas.

Algunos se alarman ante este fenómeno, considerando que no es apropiado poner en tela de juicio ninguna conducta que las propias narraciones bíblicas no condenen expresamente en sus protagonistas. Pero yo opino que si el Dios que inspiró los textos bíblicos es un Dios vivo, que a través de estos textos comunica no sólo —o no especialmente— información sino que se comunica a sí mismo, metiéndonos su propio Espíritu en el cuerpo, por decirlo de alguna manera, entonces estamos facultados para juzgarlo todo, reevaluarlo todo y medirlo todo a la luz del Espíritu que nos ha escogido como su morada. Así los criterios del trato apropiado con respecto al prójimo que interiorizamos por la mucha lectura de las historias bíblicas, nos conducen a su vez a releer con cierta sensación de escándalo algunas de las propias historias bíblicas, admirándonos de la deficiencia de sus conductas. En mi opinión, esto no es sólo legítimo sino necesario y ya

está previsto, si no exactamente por las propias historias bíblicas, sí —sin duda alguna— por el Dios que da sentido a esas historias.

Cualquier persona que pretendiera imitar a Abraham proponiéndose —si Dios no lo detiene sobrenaturalmente— degollar a su hijo y quemarlo en un altar como ofrenda a Dios, no sólo acabaría sus días en una cárcel o en un manicomio, sino que sería desautorizado moralmente por cualquier judío o cristiano mínimamente conocedor del Dios de la Biblia.

Nuestra lectura para esta hora es parte de la extensa saga sobre José, un personaje muy singular, que ocupa el último cuarto del libro de Génesis. Situado entre los patriarcas de Israel, no se lo menciona jamás en la fórmula clásica: «el Dios de Abraham, Isaac y Jacob»; pero su nombre tampoco figura entre los de las tribus de Israel junto con sus hermanos —desplazado en ese aspecto por sus propios hijos. Las selecciones que vamos a leer de la historia de José tocan un aspecto relativamente secundario, por mucho que la narración bíblica dedique casi dos capítulos a ello.

Si nunca has leído esta historia completa en el libro de Génesis 37-50, te puede resultar difícil nuestra tarea para esta hora. Por si acaso, resumamos:

José es el onceno entre los doce hijos del patriarca Jacob. En su juventud sueña —y cuenta a sus hermanos mayores— sueños donde toda su parentela le rendirán pleitesía como a un soberano o a un dios. «Mosqueados» con él y tal vez temiendo la fuerza de predicción que puedan encerrar esos sueños, sus hermanos buscan una manera de deshacerse de él, optando al final por venderlo a una caravana de tratantes de esclavos que se dirigen a Egipto. Tras una serie de dificultades y vicisitudes, José acaba como primer ministro de Egipto en una época de hambruna, con un control absoluto sobre el monopolio estatal del grano. Llevados por la escasez en su propio país, sus hermanos acuden a Egipto para comprar grano —donde, sin saberlo, tendrán que vérselas con José. Al final, efectivamente y en cumplimiento de sus sueños de la niñez, José dispone a placer del destino de toda su parentela, trayéndoselos todos como inmigrantes a Egipto, como un «favor» que ni siquiera su padre se atreve a resistir. La narración nos recuerda oportunamente, en diversos momentos, que todo esto ha sido un plan concebido por el propio Dios, para salvar del hambre a esta familia.

Al empezar el libro de Éxodo, a continuación, descubrimos que los descendientes de esta familia han prosperado enormemente por una

continua relación de privilegio durante los siglos que ha durado la dinastía reinante en tiempos de José; pero a la postre, con el cambio dinástico han perdido su condición privilegiada y ahora son tratados como esclavos. De donde surge su clamor a Dios que impulsa su liberación y huida de la esclavitud en Egipto —narrada en Éxodo— para conquistar la tierra donde habían vivido, siglos atrás, sus antepasados los patriarcas. Como el tema de la terrible esclavitud sufrida en Egipto es tan eminente en la memoria colectiva de los israelitas, vamos a leer la siguiente sección bíblica, con especial atención al tema de la esclavitud.

Leamos ahora Génesis capítulo 41 y 47,13-27, observando cómo esta historia desemboca inevitablemente en esclavitud. Intenta evaluar estos hechos con «discernimiento» moral, imaginándote, por ejemplo, qué opinarías de esas políticas si las emprendiera un gobierno hoy día.

> *Y sucedió que al final de dos años Far'oh soñó y vio que estaba junto al Nilo y vio subir del Nilo siete vacas de muy buen aspecto y de carnes gordas que pacían entre los juncos. Entonces vio detrás de ellas, otras siete vacas que subían del Nilo, de muy mal aspecto y de carnes flacas, que se pusieron al lado de las vacas que ya estaban en la ribera del Nilo. Y las vacas de muy mal aspecto y de carnes flacas se comieron las siete vacas de muy buen aspecto y de carnes gordas —y en eso se despertó Far'oh.*
>
> *Y se durmió y volvió a soñar y vio siete espigas gruesas y buenas que brotaban de un mismo tallo. Y vio siete espigas secas y quemadas por el viento solano, que brotaban después que las primeras. Y las siete espigas secas se comieron las siete espigas gruesas y llenas —y en eso se despertó Far'oh y se dio cuenta que era un sueño.*
>
> *Y sucedió que por la mañana estaba de ánimo preocupado y mandó llamar a todos los escribas de Egipto y a todos los sabios y les relató Far'oh su sueño —pero no hubo nadie capaz de interpretarlo para Far'oh.*
>
> *Entonces habló el jefe de los coperos a Far'oh, para decir:*
>
> *—¡Me acabo de acordar de mi culpa! Far'oh se enfadó con sus esclavos y nos mandó encarcelar en la torre del jefe de la guardia a mí y al jefe de los panaderos. Entonces soñamos sueños una misma noche, yo y él, cada uno soñó su sueño según su interpretación. Y allí había un joven hebreo esclavo del jefe de la guardia y se los contamos y nos los interpretó a cada cual, según su sueño, la interpretación. Y sucedió que tal cual nos lo interpretó, así nos fue. Yo fui restaurado conforme a mi honra y a él lo ahorcaron.*

Entonces mandó Far'oh llamar a Yosef y lo sacaron a toda prisa del calabozo y lo afeitaron y le cambiaron la ropa y lo trajeron ante Far'oh.

Y Far'oh dijo a Yosef:

—He soñado un sueño y no hay quien me lo interprete pero me cuentan de ti que eres capaz de escuchar un sueño para interpretarlo.

Pero Yosef respondió a Far'oh para decir:

—Solamente Dios puede responder para bien de Far'oh.

Entonces Far'oh le contó a Yosef:

—En mi sueño vi que estaba junto a la ribera del Nilo. Y vi subir del Nilo siete vacas de carnes gordas y de muy buen aspecto, que pacían entre los juncos. Y vi otras siete vacas subir detrás de ellas, desventuradas y de muy mal aspecto y de carnes flacas... nunca he visto otras tan miserables como ellas en toda la tierra de Egipto. Y las vacas flacas y miserables se comieron a las siete vacas primeras, las gordas. Y entraban en su interior pero no se notaba que habían entrado en su interior porque seguían con aspecto igual de malo como al principio —entonces me desperté. Y vi en mi sueño siete espigas que brotaban de un mismo tallo, llenas y gruesas. Y vi brotar siete espigas secas y quemadas por el viento solano después de las primeras. Y las espigas secas se comieron las siete espigas buenas. Se lo conté a los escribas pero no hay quien me lo explique.

Entonces respondió Yosef a Far'oh:

—El sueño de Far'oh uno solo es, el cual Dios ha hecho conocer a Far'oh. Las siete vacas buenas, siete años son; y las siete espigas buenas, siete años son —es un mismo sueño. Y las siete vacas flacas y miserables que suben detrás de ellas, siete años son; y las siete espigas secas y quemadas por el viento solano son siete años de hambruna. Esto es lo que le digo a Far'oh: que Dios va a hacer lo que ha visto Far'oh. Por cuanto vienen siete años de abundancia enorme en toda la tierra de Egipto. Pero se alzarán siete años de hambre después de ellos y se olvidará toda la abundancia de la tierra de Egipto y la hambruna arruinará la tierra. Y no se sabrá de abundancia en la tierra por culpa de esta hambre posterior, porque será extremadamente dura. Y en cuanto a la repetición del sueño de Far'oh dos veces, es porque la cosa es firme de parte de Dios y Dios se apresura a realizarla.

—Ahora bien: vea Far'oh qué hombre entendido y sabio haya y póngalo sobre la tierra de Egipto. Actúe Far'oh y establezca supervisores sobre la tierra, que se cobren la quinta parte del producto de Egipto durante los siete años de abundancia. Y reúnan todo el

alimento durante estos años buenos que vienen. Que amontonen el grano bajo mandato de Far'oh para alimento en las ciudades y le pongan guardia. Y está el alimento contabilizado en el territorio para los siete años de hambre que habrá en la tierra de Egipto, para que no perezca la tierra por la hambruna.

Y pareció bien lo dicho, ante Far'oh y ante todos su gobierno. Y dijo Far'oh a su gobierno:

—¿Acaso íbamos a dar con otro hombre como éste, en quien está el aliento de Dios?

Entonces Far'oh dijo a Yosef:

—Puesto que Dios te ha hecho saber todo esto, no hay entendido ni sabio como tú mismo. Tú estarás sobre todo mi palacio y por tu boca besará todo mi pueblo. Solamente en cuanto al trono seré yo tu superior—. Y dijo Far'oh a Yosef: —Mira que te pongo sobre toda la tierra de Egipto.

Entonces se quitó Far'oh la sortija de su dedo y se la puso en la mano a Yosef. Y lo mandó vestir con ropa de lino fino y puso sobre su cuello un collar de oro. Y lo hizo llevar en el segundo de sus carruajes y proclamaban delante de él ¡Abrekh! —y así se inauguró su mandato sobre toda la tierra de Egipto.

Entonces Far'oh dijo a Yosef:

—Por cuanto yo soy Far'oh, aparte de lo que tú dispongas ningún hombre levantará la mano ni el pie en toda la tierra de Egipto.

Y Far'oh le puso a Yosef el nombre de Tsofnat Pa'nej y le dio a Osnat, hija de Potiferá, sacerdote de On, como esposa. Y procedió Yosef a gobernar la tierra de Egipto.

Tenía Yosef treinta años cuando fue traído ante Far'oh, rey de Egipto. Y salió Yosef de la presencia de Far'oh y pasó por toda la tierra de Egipto. Y la tierra produjo durante siete años cosechas abundantes. Y acopió todo el alimento los siete años que hubo en la tierra de Egipto y puso el alimento en las ciudades —el alimento del campo a la ciudad que tenía más próxima— y lo almacenó dentro de las murallas. Y amontonó Yosef cereales como la arena del mar en cantidad extraordinaria, hasta tener que desistir de contabilizarlo porque no existen tales números.

Y le nacieron a Josef dos hijos antes de que llegaran los años del hambre, que le dio Osnat, hija de Potiferá, sacerdote de On. Y al mayor, Yosef le puso de nombre Mnasheh, «porque Dios me ha hecho olvidar

todas mis cuitas y toda la casa de mi padre». Y al segundo le puso Efraim, «porque Dios me ha dado fruto en la tierra de mi dolor».

Entonces concluyeron los siete años de abundancia que hubo en la tierra de Egipto. Y empezaron los siete años de hambruna tal cual había dicho Yosef y hubo hambre en todas las tierras, a pesar de que en toda la tierra de Egipto había alimento. Así que cuando el hambre apremió en toda la tierra de Egipto, el pueblo protestó a Far'oh pidiendo alimento y Far'oh respondió a todo Egipto: «Acudid a Yosef y haced lo que él os diga» —porque el hambre se había extendido sobre toda la superficie de la tierra. Entonces abrió Yosef todos los depósitos que había entre ellos para vender cereales a los egipcios. Pero la hambruna empeoraba en toda la tierra de Egipto y todo el mundo acudía a Yosef porque empeoraba la hambruna por toda la tierra.

[…]

No había alimento en todo el mundo porque arreciaba muchísimo la hambruna y desfallecía la tierra de Egipto y la tierra de Cna'án por causa del hambre. Y ya se había cobrado Yosef toda la plata que se encontraba en la tierra de Egipto y en la tierra de Cna'án con la venta de cereales que tenían que comprar mientras Yosef iba acumulando la plata en las arcas de Far'oh.

Cuando se acabó la plata en la tierra de Egipto y en la tierra de Cna'án, acudió todo Egipto a Yosef para implorarle:

—¡Danos de comer! ¿Por qué íbamos a morir ante ti a falta de plata?

Entonces Yosef sentenció:

—Entregadme vuestro ganado y os lo daré por vuestro ganado a falta de plata.

Y le entregaron el ganado a Yosef y Yosef les dio alimento por caballos y por el ganado menor y por el ganado mayor y por los burros y ese año les proveyó alimento a cambio de todo su ganado. Pero se acabó ese año y acudieron a él el segundo año y le rogaron:

—No es ningún secreto ante su señoría que se ha agotado la plata y el ganado pertenece a su señoría. Ya no queda nada para su señoría salvo nuestros cadáveres y nuestras tierras. ¿Por qué íbamos a morir ante ti tanto nosotros mismos como nuestras tierras? Cómpranos a nosotros y a nuestras tierras a cambio de alimento y seremos nosotros y nuestras tierras esclavos de Far'oh, pero danos semilla para que vivamos y no muramos y para que la tierra no quede abandonada.

Entonces Yosef compró todas las fincas de Egipto para Far'oh, porque los egipcios le vendieron cada uno su finca por causa del hambre

que arreciaba sobre ellos. Y así todas las tierras pasaron a ser de Far'oh. Y al pueblo lo hizo emigrar a las ciudades, de un extremo al otro de Egipto. Sólo se salvaron las fincas de los sacerdotes, que no compró, porque los sacerdotes tenían un estatuto de parte de Far'oh por el que comían conforme a su estatuto lo que les daba Far'oh. Por eso no vendieron fincas.

Y dijo Yosef al pueblo:

—Mirad que os compro hoy a vosotros y vuestras fincas para Far'oh. Aquí tenéis semilla para que sembréis las fincas. A partir de ahora la quinta parte del producto lo entregaréis para Far'oh y las cuatro partes os las quedaréis para simiente para el campo, así como para comer vosotros y vuestras familias y para alimentar a vuestros niños.

Y exclamaron:

—¡Nos permites vivir! ¡Qué generosidad, su señoría!— Y: —¡Esclavos somos de Far'oh!

Así estableció Yosef como estatuto hasta el día de hoy para las fincas de Egipto, esto de la quinta parte —con la única salvedad de las fincas de los sacerdotes, que no son de Far'oh.

Pero en cambio Israel habitó en la tierra de Egipto, en la provincia de Goshén, y la poseyó y prosperó y se multiplicó en gran manera.

¿A quién en esta historia es dado conocer, por revelación divina, el futuro?

Al rey, a Faraón (por medio de José).

La información, como sabemos, es poder; y la información privilegiada, es poder en manos de unos pocos, que pueden aprovecharlo si tienen las aptitudes necesarias, para beneficiarse enormemente. Por eso las leyes de los Estados modernos prohíben, por ejemplo, operar en bolsa a los que disponen de información privilegiada sobre las empresas cuyas acciones se compran y venden.

¿Se beneficia personalmente Faraón de la información privilegiada que recibe?

¡Naturalmente! Faraón es un monarca absoluto. Nada puede impedir que se lucre exageradamente de la información privilegiada que le hace conocer Dios.

¿Qué beneficios recibe José de su posición como agorero del futuro?

Como intermediario de la información privilegiada de la que se beneficiará tan exageradamente Faraón, parecería ser justo que José también obtenga pingües beneficios —los cuales, en efecto, recibe

como segundo en todo Egipto, tan sólo después del propio Faraón en cuanto a poder, riquezas y gloria.

¿Qué precio paga Faraón (o José) por el grano que recauda?

El relato de Génesis da a entender que los cereales recogidos durante los años de abundancia se cobran a manera de impuesto o tributo, sin nada a cambio.

Desde que existen los Estados, siempre ha parecido natural financiarlos con impuestos sobre la producción de los súbditos (últimamente concebidos como ciudadanos, más que súbditos). La teoría que justifica los impuestos cobrados es que el Estado, a cambio, invierte lo recaudado en cosas que son de beneficio para la sociedad. Se puede discutir si las inversiones son prudentes o si el beneficio es el previsto: una guerra perdida siempre es un gasto extraordinariamente mal empleado, mientras que si se gana, puede generar beneficios; un templo puede parecer un despilfarro, pero si genera la benevolencia divina o contribuye a la fama de la ciudad, tal vez haya que considerarlo dinero bien invertido. En cualquier caso, el concepto de impuestos a cambo de beneficios no genera controversia.

¿Cuál es el beneficio prometido a la población a cambio de la expropiación de sus cosechas?

En principio, parecería ser que lo que se promete a cambio de la expropiación de las cosechas es un sistema de almacenamiento de alimentos que estarán a disposición de los propios productores de Egipto cuando lleguen los años cuando fallan las cosechas. Desde luego, la construcción de graneros para alimentar a la población del país durante los siete años de hambre que se aproximan, parecería ser una contrapartida excelente, una sabia inversión de los impuestos estatales.

¿En qué condiciones se le devuelve a la población el grano que han entregado gratuitamente con el fin de asegurar su propia supervivencia durante los años de hambre?

Los propios cereales que los campesinos han entregado gratuitamente, a manera de tributo o impuesto estatal, ahora se les devuelven… pero a precio de carestía. Lo que en un principio parecía un plan beneficioso para la propia población campesina, ahora se manifiesta como un complot terriblemente siniestro para expoliar y esclavizar a toda la población del país. La desesperación del hambre obliga a la gente a entregar a Faraón todo lo que poseen y venderse a sí mismos a esclavitud. Todo esto a cambio de los alimentos que ellos mismos habían entregado primero «voluntariamente», por expropiación estatal.

El monopolio del grano se ha convertido así en un negocio personal de Faraón (en manos de José). Puesto que los cereales son ahora de Faraón, es legítimo venderlos a quien más pague, conforme a la ley del mercado. Naturalmente, José «alimenta» así no sólo a los propios egipcios sino a los países vecinos. ¡La escalada de precios y la rapacidad del monopolio, dejan sin capacidad adquisitiva a los propios productores cuyo producto se está vendiendo!

¿Era previsible algún otro desenlace que el de la apropiación faraónica de las tierras y el ganado (es decir, todos los medios de producción de la nación) y la esclavización de la población?

Conociendo la naturaleza humana y la naturaleza del poder ilimitado en las manos de unos pocos individuos, es difícil imaginar otro desenlace. Según como José «vendiera» inicialmente la idea de almacenar la quinta parte de la producción agraria de Egipto, sin embargo, tal vez no faltaron quienes creyeran que se trataab sencillamente de unos planes de previsión para devolver en su debido momento los alimentos a quienes los habían producido. Quien no fuera lo bastante cínico o precavido respecto a las intenciones habituales de la monarquía, entonces, quizá al final se llevara una sorpresa al descubrir la siniestralidad última del plan maquiavélico de José.

Lo que en un principio parecía un plan beneficioso para la propia población campesina, ahora se manifiesta como un complot terriblemente siniestro para expoliar y esclavizarlos.

¿Era inevitable ese desenlace? ¿Era éste el desenlace que se puede presumir que tenía en mente Dios al revelar el futuro a Faraón y a José?

El relato bíblico no se aventura a opinar sobre las motivaciones de Dios; con la salvedad, quizá, del fin último de proveer para que los patriarcas de Israel sobrevivieran la hambruna de aquellos años.

Al final, entonces, resulta que esta historia contiene una apología del poder absoluto de los monarcas. Desde hacía milenios, la mitología de

Egipto atribuía divinidad a los faraones y les otorgaba derechos absolutos sobre toda la población y sobre todos los medios de producción. Con esa propaganda del poder conseguían, por ejemplo, desviar la totalidad de los recursos del Estado para la construcción de pirámides cuyo único propósito era garantizar la vida eterna del propio Faraón —y de nadie más. Pero esta narración consigue efectos similares: el poder absoluto que goza la monarquía egipcia es, aquí también, por obra y efecto de la intervención de Dios en la política del país.

Y sin embargo, el desenlace nos resulta moralmente repugnante.

- Como el periplo de Israel por la tierra de Egipto sería recordado al final por la experiencia terrible y violenta de la esclavitud de toda su raza, hay que suponer que los primeros lectores de Génesis leían estos relatos con prejuicios muy fuertes en contra de la esclavitud —más o menos como nosotros.

  La lectura y meditación de la Biblia como hábito constante de la vida produce en los cristianos la convicción de fondo de que la moralidad del Dios de la Biblia tiene que ser *superior* a la de los dioses de los mitos paganos. Como diría Santiago, «Dios es luz y no hay ningunas tinieblas en él». Puesto que el Dios de la Biblia nos exige vivir vidas morales, parecería una cuestión de justicia el que él mismo predicara con el ejemplo con una moralidad intachable. Sin embargo existen historias en la Biblia que nos dejan insatisfechos precisamente sobre esa presunta superioridad moral de Dios.

  ¡Ya quisiéramos tener todas las respuestas a las incógnitas que nos suscita un relato como éste, de la esclavización de los egipcios!

TEMA 4. JONÁS

¿Qué clase de Dios es el Dios del libro de Jonás? ¿Qué valores pretende el Dios del libro de Jonás que aprendan y sostengan quienes leen este libro? Procedamos a leer ahora la brevísima historia de Jonás —en la presente traducción «original»—, con la atención puesta en esta cuestión de los valores.

> *Le sobrevino a Yonah hijo de Amitay una palabra del Señor, que decía:*
>
> *—Levántate. Vete a Ninveh, la gran urbe, y anuncia contra ella que han subido sus males hasta mi presencia.*

Y se levantó Yonah —para huir a Tarshish de la presencia del Señor. Y bajó a Afó y encontró un barco que se dirigía a Tarshish y pagó y se embarcó en él para marcharse con ellos a Tarshish de la presencia del Señor.

Pero el Señor echó un viento muy fuerte sobre la mar y provocó un gran huracán. Y el barco se daba por perdido. Entonces los marineros empezaron a clamar cada cual a su dios y echaron por la borda la carga que había en el barco para aligerarlo —pero Yonah había bajado a la bodega de la nave para acostarse y se había dormido.

Y se le acercó el jefe de los marineros y le dijo:

—¡Pero qué haces tú durmiendo! Levántate y clama a tu dios, por si acaso los dioses se fijan en nosotros para que no perezcamos.

Y decían entre sí: «Venga, echemos suertes para saber por culpa de cuál nos está pasando este desastre». Así que echaron suertes y le tocó a Yonah.

Entonces le dijeron:

—Confiésanos por qué nos está pasando este desastre. ¿Cuál es tu oficio y de dónde vienes? ¿De qué país y de qué raza eres?

Así que les contestó:

—Soy hebreo y adoro al Señor Dios del cielo, que hizo el mar y la tierra firme.

Entonces los hombres se asustaron mucho y exclamaron: «¡Pero qué es esto que has hecho!» —porque se enteraron los hombres que era por huir de la presencia del Señor que se había juntado con ellos. Y le preguntaron: «¿Qué es lo que te tenemos que hacer para que se calme la mar que se nos echa encima?» — porque la mar avanzaba en huracán.

Entonces les dijo:

—Cogedme y echadme por la borda y así se calmará la mar que se os echa encima, que bien sé yo que es por culpa mía que este gran huracán os azota.

Y los hombres remaban para volver a tierra firme pero no lo conseguían porque la mar avanzaba en huracán sobre ellos. Entonces clamaron al Señor diciendo:

—Por favor, Señor, rogamos que no perezcamos por la vida de este hombre ni nos lo tengas en cuenta como sangre inocente porque tú, Señor, lo has provocado como has querido.

Así que agarraron a Jonás y lo tiraron por la borda... y el mar se estuvo quieto de su furor. Y los hombres sintieron mucho miedo del Señor y se esmeraron en hacer sacrificios y promesas al Señor.

Pero el Señor dispuso un gran pez para que se tragara a Yonah. Y estuvo Yonah tres días y tres noches en el vientre del pez. Entonces oró Yonah al Señor su Dios desde el vientre del pez, diciendo:

Siempre que llamé en mis apuros al Señor, tú me has respondido.

> *Desde el vientre infernal doy voces: ¡Oye ahora mi voz!*
> *Me has arrojado a las profundidades,*
> *hasta el corazón de las mares; y la corriente me sepulta.*
> *Todo tu oleaje y tu marejada me arrolla.*
> *Pero yo dije: He sido expulsado de tu vista.*
> *¡Quién pudiera volver a ver tu templo sagrado!*
> *Las aguas me entran hasta la respiración,*
> *la hondura me tiene cercado,*
> *tengo algas enredadas en el pelo.*
> *He bajado hasta los cimientos de las montañas,*
> *la tierra me encerró para siempre.*
> *¡Sácame con vida de esta tumba, Señor mi Dios,*
> *que se me acaba el aire! —del Señor me acuerdo.*
> *¡Llegue hasta ti mi oración, hasta tu templo sagrado!*
> *Los que se ciñen a lo vacío e ilusorio renuncian a su fidelidad;*
> *pero yo lo anunciaré a voces, te haré sacrificios.*
> *Las prometas que hago las cumpliré; las haré para el Señor.*

Entonces el Señor habló al pez, que vomitó a Yonah a tierra firme.

Y le volvió a sobrevenir a Yonah una palabra del Señor, que decía:

—Levántate. Vete a Ninveh, la gran urbe, y anuncia contra ella el anuncio que ya te dije.

Y se levantó Yonah y fue a Ninveh tal cual le mandaba el Señor.

Ninveh era una ciudad divinamente inmensa —se tardaba tres días en cruzarla. Entró Yonah a la ciudad y empezó a andar por ella, diciendo: «Al cabo de cuatro días Ninveh será puesta patas arriba». Y los habitantes de Ninveh creyeron en Dios y proclamaron ayuno y se vistieron de cilicio —desde el más importante hasta el más insignificante. Y se anunció el asunto al rey de Ninveh, el cual se levantó de su trono y se quitó sus adornos y se cubrió de cilicio y se sentó en el polvo.

Y proclamó a los Ninveos un decreto de parte suya y de todo su gobierno, que decía: «A toda persona o animal de la vacada o del

rebaño: Que no prueben bocado ni pasten ni beban agua; sino que se cubran de cilicio, tanto las personas como los animales. Y que clamen a Dios con fuerza y que enmiende cada persona sus malos caminos y la violencia que está en sus puños. ¿Quién sabe si Dios no enmienda y se apiada y se arrepiente del ardor de su ira y no nos destruye?

Y vio Dios lo que hicieron —que enmendaron sus malos caminos— y se apiadó Dios del mal que había dicho que les haría y no lo hizo.

Pero esto a Yonah le pareció terrible y se enfadó muchísimo. Y rogó al Señor diciendo:

—¡Por favor, Señor! ¿Acaso no es esto mismo lo que decía yo cuando estaba en mi propia tierra? Por eso antes quise huir a Tarshish, que sabía que tú eres un Dios compasivo y tierno, lento para enfadarte y grande en misericordia, que te echas atrás de hacer ningún mal. Así que ahora, Señor, re ruego que te lleves mi alma, porque prefiero morir que vivir.

Pero el Señor respondió:

—¿Te parece bonito enfadarte así?

Entonces Yonah salió de la ciudad y se sentó al este de la ciudad. Y se hizo un refugio ahí y se acomodó a la sombra hasta ver qué sucedía con la ciudad. Y el Señor Dios dispuso una planta que creció más alto que Yonah, para que hubiera sombra sobre su cabeza, para librarlo de su pesadumbre. Entonces Yonah se alegró —por la planta. ¡Se animó muchísimo! Pero entonces Dios dispuso una larva cuando subía el amanecer del día siguiente, que fulminó la planta —y se secó. Y sucedió que con el fulgor del sol, Dios dispuso un viento solano abrasador. Y el sol era fulminante sobre la cabeza de Yonah, que se desanimó por completo y pedía con toda el alma morirse.

Entonces dijo:

—¡Prefiero morir que vivir!

Pero Dios respondió a Yonah:

—¿Te parece bonito enfadarte así por la planta?

Y replicó:

—¡Me parece bien enfadarme! ¡Hasta la muerte!

Entonces dijo el Señor:

—Tú te preocupas por una planta que no te costó ningún trabajo ni la hiciste crecer; que en una noche apareció y en otra noche desapareció. ¿Y yo qué? ¿No me voy a preocupar por Ninveh, la gran urbe, en la que hay más que 120.000 niños que todavía no son capaces

de diferenciar entre la mano derecha y la izquierda —amén de toda una multitud de animales?

Si el libro de Jonás figura entre los profetas, hay que suponer que es porque se considera que su autor (anónimo) fue un profeta, es decir, un portavoz legítimo de la opinión de Dios sobre la vida humana en una situación histórica concreta. La narración de Jonás no llama «profeta» a Jonás mismo y la falta de verosimilitud histórica del relato conduce a dudar que Jonás jamás haya existido más que como protagonista (ficticio) de esta parábola edificante con un mensaje claro —una moraleja— que debía recibir y aceptar todo judío piadoso. El carácter de «cuento» de esta historia no lo dicta la presunta dificultad de la supervivencia de un ser humano en el estómago de un pez —¡cosas más extrañas ha hecho Dios!— sino el carácter fantástico de su geografía. La «Nínive» de este cuento es una ciudad de fábula, imaginaria, que no guarda ninguna relación con la capital histórica de los asirios ni con las ruinas que existen hoy; y cualquier judío de la época cuando se escribió Jonás, tenía que saber distinguir perfectamente entre la Nínive real y la del cuento.

De la importancia de que el propio personaje de Jonás no viene descrito en el libro como un profeta sino como un típico judío piadoso, volveremos a hablar más adelante.

Los profetas bíblicos no son tanto pronosticadores del futuro, como portavoces de Dios sobre cuestiones del presente.

- Dios, la profecía y el futuro. Los profetas bíblicos no son tanto pronosticadores del futuro como portavoces de Dios sobre cuestiones del presente. Bien es cierto que en algún caso —tal vez con cierta frecuencia— la prédica de los profetas tiende a explicar el desenlace futuro al que conducen las realidades presentes: Si el pueblo vive en rebeldía contra Dios y sus mandamientos, el profeta sabe que se avecinan días de castigo y dolor. Si el pueblo vive sumido en dificultades y sufrimiento, el profeta sabe que se avecinan días de consolación.

Un futuro fijo, cuyos detalles se pueden describir y escribir como se puede hacer con el pasado, atraparía a Dios en un sistema cerrado, donde él ya no puede intervenir libremente; donde, por consiguiente, Dios sobra o es innecesario.

Lo sabe, no por proyectar sobre el futuro sus propias ideas de lo que sucederá como continuación del presente, sino porque conoce el carácter de aquel Dios de quien depende el futuro. Por eso las «predicciones» proféticas tienen siempre mucho más que ver con Dios —cómo es Dios y cómo ve Dios nuestras vidas hoy— que con la adivinación agorera por mera curiosidad futurista. De hecho, como el Jonás de este cuento, el profeta verdadero puede, sin mentir, errar dramáticamente en su pronosticación del futuro. Porque el arrepentimiento y el clamor a Dios puede cambiar lo que Dios vaya a hacer.

El futuro nunca está cerrado, nunca se puede conocer en detalle. Un futuro fijo, cuyos detalles se pueden describir y escribir como se puede hacer con el pasado, atraparía a Dios en un sistema cerrado, donde Dios mismo ya no puede intervenir libremente; donde, por consiguiente, Dios sobra o es innecesario. Y donde las oraciones y el clamor a Dios —incluso el arrepentimiento— son radicalmente ineficaces. Un futuro cerrado, ya fijo de antemano, conducirá inevitablemente a la resignación y el fatalismo como filosofía de vida.

El futuro que predican los profetas es siempre dinámico, como es dinámico y real el diálogo entre Dios y la humanidad. Si los humanos cambiamos de conductas hoy, si clamamos a Dios, nos arrepentimos, empezamos a tener fe y confianza en Dios, entonces no tienen que cumplirse inevitablemente los males anunciados. Por eso el anuncio pronosticador de la profecías bíblica es siempre provisional, tiene mucho más que ver con nuestro presente —qué sucederá si no cambiamos nosotros hoy, las personas que oímos o leemos la

profecía— que no con el futuro, del que realmente es imposible saber nada antes de que suceda. Porque Dios mismo va interactuando con nosotros sobre la marcha, según interactuemos nosotros con él —y con el prójimo.

De ahí que una parte importante del mensaje bíblico es que nuestra conducta *cuenta.* ¡Importa! Tiene efectos reales en el futuro —que es un futuro que vamos forjando sobre la marcha, entre Dios y nosotros.

Esta idea es más radical que lo que parece. No es necesario concebir así del tiempo. Muchas culturas humanas han creído que el tiempo es absolutamente cíclico, que el tiempo nunca avanza de verdad (sólo parece avanzar), que estamos atrapados en un círculo vital donde nada de lo que hagamos tiene consecuencias reales, porque desde la eternidad y hasta la eternidad, todo siempre ha sido y siempre será *igual*. Esa idea y el fatalismo que inculca a las personas, hace a los pueblos fáciles de dominar, domeñar y oprimir. El régimen de turno se presenta a sí mismo como inevitable, inamovible. Roma tiene que ser *eterna*, porque en la eternidad de Roma reside su poder y su autoridad irresistible sobre sus súbditos. No merece la pena luchar contra el régimen ni contra sus abusos y atropellos, porque nada que hagamos nosotros puede cambiar nada. Incluso los cambios que nos parezca observar son siempre superficiales, cambios necesarios para que las cosas sigan igual que siempre. Si cae Asiria y ahora manda Babilonia, si cae Babilonia y ahora manda Persia, nada ha cambiado en el fondo: todos los imperios son el mismo imperio, inevitable e irresistible, porque la acción del individuo ya estaba prevista y el futuro no depende del presente sino que es eternamente el mismo.

La fe bíblica rompe con el efecto aplastante de esa lógica. La fe bíblica conoce un Dios que escucha —que de verdad escucha— a su pueblo; un Dios que introduce cambios —cambios reales— en el futuro… y continúa cambiando constantemente el futuro según lo que observa y escucha en la humanidad. Con el Dios de la fe bíblica, las posibilidades del futuro son infinitas —para bien y también para mal. Todo depende. Depende de Dios, pero depende también de nosotros en relación con Dios y en relación con el prójimo.

De ahí la enormidad de la responsabilidad de responder a Dios como es debido. Y de ahí la enormidad de la responsabilidad de tratar al prójimo como agrada a Dios.

- El Dios de Jonás es un Dios que está intentando por todos los medios posibles, salirse de su encasillamiento como Dios de una sola etnia, una sola raza, una sola nación. Su voluntad es entrar en relación justa —la relación de amor mutuo entre Dios y los hombres y mujeres— con toda la humanidad, incluso con los peores enemigos de Israel, los asirios (definidos aquí por su ciudad capital: Nínive). Pero ese empeño por llegar a todo ser humano se ve frustrado por las reticencias de Jonás, este «judío típico», que no es que piense que eso sea imposible sino que piensa que no es deseable.

  El arreglo tradicional entre Dios y la etnia judía: «Yo os seré por Dios y vosotros me seréis por pueblo», ofrece unas ventajas claras al pueblo así escogido. El pueblo judío goza del conocimiento de la Ley, esa gracia maravillosa con que Dios instruye cómo vivir vidas buenas y dignas y llenas de luz. El pueblo escogido goza de la especial protección y la misericordia eterna del Señor. ¡Privilegios que dejarían de ser especiales si se derrochasen entre toda la humanidad! Privilegios que llegarían incluso a ser peligrosos si cayesen en manos de sus enemigos nacionales.

En el barco durante la tormenta, sin embargo, la tripulación se muestra más piadosa y más propensa al arrepentimiento y a clamar a Dios, que el propio Jonás. Puesto que, naturalmente, «la salvación viene de los judíos» (Jesús: Juan 4,22), los marineros no saben, no conocen quién es el Dios verdadero. Y sin embargo cuando a desgana y para explicar la situación, Jonás no tiene más remedio que contarles un mínimo posible acerca de Dios, la reacción de ellos es de fe y obediencia —fe y obediencia que contrastan vivamente con el descreimiento y la desobediencia del propio Jonás. Gracias a la «predicación» a regañadientes de Jonás, la tripulación —naturalmente— salva la vida.

Todo esto es un preludio para la repetición de la misma lección, esta vez pintada en un lienzo mucho más grande: la ciudad de dimensiones fabulosamente gigantescas que aquí ha de representar la totalidad de la humanidad anhelante de recibir el mensaje del Dios de Israel y dispuesta a arrepentirse con sinceridad y aflicción en cuanto se les anuncia la Verdad.

Estamos acostumbrados a pensar que esta idea, la de los gentiles que aceptan y adoran al Dios de Israel, con arrepentimiento y sinceridad, es el mensaje del Nuevo Testamento. Pero es importante reconocer que el mismo Dios del Nuevo Testamento es también el del Antiguo. Y que varios siglos antes de Pablo, los judíos habían aceptado como parte de sus Sagradas Escrituras este libro de Jonás, que versa sobre la necesidad

de comunicar su fe a los gentiles. Aquí es importante volver a destacar que en ningún momento se designa a Jonás como un profeta. No se pretende que el caso de Jonás sea excepcional. Es importante, al contrario, que sea sencillamente un típico judío piadoso y practicante. Y el hecho de que tenemos aquí un cuento parabólico, no un hecho histórico, significa que el arrepentimiento de Nínive no puede quedar relegado a un hecho puntual, anecdótico, único e irrepetible en un pasado remoto.

Al contrario: todos los gentiles, en todo el mundo, son siempre y permanentemente esa Nínive que espera anhelante que los judíos compartan con ellos su fe y su Dios.

Varios siglos antes de Pablo, los judíos habían aceptado como parte de sus Sagradas Escrituras este libro de Jonás, que versa sobre la necesidad de comunicar su fe a los gentiles.

El mensaje de Jonás no cayó en saco roto. La realidad histórica es que durante muchos siglos y hasta que la enemistad antisemita de las iglesias cristianas obligó a los judíos a replegarse en comunidades cerradas a cal y canto contra los gentiles, las sinagogas judías de todo el mundo fueron un lugar donde los gentiles que buscaban el conocimiento del Dios vivo, podían acercarse y ser instruidos sin prejuicios ni animadversión. El ministerio de Pablo a los gentiles fue tal vez la culminación de esta larga tradición, pero en absoluto supuso la revolución que solemos imaginar.

(El ministerio de Pablo fue controvertido, sí, pero por otro motivo: Pablo y los demás adeptos a la «secta» de «el Camino», se obstinaban en porfiar que el Mesías ya había venido y que había sido crucificado por los romanos y resucitado y ascendido a la diestra de Dios.)

- Juan 3,16 pone que «De tal manera amó Dios al mundo…» No «…a Israel», tampoco «…a los que habían de creer en Cristo». En la persona de Cristo, Dios amó «al mundo» a secas, con toda la amplitud que sugiere esa palabra. La idea de un Dios que es Dios de todos —de

todas las naciones, de todas las culturas y etnias— tiene que tener consecuencias prácticas para nuestra conducta y actitudes, o si no es pura fabulación sin ningún poder transformador. Lo que hay en juego es más que las misiones o la evangelización. Estamos hablando de la actitud o predisposición fundamental con que vemos a los que todavía no conocen a Dios.

TEMA 5. FILEMÓN

Si empezamos esta lección con una reflexión acerca de la importancia de la persona que lee la Biblia y que «habla sobre Dios desde la Biblia», terminaremos aquí con una reflexión posterior sobre cómo las cosas se nos pueden torcer si no reconocemos abiertamente cuáles son nuestros intereses.

Pavlos, preso del Ungido Yesús, y el hermano Timótheos.

A Filemón, querido hermano y colaborador nuestro y a la hermana Apfía y a Arjippo nuestro compañero de filas, así como a toda la iglesia que se reúne con los tuyos.

Gracia a vosotros y paz de Dios nuestro padre y del Señor Yesús Ungido:

Siempre doy gracias a mi Dios al acordarme de ti en mis oraciones, porque tengo noticias de tu amor y fidelidad, que tienes para con el Señor Yesús y para con todos los apartados, rogando que la comunión de tu fidelidad sea fecunda en todo conocimiento del bien que hay en nosotros en el Ungido. Porque he tenido mucha alegría y consolación por motivo de tu afecto, puesto que los sentimientos de los apartados hallan sosiego gracias a ti, hermano.

Por eso, aunque en el Ungido tengo libertad para mandarte lo que conviene, sin embargo por el amor tanto más te suplico —tal persona como yo, Pablo, anciano ya y preso del Ungido Yesús... Te suplico acerca de mi niño que me nació aquí en la cárcel, Onésimos, que antes a ti te fue inútil y ahora a mí me es bien útil. Te lo he mandado —a él, es decir, todo mi sentimiento. Yo desearía más bien tenerlo conmigo para que faltándome tú, me pudiera servir él aquí en la cárcel por el evangelio. Sin embargo no he querido hacer nada sin contar contigo, para que tu bondad no fuera por obligación sino voluntaria. Porque sin duda será por esto mismo que se apartó de ti durante un tiempo, para que a la postre pudieras tenerlo siempre a tu lado, ya no como esclavo

sino como más que esclavo, como hermano querido. Especialmente para mí; pero tanto más para ti, en la carne y también en el Señor.

Por eso, si es que tienes algo en común conmigo, recíbelo como si fuera yo mismo. Y si en algún particular él te trató injustamente o te sigue debiendo, pónmelo a mi cuenta. Yo Pavlos lo firmo de mi puño y letra: ¡Yo mismo te lo pagaré y no te tendré en cuenta que te me debes tú mismo a mí! ¡Sí, hermano, bien que te has beneficiado de mí en el Señor —dame ahora en el Señor tranquilidad en mis sentimientos!

Te he escrito sintiéndome seguro de que me escucharás, sabiendo que harás incluso más que lo que te pido. Por cierto, también puedes ir preparándome alojamiento, que espero —gracias a vuestras oraciones— poder daros ese gusto.

Saluda de mi parte a Epafrás, que fue mi compañero de celda por el Ungido Yesús, y a mis colaboradores Marcos, Arístarjos, Demás, Lucás. ¡La gracia del Señor Yesús Ungido es vuestro aliento!

Una de las conclusiones inevitables en la lectura de la Biblia es que —a la vez que nos valen para aprender sobre Dios, aprender cómo Dios es, cuál su plan a largo plazo para llevar la Historia de la humanidad a su desenlace feliz— aprendemos a la vez cómo nos es recomendable vivir. En el siglo III a.C. los judíos tradujeron al griego el término *Torah*, «instrucción» para la vida, con la expresión *Nomos*, «Ley». Y es que estos libros, además de contener secciones que enuncian mandamientos expresos de parte de Dios, contienen también relatos acerca de sus antepasados, donde los judíos observaban actuar ciertas normas o reglas de la conducta humana que podían tener la fuerza de auténticas leyes de la naturaleza humana. Es como cuando el ser humano moderno observa determinados fenómenos de la naturaleza y de ahí deduce la existencia de «leyes» como la ley de gravedad. No son leyes en el sentido de legislación tanto como en el sentido de que es posible predecir la relación entre una causa y su efecto: si suelto un objeto que tengo en la mano, puedo estar seguro de que se moverá hacia abajo y que cuanto más lejos del suelo lo suelto, mayor será su velocidad cuando haga impacto con el suelo.

Así también, de las conductas que observamos en la Biblia y del desenlace de sus historias, podemos deducir que hay conductas que agradan a Dios y cuyo efecto es bendición y un bienestar ampliamente difundido. Efectos que son tan regulares que vienen a ser «leyes» o «principios» en la dimensión espiritual de la existencia.

OBSERVAMOS LOS DETALLES DE LA CARTA

Algunas de estas «leyes» se observan en acción en los versículos 4-7 de Filemón:

- Es curioso que Pablo dice que siempre da gracias a Dios cuando se acuerda de Filemón. Esa gratitud viene inspirada no sólo por los recuerdos gratos sino por las noticias que le llegan de vez en cuando acerca de la conducta cristiana de Filemón y de la célula de cristianos que se reúnen en su casa. Pablo no duda de que el camino que han emprendido llevará cada vez mayor fruto en buenas obras.

De las conductas que observamos en la Biblia y del desenlace de sus historias, podemos deducir que hay conductas que agradan a Dios y cuyo efecto es bendición y un bienestar ampliamente difundido.

Si ahora nos fijáramos en las demás cartas de Pablo, veríamos que empiezan casi todas con expresiones parecidas. Pablo parece ser un hombre feliz, porque sabe estar permanentemente agradecido a Dios. Y lo que motiva sus oraciones de gratitud no son las posesiones que tiene ni los ahorros en su cuenta de banco ni las actividades en que se desenvuelve… sino las personas con quienes se relaciona.

¿Qué defectos tiene que reprochar Pablo a Filemón en estos versículos? ¡Ninguno!

Suponiendo que Filemón haya sido más o menos como cualquier otra persona, es probable que además de las virtudes personales que Pablo menciona en estos versículos también tuviera sus defectos; quizá algunos defectos bastante molestos. Pero en sus oraciones Pablo no menciona lo negativo sino que agradece a Dios lo positivo. Pablo tiene una visión positiva de su «hermano» Filemón, que aunque es probable que no se ajuste del todo a la verdad presente, sí se ajusta a lo que Pablo

entiende que Dios está haciendo en Filemón: la clase de persona que el Espíritu de Cristo está conduciendo a Filemón a llegar a ser.

Podríamos decir, entonces, que una primera «ley» o «principio» espiritual observable aquí es que la felicidad está estrechamente vinculada a pensar siempre lo mejor, lo más positivo, acerca de los demás.

- En el versículo 5 tenemos dos cosas que oye Pablo acerca de Filemón, y de dos receptores de esas dos «cosas».

  Por una parte, tenemos amor y la fe (o *fidelidad*, según lo he traducido aquí) de Filemón. Y por otra parte, tenemos «hacia el Señor Jesús y para con todos los santos» (o *apartados*, según lo he traducido aquí).

  ¿El amor y la fe se reparten respectivamente, lo primero al Señor Jesús y lo segundo a «todos los santos»? No parece lógico. Si el sentido deseado hubiera sido el de repartir, lo normal hubiera sido que el *amor* fuera para todos los santos; le *fe* o *fidelidad*, para el Señor Jesús. (En griego, *fe* y *fidelidad* son aspectos inseparables de una misma realidad y existe una única palabra que se emplea con ambos significados.) La propia manera de expresarse aquí Pablo, parecería indicar que ambos, Jesús y los santos, son objeto del amor de Filemón. Filemón y Pablo saben que es imposible *amar* a Cristo y *tener fe* en él o *serle fiel*, sin *amar* a los que son de Cristo y *serles fiel* también a ellos.

  Podríamos decir, entonces, que una segunda «ley» o «principio» espiritual observable aquí es que nuestra manera de relacionarnos con Dios y con los demás son inseparables. Esto es más o menos lo que vino a decir Jesús cuando resumió «el más grande mandamiento» de la Ley divina en el amor a Dios y el amor al prójimo. Y en esto, naturalmente, Jesús tampoco pretendía ser original, sino que se limitaba a repetir lo que todo el mundo ya sabía.

- Volviendo a la petición (versículo 6) con que concluye el resumen de las oraciones de Pablo, observamos que es precisamente la dimensión comunitaria, compartida, de la fe lo que es necesario que llegue a ser eficaz. Y parece que la *eficacia* de la fe depende del conocimiento de todo el bien que opera en ellos (los destinatarios de la carta), gracias a la obra de Cristo.

  ¡Cuántas veces desconocemos hasta qué punto la obra de Cristo está siendo eficaz en la transformación de nuestras vidas, dotándonos de nuevas virtudes! Alguien me preguntó hace algún

tiempo cuánto corre mi coche: Yo no lo sabía y no lo sé, porque jamás lo he comprobado. Pablo quiere que Filemón compruebe, conozca plenamente, «todo lo bueno» que hay en la comunión de los cristianos. ¿Cómo es posible constatar eso? ¿Cuál sería la prueba que daría a Filemón un «conocimiento de todo lo bueno» que hay allí gracias a la obra de Cristo? Sólo podemos comprobar el verdadero alcance de nuestras nuevas virtudes de la fe, en relación con los hermanos. Es en la comunión que éstas se hacen visibles.

Podríamos decir, entonces, que una tercera «ley» o «principio» espiritual observable en estos versículos es que es en el compañerismo fraternal de relaciones sanas y buenas entre los seguidores de Jesús, que se hace visible y se puede constatar la eficacia real de la obra redentora de Cristo. Conocer esta realidad nos da comprobación de que no vivimos engañados.

- Ahora, en el versículo 7, Pablo resalta una cosa en particular en Filemón que en Pablo produce enorme felicidad: que «han sido confortados los corazones de los santos» (o que *los sentimientos de los apartados hallan sosiego*, según lo he traducido aquí).

La frase que emplea Pablo aquí es harto curiosa en griego. En la antigüedad se entendía que el corazón (no el cerebro, que nadie sabía para qué servía) era donde residía el raciocinio, la inteligencia y sabiduría. Los sentimientos fuertes tenían su lugar de expresión en el vientre, en las tripas. El efecto de la actividad de Filemón, entonces, vers. 7, es que da sosiego, paz, descanso, alivio de agobios —a los intestinos de los santos: es decir, serena sus emociones violentas, potencia la paz y el bienestar. Compara esta idea con tu versión habitual de la Biblia… verás que lo han expresado bien, aunque con otras palabras y otro órgano de la anatomía humana.

Ahora bien, los avances de Filemón en la fe/fidelidad y en el amor no son sólo objeto de reconocimiento. Dan pie a que se pueda y deba exigir aun más. Cuanto más avanzamos en la vida cristiana, más se nos exigirá —y esto mismo sucede con Filemón.

Cuando de adolescente empecé a estudiar violín, mi profesor me dijo que debía estudiar una hora por día. Eso hice, repitiendo una y otra vez los ejercicios que me iba mandando. Al cabo de unos meses me preguntó que cuánto ensayaba por día y le contesté que una hora. «A partir de ahora —me dijo— van a ser dos horas por día». Al cabo de un tiempo me volvió a preguntar cuánto ensayaba y naturalmente, le dije que dos horas por día. Me lo subió a tres horas por día. Más tarde supe que sus mejores discípulos tenían exigido

ensayar 8 y 10 horas por día. El principio vale para la vida cristiana tanto como para los músicos: a quien más va avanzando, más se le exigirá.

Podemos observar, entonces, que nuestra manera de relacionarnos con Dios y con los demás, son inseparables.

A continuación (versículos 8-22) Pablo va a exigir a Filemón un sacrificio muy importante, que tiene derivaciones económicas nada desdeñables y repercusiones sociales incalculables y públicamente escandalosas. El efecto que producirá en Pablo lo que le pide a Filemón se expresa con las mismas palabras que las que ya empleó para señalar la principal virtud de Filemón.

El efecto que producirá la obediencia de Filemón en Pablo, según el (versículo 20) , es que será «confortado» su «corazón» (según la versión Reina-Valera). Como puedes imaginar, en griego Pablo viene a pedirle a Filemón: «Da sosiego y paz a mis tripas, en Cristo». ¡Queda bastante más fino en nuestras traducciones habituales!

Podríamos decir, entonces, que una cuarta «ley» o «principio» espiritual a aprender de esta breve carta de Pablo, es que al igual que en todo lo demás en la vida, cuanto más avanzamos, más se espera de nosotros —más fundamento tienen para esperar más de nosotros.

Pablo no pide a Filemón que reciba con bondad a su esclavo fugado Onésimo y le perdone los castigos que eran habituales cuando un esclavo fugado era por fin cazado. Lo típico hubiera sido torturarlo primero y después crucificarlo, para que los demás esclavos escarmienten y no se les pase por la cabeza fugarse. Pablo no le está pidiendo que solamente le dé unos pocos azotes y que luego, en lugar de venderlo a remar en galeras, se lo quede para un trabajo relativamente cómodo. Pablo, a la vez que le devuelve a Onésimo (reconociendo que por las leyes romanas sigue siendo propiedad de Filemón), pide a Filemón reconocer en Onésimo otra persona diferente al esclavo que se le había fugado. Este nuevo Onésimo es una persona

«engendrada» por Pablo, nacida de nuevo en Cristo y por tanto un *hermano de Filemón.*

Suponiendo que Filemón haya estado dispuesto a recibir así a Onésimo (no sabemos cuál fue la reacción de Filemón, aunque el hecho de que se conservara esta carta conduce a cierto optimismo) el resultado tenía que ser terriblemente corrosivo para la propia institución de la esclavitud. La esclavitud ha sido descrita como el más perfecto y completo sistema de opresión jamás ideado por la mente humana. Los esclavos son muertos vivientes, mantenidos en sumisión con una reiteración constante de insultos, vejaciones y castigos, sin exceptuar el uso sexual de los esclavos (de ambos sexos, desde la niñez) por parte de los amos, como una manera más de asediar, desmoralizar y privar de dignidad.

Lo que Pablo pide a Filemón —al llamar «hermano» suyo a Onésimo— es tan revolucionario que tenía que revolver el estómago a toda persona de bien —todo lo contrario de la «paz de tripas» que producía normalmente la conducta de Filemón.

Hay que imaginar que el carácter de Dios tiene consecuencias directas sobre la conducta humana que se entiende que le agrada. Lo que nos exige Dios es muy diferente si él sostiene el derecho de los amos, que si ama a los esclavos.

Así lo han entendido a través de los siglos y las edades las sociedades esclavistas cristianas. Hasta hace bien poco (es cuestión de sólo uno o dos siglos) los predicadores cristianos se valían de la carta de Pablo a Onésimo para enseñar a los esclavos que es pecado fugarse de sus amos, puesto que sus amos —mal que los traten— son sus hermanos en Cristo. Así, fugarse venía a ser lo mismo que robar de un hermano. Es decir que la hermandad fundamental entre los seguidores de Cristo que enseña

Pablo aquí, es puesta patas arriba, para añadir la amenaza de castigos eternos en la próxima vida, a los esclavos que se les pase por la cabeza intentar evadirse de los abusos sistemáticos de toda índole que era consustancial con su condición de esclavitud.

Desde luego, para ello hay que tener una concepción de Dios como el garante de la estabilidad social. El Dios de las sociedades esclavistas cristianas establece una cadena de mando que —pasando por Cristo y las autoridades eclesiásticas — procede de varón a mujer, de amo a esclavo. Dios es Dios de orden y no de caos, de paz y no de disturbios, revueltas y revoluciones sociales.

UNA REFLEXIÓN FINAL

A pesar de la legislación existente en casi todos los países del planeta, la esclavitud es un problema de máxima actualidad. Es posible que hoy haya más esclavos que en ningún otro momento de la historia de la humanidad. Muchas de ellas, pero no todos, en el tráfico de la prostitución. ¿Cuáles serían las características de un Dios a quien aflige y entristece la esclavitud —esta esclavitud que existe en nuestros propios días y todas las esclavitudes? Quizá para meditar en esto nos acaben resultando útiles estas cuatro «leyes» o «principios» espirituales que hemos visto en la carta a Filemón.

Hay que imaginar que el hecho de que Dios sea así o asá tiene que tener consecuencias directas sobre la conducta humana que se entiende que es deseable. Desde luego, si Dios garantiza el orden social, la estabilidad de la monarquía, la fuerza moral de la sumisión de las mujeres a los varones —o de los esclavos a sus amos— las conductas que exige ese Dios tienen cierto sesgo muy claro. Mientras que un Dios que, por ejemplo, desea relacionarse con toda la humanidad —con los judíos pero también con los gentiles— también exige ciertas conductas y no otras... ¿Qué ideas puede que estemos manteniendo sobre Dios —a veces sin darnos siquiera cuenta de ello— que fomentan en nosotros actitudes y conductas de opresión y desprecio del prójimo? ¿Cómo ponernos de acuerdo sobre qué ideas de Dios —y por tanto qué conductas— son apropiadas y justas?

Capítulo 3.

El Creador de todo lo que existe

Introducción

La Biblia conoce a Dios como el Creador de todo lo que existe. En este capítulo vamos a explorar algunas dimensiones de la cuestión de Dios como Creador.

Tema 1. Éxodo 15,1-21

El cántico de Moisés (o de Miriam), Éxodo 15, es uno de los pasajes más antiguos de toda la Biblia. Por sus rasgos marcadamente arcaicos, no es del todo inverosímil imaginar que esta poesía haya sido más o menos contemporánea con los hechos de la liberación de los esclavos hebreos fugados de Egipto. Puestos al caso, como al final del capítulo parece que la protagonista que organizó la celebración con cántico y danza fue Miriam la profetisa, quizá no sea del todo baldío imaginar que tal vez fuese ella también quien lo compuso; aunque posteriormente pareciera más decoroso atribuirlo a un varón, a Moisés.

Quizá éste te parezca extraño como punto de partida para hablar de Dios como Creador. Hay buenos motivos para empezar aquí, sin embargo, y no con los primeros capítulos de Génesis. Israel conoció al Señor primero como libertador de los esclavos, como Aquel que escuchó el clamor de los oprimidos y envió a Moisés para sacarlos de Egipto. Fue sólo mediante reflexiones muy posteriores, que Israel llegó a una conciencia plena de que el Dios que había creado una nación nueva, Israel, a partir de una banda de esclavos fugados, tenía que ser también el Creador de todo lo que existe.

Durante muchas generaciones, los israelitas dudaron sobre esta cuestión. La historia bíblica nos cuenta que tardaron muchos siglos en llegar al convencimiento pleno de que el Señor que los había liberado de Egipto y se les había aparecido y guiado en el desierto, era el único Dios,

soberano sobre todas las fuerzas de la naturaleza y sobre todo lo que existe. A pesar de la enseñanza de Moisés, las tradiciones monoteístas de los levitas y la prédica de los profetas, a muchos israelitas les seguía pareciendo natural y normal adorar también a otros dioses, entendiendo que cada dios tenía sus propias competencias específicas.

Y sin embargo el antiquísimo cántico de Moisés (o de Miriam) contenía ya, desde el principio, los datos esenciales para desarrollar la idea de Dios como Creador. Creador, en primera instancia, de Israel mismo. Pero ese poder capaz de generar una nueva realidad israelita es tan sobrecogedor, que es imposible diferenciarlo claramente del poder Creador que primero hizo los cielos y la tierra. De hecho, cuando muy posteriormente se escriben los relatos de creación en el libro de Génesis, veremos que el lenguaje y los conceptos a que se echa mano ahí son muy similares a lo que ya había utilizado, al principio, este antiquísimo poema hebreo.

Al leer ahora Éxodo 15,1-21, presta especial atención a expresiones y acciones que manifiestan un claro poder de destrucción y creación, sobre los diversos elementos de la naturaleza.

Entonces entonó Moshé —con los israelitas— esta canción al Señor, cantando con entusiasmo:

Canto al Señor
por su superioridad sin igual;
caballo y jinete arrojó a la mar.

Mi fuerza y canción es el Señor —es para mi la salvación.
Este es mi Dios y le alabo
—Dios de mi padre y lo tengo en lo más alto.
El Señor es varón guerrero —«el Señor» es su nombre.

Los carros de ataque de Par'oh y su ejército arrojó a la mar;
y sus oficiales de élite se hundieron en el Mar Rojo.

Las profundidades los cubren;
cayeron a lo más hondo como piedras.

Es magnífico, Señor, el poder de tu mano derecha;
tu mano derecha, Señor, trituró los enemigos.

Con la enormidad de tu majestad arrasaste
a los que se levantaron contra ti;
se disparó tu furia y ardieron como paja.

Con el soplo de tu hocico se amontonaron las aguas.
Firme como una represa quedó su flujo;
se cuajaron las profundidades en el corazón de la mar.

Dijo el enemigo:
«Perseguiré, pillaré desprevenidos;
repartiré botín, colmaré mi alma;
desenvainaré espada, los vencerá mi poder».

Tú resoplaste con tu aliento, los cubrió la mar;
se hundieron como plomo en aguas arrolladoras.

¡Quién hay como tú entre los dioses, Señor;
quién como tú, arrollador en tu excepcionalidad,
escalofriante en alabanzas, hacedor de prodigios!

Extendiste tu mano derecha —se los tragó la tierra.

Te apiadaste en tu misericordia, rescataste a este pueblo;
lo guiaste por tu fuerza hasta el refugio de tu santidad.

Los pueblos escuchan y desesperan;
los que viven en Filistea están poseídos de estertor.

Entonces se espantaron los caciques de Edom
y los hombres fuertes de Moab son presa del temblor;
están acobardados todos los que viven en Cna'án.

Cayó sobre ellos estupor y pavor;
ante la inmensidad de tu brazo enmudecen como la piedra

hasta que pase tu pueblo, Señor,
hasta que pase tu pueblo que te has comprado.

Tú lo meterás y lo plantarás en el monte que has heredado,
en el lugar de tu vivienda que has hecho, Señor,
el santuario de mi Señor que preparan tus manos.

¡El Señor reina desde siempre y hasta siempre!

Porque entró en el mar el corcel de Par'oh,
con sus carros de combate y su caballería;

pero el Señor hizo regresar sobre ellos las aguas marinas
aunque los israelitas pasaron en seco
por el medio del mar.

Entonces cogió una pandereta con la mano Miriam la profetisa, hermana de Aharón, y salieron todas las mujeres detrás de ella con panderetas y bailes. Y Miriam les respondía con el estribillo:

Canto al Señor
por su superioridad sin igual;
caballo y jinete arrojó a la mar.

Durante varias generaciones los eruditos del estudio bíblico se dejaron distraer por la presunta necesidad de explicar racionalmente lo que aquí es lenguaje poético, lleno de vuelos de imaginación y de descripciones que buscan conscientemente referencias a lo inexplicable y puramente divino. El Mar Rojo, por ejemplo, viene traducido en algunas ediciones de la Biblia como «Mar de Juncos». Esa es una traducción verosímil, perfectamente posible sin hacer violencia a la lengua hebrea. Pero hace que el resto del poema resulte disparatado. Bien es cierto que si lo que cruzaron los israelitas no fue el propio Mar Rojo sino un marjal poco profundo donde crecían juncos, es perfectamente imaginable la posibilidad de una tormenta de viento del desierto que lo secara lo bastante como para que los israelitas pudieran cruzar más o menos cómodamente... sin evitar que a los carros de combate egipcios se les hundieran en el lodo las ruedas, inmovilizando el ejército perseguidor.

Y ahora, al otro lado del Mar Rojo, aparece Israel: una nación destinada a llevar la luz de la salvación de Dios a todas las naciones de la tierra. De este lado ya no hay ni fugitivos ni ejército. Pero de aquel lado tampoco. Hay Israel.

Pero si ya es contrario a la naturaleza que los egipcios cayeran hasta el fondo del mar como piedras o como plomo (no estamos hablando, al fin de cuentas, de caballeros medievales con armaduras de acero), si nos dicen ahora que lo que realmente sucedió es un ejército inmovilizado por el barro de un marjal, entonces aquello de hundirse como una piedra en el abismo acaba por dar risa, por demencialmente exagerado. Sin embargo, en la literatura y mitología de la antigüedad, hay algunas referencias al Mar Rojo, donde se entiende que allí se hallan los restos del agua del caos primordial que un día cubría toda la tierra. El compositor (o la compositora) de este cántico quiere que entendamos

que aquellos abismos a los que caen como plomo los egipcios, realmente son «el Abismo», un abismo sin fondo, que traspasa las profundidades de la tierra; que esta agua es donde viven el leviatán y otros monstruos marinos indomables, tan viejos como la propia tierra.

El compositor (o la compositora) de nuestro cántico quiere que entendamos que aquí sucedió algo absolutamente inexplicable. Quiere que entendamos que aquí hubo una intervención soberana de Dios. Un acto equiparable, por sus repercusiones eternas, a la propia existencia de la tierra seca entre medio (como se creía en aquella época) de las aguas infinitas que existen por debajo de la tierra y las aguas infinitas que se pueden ver, azules, por encima de la bóveda transparente que es el cielo, de donde gotea de vez en cuando en forma de lluvia.

A un lado del Mar Rojo tenemos una banda de fugitivos acurrucados y gimiendo de espanto ante el avance del ejército imperial egipcio. Entonces la tierra y el cielo y el mar se conmueven y contorsionan: Del cielo ruge un viento irresistible. La mar responde abriéndose de par en par. Y los abismos infinitos cuajan y se solidifican, elevando un pasadizo donde cruzar en seco. Sólo unos momentos, el tiempo necesario para que los fugitivos crucen y el ejército persiga. Luego, un instante de silencio solemne: el viento se ha detenido. Con un estruendo espantoso el pasadizo se desploma, las aguas vuelven a su lugar. Y ahora, al otro lado del Mar Rojo, aparece Israel: una nación destinada a llevar la luz de la salvación de Dios a todas las naciones de la tierra. De este lado ya no hay ni fugitivos ni ejército. Pero de aquel lado tampoco. Hay Israel.

Bueno, yo lo he contado a mi manera. Diversos autores de Israel volvieron a contarlo reiteradamente a lo largo de la Biblia —siempre basándose en las palabras de este poema— incluso quien redactó, en prosa y con mucho más detalle, el capítulo 14 del libro de Éxodo.

La creación de Israel Libre no ha sido fácil. Ha sido un acto de violencia terrible y destrucción masiva. No todos los humanos han sido escogidos por Dios. Los que no, descendieron como piedras a los abismos, a las profundidades de las aguas eternas. Estos eran la élite guerrera, con la última tecnología bélica del imperio. Tal vez no fueran los escogidos de Dios, pero eran los escogidos de Faraón. Este imperio, como todos los imperios, se antoja eterno. Su propaganda oficial es que no hay otro futuro posible que el propio imperio. Las pirámides, levantadas miles de años antes de Abraham, son testigos monumentales de la permanencia eterna del imperio, con todo su poderío bélico tan irresistible como la propia eternidad.

Pero la profetisa Miriam y las demás mujeres ahora cantan y danzan de alegría incontenible. Los caballos y sus jinetes han sido arrojados al mar.

Algo nuevo ha sucedido. Algo que no existía antes, ahora existe y es historia, es parte imborrable de la historia de la humanidad. Hay un poder más grande, más antiguo, más alto, más eterno que el Imperio. Ese poder sopló y de un soplo creó a Israel Libre. Un nuevo experimento social, político, económico y religioso, hasta ahora inexistente, hasta ahora imposible de imaginar.

El cántico describe con regocijo el estupor y espanto de las naciones: Filistea, Edom, Moab, Canaán —pueblos todos vasallos de Egipto, tierras por donde periódicamente pasan arrasando a rebeldes los irresistibles ejércitos de los faraones. ¿Qué es esta nueva realidad histórica, esta nueva sociedad, esta nueva manera de ser un pueblo, gobernados por su Dios sin otro intermediario que sus profetas?

Este pueblo no se quedará quieto. Será traído por aquel Señor que —él sí— reinará por siempre jamás, al monte santo de su heredad, aquel lugar donde ha escogido hacer su morada.

Las cosas viejas pasaron. He aquí todas son hechas nuevas. Muchos, la mayoría de las personas en Egipto y en Canaán, en Babilonia y en la distante y desconocida India o China o Japón y en las islas del Pacífico, en lo más profundo del África selvática y allá donde los mayas aún no han empezado a hacer sus primeros experimentos con la civilización y allá donde el Río Amazonas discurre tan caudaloso como un mar, todo sigue igual. Parece que nada ha cambiado. El sol que amanece parece el mismo de siempre; juraríamos que la luna y las estrellas también. Pero el mundo viejo ha desaparecido y un mundo nuevo ha amanecido:

De las aguas del caos primordial el Señor ha sacado en seco a Israel, su primogénito, su pueblo escogido, su especial creación. ¡Es un volver a empezar donde los haya!

¿Qué clase de Dios es el Dios que describe este cántico?

Se me ocurre que el Dios de este cántico tiene un poder ilimitado sobre la naturaleza. Por ceñirnos a la «geografía» que manejaban los antiguos, diríamos que no hay nada «en los cielos ni en la tierra ni debajo de la tierra», que se pueda resistir a su capacidad de darle una forma nueva, crear y destruir en un instante. Me parece que con un Dios así ninguna cosa es estable. Ni los regímenes de gobierno ni siquiera las mismísimas naciones. Desde luego, los propios continentes y mares, islas y océanos resultan inestables y cambiantes ante un Dios así. Hoy día

alzaríamos los ojos más allá y diríamos que ante un Dios así, las estrellas y las galaxias no son más que sus fuegos de artificio con que se divierte y cuyas explosiones solo él es capaz de oír. Con un Dios así la vida se torna misteriosa, sorprendente e impredecible.

Pero el Dios de este cántico me resulta ante todo un Dios moral. Un Dios que sale a defender a los indefensos y se ríe del supuesto poderío de los imperios y de los ejércitos.

Y es, además, un Dios con propósitos que piensa llevar a cabo en la propia realidad humana. Porque todo este alarde de poder podría ser caprichoso y carente de sentido. Y sin embargo sí que tiene sentido. Tiene un sentido redentor en la historia de la humanidad. Un sentido redentor del ser humano que demasiadas veces se ve atrapado por fuerzas históricas que se le antojan opresivas y eternas e imposibles de cuestionar. Al final, el Dios de este cántico es un Dios «simpático», agradable, próximo, que comprende la dureza del sufrimiento humano e interviene para aliviarlo.

De las aguas del caos primordial el Señor ha sacado en seco a Israel, su primogénito, su pueblo escogido, su especial creación. ¡Es un volver a empezar donde los haya!

TEMA 2. GÉNESIS 6,1-9,17

Con ideas como las que siembra en la mente Éxodo 15, no es difícil visualizar en la imaginación una historia como la que nos ocupa ahora, comúnmente conocida como la de «El arca de Noé».

Leamos ahora Génesis 6,1-9,17. Nuestra lectura en este caso será bastante más extensa, casi cuatro capítulos de la Biblia. Aunque creas conocer sobradamente el relato, te invito a volver a leerla, ahora en esta traducción hecha expresamente para esta ocasión, con un propósito

claro en la mente: Estaremos tratando de descubrir aquellos elementos que comparte esta narración con el poema de Éxodo 15.

Y sucedió que empezó la gente a multiplicarse sobre la superficie de la tierra —y tuvieron hijas. Entonces «los hijos de los dioses» se fijaron en las hijas de la gente, que eran guapas. Y tomaron para sí de entre todas, a las mujeres que les gustaban.

Entonces dijo el Señor:

—Mi Espíritu no gobierna a la humanidad para siempre. ¡En el error viven en tanto que animales, pero sus días se prolongan por ciento veinte años!

Los nefilim campaban a sus anchas por la tierra en aquellos días. Y también sucedió que después de que «los hijos de los dioses» abusaban de las hijas de la gente, éstas parían a los señores de la guerra que desde siempre vienen siendo hombres de renombre.

Entonces se dio cuenta el Señor que se multiplicaba la maldad de la gente en la tierra y que toda forma de maquinación de sus mentes era exclusivamente perversa todos los días. Y se arrepintió el Señor de haber creado a la gente en la tierra y la cuestión lo obsesionaba.

Entonces dijo el Señor:

—Borraré a la gente que he hecho de sobre la superficie de la tierra; desde la gente hasta el ganado, hasta los animales salvajes, hasta las aves del cielo; porque estoy arrepentido de haberlos hecho.

Pero Noaj halló gracia en los ojos del Señor.

Así fueron, entonces, las generaciones de Noaj. Pero Noaj fue un hombre justo e íntegro en aquellos tiempos. Noaj anduvo junto a Dios. Y tuvo Noaj tres hijos: Shem, Jam y Yafeth. La tierra estaba corrompida ante Dios y se llenó la tierra de violencia. Contemplaba Dios la tierra y vio que estaba corrompida porque todo animal sobre la tierra había adoptado conductas corruptas.

Y dijo Dios a Noaj:

—Ha llegado el fin de todo animal ante mí, porque se ha llenado la tierra de violencia por su presencia, así que, mira, los voy a borrar de la tierra. Hazte tú un cajón de madera de gofer. Harás nidos en el cajón. Lo impermeabilizarás por dentro y por fuera con brea. Y así lo harás: Ciento cincuenta metros de largo tendrá el cajón; veinticinco metros de ancho y quince metros de alto. Dejarás una rendija de medio metro entre el cajón y su tapa. Rematarás el cajón con rampas y una puerta por un costado, para que se pueda bajar hasta la segunda y tercera

planta. Y mírame, cómo traigo el aguacero. ¡Aguas sobre la tierra para destruir todo animal en el que hay aliento de vida, que existe bajo el cielo! ¡Todo lo que vive en la tierra morirá!

—Pero estableceré mi alianza contigo. Así que entrarás al cajón tú y tus hijos y tu mujer y las mujeres de tus hijos contigo. Y de entre todo lo que vive, de entre todos los animales, dos de todos traerás al cajón para que sobrevivan contigo — macho y hembra serán. De las aves según su especie y del ganado según su especie, de todos los animales salvajes de la tierra según su especie, dos de todos entrarán contigo para sobrevivir. Y tú toma de todo alimento que se come y aprovisiónate y os servirá a ti y a ellos para comer.

Y Noaj actuó. Conforme a todo lo que le mandó Dios, así hizo.

Entonces el Señor dijo a Noaj:

—Entra tú y toda tu familia al cajón, porque te he visto que eres justo en medio de esta generación. De entre todos los animales puros, aprovisiónate de siete parejas de macho y hembra; pero de los animales que no son puros, una pareja, macho y hembra. También de toda ave del cielo siete parejas, macho y hembra, para que sobreviva su descendencia sobre la superficie de toda la tierra. Porque al cabo de siete días haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches, para borrar de la superficie de la tierra todos los seres que han surgido —que yo hice— de la tierra.

Y Noaj actuó. Hizo conforme a todo lo que le mandó el Señor.

Y tenía Noaj seiscientos años cuando sucedió el diluvio de aguas sobre la tierra. Entró entonces Noaj, y sus hijos y su mujer y las mujeres de sus hijos con él al cajón en previsión de las aguas del diluvio. Del ganado puro y del ganado que no es puro y de las aves y de todo animal salvaje sobre la superficie de la tierra, de dos en dos vinieron a Noaj (al cajón), macho y hembra, tal cual mandó Dios a Noaj.

Y sucedió que al séptimo día, las aguas del diluvio aparecieron sobre la tierra. En el año seiscientos de la vida de Noaj, en la segunda luna, en el día diecisiete de la luna, en ese día se rajaron todas las fuentes del abismo infinito y se abrieron las compuertas de los cielos. Entonces hubo lluvia sobre la tierra. Cuarenta días y cuarenta noches. En ese mismo día entró Noaj —y Shem, Jam y Yafeth, los hijos de Noaj; y la mujer de Noaj y las tres mujeres de sus hijos con él— al cajón. Ellos y todos los animales según sus especies (es decir, todo el ganado según sus especies y todos los animales salvajes que abundan sobre la tierra según sus especies) y todas las aves según sus especies y todos los

insectos —todo lo que tiene alas. Y vinieron a Noaj (al cajón), de dos en dos, de todos los animales que tienen en sí aliento de vida. Y conforme llegaban, macho y hembra de todos los animales, entraban tal cual se lo ordenó Dios. Entonces el Señor les cerró la puerta.

Y hubo diluvio durante cuarenta días sobre la tierra y aumentó el caudal de las aguas, que levantaron el cajón y éste se alzó sobre la tierra. Y las aguas prevalecieron y se multiplicaron extraordinariamente sobre la tierra y flotaba el cajón sobre la superficie de las aguas. Y las aguas prevalecieron y se multiplicaron extraordinariamente sobre la tierra y cubrían las montañas más altas que existen debajo de los cielos. Siete metros por encima prevalecieron las aguas y cubrían las montañas.

Y murió todo animal salvaje sobre la tierra, con las aves y con el ganado y con las fieras y con los insectos que pululan sobre la tierra —y también todo ser humano. Todo ser que tenía aliento de vida en sus narices. Murieron todos los que había sobre la tierra. Así borró todos los seres que habían surgido, que vivían sobre la superficie de la tierra; desde la gente hasta el ganado, hasta los animales salvajes, hasta las aves del cielo. Y los borró de la tierra con la sola excepción de Noaj y los que estaban con él en el cajón. Y prevalecieron las aguas sobre la tierra durante ciento cincuenta días.

¡Entonces se acordó Dios de Noaj y de todos los animales salvajes y domésticos que estaban con él en el cajón! Así que hizo pasar un viento sobre la tierra para que bajaran las aguas y cerró las fuentes del abismo y las compuertas de los cielos para que dejase de llover desde los cielos. Entonces regresaron las aguas de encima de la tierra y siguieron regresando y perdiendo terreno hasta que pasaron ciento cincuenta días. Y el cajón tocó fondo sobre las cimas del Ararat en el séptimo mes, el día diecisiete del mes. Y las aguas siguieron perdiendo terreno hasta el décimo mes; y en el décimo mes, al primer día del mes, se dejaron ver las cimas de las montañas.

Y sucedió que al cabo de cuarenta días, Noaj abrió la ventana que había hecho en el cajón y mandó al cuervo, que salía y volvía mientras se secaban las aguas de encima de la tierra. También mandó a la paloma con el cuervo, para que viera si se habían evaporado las aguas de la superficie de la tierra. Pero no halló la paloma dónde apoyar las patas así que volvió con él al cajón —porque las aguas seguían sobre la superficie de toda la tierra. Y sacó la mano y la cogió y la metió consigo en el cajón. Así que esperó otros siete días más y volvió a mandar la paloma desde el cajón. Y volvió donde él la paloma cuando anochecía y

¡Mira, trae en el pico una hojita arrancada de un olivo! —y así supo Noaj que se habían evaporado las aguas de la tierra. Entonces esperó otros siete días más y mandó la paloma, pero ya no volvió más con él.

Así sucedió que al principio del año seiscientos uno, el primer día del mes, como ya se habían secado las aguas que había sobre la tierra, Noaj retiró la tapa del cajón y miró y ¡Mira, ya aparece la superficie de la tierra! Y para el segundo mes, para el día diecisiete, se había acabado de secar del todo la tierra. Entonces Dios habló a Noaj y le dijo:

—Sal ahora del cajón, tú y tu mujer y tus hijos y las mujeres de tus hijos contigo. Todas la fieras que están contigo, de toda suerte de animales; y de las aves y del ganado y de todos los insectos que pululan sobre la tierra, que salgan contigo. Que se diseminen por la tierra y sean muy fecundos y se multipliquen sobre la tierra.

Y salió Noaj y su hijos y su mujer y las mujeres de sus hijos con él. Todos los animales, todos los insectos y todas las aves que hoy día abundan sobre la tierra según sus familias, salieron del cajón.

Entonces construyó Noaj un altar al Señor y tomó de toda suerte de ganado comestible y de toda suerte de ave comestible y los quemó como sacrificio sobre el altar. Y olió el Señor el aroma calmante y dijo el Señor para sus adentros:

—Nunca más voy a maldecir la tierra por culpa de la humanidad. Porque la manera de ser de la mente de la humanidad es perversa desde su niñez, pero nunca más voy a matar a todos los seres vivientes que he hecho.

Mientras exista la tierra, siembra y siega, frío y calor,

verano e invierno, día y noche —no cesarán.

Y bendijo Dios a Noaj y a sus hijos y les dijo:

—Sed fecundos y multiplicaos y llenad la tierra. Y os tendrán terror y espanto todos los animales salvajes de la tierra y todas las aves del cielo y todo lo que se mueve sobre la tierra y todos los peces del mar, porque en vuestras manos os los entrego. Todo lo que se mueve, que tiene vida, os servirá de alimento lo mismo que la vegetación. Os lo doy todo como alimento. Sólo que no comáis la carne con su alma, su sangre. Y tened por seguro que os demandaré por vuestra sangre, por vuestras almas. Demandaremos a cualquiera fiera y a cualquier ser humano; a cada persona con respecto a su hermano demandaré por el alma del ser humano.

El que derrama sangre humana,
con ese ser humano derrama su propia sangre,
puesto que el ser humano está hecho a semejanza de Dios.

—Ahora pues, sed fecundos y multiplicaos y abundad en la tierra y multiplicaos en ella.

Y habló Dios a Noaj y a sus hijos con él, para decir:

—En cuanto a mí, aquí me tenéis; que establezco mi pacto con vosotros y con vuestra descendencia que os seguirá. Y con toda alma de los seres vivientes a la vez que con vosotros. Con las aves y con el ganado y con todos los animales salvajes de la tierra a la vez que con vosotros. Con todo lo que salió del cajón y con todo ser viviente. Y establezco mi pacto con vosotros, que desde las aguas del diluvio no aniquilaré nunca más a todos los animales ni habrá nunca más un diluvio que arrase la tierra.

Y dijo Dios:

—Esta es la señal del pacto que yo doy a tus hijos y a sus hijos,
y con toda alma animal con vosotros,
por las generaciones hasta siempre:

Doy mi arco en la nube y os servirá de señal del pacto,
mi pacto con la tierra.

—Y sucederá que cuando haga que se nuble con nubes la tierra, se verá el arco entre las nubes y me acordaré de mi pacto con vosotros y con vuestros hijos y con toda alma viviente en todo animal, de que nunca más habría aguas de diluvio que destruyan a todos los animales. Y estará mi arco entre las nubes y lo veré para acordarme del pacto eterno entre Dios y toda alma viviente que hay en todo animal que existe sobre la tierra.

Entonces dijo Dios a Noaj:

—Esta es la señal del pacto que establezco
mi pacto con todos los animales que hay sobre la tierra.

Supongo que a estas alturas ya es imposible retrasar más tratar una pregunta que es muy posible que te venga inquietando desde que observamos el poema de Éxodo 15 —y quizá desde hace años: ¿Estas cosas sucedieron, sí o no? La pregunta tiene que ver esencialmente con la veracidad de la Biblia y por tanto con la cuestión de la interpretación de la Biblia. Pero aun siendo un tema de interpretación bíblica, no deja de salpicar nuestro tema de «hablar sobre Dios desde la Biblia», puesto que son dos temas que coinciden y se entrechocan mutuamente en todo momento.

Toda obra literaria —y por tanto la Biblia también— nos exige cierta complicidad.

En cierta medida hemos tocado ya la cuestión con la mención, en varias oportunidades, de que Éxodo 15,1-21 es una poesía. Es habitual conceder a la imaginación de los poetas una cierta permisividad, lo que a veces se da en llamar «licencia poética», porque los poetas suelen tocar en cuestiones profundas del alma y de la realidad, que son difíciles de describir salvo con esos vuelos de imaginación, con metáforas y aproximaciones verbales. Los poetas suelen tener un dominio excepcional de su lengua (se dice que nadie puede ser poeta si no es en su lengua materna). Así, el poeta puede «crear» y describir todo un mundo de sentimiento o de verdad humana en unos pocos renglones —algo que un novelista sólo suele conseguir al cabo de cientos de páginas.

El caso es que el lenguaje poético o metafórico consigue decir verdades que comprendemos como tal verdad, aunque empleando las palabras para otros efectos que los que normalmente aceptaríamos como su significado natural. Si digo «Me has roto el corazón», desde luego que por mucho que un forense examine mis tejidos cardíacos, no hallaría en ellos ningún daño. Y sin embargo la frase «Me has roto el corazón» puede ser tan cierta, una verdad tan inmensa e innegable y perfectamente comprensible, que sonreímos ante la torpeza de ponerse a examinar los tejidos cardíacos.

Pero podríamos ir un poco más lejos y escribir —ahora en prosa— una descripción así: *Ese atardecer de verano la luna apareció sobre la playa, tan inmensa, tan cercana, que Lucindo alargó el dedo y sintió la rugosidad de sus cráteres.* Sabemos perfectamente que no es así, que la luna no se acerca tanto como eso y que esos cráteres tienen muchos kilómetros de ancho. Pero todos hemos visto ese efecto óptico que en ciertas noches «mágicas» (que de magia no tienen nada, a ver si nos entendemos…) parecería que se puede tocar. Aceptamos la veracidad de la descripción sin que nos moleste la exageración. Es verdad sin ser cierto. No miente —aunque es imposible y el caso es que nunca sucedió.

Toda obra literaria —y por tanto la Biblia también— nos exige cierta complicidad. El propio acto de leer nos obliga inevitablemente a meternos en el mundo que ha querido crear el autor o la autora. Si

vamos a leer ciertas novelas de ciencia ficción, vamos a tener que aceptar que los protagonistas viajen más rápido que la velocidad de la luz —cosa imposible según la Teoría de la relatividad— porque si no, tardarían miles y millones de años en ir desde el planeta de una estrella al de otra, lo cual fastidiaría el argumento de la novela. Pero si es una novela buena, hacemos un guiño al vuelo de fantasía y seguimos leyendo, porque en la descripción de las relaciones humanas entre sus protagonistas, nos identificamos y aprendemos perspectivas sobre la naturaleza humana, que quizá nunca antes habíamos explorado.

Leer la Biblia también nos exige esa complicidad, esa predisposición a meternos en el mundo narrado por sus historias y poesías. Quien lee una novela de aventuras del espacio y está constantemente protestando que esto o aquello es imposible, que cierre el libro y se dedique a otra cosa. ¡Por favor! Y quien lea la Biblia exigiendo que sus verdades sean otras verdades que las que son, de otra naturaleza que la que les es propia, y reservándose la opinión de que si no es así, entonces toda la Biblia es una sarta de mentiras, hay que preguntarse por qué se está molestando en leerla.

Quien lea la Biblia exigiendo que sus verdades sean otras verdades que las que son, de otra naturaleza que la que les es propia, y reservándose la opinión de que si no es así, entonces toda la Biblia es una sarta de mentiras, hay que preguntarse por qué se está molestando en leerla.

Cuando estas narraciones se escribieron, nadie era capaz de dudar que los dioses, determinados dioses según la creencia de tal o cual lugar, podían hacer lo que nos cuenta la historia de «El arca de Noé». Todos

conocían historias más o menos parecidas, donde los protagonistas humanos y divinos podían ser unos u otros, con estas características o aquellas, pero donde la historia en sí resultaba absolutamente verosímil y creíble. Esta historia, cuando se redactó, no exigía ninguna especial credulidad ante el hecho de lo milagroso. Lo que nosotros llamamos milagroso era considerado natural. Los dioses, espíritus y demonios interactuaban —así lo entendían todos— constantemente con los seres humanos. Los relámpagos eran los disparos del arco del dios de la guerra, el sol era un dios que moría cada atardecer y resucitaba cada amanecer, y esos ruidos inexplicables que se escuchan en tu casa en el medio de la noche son las almas de tus antepasados que aprovechan el silencio y la nocturnidad para hacerte una visita.

El propósito de esta historia no es, entonces, obligarnos a creer lo increíble sino invitarnos a aceptar que el Dios de Israel —y no ningún otro dios— sea su protagonista.

Entonces la pregunta que debemos hacernos no es si nos resulta creíble o no. La pregunta es: «Suponiendo que estas cosas fuesen posibles, ¿estás dispuesto (dispuesta) a creer en tu corazón y confesar con tu boca que solamente el Dios de Israel tiene esa clase de poder?»

Cuando se escribió esta narración, la polémica no consistía en si sucedió o no, sino en si el Dios de Israel tiene los rasgos que aquí se le atribuyen. Porque unos pensaban que era otro el dios con esos poderes. Y otros pensaban que, efectivamente, tenía que ser el Dios de Israel —pero que sus características y maneras de actuar eran otras que las que aquí se describen.

¿Cómo es, entonces, el Dios de esta historia? Quizá lo más obvio sea observar su capacidad para crear y destruir. Puedes centrarte en ello si quieres. Más interesante podría ser tal vez, sin embargo, reflexionar sobre: ¿Cuáles son sus exigencias morales para el ser humano —en relación unos con otros, con la naturaleza y la vida animal, en relación con los dioses o consigo mismo, el Dios de Israel?

En cuanto a mí, se me ocurren las siguientes reflexiones finales sobre esta historia y que tienen que ver con la naturaleza del pecado que tanto despertó las iras de Dios:

- El tema de la cópula de los hijos de Dios con las hijas de los hombres. Entre las curiosidades propias de la lengua hebrea está ésta: que la palabra que se suele traducir con el singular, «Dios», es en hebreo una forma plural, que en determinados contextos exige que se traduzca como tal plural: «dioses». Y no es siempre obvio cuáles son los casos

que exigen tal traducción. En mi opinión personal, éste sería un caso donde hay que leer «dioses». En la mitología de las monarquías de la antigüedad era muy frecuente la idea de que los reyes eran descendientes directos de los dioses. Ya comentamos, en relación con Éxodo 15, cómo el imperio difunde la propaganda de su propia eternidad e inevitabilidad. Es como un aspecto de esta propaganda oficialista, que se difunde la idea de la paternidad divina de los reyes. Esto lo vemos incluso en la propia Biblia, con relación a la dinastía de David. Los salmos mesiánicos, que los cristianos aceptamos que tienen que ver con Jesús, cuando primero se compusieron estaban dedicados a exaltar a los reyes en Sion, la ciudad de David. Es sobre ellos, en primera instancia, que se decía cosas como: «Tú eres mi hijo» (Salmo 2,7).

Los monarcas —los hijos de los dioses—, presumían de un derecho absoluto a ensanchar su harén con «las hijas de los hombres» que resultasen de su agrado. Es esta costumbre, ampliamente documentada en la propia estirpe de David, la que está siendo puesta en entredicho, porque es una opresión e injusticia que clama a los cielos. Todas las variantes de este presunto derecho de los varones relativamente poderosos sobre mujeres de condición más humilde —no sólo el «derecho de pernada» medieval sino también, por ejemplo, el uso de prostitutas— es tal violación de la dignidad de cada ser humano —no sólo las mujeres afectadas sino todo su entorno social— que acaba encabezando la lista de las causas del «diluvio universal».

♦ Los «gigantes» que había en la tierra. La palabra traducida aquí como «gigantes», *nefilim*, es una de esas palabras que aparecen una única vez en toda la Biblia. En realidad, nadie sabe qué es lo que significaba ni quiénes eran esos *nefilim*. Cuando primero se tradujo este relato, al griego, aquellos traductores recordaron una historia de la mitología griega, la de los *gigantes*. Estos eran hijos de Urano (dios del cielo) y Gea (la tierra)… y se rebelaron contra los dioses. A falta de saber qué significa la palabra *nefilim*, la traducción «gigantes» resultó interesantísima, por asociación con la idea del cruce entre los hijos de Dios (de los dioses) y las hijas de los hombres y por la gravedad del pecado y su correspondiente castigo.

Lo que está claro, en nuestro relato bíblico, es que la descendencia de este cruce fueron los héroes famosos de la antigüedad. Siguiendo con la pista de que aquel presunto cruce describe, no un mito, sino la realidad cotidiana y opresiva de los

presuntos derechos sexuales de los soberanos, observamos que las castas guerreras suelen estar emparentadas con los reyes. La nobleza (los guerreros) y los reyes suelen ser de las mismas familias. En ese caso, entonces, la existencia de guerreros de renombre, descendientes de los reyes, constituye el segundo de los pecados humanos que suscitan la ira de Dios. Si hay reyes es que hay guerreros y hay guerras. La propia institución de la monarquía tenía su razón de ser como institución militar, antes que ninguna otra función adicional.

- Si los primeros dos pecados nos remiten a la existencia de sistemas políticos cuya propaganda hace de la injusticia, la opresión y la guerra virtudes eternas, el tercero toca directamente la condición humana de cada persona. Génesis 6,5 pone que «toda forma de los pensamientos del corazón [del ser humano] era siempre únicamente el mal». [Esta es mi traducción; la que viene en tu Biblia será bastante parecida.] Aquí ya no hablamos, entonces, solamente de los políticos y de los que se hacen famosos con la guerra. Hablamos de la humanidad en general.

Génesis 6,5 pone que: "Toda forma de los pensamientos del corazón del ser humano era siempre únicamente el mal". Aquí ya no hablamos, entonces, solamente de políticos y militares. Hablamos de la humanidad entera.

TEMA 3. PROVERBIOS 8; JUAN 1,1-18; COLOSENSES 1,13-27

¿Acaso no llama Sabiduría? —y la razón da voces.
En la cima, en lo más alto de los caminos y senderos se planta.
Grita junto a las puertas, en la boca de entrada a la ciudad:

—Os llamo a la gente, mi voz es para los humanos.
¡Tontos y más que tontos! —aprended sensatez interior.
¡Atención! que digo noblezas, abro mis labios para corrección.

Porque mi paladar y mis labios exhalan verdad y odian la maldad.
Todo lo que dice mi boca es justo, no hay ni engaño ni trampa.
Está más que claro para los entendidos que han descubierto el saber.

No os agarréis a la plata y el oro, preferid la instrucción y el conocer.
Mejor que perlas, la sabiduría; ningún otro deseo es comparable.
Yo, Sabiduría, vivo en la razón; reflexionando descubro el saber.

Quien teme al Señor detesta el mal;
detesto el orgullo y la altivez, la maldad y el vicio.

Para mí el consejo y el acierto, la razón y el valor.
Conmigo reinan los reyes y los gobernantes legislan justicia,
conmigo mandan los jeques y los nobles dictan sentencias justas.

Quiero a los que me quieren y los que me buscan me encuentran.

En mí hay riqueza y honra, bienes eternos y justo reconocimiento.
Mi oro es mejor que el de metal, preferible a la plata la discreción.

Por la senda de justicia andaré, el juicio meridiano es mi camino.
Existo para repartir a los que me aman, para colmar su tesoro.

El Señor me adquirió desde el principio, antes de hacer nada.
Me derramó desde la eternidad;
al principio, antes que existiese la tierra.
Cuando nací no existían ni el Abismo ni las fuentes de aguas infinitas;
Nací antes que se cimentaran las montañas o nacieran las cumbres.
No existía el polvo primigenio del mundo, ni tan siquiera la intemperie.

Cuando Dios creó el cielo,
allí estaba yo en la orden de abovedar la superficie del Abismo;
en la consolidación de las nubes arriba
y el refuerzo de las fuentes del Abismo,
en el establecimiento de límites para el mar
que las aguas no traspasasen,
en la orden de cimentación de la tierra.

Soy la técnica, inseparable de Dios,
soy sus satisfacciones cada día que pasa,

soy carcajada en su presencia a toda hora;
soy carcajada en todo el mundo,
soy las satisfacciones de los seres humanos.

Ahora, hijos míos, escuchadme
seréis felices por guardar mis caminos;
atended a la instrucción y seréis sabios —¡No la soltéis!

Será feliz la persona que me escucha,
que pone atención junto a mis puertas cada día
para mantenerse en el marco de mis entradas.

Porque hallarme es hallar la vida y obtener el beneplácito del Señor
y el que me agravia y detesta,
se hace violencia a sí mismo y ama la muerte.

—PROVERBIOS 8

Ya hemos notado en el primer Capítulo (Tema 5), para nuestra perplejidad, que Lucas y sus lectores del siglo I d.C. podían concebir de una materialización del Espíritu Santo como algo parecido a una paloma. Según nuestros modelos modernos de entender las cosas, «la sabiduría» es una facultad humana que algunos tienen más desarrollada que otros. Pero aquí Sabiduría está figurada como una mujer (o al menos como una persona femenina). Una persona, a todos los efectos prácticos, coeterna con Dios mismo y sin la cual Dios no podría haber creado nada de lo que existe. Esto último nos resulta perfectamente entendible: Dios hubo de «tener sabiduría» para poder crear el universo. Pero la primera parte, la personalización de Sabiduría como un «ser» que puede hablar con voz propia —diferente a la voz de Dios, en este capítulo, por mucho que sus «obras» sean las mismas que las de Dios— nos resulta bastante más difícil de encajar.

Naturalmente, si aquí (y en aquello de la «paloma» en Lucas 3) no hay más que lenguaje figurado, metafórico, no existe tal problema. Estos escritos legados de una remota antigüedad resultarían así perfectamente modernos, compaginados con nuestra manera moderna de entender la realidad. Los antiguos habrían entendido las cosas exactamente igual que las entendemos ahora nosotros. Pero la «personalización» de una virtud o cualidad no es algo que suceda solamente aquí, en Proverbios 8. En tiempos del Nuevo Testamento, Jesús en diversas ocasiones echó fuera «espíritus de…» diversas cualidades negativas que afectaban la personalidad de los enfermos que le traían. Al hacerlo, Jesús les habla como a seres capaces de escucharle, entenderle y obedecer.

Un fenómeno parecido al de esta Sabiduría divina que es coeterna con Dios, cuyas obras y las de Dios son inseparablemente una misma cosa, pero que puede hablar con voz propia como algo diferente a Dios mismo, sería el de diversas apariciones de «El ángel del Señor» en los primeros nueve o diez libros de la Biblia. En esas conversaciones entre «El ángel del Señor» y la persona a quien se aparece, el relato a veces pierde de vista al ángel, con el resultado de que es el Señor mismo (sin intermediación de ningún ángel) el que está sosteniendo la conversación con el ser humano.

Un fenómeno parecido al de esta Sabiduría divina que es coeterna con Dios, cuyas obras y las de Dios son inseparable—mente una misma cosa, pero que puede hablar con voz propia como algo diferente a Dios mismo, sería el de diversas apariciones de "El ángel del Señor".

Recordamos, entonces, un fenómeno ya mencionado: la curiosidad de que la palabra hebrea para decir «Dios» tiene una forma plural. En sí, este hecho no tiene trascendencia. Cada idioma evoluciona sus términos de maneras que muchas veces poco o nada tienen que ver con el uso que se les pueda ir dando a esos mismos términos siglos más tarde. Sin embargo, la propia existencia ya en su idioma de un vocablo de forma plural para hablar del Uno y Único Dios de Israel, tal vez pudo hacerles más comprensible a ellos que a nosotros, la noción de que Dios pudiese ser uno y a la vez incorporar dentro de su Yo único, personas más o menos diferenciadas. Personas como, en este caso, Sabiduría.

La concepción de Sabiduría como una persona esencialmente femenina es fundamental para el argumento de los capítulos 7-9 de Proverbios. Más allá de este contexto inmediato, la feminidad de Sabiduría resulta más o menos «natural» en hebreo porque, al igual que

en castellano, la propia palabra tiene forma femenina. La participación esencial del «aspecto femenino» de Dios en la creación resulta también natural. En la propia biología humana (la analogía más próxima que tenemos al hecho creativo) la feminidad es, en efecto, donde se gesta la creación de un nuevo ser humano. Si bien Dios no «pare» el universo como si fuese su hijo de su misma esencia y naturaleza, la participación expresamente femenina de Sabiduría divina cuando la creación, no sorprende sino todo lo contrario.

En Juan 1, hay aspectos de «la Palabra» que recuerdan a lo que Proverbios 8 decía sobre Sabiduría. La traducción a continuación procura sonar igual de raro en castellano, que como suena de raro en griego. El autor pretende que los oyentes tengan que poner mucha atención, porque sus incoherencias gramaticales encierran profundidades:

Al principio estaba la Palabra. Y la Palabra estaba al lado de Dios y Dios era la Palabra. Ésta estaba al principio al lado de Dios. Todas las cosas aparecieron por medio de ella y sin ella no apareció ni una sola cosa de las que aparecieron. En ella estaba la vida y la vida era la Luz de los hombres. Y la Luz ilumina la oscuridad. Y la oscuridad no la recibió.

Apareció un hombre enviado por Dios, llamado Juan. Éste vino para testimonio para que testificase acerca de la Luz, para que todos creyesen por medio de ella. Era la Luz verdadera, la que ilumina a todos los hombres, la que se acercaba al mundo. En el mundo estaba y el mundo por medio de ella apareció. Y el mundo no la conoció. A lo suyo vino y los suyos no la recibieron. Pero a los que la recibieron les dio la potestad de llegar a ser hijos de Dios —a los que creen en su Nombre, a los que nacieron de Dios, que no de las sangres ni del deseo de una carne ni del deseo de un hombre.

Y la Palabra se hizo carne y estableció su campamento entre nosotros y observamos su resplandor —resplandor propio de hijo único de un padre, lleno de gracia y de verdad.

Juan da testimonio acerca de ella y se puso a gritar, diciendo:

—¡Éste era aquel del que dije: El que viene después de mí, antes que yo apareció, porque primero que yo estaba.

Porque de la plenitud de él todos nosotros recibimos; y gracia sobre gracia. Puesto que la Ley fue dada por medio de Moisés, la gracia y la verdad apareció por medio de Jesús Ungido. A Dios nunca lo ha visto nadie. El Dios hijo único que se encontraba en el seno del Padre, ese es el que lo dio a conocer. —JUAN 1,1-18

La versión Reina-Valera, al proponernos aquí el término masculino «el Verbo» en lugar de «la Palabra», es en ese particular más fiel al texto griego original, donde el término *logos*, «palabra», también es masculino, como lo es también el término *fos,* «luz». El efecto en griego es que los términos «éste» y «él» pueden referirse en cualquier punto de esta lectura de Juan 1, a «la Palabra» o a «la Luz» o a «Jesús» —o a los tres a la vez, indistintamente.

Curados ya de espanto respecto a la posibilidad de que en la propia esencia Una y Única del Dios de Israel puedan coexistir diversas «personas» (Sabiduría y el ángel del Señor… y ahora «la Palabra»), quizá quepa observar cómo se emplea aquí el término «la Luz».

El término «Luz» no ha sido tan desarrollado —al menos no recientemente— por la teología cristiana, como el concepto del Verbo (o de la Palabra). En la tradición de los cuáqueros, sin embargo, «la Luz» (o «la Luz interior») es el término empleado habitualmente en expresiones donde los demás cristianos hablamos de «el Espíritu Santo». Curiosamente durante más de un milenio y hasta bien avanzada la Edad Media, uno de los términos empleados como título de Jesucristo fue «Lucifer». El término significa algo así como «el Portador de la Luz» y se aplicaba a Jesús por motivos que resultan perfectamente comprensibles al leer este pasaje de Juan 1 (y algunos otros pasajes bíblicos). Puesto que en la usanza popular cristiana este término tiene ahora el significado contrario —es decir, se aplica a Satanás— es necesario evitarlo como título de Jesús. Lo cual no deja de ser una pena…

Desde luego, en el momento de la creación, el Dios Creador no estaba tan "solo" como pudiera parecer.

Desde luego, en el momento de la creación, el Dios Creador no estaba tan «solo» como pudiera parecer. La propia complejidad interna del Dios Uno y Único admite no sólo a Sabiduría, según Proverbios 8, sino aquí —en Juan 1— a «la Palabra» y a «la Luz». Como ya hemos comentado, el Nuevo Testamento no conoce la doctrina de la Santísima Trinidad como la desarrolló siglos más tarde la ortodoxia cristiana. El

término «Trinidad» no figura en el Nuevo Testamento. Pero aquella doctrina es consecuencia natural —prácticamente viene obligada— por la complejidad interna de personas que observamos en el Dios Creador, según Juan 1.

Tomemos nota ahora de aquellos elementos en los versículos a continuación, que relacionan a Jesús con toda la creación. La prosa de Pablo es aquí especialmente espesa y nos exige un enorme esfuerzo para no perder el hilo. Es como si el propio esfuerzo por seguir el hilo de lo que Pablo pone, simbolizara el esfuerzo de la constancia y fidelidad necesarias para poder seguir fielmente al Hijo:

> *[El Padre] nos salvó del dominio de la Oscuridad y nos trasladó al reino de su Hijo amado, en quien tenemos la redención, el perdón de los errores. El Hijo es la imagen del Dios invisible, primer nacido entre toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas en los cielos y sobre la tierra, las visibles y las invisibles, bien se trate de tronos como de señoríos como de principados como de autoridades. Todas las cosas fueron creadas por medio de él y para él. Y él es antes que todas las cosas y todas las cosas en él tienen consistencia. Y él es la cabeza del cuerpo de la iglesia; el cual es el primero, primer nacido de entre los muertos, a fin de que él mismo tuviera preeminencia en todas las cosas. Porque en él pareció bien habitar toda la plenitud y por medio de él reconciliar todas las cosas en él, haciendo las paces por medio de la sangre de su cruz (por medio de él mismo), tanto las que están sobre la tierra como las que están en los cielos.*
>
> *Y a vosotros que antes estabais distanciados y erais intencionadamente enemigos en vuestras obras malignas, ahora sin embargo os ha reconciliado en el cuerpo de su carne por medio de la muerte para presentaros santos e impecables e irreprochables delante de sí mismo, con tal de que permanezcáis cimentados y asentados en la fidelidad, sin moveros en absoluto de la esperanza del evangelio al que habéis prestado atención, que fue predicado entre toda criatura bajo el cielo, del que yo mismo, Pablo, soy esclavo.*
>
> *Ahora me alegro en los padecimientos a favor de vosotros y estoy completando en mis carnes lo que faltaba de los tormentos de Cristo por su cuerpo, el cual es la iglesia, de la cual yo he venido a ser esclavo conforme a la gestión de Dios, que me fue dado cumplir la palabra de Dios para vosotros. Se trata del misterio escondido desde siempre y por generaciones, pero que ahora ha salido a la luz entre sus santos. A éstos quiso Dios dar a conocer cuál es la riqueza del resplandor de este*

misterio en medio de las naciones. Se trata de que Cristo está entre vosotros, la esperanza del resplandor.

—Colosenses 1,17-27

Las siguientes anotaciones nos volverán a aproximar a algunas de las observaciones que ya hicimos cuando estudiamos Éxodo 15 y la historia del Arca de Noé.

Aquellas cosas creadas que tienen una realidad tanto en el cielo como en la tierra, que son a la vez visibles e invisibles (Col 1,16) comprenden, expresamente: «tronos», «señoríos», «principados» y «autoridades». [Las palabras exactas de esta lista varían según cual sea la traducción empleada; yo estoy trabajando directamente con el texto griego.] Estas cuatro palabras describen realidades políticas o sociales de la civilización humana.

Estos elementos tienen un aspecto terrenal, mundano, material, «visible» y palpable. Pueden abarcar territorios geográficos del planeta, se observan así de concretos en edificios monumentales donde tienen su sede los gobiernos —y en las personas físicas que en determinado momento desempeñan sus funciones. Pero tienen también un aspecto «invisible», inmaterial, no limitado a esta tierra. Están en «el cielo» a la vez que en la tierra, donde «el cielo» se entiende como la morada de los seres espirituales por excelencia, que, en cuanto astros, son pura «luz». Hoy día esto nos resulta poco menos que incomprensible. En aquel entonces se entendía que los astros eran seres espirituales; y la conexión entre «el cielo» y la tierra era entendida como directa y estrecha. Las realidades terrenales estaban reflejadas en realidades astrales (aunque los autores bíblicos suelen ser mucho menos optimistas que otros autores de aquella era, en cuanto a la posibilidad de entender esa relación y por tanto pronosticar los eventos de la tierra estudiando los astros).

Estos poderes y principados, tronos, dominios o señoríos, estas autoridades que gobiernan la humanidad tienen —como todo el resto de lo creado — su existir y su razón de ser en Cristo, en quien fueron creados y fuera de quien no tienen sentido alguno ni tampoco podrían permanecer (Col 1,17).

En ese sentido —pero, ¡ay!, que distorsionado — tienen razón el imperio y la monarquía con su propaganda de la eternidad e inevitabilidad del sistema gobernante de turno. Los faraones, los reyes de Jerusalén, los reyes babilonios, persas y griegos —y en tiempos del Nuevo Testamento, Roma— intuyen la necesidad de que el propio

Creador sea quien los sostenga y haga posible su continuidad y permanencia, su «subsistencia». Pero como conciben de su existencia y su poder «fuera de Cristo», se tornan perversos, injustos, opresivos, bárbaros, crueles e inhumanos en sus ansias de dominación y control. Y sin embargo, a pesar de todo y aunque no lo quieran reconocer, es «en Cristo» que tienen su existir y su subsistencia… porque ninguna cosa creada puede tener existencia si no es «por medio de él y para él».

Pero Cristo es también cabeza de la iglesia. La iglesia es también una entidad creada en y para Cristo (Col 1,18). Como cosa creada, es su deber y su razón de ser dar testimonio de la posibilidad de reconciliación. Los poderes de este mundo, rebeldes contra Cristo, siembran conflicto, desunión y enemistades entre la humanidad. Atribuyéndose potestad de vida y muerte sobre sus súbditos, son en principio homicidas y tienden a llevarnos a la guerra. Pero «vosotros» —nosotros, los lectores de esta carta de Pablo— que antes vivíamos distanciados y enemistados unos de otros, hemos sin embargo sido ahora reconciliados (Col 1,21-23). Se revela así, ahora por fin, lo que desde la eternidad y hasta ahora era un «misterio» (Col 1,26, 27), algo desconocido: En el «cuerpo» de Cristo —la iglesia — es posible otro tipo de realidad social, de reconciliación y no de enemistad y opresión.

Pero Cristo es también cabeza de la iglesia. La iglesia es también una entidad creada en y para Cristo.

TEMA 4. GÉNESIS 1,1-2,3

Llegamos ahora, por fin, al capítulo con que probablemente te hubiera parecido más lógico empezar una exploración sobre la realidad de Dios como Creador. Confío, sin embargo, que todo este rodeo que hemos dado, te haya hecho capaz de observar cosas en este capítulo, que quizá nunca antes te habían llamado la atención.

Lee ahora Génesis 1,1-2,3, y toma nota de aquellos elementos que observes que este pasaje tenga en común con Éxodo 15, Génesis 6-9, Proverbios 8, Juan 1 y Colosenses 1.

Al principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra era hueca y sin forma y todo era oscuridad frente al Abismo; y el soplo de Dios se movía sobre la superficie de las aguas.

Entonces dijo Dios: «Haya luz» —y hubo luz. Y vio Dios que la luz era buena y distinguió Dios entre la luz y la oscuridad, llamando la luz, «día»; y la oscuridad, «noche» —y fue el atardecer y amanecer del primer día.

Entonces dijo Dios: «Haya una bóveda sólida entre las aguas para distinguir entre unas aguas y otras». Así que hizo Dios la bóveda sólida para distinguir entre las aguas que están debajo de la bóveda y las que están encima de la bóveda —y así fue. Y llamó Dios la bóveda sólida, «cielo» —y fue el atardecer y amanecer del segundo día.

Entonces dijo Dios: «Reúnanse en una parte las aguas que están debajo del cielo para dejar expuesto lo seco» —y así fue. Y llamó Dios lo seco, «tierra firme» y las aguas reunidas, «los mares»; y vio Dios que era bueno.

Entonces dijo Dios: «Haga brotar la tierra firme hierba, plantas que dan grano y legumbre, árboles frutales que producen fruta; cada cual conforme a su clase, según su propia semilla sobre la tierra —así fue. Hizo brotar la tierra hierba, plantas que dan grano y legumbre según sus clases, y árboles que producen fruta conforme a su propia semilla. Y vio Dios que era bueno —y fue el atardecer y amanecer del tercer día.

Entonces dijo Dios: «Haya luces en la bóveda sólida del cielo para distinguir entre el día y la noche, para señalar las estaciones y los días y los años; y haya luces en la bóveda sólida del cielo para iluminar la tierra —y sí fue. Así hizo Dios las dos luces mayores: la luz mayor para que gobernase el día y la luz menor para que gobernase la noche; y así hizo también las estrellas. Y las puso todas Dios en el cielo para que iluminasen la tierra y para que gobernasen de día y de noche y para distinguir entre la luz y la oscuridad. Y vio Dios que era bueno. Y fue el atardecer y amanecer del cuarto día.

Entonces dijo Dios: «Agítense las aguas con agitación de criaturas vivas, y vuelen aves sobre la tierra, contra la bóveda sólida del cielo. Así que creó Dios los inmensos monstruos marinos y también toda suerte de criaturas vivas que nadan, que se agitan en las aguas, según sus

diversas clases. Y también creó toda suerte de ave con alas, según sus diversas clases. Y vio Dios que era bueno.

Entonces Dios los bendijo todos con las palabras: «Sed fértiles y multiplicaos y llenad las aguas según sus diversos mares —y que las aves os multipliquéis en la tierra». Y fue el atardecer y amanecer del quinto día.

Entonces dijo Dios: «Que salgan de la tierra animales vivos, cada cual según su clase: los animales domésticos y los reptiles y las fieras de la tierra» —y así fue. Así hizo Dios las fieras de la tierra (cada cual según su clase) y los animales domésticos (cada cual según su clase) y toda clase de reptiles de la tierra (cada cual según su clase). Y vio Dios que era bueno.

Entonces dijo Dios: «Hagamos al terrícola en nuestra imagen, parecido a nosotros, para que domine entre los peces del mar y entre las aves del cielo y entre los animales domésticos y entre todas las fieras de la tierra y entre todos los reptiles que reptan sobre la tierra».

Y Dios creó al terrícola a su imagen,
a imagen de Dios lo creó,
macho y hembra los creó

Y los bendijo Dios y les dijo Dios: «Sed fértiles y multiplicaos y llenad la tierra y someted y dominad entre los peces del mar y entre las aves del cielo y entre todas las fieras y entre todos los reptiles que hay sobre la tierra».

Entonces dijo Dios: «Mira que os he dado toda planta que produce grano y legumbre que hay sobre la superficie de toda la tierra, así como todo árbol en que se halla fruta arbórea, con sus semillas. Os servirán de alimento. También para todos los animales de la tierra y para todas las aves del cielo y para todos los reptiles sobre la tierra que tienen aliento de vida. Todas las hierbas y plantas son para comer». Y así fue. Y vio Dios todo lo que había hecho y se dio cuenta de que era extraordinariamente bueno. Y fue el atardecer y amanecer del sexto día.

Así concluyó los cielos y la tierra y toda su inmensa muchedumbre. Y concluyó Dios en el séptimo día su labor que hizo. Así que descansó en el día séptimo de toda su labor que hizo. Entonces bendijo Dios el séptimo día y lo separó, porque en ese día descansó de toda su labor cuando creó Dios, cuando lo hizo todo.

En los párrafos a continuación quisiera explorar dos cuestiones en particular:

- Toda la literatura de la antigüedad estaba escrita por y para las elites gobernantes. Antes de la invención de la imprenta a finales del siglo XV de nuestra era, las masas populares no tenían ni necesidad ni —especialmente— ocasión de leer. De hecho, la imprenta se había inventado mucho antes, en la China, y se utilizó para hacer copias de documentación estatal. Y una vez completado el proyecto, el invento cayó en el olvido porque a nadie se le podía ocurrir que las masas populares chinas tuvieran necesidad o interés en leer. La Biblia, al menos la mayoría del Antiguo Testamento, también fue escrita para la elite gobernante —en este caso, de Jerusalén.

  Ahora bien: desde siempre, la cuestión del orden social ha sido una de las obsesiones de las elites gobernantes, que han entendido la conservación del orden —contra las fuerzas del descontrol y el caos— como su razón de ser que justifica su existencia como tal elite gobernante.

Desde luego, a los esclavos fugados de Egipto que tienen por delante el Mar Rojo, un poco de caos no les viene nada mal. Pero para el Faraón y su élite militar, ¡ay, qué pesadilla!

En ese sentido, una de las cosas que llaman la atención en esta narración sobre la creación, es que una parte tan importante de los actos creativos de Dios hayan tenido que ver con la necesidad de poner orden y ahuyentar el caos y la confusión.

Es importante que el día sea día y la noche sea noche; y que cada cual, la noche y el día, tenga su astro que lo gobierna.

Es importante que se ordene —y que se repita siempre y hasta el cansancio, para cada caso en particular— que la vida vegetal, marina, aérea y terrestre se reproduzca siempre según su especie o género. ¡No vaya a ser que de las aceitunas salga trigo, que la reproducción de peces produzca aves o que las mujeres den a luz monstruos!

Es importante desde el principio separar las aguas de arriba de las de abajo. Lo contrario sería una aberración como la que ya hemos visto en Génesis 6-9, donde las aguas de arriba y de abajo invaden el espacio que no les es propio —circunstancia de desorden caótico que hace imposible la existencia de la vida. Un desorden caótico que castiga, precisamente, como hemos visto, el pecado de la opresión monárquica y la existencia de guerreros de fama, amén de la maldad de los corazones de todos los hombres.

La propia insistencia en el orden que es tan visible y característica en este primer capítulo de la Biblia, deja ver una cierta ansiedad o inquietud o temor respecto al desorden y el caos. Ansiedad que sólo puede ser característica de aquellos a quienes les van muy bien las cosas con el orden presente y que no quieren que nada cambie. Desde luego, a los esclavos fugados de Egipto que tienen por delante el Mar Rojo, un poco de caos no les viene nada mal. Pero para el Faraón y su élite militar, ¡ay, qué pesadilla!

Pero precisamente, desde la perspectiva de Éxodo 15 y Génesis 6-9, observamos que el mismo Dios que aquí lo ordena todo, tiene capacidad también para volverlo todo patas arriba. El Creador sigue teniendo plenos poderes. En Colosenses 1 veíamos algo que aquí en Génesis 1 no tenemos. El universo —y con él los tronos, principados y potestades— necesita no sólo ser creado al principio sino también «sustentado» permanentemente (en Cristo). La ansiedad y las pesadillas de las elites gobernantes están plenamente justificadas. El orden presente, que la propaganda oficial pinta como eterno e inevitable, es a fin de cuentas mucho más inestable que lo que ellos quieren creer.

Pero Génesis 1,1-2,3 contiene también otro factor «desestabilizador». Aquí —como en tantos otros pasajes de la Biblia— uno no tiene más remedio que maravillarse del potencial asombroso que contienen estos textos para revelar, a la postre, realidades que sus propios autores humanos probablemente no tenían en mente. Quizá por descuido —aunque los creyentes diríamos que por inspiración divina— al autor de nuestro pasaje «se le olvidó» precisar un orden y una jerarquía entre los seres humanos. Aquí —en el gran evento ordenador que es la esencia de la creación del universo— el varón no tiene dominio sobre la mujer, el amo no tiene dominio sobre el esclavo, el gobernante no tiene dominio sobre los súbditos, los padres no tienen dominio sobre los hijos.

Es imposible precisar cuál sería el efecto de este «olvido» en las elites gobernantes de Jerusalén que fueron los primeros destinatarios de esta obra literaria. Desde luego, las mitologías de todos los países vecinos se

aseguraban muy bien de que el orden social jerárquico se entendiese como algo que ya viene fijado desde el principio, en la propia naturaleza de las cosas como son. Los propios relatos históricos de la Biblia indican que la opresión jerárquica y sexista fue tan característica en Israel y Judá como en cualquier otro reino. Sin duda no les faltaron otros mitos y otros justificantes para que así fuera. Pero para los cristianos (y judíos) del siglo XXI, para quienes Génesis 1 es «nuestro» relato de la creación, es importante observar la ausencia de jerarquías ni sexismo en la voluntad creadora.

♦ Aunque es imposible que el autor israelita o judío de esta narración pudiera tener en mente la doctrina cristiana —tal vez tanto como un milenio posterior— sobre la Trinidad, es interesante tomar nota de que esta narración tampoco es enemiga de esa doctrina.

  Desde luego, quien escribió el discurso pronunciado por Sabiduría en Proverbios 8, entendió que era perfectamente válido como explicación o ampliación de Génesis 1. Y Juan el evangelista, naturalmente, entendió que los versículos iniciales de su evangelio también eran perfectamente válidos como ampliación adicional de Génesis 1, destacando el papel de «el Verbo» y de «la Luz». Ambos autores, el de Proverbios y el evangelista, eran judíos piadosos y monoteístas, que en absoluto podían albergar duda alguna sobre la unicidad de Dios ni sobre el hecho de que ese Uno y Único Dios de Israel haya —él solo, sin la intervención de ningún otro dios— creado el universo. Pero ambos entienden que la forma que está redactado nuestro pasaje, Génesis 1,1-2,3, deja abierta la puerta a sus respectivas interpretaciones sobre la creación —concretamente, sobre la presencia y actividad de Sabiduría, Verbo y Luz.

  - Ya sabes —ya hemos comentado— que la forma que tiene la palabra que se traduce al castellano con el singular, «Dios», tiene en hebreo una forma plural: «Elohim». Existe una forma singular de esa palabra: «El» (el plural en hebreo se crea con el sufijo *-im*). La forma singular de vez en cuando fue utilizada también por los autores bíblicos. Pero al autor de nuestro pasaje y otros muchos de la Biblia, el singular le pareció inadecuado para indicar la inmensidad infinita de Dios. El dios «El» había sido durante cierta época el más importante del panteón cananeo —antes de que la devoción popular evolucionara hacia la preeminencia de Baal. Como nombre propio de un dios cuya preeminencia estaba en entredicho, «El», así, sólo, podía parecer muy poca cosa.

El plural, «dioses», sin embargo, podía parecer indicar la existencia de varias —o muchas— deidades.

Los autores bíblicos se las ingeniaron con una creatividad «inspirada», para combinar el vocablo plural, «Elohim», con formas verbales en el singular, lo cual indicaba una única voluntad, una única entidad —pero que abarcaba en sí mismo todas las facultades que el politeísmo repartía entre todo un panteón de dioses diferentes. El efecto es más o menos así: «En el principio *Dioses creó* los cielos y la tierra». «Y *dijo Dioses*: "Sea la luz"».

El caso es que esta usanza característica en la Biblia hebrea —y concretamente en nuestro pasaje, Gn 1,1-2,3— parece hecha a pedir de boca para permitirnos a los cristianos entender que este Dios creador, siendo uno y único, sea a la vez Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Puestos a dar a este pasaje una interpretación abiertamente cristiana, trinitaria, quizá sorprenda descubrir qué pronto aparece "el Espíritu de Dios" en la Biblia.

- Puestos a dar a este pasaje una interpretación abiertamente cristiana, trinitaria, quizá sorprenda descubrir qué pronto aparece «el Espíritu de Dios» en la Biblia: ¡ya en el segundo versículo!

  Aquí nuestras traducciones ya nos han hecho el trabajo de interpretación. La palabra hebrea podría haber sido escrita en castellano con minúscula (en la escritura hebrea no existen letras mayúsculas y minúsculas), y se podría haber traducido como «aliento», «respiración» o «soplo» —pero especialmente, quizá, recordando Éxodo 15 y Génesis 6-9, «viento». Allí, en aquellos otros pasajes, el «viento» divino tiene muy especial protagonismo. Pero el caso es que la traducción habitual que hallamos en las

Biblias cristianas, también es legítima. No es artificial. Es perfectamente válida la traducción «espíritu».

Recordemos ahora que a raíz de mis comentarios sobre Proverbios 8, vengo poniendo «Sabiduría» con mayúscula —entendiendo que allí actúa como una persona con voz propia—; y en mis comentarios sobre Juan 1, he escrito con mayúscula «la Palabra» (o «el Verbo), o incluso «la Luz», porque también parecen figurar como entidades con identidad propia. Si aquello es posible, también tiene que ser posible poner «Espíritu», con mayúscula, en Gn 1,2. Este versículo no nos obliga a entender que se trate de un ser que actúa con identidad propia. Podría ser sencillamente un viento de parte de Dios que sopla sobre las aguas, sin más. Pero el verbo, que indica una acción como de «agitarse», «revolotear», o «moverse», también puede sugerir la actividad de una entidad con identidad propia, «el Espíritu de Dios» —aunque a la vez inseparable de Dios y no diferente que Dios.

El elemento adicional que agrega el evangelista Juan, es que la Palabra Divina que vemos actuar aquí, se hiciera carne; carne humana, visible, palpable, crucificable.

Y una vez visto el Espíritu de Dios aquí, se nos abre la posibilidad de reevaluar cuál (o Quién) pudo ser ese «viento» tan importante para los relatos del diluvio universal y de la travesía del Mar Rojo.

- Si hemos descubierto al Espíritu en Génesis 1, ¿estará también el Hijo? No con tal designación como «Hijo», desde luego. Pero la Palabra de Dios —al menos las palabras que Dios pronuncia— sí está presente en este relato de la creación. Y vemos que, efectivamente, «sin palabras» no habría creación. Que nada de lo que existe tiene su existir aparte de la Palabra (o las palabras

divinas). Una y otra vez, el acto de creación empieza con palabras divinas (o «la Palabra»), que parecen tener la virtud de hacer que las cosas pronunciadas se hagan realidad.

El elemento adicional que agrega el evangelista Juan, es que la Palabra Divina que vemos actuar aquí, se hiciera carne; carne humana, visible, palpable, crucificable. Es decir, que la Palabra Divina presente en la creación, se hiciera Jesús de Nazaret, el hijo de María. Esta no es una originalidad de Juan. Como hemos visto, ya varias décadas antes Pablo en su carta a los Colosenses había atribuido al «Hijo» el haber estado presente en la creación, y una supremacía y preeminencia continua y constante sobre todo lo que existe, que sólo puede tener su existencia y «subsistencia» en él.

Desde luego, Génesis 1 no sabe nada en absoluto de estas cosas. Pero tampoco las niega ni hace que resulten imposibles de concebir. Génesis 1 abre la puerta a cosas que su propio autor, siglos antes de Cristo, jamás hubiera podido imaginar.

Por último, en Gn 1,26 tenemos una clara y asombrosa excepción a la regla ya explicada, de que el término plural «Elohim» va acompañado habitualmente en el hebreo bíblico con verbos en forma singular: «Dioses creó». En el momento de crear el ser humano, «Dioses» dice —¿dicen?—: «Hagamos al terrícola a nuestra imagen, parecido a nosotros». ¿Qué será lo que se trae entre manos, cuál será la reflexión a que nos invita, el autor de este versículo? ¿Qué relación existe entre la pluralidad del Dios que habla —o que hablan— y la naturaleza social, multiforme, infinitamente diversa a la vez que unida por lazos de relación humana, que viene a constituir nuestra existencia?

TEMA 5. APOCALIPSIS 21,1-22,5

Abordamos ahora un libro al que sin lugar a dudas habrá que volver en otras ocasiones antes de acabar nuestro «hablar sobre Dios desde la Biblia». Y empezaremos con su descripción, al final de la Biblia, de la creación de cielo nuevo y tierra nueva.

Este es uno de los aspectos donde la Biblia cristiana deja una impresión notablemente diferente a la que produce la Biblia hebrea. La Biblia cristiana termina cerrando un círculo. Nos deja con el fin del

mundo y un nuevo empezar, la creación de un nuevo universo distinto al presente. En ese sentido, la Biblia cristiana resulta, paradójicamente, menos abierta al futuro que la Biblia hebrea. Ésta, que nosotros llamamos el Antiguo Testamento, deja el futuro —en esta propia tierra— absolutamente abierto, lleno de promesa sin cumplir. No contempla en absoluto la posibilidad de otra existencia que no sea la que vivimos en este universo presente, que no tiene por qué desaparecer. Este planeta Tierra, para la Biblia hebrea, es el único marco legítimo para la existencia humana; es rescatable y redimible, cabe sostener esperanzas dentro —que no fuera— de ella. El final de la Biblia cristiana, sin embargo, parece dar carpetazo al proyecto de este planeta. Dándolo por irremediablemente perdido, su única esperanza está en un volver a empezar, un nuevo acto de creación divina a partir de lo cual todo por fin quedará definitivamente solucionado.

¿O no? ¿Hemos entendido correctamente la visión final con que concluye la Biblia cristiana? ¿Cuál es exactamente la naturaleza de la esperanza final con que nos deja?

En la lectura de Apocalipsis 21,1-22,5 a continuación, habrá que tomar nota de aquellos elementos que nos suenen a cosas que ya hemos visto en los demás pasajes bíblicos abordados en este capítulo —en relación con la creación:

> *Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva. Porque el primer cielo y la primera tierra pasaron y la mar ya no existe. Y vi bajar del cielo, desde Dios, la nueva ciudad santa, Jerusalén, engalanada como una novia para su esposo. Y oí una gran voz desde el trono que decía:*
>
> *—Mira que la tienda de campaña de Dios se encuentra entre la humanidad y él acampa entre ellos; y ellos serán su pueblo y él será el Dios que está entre ellos —su Dios. Y secará toda lágrima de sus ojos y la muerte ya no existirá, como tampoco habrá ya ni luto ni llanto ni infelicidad, porque las primeras cosas han pasado.*
>
> *Y dijo el que está sentado en el trono:*
>
> *—Mira que hago nuevas todas las cosas.*
>
> *Y dice:*
>
> *—Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas.*
>
> *Y me dijo:*
>
> *—¡Ya está! Yo soy la A y la zeta, el principio y el fin. Yo mismo daré gratis a los sedientos a beber de la fuente del agua de la vida. La persona victoriosa heredará estas cosas. Yo seré un Dios y un padre para ella. Pero a los miedosos y desertores, a los asquerosos y*

homicidas e infieles y hechiceros e idólatras, y también a todos los que mienten, la parte que les toca estará en el mar de fuego ardiente y azufre (es decir, la segunda muerte).

Y se acercó uno de los siete ángeles que tienen las siete jarras repletas de las siete desgracias y habló conmigo para decirme:

—Ven, que te voy a mostrar la novia, la mujer del Cordero.

Y me levantó con un viento hasta una cima grande y elevada, y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo, desde Dios. La ciudad tiene el resplandor de Dios. Su brillo es como una piedra preciosa, como piedra de jaspe cristalizado. Tiene una muralla gruesa y alta. Tiene doce puertas y junto a las puertas hay doce ángeles; y tienen grabados los doce nombres de las doce tribus de los israelitas. Tres puertas dan al este, tres puertas dan al norte, tres puertas dan al sur, tres puertas dan al oeste. Y la muralla de la ciudad está asentada sobre doce piedras, que llevan los nombres de los doce emisarios del Cordero.

Y el que hablaba conmigo traía un metro de oro, para medir la ciudad y sus puertas y su muralla. Y la ciudad está dispuesta como un cuadrado, mide lo mismo de ancho que de largo. Y midió la ciudad con el metro —12 mil estadios.[1] *Mide lo mismo de ancho que de largo que de alto. Y midió la muralla —144 codos*[2] *humanos (es decir, de ángeles). Y su muralla está hecha de jaspe y la ciudad está hecha de oro purísimo, tan reluciente como el vidrio. Los cimientos de la muralla de la ciudad están todos labrados en piedra preciosa muy adornada. La primera es de jaspe, la segunda es de zafiro, la tercera de ágata, la cuarta de esmeralda, la quinta de ópalo, la sexta de cornalina, la séptima de peridoto, la octava de crisoberilo, la novena de topacio, la décima de cuarzo, la undécima de aguamarina, la duodécima de amatista. Y las doce puertas son doce perlas —cada puerta está hecha de una única perla. Y las calles de la ciudad son de oro purísimo, que brilla tanto como el vidrio más transparente.*

Y no vi ningún templo en la ciudad, puesto que el Señor Dios Todopoderoso es su templo, junto con el Cordero. Y la ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen sobre ella, puesto que el resplandor de Dios la ha iluminado y su Luz es el Cordero. Y las naciones se desenvolverán en su iluminación y los reyes de la tierra también le traen su resplandor y las puertas de la ciudad jamás se cerrarán de día

[1] Aproximadamente 2.400 km.

[2] Aproximadamente 72 m.

—y nunca será de noche allí. Y llevarán a la ciudad el resplandor y la honra de las naciones. Además, jamás podrá entrar a la ciudad ninguna cosa grosera ni asquerosa ni ninguna mentira —solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.

Y me mostró un río de agua de vida, tan transparente como el cristal, que sale desde el trono de Dios y del Cordero. Por la avenida y por el río de la ciudad, a un lado y al otro, hay el árbol de la vida, que da doce clases de fruta. Conforme van pasando los meses, da la fruta correspondiente. Y las hojas de este árbol sirve para sanar a las naciones. Y ya nada existirá bajo condenación. Y el trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad. Y sus siervos le adoranrán y verán su rostro y llevarán su nombre tatuado en la frente. Y ya jamás será de noche ni hay necesidad de luz de lámpara ni luz del sol, porque el Señor Dios brillará sobre ellos y Dios y el Cordero reinarán por las eternidades de la eternidad.

Además de lo que hayas observado tú —aunque tal vez coincidiendo en cierta medida— yo apuntaría las siguientes observaciones preliminares:

- Ap 21,1 menciona —de paso, a manera de paréntesis, como cosa obvia que se sobreentiende — el fin de la tierra y del cielo primeros y la creación de cielo y tierra nuevos… y la desaparición del mar. Es un hecho no comentado en absoluto, no tratado en ningún otro escrito bíblico e ignorado a continuación en los dos capítulos finales del propio libro de Apocalipsis. A la vista de todas estas circunstancias, la sustitución de este universo presente por otro distinto no parecería constituir una de las columnas esenciales de la esperanza bíblica.

Como las puertas de la ciudad nunca se cierran, parece que su única razón de existir es que pasen por ellas las procesiones fastuosas de los reyes que acuden con este fin.

- El que está sentado en el trono declara, en Ap 21,5, estar haciendo nuevas todas las cosas. También se declara a sí mismo (Ap 21,6) el Alfa y la Omega (primera y última letras del abecedario griego), el principio y el fin. No es una declaración sorprendente aquí, puesto que esas mismas habían sido sus palabras iniciales al comenzar la visión, en Ap 1,8.11. Ambas afirmaciones parecen tener más que decir sobre Dios —sus atributos y su actividad— que sobre el fin de este universo y la posterior creación de uno nuevo.
- En la descripción de la Nueva Jerusalén parece desaparecer la necesidad de varios de los elementos de la creación en Génesis 1. Ya no hay necesidad de astros que gobiernen el día y la noche (Ap 21,23). De hecho, la noche desaparece como tal (Ap 21,25). Todo es luminosidad que procede de la presencia de Dios mismo, sin la intermediación de ningún astro. La separación entre las aguas de arriba y las de abajo también queda anulada desde que ha desaparecido «el mar» (Ap 21,1). Ahora la única agua que se menciona es la que mana mansamente desde el trono de Dios y del Cordero (Ap 22,1-2). Aquí no existe ninguna obsesión con el «orden natural» contra las fuerzas del caos; no hay nada que impida cuestionar las jerarquías tradicionales. Al contrario, Dios lo cambia todo, hace nuevas todas las cosas (Ap 21,5). La separación que existe, Ap 21,7-8, está claro que no favorece en absoluto a los ricos y poderosos. Quizá, de hecho, se trate de vicios especialmente típicos de los que gobiernan y mueven los hilos de la economía mundial.
- El caso es que los reyes de la tierra —que hasta el capítulo 19 de Apocalipsis seguían resistiendo encarnizadamente— ahora traen a la Nueva Jerusalén sus tributos (Ap 21,24). Como las puertas de la ciudad nunca se cierran (Ap 21,25), parece que su única razón de existir es que pasen por ellas las procesiones fastuosas de los reyes que acuden con este fin.
- Parece seguir habiendo un cielo y una tierra, aunque es difícil entender cuál sea la importancia de distinguir entre ellos una vez que haya descendido la Nueva Jerusalén. Porque junto con la Nueva Jerusalén, ha descendido la plenitud de la presencia iluminadora de Dios y del Cordero (Ap 21,22-23; 22,5) y el mismo Trono divino (Ap 22,1). En cualquier caso, el cielo ya no es el «firmamento» sólido, aunque transparente, que era necesario en Gn 1,6-8 para mantener apartadas las «aguas de arriba» (aguas que, como hemos mencionado, ya tampoco existen).

Todos estos elementos parecen conducirnos a la conclusión de que, efectivamente, tenemos aquí un cielo y una tierra muy distintos a los de Génesis 1, pero más distintos por la propia evolución del pensamiento humano que por sus cualidades materiales o sus propiedades físicas.

La concepción del universo que era «normal» en tiempos del Nuevo Testamento es muy diferente de la que venía siendo habitual cuando se redactaron Éxodo 15, Génesis 1 o Génesis 6-9. Ahora el elemento del que está lleno el cielo ya no se entendía que fuese agua sino luz. Y los astros que generaban esa luz eran dioses, de cuya espiritualidad incandescente daba testimonio su propia luminosidad. Entre los dioses brillaban, naturalmente, todos aquellos héroes de antaño —y los difuntos emperadores romanos— que por la excelencia de sus virtudes habían ascendido al cielo y ahora alumbraban con luz propia y seguían influyendo así sobre el destino de la humanidad.

Quizá Apocalipsis 21,1 no hace más que constatar que «el cielo y la tierra» de Génesis y del siglo I d.C. eran distintos, incompatibles entre sí. Sin negar el relato de la creación con que abre la Biblia, el autor de Apocalipsis toma nota de que ese cielo y esa tierra han pasado, han desaparecido. «El mar» cósmico de Génesis 1 y de Génesis 6-9 ya no existe y nadie sabe por qué. Pero aunque nadie sepa qué ha sido de aquella tierra y aquellos cielos y aquellas aguas, lo que sí tiene claro el autor de Apocalipsis es que Dios y el Cordero tienen su trono en este universo nuevo, donde ahora toca vivir. Cualquier otra cosa sería vana especulación. Lo que importa es que un día habrá una única fuente de Luz. Todos los demás astros (dioses, héroes de la antigüedad, emperadores) habrán sido destituidos y la única luz que quedará es la que irradia desde el Trono y lo llena todo de iluminación, sin noche ni oscuridad posibles.

Hoy aquellos cielo y tierra han vuelto a desaparecer. Ya no existen. Hoy el cielo es «espacio» casi infinito; y la tierra es una esfera de materia pesada que gira sobre su eje y da vueltas alrededor de una estrella de tamaño mediano y edad mediana, en la galaxia que conocemos como la Vía Láctea —una galaxia de tamaño mediano en un universo compuesto de incontables miles de millones de galaxias. Y en este universo de ahora, la luz de los astros no es «espiritual» sino el fulgor de explosiones atómicas continuas, alimentadas por la fuerza de gravitación de sus gases.

A la vista de todas estas circunstancias, la sustitución de este universo presente por otro distinto no parecería constituir una de las columnas esenciales de la esperanza bíblica.

Como Juan en la isla de Patmos, tenemos que encontrar la manera de decir que el Dios de Israel, el Dios y el Cordero del Apocalipsis, ese mismo Dios es la A y la Z, el principio y el fin, de nuestro universo presente. Ese mismo Dios es el que sigue haciendo nuevas todas las cosas, no importa cómo sea que la cultura humana las conciba y explique. No podemos volver atrás. Aquellos cielos y aquella tierra verdaderamente han pasado, se han esfumado en la evolución del pensamiento humano. ¿Tendremos la valentía de volver a hacer lo que hizo el autor de Apocalipsis y declarar que Dios y el Cordero «mandan» en este mundo nuevo también, un mundo tan diferente de aquel, donde ahora nos toca a nosotros vivir?

Curiosamente, la concepción moderna del cielo, las estrellas y las galaxias como fenómenos materiales, ha conseguido acercarnos la Nueva Jerusalén y el Trono divino a la Tierra, de una manera que hubiera sido imposible de predecir en el siglo I d.C. Hoy es imposible imaginar que Dios esté «en el cielo» más intensamente o diferentemente que como está en la tierra. Es imposible imaginar una Nueva Jerusalén que flota como una nave espacial en el espacio intergaláctico. O la encontramos aquí abajo entre nosotros o «va a ser que no». Por lo que respecta a la presencia iluminadora de Dios, es, en efecto, imposible distinguir entre cielo y tierra. Dios ha establecido definitiva y permanentemente su morada entre nosotros, aquí abajo, donde vivimos nuestras vidas. Sólo un ateo rematado se atrevería a decir la estupidez monumental de que subió al cielo y allí no encontró a Dios, como dijo un cosmonauta ruso en la década de los 60. Porque los que sabemos lo que hay que saber, entendemos que a Dios hay que buscarlo entre la gente, en un hermano o una hermana que te apoyan en un momento de dificultad, en un niño o una niña que se muere de hambre o de SIDA en África...

Al escribir esto estamos hablando de la relación entre Dios y la creación —es decir, con el mundo material tal cual lo concebimos hoy día. Nuestro tema aquí no es la esperanza más allá de la muerte, nuestro tema aquí no es el futuro. Sobre eso habrá otras cosas que decir, en su momento oportuno. Nuestro tema ahora es poder decir sobre este universo de espacio, galaxias, soles y planetas, algo equivalente a lo que dijeron sobre el universo de agua los hebreos de la antigüedad; o sobre el universo de luz, Juan el autor de Apocalipsis.

¿Cómo explicar a nuestros contemporáneos la presencia y actividad creadora y sustentadora de Dios, de maneras que sean más o menos equivalentes a como lo explicaron, a los contemporáneos suyos, los autores de Génesis y de Apocalipsis? El reto es inmenso… pero no más que lo fue el de hacer del Dios de Israel, el Creador del universo de agua que creían existir en la antigüedad remota. Ni tampoco es más grande que lo que fue el reto de hacer de «el que está sentado en el trono y el Cordero», la única fuente de luz cuando, en el siglo I de nuestra era, el universo se entendía compuesto de luz espiritual. Ahora nos toca a nosotros explicar a nuestros contemporáneos por quién y para quién existen las galaxias en el espacio interestelar infinito y plegable y el espacio infinitésimo y paradójico de la física cuántica —en este universo después de Einstein.

UNA REFLEXIÓN FINAL

Los autores del Antiguo Testamento desconocían —y los autores del Nuevo Testamento parecen haber rechazado— la noción de que haya una existencia «espiritual», inmaterial, invisible… posterior a esta vida presente y más reales que la realidad material de esta vida presente.

Para ellos era importante decir y repetir de diversas maneras —las que hemos visto en Génesis, Éxodo, Proverbios, Juan, Colosenses y Apocalipsis, pero otras muchas maneras más— que el Dios de Israel y Padre de Jesucristo tiene potestad absoluta de creación y destrucción de cielo y tierra y de la vida en este planeta. Podrían haber tomado otro camino. Podrían haber dicho, por ejemplo, que esta presente realidad es ilusoria, vana, efímera y al final de los finales, menos real que las realidades «espirituales». Podrían haber dicho que aspiraban a liberarse de esta vida transitoria para evolucionar, cual fea y terrenal oruga que muere en la crisálida pero emerge como una mariposa maravillosamente bella y capaz de volar por los aires. Podrían haber negado que esta vida importa, que la opresión y la tiranía importan. Podrían haber sostenido

que la crueldad de amos sobre esclavos, monarcas sobre súbditos, varones sobre mujeres —que el sufrimiento humano en general — es natural e inevitable como prólogo a algo mejor.

Algunas de las cosas que escribieron los autores bíblicos pueden interpretarse en este sentido y nunca han faltado cristianos que las interpretasen de esa manera. Pero lo que sin duda resulta más destacable y asombroso de los escritos bíblicos, es la importancia eterna que afirman que tiene esta vida en esta tierra y las consecuencias que tiene el que nos tratemos unos a otros de una manera o de otra.

Como los autores de la Biblia tenían los pies bien plantados sobre la tierra, consideraban que era necesario poder decir claramente que todo lo que existe en esta vida está siendo constantemente sometido a la soberanía suprema de Aquel sin el cual nada de lo que existe existiría ni subsistiría.

Lo que resulta más destacable y asombroso de los escritos bíblicos, es la importancia eterna que afirman que tiene esta vida en esta tierra y las consecuencias que tiene el que nos tratemos unos a otros de una manera o de otra.

Capítulo 4.

Cuadros de la caída

Introducción

Hemos visto desde el principio que la única manera que tenemos de hablar sobre Dios, si es que nos vamos a valer para ello de la Biblia, es en relación con la vida y existencia humana. Incluso, como acabamos de ver en la lección anterior, es difícil hablar de Dios como creador del universo sin que esa conversación vuelva siempre a realidades sociales, políticas y económicas de la convivencia humana. Es porque hemos experimentado aquí en la tierra que Dios interviene creativamente para machacar el orden impuesto por regímenes jerárquicos de opresión, que hemos aprendido a pensar que todo lo que hay en el cielo y en la tierra está sometido a su poder.

Pero si Dios es el Creador y si su creación fue desde el principio buena, necesitamos explicarnos por qué la vida humana está tan frecuentemente cargada de conflicto y maldad, sufrimiento, explotación y opresión. Para explorar esa cuestión veremos algunos textos bíblicos que hablan de la caída. El concepto de «caída» indica la idea de que antes las cosas estaban bien, pero algo sucedió que lo puso todo patas arriba, para que ahora existan el mal, el dolor y la muerte —en la vida humana en general y en las relaciones humanas en particular.

Tema 1. Génesis 2,4-4,26

En general, la división del contenido de los libros bíblicos en párrafos con subtítulos, cuya extensión y cuyas cabeceras varían entre una edición y otra de la Biblia, resultan útiles. Sin embargo, a veces nos llevan a no observar la continuidad que puede encerrar una historia más larga o un argumento más extenso. Habitualmente se suele entender que Génesis 2 es una continuación del relato de la creación en Génesis 1, mientras que la desobediencia y expulsión del Edén en el capítulo 3, es otro tema aparte. Pero para los efectos del presente estudio es más útil

observar la continuidad de la narración que empieza en Gn 2,4 y que no concluye hasta el final del capítulo 4. Porque la seriedad de «la caída» de la humanidad sólo puede entenderse cabalmente si se tiene en cuenta el especialísimo relato de la creación que le hace de prólogo; y sus consecuencias sólo se pueden empezar a apreciar en toda su gravedad si se tiene en cuenta el relato que empieza con la expulsión del Edén pero culmina con la cruel jactancia de Lamec.

Observemos a continuación, entonces, especialmente la intención positiva, creadora, de Dios y las consecuencias negativas, destructivas, de la conducta humana.

La unidad de esta narración se aprecia al observar que los versículos Gn 2,4 y 5,1 parecen sendos títulos de sección —o por lo menos, indican claramente en ambos casos el inicio de un nuevo tipo de material. La narración que empieza en Gn 2,4 no depende en ningún particular de lo que cuenta Gn 1,1-2,3 y nos ofrece, de hecho, una descripción diferente de la creación. Una creación donde las cosas suceden en otro orden, de otras maneras y con otras motivaciones. La manera de contar la creación en Gn 2,4-24 hace de prólogo necesario para lo narrado en Gn, capítulos 3 y 4. El inicio del capítulo 3 no es realmente un inicio. El capítulo 3 podría haber empezado un versículo antes; o podría haber empezado en Gn 2,18 o en Gn 2,16 —o, puestos al caso, por qué no, en Gn 2,4.

Observemos a continuación, entonces, especialmente el antes y después de esta historia. La intención positiva, creadora, de Dios y las consecuencias negativas, destructivas, de la conducta humana:

> *Esta es la genealogía del cielo y la tierra desde que fueron creados, el día que el Señor Dios hizo la tierra y el cielo. Todavía no existía ninguna planta del campo ni había brotado ninguna hierba del campo, porque Dios no había hecho llover sobre la tierra ni había ningún terrícola que labrase el terreno, aunque manaba agua de la tierra, que regaba toda la superficie del terreno.*

Entonces formó el Señor Dios al terrícola con polvo del terreno y sopló en sus narices el aliento de vida —y así es como existe el terrícola,[1] *un ser viviente.*

A continuación plantó el Señor Dios un huerto en Edén, en el oriente, y puso allí al terrícola que había formado. Entonces hizo brotar el Señor Dios del terreno todo árbol de aspecto deseable y bueno para comer. Y en el medio del huerto, el árbol de la vida y también el árbol de la noción del bien y del mal.

Salía por aquel entonces un río desde Edén para regar el huerto; y desde allí se dividía en cuatro corrientes. La primera es el río Pishón, que bordea toda la tierra de Havilah, donde hay oro. El oro de aquella tierra es valioso y allí hay también ámbar y piedras preciosas. El segundo es el río Guijón, que bordea toda la tierra de Kush. El tercero es el río Jidéquel, que pasa por el este de Asiria. Y el cuarto es el río Éufrates.

Así que toma el Señor Dios al terrícola y lo instala en el huerto de Edén para que se lo labre y se lo cuide. Y dio instrucciones el Señor Dios al terrícola, diciendo:

—De todo árbol del huerto puedes comer hasta hartarte. Sin embargo del árbol de la noción del bien y del mal no puedes comer, porque el día que comas de ese árbol, morirás irremediablemente.

Entonces dijo el Señor Dios:

—No está bien que el terrícola esté solo. Voy a hacerle una ayuda que esté a su lado.

Entonces formó el Señor Dios con tierra todos los animales del campo y todas las aves del cielo y se los trajo al terrícola para ver cómo los llamaba. Y cada ser viviente, según lo iba llamando el terrícola, así se llama. Y puso nombres el terrícola a todos los animales domésticos y a las aves del cielo y a todas las fieras del campo. Sin embargo no se encontraba ninguna ayuda que pudiera estar al lado del terrícola. Así que el Señor Dios hizo caer un sueño profundo sobre el terrícola, que se quedó dormido. Y le arrancó uno de los lados de su esencia y por la parte baja le arregló la carne. Y con el lado que le había arrancado al terrícola construyó una humana y se la trajo al terrícola.

Entonces dijo el terrícola:

—¡Esta vez sí que es esencia de mi esencia y carne de mi carne! Ésta se llamará humana, puesto que del humano fue arrancada.

---

[1] O *Adam* (= Adán). Y así en todo este relato, donde se entrecruzan el significado de la palabra y su uso como nombre propio de la persona que así se llama.

Por eso es que el varón deja a su padre y madre y se aferra a su mujer y ya nunca se separan. Estaban los dos desnudos, el varón y su mujer, y desconocían la vergüenza.

Un día el dragón, que era el más sabio de todas las fieras del campo que había hecho el Señor Dios, le dice a la mujer:

—Así que Dios os dijo que no comierais de ninguno de los árboles del huerto, ¿eh?

Le dice la mujer al dragón:

—¡Sí que podemos comer de los árboles del huerto! Aunque del fruto del árbol que está en medio del huerto, nos dijo Dios que no comiéramos ni siquiera nos acercáramos, no sea que muramos.

El dragón le dice a la mujer:

—¡En absoluto moriríais! Porque bien sabe Dios que el día que comáis de él se os abrirían los ojos y seríais como los dioses, que tienen noción del bien y del mal.

Entonces la mujer se dio cuenta de que el árbol era bueno, comestible, de aspecto delicioso y deseable para obtener sabiduría. Así que arrancó algunas de sus frutas y comió. También le dio a comer a su varón, porque estaban juntos, y él comió. Y efectivamente, se les abrieron los ojos a los dos. Entonces se dieron cuenta de que estaban desnudos y cosieron unas hojas de higuera y se fabricaron unas prendas para la cintura. En eso oyen la voz del Señor Dios que se pasea por el huerto a la brisa del día y el hombre y su mujer se esconden de la presencia del Señor Dios, entre los árboles del huerto.

Entonces llamó el Señor Dios al hombre y le pregunta:

—¿Dónde estás?

—Oí tu voz en medio del huerto y me entró miedo porque estoy desnudo, así que me escondí.

—¿Y quién te enseñó que estabas desnudo? ¡No habrás comido del árbol que te instruí que en ningún caso comieras de él!

Le dice el hombre:

—La mujer que me diste, que está conmigo, ella me dio del árbol y yo me lo comí.

Entonces le dice el Señor Dios a la mujer:

—¡Pero qué has hecho!

—El dragón me convenció y me lo comí.

Entonces dice el Señor Dios al dragón:

—Por haber hecho esto, maldito seas entre todos los animales domésticos y entre todas las fieras del campo. Te arrastrarás sobre tu panza y tragarás polvo todos los días de tu vida. Y dispongo enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la descendencia de ella. Ella te atacará por la cabeza y tú la atacarás por el talón.

A la mujer le dice:

—Multiplicaré mucho tus dolores de parto que sufres cuando das a luz hijos. Desearás lo que quiera tu varón y él te dominará.

Y al terrícola le dice:

—Puesto que escuchaste la voz de tu mujer y comiste del árbol que yo te instruí diciéndote que no comieras de él, maldito sea el terreno por tu culpa:

—Con dolor comerás de él todos los días de tu vida;
cardos y ortigas te brotarán pero comerás las plantas del campo.

Con el sudor de tu cara te alimentarás
hasta que vuelvas al terreno, que de él fuiste arrancado,
porque polvo eres y al polvo volverás.

Y el terrícola llamaba a su mujer Vida Mía, porque ella es la madre de la vida. Y el Señor Dios hizo para el terrícola y para su mujer túnicas de pieles para que se vistieran.

Entonces dijo el Señor Dios:

—Mira que el terrícola es ahora como uno de nosotros, puesto que tiene noción del bien y del mal. ¡A ver si ahora va y estira la mano y arranca también del árbol de la vida y come y vive eternamente!

Así que lo echó el Señor Dios del huerto de Edén que había hecho para que labrase el terreno y para que recogiera de él. Desterró al terrícola y apostó monstruos alados al este del huerto de Edén y una llamarada mortal que se revolvía, para que vigilasen el camino al árbol de la vida.

El terrícola intimó con Vida Mía,[2] *su mujer, y ella concibió y parió a Armamento.*[3]

Ella dijo:

—He conseguido un varón con el Señor.

---

[2] O *Jauah* (= Eva). Y así en todo este relato.

[3] O *Caín*. Y así en todo este relato.

Y volvió a dar a luz a su hermano, Idea.[4] *Y mira, Idea fue pastor de ovejas, mientras que Armamento labraba el terreno.*

Y sucedió que al cabo de cierto tiempo trajo Armamento del fruto del terreno una ofrenda para el Señor. E Idea lo observó, así que él también —la más selecta y deliciosa de sus ovejas. Y el Señor tuvo en cuenta a Idea y su ofrenda pero a Armamento y su ofrenda no los tuvo en cuenta. Entonces Armamento se enfadó muchísimo y se sintió deshonrado.

Le dice el Señor a Armamento:

—¿Por qué estás enfadado y por qué te sientes deshonrado? ¿Acaso no te es honra suficiente hacer el bien? Mientras que no hacer el bien es abrir la puerta a la maldad, que está al acecho y se apoderaría de ti —aunque estás a tiempo de dominarla.

Pero Armamento discutió con Idea su hermano y sucedió que estaban en el campo y se alzó Armamento contra su hermano y lo mató.

Entonces le dice el Señor a Armamento:

—¿Qué hay de Idea tu hermano?

—¡Yo qué sé! ¿Acaso tengo yo que proteger a mi hermano?

—¡Pero qué has hecho! La voz de la sangre de tu hermano me llama a gritos desde el terreno. Y ahora: ¡Maldito seas tú del terreno que por tu mano abrió la boca para recibir la sangre de tu hermano! Por mucho que labres el terreno, jamás volverá a darte sus productos. Vagabundo y errante serás en la tierra.

Entonces le dice Armamento al Señor:

—¡Demasiado pesada es esta sentencia para mí! ¡Mira que me destierras hoy de la superficie del terreno y de tu presencia me tengo que esconder. Vagabundo y errante seré en la tierra y cualquiera que me descubra, me matará.

Entonces le dice el Señor:

—Por tanto cualquiera que mate a Armamento, su venganza se multiplicará por siete.

Entonces el Señor puso una señal sobre Armamento, no sea que cualquiera que lo descubra, lo mate. Y se marchó Armamento de la presencia del Señor y vivió en la tierra de Nod, al este de Edén.

---

[4] O *Hébel* (= Abel). Y así en todo este relato.

Después intimó Armamento con su mujer y ella concibió y parió a Janoc y construyó una ciudad y le puso a la ciudad el mismo nombre que a su hijo: Janoc.

Y a Janoc le nació un hijo, Irad; e Irad tuvo a Majuyael; y Majuyael tuvo a Mathushael; y Mathushael tuvo a Porpalizas.[5]

Y Porpalizas tomó para sí dos mujeres. La primera se llamaba Adah y la segunda, Tsilah. Y Adah parió a Yabal —éste fue el antepasado de los que viven en tiendas y se dedican a la trashumancia. Y el nombre de su hermano fue Yubal —éste fue el antepasado de todos los que tocan la guitarra y la flauta. Y en cuanto a Tsilah, ella también parió a Tubalcaen, experto en toda metalurgia del bronce y del hierro; y la hermana de Tubalcaen fue Naamah.

Entonces dijo Porpalizas a sus mujeres, Adah y Tsilah:

—¡Obedeced mi voz, mujeres de Porpalizas,
oído atento a mis palabras!

Os advierto que he matado a un hombre porque me pegó
y a un niño porque me arañó;

porque la venganza de Armamento se multiplicó por siete,
pero la de Porpalizas, por setenta y siete.

Entre tanto, el terrícola volvió a intimar con su mujer, que le parió un hijo llamado Sheth, «porque me ha puesto Dios una semilla para sustituir a Idea» —porque lo había matado Armamento.

En cuanto a Sheth, él también tuvo un hijo y lo llamó Enosh.

En aquellos tiempos se empezó a invocar el nombre del Señor.

Son muchas las cosas que sería posible comentar aquí. Con todo, yo destacaría:

- La relación entre la productividad de la tierra y el ser humano. La importancia de este tema viene indicada desde el principio, con la observación de que antes de que fuese posible crear la vida vegetal, primero era necesario haber creado al ser humano para que labrase la tierra. Una vez moldeado el agricultor humano del polvo de la propia tierra y traído a la vida por el soplo del aliento (entiéndase el Espíritu) divino, Dios procede a hacer brotar la vegetación de la tierra. A continuación, Dios procede a crear los ríos primitivos para regar el huerto. No lo pone expresamente, pero la inferencia parece ser que ese riego depende de la canalización y la red de acequias que deberá

[5] O *Lémec* (= Lamec). Y así en todo este relato.

crear el ser humano para traer el agua desde los ríos hasta las plantas.

Es así como este relato nos indica que la transformación de la tierra para su uso agrario es parte esencial de lo que significa ser humanos. Otras historias explorarán otros aspectos de la esencia de lo humano: Génesis 1, por ejemplo, ya había explorado el aspecto de estar hechos —varón y mujer— «a imagen y semejanza» de Dios. Pero esta historia, ahora, quiere explorar la relación entre el ser humano y la tierra de labranza. El cultivo de la tierra y la transformación ecológica consiguiente, no son extraños a la voluntad del Creador. No son contrarios a la propia naturaleza del ser humano, como no son contrarios tampoco a la naturaleza de la tierra. El impulso a transformar la tierra, podríamos atrevernos a decir, lo tenemos escrito en los genes. No es un añadido artificial posterior. A la vez, esto conlleva una fuerte responsabilidad. Nos ha sido encomendado no sólo el cultivo sino también la conservación de la tierra. Ninguno de los animales que creará a continuación Dios, recibe un encargo de semejante envergadura y responsabilidad directa por la salud y biodiversidad del planeta.

El impulso a transformar la tierra, podríamos atrevernos a decir, lo tenemos escrito en los genes. No es un añadido artificial posterior. A la vez, esto conlleva una fuerte responsabilidad.

Sin embargo desde que el ser humano es también desobediente a Dios, su relación con la tierra sufre una alteración con consecuencias desastrosas. Consecuencias desastrosas en primera instancia para el propio ser humano, que halla que la tierra ahora produce espinos y cardos y no solamente «pan». El ideal placentero de una tierra que es un huerto fácil de cultivar se ve sustituido por la realidad de un trabajo arduo, de sol a sol. Un trabajo agotador e impredecible, donde las cosechas fallan, donde la tierra pierde propiedades, donde

plagas y enfermedades consumen las plantas cultivadas. Es así como también la tierra sufre las consecuencias del pecado. La destrucción ecológica y los cambios climáticos a nivel mundial que vemos en nuestra propia generación seguramente distan mucho de ser lo que tenía en mente en su día el narrador de esta historia… pero parecen profundamente coherentes con esta visión de las consecuencias negativas de las conductas del ser humano cuando se rebela contra su Creador.

Pero eso no es todo. Inmediatamente a continuación de la maldición que sufre la relación entre el ser humano y la tierra a raíz de la desobediencia, hallamos la historia de Caín, que derrama sobre la tierra la sangre de su hermano. Es desde la tierra que la sangre de Abel clama al Señor. Y ahora la tierra —toda la tierra, no sólo el Edén— asqueada con la sangre del fratricidio, ya no brindará más sus frutos a Caín. Es difícil imaginar una manera más triste de describir las consecuencias nefastas del pecado.

Caín —el agricultor a quien la tierra ya no brinda sus frutos— se refugia en un reducto urbano. La fundación de la primera ciudad se entiende así como un acto de desesperación cuando ya no es posible vivir de la tierra. Sin duda la emigración desde el campo a la ciudad ha sido vivida así por incontables generaciones de personas, como una maldición y un exilio indeseado. No es así, desde luego, como lo viven los que han nacido en la ciudad y no conocen otra vida. La ciudad tiene muchos atractivos y la vida en ciudad no es necesariamente mala. Pero es imposible negar una cierta nostalgia residual que nos queda a todos al contemplar la belleza de los campos y de la naturaleza fuera de las ciudades —o en los parques urbanos donde intentamos crear pequeñas imitaciones del campo.

Esta visión negativa no es la «última palabra» de la Biblia sobre la vida urbana. En el libro de los Hechos, observamos que la expansión del evangelio empieza en una ciudad, Jerusalén, y culmina en otra ciudad, Roma. Y ya hemos visto que la visión del Apocalipsis nos conduce a otra ciudad, la Nueva Jerusalén descendida del cielo. Pero sin ser la última palabra, esta no deja de ser la primera palabra de la Biblia sobre la vida urbana. Un estilo de vida que para millones de personas resulta opresivo, lleno de pobreza y miseria y de tentaciones y vicios y de enfermedades y muerte y de inefable soledad.

♦ Las diferencias de género. En este relato, después de moldear e insuflar vida a un ser humano único, el Señor observa que este ser se

queda incompleto, quizá incluso habría que decir que en esa soledad, no es del todo humano. La palabra hebrea «adam» tiene varios significados. Puede ser tierra o arcilla, puede ser el color rojo de la arcilla, puede ser el ser humano en general —y puede ser el nombre, Adán, de un individuo humano en particular. Este último caso sólo es posible a partir de Gn 2,23. Hasta los versículos 21 y 22 no parece que sea posible atribuir género a aquel ser humano, que es incompleto precisamente porque no es todavía un ser sexuado.

En Gn 2,21 Dios anestesia a este ser asexual y lo divide en dos, apartando uno de sus «costados». La traducción «costilla» resulta poco satisfactoria aquí y no viene exigida por el término hebreo empleado. Una idea más satisfactoria de lo que supone este acto de apartar uno de los «costados» del humano original, nos la daría la imagen de la multiplicación de un organismo unicelular, que sencillamente se divide en dos. Uno de estos «costados» será a partir de ahora la mujer; el otro «costado», el varón. Comparten el mismo material genético y sin embargo ambos, la mujer pero también el varón, son diferentes a aquel ser moldeado inicialmente por Dios. Porque ahora son seres sexuados capaces de reproducirse «normalmente» y destinados a vivir en sociedad humana. La soledad es siempre una opción, pero será siempre entendida como la privación de un elemento esencial de lo que supone vivir una vida plenamente humana.

Si la desobediencia trae como consecuencia la maldición de la relación con la tierra, no menos profundas son sus consecuencias sobre la relación entre mujer y varón. Desde luego, hasta la desobediencia y la maldición consiguiente, nada hay aquí que pueda interpretarse como jerarquía o diferencia de autoridad o capacidad de decisión entre la mujer y el varón. Ella es, quizá, «ayuda idónea para él», pero no más que él pueda ser «ayuda idónea» para ella. En sí, el término, «ayuda» o «auxilio» no puede indicar inferioridad, ya que en la Biblia la «ayuda» y el «auxilio» a quien clama el ser humano más habitualmente, es el propio Señor.

Pero la desobediencia y la maldición consiguientes hacen destrozos en la pureza e inocencia propias de la igualdad e interdependencia relacional para que Dios creó a la mujer y el varón. Si la condición humana en relación con la tierra es la de una lucha a diario por sobreponernos a los efectos nocivos de la maldición ecológica, no es menos así en la relación entre los sexos. La lucha por sobreponernos a los efectos nocivos de esta maldición ha sido, en

una medida u otra, el destino de todas las parejas humanas. ¡Y benditas de Dios son aquellas parejas que, contra todos los condicionantes y obstáculos del pecado humano, consiguen aproximarse a la pureza de aquella igualdad y ayuda mutua primigenia!

Observar la destrucción ecológica que vemos en nuestra propia generación, parece coherente con esta visión de las consecuencias negativas de las conductas del ser humano cuando se rebela contra su Creador.

- La brutalidad del cántico de Lamec. Es imposible leer sin un escalofrío la jactancia en la violencia homicida que encierra éste, el primer canto que nos ofrece la Biblia. ¡Nada nos extraña —si hasta aquí hemos llegado la raza humana— que dos versículos más adelante, Gn 4,25, nuestro relato de «la caída de la humanidad» concluya contándonos que a partir de entonces los seres humanos empezaron a invocar el nombre del Señor!

  La señal que puso Dios a Caín buscaba evitar no sólo las venganzas indiscriminadas sino la «justicia» homicida de ojo por ojo, diente por diente y vida por vida. De hecho, la expresión «siete veces será castigado» en Gn 4,15 excluye expresamente la idea de que el castigo pudiera ser el de la pena capital. El asesino no puede ser ejecutado siete veces. ¡A la primera ya está muerto! Desde luego, Dios tiene que tener otros castigos en mente aquí. Pero el caso es que la señal del Señor sobre Caín surtió el efecto deseado y Caín no murió ajusticiado. Pero Lamec pone la lógica de la protección del Señor patas arriba. Entiende que la muerte de Caín hubiera de ser vengada con siete asesinatos (de su parentela cercana, indudablemente). Los verbos hebreos no indican tiempo, por lo cual

entiendo que el final de Gn 4,23 no constituye una advertencia sino la jactancia de crímenes ya cometidos: «Por mi herida, maté al hombre que me hirió y a un niño». Y la venganza sanguinaria que caerá sobre cualquiera que atente contra la vida de Lamec será realmente inimaginable: ¡Setenta vidas!

No tan inimaginable, al fin y al cabo. La historia nos regala episodios donde «señores de la guerra», narcotraficantes, reyes paranoicos y tiranos de pacotilla han cometido atrocidades peores que ésta.

Desde luego, la tragedia del pecado humano es de un horror sin límites.

Es imposible leer sin un escalofrío la jactancia en la violencia homicida que encierra éste, el primer canto que nos ofrece la Biblia.

TEMA 2. 1 SAMUEL 8

Si la esencia del pecado en Génesis 3 es desobedecer instrucciones claras e inequívocas del Señor, 1 Samuel es también un relato de «la caída». En este caso es la caída de Israel, desde su condición como sociedad especial y diferente, gobernada directamente por su Dios especial y diferente, con estructuras sociales y económicas que hicieron de aquel Israel un ejemplo y modelo histórico para todas las sociedades humanas posteriores. Pero Israel rechazó su condición de sociedad experimental y diferente. Quiso —y consiguió aquí— ser como cualquier otra nación vulgar y corriente.

Y sucedió que cuando Shmuel se hizo viejo, colocó a sus hijos como jueces para Israel. Su hijo mayor se llamaba Yoel, el segundo Aviah, con sede en Pozo Jurado. Y sus hijos no se comportaron como él sino que sentenciaban según les pagaban y aceptaban sobornos para inclinar la balanza de la justicia.

Entonces se reunieron todos los ancianos de Israel y fueron a Ramath, donde Shmuel. Y le dijeron:

—Mira que tú ya estás viejo y tus hijos no se comportan como tú. Así que nómbranos un rey que juzgue nuestros pleitos, como todos los países.

Pero el asunto le pareció muy mal a Shmuel, puesto que habían dicho: «Nómbranos un rey para que juzgue nuestros pleitos» —así que Shmuel oró al Señor.

Entonces el Señor le dijo a Shmuel:

—Acata la voz del pueblo en todo lo que te han dicho, que no te están rechazando a ti sino a mí. No quieren que yo siga reinando sobre ellos, como cuando todas las obras que he hecho desde el día que los subí desde Egipto y hasta hoy mismo. Así como me abandonan y sirven a otros dioses, así es como te tratan también a ti. Ahora, pues, acata la voz de ellos. Sólo que testifiques muy claramente contra ellos, informándoles de la justicia del rey que reinará sobre ellos.

Entonces Shmuel contó todas las palabras del Señor al pueblo que le había pedido un rey. Dijo:

—Así será la justicia del rey que reinará sobre vosotros.

—Os arrebatará a vuestros hijos y se rodeará de carrocería y de caballería que correrá delante de su carro de combate. Y nombrará para sí oficiales de escuadrón y oficiales de compañía para obligaros a labrar sus tierras y segar su mies y a fabricarle instrumentos de guerra y aperos para sus carros de combate.

—Y os arrebatará vuestras hijas para que hagan de perfumistas y cocineras y panaderas.

—Y os arrebatará vuestras mejores tierras y vuestros mejores viñedos y vuestros mejores olivares, que tendréis que entregar a sus esclavos. Y os demandará la décima parte de vuestro grano y de vuestros viñedos, para mantener a sus eunucos y esclavos. Y os arrebatará vuestros esclavos y vuestras esclavas y vuestros jóvenes hermosos y vuestros asnos para dedicarlos a trabajar en sus proyectos. Y os demandará la décima parte de vuestros rebaños. Y en cuanto a vosotros mismos, acabaréis siendo esclavos.

—Y clamaréis auxilio ese día ante la realidad de vuestro rey que os habéis elegido, pero ese día no os responderá el Señor.

Pero el pueblo no quiso escuchar la voz de Shmuel y dijeron:

—¡Que no! Que haya un rey sobre nosotros. Y seamos como todos los países. Y que juzgue nuestros pleitos nuestro propio rey. Y que salga a la batalla al frente nuestro en nuestras guerras.

Shmuel escuchó la voz de los razonamientos del pueblo y los refirió al oído del Señor.

Entonces dijo el Señor a Shmuel:

—Acata la voz de ellos y nómbrales un rey.

Pero Shmuel dijo a los hombres de Israel:

—Que se vaya cada cual a su ciudad.

Seguramente para comprender plenamente el alcance práctico del paso que describe este capítulo, hace falta ponerle un marco histórico:

ISRAEL PREMONÁRQUICO

La tierra que la Biblia conoce inicialmente como Canaán y a la postre como Israel y Judá —y que hoy día ocupan Palestina e Israel— era la parte sureña de los territorios nativos de la cultura de la antigüedad que conocemos como los fenicios.

Los faraones egipcios siempre consideraron a Canaán como parte del propio territorio de Egipto. Pero así como en tiempos del Nuevo Testamento «Judea», «Samaria» y «Galilea» eran parte del imperio romano aunque podían estar gobernadas por reyes vasallos, Canaán estaba configurada por numerosos reinos pequeños constituidos por una ciudad y sus territorios aledaños. Los reyes podían y solían configurar alianzas cambiantes entre sí, buscando siempre sacar alguna ventaja sobre sus vecinos y apelando a la corte egipcia si se veían desbordados en estas rivalidades.

La producción principal era la agropecuaria, centrada especialmente en las llanuras y los valles. Se cultivaban principalmente cereales, luego también viñedos, olivos e higueras; y el ganado vacuno y ovino. Las partes del territorio menos llano, colinas y montes de mediana altura, empezaron a entrar en producción más o menos en la época cuando surge Israel y exigía la muy laboriosa creación de terraplenes en las laderas. Por aquella época también se empezaron a cavar cisternas, depósitos subterráneos para el agua impermeabilizados con cal, que permitían cierta subsistencia donde no manaban fuentes naturales —y en los años de sequía. La tierra era fértil sin ser extraordinariamente rica; y las lluvias generalmente adecuadas —aunque con períodos secos intermitentes, que cuando se sucedían durante varios años

consecutivos, podían suponer una crisis de primera magnitud. Gracias a las dificultades de acceso para los carros de combate tirados por caballos que preferían los reyes, en los altos de Canaán las tribus de Israel pudieron desarrollar su modelo de sociedad alternativa sin excesiva interferencia cananea.

La sociedad de israelitas libres e independientes, resulta asombrosamente igualitaria; sin desniveles exagerados de poder adquisitivo, sin castas nobiliarias hereditarias de guerreros.

Todos los indicios de la Biblia —las leyes de Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio; los relatos de Josué y Jueces— nos llevan a entender que la población israelita era casi exclusivamente agraria. La sociedad de israelitas libres e independientes, resulta asombrosamente igualitaria; sin desniveles exagerados de poder adquisitivo, sin castas nobiliarias hereditarias de guerreros.

Aparte de su estructura fuertemente descentralizada, tribal e igualitaria y su apego a Yahveh, o Jehová —a cuyas leyes divinamente legadas por medio de Moisés debían su particular estilo de vida y convivencia— los israelitas eran imposibles de distinguir de los cananeos y posteriormente, de los filisteos. Las excavaciones arqueológicas no pueden distinguir entre una población cananea, israelita o filistea. Utilizaban el mismo tipo de herramientas y la misma alfarería, vivían en casas de igual construcción. Los relatos bíblicos nos dan a entender que los cananeos, los israelitas y los filisteos hablaban todos la misma lengua (seguramente con pequeñas variaciones regionales o locales aunque siempre inteligibles entre sí). Los mismos relatos bíblicos nos indican que los matrimonios mixtos entre israelitas y cananeos, israelitas y filisteos, no eran excepcionales ni suscitaban controversia.

Todas estas consideraciones nos llevan a repetir y subrayar que la diferencia, la única diferencia importante de Israel, estaba en su Dios —Dios uno y único y celoso de serlo— y en la convivencia igualitaria y

decididamente antimonárquica; tribal, independiente y descentralizada. Ambas cosas —su devoción a su Dios y su estilo de vida sin jerarquías ni diferencias de clase social— estaban estrechamente vinculadas y eran dos aspectos de una misma realidad. Ambas cosas venían claramente estipuladas en sus leyes tribales, que configuraban su especial pacto o alianza con Dios, establecida en el desierto de Sinaí cuando sus antepasados eran esclavos fugados de Faraón.

Quizá el retrato más ideal de la vida rural gobernada por sus leyes divinas especiales, sea la descripción de Belén que hallamos en el libro de Rut. En Rut es posible la sequía, la viudedad y el pariente que se desentiende. Pero también —especialmente— son visibles el hondo sentimiento religioso israelita, los mecanismos de asistencia para los pobres y extranjeros, la «redención» de una viuda y sus tierras empeñadas, y la ausencia de racismo xenófobo; disposiciones todas ordenadas por la ley de Moisés.

La insistencia en un rey como las demás naciones constituía un rechazo directo del Señor y de su condición —hasta entonces incuestionable— como rey y único soberano de Israel.

Cuando se producía un ataque puntual contra una o más de las tribus de Israel, la cosa se ponía difícil. La existencia como tribus independientes y libres, guardando las estipulaciones de su alianza especial con el Señor y sin otro rey que el Señor, les exigía afrontar estas crisis con fe. Exigía clamar a Dios, confesar la falta de rigor para guardar el pacto… y esperar a que el Señor levantase un «juez» que los liberase del enemigo. Estos jueces no tenían otra autoridad que la autoridad moral que les reconocían los jefes tribales; y éstos, que la que les reconocían los patriarcas de las familias de la tribu. Los jueces convocaban a las huestes de Israel y comparecían —si es que comparecían— los hombres que cada familia mandaba para configurar el campamento de su tribu. Salir a la batalla en estas condiciones exigía una

confianza excepcional en el Señor. Vivir como sociedad entera por la fe —cualquiera puede comprenderlo— es muy complicado, especialmente cuando los enemigos sólo respetan el poder de las armas.

Aunque hemos mencionado las excavaciones arqueológicas, prácticamente todas estas observaciones han procedido de la propia información que brindan sus leyes y las narraciones bíblicas de Israel antes de la monarquía.

«No —sino que queremos un rey y queremos ser como todas las naciones»

Todo esto había que repasarlo, para caer cabalmente en la cuenta de que el paso que describe este capítulo era todo lo dramático que entendía Samuel que lo fuera. La insistencia en un rey como las demás naciones constituía un rechazo directo del Señor y de su condición —hasta entonces incuestionable— como rey y único soberano de Israel.

En los conflictos de Israel con los diversos monarcas cananeos, incluso con alianzas entre varios reyes cananeos, una sola batalla solía resolver la cuestión. Con los filisteos no sucedió así. El conflicto con ellos se extendió desde la generación de Sansón hasta bien entrado el reinado de David. De hecho, Israel descubriría que la adopción de la monarquía no pudo tener el efecto inmediato buscado. Otras muchas cosas hubieron de suceder —y pasar un buen número de años— antes de vencer definitivamente a los filisteos.

Si es que se pueda decir cabalmente que Israel los venciera. David reinó sobre Judá como vasallo filisteo todos los años que tuvo su capital en Hebrón. Sin embargo, parece no haberlo consultado con su soberano filisteo cuando aceptó ser rey también de las demás tribus de Israel, conquistando Jerusalén y estableciéndola como su capital. Los filisteos atacaron y David los derrotó. Pero luego David los instaló en su guardia pretoriana: los *peleteos* (filisteos) y cereceos. Después de tantos años de colaboración estrecha, ellos y David se entendían bien. Para obtener esta victoria, David primero tuvo que imitarlos. Tuvo que profesionalizar el ejército de Israel y emplear las mismas tácticas militares que los filisteos. Tuvo que ser, a todos los efectos, un mejor caudillo militar filisteo, que los propios filisteos —aunque está claro que David siempre conservó una especialísima devoción al Dios de Israel. A la postre, la coronación de Salomón sólo fue posible gracias a la intervención, precisamente, de los *peleteos* y cereceos, la guardia personal de David compuesta por la elite guerrera «de siempre». Salomón empezó su reinado construyendo el

templo; pero después está claro que las influencias no israelitas (cananeas y filisteas) se instalaron permanentemente no sólo en la corte de Salomón sino en la de casi todos sus sucesores en Jerusalén.

En cuanto a estilo de vida, Israel había sido derrotada. Yahveh, o Jehová, seguía siendo adorado en el templo. Pero el experimento social basado en la ley de Moisés había, a todos los efectos prácticos, concluido. El culto al Señor se instalaría en todo el reino, pero ahora como religión estatal patrocinada por la corona.

¡Y los resultados fueron exactamente lo que Samuel había previsto en su arenga de 1 Sam 8! Israel consiguió el objetivo planteado. Consiguió dejar de ser especial; consiguió ser una nación gobernada despóticamente como todas las demás.

No todo estaba perdido, como no todo se perdió con la expulsión del Edén. Dios siempre tiene un «plan B» para poder ejercer de Salvador de la humanidad. Pero «la caída» que narra 1 Sam 8 fue real. Y sus consecuencias fueron desastrosas.

Quizá no sería tan natural entender que el episodio narrado en 1 Sam 8 es de «la caída», si no fuera que, como ya hemos observado en el capítulo anterior, Éxodo 15 emplea lenguaje propio de un relato de «la creación» para describir los comienzos de Israel libre a partir de un grupo de esclavos fugados de Egipto. Desde que el cántico de Moisés y de Miriam celebra esa emancipación como un momento cuyo único marco de comparación es la propia creación del mundo, es apropiado describir en términos igualmente dramáticos el fin de ese experimento social que, durante varias generaciones, consiguió arreglárselas sin otro rey que el Señor.

Como nos cuentan los evangelios, la idea de Dios como rey, la idea del Reino de Dios anunciado como «evangelio» —buenas noticias— a los pobres, volvería a aparecer un milenio más tarde en aquellas mismas tierras, en la prédica de Jesús.

¿Será que los ideales que habían sostenido los israelitas antes de adoptar la monarquía eran impracticables? ¿Y si ese mismo modelo de sociedad sigue siendo el plan de Dios hoy? ¿Sería posible hoy un experimento social de esas características, sin otra estructura militar ni civil que la de clamar a Dios en las crisis y esperar a que Dios levante un «juez» salvador? ¿Sería posible mantener viva la fe necesaria para una sociedad así durante más que unas pocas generaciones?

¡Y los resultados fueron exactamente lo que Samuel había previsto!

TEMA 3. LAMENTACIONES 1, 2 Y 4

El libro de Lamentaciones puede leerse como una descripción poética, infinitamente triste, de las consecuencias del pecado humano. Bien es cierto que el pecado y sus consecuencias funestas son en este caso el pecado de toda una nación o al menos de toda una ciudad. Pero no se me ocurre ningún otro escrito, en toda la colección bíblica, que explore tan a fondo la gravedad del pecado y el rigor del castigo divino.

Antes de leer estos tres capítulos con la idea de relacionarlos con la temática de «la caída», hagamos dos observaciones breves sobre la *forma* de los mismos. Estos tres capítulos de Lamentaciones son acrósticos alfabéticos. Es decir, cada unidad de tres líneas paralelas —en el caso de los capítulos 1 y 2— o de dos líneas paralelas —en el capítulo 4— empieza con una letra diferente del abecedario hebreo; empezando con la primera letra, el *alef*, y procediendo por orden hasta concluir con la última, la *tav*. Es decir que estamos ante composiciones poéticas altamente elaboradas; y su lenguaje es por consiguiente sugestivo, emotivo, imaginativo y metafórico. No pretenden ser descripciones exactas de los hechos tanto como describir el horror inefable que producen los hechos. Y el acróstico alfabético en particular, sugiere la idea de totalidad, de ser el súmmum, como la expresión en Apocalipsis: «Yo soy el alfa y la omega». En este caso, es el colmo o la totalidad de la tragedia acaecida.

Estos tres capítulos también coinciden en empezar con la exclamación *¡Ejá!*, «¡Cómo…!» —que es, por cierto, el título del libro en hebreo. Es una exclamación de incredulidad, de pasmo, de una incapacidad absoluta de saber cómo encajar el desastre, cómo asimilarlo o explicarlo de tal manera que uno pueda seguir adelante con su vida. Como todas las tragedias humanas al final se acaban por parecer, quizá una analogía del efecto aquí sería la frase inolvidable de uno de los que sobrevivieron el ataque terrorista a la estación de ferrocarril de Atocha, en Madrid, el 11 de marzo de 2004. Para describir el estupor de los sobrevivientes, dijo que su deambular por los andenes de la estación

parecía «un baile de sonámbulos». Este es, más o menos, el estado mental que expresa la exclamación *¡Ejá!* con que abren estos tres capítulos de Lamentaciones.

Léelos ahora, observando en ellos el fenómeno del pecado humano, la gravedad del mismo y la justicia del castigo divino… pero también la sensación de desproporción del sufrimiento que se padece a consecuencia del pecado.

א *¡CÓMO está sentada en soledad cual una viuda*
la que fue ciudad populosa y prestigiosa en el mundo;
la princesa condenada a trabajos forzados en las provincias!

ב *El llanto nocturno surca sus mejillas,*
ninguno de sus amantes la consuela;
cada uno de sus íntimos se ha vuelto un enemigo.

ג *Yehudá, exiliada a aflicción y dura esclavitud,*
habita en países donde es imposible descansar;
acosada, al alcance de todos sus perseguidores.

ד *Están de luto y sin romeros los caminos que conducen a Tsión,*
sus puertas hechas añicos, sus sacerdotes un suspiro;
sus chicas están afligidas y ella, amargada.

ה *¡Qué honra y tranquilidad gozan sus adversarios,*
Porque el Señor la ha afligido por sus culpas;
sus niños desterrados entre sus adversarios!

ו *Se ha esfumado toda la honra de la hija de Tsión.*
Sus nobles son como corzos muertos de hambre
que huyen del cazador, pero sin fuerzas.

ז *Rememora Yerushaláim, en tiempos de miseria y desahucio,*
todo el esplendor de aquellos días de antaño.
Cuando cayó su pueblo indefenso ante el adversario,
lo vieron sus enemigos y se rieron de su fin.

ח *Por su gran pecado Yerushaláim es un trapo de reglas,*
toda su honra envilecida, su desnudez a la vista;
ella misma también se desprecia y mira a otro lado.

ט *Manchada su falda sin haber reparado en las consecuencias,*
se sorprende por su caída, sin nadie que la consuele.
¡Mira, Señor, mi dolor ante al apogeo del enemigo!

י *El adversario manoseó todos sus encantos*
cuando ella tuvo que ver entrar extranjeros al santuario;
los que tú juzgaste indignos de pertenecer a la congregación.

כ *Todo el pueblo anda sollozando en busca de pan,*
brindan sus encantos por un bocado para sobrevivir.
¡Mira y observa, Señor, hasta dónde llega mi degradación!

ל *¿Nada os importa a los que miráis y veis y pasáis de largo?*
¿Existe acaso otra tortura como la que me atormenta,
con que me aflige el Señor en su enfado terrible?

מ *Desde lo alto envió tal fiebre que me tiemblan los huesos,*
tendió a mis pies una trampa y me he caído de espaldas;
sufro espantosamente todos los días de mis reglas.

נ *Con su mano ata el nudo del yugo de mi culpabilidad,*
me pesa sobre el cuello, me hace tropezar sin fuerzas;
entregada a tal fin por el Señor, ya no me aguanto en pie.

ס *El Señor manifestó desprecio de todos mis valientes,*
se fijó un plazo para destrozarme mi soldados;
un lugar donde pisotearme las chicas de Yehudá.

ע *Por todos ellos lloro —un ojo y el otro se me hacen agua—*
porque lejos está quien me pueda consolar y devolver el ánimo;
mis hijos aniquilados, puesto que el enemigo ha vencido.

פ *Esparcida Tsión por todas partes, sin nadie que consuele,*
el Señor mandó que Ya'akov fuera rodeado de adversarios;
Yerushaláim es en medio de ellos un trapo de reglas.

צ *Justo es él, el Señor, puesto que me rebelé contra su boca.*
Que todos los pueblos escuchen y que vean mi dolor:
mis chicas y chicos se han marchado a cautiverio.

ק *Apelo a los que me aman, pero mira, me traicionan.*
Mis sacerdotes y ancianos se me mueren en la ciudad
a falta de alimento que les devuelva la vida.

ר *¡Mira, Señor, mi angustia, mis tripas revueltas;*
en mi interior siento pasmo por mi extrema rebeldía!
En la calle la espada me quita mis hijos; en casa, muerte.

ש *Escuchan que sollozo pero nadie me consuela,*

todos se enteran y se alegran del mal que me has hecho.
¡Que les llegue el día anunciado, cuando estén como hoy yo!

ת *¡Tenles muy en cuenta su maldad y que sufran abusos*
como los que sufro yo por todas mi culpas!
Porque se multiplican mis sollozos, mi mente desmaya…

—LAMENTACIONES 1

א *¡CÓMO se enfureció el Señor contra la hija de Tsión!*
Desde el cielo tiró contra el esplendor de Israel,
no quiso acordarse del lugar donde descansan sus pies.

ב *Devoró sin piedad el Señor todas las viviendas de Ya'akov,*
arrasó en su furor los castillos de la hija de Yehudá;
tocó en tierra, violó la intimidad del reino y de sus nobles.

ג *En el furor de su ira arrancó toda la fuerza de Israel.*
Retiró su diestra frente al enemigo que
ardía contra Ya'akov como llama que consume en derredor.

ד *Apuntó con su arco como enemigo que se aposta a la derecha,*
atacó y mató todo lo que daba gusto ver.
Vació su furia como fuego donde vivía la hija de Tsión.

ה *El Señor se ha vuelto enemigo, se tragó a Israel.*
Se tragó los casones de los ricos, destruyó los castillos
y colmó de desgracias a la hija de Yehudá.

ו *Como quien destroza a patadas el cerco de ramas de un huerto,*
no tuvo en cuenta el Señor a Tsión, sede de festivales y shabats.
Montado en cólera, despreció al monarca y al sacerdote.

ז *Sintió asco el Señor de su altar, repugnancia de su santuario,*
abandonó al enemigo las murallas y sus casones.
De la casa del Señor salieron ruidos como de día festivo.

ח *Determinó el Señor destruir las murallas de la hija de Tsión.*
Tomó medidas, no puso reparos en devorárselas;
crujieron y cedieron a la vez el muro y el contramuro.

ט *Se desplomó el arco de la puerta, cedieron los cerrojos.*
Su rey y sus nobles están entre las naciones
y no hay Torá ni Profetas que traigan visión del Señor.

י *Se sientan sobre el polvo los ancianos de Tsión y no dicen nada;*

tiran cenizas sobre sus cabezas, visten arpillera.
Las muchachas de Yerushaláim hunden la frente en tierra.

כ *Mis ojos se deshacen en lágrimas, hierven mis tripas,*
vomito hiel ante la ruina de de la hija de mi pueblo.
A lo ancho de la ciudad languidecen niños y bebés.

ל *Insisten a sus madres: «¿Dónde hay pan y vino?»*
Languidecen como una profanación a lo ancho de la ciudad
y se les escapa la vida en los brazos de sus madres.

מ *¿Qué diré de ti, a qué te compararé, hija de Yerushaláim?*
¿Qué parecidos hay con que consolarte, muchacha de Tsión?
Tu ruina es como el océano: ¿Quién te sanará?

נ *Tus profetas te adivinaron mentiras y blanqueo*
y no te mostraron tu pecado
para que pudieses evitar el cautiverio.
Te adivinaron profecías engañosas y fraudulentas.

ס *Todos los que pasan por ahí aplauden tu deshonra;*
chiflan y menean la cabeza contra la casa de Yerushaláim.
¿Es ésta la ciudad famosa en todo el mundo
por su belleza perfecta?

פ *Todos tus enemigos se quedan boquiabiertos y chiflan,*
se oye el crujir de sus muelas: «¡Nos la hemos tragado entera!
¡Éste es el día que esperábamos! ¡Lo conseguimos! ¡A celebrar!»

ע *Ha ejecutado y cumplido el Señor lo que se propuso,*
lo que ordenó hace mucho tiempo —arrasar sin miramientos.
Ahora tus enemigos se alegran, tus rivales se sienten fuertes.

צ *Las murallas de la hija de Tsión claman afligidas al Señor:*
¡Fluyan desde tus ojos lágrimas como ríos,
de día y de noche, sin descanso ni pausa!

ק *Levántate con cada guardia de la noche para dar gritos.*
Derrama tu corazón como agua delante del Señor.
Suplícale con manos elevadas por la vida de tus pequeños
que desmayan de hambre a la intemperie en todas las calles.

ר *¡Mira Señor y ve contra quién has hecho tanto mal*
al jurar que las mujeres se comerían a los bebés
que deberían criar,

al jurar la muerte de los sacerdotes y profetas
consagrados del Señor!

ש *Yacen en el polvo a la intemperie jóvenes y ancianos,*
as chicas y los chicos han caído a espada.
Los mataste, los degollaste el día que perdiste los estribos.

ת *Convocaste como a una celebración los terrores en derredor.*
El día que el Señor perdió los estribos, nadie se salvó;
el enemigo acabó con la descendencia numerosa
que yo había criado.

—LAMENTACIONES 2

א ¡CÓMO *dejó de brillar el oro, el metal precioso ya nada vale*
—los escombros del santuario están desparramados
por las calles!

ב *Los hijos preciosos de Tsión, que valían más que oro fino,*
¡cómo han pasado a valer menos que un tiesto roto y manoseado!

ג *Hasta los animales más monstruosos cuidan de su prole,*
pero la hija de mi pueblo es ahora cruel
como avestruz del desierto.

ד *Se le pega al lactante la lengua al paladar, de pura sed;*
los niños piden algo que comer, pero no hay quien reparta.

ה *Los que comían manjares ahora perecen a la intemperie,*
los que confiaban en la púrpura ahora rebuscan en la basura.

ו *La maldad de mi pueblo ha sido peor que el pecado de Sodoma,*
que fue destruida en un instante sin que nadie le levantara mano.

ז *Puros como la nieve eran sus nobles, más blancos que la leche;*
más rubios que perlas por naturaleza, pulidos como zafiros.

ח *Ahora están irreconocibles, más negros que el hollín;*
piel contra hueso, arrugados y secos como troncos.

ט *Mejor les fue a los que perecieron a espada*
que a los de hambre,
que se desangran pinchados por la falta del fruto del campo.

י *Las más compasivas pusieron a hervir a sus propios hijos,*
se los comieron cuando fue destruida la hija de mi pueblo.

כ *Agotó el Señor su furia, vació la rabia de su ira*
cuando incendió a Tsión hasta consumir sus cimientos.

ל *Jamás se imaginaron los reyes de la tierra —ni nadie—*
que se pasearían los enemigos por las puertas de Yerushaláim.

מ *Por los pecados de sus profetas, la maldad de sus sacerdotes,*
que derramaron en medio de ella la sangre de los justos.

נ *Manchados de sangre, iban y venían sin que nadie viera nada*
y ninguno se atrevía ni a tocarles la ropa.

ס *—¡Abran paso! ¡Que nadie se acerque —hacían proclamar*
delante de sí.
Pero ahora huyen y tiemblan y ningún país los quiere acoger.

פ *La Presencia del Señor los expulsó*
y jamás volverá a contemplarlos.
No honraron el sacerdocio ni respetaron a los ancianos.

ע *Todavía tenemos la vista cansada de buscar ayuda en vano,*
oteando desde las torres por si llegaba un aliado que no nos salvó.

צ *Nos seguían las huellas, no podíamos salir a la calle,*
se acercaba el fin. Se nos acabó el tiempo y el fin llegó.

ק *Nos persiguieron veloces cual ataque de águila en picada,*
en las montañas y en el desierto nos tendieron emboscadas.

ר *Atraparon a nuestro ungido, el que nos insuflaba aliento,*
del que presumíamos que viviríamos siempre a su amparo.

ש *¡Alégrate y disfruta, hija de Edom que vives en Uz!*
¡Ya te tocarán a ti también este mal trago y este desamparo!

ת *Ha pagado su maldad la hija de Tsión, no le queda nadie*
en libertad.
Pero a ti, hija de Edom, ya te tocará el cautiverio
por tu deslealtad.

—LAMENTACIONES 4

Has descubierto que la tristeza infinita de Lamentaciones es especialmente apta para hacer de marco a una reflexión sobre la tragedia que supone el pecado en la existencia humana. No contribuye

mucho —como tampoco los pasajes que hemos leído de Génesis y 1 Samuel— para explicarnos el porqué del pecado. Lo que hace es constatar que la realidad humana tiene que adaptarse a dos cosas: Por una parte, las advertencias de Dios sobre las consecuencias negativas de nuestro desacato parecen destinadas siempre a caer en oídos sordos y en cada generación repetimos el más fundamental de todos los errores. Por otra parte, las consecuencias de nuestra independencia de criterios con relación a Dios son inimaginablemente trágicas. El horror parece desproporcionado. El sufrimiento humano —personal, social e incluso ecológico— es siempre inmensamente mayor que lo que habíamos supuesto al elegir ese camino.

> *El cuadro del pecado que nos pinta la Biblia no es que los seres humanos tengamos una predisposición genética a desobedecer a Dios, como que, trágica e inexplicablemente, siempre acabamos cometiendo los mismos errores.*

La frase «pecado original» no es una frase bíblica y en muchos sentidos no es especialmente útil. El cuadro del pecado que nos pinta la Biblia no es tanto de que los seres humanos tengamos inscrito en nuestro ADN, en nuestro material genético, una predisposición a desobedecer a Dios, como de que, trágica e inexplicablemente, el ser humano por su falta de sabiduría y humildad, siempre acaba cometiendo los mismos errores. Decir que algo es inevitable, de alguna manera nos eximiría de la responsabilidad. Mucho más trágico es querer pensar que cada generación podría escoger ser la primera en obedecer incondicionalmente a Dios... pero acaba escogiendo y prefiriendo traicionar las esperanzas de su Creador y acaba probando el trago amargo de las consecuencias.

Quisiera explorar ahora, en el resto de esta sección, un tema que apareció ya en Gn 2,4-4,26 y que vuelve a aparecer aquí en Lamentaciones:

La feminización de la humanidad caída

Hoy día nos cuesta saber qué hacer con la violencia de género implícita en algunos capítulos de los textos bíblicos, violencia verbal que sus propios autores probablemente no pusieron intencionadamente y de la que no eran cabalmente conscientes. La ciudad cuyas murallas han sido tan violentamente «penetradas» por el ejército invasor sugiere a la mente del autor de Lamentaciones la idea de una mujer violada. Concebida la virginidad femenina como un valor absoluto, cuya pérdida a destiempo supone una mancha imborrable en el honor de la mujer y de toda su parentela —a la vez que motivo de jactancia del varón que ha sabido abusar de la debilidad femenina— la penetración de Jerusalén se entiende como una trágica feminización de toda su población, incluso sus varones y guerreros; mientras que el ejército invasor victorioso se entiende gloriosamente viril. Las armas honrosas son todas símbolos fálicos: la espada, la lanza y la flecha; como también puede ser honrosa la casta muralla inviolada de la ciudad, protectora como el útero materno. Pero la muralla penetrada, así como los cepos, trampas y pozos ciegos en que se puede caer, son armas de simbología femenina —no viriles— y por ello motivo de deshonra y vergüenza, señalando la debilidad, perfidia y poca fiabilidad de la feminidad.

Concebida la virilidad, entonces, como virtud, como honra, honor y gloria de la humanidad; y la feminidad como corrupción, como deshonra y vergüenza de la humanidad, hallamos que en la mentalidad de aquella era, la masculinidad y feminidad eran cualidades morales más que biológicas. Un varón corrupto se concebía como afeminado, acumulando vicios femeninos como la infidelidad, la traición, la blandura, la sumisión y mansedumbre, la vulnerabilidad y penetrabilidad. Y la mujer virtuosa se concebía como varonil, es decir honrada, de castidad impenetrable, fiel, dura, incisiva e invulnerable. Es así como, por ejemplo y bastantes siglos después de Lamentaciones, el apóstol Pablo puede instruir a todos los miembros de la iglesia de Corinto —varones y también mujeres— «sed varoniles» (1 Cor 16,13. No es que recomienda que sean «marimachos» sino que sean virtuosas. Y en el siglo II de nuestra era, en el evangelio apócrifo de Tomás, Jesús dice que en el Reino de los Cielos, María será

«varón» —hay que suponer que en el sentido moral, como colmo de virtud.

Estas ideas —hoy escandalosas e inaceptables— fueron de uso corriente durante un muy extenso período de la historia humana y no debe extrañarnos descubrir que son parte del vocabulario y la imaginación del autor de estos tres poemas de Lamentaciones. Los autores bíblicos fueron inspirados por el Espíritu Santo en cuanto a los contenidos que comunicaron… pero tuvieron que escribir en el idioma de su lugar y época y echando mano de los conceptos y formas de expresarse —y también los prejuicios— propios de su lugar y época. No escribieron para nosotros sino para sus contemporáneos; aunque gracias a la conservación de estos escritos antiquísimos, hoy nos pueden servir de guía también a nosotros.

Puesto que el vicio, la corrupción y especialmente la duplicidad e infidelidad se entendían como defectos femeninos, Jerusalén ya viene feminizada en estos capítulos de Lamentaciones desde mucho antes que la penetración de sus murallas. El pecado de Jerusalén se concibe casi exclusivamente en términos femeninos. El pecado de Jerusalén se describe —aquí y extensamente en los profetas de Israel— en términos de infidelidad sexual femenina. El pecado de Jerusalén consiste en violar el derecho de exclusividad sexual debido a su esposo, indicando así la incomodidad, el temor y la inseguridad que inspiraban la lujuria y agresividad sexual femenina. La conducta de Jerusalén ha sido «desvergonzada» y por tanto su «vergüenza» ahora esta siendo exhibida públicamente, para reproche y escarnio de todo el mundo.

En la descripción del desastre casi parece que no hubiera varones en la ciudad. La atención se fija reiterada y obsesivamente en la cruel violencia sufrida por las vírgenes de la ciudad y en la contradicción de la naturaleza que supone el que las madres degollen, cuezan y se coman a sus hijos. Todo en la ciudad es femenino: el pecado y también el castigo y las formas en particular que toma el castigo. Desde luego, en la ciudad también tuvo que haber hombres. Pero todos ellos han sido deshonrados y por eso feminizados. Desaparece su virilidad y la población entera padece ahora sufrimiento mujeril. Tenemos incluso el tópico de la menstruación como colmo de asquerosidad, exhibida públicamente para generar el rechazo y aborrecimiento más absoluto de parte de todo aquel que contempla la ciudad perdida. Perdida moralmente y luego también militarmente. Desde el punto de vista de los varones que compusieron estas poesías y que las leyeron y conservaron como palabras divinamente inspiradas, ninguna otra

imagen verbal podía comunicar tan vivamente la crudeza de la deshonra y el abatimiento de la caída de Jerusalén, como la idea de la feminización de toda su población.

Todo en la ciudad es femenino: el pecado y también el castigo y las formas en particular que toma el castigo. Desde luego, en la ciudad también tuvo que haber hombres. Pero todos ellos han sido feminizados.

A la par, aquí como en algunos de los oráculos de castigo y destrucción en los libros proféticos, el Señor es el esposo justo, traicionado por la perfidia femenina. La castiga en un arrebato perfectamente comprensible de celos y de necesidad de vengarse y borrar con sangre la infamia de la deshonra que supone para él la conducta de ella. ¿Quién osaría cuestionar que el esposo legítimo de Jerusalén reaccionase con una violencia tan exagerada? Lo que hasta hace poco los medios de comunicación describían como «crímenes pasionales» —perfectamente comprensibles y con muy poco castigo en los tribunales— pero que ahora conocemos como «violencia (inaceptable) de género», eso es exactamente lo que nos retrata este cuadro del castigo de Jerusalén.

Y si ya no nos satisface o incluso nos ofende esta manera de ver las cosas, seguimos teniendo que encontrar analogías o comparaciones o explicaciones para comprender por qué el sufrimiento humano parece tan exagerado cuando la ofensa de olvidarse de Dios parecería ser tan trivial. Sinceramente, una vez abolida la justificación de los crímenes pasionales, yo no sé si es que nos quedan otras comparaciones, otras maneras de explicarnos por qué la vida tiene que ser tan cruel con tantos millones de personas relativamente «inocentes». Las víctimas civiles —habitualmente mujeres y niñas— de las guerras de nuestra generación en todo el mundo, las víctimas del hambre, de las epidemias y de la falta de agua potable en grandes extensiones de nuestro planeta.

De alguna manera tenemos que poder recuperar la idea de que nuestro pecado humano es en sí un horror infinito —por muy ligero e inconsecuente que nos parezca.

De alguna manera tenemos que poder recuperar la idea de que nuestro pecado humano es en sí un horror infinito —por ligero e inconsecuente que nos parezca ser— y que la aparente desproporción del sufrimiento humano guarda relación directa con el horror infinito de nuestro pecado.

Habrá que pensar, reflexionar… seguramente orar sobre este tema… intentando descubrir cómo proceder hoy día a describir la maldad infinita del pecado humano de tal suerte que el sufrimiento humano no parezca una desproporción cruel y exagerada. Entendiendo —como es necesario entender— que la justificación del castigo por comparación con el crimen pasional del marido engañado ya no es aceptable, ¿qué comparación sí lo sería?

TEMA 4. APOCALIPSIS 17,1-19,4

Después de nuestro tema anterior, supongo que leerás estos dos capítulos y pico de Apocalipsis con una nueva sensibilidad a la cuestión de la feminización del pecado y del castigo del pecado, que es muy evidente aquí también.

Sin embargo nuestro propósito no es quedarnos allí sino avanzar en aspectos nuevos de la cuestión del pecado y el castigo, la «caída» de la humanidad —y de las sociedades humanas— y todo lo que ello conlleva de sufrimiento humano.

> *Entonces se me acercó uno de los siete emisarios (uno de los que guardan los siete jarrones) para hablar conmigo. Dijo:*
>
> *—Acompáñame, que te voy a mostrar el castigo de la grandísima puta que está sentada sobre muchas aguas. Con ella han fornicado los*

señores de toda la tierra y del vino de su lujuria se han emborrachado los habitantes de toda la tierra.

Dicho lo cual, me arrebató un viento y me dejó caer en un lugar desolado. Entonces vi una mujer sentada sobre un monstruo escarlata repleto de nombres insultantes, que tenía siete cabezas y diez cuernos. La mujer estaba ataviada de púrpura y escarlata y engalanada con oro y piedras preciosas y perlas. En una mano tenía una copa de oro llena de monstruosidades y la inmundicia de sus actos lujuriosos; y sobre la frente llevaba grabado un nombre que encierra una adivinanza: «Babilonia la Grande» —colmo de putas y madre de las monstruosidades de la tierra. Y vi que la mujer se emborrachaba de la sangre de los elegidos y de la sangre de los que atestiguan de Jesús.

Como me quedé atónito al ver tamaño disparate, me dijo el emisario:

—¿Por qué te pones así? Te mostraré el sentido de la adivinanza y la del monstruo sobre el que está sentada (con sus siete cabezas y diez cuernos). Ese monstruo que viste, existió y ahora no existe. Pero va a resurgir desde el Abismo y lleva a la destrucción. Y se quedarán atónitos todos los que viven en la tierra —al menos, todos los que no tengan inscritos sus nombres en la Libreta de la Vida desde antes de que se estableciera el mundo — al ver al monstruo que existió y ahora no existe pero que volverá. Esto sólo lo capta el que sea sabio: Las siete cabezas son siete colinas sobre las que está edificada la mujer. También son siete emperadores. Cinco de ellos ya han pasado, uno de ellos gobierna ahora y el último todavía no ha llegado y cuando llegue, habrá que aguantarlo un poco de tiempo. Y el monstruo que existió y ahora no existe, éste viene a ser también un octavo emperador. Descenderá de aquellos siete y lleva a la destrucción. Y los diez cuernos que viste son diez señores que todavía no han recibido el imperio, pero le llegará a cada cual su hora para ejercer con el monstruo. Los diez tienen un mismo plan: entregar su poder y su autoridad al monstruo. Estos son los señores de la guerra y el Cordero los derrotará. Porque él es señor de señores y emperador de emperadores. Y los que están con él son los escogidos y llamados y fieles.

Entonces me dice:

—Las muchas aguas que viste, sobre las que está sentada la puta, son pueblos y gentes y nacionalidades e idiomas. Y los diez cuernos que viste y el monstruo de ellos se rebelarán contra la puta y la asolarán y la despojarán totalmente y se comerán su carne y la incendiarán. Porque Dios ha dispuesto sus corazones para que tengan un mismo plan, a

saber, entregarle cada cual su señorío al monstruo hasta que se cumplan las palabras de Dios. Y la mujer que viste es la ciudad grande que tiene imperio sobre todos los reinos de la tierra.

Entonces vi otro de los emisarios, que descendía del cielo. Tenía una autoridad enorme y la tierra se iluminó con su resplandor. Éste grito con voz potente:

—¡Cayó, cayó Babilonia la Grande
y ha quedado reducida a guarida de demonios
y jaula de toda emanación inmunda
y jaula de toda ave inmunda
y jaula de toda bestia inmunda y odiosa.
Porque bebieron todas las nacionalidades el vino de sus ganas de fornicar
y los señores de la tierra fornicaron con ella
y los comerciantes de la tierra se lucraron cuando ella
se consumía en ansias de lujo.

Y escuché otra voz que decía desde el cielo:

—¡Pueblo mío! Salid de ella
no sea que participéis de sus errores,
no sea que recibáis también sus castigos.
Porque sus errores hasta ensucian el cielo
y Dios tiene muy presente lo que ella hace.
Dadle lo que ella ha dado,
el doble según cada una de sus obras.
En el mismo vaso que os obligó a beber,
que beba ahora ella el doble.
Así como se las prometía felices sin faltarle nada,
así mismo dadle tormentos y desgracias.
Porque en su mente ella pensaba:
«Estoy bien asentada como reina.
No soy viuda ni conoceré la desgracia».
Por ello en un solo día será presa de sus castigos,
muerte y desgracia y hambre.
Y arderá en el fuego,
porque el Señor Dios poderoso es el que la juzga.

Y los señores de la tierra, los que fornican con ella y se las prometen felices, llorarán y se golpearán el pecho por ella, cuando vean el humo de su incendio. Se quedarán viéndolo desde lejos (por miedo a sus tormentos) y dirán:

—¡Ay, ay, gran ciudad,
Babilonia, ciudad fuerte,
porque en una sola hora te alcanzó tu juicio!

Y los comerciantes de la tierra están llorando y lamentándose por ella, porque nadie les compra el género. El género de oro y plata y piedras preciosas y perlas y lino fino y púrpura y seda y escarlata. Y toda clase de madera aromática y toda clase de objeto de marfil y de madera valiosísima, de cobre, hierro y mármol. Y canela y especias de la India y perfume y resina aromática e incienso. Y vino y aceite y harina y trigo. Y ganado vacuno y ovino. Y caballos y carruajes. Y cuerpos y almas de esclavos.

Y el fruto de las ansias de tu vida
se te ha esfumado,
toda opulencia y esplendidez
se te ha desvanecido
y ya nunca las encontrarán.

Estos mismos comerciantes que se lucraban de ella se quedarán viéndolo desde lejos (por miedo a sus tormentos), llorando y lamentándose y diciendo:

—¡Ay, ay, gran ciudad,
ataviada de lino fino
y púrpura y escarlata
y engalanada de oro
y piedras preciosas y perlas!
¡Que en una sola hora se haya echado a perder tamaña riqueza!

Y los capitanes y todo el que navega y los marineros y los que trabajan en alta mar, se quedaron viendo desde lejos el humo de su incendio y exclamaron: «¿Acaso existe algo que se pueda comparar a la gran ciudad?» y se echaban tierra sobre la cabeza y gritaban, llorando y lamentándose. Decían:

—¡Ay, ay, gran ciudad,
donde todo el que tenía un barco en la mar
se hacía rico con los precios que pagaba!
¡Que en una sola hora haya sido abatida!
—¡Alégrate con esto, cielo!
¡Y también vosotros, los santos y apóstoles y profetas,
porque ha juzgado Dios vuestra causa contra ella!

Y levantó un emisario fuerte una piedra como de molino grande, y la arrojó a la mar diciendo:

—Así de violentamente será derribada
Babilonia, la gran ciudad,
de tal suerte que nunca más se encuentre.
Y el sonido de arpistas y músicos,
de flautistas y trompetistas,
ya nunca más se oirá en ti.
Y los artesanos de todas las artes
ya nunca más se hallarán en ti,
ni se oirá el ruido del molino en ti,
ni alumbrará más en ti la antorcha.
Tampoco se oirán en ti
las voces del novio y la novia.
Porque tus comerciantes eran los más importantes de la tierra,
porque por tus hechizos encantaste a todas las nacionalidades
y en ti se derramó la sangre de los profetas y de los santos
y de todos los asesinados de la tierra.

Al cabo de estas cosas oí el estruendo de un gran pueblo en los cielos, que declaraban:

—¡Aleluya!
La salvación y el resplandor y el poder son de nuestro Dios,
por cuanto sus juicios son verdaderos y justos,
por cuanto ha juzgado a la gran puta
que arruinó la tierra con sus actos de lujuria,
y por cuanto vengó la sangre de sus siervos
que ella mató.

Y exclamaron por segunda vez:

—¡Aleluya, y que el humo de ella suba por las edades de las edades!

Y los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes se postraron y adoraron a Dios y al que está sentado en el trono, diciendo:

—¡Amén, aleluya!

A continuación, como suplemento adicional a tus propias conclusiones a que te ha ido conduciendo esta lectura en el Apocalipsis, apunto algunas observaciones mías:

- Como en relación con el libro de Apocalipsis se han popularizado tantas interpretaciones estrafalarias y fantasiosas, lo primero que hay que decir en cuanto a «Babilonia», «la gran ramera» de estos capítulos, es que cualquier lector de este escrito en el siglo I d.C. entendía perfectamente que se trataba de Roma. Más concretamente, el Imperio Romano: un sistema político, económico,

social y militar de dominación física, psicológica y espiritual de millones de personas. Posteriormente en la historia del cristianismo, cuando el poder hegemónico del Imperio Romano menguó y fue reemplazado por otras potencias en Europa, Asia y África, se reinterpretó esta escena para darle actualidad frente a otros peligros que se creía que amenazaban la fe cristiana.

Y así hasta hoy.

En los cuadros de caída que estamos viendo, es inevitable observar la existencia de una dimensión colectiva de la cuestión del pecado y también del castigo divino; es decir, del sufrimiento humano que es consecuencia de esas conductas.

Pero de lo que no puede caber la más mínima duda es que Juan, al escribir estas líneas en la Isla de Patmos —y todos sus lectores destinatarios en las iglesias de siete ciudades en Asia Menor— entendían perfectamente que aquí se está hablando de Roma. De la misma Roma que la propaganda oficial pintaba como la gran pacificadora del mundo, la gran patrocinadora de la civilización y la cultura y el comercio y las artes. La Roma «eterna», como ya hemos visto que entienden serlo todos los imperios. Esa Roma inevitable en la opinión de todo el mundo, necesaria como única alternativa posible y viable frente al peligro del caos, las guerras, los alzamientos subversivos y cualquiera alteración de la convivencia pacífica, tranquila y civilizada.

Sólo entendiendo esto podemos entender el radicalismo revolucionario que supone describir en estos términos tan subversivos a Roma como «la gran puta» (con perdón —pero esa es exactamente la expresión que emplea el ángel en Ap 17,1), cuya caída no sólo es inminente, sino que será celebrada con aleluyas por los

justos de la tierra. Lo que aparentemente está en juego, una vez más, es el fin de la civilización y el orden —y el triunfo del caos que el Imperio pinta como tan terrible e imposible de contemplar. Lo único, que el Apocalipsis no entiende que la caída del Imperio conlleve caos sino todo lo contrario: el triunfo final de un orden infinitamente superior, un orden sometido a Dios (aunque en la propaganda oficial son precisamente los dioses quienes promueven y garantizan el orden imperial).

Son leyes que nadie parece haber legislado racionalmente y que a todos, ricos y pobres, nos tienen atrapados en un cepo del que es imposible escapar.

- El pecado, la caída, es siempre personal. Cada persona, personalmente, escoge caminos contrarios a la voluntad de Dios, contrarios a lo que su conciencia le indica que sería coherente con un verdadero amor a Dios y al prójimo. Pero en los cuadros de caída que estamos viendo, es inevitable observar la existencia de una dimensión colectiva de la cuestión del pecado y también del castigo divino, es decir, del sufrimiento humano que es consecuencia de esas conductas.

  Si Israel yerra el camino y decide poner otro rey distinto que Dios; si Jerusalén traiciona la fidelidad a su esposo divino; y aquí en Apocalipsis si Roma, el Imperio Romano, resulta una civilización opresiva, perversa y corrupta, estamos hablando de más que decisiones personales de individuos aislados. Probablemente estamos hablando de más que el cúmulo o la suma de las decisiones personales de todos esos individuos. La personalización de comunidades humanas enteras como seres con vida propia, con capacidad de decisión, de corrupción y maldad y rebeldía contra Dios más allá de las decisiones del individuo, resulta profundamente cierta, hondamente coherente con la realidad que observamos en la existencia humana.

En nuestro mundo presente, con el imperio de turno —que parecería ser el de un capitalismo mundializado, cuyas normas inflexibles son la «ley» del mercado, la «ley» de oferta y demanda de bienes y de mano de obra, un darwinismo económico donde sobreviven y prosperan los más aptos, los más fuertes y competitivos— en nuestro mundo e imperio presente, decíamos, nadie ha decidido, nadie ha deseado jamás, que cientos de millones de personas padezcan el hambre, las guerras fratricidas y la falta de agua potable.

Ni siquiera el cúmulo de decisiones personales explica la injusticia y el desequilibrio mundial de recursos y bienes que padece la humanidad. En todo el mundo, cada cual compra aquello que le ofrezca mejor relación de calidad y precio porque a muy pocos les sobran recursos como para comprar con otros criterios. Las personas nos descubrimos convertidas en consumidores sin habérnoslo planteado y sin que nos lo consultaran; y a nadie se le ocurre cómo zafarse de esa condición de consumidores en el mercado capitalista mundializado. Los que compramos las zapatillas más baratas y la fruta transportada desde cientos o miles de kilómetros de distancia o un coche de una de la media docena de fabricantes multinacionales, somos «gente de bien», somos personas que no le deseamos mal a nadie. Si nos enteramos que en la fabricación de una prenda de vestir han trabajado niños o esclavos en algún rincón de Asia, preferimos comprar otra prenda (de la que ignoramos su procedencia).

Los propios capitalistas de las multinacionales no le desean mal a nadie (salvo a «la competencia», pero no en un sentido personal, sino como una sana ambición de superación en el mercado). Cuando se resisten a subir los salarios y cuando deciden cerrar una fábrica y trasladar la producción a un país donde el jornal se paga en monedas, no lo hacen por maldad sino presionados por la competencia, que también está obligada a reducir costos al máximo.

Desde luego, hay personas a todos los niveles cuyas motivaciones son perversamente malignas y criminales, que se deleitan en hacer mal. Pero tales personas son siempre la excepción, no la norma.

Hay algo aquí, entonces —en el imperio de nuestro propio día— que pareciera tener vida propia. Tal vez sean «leyes» imparciales de la vida económica en un sistema capitalista, pero son leyes que no necesariamente gusten a nadie, ni nadie haya querido que existieran. Son leyes que nadie parece haber legislado racionalmente y que a

todos, ricos y pobres, nos tienen atrapados en un cepo del que es imposible escapar.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí cuando el Creador declaró «bueno» o incluso «muy bueno» todo lo que creó? ¿Quién maneja los hilos de nuestra existencia para atraparnos en un mundo tan ruin, tan viciado y corrupto, tan injusto, que genera tantísima pobreza material y sufrimiento humano en dos tercios del mundo, a la vez que tantísima alienación y soledad existencial en el tercio más próspero del mundo? Nuestros capítulos de Apocalipsis hablan de «Babilonia» y de «la gran ramera» como entidad personal sobrehumana, pecadora, perversa y malvada, que manipula y tuerce y contamina la existencia de todos. En el capítulo 13, el autor expresaba la misma idea describiendo a Roma como una bestia infernal, por lo inhumano y bestial del orden en que se ven obligados a vivir sus súbditos.

Si la Roma del Apocalipsis es una «gran ramera», Jerusalén —ya lo hemos visto— antes había sido una «esposa infiel»… describiendo realidades parecidas de opresión y violencia y, especialmente, toda una nación o toda una civilización —en fin, toda una humanidad— vividas a espaldas de la voluntad benigna del Creador.

- Es así como entendemos que hay una relación directa entre el pecado y el castigo, entre la «caída» como descripción de nuestro alejamiento de la voluntad de Dios y la «caída» como descripción del desastre y la muerte que vivimos la humanidad como consecuencia. Ambas «caídas» son una misma realidad negativa que sufre la humanidad entera.

  Pero esa relación no siempre es exacta ni sigue siempre, en cada vida, un efecto claro de causa y efecto en la dirección única de desobediencia (causa) y castigo (efecto).

  La existencia y actividad de la civilización humana como «esposa infiel» o «gran ramera» en relación con Dios, antecede a la vida de cada uno de nosotros en particular y permanece después de que se agoten cada una de nuestras breves vidas personales. Nacemos a una sociedad corrupta y somos víctima del «imperio» antes de que podamos tomar decisiones conscientes a favor o en contra de Dios, a favor o en contra del prójimo. Nuestras familias ya venían estando «caídas» desde generaciones antes de nuestro nacer. La sociedad que dio forma a nuestras maneras de pensar y explicarnos la vida, ya había «caído» desde que evolucionó a su configuración actual a partir de otras sociedades y civilizaciones también corruptas y «caídas». Las conductas y actitudes que asumimos, aprendiéndolas como por

osmosis, por la porosidad de nuestra interacción con nuestros mayores, nos han dado la forma moral que tenemos y se transformaron —no sabemos bien cómo— en nuestras conductas, actitudes, prejuicios y convicciones personales también.

Ni el niño nacido a la esclavitud en Roma ni los millones nacidos hoy día en países marginados por la economía globalizada y destinados a morir de inanición o enfermedad siendo aún niños, cometieron pecados tan abominables como para justificar sus cortas vidas llenas de sufrimiento.

Ni el hijo de una familia senatorial romana de la antigüedad ni el niño nacido en los países prósperos de hoy día, escogieron una vida de privilegio. Bien es cierto que todos, en algún momento hemos tenido que prestar nuestro consentimiento al privilegio. Pero la propaganda del «imperio» insiste machaconamente que ninguna decisión personal o individual puede cambiar las cosas, que el mundo «es así» y que cualquiera que renuncia al privilegio sólo puede tener, a lo sumo, un efecto anecdótico y pasajero. ¿Realmente es tan enorme, abominable e incomprensible, entonces, su culpa cuando se deja arrastrar por el privilegio heredado?

Ni el niño nacido a la esclavitud en Roma ni los millones nacidos hoy día en países marginados por la economía globalizada y destinados a morir de inanición o enfermedad siendo aún niños, cometieron pecados tan abominables como para justificar sus cortas vidas llenas de sufrimiento.

Unos parecen heredar el pecado y otros el castigo, porque estamos todos vinculados en la unidad inseparable de una misma

humanidad caída en el pecado y en el castigo del pecado, donde el propio pecado es a la vez el castigo, donde ambas cosas son más grandes y más fuertes y más permanentes que ninguno de nosotros en particular.

Quizá la esencia más condenable de todo lo que dice Apocalipsis sobre «la gran ramera», es el último elemento de la extensa lista de los bienes con que trafica, Ap 18,11-13. Aquí se compran y venden «almas de seres humanos».

- Sin embargo, la descripción de la civilización humana perdida en el pecado que tenemos aquí en Ap 17,1-19,4, no resulta pesimista sino optimista. Hay un tercer sentido para el concepto de «caída», un sentido que exploraremos mucho más plenamente en la Lección 5. «¡Cayó, cayó Babilonia! ¡Aleluya!» De hecho, como sin duda ya habías notado, este aspecto de la cuestión —y la celebración regocijada de los justos ante el hecho de la caída— es donde recae el énfasis de estos capítulos.

  Si la Biblia nos plantea con cruda dureza la realidad de la humanidad «caída», no es para enseñarnos una resignación carente de esperanza, ni para que asumamos el fatalismo divertido de «comamos y bebamos, que mañana moriremos».

- En general, pareciera inevitable al corazón humano admirar la grandeza de las civilizaciones del pasado. Las ruinas monumentales, pirámides, templos, vías de comunicación y la literatura de aquellas civilizaciones —aunque sabemos que en ellas fueron terribles la esclavitud, la violencia de género, las guerras y el expolio de la naturaleza— nos parecen auténticamente «grandes». Quizá no con la grandeza absoluta y desde luego sin la permanencia eterna que sus creadores imaginaron, pero dignas a pesar de todo, de cierta admiración. Nuestra propia civilización también toca cumbres en el arte, la arquitectura, la tecnología, las comunicaciones, incluso en el altruismo y la generosidad ante las catástrofes. Esto es algo digno de meditar. ¿Cómo hemos de compaginar estas dos realidades? Las culturas y civilizaciones humanas son todas «caídas» y terribles… y a la vez maravillosas, creativas, sublimes y «grandes». ¿Tiene esto alguna explicación?

TEMA 5. ROMANOS 1,16-2,29

Son tantas y tan profundas las reflexiones teológicas que se han hecho en dos mil años en torno a estos párrafos del apóstol Pablo, que resulta difícil saber por dónde empezar y qué elementos destacar. Para empezar —y para que cada cual se aclare en primer lugar sus propias ideas— empecemos ahora por leer una vez más Romanos 1,16-2,29:

> *No me avergüenzo de la Buena Noticia, puesto que es el poder de Dios para salvación de todo el que la reciba, en primer lugar para el judío pero también para el griego. Porque en ella se pone de manifiesto la justicia de Dios que surge de la fe y desemboca en fidelidad, como pone: «Pero el que es justo vivirá gracias a la fidelidad».*
>
> *Porque la Buena Noticia hace visible el enfado de Dios desde el cielo contra toda irreverencia e injusticia de las personas que por sus desmanes frenan la verdad. Porque lo que se sabe de Dios es obvio, por cuanto Dios lo ha hecho visible. Desde la creación del universo, gracias a lo que ha hecho, los seres inteligentes pueden adivinar hasta los aspectos invisibles de Dios —lo imposible de representar en cuanto a su poder y deidad— de tal suerte que no tienen excusa. Porque sabiendo de Dios no lo veneraron como Dios ni le agradecieron sino que siguieron razonamientos insensatos hasta enturbiar y entorpecer sus mentes. Alegando ser sabios, disparataron. Cambiaron el resplandor del Dios incorruptible por efigies corruptas que se parecían al ser humano y a aves, cuadrúpedos y reptiles.*
>
> *Por eso Dios los abandonó a sus ansias de razonar hasta desembocar en la depravación de deshonrar sus propios cuerpos entre ellos. Canjearon la verdad de Dios por la mentira y encumbraron y adoraron lo creado por encima del Creador —bendito sea Él por siempre, amén. Por eso Dios los abandonó a apasionamientos degradantes y sus mujeres adoptaron conductas antinaturales en lugar de las naturales. Asimismo, los varones abandonaron la conducta natural con la mujer en sus apetitos y ardieron en desmanes entre ellos haciendo cosas vergonzosas, varones entre varones, recibiendo a cambio la paga engañosa correspondiente. Y como no les pareció bien mantenerse en el conocimiento de Dios, Dios los abandonó a una mentalidad estúpida, para que hicieran cosas irracionales. Están llenos de toda injusticia, malicia, avaricia y maldad. Están repletos de malevolencia, homicidio, rivalidad, trampas, malhumor y murmuración. Son malhablados, sacrílegos, insolentes, vanidosos, fanfarrones, suspicaces, desobedientes de sus progenitores, torpes, no de fiar, crueles e*

incapaces de sentir compasión. Conociendo las sentencias divinas de que quienes actúan así son reos de muerte, sin embargo no sólo las hacen sino que también espolean a otros para que las hagan.

Por esta causa no tienes excusa, quienquiera que seas tú que juzgas. Por el propio hecho de condenar al otro te condenas a ti mismo, puesto que tú haces lo mismo que condenas. Sabemos que el juicio de Dios se ajusta a la verdad, contra los que hacen estas cosas. ¿Acaso piensas, quienquiera que seas que condena al que hace estas cosas mientras que haces tú lo mismo, que te librarás del juicio de Dios? ¿Te fías de la superabundancia de su gracia y paciencia y condescendencia, ignorando que la benevolencia de Dios te conduce al arrepentimiento? Por tu terquedad y razonamiento impenitente estás acumulando furia contra ti en el día de la furia y manifestación del justo juicio de Dios, que devolverá a cada cual conforme a sus obras. Por una parte, a los que perseverando en buenas obras procuran alcanzar resplandor y honra e integridad —la vida eterna. Por otra parte, a los que por rivalidad no hacen caso a la verdad sino que promueven, al contrario, la injusticia —furor y furia. Desconsuelo y apuros contra todo ser humano que se ocupa activamente en hacer el mal (el judío en primera instancia y también el griego). Resplandor y honra y paz a todo el que se ocupa activamente en hacer el bien (tanto el judío como el griego). Porque ante Dios no se sostiene ningún favoritismo.

Los que se extraviaron a falta de ley, sin ley perecerán. Y los que se extraviaron siguiendo la ley, por la ley serán condenados. Porque no son justos ante Dios los que oyen la ley. Al contrario, serán declarados justos los que hacen lo que la ley manda. Por consiguiente, cuando en cada país que no tiene la ley hay personas que se comportan como manda la ley, ellos, a falta de la ley, vienen a constituir la ley. Porque demuestran la obra de la ley que está escrita en sus mentes, que da testimonio de la conciencia que distingue entre una cosa y la otra, denunciando los razonamientos o bien aprobándolos.

Según mi Buena Noticia, por medio de Cristo Jesús Dios juzgará en un día las cosas ocultas de los hombres.

Tú que te denominas judío y te apoyas en la ley y te ufanas en Dios y sabes la voluntad y apruebas las distinciones porque estás bien instruido en la ley. Te sientes muy confiado de poder hacer de guía para los que están ciegos, una luz para los que viven a oscuras. ¡Maestro de insensatos, profesor de ignorantes! ¡Tienes la cáscara del conocimiento y de la verdad en la ley! Tú que instruyes a los demás, ¿no te instruyes a ti mismo? Tú que predicas que no hay que robar, ¿robas? Tú que dices

que no hay que practicar inmoralidades sexuales, ¿las practicas? Tú que sientes repugnancia de ídolos, ¿te haces rico por cuenta de los templos? Tú que te ufanas en la ley, ¿deshonras la ley de Dios con tus infracciones? Como pone: «El nombre de Dios tiene mala fama entre las naciones por culpa vuestra».

Porque aunque la circuncisión ayudaría el que viviera conforme a la ley, si infringes la ley tu circuncisión no te ha valido para nada. Por consiguiente, a la persona cuyos actos son justos, ¿acaso se le tendría en cuenta el no estar circuncidado? Y el que en realidad no está circuncidado pero cumple la ley, te juzgará al que estás literalmente circuncidado pero infringes la ley. Porque no es judío todo el que lo parece ni es circuncisión todo lo que aparenta serlo. Al contrario, el que es judío lo es en lo íntimo y tiene circuncidada la mente —en sus actitudes— que no literalmente. Quien es así recibe la aprobación de Dios aunque no la reciba de sus semejantes.

En estos párrafos Pablo no hace más que sentar bases para otras cosas mucho más importantes que quiere decir más adelante en esta carta a los hermanos de Roma, explicando su manera de entender el evangelio de Jesucristo. Su manera de empezar aquí su argumentación —poniendo en pie de igualdad la necesidad de gentiles y judíos de una vía superior para alcanzar vivir una vida justa delante de Dios— ya nos lleva a intuir que la solución tendrá que ser una que permita a judíos y gentiles vivir en una misma comunión, derribando la barrera de separación entre ellos. Es porque quiere llegar ahí que empieza así en estos capítulos. La única manera de que los judíos y gentiles puedan alcanzar una convivencia satisfactoria, de plena comunión en Cristo, es que las bases de la relación de ambos con Dios sean las mismas.

- ♦ Para ello Pablo tiene que vencer aquí los prejuicios contra los gentiles, que sentían los judíos piadosos. Ellos sabían valorar —como es justo que valoraran— la superioridad del monoteísmo bíblico y la superioridad moral de las conductas exigidas por la ley de Moisés. Pablo afronta entonces, en el capítulo 2, la difícil tarea de persuadirles de que a pesar de todo, su confianza en su superioridad es una confianza vana. En realidad, el capítulo 2 no hace más que exponer su argumentación inicial al respecto, puesto que de una manera u otra la totalidad de esta epístola continúa la argumentación, aunque quizá nunca con un tono tan agresivo como en estos renglones iniciales.

  Desde luego es una ironía y un despropósito absoluto que a la postre, los cristianos gentiles empleemos estos argumentos para

defender que somos nosotros los superiores y los judíos los inferiores. Si hay una actitud que podemos tener la más entera confianza que Pablo jamás en la vida albergó —que era imposible que jamás se le pasase por la cabeza— es la del antisemitismo, el antijudaísmo o el antifariseísmo. En otros pasajes del Nuevo Testamento vemos que hasta el final de sus días Pablo se sintió orgulloso de su identidad como judío de la tribu de Benjamín, hondamente piadoso y observante de la ley de Moisés. También presumió de su formación en la escuela de los fariseos, cuyas tradiciones nunca pensó haber abandonado: en particular, con respecto a su doctrina acerca de la resurrección. Atribuir antisemitismo a Pablo, entonces, es un disparate. Y cualquiera interpretación de sus escritos que nos llevase a albergar sentimientos antisemitas, es una interpretación disparatada.

La actitud de superioridad espiritual o moral con respecto al prójimo es la quintaesencia de la problemática humana denunciada en estos versículos.

Si hemos seguido de cerca la argumentación de nuestra lectura de hoy, entonces, descubrimos que cualquier intento de inclinar en beneficio propio la balanza moral con que todos somos juzgados como igualmente pecadores ante Dios, nos pone ipso facto bajo condenación. Si es verdad que nuestra doctrina es superior, si es verdad que la iluminación divina que hemos recibido es más completa, que nuestras normas morales son más puras, tanto más condenable es, precisamente, el que alberguemos una actitud de superioridad con respecto al prójimo. Porque la actitud de superioridad espiritual o moral con respecto al prójimo es la quintaesencia de la problemática humana denunciada en estos versículos.

Quien lea estos versículos y piense para sus adentros: «¡Vaya hipócritas estos judíos! Mira que creerse superiores a los gentiles

cuando ellos hacen lo mismo», con ese mismo pensamiento de desprecio, ha caído en el defecto que acusa en ellos.

Paradójicamente, cuanto más justificable sea considerar superiores nuestra doctrina y conducta, tanto más mezquino resulta el que en efecto nos consideremos superiores, como si el mérito o los logros fueran de alguna manera nuestros propios —el fruto de nuestros propios esfuerzos— y no una gracia inmerecida, recibida inexplicablemente de Dios. El antisemitismo es, entonces, la primerísima evidencia de que quienes sostienen estas actitudes están bajo la misma condenación que los judíos. Y por el mismo rasero, si yo me considero superior a mi hermano o hermana que es antisemita, al emitir ese juicio comparativo caigo yo también bajo la misma condenación.

♦ La historia de interpretación de estos versículos no sólo ha servido para alimentar el prejuicio antisemita sino también para alimentar el prejuicio homofóbico. Desde luego, si hay una conducta que parece claro que es contraria a la voluntad del Creador en estos versículos, parecería ser la de las relaciones homosexuales. Dada la especial virulencia e intolerancia mutua del enfrentamiento sobre esta cuestión hoy día, sin embargo, quizá sea especialmente importante establecer exactamente cuál es el argumento de Pablo y cómo lo que dice sobre la homosexualidad y el lesbianismo encaja dentro de su argumentación.

La primera cosa que es menester recuperar, entonces, es lo dicho antes con respecto al antisemitismo. Lo que está queriendo establecer aquí Pablo no es un juicio moral contra la homosexualidad —donde los heterosexuales salen exonerados y libres de culpa— sino la imposibilidad de nadie juzgar a ningún otro ni despreciar la supuesta inferioridad moral de ningún otro, porque todos nos encontramos igualmente bajo la condenación de Dios. Aquel que presume de doctrina más correcta y conocimiento más perfecto de las conductas que agradan a Dios, cae —como ya hemos visto—en su propia trampa al juzgar al prójimo; y cae en condenación por sus propias actitudes de superioridad y desprecio.

Si Pablo menciona aquí la homosexualidad y el lesbianismo es por considerarlos el desenlace natural —casi se diría que inevitable— de la idolatría. Cuando la humanidad abandona la adoración de la gloria incorruptible de Dios para entregarse de cuerpo y alma a la gloria corruptible del ser humano, el amor desmedido a la humanidad carece de perspectivas y de límites y desemboca en resultados como

estos. La homosexualidad y el lesbianismo son, entonces, el ejemplo —el colmo, si se quiere— de preferir la gloria de lo creado a la gloria del Creador. Pero la propia esencia de este pecado no difiere moralmente de otras formas cualesquiera de idolatría.

Es porque la homosexualidad y el lesbianismo le vienen tan de perlas a Pablo para ilustrar la esencia de la locura del culto a seres creados y no al Creador, que se detiene unos instantes en este particular. En general, adorar a los hombres (entiéndase aquí el culto al emperador romano), así como adorar a aves, cuadrúpedos y reptiles, pone de manifiesto la oscuridad en que se hallan sumidos los corazones y la estupidez de sus razonamientos. Profesan ser sabios pero sus actos denuncian su insensatez. Hoy día habría que insistir que todos, tanto heterosexuales como homosexuales, ejemplificamos una cultura y una sociedad donde la gloria de Dios no interesa en absoluto y la belleza y sabiduría humanas son adoradas como lo único digno de alabar. La epidemia de anorexia y bulimia, la obsesión prácticamente universal por la belleza exterior, la adoración fanática en que son tenidos algunos deportistas y cantantes y actores y demás famosos, la explosión de pornografía en internet y de los adictos a verla, ponen a diario de manifiesto que nuestra sociedad también ha dado la espalda a la gloria de Dios y sólo puede pensar en la gloria de hombres y mujeres. Ésta es nuestra condición universal, de la que lo otro es un síntoma puntual.

- El listado de las conductas objetables en Ro 1,29-31 es, por un lado, un muestreo representativo y no una lista exhaustiva; y por otro lado, interesante en sus énfasis. Desde luego, no hay aquí nada que justifique la especial obsesión cristiana con pecados de tipo sexual. Hay que entender que tales pecados están todos incluidos en la lista bajo un único término, «fornicación», que tiene aquí un sentido técnico diferente del que popularmente se le atribuye. No es, entonces, sinónimo de «hacer el amor» sino que indica cualquier tipo de actividad expresamente sexual entre personas que no son legítimos esposos. Y bajo esa descripción, que la imaginación de cada cual supla las variantes que se le puedan ocurrir.

  Y sin embargo, el listado de Pablo no se detiene allí para hacer énfasis sino que discurre por otras muchas conductas de pecado en áreas totalmente diferentes.

  Si se puede discernir un área de especial importancia a la vista de la reiteración de diversos vocablos con que Pablo insiste en ello, llama la atención el elevado número de términos que describen la

falta de armonía y paz entre las personas. Empezando con la primera palabra del listado, *injusticia*, pasando por términos como *injuriosos* y *orgullosos* e *inventores de males* —y *homicidas*, desde luego— y culminando al fin con *faltos de misericordia.* De hecho, si hay una categoría de conductas dentro de la cual caben todas las conductas reprobadas en estos tres versículos —incluso los pecados sexuales— tiene que ser, precisamente, la realidad de que todas estas conductas destruyen la armonía y la paz entre las personas.

La epidemia de anorexia, la obsesión por la belleza exterior, la explosión de los adictos a la pornografía, ponen a diario de manifiesto que nuestra sociedad también ha dado la espalda a la gloria de Dios y sólo puede pensar en la gloria de hombres y mujeres.

Si este listado nos permitiese cargar las tintas contra algunos pecados más que otros, entonces, tendrían que ser aquellos como la intolerancia, los insultos, las habladurías, la cerrazón a oír los argumentos del prójimo, el rencor o la enemistad. Y desde luego la venganza, los crueldad física y psíquica… y la guerra. Lo cual no nos da jamás pie a poder justificar que nuestros pecados sean más leves que aquellos. En cuanto digo que «Fulano es peor pecador que yo, porque es envidioso y violento, mientras que yo solamente estoy enganchado a la pornografía en internet, con lo cual no le hago daño a nadie» —en cuanto hemos razonado así, estamos pillados por la lógica aplastante de Ro 1,16-2,29 donde, como ya hemos dicho y repetido, Pablo pretende hacernos entender que somos todos iguales en nuestra situación de condenación ante la justicia de Dios.

- Un tema adicional que hallamos en nuestra lectura de hoy, es la idea de que el pecado humano —del que somos cada uno en particular

igualmente culpables— es a la vez nuestra ofensa y nuestro castigo. En Ro 1,21-28, si bien es cierto que la humanidad hemos centrado más nuestra atención en la «gloria» humana, es decir nuestra belleza, nuestros logros, la grandeza de las hazañas conseguidas… este énfasis de por sí no parece que tuviera que desembocar en la degeneración y la perversidad. Si acabamos así, sin embargo, es porque Dios «nos entregó» a ello (dicho tres veces, en Ro 1,24, 26 y 28). Lo que nosotros concebíamos como la exaltación de la humanidad, Dios manifestó como nuestra bajeza e inmundicia. Lo hizo «entregándonos» a ello.

¿Cómo funciona este acto de Dios de «entregarnos» a las consecuencias más bajas y corruptas cuando lo que aspiramos es a llegar a las cumbres más elevadas de lo que supone ser humanos? ¿En qué sentido está ya incluida nuestra degradación en el abandono de Dios… y en qué sentido es esto algo diferente, adicional, una intervención directa de Dios que a la vez que nuestro castigo, supone también abandonarnos a caer en el colmo de nuestro propio pecado y por tanto de nuestra propia culpabilidad?

A pesar de todo, si hemos empezado nuestra lectura de hoy con el versículo 16, era para que observáramos que Pablo, como buen judío y creyente además en el Mesías Jesús, está plenamente convencido de que es cierta la afirmación del profeta Habacuc: «El *justo* por la fe (o fidelidad) *vivirá*» (Ro 1,17; Ha 2,4). La justicia —y con la justicia la vida— no es una meta inalcanzable. ¿Y cómo será esa vida? Será una vida de fe o fidelidad (el término griego empleado aquí por Pablo abarca siempre ambos sentidos simultáneamente).

Pero esto es, una vez más, adelantarnos al tema de nuestro próximo capítulo.

El pecado humano —del que somos cada uno en particular igualmente culpables— es a la vez nuestra ofensa y nuestro castigo.

UNA REFLEXIÓN FINAL

Hemos notado que el pecado humano es a la vez personal y también social, de toda una nación, pero más allá de las naciones, de toda la civilización humana. Hemos identificado la violencia y las guerras y en general la existencia de gobiernos opresivos que tuercen la justicia y siembran desigualdad. Hemos identificado la injusticia de la tradicional diferencia de género, que hemos visto como una maldición. Hemos identificado la explotación del prójimo en estructuras como la esclavitud pero también en estructuras como el capitalismo mundializado. Hemos visto también, en Romanos 1,16-2,29, que la mejor de las religiones nos tiende a llevar, paradójicamente, a sentirnos en condiciones de juzgar y despreciar al prójimo cuyas creencias consideramos inferiores —en cual actitud nos delatamos a nosotros mismos como pecadores bajo condenación. ¿Cuál es nuestra culpa y responsabilidad en todo ello, cuando las más de las veces vivimos el pecado como víctimas y no se nos ocurren formas de combatirlo aunque quisiéramos?

Capítulo 5.

Esperanza más allá de la caída

INTRODUCCIÓN

¡DESDE LUEGO, no hacía falta la Biblia para que llegáramos a la conclusión de que algo va mal con la humanidad (Capítulo 4)! El *evangelio*, es decir, las «buenas noticias», sin embargo, requiere que para conocer la solución, primero comprendamos cuál es el diagnóstico.

Ahora bien, como venimos viendo, Israel primero conoció a Dios como el Salvador de su pueblo. La reflexión posterior sobre esa salvación llevó a los autores inspirados de la Biblia a caer en la cuenta de que ese poder que se manifestaba en su salvación y protección, evidenciaba la clase de autoridad sobre todo lo que existe, que sólo es posible imaginar que tuviera quien todo lo creó. Pero si quien todo lo creó fue el mismo Dios que ellos conocían como su Salvador, era inconcebible que la triste realidad de este mundo fuera idéntica con su voluntad creadora. Algo tuvo que suceder, que torciera las cosas. Desde que es imposible imaginar que las torciera Dios mismo, estaba claro que la responsabilidad recaía en la propia humanidad, que de una y mil maneras había desviado y seguía desviando los propósitos benignos del Creador.

Así las cosas, cerramos el círculo y no nos queda más que clamar a ese Dios que primero conocimos como Salvador, para que ejerza de tal Salvador, no sólo en momentos puntuales sino a nivel cósmico, restaurando cielo y tierra y dándonos a todos —incluso a sí mismo— una segunda oportunidad. Exploraremos distintas dimensiones del evangelio en las lecciones subsiguientes. En ésta, centramos nuestra atención en el tema de la esperanza a que nos invita la Biblia a pesar de la caída.

TEMA 1. OSEAS 11-14

Puestos a leer los profetas, quizá hubiera sido lógico empezar con Amós —el primer profeta, después de Moisés, del que se conservasen más que solamente relatos de sus hazañas y milagros. Con Amós empezó una notable estirpe de profetas literarios cuya actividad se desarrollaría a lo largo de unos pocos siglos. El ministerio de estos profetas literarios fue extraordinario y su época no lo fue menos en la historia de la humanidad. En el transcurso de unos cuatro siglos no sólo se produjo el grueso de la Biblia Hebrea (Antiguo Testamento cristiano) sino, además, los grandes poemas épicos de Homero en Grecia, la vida y obra literaria de K'ong Fu-tseu y Lao-tsê en la China, y la vida del Buda en la India. La belleza inmensa y sublime (imposible de captar del todo en traducción) de los poemas proféticos hebreos tiene tal vez su paralelo en el florecer de las letras en todo el mundo en aquellos siglos, pero la esperanza que supieron impartir al alma humana personas como Oseas, Isaías, Miqueas o Jeremías, se me antoja inigualable.

No vamos a empezar con Amós, sin embargo —cuya prédica no destacó precisamente por la esperanza— sino que empezaremos con su contemporáneo Oseas, un hombre que se dio cuenta de que si él era capaz de sostener un amor imperecedero por su pareja a pesar de todos los pesares, era imposible imaginar que Dios amase menos. La de ellos no era una generación para promesas facilonas. Tanto Amós como Oseas reflejan muy bien la dura realidad del pecado de Israel (o «Efraín») y el trago amargo de las consecuencias de ese pecado que se atropellaban por sobrevenirles. A pesar de todo esto, es especialmente notable que Oseas fuera capaz de hallar palabras de esperanza que proclamar.

Israel era un chiquillo y me encariñé de él
y lo llamé «hijo mío» cuando todavía estaba en Egipto.

Los llamaba,
pero ellos se apartaban de mí para sacrificar a los dioses,
para quemar incienso a representaciones talladas.

Fue conmigo que dio sus primeros pasos Efraín,
agarradito a mis manos;
pero ellos no se daban cuenta quién les curaba las heridas.

Tiraba de ellos con vínculos de ternura trenzados de amor.
Fui para ellos como un libertador
y les ponía la cuchara en la boca.
Pero no.

Vuelven a Egipto y Asiria los gobernará
porque no quisieron cambiar.

La espada se revuelve contra sus ciudades y acaba solo,
consumidas todas sus provisiones.

Mi pueblo depende de que me arrepienta
y claman a mí, pero no alzan la voz con unanimidad.

¿Cómo te voy a entregar, Efraín, a abandonar, Israel?
¿Cómo entregarte como a Admá, ponerte como a Tsevoim?

Mi corazón da un vuelco y se enciende mi compasión.
No ejecutaré el furor de mi furia,
no me transformaré en el asolador de Efraín
porque soy Dios y no hombre.
Soy el Santo en medio de ti y no atacaré la ciudad.

Seguirán al Señor, que ruge como un león;
porque él ruge y los que vienen del occidente tiemblan.

Temblarán como pajarito los egipcios y como paloma los asirios
y se quedarán quietos en sus casas —oráculo del señor.

Me envuelve en sus mentiras Efraín, y en sus engaños Israel;
pero Judá todavía está libre gracias a Dios,
que es fiel con los santos.

Efraín come viento y persigue brisas todo el día, van a más la mentira y el desastre; se pacta con Asiria pero se exporta aceite a Egipto. El Señor tiene un pleito con Judá porque inspeccionó las obras de Jacob —conforme a sus obras, así recibirá. Ya en la matriz desfalcó a su hermano y haciéndose mayor luchó con Dios. Luchó con el ángel y prevaleció; lloró y pidió trato de favor para sí. La casa de Dios hallaron y allí habló con nosotros.

El Señor Dios de las tropas, «El Señor» es su nombre.
Tú que regresas ahora a Dios, practica la solidaridad y la justicia
y espera perpetuamente en tu Dios.

Canaán esconde pesas falsas, le gusta oprimir
y Efraín dice: «¡Soy rico! He encontrado una fortuna,
ya no tengo que trabajar y nadie se meterá conmigo
si hago lo malo».

Yo soy el Señor tu Dios desde la tierra de Egipto
y hasta que vuelvas a vivir en tiendas como en romería.

He hablado a los profetas y
por medio de ellos he multiplicado visiones y enigmas.

¿Hay maldad en Guil'ad? Dejarán de existir.
En Guilgal sacrifican toros
pero sus altares son como el estiércol que abona los campos.

Huyó Jacob a tierras sirias,
Israel se hizo esclavo por una mujer,
por una mujer pastoreó ovejas.

Por un profeta hizo subir el Señor a Israel desde Egipto
y por un profeta lo pastoreó.

Ofende Efraín amargamente
y su sangre queda sin expiar;
el Señor le hará pagar cara su vergüenza.

Según hablaba Efraín, el miedo se alzaba en Israel;
pero incurrió en culpa en Baal, por lo cual morirá.

Ahora persisten en pecar y se han fabricado un ídolo de plata
siguiendo un diseño maestro, realizado por expertos.
Dicen: «Hombres, haced sacrificios; besad los becerros».

Por tanto serán como la niebla del amanecer,
como rocío del alba se esfumarán;
como paja que el viento se lleva de la era,
como humo que sale por la ventana.

Yo soy el Señor tu Dios desde la tierra de Egipto,
no conoces otros dioses ni existe otro salvador que yo;
te conocí en el desierto, en tierra de fiebres.

Pero cuando los apacenté se saciaron;
saciados, se envaneció su mente hasta olvidarme.

Por eso yo seré para ellos como un león;
los acecharé como una pantera junto al camino.

Les saldré al encuentro como osa que ha perdido su cachorro;
los destriparé y allí los devoraré como un león,
como despedaza una bestia del campo.

Estás arruinado, Israel, por alzarte contra mí, tu ayudador.

¿Qué es de tu rey salvador en todas tus ciudades?
¿Y qué fue de tus jueces a los que pediste rey y nobles?
Te concedí un rey por mi furia y te lo quito por mi furor.

Atrapada está la maldad de Efraín, escondido su pecado.
Han empezado las contracciones de parto pero el hijo es bobo;
no se da cuenta que ha llegado el momento de salir a la luz.

¿Acaso los libraré del cementerio, los redimiré de la muerte?
Muerte, ¿dónde está tu epidemia? y cementerio,
¿dónde está tu plaga?
La compasión se esconde de mi vista.

Porque aunque prospere más que sus hermanos,
llegará el viento que sube del desierto del Señor
y secará su fuente y manantial;
le arrebatará el tesoro, hasta el último objeto de valor.

Samaria será declarada culpable de rebelión contra su Dios.
A espada caerá,
sus bebés despedazados,
sus embarazadas abiertas en canal.

¡Oh Israel, vuelve al Señor tu Dios,
porque has sido derribado por tu maldad!
Tomad en cuenta estas palabras y volved al Señor.

Decidle: «¡Quita de nosotros la maldad
y acepta lo que haya de bueno,
y te brindaremos a cambio el fruto de nuestros labios!»

«Asiria no es nuestra salvación, no montaremos en su caballería;
tampoco volveremos a aclamar como dioses
la obra de nuestras manos,
por cuanto en ti hay compasión del huérfano».

Los curaré de su apostasía,
los amaré gustosamente,
porque se ha apartado de él mi furia.

Seré como el rocío para Israel, que florecerá como el lirio,
echará raíz como el Líbano. Le saldrán brotes
y será como el olivo su prestigio; y su aroma, como el Líbano.

Volverán y se sentarán a su sombra. Cultivarán el trigo
y echarán flores de vid, su prestigio como el vino del Líbano.

Efraín, ¿qué me queda ya de tus ídolos?

Soy yo el que responde y el que vigila.
Yo soy como la haya frondosa, de mí viene el fruto que halláis.

¿Quién es sabio para comprender estas cosas?
Que lo capte y entienda.

Porque los caminos del Señor son rectos
y quienes son justos, en ellos andarán;
pero los rebeldes, en ellos tropezarán.

¿Qué puede hacer el padre? Castigar, sí, desde luego… pero el castigo tiene sus límites si el objetivo es recuperar el amor filial y restablecer la armonía familiar.

Curiosa mezcla de castigo y perdón, de ira y amor, ¿verdad? Nos hemos ido a estos últimos capítulos de Oseas porque en ellos tenemos una imagen tan inmortalmente tierna del amor de Dios como Padre. Hemos esquivado así los capítulos iniciales de Oseas, donde la comparación del amor divino es con el despecho de un marido engañado por su esposa amada, en versos que suscitan demasiado gráficamente el tópico de los «crímenes pasionales» o la violencia de género, donde el varón consigue convencerse de que sus malos tratos volverán a encender la pasión del amor de su amada. Aquello también es Sagrada Escritura pero su interpretación exige hilar tan fino que prefiero que nos centremos en la idea que nos despiertan estos cuatro capítulos finales: Dios es aquí un padre que recuerda con ternura infinita aquel bebé, aquél párvulo que da sus primeros pasos y aprende a hablar y sabe siempre instintivamente quién es su progenitor, su protector y proveedor.

¿Cómo es posible castigar ahora con dureza o crueldad al adolescente rebelde que ignora a ese mismo padre, se salta por alto todas las normas de convivencia armoniosa en familia y halla innumerables maneras de expresar su desconsideración y desprecio de aquel padre de quien ahora se avergüenza? El dolor es infinito pero, ¿qué puede hacer el padre? Castigar, sí, desde luego… pero el castigo tiene sus límites si el objetivo es recuperar el amor filial y restablecer la armonía familiar. Un dilema tan insondable como eterno en las generaciones de la humanidad. Un dilema que muchas familias han tenido que afrontar y que siempre pilla desprevenidos a los padres, en cada generación los deja perplejos y torturados por esa amarga mezcla de tierno amor y de rabia.

Estoy recordando en estos instantes la confesión de la madre de un hijo drogadicto, que decía que hubo días que deseaba que su hijo se muriera, para así poder llorarlo, cerrar su duelo de una vez por todas y

retomar el curso de su vida. Naturalmente, una cosa es albergar esos deseos en situaciones extremas de conflicto con los hijos… y una cosa muy distinta sería una misma matar con sus manos al hijo o la hija de sus entrañas. Y en estos versos descubrimos que el mismo Dios en unos renglones tiene determinado que esto ya no puede seguir así, que se acabó y que este hijo ingrato no puede seguir con vida… pero en otros renglones admite que esa actitud es imposible, que está reñida con todo lo que supone ser padre y poder recordar las escenas dulces y tiernas de aquellos primeros años de vida de su hijo. ¡Ay, si fuera posible olvidar la ilusión y ternura del padre novato que un día fue, sería mucho más fácil tomar una determinación fatal!

- Como ya hemos observado en otras ocasiones, no tenemos ninguna otra manera de imaginar o concebir nuestra relación con Dios, que no sea por analogía con las relaciones entre las personas humanas. Si se supone que la relación de Dios con nosotros es una relación de integridad sincera, si lo que él «siente» por nosotros nos vaya a ser comprensible, la única manera que tenemos de imaginar esa relación y esos sentimientos es poniéndonos en su piel para imaginar una situación parecida —en este caso, en el seno de una familia atormentada por un adolescente rebelde. A la vez, intuimos que los sentimientos de Dios son más puros que los nuestros, más dignos, más «humanos» (en el sentido de «bondadosos»). Intuimos que su paciencia es infinitamente superior a la nuestra, su ternura infinitamente mayor que la que son capaces de sostener nuestros corazones. Y que, por extensión, su capacidad de sufrimiento es también infinitamente mayor que la nuestra.

Jamás olvidaré una experiencia—que no tiene el valor de la revelación bíblica, ni falta que hace decirlo— que me ayudó a imaginar alguna dimensión del amor y por tanto el sufrimiento divino. A principios de los años 90, hubo una guerra civil terrible en el país centroafricano de Ruanda. Llegaban al mundo exterior noticias de cientos de miles, tal vez millones, de víctimas de un genocidio de dimensiones y crueldad imposibles de contemplar. Se contaba de niños que veían matar a toda su familia a machetazos antes de ser asesinados ellos también. Un día, clamando yo al Señor sobre este tema y afligido por la magnitud de aquel sufrimiento, tuve la ocurrencia de preguntarle al Señor qué sentía él ante esto. Durante un instante que me pareció una eternidad aunque quizá no fuese más que una fracción de segundo, sentí un dolor y una tristeza infinita, el duelo inconsolable del Padre que conocía y amaba a cada uno, los verdugos y las víctimas, y contemplaba con igual horror la

crueldad de unos y el sufrimiento de otros Corté esa «conexión» de inmediato. Era demasiado para mí. Me quedé llorando desconsoladamente durante un rato, mi cuerpo sacudido por sollozos, antes de conseguir por fin distanciarme de tanto dolor —cuyo recuerdo hoy, quince años más tarde, me sigue agarrotando la garganta.

En la medida, entonces, que los sentimientos de Dios nos puedan ser comprensibles, tiene que ser en términos humanos. Y este cuadro que nos pinta Oseas, de la perplejidad e indecisión del padre de un adolescente rebelde, se graba en el corazón de los lectores de Oseas y nos hace comprender que siempre que Dios ame así, queda esperanza para la humanidad a pesar de nuestro pecado.

- Oseas recuerda la experiencia del desierto del Sinaí como el momento de tierna e inocente infancia, donde la relación entre Israel y el Padre fue ideal, sumisa y obediente, llena de confianza y fe y sinceridad. Como todos los recuerdos nostálgicos del pasado, es un recuerdo falseado e idealizado. Si leemos los relatos bíblicos sobre aquel período, descubrimos que ya entonces Israel fue contumaz y rebelde, cuestionando permanentemente el liderazgo de Moisés y las palabras de Dios. A la vez, es verdad que lo que cuentan esos relatos parece un período de excepcional cercanía del trato de Dios con su pueblo. Los esclavos fugados de Egipto y la primera generación de sus descendientes, supieron muy de cerca lo que era tener que depender de Dios cada día como su Providencia y su Protector.

  El maná de cada mañana era un recuerdo renovado con el amanecer, de que sólo mientras Dios condescendiese a acordarse de sus necesidades era posible sobrevivir. La roca de donde manó agua, la panzada de codornices con que se atiborraron, la columna de fuego de noche y la nube diurna, todo servía para recalcar, por una parte, la dependencia absoluta de que Dios proveyera y por otra, que Dios es fiel, que en él se puede confiar con tranquilidad. Era en efecto como la primera infancia de un niño, que a pesar de sus berrinches y pequeñas desobediencias, sabe perfectamente quiénes son sus padres y de dónde viene su sustento, su protección yel amor incondicional que necesita para un sano desarrollo.

  Oseas —y después de Oseas muchos otros profetas y reformadores de la religión— entendió que aquel desierto es un lugar al que hay que volver para recuperar una auténtica salud espiritual. En el desierto cada cosa adquiere su justa dimensión e importancia. En el desierto, despojados de todos nuestros apoyos y tecnologías y toda nuestra comodidad, todo se reduce a una única

realidad: si hemos sobrevivido un día más, es por la gracia y el amor inefable de Dios.

Al desierto salió Jesús, impulsado por el Espíritu tras su bautismo, para ser allí probado y comprobado, para volver fortalecido en su fuero interior y en su confianza en Dios y en su compromiso inquebrantable con Dios. En el desierto tuvo que enfrentarse a la peor pesadilla de la humanidad, las tentaciones del diablo; pero en el desierto se supo también en la presencia de Dios y sostenido por sus ángeles. Como Israel, que pasó por el desierto pero con la meta de la Tierra Prometida, Jesús fue al desierto para volver a la sociedad humana. Pero volvió con un propósito purificado por fuego y un mensaje que ni siquiera la certeza de la cruz que le esperaba pudo hacerle callar.

Este cuadro que nos pinta Oseas, de la perplejidad e indecisión del padre de un adolescente rebelde, se graba en el corazón de los lectores de Oseas y nos hace comprender que siempre que Dios ame así, queda esperanza para la humanidad a pesar de nuestro pecado.

En el siglo IV los anacoretas egipcios volvían al desierto buscando una nueva intensidad de compromiso vital con Dios, cuando la Iglesia se había dejado seducir por la tentación del privilegio imperial. Durante siglos fueron surgiendo monasterios y conventos en todo tipo de desierto: algunos en parajes desérticos de verdad, otros en la simulación que brindaban la clausura o los votos de pobreza o de silencio. Allí cristianos atormentados por la flojera moral generalizada de la religión cristiana, buscaron renovarse en su fuero interior en una relación de absoluta dependencia y amor con Dios. Las órdenes mendicantes, deshaciéndose de toda posesión material y dispuestos

a sobrevivir tan solamente con las limosnas que Dios moviera a sus semejantes a darles, procuraron renovar la chispa del fuego divino en su particular versión del «desierto».

Generación tras generación de cristianos se han lanzado a la peregrinación. En el Camino, con pies y piernas cansadas hasta el agotamiento pero los ojos deleitándose en la siempre cambiante naturaleza de esta tierra que Dios nos creó, los corazones meditando en el amor divino, abiertos a las venturas que el Camino les trajese, miles y miles de cristianos fueron a pie a Jerusalén, a Roma y a Santiago de Compostela, amén de multitud de otros destinos de peregrinaje. Desde luego en la Edad Media igual que ahora, las motivaciones de los peregrinos fueron muchas y muy dispares, algunas de ellas poco recomendables. Pero el Camino sigue ejerciendo una profunda atracción sobre multitud de caminantes hoy, como manera de despojarse de la comodidad habitual y hacer frente a la vida con una especial vulnerabilidad, con quién sabe qué anhelos de renovación del espíritu en el silencio con Dios y con su creación.

No todo lo que reluce es oro y no todas las vueltas al «desierto» producen necesariamente una genuina renovación de la fe en Dios. Pero Oseas parece haber dado en una tecla que mueve hondas necesidades humanas, al figurarse que Israel necesitaba volver al desierto para aprender otra vez a conocer la inocencia de la perfecta relación filial con el Padre.

Generación tras generación de cristianos se han lanzado a la peregrinación.

TEMA 2. EZEQUIEL 36

La esperanza en una intervención redentora de Dios posterior a la caída puede tener otros fundamentos que no solamente el amor divino. Las motivaciones de Dios pueden ser, como las nuestras, complejas y variopintas. Siguiendo con analogías tomadas de nuestros sentimientos y nuestras motivaciones humanas, la Biblia explora la honra maltrecha de

Dios como motivación para arreglar lo que ha puesto patas arriba la rebeldía humana.

Y tú, humano, profetiza a las colinas de Israel y di a las colinas de Israel:

—Oíd las palabras del Señor, así ha dicho el Señor el Nombre: Por cuanto el enemigo dijo contra vosotras: "¡Ajajá, que también os hemos quitado las alturas eternas!"

Por eso, profetiza y di:

—Así ha dicho el Señor el Nombre: Por cuanto os desolaron y atentaron contra vosotros por todos los lados hasta que se apoderaron de vosotros las demás naciones, de tal suerte que el tema estuvo en todo labio y lengua y habladuría popular.

—Por eso oíd, colinas de Israel la palabra del Señor el Nombre, así ha dicho el Señor el Nombre a las colinas, a las alturas, a las cañadas, a los valles, a las ruinas escombradas, a las ciudades abandonadas que sufrieron el saqueo y la burla de las demás naciones por todos los lados.

—Por eso así ha dicho el Señor el Nombre: Juro que con indignación encendida he mandado a las demás naciones contra Edom entero, por cuanto se hicieron con mi tierra con alegría premeditada y ánimo despectivo, por cuanto se dedicaron al expolio y la rapiña.

Por eso profetiza tú sobre el territorio de Israel y di a las colinas, a las alturas, a las cañadas y valles:

—Así ha dicho el Señor el Nombre: Mira que he hablado por indignación y por enfado, por cuanto soportasteis la burla de las naciones.

—Por eso así dice el Señor el Nombre: He alzado mi mano para jurar que a las naciones que están a todos los lados, también les tocará soportar burlas. Pero vosotras, colinas de Israel, echaréis ramas y os cargaréis de fruto para mi pueblo Israel, porque en breve volverán. Porque me he puesto de vuestra parte y he girado hacia vosotras; por tanto os volverán a labrar y sembrar. Y multiplicaré sobre vosotras la presencia humana —toda la casa de Israel— y vivirán en las ciudades y reconstruirán las ruinas. Y haré que os recorra la gente —mi pueblo Israel— y se adueñen de vosotras. Seréis de ellos y nunca más os quedaréis sin hijos.

—Así ha dicho el Señor el Nombre: Por cuanto os tratan de país tragahombres que se ha quedado sin hijos, por eso nunca más te tragarás a los hombres y tu país jamás volverá a quedarse sin hijos —oráculo del Señor el Nombre. —Y no te haré escuchar más la burla de

las naciones ni tendrás que aguantar más los chistes de los países ni se quedará nunca más tu país sin hijos —oráculo del Señor el Nombre.

Entonces me habló el Señor. Dijo:

Tú, humano: La casa de Israel vivía en su territorio y la profanaban con su conducta y con sus obras. Su conducta me pareció tan asquerosa como un trapo de reglas. Entonces volqué sobre ellos mi furia por la sangre que volcaron ellos sobre la tierra y por sus ídolos con que la profanaron; y los desparramé entre las naciones y los dispersé entre los países. Tan grave como fueron su conducta y sus obras, así de grave fue su castigo. Así llegaron a los países donde han ido a parar y allí desprestigiaron mi santo Nombre, por cuanto se decía de ellos: «Estos son el pueblo del Señor y han tenido que abandonar su país». Me ha apenado que la casa de Israel desprestigiara mi santo Nombre entre los países donde han ido a parar.

Di por consiguiente a la casa de Israel:

—Así ha dicho el Señor el Nombre: No es por vosotros que actúo yo, casa de Israel, sino por el honor de mi santo Nombre que habéis desprestigiado entre los países donde habéis ido a parar. Yo hago santo mi gran nombre desprestigiado entre las naciones donde lo habéis desprestigiado y sabrán las naciones que yo soy el Señor, —oráculo del Señor el Nombre, —por cuanto me hago santo entre vosotros de tal suerte que ellos lo vean. Así que os tomo de entre las naciones y os reúno de entre todos los países y os traeré a vuestro territorio.

—Entonces os ducharé con agua limpia y quedaréis limpios de toda vuestra inmundicia y os lavaré de todos vuestros ídolos. Y os daré una mente nueva y se respirará entre vosotros una actitud nueva, cuando os arranque de la carne vuestra mentalidad petrificada y os de una mentalidad flexible. Y os daré mi aliento en vuestro interior para que viváis por mis reglas; y conservaréis mis juicios y los cumpliréis. Entonces viviréis en la tierra que di a vuestros antepasados. Y seréis mi pueblo para mí y yo seré vuestro Dios para vosotros y os salvaré de toda vuestra inmundicia.

—Entonces convocaré al trigo y lo multiplicaré y ya no os haré pasar hambre. Y multiplicaré el fruto del árbol y la producción del campo para que dejéis de padecer la vergüenza del hambre entre las naciones.

—Pero recordad vuestras conductas perversas y vuestras obras impresentables y sentid asco de vergüenza por vuestras maldades y acciones terribles. No es por vosotros que actúo yo —oráculo del Señor

el Nombre. —Reconoced vuestra vergüenza y la burla de vuestras conductas, casa de Israel.

—Así ha dicho el Señor el Nombre: El día que os limpie de todas vuestras maldades, os haré volver también a vuestras ciudades y reconstruir los escombros. Entonces la tierra devastada será labrada, al contrario de cómo ha estado devastada para que la vieran todos los que pasan por ella. Exclamarán: «¡Esta tierra que venía estando devastada se ha vuelto un huerto del Edén! ¡Y las ciudades destruidas y derribadas en montones de escombros, son ahora fortalezas habitadas!»

Así se darán cuenta las demás naciones por todos los lados, que yo mismo, el Señor, he reconstruido las ruinas y he plantado en la devastación. Yo mismo, el Señor, lo he dicho y hecho.

—Así ha dicho el Señor el Nombre: Ya llegarán estas cosas, cuando yo sea buscado por la casa de Israel para intervenir a favor de ellos, para multiplicarlos como un rebaño humano. Como un rebaño sagrado, como el rebaño de Jerusalén cuando está de fiestas, así de llenas de rebaño humano estarán las ciudades escombradas.

Entonces reconocerán que yo soy el Señor.

Ezequiel es un ejemplo claro de que los profetas ajustaban siempre el mensaje que proclamaban a las realidades de la actualidad del momento. La primera parte del libro está dedicada a anunciar la destrucción de Jerusalén y el juicio decidido de Dios contra la ciudad y sus habitantes. Pero en cuanto la noticia de la caída y destrucción total de la ciudad llegó a Ezequiel, en tierras babilónicas con el primer contingente de los exiliados, cambió repentinamente su mensaje y empezó a proclamar la restauración de los exiliados a su tierra de origen, y una nueva era de renovación espiritual y paz y prosperidad.

♦ Vemos aquí un ejemplo de que una vez ejecutado el castigo, Dios sólo piensa en restaurar. Esta idea figura reiteradamente en las narraciones bíblicas. En el libro de Jueces, por ejemplo, cuando el pueblo abandona su fidelidad a Dios, Dios los subyuga bajo la mano de algún tirano extranjero… y de inmediato, en cuanto claman a él, les levanta un juez para liberarlos. En algunos casos, como cuando Aod (o Ehud) en el capítulo 3, Dios ni siquiera espera a que haya un arrepentimiento. En aquel ejemplo, el redactor de Jueces indica que los ídolos israelitas en Guilgal siguen en pie durante y después de la derrota del enemigo. La condición de esclavitud u opresión política parecería ser un provocador suficiente y eficaz de la compasión e intervención libertadora del Señor, aunque no hubiera otros factores

favorables de tipo espiritual o moral en el pueblo oprimido. Aunque Dios castiga la idolatría, Dios también castiga la maldad del opresor que le ha servido de instrumento para el castigo; y Dios toma la iniciativa (aquí en Ez 36) para derramar su Espíritu sobre su pueblo y así conseguir la necesaria renovación espiritual que evite castigos futuros.

Vemos aquí un ejemplo de que una vez ejecutado el castigo, Dios sólo piensa en restaurar. Así se muestra una vez más la justicia de Dios.

- Así se muestra una vez más la justicia de Dios. El pueblo entregado a su idolatría y sus «abominaciones», por usar un término típico bíblico, es incapaz de generar su propia renovación espiritual. Si no es por la gracia de Dios, la renovación espiritual es un concepto imposible. Si el pueblo está sumido en tinieblas, ¿cómo saldrá a la luz si no brilla ésta primero sobre ellos en medio de su oscuridad? En nuestros capítulos de Oseas habíamos visto que Dios, en cuanto Padre de un hijo adolescente rebelde, con sus castigos no busca destruir sino restaurar el amor, la reconciliación y la armonía familiar. Aquí en Ez 36 también vemos que el castigo divino no busca destruir sino restaurar. De ahí que el clamor y dolor y sufrimiento de su pueblo, por muy merecido que sea como castigo, provoca en Dios la pronta intervención redentora. Porque el castigo no es nunca el fin sino —cuando ya no quedan otros medios menos dramáticos— el medio para el fin ulterior, que es la reconciliación y restauración de una relación basada en el amor. Una vez más, entonces, la justicia y la misericordia de Dios se dan la mano, son dos aspectos de una misma realidad.
- Pocos versículos del Antiguo Testamento parecen tan preñados de significación para los cristianos, como los comprendidos entre Ez 36,24-27. Aunque la promesa del v. 24 está claramente dirigida a los judíos esparcidos entre las naciones, pareciera estar contemplando la realidad supranacional de la Iglesia, compuesta por personas de

todas las etnias y razas. El v. 25 guarda relación estrecha con el concepto de «inmundicia» que viene manejando todo el capítulo como descripción del pecado particular de Jerusalén bajo la monarquía… y sin embargo casi parecería estar redactado con el bautismo cristiano en mente. Las metáforas del v. 26 parecen describir a la perfección la experiencia cristiana de conversión; de hecho son metáforas y frases recogidas con ese sentido posterior por diversos autores en el Nuevo Testamento. Y el versículo 26 pareciera estar describiendo el Pentecostés narrado en el libro de los Hechos; y la experiencia cristiana de bautismo del Espíritu Santo y la consiguiente especial capacitación para vivir conforme a la voluntad de Dios. Desde luego, con promesas como éstas, la esperanza está justificada por terrible que sean el pecado y sus consecuencias y castigo.

- Sin embargo el v. 28 nos habla de otras dos promesas que quizá nos resultan menos familiares o parezcan de menor aplicación a la vida cristiana. Una es la promesa de la tierra de Palestina como sede del pueblo de Dios, la otra es la idea de una especial relación entre Dios y su pueblo. Sobre la primera anotaremos algunas observaciones más adelante, para centrarnos aquí en la importancia del «pueblo». El cristianismo que hemos heredado mayoritariamente en nuestra generación entiende mucho de conversión personal, de responsabilidad personal y relación personal con Dios… pero la falta de igual énfasis en la pertenencia a un pueblo —que es, en definitiva, el objetivo final de estas promesas divinas— nos deja con una versión individualista de la fe cristiana.

Ahora bien, Ezequiel coincide en ser uno de los máximos precursores del concepto de la responsabilidad personal y la necesidad de una relación profundamente personal con Dios. Nadie antes había conseguido expresar esta idea con tanta claridad como Ezequiel, en el capítulo 18.

- Si no recuerdas lo que pone ese capítulo, te invito a hacer un paréntesis ahora mismo para darle lectura: Ezequiel 18.

Habiéndose expresado con tanta claridad sobre la responsabilidad personal, resulta especialmente destacable que para Ezequiel el propósito del cúmulo de experiencias personales que parecieran describir los versículos Ez 36,24-27, tienen como fin o propósito la dedicación de Dios a un pueblo y de un pueblo a Dios. Según su culminación en el v. 28 estos versículos no versan, entonces, sobre la restauración de la integridad de una relación

personal con Dios, ni siquiera sobre la suma de muchas conversiones de personas concebidas como vidas individuales, independientes de su entorno social. Versan sobre la renovación y restauración entre Dios y un colectivo humano, una sociedad humana.

Tenemos que recuperar la noción de que el problema humano no es —no es solamente— el extravío y pecado de individuos sino la desaparición de comunidades dedicadas enteramente, como tales comunidades, a glorificar a Dios y vivir conforme a sus preceptos. Si el mal que adolecemos es más que solamente el cúmulo del mal que cometemos como individuos sino que infecta nuestra sociedad humana con efectos deshumanizantes inesperados (y no deseados por nadie en particular), la solución es más que el cúmulo de vidas restauradas y se tiene que extender a una nueva manera de relacionarnos unos con otros en sociedad humana. La manera que enuncia Ezequiel la esperanza en esta restauración ulterior, es prometiendo que «vosotros seréis por mí por pueblo y yo seré por vosotros por Dios» —una forma de expresarse en hebreo que roza la ininteligibilidad en castellano, pero que con su reiteración machacona de la preposición «por», comunica maravillosamente la dedicación exclusiva del pueblo por su Dios y de Dios por su pueblo.

Lo que nunca conviene perder de vista es que un pueblo dedicado tan exclusivamente al Señor, vive forzosamente en armonía, reconciliación y paz entre las personas que lo componen. Si las primeras indicaciones del pecado se pueden observar cuando Adán intenta escurrir el bulto de la responsabilidad en Eva, con la escalada frenética de desarmonía que lleva al asesinato de Caín y el canto de Lamec, la indicación más clara de la restauración tras la caída, será la convivencia solidaria y equitativa, paciente y perdonadora, benigna y generosa entre los que conforman ese «pueblo» de Dios. Tendremos oportunidad más delante de observar con cuánta insistencia vuelven una y otra vez a esta idea los apóstoles en cada uno de sus escritos del Nuevo Testamento.

- La esperanza de restauración que promete Ezequiel vuelve a la idea de la expulsión de la tierra —por causa del pecado— que habíamos visto en Génesis. Para conectar con aquella idea de Génesis, Ezequiel pone patas arriba la experiencia de cautividad militar y vida en el exilio babilónico que sufren los judíos de su generación, diciendo que

la causa real del exilio es que los montes de Israel han expulsado a los judíos, que su tierra nativa ya no los puede soportar y los rechaza y echa lejos. A la vista de lo cual, naturalmente, la promesa de restauración consiste en que el pueblo esparcido entre las naciones volverá a su tierra y a aquellos montes, que ahora los recibirán con júbilo y cuyos campos brindarán mies abundante, sus árboles frutos ricos y cuantiosos. La tierra asolada y abandonada será ahora labrada y las naciones vecinas se asombrarán de su fertilidad y productividad.

Esta esperanza, tan teológicamente profunda al relacionar el perdón del pecado con la idea del regreso al Edén, acabaría creando dificultades para los judíos que en efecto regresaron a su tierra en la época de expansión del imperio persa. El caso es que la tierra no había quedado vacía. Los exiliados habían sido tan sólo la minoría gobernante y sacerdotal, mientras que el pueblo llano de la tierra siguió viviendo allí y labrando aquellas tierras sin importarles cuál fuese el imperio de turno ni cuál fuera el destino de sus antiguos gobernantes desde Jerusalén. Los libros de Esdras y Nehemías expresan, entre otras cosas, la perplejidad y confusión que creó en los que regresaban del exilio, hallar habitadas las tierras que se figuraban vacías.

La falta de énfasis en la pertenencia a un pueblo —que es, en definitiva, el objetivo final de estas promesas divinas— nos deja con una versión individualista de la fe cristiana.

En aquel caso, como el tiempo había sido muy breve, dos generaciones, la dificultad se solventó en relativamente poco tiempo. Pero cuando en nuestro siglo XIX se fundó el movimiento sionista judío con la idea de volver a establecerse en su tierra de origen, estos judíos llevaban milenios de ausencia y la tierra de Palestina seguía tan poblada como siempre. En lugar de paz y armonía y un nuevo modelo de sociedad ajustado a la voluntad de Dios, el resultado ha sido la

tragedia permanente del conflicto sangriento entre israelíes y palestinos. Desde luego, un efecto tan «endiablado» —valga aquí perfectamente la expresión— nos indica que es difícil aceptar que estos eventos de nuestros tiempos guarden relación alguna con la esperanza que albergó y expresó Ezequiel. La esperanza de Ezequiel nos tiene que llevar a toda la humanidad más allá de conflictos por un terruño defendido con ametralladoras y bombas, a la idea de todo un planeta habitado en armonía y generosidad por pueblos que han aprendido a convivir en paz.

- Por último, corresponde volver al tema que proponíamos antes de la lectura de este capítulo de Ezequiel. Me refiero a la idea de que la reputación del Señor ha sido «profanada» por el destierro de su pueblo y que esto le motiva a actuar para restaurar a su pueblo y así restaurar también la fama de su «nombre». La motivación es plenamente humana y por tanto nos resulta muy comprensible como motivación. A nadie le gusta que su reputación quede por los suelos y por tanto la idea de que a Dios tampoco le guste, es capaz de generar una enorme carga de esperanza cuando estamos sumidos en la tristeza y desazón de nuestra condición humana «caída». Podemos animarnos con la idea de que aunque Dios no tuviera otros motivos, tarde o temprano intervendrá en rescate de la humanidad —para recuperar su propio prestigio como Dios.

Si las primeras indicaciones del pecado se pueden observar en la escalada de desarmonía que culmina en el canto de Lamec, la indicación más clara de restauración tras la caída, será la convivencia entre los que conforman ese "pueblo" de Dios.

TEMA 3. HECHOS 2

Si una de las bases de la esperanza anunciada en Ez 36 era la transformación del corazón y la renovación del espíritu de las personas, aquí en Hechos 2 tenemos el relato archiconocido del derramamiento inicial del Espíritu Santo sobre la Iglesia. Naturalmente, hay que entender el evento como el cumplimiento de todas aquellas profecías que prometían la efusión del Espíritu —entre ellas Ez 36— y no solamente de la promesa de Joel citada expresamente por Pedro. Además del amor paternal de Dios y el deseo de reivindicar su «nombre» como motivos de esperanza, entonces, añadimos en nuestro estudio de hoy la restauración vital que supone recibir el Espíritu.

> *Y al acabar los días de Pentecostés, se habían reunido. Estaban todos muy unidos. Y de repente se sintió un rugido como de un viento fuerte que venía desde el cielo y que llenó toda la casa donde estaban sentados. En eso aparecieron sobre ellos unas llamaradas como de fuego que se fueron repartiendo hasta posar sobre cada uno. Entonces se llenaron todos ellos del aliento sagrado y empezaron a hablar en lenguas extrañas según el aliento les daba pronunciar.*
>
> *Ahora bien, Jerusalén estaba lleno de peregrinos judíos que habían llegado de todos los países bajo el cielo. Con el bullicio se juntó una muchedumbre desordenada, puesto que cada cual escuchaba que le hablaban en su propio idioma. No cabían en sí de asombro y decían:*
>
> *—A ver: ¿No son galileos todos estos que hablan? ¿Y entonces cómo es que les estamos escuchando que nos hablan a cada cual en nuestro idioma de origen? Aquí hay partos y medas y elamitas y procedentes de la Mesopotamia; hay gente de Judea pero también de Capadocia, de Ponto y de Asia; hay gente de Frigia pero también de Panfilia, de Egipto y de la parte de Libia que está al otro lado de Cirene. Los hay que viven en Roma —judíos de raza unos, por conversión otros. Hay cretenses y árabes. ¡Y todos estamos escuchando contarnos en nuestra propia lengua las grandezas de Dios!*
>
> *Estaban todos muy alborotados y perplejos, comentándose unos a otros:*
>
> *—¿Qué desea ser esto?*
>
> *Luego algunos empezaron a tomárselo a guasa y decían:*
>
> *—¡Que están jartos de vino azucarao!*
>
> *Entonces se levantó Pedro y se puso junto a los once y dijo bien alto y claro:*

—Hombres de Judea y todos los peregrinos que estáis en Jerusalén, sabed esto y prestad atención a lo que os digo. No puede ser lo que os estáis imaginando, que esta gente está borracha. ¡Pero si estamos a media mañana! Al contrario, estas cosas son lo que anunció el profeta Joel:

Y sucederá en los días finales, dice Dios,
que derramaré mi aliento sobre toda carne
y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán.
Y vuestros jóvenes verán visiones
y vuestros ancianos soñarán sueños.
Y hasta entre los esclavos y las esclavas, —míos son—
sobre ellos también derramaré mi aliento y profetizarán.
Y veréis prodigios arriba en el cielo
y señales abajo en la tierra:
Sangre y fuego y humareda espesa;
el sol se quedará oscuro y la luna parecerá ser de sangre.
Todo esto antes de que llegue el día
inmenso y esplendoroso
del Soberano.
Y sucederá que toda persona que clama al nombre del Soberano
será salvo.

—Hombres de Israel, oíd bien estas palabras: Jesús el nazoreo, un hombre que Dios os presentó mediante obras de poder y portentos y señales —todo lo cual hizo Dios por medio de él entre vosotros, como sabéis muy bien. A éste, en quien se había fijado Dios por su voluntad desde hacía tiempo, ¡se os fue a ocurrir matarlo, apresándolo y entregándoselo a unos sujetos indignos para que lo crucifiquen! A este mismo Jesús, Dios lo libró de los estertores de la muerte, de tal suerte que ésta no fue capaz de acabar con él. Porque dice así David a propósito de esto:

Ya venía viendo yo al Soberano que iba delante de mí en todo,
porque está a mi derecha para que yo no sea sacudido.
Por lo cual se tranquilizó mi mente y se alegró mi lengua
con esperanza mientras que mi carne todavía yace en quietud;
porque no abandonarás mi alma en el Hades
ni entregarás a tu consagrado a la putrefacción.
Me diste a conocer los caminos de la vida,
me llenarás de alegría por tu compañía.

—¡Hombre, hermanos! Todo el mundo sabe que el patriarca David murió y fue enterrado y que su tumba sigue estando entre nosotros

hasta el día de hoy. Pero era profeta y sabía que Dios le había jurado solemnemente que un descendiente directo suyo se sentaría sobre su trono. Por eso, por lo que entendía de antemano, se refería a la resurrección del Ungido, que ni sería abandonado en el Hades ni se podriría su carne. A este Jesús ha resucitado Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Él, habiendo sido elevado hasta la derecha de Dios y habiendo recibido del Padre el aliento sagrado, lo ha derramado. Esto es, entonces, lo que vosotros estáis viendo y oyendo. Porque no subió David a los cielos, sino que fue él el que dijo:

El Soberano le dijo a mi soberano: Siéntate a mi derecha
hasta que te ponga a tus enemigos como alfombra para tus pies.

—Sepa entonces sin lugar a dudas toda la casa de Israel, que a este Jesús que vosotros crucificasteis, Dios lo ha hecho Soberano y Ungido.

Al oír esto, se quedaron de piedra y exclamaron a Pedro y a los demás apóstoles:

—¡Hombre, hermanos! ¿Y qué vamos a hacer?

Y Pedro a ellos:

—Hay que cambiar de lealtad —dice, —y que cada uno de vosotros se dé un baño de purificación en el nombre de Jesús Mesías, para perdón de vuestros errores y para recibir el don del aliento sagrado. Porque para vosotros es la promesa y para vuestros descendientes y para todos los que están lejos, con tal de que clamen al Soberano, nuestro Dios.

Y con otras muchas palabras por el estilo daba testimonio y exhortaba, diciendo:

—Curaos de esta forma equivocada de vivir.

Entonces los que aceptaban todo esto se daban un baño de purificación y ese día se añadieron como tres mil personas.

Además, se mantenían fielmente en la enseñanza de los apóstoles y en la comunión. Compartían el pan y oraban juntos. En aquel entonces todas las personas sentían reverencia, por cuanto se producían portentos y señales por medio de los apóstoles. Todos los que creían seguían unidos y lo ponían todo en común —los bienes inmuebles tanto como lo demás. Lo vendían todo y lo repartían según había necesidad. Todos los días se mantenían fielmente en unidad, tanto en el templo como en la mesa, recibiendo el alimento con felicidad y sin complicarse la cabeza. Cantaban a Dios y todo el mundo los veía bien. Y así el Señor iba añadiendo al movimiento los que se iban curando.

Otra vez nos encontramos ante uno de los pasajes de la Biblia que han sido más estudiados y sobre los que es posible escribir libros enteros. (Algunos predicadores, por ejemplo, han tomado esta escena apostólica como punto de partida para desarrollar toda una doctrina sobre «el bautismo del Espíritu Santo», expresión que sin embargo este capítulo no trae.) Como siempre, nos limitaremos a apuntar algunas observaciones más o menos breves, que añadir a todo lo que tú ya hayas observado cuando leías:

- Son interesantes aquí los diversos elementos de la manifestación del Espíritu.
    - En primer lugar tenemos el ruido como de un viento huracanado. La asociación de los conceptos de «espíritu» y «viento» es automática tanto en hebreo como en griego, porque la misma palabra se emplea con ambos significados. La fuerza extraordinaria del viento es sin duda lo que más habría llamado la atención de los primeros lectores de Hechos, puesto que sabían perfectamente de aquel viento extraordinariamente potente cuando se abrieron las aguas del Mar Rojo. La asociación de ideas les llevaría a identificar éste como el mismo viento/espíritu que había estado presente en la creación de Israel y también, por extensión, el viento/espíritu de Dios que estuvo presente para secar las aguas del Diluvio Universal y también en la creación según Gn 1. La creación de la Iglesia mediante esta efusión extraordinaria del Espíritu de Dios no es menos significativa, entonces, que la creación de Israel o la creación de la naturaleza. De hecho, estos tres actos creadores de Dios son paralelos y más o menos equivalentes. El apóstol Pablo no dudaría en afirmar, por ejemplo, que «Si hay alguien en Cristo… Nueva creación, lo antiguo desapareció. Mira: todo es nuevo» (2 Co 5,17).
    - Por otra parte, ya hemos visto en otra lección que para la manera de entender las cosas en tiempos bíblicos, la materialización visible del espíritu no despertaba ninguna sorpresa. En este caso tenemos «lenguas como de fuego», un concepto especialmente ameno a la concepción del espíritu como luz, donde los astros, el sol y la luna eran todos seres espirituales por definición y la luminosidad, una característica esencialmente «espiritual». Una vez que la mención del ruido de un viento extraordinariamente fuerte hubo de suscitar una asociación de ideas con el cruce del Mar Rojo, esta aparición de luminiscencias como de fuego tenía que recordar también la columna de fuego de noche (y columna

de humo de día) que amparó y acompañó a los israelitas al cruzar el Mar Rojo y en el desierto. Pero ahora —¡oh maravilla!— esa iluminación del espíritu se ha individualizado en cada persona presente.

> *La creación de la Iglesia mediante esta efusión extraordinaria del Espíritu de Dios no es menos significativa, entonces, que la creación de Israel o la creación de la naturaleza.*

- A primera vista, la mención de la capacidad sobrenatural para hacerse entender en todas las lenguas representadas allí en ese momento, parecería la inversión del episodio de «La torre de Babel», cuando Dios había sembrado el caos entre la humanidad, al dar a distintas personas el hablar en idiomas distintos e ininteligibles entre sí. Así, ahora, Dios conseguiría el efecto contrario: que todos los presentes entiendan, a pesar de venir de distintos puntos de la tierra. Pero el caso es que todos estos «representantes» de distintos puntos geográficos *son judíos* —es por eso que han peregrinado a Jerusalén. El énfasis parecería recaer, entonces, en que la noticia de lo sucedido este día —y el mensaje de explicación que da Pedro (se supone que en arameo o griego)— se difundirá a todas las comunidades judías esparcidas por el mundo. Hacia finales de nuestro capítulo se habla de tres mil personas (judíos, naturalmente) que aceptaron el mensaje de Pedro ese día y se bautizaron, tres mil personas de las que no se vuelve a saber nada en el libro de Hechos. Serían, en ese caso, tres mil peregrinos judíos de todo el mundo, presentes en Jerusalén para la festividad de Pentecostés, que volverán cada cual a su comunidad de origen con este mensaje.

♦ Si esto es así, si estas personas proceden de todo el mundo y se supone que volverán a sus tierras de origen para compartir este

mensaje en sus comunidades judías, entonces resulta de especial interés analizar el contenido del discurso de Pedro. Pedro habla fundamentalmente de Jesús, el único «dato» a añadir a las convicciones sostenidas en común por todos los judíos. Empieza con la profecía de Joel que anuncia un derramamiento del Espíritu sobre todo tipo de personas: ancianos, naturalmente, pero también jóvenes; libres y aristócratas, naturalmente, pero también esclavos —y también, expresamente, mujeres de todas estas divisiones sociales. Esto es lo que el gentío, que se ha reunido por el alboroto creado, puede observar con sus ojos y oír con sus oídos.

Hoy día nuestra manera de concebir del cielo es hondamente diferente. Sin ir más lejos, hoy pensamos que quien subiera al "cielo" sin oxígeno y traje de astronauta, se moriría al instante.

Sin embargo el cumplimiento de la profecía de Joel sólo es posible si es que ha llegado el Mesías de Israel. ¿Quién es, entonces, esa persona, el Mesías que ha llegado? Pedro recurre al libro de Salmos para indicar que el propio David no pudo ser el auténtico Mesías, puesto que murió y su cuerpo se pudrió como los de todos los mortales. Volveremos a David más adelante, para entender por qué se acuerda Pedro de él al hablar del Mesías. De momento, Pedro identifica a Jesús, cuyas obras él supone que todos conocen, pero de quien Pedro desea destacar dos datos: En primer lugar, él y los demás apóstoles aquí presentes dan fe, como testigos oculares, de que Jesús, aunque lo mataron, no fue abandonado en el Hades ni su carne se pudrió, sino que resucitó.

En segundo lugar, también son testigos oculares de que ascendió al cielo. Esto es algo que ya había contado Lucas en Hechos, capítulo 1, y que para la imaginación de aquella era suponía un problema bastante menor que el hecho de la resurrección. La frontera entre

cielo y tierra era «transparente» y suponiendo que hubiera alguna manera de ascender, no era difícil imaginar la vida humana en el cielo puesto que el cielo era, por definición, el lugar del aire y de la luz, del espíritu y por tanto de la vida. En el cielo tenía Dios su morada y su trono y por tanto el cielo es un lugar de vida y poder, no de muerte y «espacio» vacío. Puestos al caso, los judíos tenían conocimiento de que ya antes que Jesús, Enoc y Elías también habían ascendido vivos al cielo.

Hoy día nuestra manera de concebir del cielo es tan hondamente diferente, que la imaginación nos abandona y nos llenamos de perplejidad a la hora de figurarnos qué puede querer decir todo esto. Desde luego, quien subiera al «cielo» sin oxígeno y traje de astronauta, nosotros entendemos que muy rápidamente se moriría. Estamos obligados a atribuir a esta escena significados simbólicos y figurados, donde los primeros lectores de Hechos no veían ningún problema aparte del más obvio: la necesidad de aceptar que este Jesús —que todos sabían crucificado— fuese la persona privilegiada que resucita y asciende vivo hasta el cielo donde está el trono de Dios.

Entiéndase esto como se entienda, es precisamente Jesús quien, desde el cielo, envía ahora su espíritu que se manifiesta tan visible y audiblemente entre sus seguidores, que es lo que vienen a querer explicar estas palabras de Pedro.

♦ Pero «enviar» el Espíritu de Dios no es una acción cualquiera. Las personas, naturalmente, podían «enviar» su propio espíritu, es decir su aliento, con el sencillo acto de soplar. Pero el espíritu de cada cual es de uno mismo, por definición, y no cabe imaginar que nadie aparte de Dios mismo pudiera «enviar» el Espíritu de Dios. Llegamos así al meollo de la cuestión, la frase con que Pedro resume adónde quería venir a parar: «Sepa sin lugar a dudas, entonces, toda la familia de Israel, que Dios ha establecido como Señor y Cristo a este Jesús que vosotros crucificasteis».

- La palabra «Señor» tiene en el griego original connotaciones parecidas a dos de las que tiene en castellano. Uno de esos sentidos es el de «Señor» como soberano feudal. Ahora bien: «Señor» por excelencia en el mundo romano, además de «Rey», era el Emperador Romano. Llamar a Jesús —¡un judío crucificado!— con ese título tenía que chirriar en los oídos de cualquiera y suponía poner patas arriba todo el entramado social en que se basaban la paz y prosperidad de la civilización.

¡Escuchar proclamar a Jesús con ese título imperial tenía que despabilar a los oyentes como una bofetada! Cuando Pedro empleó este título en las calles de Jerusalén, hay que suponer que el rumor de ello no tardó en llegar hasta Pilato.

Pero no se llegaba a «Señor» o Emperador por casualidad. Existía la convicción de que el orden social era profundamente justo y que cada cual acababa en el lugar social que por su valía personal y su sangre se merecía. No faltaban novelitas y obras de teatro que confirmasen estas realidades: cuentos sobre personas de sangre noble o real que, separados de su familia al nacer y criados entre campesinos, acababan demostrando con hechos su auténtica valía y llegaban al poder a pesar de todos los obstáculos. Entre tanto, los esclavos eran naturalmente inferiores: su propia esclavitud ponía claramente en evidencia esa inferioridad. Y sólo un ser humano excepcional, cuya sangre y cuyos méritos se entremezclaban con la mismísima divinidad, podía acabar en el trono imperial. Si no en Roma misma, en la parte más oriental del Imperio el culto al César entre el panteón de los dioses estaba en pleno auge cuando se redactó el Nuevo Testamento. De manera que llamar «Señor» —es decir *soberano*— a Jesús, se escuchaba como poco menos que una declaración de su divinidad.

Naturalmente, el monoteísmo de los judíos les impedía atribuir divinidad al César. Sin embargo, curiosamente, desde que se realizó la traducción de la Biblia Hebrea al griego en el siglo III a.C., los judíos estaban acostumbrados a entender el Nombre de Dios, allí donde en sus Biblias griegas ponía «el Señor». De hecho, esta costumbre viene ya desde los hábitos de lectura de la Biblia en hebreo, donde los judíos hasta el día de hoy dejan sin pronunciar el Nombre y en su lugar pronuncian las palabras «mi Señor». (Y si un texto bíblico, como típicamente Ezequiel, pone expresamente «El Señor Yahveh», sencillamente se dice: *Adonai haShem*, es decir: «Mi Señor, el Nombre», o *Adonai baruc haShem*, «Mi Señor, bendito sea su Nombre».) Entonces a los oídos judíos, no menos que a los paganos, declarar «Señor» a Jesús era rozar en llamarle Dios.

Tanto más, cuanto que Pedro dice de Jesús, que había sido él quien había enviado el Espíritu de Dios ese día de Pentecostés.

David era el prototipo y el ejemplo de todo lo que los judíos aspiraban cuando soñaban con la venida del "ungido" del Señor. Con David como su caudillo, los israelitas habían vencido a los filisteos.

- La palabra griega «Cristo», *Mesías* en hebreo, «Ungido» en castellano, es otra afirmación más de su realeza. El «ungido» por excelencia, en la historia de Israel, había sido David. David era el prototipo y el ejemplo de todo lo que los judíos aspiraban cuando soñaban con la venida del «ungido» del Señor. Con David como su caudillo, los israelitas habían podido organizarse militarmente para vencer por las armas al enemigo que los había tenido en jaque durante generaciones, los filisteos. Con David había concluido ese período de ignominia nacional bajo el yugo de «incircuncisos», que hasta se habían atrevido a robarles el Arca del Pacto, su talismán de guerra desde los tiempos de Moisés. Los oyentes de Pedro aquel día de Pentecostés en Jerusalén, sabían bien que su pueblo estaba otra vez padeciendo la afronta, la ignominia y el yugo violento, de los romanos. Tan incircuncisos como los filisteos, sus costumbres y moral tan abominables, su orgullo militar tan aplastante como la facilidad con que presumían de la superioridad universal de sus dioses.

  El anhelo de un «Cristo», entonces, tenía tanto de político y de reivindicación social y nacionalista, como de religioso. Desde luego, las dimensiones religiosas estaban inextricablemente entretejidas con las dimensiones políticas, sociales y económicas. Como en los tiempos de Ez 36, había que entender que la opresión romana que sufrían Judea y Jerusalén constituía un clarísimo insulto a Dios. Eran a la vez un castigo divino de los judíos y por culpa de la necesidad de ese castigo, también una «profanación» de la reputación de Dios entre las naciones. ¡Quién no suspiraba anhelando el día cuando Dios se dignara suscitar

otro «Cristo» como su ungido, David, que hiciera cambiar las tornas contra Roma!

Pedro alega, sin embargo, que el Mesías ya ha llegado. Obviamente, su trono no está en Jerusalén, ni emanan sus órdenes desde el alcázar de los romanos que hacía sombra al Templo. Según Pedro, el trono al que había ascendido en fulgurante coronación, ni siquiera estaba en esta tierra sino en el mismísimo cielo, donde el trono de Dios. Las nociones de la época podían admitir el ascenso a los cielos de un César al morir, para brillar allí entre los demás astros. Pero Pedro está alegando que Jesús ha ascendido en vida a gobernar desde el cielo activamente, enviando desde allí el Espíritu de Dios repartido entre todos los que quieran seguirle y así poner en marcha una Nueva Era de reinado mesiánico, a todos los efectos lo mismo que un reinado directo de Dios.

El desparpajo de Pedro es impresionante, al atribuir estos títulos a un profeta harapiento, de linaje desconocido, crucificado por los romanos como tantos otros judíos de procedencia vulgar.

¡Desde luego, el desparpajo de Pedro es impresionante! Especialmente si aquel de quien alega todo esto, no es más que un profeta harapiento, de linaje desconocido (Pedro no considera que interese referirse a la «sangre» de Jesús), a quien los romanos han crucificado como a tantos otros miles de judíos insolentes, toscos y de sangre vulgar. La propia Biblia de los judíos declaraba la maldición de Dios sobre cualquiera que era «colgado desde un árbol» —una forma antigua de humillar los cadáveres de los derrotados, pero que podría entenderse de aplicación también a la cruz romana. Si de un judío crucificado Dios se había apañado este «Señor» y este «Cristo» viviente, el mundo estaba de verdad

> patas arriba, y bien se podía pensar que estamos ante una Nueva Creación. Una Nueva Creación tanto o más significativa que la creación de Israel a partir de esclavos fugados.

Como declaración de esperanzas a pesar de la condición caída de la humanidad, pocos textos resultan tan luminosos como el capítulo 2 de Hechos. Tampoco tienen desperdicio —como esperanza para la humanidad— las consecuencias prácticas de esta proclamación apostólica, tal cual se narran en los últimos versículo, 43-47.

TEMA 4. ROMANOS 5-6

En estos capítulos Pablo aborda en otros términos y con otros conceptos la diferencia creada por la vida y obra de Jesús. Notarás que en los primeros versículos de nuestra próxima lectura, figura precisamente la idea de la esperanza. Como en este capítulo lo que nos ocupa es la esperanza a pesar de la caída de la humanidad, vas a querer prestar especial atención —una vez más— a todo aquello que te parezca esperanzador.

> *Hechos personas justas, entonces, tenemos paz con Dios gracias a la fidelidad, por nuestro soberano Jesús Ungido, por quien hemos obtenido entrada en fidelidad, a este trato de favor en que nos encontramos. Así que estamos de enhorabuena por la esperanza del resplandor de Dios. Y no sólo eso sino que seguimos de enhorabuena aunque suframos, sabiendo bien que el sufrimiento genera la capacidad de resistir y la capacidad de resistir, un carácter probado; y el carácter probado, la esperanza.*
>
> *Pero es una esperanza que no desembocará en vergüenza, por cuanto el amor de Dios se ha derramado sobre nuestro intelecto gracias al aliento sagrado que hemos recibido. Porque Ungido, siendo nosotros todavía débiles, cuando llegó el momento, murió por los infieles.*
>
> *Desde luego ya es difícil que alguien muera a cambio del justo —aunque es posible que alguien se atreva con la muerte a cambio del bueno. Sin embargo Dios contrasta su propio amor por nosotros porque Ungido, viviendo nosotros todavía en el error, murió a cambio de nosotros. Cuánto más entonces, puesto que gracias a su sangre vivimos ahora como es justo, nos salvaremos gracias a él de la furia. Porque si siendo enemigos Dios nos reconcilió consigo al morir su hijo, con más razón, estando ya reconciliados, hallaremos salvación al vivir él.*

No sólo eso sino que además estamos de enhorabuena en Dios gracias a nuestro soberano Jesús Ungido, por medio de quien hemos recibido ahora la reconciliación.

Por esto mismo, como el error entró al mundo por medio de un ser humano y por motivo del error la muerte, así también llegó la muerte a todos los seres humanos —por cuanto todos han vivido erradamente. Antes de la ley ya existía el vivir erradamente, aunque no se tiene en cuenta como error mientras no haya ley. Sin embargo la muerte gobernó desde Adán hasta Moisés, incluso en los que no erraron de la misma forma que la infracción de Adán, que es contrafigura de aquel que vendría a la postre.

Pero no es igual lo que sucede con el trato de favor que con el delito. Porque si por culpa del delito cometido por esa persona se han muerto muchos, tanto más efecto tiene el trato de favor divino y la generosidad de esta otra persona, Jesús Ungido, para todos ellos. Ni tampoco es esta generosidad como aquel error inicial. Porque si en un caso el juicio es condenatorio, en el caso de la generosidad es exculpatorio de muchos delitos. Entonces si con el delito único de una única persona gobierna la muerte, tanto más efecto tienen el trato de favor y la generosidad que gobiernan en la vida por medio de esta otra persona: Jesús Ungido.

Por consiguiente, así como por culpa de un delito inicial todos los seres humanos han sido condenados, así también por una única acción justa, todos los seres humanos pueden vivir como es justo. Porque así como la desobediencia de una única persona viene a constituir el error vital de los demás, así también por la obediencia de una única persona quedan los demás capacitados para la justicia.

Aunque la ley entró para poner en evidencia el delito, el trato de favor se manifiesta especialmente eficaz precisamente allí donde ha quedado en evidencia el error. De manera que así como la muerte es la evidencia del gobierno del error, así también el gobierno del trato de favor se ve en la capacitación ilimitada para vivir como es justo, gracias a nuestro soberano, Jesús Ungido.

¿A qué conclusión nos lleva esto, entonces? ¿Vamos a mantenernos en el error para resaltar la eficacia del trato de favor?

¡En absoluto!

Los que estábamos muertos por culpa del error, ¿cómo íbamos a revivir manteniéndonos en él? ¿Acaso ignora alguien que los que nos hemos bañado de Ungido Jesús nos hemos bañado de su muerte? Porque fuimos enterrados en la muerte juntamente con él por medio

del baño, para que así como Ungido se alzó de entre los muertos gracias al resplandor del Padre, así también nosotros adoptemos una nueva forma de vida. Porque si hemos padecido la igualdad de su muerte, también al contrario con su resurrección, sabiendo esto: Que nuestra vieja humanidad fue crucificada conjuntamente para destrucción del cuerpo del error, para liberarnos de la esclavitud al error porque el que ha muerto, ya tiene ajusticiado el error.

Entonces, si hemos muerto juntamente con Ungido, nos fiamos de alcanzar a vivir con él, sabiendo que Ungido, después de alzarse de entre los muertos, ya nunca más muere. La muerte ya no lo gobierna.

Por consiguiente quien ha muerto, al error ha muerto de una vez por todas; mientras que quien vive, vive en Dios. Así también consideraos vosotros mismos estar muertos en cuanto al error, mientras que vivos en Dios gracias a Ungido Jesús.

Entonces, que no gobierne más el error en vuestros cuerpos mortales para obedecer sus caprichos ni entreguéis vuestros miembros al error como instrumentos de injusticia. Al contrario, entregaos vosotros mismos a Dios —vivos de entre los muertos— y entregad vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia porque el error ya no os gobierna, por cuanto no estáis bajo la ley sino bajo el trato de favor.

Entonces, ¿qué? ¿Vamos a vivir en el error porque ya no estamos más bajo la ley sino bajo el trato de favor?

¡En absoluto!

¿Acaso ignoráis que según a quién os entregáis como esclavos para obedecer, de ese seréis esclavos y a ese obedeceréis —tanto al error hasta alcanzar la muerte como a la obediencia hasta alcanzar la justicia? Pero gracias a Dios, siendo vosotros esclavos del error, tuvisteis sin embargo el atino de obedecer conforme al ejemplo que os fue enseñado, librándoos así del error, para poder abrazar la esclavitud a la justicia.

Hablo en términos así de humanos de las limitaciones de vuestra existencia: de que así como entregabais vuestros miembros a la esclavitud de la contaminación y del delito, para delinquir, así también entreguéis ahora vuestros cuerpos a la esclavitud de la justicia, para ser especiales. Por consiguiente, mientras erais esclavos del error, estabais libres de las obligaciones de la justicia, ¿y qué beneficio os daba? Cosas de las que ahora os avergonzáis, porque todo eso conduce a la muerte.

Pero ahora, liberados del error, os sometéis a Dios y obtenéis el beneficio de ser especiales. Cosas que conducen a la vida ilimitada.

De manera que el error lleva a la muerte mientras que el trato de favor de Dios, a la vida ilimitada en nuestro soberano Ungido Jesús.

Una vez más tengo que recordarte que aquellas ideas, observaciones y sensaciones que te ha producido esta lectura te serán tanto o más útiles que mis comentarios a continuación. Estos comentarios míos en absoluto pueden considerarse definitivos ni una «última palabra», sobre un texto como Romanos, que ha sido objeto de estudios concienzudos por parte de teólogos innumerables.

Por cierto, aquí como en general, tomar uno o dos capítulos y estudiarlos por separado del resto de la argumentación de su autor, es hasta cierto punto un disparate. Pablo concibió de su carta a los Romanos como un todo y seguramente se leía en las iglesias primitivas de corrido en voz alta. El efecto final de *oír* la carta (no leerla con la vista) *de principio a fin*, es muy diferente al efecto que puede tener detenernos a estudiar estos pocos párrafos cogidos al vuelo desde el medio de la carta.

Hechas estas puntualizaciones, entremos en materia:

En primer lugar, me parece interesante aquí el tema de la comparativa entre Adán y Cristo. Ya habíamos visto algo de esto en el Capítulo primero, donde observábamos que en la genealogía de Jesús que nos ofrece Lucas, el énfasis pareciera recaer en un cierto paralelismo entre Adán y Cristo en cuanto «hijos» de Dios. Cristo sería el «nuevo modelo» de humanidad, el ser humano tal como Dios pretendía en un principio que fuese. En ese sentido, Cristo sería —si fuera posible— más humano que el propio Adán, puesto que por efecto del pecado, Adán (y toda la humanidad posterior) es *menos* —o al menos *distinto*— que como fue creado inicialmente. En Jesús vemos desarrollado plenamente todo el potencial de lo que supone ser cabalmente humanos, creados a imagen y semejanza de Dios mismo. La tragedia de la humanidad es que Jesús fuese una persona excepcional, en lugar de típica.

Pero esto es, precisamente, lo que Dios ahora pretende solucionar. Esta es la esperanza cristiana: que la vida de Jesús no sea excepcional sino típica.

Seguramente habría otras maneras de detallar la argumentación de Pablo en estos capítulos, pero te ofrezco la siguiente:

En cuanto una persona ha pecado, todo el entramado social humano está corrompido por el pecado y toda la humanidad es a la vez víctima del pecado y también pecadora. Nadie puede abstraerse de esa realidad.

- Puesto que en la narración bíblica el pecado entró a la creación por un solo hombre, Adán, basta también un solo hombre, Cristo, para que entren la gracia y «el don de Dios» (Ro 6,12-15). Es interesante aquí —quizá importante— que no se achaquen las culpas a Eva o a la mujer en general, como era más o menos típico en la época de Pablo. Nos indica que Pablo no está aplicando literal o mecánicamente la narración de Gn 3, sino que está pensando en general acerca de realidades humanas. El pecado es insidioso. En cuanto una persona ha pecado, todo el entramado social humano está corrompido por el pecado y toda la humanidad es a la vez víctima del pecado y también pecadora. Nadie puede abstraerse de esa realidad. Nuestra humanidad es una humanidad inseparable y solidaria con el resto de la humanidad, con la que compartimos unas mismas esencias. Nadie es una isla, estamos todos en relación; y desde que existe el pecado, ese relacionarnos es a la vez lo que nos hace semejantes a Dios (a tenor de Gn 1,27) y lo que nos corrompe.
- Los efectos de la justicia de Jesús *no pueden ser menores* que los efectos del pecado de Adán. ¡Para Pablo, si el pecado es contagioso, la santidad lo es más! Los efectos de la vida justa de Jesús tienen que ser también contagiosos, también comunicables a otras personas que compartan con Jesús una misma humanidad, en este caso una humanidad renovada —o nueva humanidad— conforme al modelo de Cristo, no el de Adán.
- La ley es parte de la dinámica del pecado. La ley sólo es necesaria donde hay pecado. Si no estuviésemos corrompidos por el pecado, está claro que nuestra libertad sería absoluta ya que nuestras elecciones y decisiones libres jamás derivarían en pecado (desde que

el pecado no existe) y sólo darían frutos de justicia. Sin embargo esa no es nuestra realidad como humanidad. Viviendo por necesidad en un mundo corrompido por el pecado estamos sometidos necesariamente a la ley, porque si no hubiese ley nada garantizaría que nuestras elecciones vayan a ser justas. Sin embargo la ley es débil para estos efectos. ¡Es una buena guía, pero sirve de muy poco una buena guía a la que no se hace caso! El efecto es que el pecado «sobreabunda» (Ro 5,20), en el sentido de que sigue siendo el mismo pecado de siempre, pero desde que hay ley el pecado es *a sabiendas*, lo cual es peor que si fuese por ignorancia.

Aquí es importante la argumentación de Pablo en el capítulo 6. Si en efecto hemos sido transformados, si de verdad estamos hechos nuevos conforme al patrón de Cristo y no el de Adán, somos libres de hacer lo que queremos —es decir, vivir conforme a la gracia o el don de Dios. Pero eso jamás puede producir el que vivamos de una manera contraria a la ley —en pecado— puesto que el propósito de la ley era contrarrestar los efectos del pecado. Libres de los efectos del pecado, nuestras decisiones no están sometidas a la ley pero tampoco serán en ningún caso contrarias a la ley. Porque la ley persigue el mismo fin que ahora nos ha sido conseguido mediante la gracia: es decir, vidas justas delante de Dios y en relación con el prójimo.

La única manera que alguien pueda cambiar de identidad, dejar de pertenecer al grupo social en el que ha nacido y del que deriva su identidad personal, sería —a todos los efectos— lo mismo que morir y volver a nacer, ahora en otro entorno social y por tanto con otra identidad.

Puesto que hemos sido liberados de la «esclavitud al pecado», como personas plenamente libres para vivir conforme a la justicia de Dios sin otros condicionamientos contrarios, nuestra propia naturaleza libre producirá necesariamente obras de justicia. Otras conductas denunciarían el que siguiéramos condicionados por la esclavitud al pecado, necesitados todavía de la liberación y transformación según el modelo de la nueva humanidad en Cristo.

Esta es, al menos, la esperanza. La esperanza de participar plena y cabalmente en esta nueva humanidad. A Pablo le quedan todavía bastantes explicaciones que hacer a manera de puente entre nuestra realidad presente y la esperanza que se nos promete. Volveremos a algunas de esas explicaciones en el próximo Capítulo, donde veremos —entre otros textos— los capítulos 7 y 8 de Romanos.

- Entre tanto, podemos observar cómo nos son aplicados los efectos de regeneración o transformación que derivan de la justicia de Jesús, tal cual los explica Pablo en la primera mitad del capítulo 6.

Lo primero que hay que recordar es que la idea de una conexión directa de cada ser humano, tanto con Adán como con Cristo, es mucho más fácil de concebir para las personas de la antigüedad que para los occidentales individualistas modernos. Al igual que muchas sociedades hoy día, los antiguos entendían que la identidad de la persona nunca era algo individual sino siempre compartida con el grupo social al que uno pertenece. Se entendía que los vínculos de relación, en primer lugar de familia y parentela y clase social, luego también de etnia o conjunto de personas con una misma cultura, lengua y origen geográfico, explican todo lo que es necesario conocer sobre la persona. La psicología sólo podía ser un invento moderno, donde a alguien se le pueda ocurrir que para conocer a fondo a la persona y cuáles sus motivaciones y características personales, hace falta hurgar en su interior personal en lugar de conocer a qué grupo social pertenece. Cuando los hijos heredan de sus padres la tierra que labrarán o su oficio en caso de no ser campesinos, el rango social (y por tanto las responsabilidades sociales) en caso de la nobleza o el sacerdocio, ¿qué puede importar lo que piense interiormente el individuo? Piense lo que piense y opine como opine, está obligado a actuar en conformidad con quien de verdad «es», según lo que toda la sociedad espera de él o de ella. En el caso de la abultadísima minoría de esclavos, las motivaciones interiores y opiniones personales cuentan menos todavía: su identidad y sus conductas vienen determinadas por su relación con su propietario.

Esto quiere decir que la única manera que alguien pueda cambiar de identidad, dejar de pertenecer al grupo social en el que ha nacido y del que deriva su identidad personal, sería —a todos los efectos— lo mismo que morir y volver a nacer, ahora en otro entorno social y por tanto con otra identidad. Pablo escoge hacer aquí, entonces, en la primera mitad del capítulo 6, una asociación de ideas entre (1) la muerte y resurrección de Jesús, (2) el ritual del bautismo cristiano, y (3) la necesaria muerte y volver a nacer que es la única condición donde sea posible pasar a pertenecer a la nueva humanidad no «adánica» sino «crística».

Ahora bien, Cristo toma la iniciativa por su nacimiento en la raza humana, de donde su identidad con nosotros es plena. Nacido a esta humanidad «adánica» que sufre las consecuencias del pecado, Cristo padece necesariamente la muerte. Si el pecado no le pudo afectar en cuanto corrupción moral, es decir la activación del pecado en obras de pecado cometidas por él, sí le afecta en sus consecuencias: Cristo padece las enemistades y rivalidades, críticas y habladurías, el rechazo social y al final hasta la muerte que es propia de la vida humana adánica. No es una muerte cualquiera, es la crucifixión: el arma más brutal de un imperio brutal, cruel y violento, que deshumaniza sistemáticamente a sus súbditos. Es una ejecución: una muerte social, provocada por los que le odian, no una muerte «natural». Así Cristo se ha identificado con nosotros, la humanidad adánica, entonces, padeciendo las *consecuencias* del pecado, ya que no cometiendo el pecado en sí.

Si esto fuese todo, estaríamos divididos a partes iguales. Por una parte seguiríamos compartiendo la naturaleza adánica de la humanidad caída, aunque también compartiendo la naturaleza crística de aquel que identificándose con nosotros, nos identifica a nosotros con él. Podríamos decir que esta es la condición en que se encuentra toda la humanidad a partir de Cristo. La única manera de romper el vínculo con la naturaleza adánica es la muerte.

Y aquí es donde el bautismo cobra una significación que no tuvo en sus inicios como baño de purificación judío adaptado por Juan el Bautista. Para él, para Juan, el bautismo era sencillamente un signo de arrepentimiento a manera de preparación para la llegada del Mesías. Pero Pablo aquí (Ro 6,3-11) asocia el sumergimiento en el agua con la muerte de Jesús. En ese sumergimiento morimos y somos sepultados. Es una muerte simbólica porque la muerte real ya la padeció Cristo por nosotros. En él sí, como no puede ser nunca a la

perfección en nosotros en esta vida, la muerte significó la ruptura de toda conexión con el pecado —ya ni siquiera sus consecuencias y efectos pasivos. Habiendo muerto y resucitado, la muerte ya no tiene ningún poder sobre él.

> *Al emerger del agua bautismal, hemos muerto simbólicamente a la naturaleza adánica pecadora y ahora volvemos a nacer con un único punto de referencia social del que a la postre derivaremos nuestra identidad: Cristo.*

Al emerger del agua bautismal, nosotros hemos muerto simbólicamente a la naturaleza adánica pecadora y ahora volvemos a vivir —volvemos a nacer— con un único punto de referencia social del que a la postre derivaremos nuestra identidad: Cristo y todos aquellos que, como nosotros, están «en Cristo».

Lo importante aquí es cómo el símbolo del bautismo pudo efectuar en los primeros cristianos una auténtica transformación de la identidad. El efecto de este símbolo hubo que reforzarlo con un programa de resocialización de larga duración. Las enseñanzas y parábolas del Reino que se recordaban de Jesús, y la doctrina de los apóstoles —de las que el Nuevo Testamento es un muestreo representativo— tuvieron que ser inculcadas machaconamente para que la gente hiciera realidad lo que en teoría ya se había simbolizado: que uno ya no derivaba su identidad personal de su familia, etnia, clase social o país de origen, sino de Cristo y de «los santos».

El efecto procurado, en cualquier caso, era que derivando su identidad personal de Cristo y ya no del entorno social al que uno había nacido, se entendiese que uno quedaba libre de los efectos corruptores del pecado en cuanto a moral y conducta, ya que todavía no de los efectos del pecado de las demás personas —y en última instancia, de la muerte biológica. Como le sucedió a Jesús de Nazaret, siguen actuando sobre nosotros aquellos efectos de nuestro haber

nacido en una humanidad caída. Pero ya no estamos condicionados e imposibilitados por el pecado en cuanto a nuestra conducta. Hemos sido liberados para ahora vivir una vida agradable a Dios y de amor al prójimo. Lo que procuraba —pero sin jamás conseguirlo— la ley, ahora es posible por la gracia, por puro «don» de Dios por medio de Jesús.

Esto nos lleva a una última anotación:

La psicología del ser humano occidental moderno probablemente no tiene vuelta atrás. No sé si sea posible —ni tengo claro que sea deseable— volver a una concepción de la persona donde lo que cuenta no sean los sentimientos y las opiniones interiores del individuo, sino el grupo social al que pertenece. La labor que nos quedaría pendiente, entonces, una vez que empezamos a comprender la argumentación de Pablo en estos capítulos, sería cómo explicarnos los seres humanos individualistas modernos, qué es exactamente lo que tiene que ver con nosotros la vida, muerte y resurrección de Cristo. ¿En qué sentido tiene efectos transformadores sobre nosotros? Naturalmente, esta es una de las cuestiones de fondo que tocan los teólogos de nuestra era y te aseguro que han explorado muchas vías muy diferentes para abordar el tema.

Pero el que otros lo estén intentando, no te exime a ti de tratar de explicarte en qué sentido el hecho de Cristo supone una transformación real en la naturaleza humana de cada creyente, en este mundo tan diferente del de aquella era: Un mundo hecho de individuos cuya identidad reside en su psicología personal interior, que no ya en su entorno social exterior.

Quizá una pista a seguir sea sencillamente la palabra «esperanza», que es el tema del capítulo presente. ¿Qué esperanza nos ofrece el hecho de Cristo a los seres humanos de nuestra era?

TEMA 5. 1 CORINTIOS 15

Nos dirigimos ahora a otra de las cartas del apóstol Pablo para recoger muchas de las mismas ideas, aunque ahora con el aditamento claro de su explicación del lugar que tiene la resurrección de los creyentes en su manera de concebir la salvación que deriva de identificarnos con Cristo, que ya no con Adán. De momento, has de notar que Pablo no dice nada aquí sobre una resurrección general de todos los

seres humanos, una idea que sería difícil de correlacionar con su concepción —que él aquí explica— de la resurrección como efecto culminante de la creación de una nueva humanidad según el modelo de Cristo.

Os reitero, hermanos, la buena noticia que ya os anuncié tocante al reino. Es una noticia que recibisteis de buena gana y en la cual os mantenéis constantes, por la que además os estáis salvando; en cuyo anuncio os informé que si la reteníais, no sería en balde vuestra fidelidad.

Porque os hice entrega, al principio, de lo que yo mismo había recibido: Que Ungido murió por nuestros errores según los escritos, que fue enterrado y resurgió al tercer día según los escritos, que lo vieron Kefás y los doce. Después lo vieron más de quinientos hermanos a la vez —de los cuales la mayoría siguen vivos, aunque algunos ya «duermen». También lo vieron Jacobo y después todos los emisarios; y a la postre, como uno que nace después de cuentas, lo vi yo también.

Porque yo soy el último de los emisarios, hasta tal punto que no soy digno de ser tenido por emisario, por cuanto perseguí a los escogidos de Dios. Pero gracias al trato de favor de Dios soy lo que soy; y su trato de favor hacia mi persona no ha sido en balde sino que, al contrario, me he esforzado mucho más que cualquiera —aunque el mérito no es mío sino del propio trato de favor de Dios conmigo.

El caso es que esto mismo anunciamos tanto yo como ellos, y de esto mismo os fiáis.

Ahora bien: Si se anuncia que Ungido resurgió de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no existe el restablecerse de entre los muertos?

Pero si el restablecerse de entre los muertos no existe, entonces Ungido tampoco resurgió. Pero si Ungido no resurgió, se deduce que nuestro anuncio está vacío de contenido y que vuestra fidelidad es en vano. Luego se deduce también que testificamos mentiras acerca de Dios, porque nuestro testimonio acerca de Dios es que hizo resurgir al ungido, cuando resulta que los muertos no resurgen —porque si los muertos no resurgen, tampoco Ungido ha resurgido. Pero si Ungido no ha resurgido, vuestra fidelidad es inútil —seguís en vuestros errores. Por consiguiente también los que «duermen» en Ungido están perdidos.

Si en esta vida presente nuestra única esperanza es en Ungido, somos los más desdichados de los humanos; pero ahora Ungido sí que

ha resurgido de entre los muertos, como anticipo de los que «duermen».

Por consiguiente, por culpa de un hombre existe la muerte y gracias a un hombre existe el restablecerse de entre los muertos. Porque así como en Adán todos se mueren, así también en el ungido todos serán revivificados, cada cual según su orden: Al principio, Ungido; después, los que son del ungido, en su presencia; y entonces el desenlace final, cuando él entregue el gobierno al Dios y Padre, cuando quedará desarticulada toda autoridad y todo poderío. Porque es necesario que él gobierne hasta que todos los enemigos queden sometidos bajo sus pies.

El último enemigo que será desarticulado es la propia muerte.

Porque «Lo ha sometido todo bajo sus pies». Aunque al poner que todo se ha sometido, naturalmente se exceptúa a Aquel que lo somete todo. Sin embargo cuando se le haya sometido todo, entonces el mismo Hijo también se someterá a Aquel que le ha concedido ese sometimiento, con el resultado de que Dios lo sea todo en todo.

Entonces, ¿qué harán los que se bañan en representación de los muertos? Si en cualquier caso los muertos no resurgen, ¿por qué se están bañando también por ellos? Y nosotros, ¿por qué correr tanto peligro a toda hora? Todos los días me estoy muriendo. Que sí, hermanos, por el orgullo que os tengo en nuestro soberano Ungido Jesús. Cuando en Éfeso luché cuerpo a cuerpo con fieras, ¿de qué me sirvió? Por cuanto los muertos no resurgen, «Comamos y bebamos, que mañana nos morimos».

No os dejéis engañar: «Las malas compañías echan a perder las buenas costumbres». Entrad en justa razón y no erréis, porque algunos padecen desconocimiento de Dios —atentos a lo que digo.

Sin embargo alguno dirá: ¿Cómo es que resurgen los muertos y en qué cuerpo vendrán?

¡Ignorante! Cuando siembras, no genera vida sin antes haber muerto; y lo que siembras no es el cuerpo que vendrá de la siembra sino un grano desnudo, tal vez trigo —o cualquier cultivo. Pero Dios le da cuerpo como él quiso, y a cada semilla le corresponde su propio cuerpo.

No toda carne es la misma sino que una corresponde a los humanos, mientras que otra carne corresponde al ganado, otra carne a las aves, otra a los peces. También hay cuerpos celestes y cuerpos terráqueos —pero es muy diferente el resplandor de los celestes que el de los terráqueos. Tenemos el resplandor del sol, por una parte; por otra

parte el de la luna; por otra, el de las estrellas —aunque éstas también difieren entre sí en resplandor.

Esto mismo pasa con el restablecimiento de entre los muertos: Se siembra en proceso de putrefacción, pero resurge impoluto; se siembra en deshonra, pero resurge en resplandor; se siembra en debilidad, pero resurge en poder; se siembra un cuerpo psíquico, pero resurge un cuerpo espiritual. Por cuanto existe el cuerpo psíquico, también existe el espiritual. Esto también ya viene escrito: «El primer humano, Adán, fue hecho una psique viviente» —el postrer Adán, un espíritu generador de vida.

Sin embargo no viene primero el espiritual sino el psíquico; y sólo a la postre el espiritual. El primer humano está hecho de polvo terráqueo; el segundo humano, de polvo celeste. Según la naturaleza del polvo, así son los seres terráqueos; y según la naturaleza del celeste, así son los seres celestes. Y así como portamos ahora la semejanza del polvo, portaremos al fin la semejanza del celeste.

Pero os digo, hermanos, que ni la carne ni la sangre heredarán —ni pueden— el gobierno de Dios; ni tampoco lo podrido heredará la no putrefacción.

Atención, que os cuento un enigma: No todos nos «dormiremos», pero todos seremos transformados en un instante, en un parpadeo, cuando la última trompeta: Porque sonará la trompeta y los muertos resurgirán impolutos mientras que nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esta putrefacción sea revestida de no putrefacción y que lo mortal sea revestido de inmortalidad. Entonces, cuando esta putrefacción esté revestida de no putrefacción y esta mortalidad de inmortalidad, entonces acontecerá lo que viene escrito: «La muerte fue tragada para victoria. ¿En qué se te queda, oh muerte, la victoria? ¿En qué se te queda la herida?» Y la herida de muerte es el error, mientras que la ley es el poder del error; pero demos gracias a Dios, que nos ha dado la victoria por medio de nuestro soberano Jesús Ungido.

Por consiguiente, queridos hermanos, quedaos tranquilos y no os perocupéis. Esmeraos sin cesar en la obra del soberano; por cuanto sabéis que en el soberano, vuestro esfuerzo no es en balde.

- Una de las cosas que me llaman la atención al leer los primeros versículos de este capítulo es la idea reiterada de que todo lo esencial que Pablo dice acerca de Jesucristo, ya venía enunciado en las Escrituras. Pareciera ser que Pablo no se considera un innovador en

su doctrina sobre la resurrección. El punto novedoso, en todo caso, que proponen Pablo y el cristianismo en general, es que esto que las Escrituras ya venían anunciando, ahora se ha cumplido en la persona de Jesús. En la medida que nuestro cometido con este estudio es «hablar sobre Dios desde la Biblia» —que no, aunque hubiera sido posible, «…desde el Nuevo Testamento»— resulta interesante resaltar que Pablo considera que lo que nosotros llamamos el «Antiguo Testamento», era fundamento suficiente desde el cual desarrollar sus afirmaciones acerca de Cristo y la resurrección.

A falta de la esperanza que nos podría infundir el testimonio de un Judas Iscariote perdonado y restaurado a apóstol, tenemos el testimonio de otro de iguales trazas: el perseguidor Saulo de Tarso, convertido en Apóstol Pablo.

- Quizá antes de entrar a desgranar la argumentación de Pablo sobre la resurrección —y la importancia de la resurrección para la totalidad de la estructura de la doctrina cristiana— merece también la pena observar lo que Pablo dice sobre sí mismo en los vv. 7-10. Esto guarda estrecha conexión con nuestro tema de la esperanza —incluso al margen del tema de la resurrección. En realidad, Pablo exagera el defecto de su pasado como perseguidor de la iglesia cuando lo considera peor que el pasado de los otros apóstoles. Los doce apóstoles escogidos por Jesús tal vez no persiguieran a la iglesia, pero en cambio habían abandonado al Señor y le habían negado en su hora más oscura. La salvación y esperanza que ofrece Dios no está destinada a personas excepcionales, entonces, a personas excepcionalmente virtuosas. Al contrario, se ofrece a personas que padecen defectos como los de las dudas y cobardía de los once o la obcecación tozuda y persecutoria de Pablo.

> La tragedia de Judas Iscariote es que se suicidase antes de la resurrección de Jesús, que previsiblemente le hubiera aclarado todas sus dudas igual que a los demás. Si Jesús lo escogió para apóstol, hay que suponer que tenía madera de apóstol; aunque como todos los demás, debía primero probar el amargo trago de los eventos de la Pasión. A falta de la esperanza que nos podría infundir el testimonio de un Judas Iscariote perdonado y restaurado a apóstol, tenemos el testimonio de otro de iguales trazas: el perseguidor Saulo de Tarso, convertido en Apóstol Pablo.

Pero el tema que nos presenta este capítulo de 1 Corintios es la esperanza de la resurrección y en ella debemos centrar ahora nuestra atención.

Desde luego el concepto de resurrección resultaba tan difícil de encajar hace dos mil años como ahora. Una cosa es que pudiesen existir leyendas acerca de figuras excepcionales que habían resucitado a alguien en particular como demostración de su poder extraordinario, leyendas que uno podía creer o no, pero que en cualquier caso resultaban ser la «excepción que confirma la regla»: el hecho de lo notable y sonada que resulta la leyenda de una resurrección como evento excepcional, tiende a reafirmar más que nunca la idea de que en general los muertos no resucitan. Así se contaba que Heracles y Asclepio en la mitología griega, luego también el sabio griego Apolonio de Tiana (más o menos contemporáneo de Jesús) —y en la Biblia, Elías y Eliseo— pudieron resucitar a individuos en situaciones excepcionales. Jesús también, puestos al caso —a la hija de Jairo, al hijo de la viuda de Naín, a Lázaro— y Pedro a Dorcas, Pablo a Tíquico— sin que ello diera pie a pensar que esto tuviera que convertirse en algo habitual, normal y generalizado.

¡A todos estos resucitados se les presupone el tener que volver a morir!

Pero con el hecho de la resurrección de Jesús tenemos, según Pablo, la confirmación del principio —principio que Pablo entiende que es bíblico, «conforme a las Escrituras»— de que la resurrección será una realidad generalizada, sin segunda muerte.

Aparte de la facción de los fariseos —y a la postre también los cristianos— la resurrección no figuraba entre las esperanzas de nadie para después de la muerte. La gente que puebla el Antiguo Testamento sostenía la idea de que los muertos descienden al Seol, del que no se sabe nada más que eso, que es el lugar de los muertos. La única esperanza que albergaban los patriarcas, por ejemplo, acerca del futuro

más allá de su muerte, era la de perpetuarse mediante su «semilla», seguir viviendo por medio de sus descendientes. Morir sin descendencia era el colmo de la tragedia, un desenlace tan imposible de tolerar, que la ley de Moisés hace provisión para que un hermano del difunto preñe a la viuda en nombre del difunto, evitando así su desaparición eterna (Dt 25,5-10).

La polémica bíblica contra el espiritismo indica que al menos en el entorno pagano circundante a Israel, existía la noción de que era posible conseguir que los muertos se manifestaran y hablar con ellos. El caso más famoso del Antiguo Testamento es el de la médium de Endor, que consultó a Samuel para el Rey Saúl (1 Sm 28). Es difícil saber qué crédito pudo tener entonces ni puede tener hoy esta historia. A fin de cuentas, el propio Rey Saúl y todos los que le acompañaron a esa sesión espiritista murieron en la batalla del día siguiente. ¡La única superviviente que pudo contar la historia fue la propia médium, que además sale extraordinariamente bien parada del relato, por lo que la Biblia nos obliga a cada lector a decidir si ella puede ser una fuente creíble sobre lo sucedido esa noche!

En cualquier caso, la idea del espiritismo encierra otra idea previa, la de que los muertos de alguna manera siguen existiendo y siguen siendo seres conscientes, con conocimientos y sentimientos. La idea de una continuidad de la vida en un plano «espiritual» no era, como ya hemos visto en algún Capítulo previo, en absoluto desconocida en la era romana en que surgió el cristianismo. En principio, más o menos se les presuponía a los emperadores y a otras personas excepcionalmente ilustres, una continuidad de su existencia en un plano paralelo al de los demás dioses y astros celestes.

En cuanto a la plebe, el campesinado y los esclavos, sin embargo, la cuestión resultaba bastante más dudosa. Desde luego, la idea de que un provinciano como Jesús, pobre, humilde, de estirpe desconocida y condenado a crucifixión, aspirase a codearse en el cielo con los césares y los dioses, tenía que ofender la sensibilidad de cualquiera persona bienpensante. Y lo mismo en cuanto a los millones de esclavos, libertos y plebeyos. La idea más corriente parece haber sido la de que para los humildes la única vida que hay es ésta. No todos compartían la filosofía epicúrea de «Comamos y bebamos que mañana moriremos», pero la cuestión de fondo —que después de la muerte no hay ningún existir— parece haber sido bastante general. Si uno estaba condenado a una vida de pobreza y miseria en esta vida y en el más allá no era concebible otra cosa —porque sencillamente no era concebible— que la continuidad de

los distingos de clase social y de privilegio, la muerte tenía que parecer más que nada una liberación de los amargores de la vida. ¿Para qué soñar con la existencia eterna del alma? ¿Para que ésta tenga que servir a los mismos señores de siempre en un más allá plagado de la misma desigualdad de siempre? La falta de ningún existir —por tanto de ningún sufrimiento— más allá de la muerte era, al contrario, la consolación a que se debían aferrar forzosamente los deudos de los difuntos.

Si uno estaba condenado a una vida de pobreza y miseria en esta vida y en el más allá no era concebible otra cosa —porque sencillamente no era concebible— que la continuidad de los distingos de clase social y de privilegio, la muerte tenía que parecer más que nada una liberación de los amargores de la vida.

Así descubrimos que la idea de la resurrección no sólo planteaba dificultades en cuanto a creérselo, sino especialmente planteaba dificultades en cuanto a que fuese algo deseable, una promesa y no una amenaza y un castigo para quienes se consolaban pensando que al morir, por lo menos dejaban de sufrir abusos y vejaciones, hambre y enfermedad, pobreza y miseria.

Pablo consigue replantear esa «amenaza» y ese «castigo» como algo positivo, sin embargo, —una promesa a la que aspirar— puesto que él sí es capaz de imaginar una existencia que no reinscriba y repita las mismas injusticias y desigualdades, los mismos sufrimientos de ésta.

De hecho, como ya hemos visto, la idea es que aquí tenemos entre manos toda una nueva creación, cuyo principal elemento es la nueva humanidad transformada o re-creada conforme al modelo de Jesús. Una

nueva humanidad que se identifica con Cristo —ya no con Adán— y que por eso, precisamente, sus cuerpos (resucitados) ya no han de morir. La muerte, a fin de cuentas, era consecuencia del pecado y sólo afectaba a los cuerpos adánicos. Con la muerte de estos cuerpos mortales, entonces, se cierra el ciclo de la dinámica originada por «la caída».

Tomando los seguidores de Jesús nuestra identidad humana de nuestra conexión con Cristo mediante el bautismo, nos hallamos ya en una dinámica de vida eterna y participamos ya de la nueva humanidad. Para ello, nuestro bautismo necesitaba ser un morir y volver a nacer; pero hallamos que sin dejar de ser así, a la vez nuestros cuerpos han seguido vivos durante y después del bautismo. Hemos sido transformados de verdad, realmente hechos nuevos. Estamos llenos de nuevas posibilidades morales y el Espíritu Santo que ahora vive en nosotros, nos capacita para vivir vidas de santidad que agradan a Dios y benefician al prójimo.

Sin embargo seguimos con estos cuerpos mortales en el ínterin hasta nuestra muerte biológica.

La Biblia no desarrollada con claridad una teoría de qué viene a ser de los muertos entre su fallecimiento y la resurrección. La idea más operante en la práctica en el Nuevo Testamento sería más o menos la noción más típica del Antiguo: los muertos dejan de existir para nuestro mundo, desaparecen, se van al Seol, el lugar de los muertos... donde caben todo tipo de teorías, ninguna de ellas realmente desarrollada como «doctrina cristiana», acerca de si conservan algún tipo de conciencia de sí mismos en tanto que aguardan la resurrección.

> *Ninguna de estas ideas está desarrollada lo bastante en la Biblia como para adquirir el rango de "doctrina" clara e inequívoca. La sola excepción es la idea de la resurrección en sí.*

- En Apocalipsis 6,9-11, por ejemplo, los mártires que han muerto por dar testimonio de la Palabra de Dios, están bajo el altar de Dios en el

cielo, reclamando justicia y venganza. Pero la naturaleza del libro de Apocalipsis es tal, que de esta escena sería difícil sacar nada en limpio más que el principio de que, efectivamente, la muerte de los mártires «clama al cielo» exigiendo que Dios mueva ficha. (Donde la frase «clama al cielo» es un decir, una figura, que no es necesario tomarse al pie de la letra para que tenga sentido y significado.)

- En 1 Pedro 3,17-4,6 pone que Cristo, durante su tiempo cuando estuvo muerto, predicó a los que habían muerto cuando el Diluvio. Esto daría a entender que los muertos pueden escuchar una predicación y responder afirmativamente a su mensaje. La idea parece guardar relación con la versión del mito de los Guardianes que viene en el libro apócrifo de Enoc. Las especulaciones mitológicas basadas en el relato del Diluvio en Génesis abundaron en el judaísmo de la época, sin llegar a adquirir nunca el rango de «revelación divina» o «Sagrada Escritura». Es difícil saber si esta actualización de aquellas especulaciones, donde Cristo, según 1 Pedro, hubiera aprovechado su estancia en el Hades para evangelizar a los muertos, deba validar la noción de una supervivencia del alma humana más allá de la muerte. Desde luego, si Jesús y los apóstoles hubieran pensado que saber esto era importante, una obscura referencia a mitos narrados en libros apócrifos, parecería ser una manera extraña de hacérnoslo saber.
- Cuando según Lucas 23,43, Jesús dice a uno de los ladrones crucificados a su lado que «Hoy estarás conmigo en el Paraíso», da a entender que su arrepentimiento y reconocimiento de Jesús en la hora de su muerte, sería recompensado de inmediato después de morir. La parábola de Jesús sobre el rico y el mendigo, Lu 16,19-31, parece ser eso sencillamente: una parábola. Su propósito no es enseñarnos que el alma humana sobrevive a la muerte ni que las almas castigadas pueden ver y envidiar lo bien que lo pasan las almas benditas… sino enseñarnos a ser solidarios con los pobres en esta vida.

En cualquier caso, estos dos ejemplos nos indican que Jesús entendía que el juicio eterno de Dios nos sobrevendrá rápidamente —sin demoras— al morir. Lo cual se aproxima más a la idea de la inexistencia entre muerte y resurrección, con el efecto de que el tiempo transcurrido entre muerte y juicio y resurrección parezca —al resucitado— haber transcurrido en un abrir y cerrar de ojos, al instante.

Pero ninguna de estas ideas está desarrollada lo bastante en la Biblia como para adquirir el rango de «doctrina» clara e inequívoca. La sola excepción es la idea de la resurrección en sí, donde espíritu y cuerpo vivirán otra vez en una unidad inseparable, tal como son inseparables en esta vida presente.

Nos queda una última anotación:

Desde luego, el lenguaje de Pablo en 1 Corintios 15, sobre cuerpos terrenales y cuerpos celestiales, cuerpos «de alma» y cuerpos «de espíritu», era perfectamente comprensible para sus contemporáneos, que se podían imaginar sin problemas lo que vendrían a ser una cosa y otra. Hoy entendemos el cielo, los planetas y las estrellas, la propia vida biológica, de maneras tan diferentes a aquellas, que esas expresiones nos confunden más que ayudarnos. ¿Quién hoy día entiende lo que puedan ser un cuerpo y carne «espiritual» y un cuerpo y carne «almal» (1 Co 15, 44) y en qué se diferencian entre sí? El tema nos resulta tan incomprensible que los traductores nos echan un cable (a manera de pura especulación) y en lugar de «cuerpo almal» ponen «cuerpo animal» (RV60, RV95), «cuerpo natural» (BA, NVI), «cuerpo material» (VP), etc. — con el resultado desafortunado de que nos acabamos figurando que el cuerpo resucitado no será ni natural ni material… sino tal vez etéreo e insustancial.

Inevitablemente, también hoy igual que en tiempos de Pablo, el tema de la resurrección de nuestros cuerpos y carne como esperanza cristiana, es uno de los más difíciles de entender o imaginar. Esta dificultad, sin embargo, no debería llevarnos al desánimo sino a la esperanza ilusionada. No nos queda más remedio que dejar todo esto como la última gran aventura de nuestra existencia. Un territorio inexplorado que un día descubriremos, para nuestra enorme satisfacción y alegría.

Capítulo 6.

El Dios de la Ley

Introducción

PARA LOS AUTORES DE LA BIBLIA nada, aparte de Dios mismo, era tan glorioso, tan luminoso, benéfico y digno de elogio, como la Ley de Moisés. El propio Jesús, aunque se dedicó a desarticular más o menos sistemáticamente las interpretaciones de la Ley que él juzgaba insatisfactorias, consideró que era esencial cumplirla. De hecho, Jesús dijo que cumplirla era su razón de existir. Pablo tuvo que hilar muy fino en varias de sus cartas para explicar por qué la Ley es insuficiente, por qué el resultado de la Ley en las vidas humanas no es tan positivo como cabía esperar —pero sin en ningún momento desautorizarla ni desestimarla como revelación divina.

Históricamente, si fuésemos a hacer un listado de unas pocas obras literarias cumbre de la civilización humana, habría que incluir entre ellas la Ley de Moisés. Gracias a la dispersión geográfica de los judíos en la antigüedad, fue seguramente el documento más difundido e influyente del pasado, conocido desde Asia Central y Arabia hasta toda la cuenca del Mediterráneo. Gracias a la expansión del cristianismo en los últimos dos siglos, tiene que considerarse sin lugar a dudas como el documento más influyente de la humanidad. Podríamos decir eso sobre toda la Biblia en general, pero es que dentro de la Biblia, todos los demás libros sólo son comprensibles si se conoce primero la Ley.

Desde los tiempos bíblicos se estila referirse a los primeros cinco libros del Antiguo Testamento como «la Ley de Moisés», pero él término se presta a dos equívocos. En primer lugar, más que leyes en el sentido de legislación, se trata de instrucción para una vida plenamente humana, que agrada a Dios y bendice al prójimo. En segundo lugar, sólo el libro de Deuteronomio está redactado a manera de discursos continuos de Moisés; y tanto en Deuteronomio como en los demás libros de la Ley, tales discursos son sencillamente un recurso literario donde cabe una gran diversidad de material de diversa índole y épocas muy diferentes.

Moisés no es el autor de estos libros sino el profeta que esta obra literaria dibuja como protagonista de la mayor parte de sus relatos.

TEMA 1. ÉXODO 19,3-20,18

El tercer día, por la mañana, hubo truenos y relámpagos y una nube pesada sobre la montaña y el sonido —muy fuerte— de una trompa. Entonces se echó a temblar todo el pueblo que estaba en el campamento. Y salió Moisés de Israel, del campamento, para reunirse con Dios; pero ellos se quedaron al pie de la montaña. Y el Monte Sinaí entero echaba humo en su presencia, por cuanto el Señor había descendido sobre él con fuego; y el humo subía como el humo de un horno y toda la montaña se sacudía violentamente. Entre tanto que el sonido de la trompa seguía sonando cada vez más alto, Moisés conversaba con Dios, que le respondía audiblemente. Así es que descendió el Señor sobre el Monte Sinaí, hasta la cima de la montaña y llamó a Moisés a la cima de la montaña. Y Moisés subió.

Entones le dijo el Señor a Moisés:

—Baja a avisar al pueblo, que no invadan al Señor por querer ver y caigan muchos de ellos; y también a los sacerdotes que se acercan al Señor: que se consagren, no sea que abra brecha entre ellos el Señor.

Y Moisés le contestó al Señor:

—El pueblo no puede subir al Monte Sinaí, por cuanto tú mismo nos atestiguaste diciendo: «Estableced un perímetro alrededor de la montaña para consagrarla».

Entonces le dijo el Señor:

—Vete, baja y sube contigo a Aarón y a lo sacerdotes; pero que el pueblo no invadan para subir hasta el Señor, no sea que abra brecha entre ellos.

Así que bajó Moisés donde el pueblo y les dijo:

—Sabed que ha dicho Dios todas estas palabras, a saber:

«Yo soy el Señor tu Dios que te saqué de la tierra de Egipto, de una casa de esclavos. No habrá para ti otros dioses en mi presencia.

«No te harás una estatua ni ningún tipo de imagen de lo que hay arriba en el cielo ni de lo que hay abajo en la tierra ni de lo que hay en la mar por debajo de la tierra. No les harás reverencias ni les prestarás servicio, por cuanto yo el Señor tu Dios soy un dios celoso que paso

revista de la maldad de los antepasados contra los descendientes, hasta los bisnietos y tataranietos de los que me desprecian, mientras que actúo con lealtad de a miles, a los que me aman y a los que guardan mis mandamientos.

«No pronuncies el nombre del Señor tu Dios a la ligera, porque no dejará impune el Señor al que pronuncia su nombre a la ligera.

«Hay que recordar el día del sabbat para consagrarlo. Tendrás seis días de servidumbre para hacer todo lo que tienes que hacer. Pero el día séptimo es de sabbat para el Señor tu Dios. No harás ninguna cosa tú, pero tampoco tu hijo ni tu hija ni tu esclavo ni tu esclava ni tu animal doméstico, pero tampoco tu forastero que se encuentra dentro de tus puertas. Porque durante seis días hizo el Señor el cielo y la tierra y la mar y todo lo que hay en ellos, pero descansó durante el día séptimo; por lo cual el Señor bendijo el día del sabbat y lo consagró.

«Has de honrar a tu padre y a tu madre para que se ensanchen tus días sobre el territorio que el Señor tu Dios te ha dado.

«No asesinarás.

«No te acostarás con la mujer de otro.

«No robarás.

«No acusarás mintiendo cuando se te interroga como testigo.

«No te obsesionarás con la casa de tu compañero ni te obsesionarás con la mujer de tu compañero; ni con su esclavo ni su esclava ni su buey ni su burro; ni con ninguna otra posesión de tu compañero».

Así que todo el pueblo sintió los truenos y relámpagos y el sonar de la trompa y la montaña que humeaba y al verlo, el pueblo se echó a temblar y se apostó a lo lejos y le dijo a Moisés:

—¡Habla tú con nosotros y te obedeceremos; pero que no nos hable Dios, que nos morimos!

Pero Moisés contestó al pueblo:

—No os asustéis, porque Dios ha venido para poneros a prueba y para asustaros por su presencia, sólo para que no cometáis infracción.

Pero el pueblo seguía apostado a lo lejos, así que Moisés se acercó a la oscuridad donde se encontraba Dios. Y le dijo el Señor a Moisés:

—Diles a los descendientes de Israel:

«Ya veis que os he hablado desde el cielo. No me hagáis dioses de plata ni os hagáis dioses de oro.

«Te harás un altar de adobes y sacrificarás sobre él tus sacrificios y tus apaciguamientos de tu ganadería de ovejas y vacas en cualquier lugar donde hago recordar mi nombre: Yo acudiré y te bendeciré. Pero si me haces un altar con piedras, no lo construyas con sillares, porque rebajarlas con herramientas las profana. Ni subas por escalones a mi altar, no sea que se te vean las partes desnudas desde abajo».

—Estas son, entonces, las sentencias que les expondrás:

«Para el caso cuando se compra un esclavo hebreo: Seis años te servirá pero el séptimo año se marchará libre —gratis. Si llegó con su propio cuerpo se marchará con su propio cuerpo. Si llegó casado, se marcharán él y su esposa con él. Si su amo le puso una mujer y ésta le tuvo hijos o hijas, la mujer y los niños siguen siendo del amo y él se marchará con su propio cuerpo. Pero si el esclavo insiste: «Quiero a mi amo y a mi mujer y a mis hijos. No me marcho libre», entonces lo traerá su amo ante Dios y lo traerá a la puerta o al marco de la puerta. Entonces su amo le atravesará la oreja con un punzón y será su esclavo para siempre.

«Para el caso cuando un hombre vende una hija a esclavitud: No se marchará como se marchan los esclavos. Si no es del agrado de su amo y él no se la quiere quedar, será rescatada. No podrá maltratarla ni venderla a extraños a traición. Pero si era para uno de sus hijos, se hará con ella como si fuera una hija. Aunque luego adquiera otra mujer, no le suprimirá su carne ni su ropa ni sus placeres. Y si no cumple con estas tres obligaciones, ella se marchará gratis, sin pagar plata.

«Quien hiere de muerte a un hombre, será muerto. Aunque si no fue intencionadamente sino que así lo dispuso Dios, en ese caso yo te estableceré un lugar adonde pueda huir.

«Para el caso cuando se alza un hombre contra su compañero y lo mata intencionadamente: Será quitado de mi alter para que muera. Y el que hiere a su padre y madre: obligatoriamente será muerto. Y el que secuestra a un hombre para venderlo y se encuentra el secuestrado en su posesión: obligatoriamente será muerto. Y el que maldice a su padre y su madre: obligatoriamente será muerto.

«Para el caso de una pelea cuando un hombre hiere a su compañero con una piedra o con el puño pero sin matarlo aunque acabe en cama: Si se levanta y es capaz de andar por ahí con muletas, quedará libre de culpa el que le hirió, salvo que tiene que mantenerlo todo el tiempo que queda inhabilitado y costear su tratamiento.

«Para el caso cuando un hombre aporrea a su esclavo o esclava con su bastón hasta que muere: obligatoriamente será vengado. Salvo que si sobrevive un día o dos, entonces no será vengado, por cuanto ya le ha costado su plata.

«Para el caso cuando pelean dos hombres y golpean a una embarazada y ella se pone de parto: Si no ocurre una desgracia, habrá que pagar al marido de la mujer la suma que éste estipule y que ratifiquen los jueces. Pero si ocurre una desgracia habrá que pagar vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, brazo por brazo, pierna por pierna, quemadura por quemadura, herida por herida, brecha por brecha.

«Para el caso cuando un amo le provoca al esclavo o a la esclava la pérdida de un ojo: Dejará que se marche libre a cambio de su ojo. Y si se le cae al esclavo o a la esclava un diente, dejará que se marche libre a cambio de su diente.

«Para el caso de un buey que acornea a un hombre o una mujer provocándole la muerte: El buey será lapidado y no se puede comer su carne, pero el dueño del buey es inocente. Pero si el buey venía acorneando desde hacía tiempo y el dueño lo sabía y sin embargo no tomaba precauciones y ahora mata a un hombre o una mujer, entonces el buey será lapidado y su dueño también será muerto. Si se le fija un precio para pasarlo por alto, entonces pagará el rescate de su vida hasta completar del todo la cifra que se le haya impuesto. Y si acornea a un menor, niño o niña, se aplicará la misma normativa. Si el buey acornea a un esclavo o una esclava, pagará al amo treinta monedas de plata y el buey será lapidado.

«Para el caso cuando un hombre destapa un pozo de agua o cava una cisterna y lo deja destapado y cae dentro un buey o un burro: El propietario del pozo pagará el precio justo en plata a su dueño y el cuerpo del animal muerto será suyo.

«Para el caso cuando el buey de un hombre acornea el buey de su compañero y lo mata: Se venderá el buey vivo y se repartirán el dinero a partes iguales; y también se repartirán a partes iguales el buey muerto. Pero si el dueño ya sabía desde hacía tiempo que su buey venía acorneando y sin embargo no tomaba precauciones, entonces pagará como es justo un buey por el otro; y se quedará con el animal muerto.

«Para el caso cuando un hombre roba un buey o una oveja y lo sacrifica o lo vende: Pagará con cinco animales el ganado vacuno y con cuatro animales el ganado ovino».

Es inevitable la reflexión, una vez más, de que estamos ante un documento antiquísimo que describe una sociedad muy diferente que la nuestra.

Desde luego, es inevitable la reflexión, una vez más, de que estamos ante un documento antiquísimo que describe una sociedad muy diferente de la nuestra. Lo más inquietante, tal vez, es que estos párrafos de la Ley describen también una concepción de Dios y de su manera de relacionarse con nosotros, tan diferente de la religión evangélica de hoy día. Hay cosas que nos tienen que parecer de difícil o nula aplicación directa en nuestra sociedad moderna. También hay elementos de la espiritualidad —tanto instituciones y prácticas como ideas, sentimientos y convicciones— que resultan muy diferentes de la fe evangélica «normal».

Entrando en materia:

La escena del Monte Sinaí donde Dios pronuncia sus famosas «diez declaraciones» (comúnmente conocidas como «los Diez Mandamientos» es una de las tres o cuatro escenas más dramáticas de toda la Biblia en cuanto a la majestad y gloria de Dios.

Oír la voz de Dios no resultaba un concepto problemático para las personas de la antigüedad. Hasta el día de hoy muchos, quizá tanto como un uno por ciento de las personas, dicen haber oído a Dios hablarles audiblemente. Quien no lo ha vivido quizá prefiera desmerecer la experiencia como síntoma de cierta inestabilidad mental, pero ahí queda el dato.

Sin embargo *ver* a Dios sí que resultaba profundamente problemático. Bien es cierto que hay tradiciones bíblicas de que Dios hablara con Israel «cara a cara» (Ex 24,9-11; De 5,4); y especialmente con Moisés. Sin embargo es más típica del Antiguo Testamento la convicción de que ver a Dios hubiera conllevado la muerte. Cuando en Ex 33, inmediatamente después de decir que Moisés hablaba con Dios «cara a cara, como cuando hablan un hombre y su amigo más íntimo», Moisés (a pesar de lo dicho) ruega verle la cara a Dios y le es concedido el privilegio incomparable de verle las espaldas —pero nunca la cara.

Ya en tiempos del Nuevo Testamento, la teoría vigente sobre el fenómeno de la visión era muy distinta a la nuestra. Nosotros entendemos que los objetos reflejan la luz de una fuente (del sol, por ejemplo) y que los fotones reflejados por la superficie del objeto llegan hasta la retina de nuestros ojos y allí generan una señal que el nervio óptico trasmite al cerebro. En aquellos tiempos, sin embargo, se entendía que el fenómeno de la visión se debía a rayos emitidos por los propios ojos, que «palpaban» la superficie del objeto contemplado, discerniendo su forma, color y textura. Los que tenían buena vista tenían ojos «fuertes». Sus rayos penetraban hasta más lejos y con mayor claridad y exactitud. Los ojos «débiles», en cambio, emitían rayos poco intensos; una condición que con el tiempo podía derivar en ceguera. También había quienes tenían ojos «malos», fuente del infame «mal de ojo»; eran ojos que en el acto de «palpar» a las personas para verlas, les trasmitían alguna dolencia o maldad. De ahí lo escandaloso que podía resultar la idea de «ver» a Dios; puesto que verlo hubiera sido algo así como manosearlo. Por este motivo los rabinos se esforzaron por explicar que lo que vio Moisés nunca podía ser la mismísima esencia de Dios, sino tan sólo una forma de su gloria que hubo tomado apariencia humana para los efectos de ser visto por Moisés.

Sin embargo en nuestro pasaje de hoy no tenemos que hacer frente a ese problema, ya que tenemos la experiencia mucho menos controvertida y mucho más corriente de oír hablar a Dios. Dios habló a su pueblo. Puesto que Dios habló, las palabras que pronunció deben interesarnos e importarnos.

Tenemos que situarnos en la intensidad del pavor que nos sobrecogería si algún día estuviéramos en una escena como esta: Una montaña que a todas luces no es un volcán comportándose como si lo fuera, echando humo y sacudiendo el suelo con terremotos continuos. Un cielo despejado chisporroteando rayos y truenos. Un ruido como de una bocina que se te mete dentro de la cabeza y suena cada vez más alto, más insistente, más urgente. Y por encima de todo ello las voces de Moisés y un Alguien invisible que le contesta y que… ¡Nos está hablando! Cosas más o menos así de delirantes nos sirven los efectos especiales de cine y televisión casi todos los días, donde podemos contemplar en el rostro de los protagonistas un miedo que hiela la sangre. Salvo que en la butaca del cine nos reconforta siempre el saber que aquello no es verdad, que todo es ilusionismo y prestidigitación cinematográfica.

Nunca alcanzaremos a comprender el resto de la Biblia, sin embargo, si no nos ponemos en situación —cueste lo que nos cueste en esfuerzo

de imaginación— con las generaciones de los que en la antigüedad oyeron recitar esta escena que acabamos de leer, pensando que todo resultaba perfectamente verosímil y comprensible. Si no logramos hacernos una idea de lo tremenda que es la gloria de Dios —si al contrario, nos quedamos con el Dios domesticado de una piedad descafeinada que dice creérselo todo pero es incapaz de palidecer de espanto ante tamaña majestad— muy crudo lo vamos a tener para entender por qué la Ley de Moisés tuvo siempre y siempre tendrá una importancia tan vital e ineludible. Mucho nos va a costar comprender por qué Jesús mismo consideró que cumplirla era la primerísima prioridad de todo ser humano.

Pero tenemos que pasar a hacer algunos comentarios sobre los contenidos de la Ley.

- Quizá lo más chocante, visto lo visto en cuanto a la forma tan apabullantemente sobrenatural de la presentación de la Ley, es lo banal, mundanal y cotidiana que resulta en sus particulares. Es cierto que especialmente en el libro de Levítico, hay multitud de disposiciones de tipo religioso, estipulando las formas y circunstancias de los ritos para el sacrificio de animales y diversas festividades y romerías. Sin embargo la «Ley de Moisés» contiene una proporción importante de narraciones sobre los patriarcas y sobre el periplo del desierto. Y las disposiciones de carácter más claramente legal —como las que hemos leído en el último capítulo de nuestra selección de hoy— tienen que ver con todo tipo de situaciones de conflicto que puedan surgir entre vecinos de una sociedad fundamentalmente agraria. Seis de los «Diez Mandamientos» tienen que ver con este aspecto «secular» de la vida: no robarás, no matarás, honrarás a tus padres… Estas disposiciones en muchos casos son bastante previsibles. Son más o menos las habituales para organizar una convivencia armoniosa y pacífica en sociedades tribales y agrarias.

  La calidad de la convivencia humana es importante. Es importante para nosotros y en ello nos va la felicidad y el sentido de la vida. Por tanto es también importante para Dios, quien procura nuestra felicidad y da sentido a nuestras vidas. La religión bíblica jamás va de estados de iluminación mental y «espiritual» interior, descarnados de la convivencia con las personas. Incluso los aspectos más «espirituales» de la religión bíblica siempre hallan su marco de referencia y su efecto práctico en las relaciones interpersonales humanas. Esto no significa que la Ley de Moisés sea fundamental-

mente profana, sino que la convivencia humana en relación con el prójimo es esencialmente sagrada.

> *Para comprender el resto de la Biblia, hace falta imaginarnos en esta escena, oyendo estas palabras, sin dudar de que lo que está pasando es perfectamente verosímil.*

- Es ineludible, en Éxodo 21, observar el tema de la esclavitud. No es típico de la Ley pero ahí está: la sociedad que describe y procura orientar, es una sociedad esclavista.
  - Está claro que estas disposiciones tienen en vista otro momento histórico, otro tipo de sociedad, que la de los esclavos prófugos de Egipto que se supone que están recibiendo la Ley en el Sinaí. Quizá hubiera que situar su origen y razón de ser en la época de las monarquías de Israel y Judá. Sin embargo si la Biblia, por arte literaria, coloca estas disposiciones en el contexto del Sinaí, es para que nos situemos en la piel y las actitudes de quienes han sido liberados de una esclavitud agobiante bajo la mano dura y cruel de Faraón. Son esas actitudes y esos «prejuicios» liberacionistas lo que debe orientar nuestra conducta, aunque nos tocase vivir en una sociedad esclavista.
  - Podríamos, quizá, resaltar los avances que vemos aquí con respecto a otras sociedades esclavistas. Es notable, en ese sentido, la limitación a seis años de servidumbre entre los propios hebreos.

    Sin embargo sí se permite expresamente tener esclavos no hebreos, con quienes no se tiene los mismos miramientos. Sabemos que en tiempos del Nuevo Testamento la nobleza judía —y otras familias judías de alto nivel económico— fueron más o menos igual de esclavistas que las familias de ese rango en todo el Imperio Romano. Un panorama que reprodujeron también las sociedades cristianas hasta el siglo XIX. Sin ir mas lejos, en la

España visigótica y en la España católica de la Reconquista, la ubicuidad de la esclavitud fue notable… sin hablar ya de nuestras colonias de ultramar a partir del XVI.

A pesar de ello es cierto que la disposición (en otro lugar de la Ley) que prohibía la devolución de esclavos fugados a sus amos, resulta especialmente interesante. Si en efecto se hubiera seguido esa regla, la esclavitud —incluso de extranjeros— hubiera sido siempre esencialmente «voluntaria» en Israel. Razón de sobra para dudar de que jamás se haya obedecido.

Casi todas las sociedades esclavistas tienen una disposición como la de Ex 21,16. La propia existencia de la esclavitud agudiza el temor a que una persona «bien nacida» acabe atrapada en sus redes. Sin embargo, también es cierto que el secuestro de personas libres siempre ha sido una de las formas más habituales de hacerse con esclavos y generalmente se ha hecho vista gorda al fenómeno, con tal de que las personas esclavizadas fuesen de otra etnia o procediesen de muy lejos de donde se ponen a la venta.

Descubrimos así que «hecha la ley, hecha la trampa». Tal vez la limitación más importante de la Ley es que su propia concepción como «ley» lleva a buscar eludir sus efectos más radicales, aunque respetando escrupulosamente la letra. ¡Sobre esto tendría mucho que decir Jesús!

Descubrimos que "hecha la ley, hecha la trampa". Tal vez la limitación más importante de la Ley es que su propia concepción como "ley" lleva a buscar eludir sus efectos más radicales, aunque respetando escrupulosamente la letra. ¡Sobre esto tendría mucho que decir Jesús!

- Nuestra lectura también nos propone la situación que surgiría si un hebreo prefiriese la esclavitud a perpetuidad, antes que la libertad. Por repugnante que nos parezca la sumisión absoluta a los caprichos arbitrarios de otra persona —con el riesgo siempre presente de azotainas y abusos sexuales— es posible imaginar suertes peores. Siempre ha habido quienes prefieren *vivir* aunque como esclavos, antes que morir. A fin de cuentas, es contraproducente para el amo la inanición y muerte prematura de sus esclavos, puesto que en ellos tiene una fuerte inversión económica. Si por desastres naturales, guerras o distancia de su lugar de nacimiento, el esclavo ya no tiene ni familia ni medios de subsistencia, no es impensable que prefiera permanecer con una familia donde, aunque privado de honor y de libertad, al menos sobrevive y se le trata relativamente bien.

  Viviendo en una sociedad moderna y próspera como la española del siglo XXI, donde el Estado se ha hecho cargo de muchas de las necesidades y «derechos» que antes sólo podía garantizar una familia más o menos bien situada, nos cuesta imaginar una decisión así. Pero cuando el resultado de recuperar la libertad sería una muerte segura o el riesgo de volver a caer secuestrado en las redes de la trata —y quién sabe con qué clase de amo — bien puede resultar una divina providencia la provisión de permanecer permanentemente donde a uno lo tratan más o menos bien.

♦ La mundanalidad de muchas de las disposiciones de la Ley también nos indica algo del modelo legal para el que estaban pensadas. Las provisiones de la Ley son una guía para la instrucción de las personas que actuarán como jueces entre sus vecinos. Incluso cuando en Israel y Judá hubo monarquía y los reyes también podían intervenir (especialmente como tribunal de apelación), los pleitos y juicios los dirimían los ancianos que en cada localidad se sentaban para ello frente a la puerta de la ciudad. Las disposiciones de la Ley, entonces, en ningún caso son un cuerpo de legislación en el sentido moderno. Constituyen antes bien una formación en cuanto a valores. Los jueces del pueblo, cuya función era la de intermediación en los conflictos entre vecinos, tenían siempre plena potestad para buscar con creatividad la resolución que generase el máximo de paz y armonía en la ciudadanía. La Ley tenía, para esos efectos de formación en valores humanos, un valor imposible de exagerar.

La actualización a la vida moderna de estas disposiciones resulta seguramente menos problemática si se entienden como instrucción moral que no como legislación. Aquí cabe meditar sobre qué aplicación podríamos dar hoy a las reglas de convivencia vecinal que establece el último párrafo de esta lectura de Éxodo. Difícilmente sería una aplicación directa; tendría que ser por analogía, tomando principios generales muy amplios desde los que emprender conductas justas, responsables y solidarias.

TEMA 2. MIQUEAS 4 Y 6

Poco después de cuando Oseas escribió sobre el amor de Padre que siente Dios por Israel, Miqueas profetizaba para un público en Jerusalén y Judá, al sur —aunque sin olvidarse del reino de Israel. Al igual que su contemporáneo Isaías, Miqueas sostuvo que los pecados de la dinastía reinante en Jerusalén iban a requerir un castigo ejemplar de parte de Dios. Se avecinaba una crisis de tal magnitud, que Jerusalén se vería obligada a poner en orden su vida espiritual, volver a Dios con corazón puro, buscando su perdón y salvación. A la postre, entonces, se prometían días de una gloria sin igual, días de bendición y bienestar.

Leamos ahora estos dos capítulos del libro del profeta Miqueas, observando especialmente todo aquello que parezca guardar relación con nuestro tema de esta lección: la Ley del Señor:

> *Sucederá que en los días finales será establecido el monte de la casa del Señor como la más descollante de las montañas, elevada por encima de todas las alturas, y fluirán hacia ella las naciones.*
>
> *Entonces se movilizarán muchos países, diciendo: «Venid, subamos a la montaña del Señor y a la casa del dios de Ya'akov para que nos instruya en sus caminos y andemos por sus sendas», por cuanto desde Tsión saldrá instrucción, y palabra del Señor desde Yerushaláim, y juzgará entre muchas naciones y dictará sentencia para países poderosos hasta lejos.*
>
> *Entonces triturarán espadas para hacer rejas de arado; y lanzas para hacer podaderas. Ya no levantará un país contra el otro espada, ni aprenderán más el arte de la guerra sino que se sentará cada cual a la sombra de su parra y de su higuera sin conocer el miedo, por cuanto ha hablado la boca del Señor de las tropas.*

Porque cada pueblo se guía por el nombre de su dios, pero nosotros nos guiamos por el nombre del Señor, que será nuestro dios en todo lugar y en todo tiempo.

En ese día —anuncio del Señor— reuniré a la paticoja y juntaré a la desterrada y a la que maltraté; y estableceré a la paticoja para que permanezca y de la que está lejos, haré un país fuerte. Porque desde ahora reina el Señor sobre ellos hasta todo el universo desde el Monte Tsión.

Y tú, torre del rebaño, cima de la hija de Tsión, hasta ti llegará y vendrá el gobierno primigenio, el reinado de la casa de Yerushaláim.

¿Por qué gritas tanto, entonces? ¿Acaso no tienes rey? ¿Acaso ha sucumbido tu consejero, para que te dé un ataque como de mujer que está de parto? Retuércete y prorrumpe en gritos, hija de Tsión, como de parto, por cuanto ahora te toca abandonar la ciudad y vivir a la intemperie y ser conducida hasta Babilonia. Allí conocerás la liberación. Allí te redimirá el Señor del puño de tus enemigos pero por ahora, se han aliado contra ti muchos países que dicen: «Profanémosla y veámosla por dentro con nuestros propios ojos». Sin embargo ellos no conocen los planes que tiene el Señor ni comprenden su determinación, que los está juntando como grano que va a ser triturado.

¡Levántate y tritura, hija de Tsión, que te armo con cuernos de acero y uñas de bronce para que pulverices muchos países! Y he consagrado sus bienes y riquezas al Nombre, al Señor de toda la tierra.

Acude tú ahora en tropel como guarnición entera; allí nos tienen sitiados. Golpean en la mejilla con una vara al cetro de Israel.

—MIQUEAS 4

¡Oíd, por favor, lo que dice el Señor!

Levántate y acusa ante las colinas y que oigan las cumbres tu voz. Oíd, colinas, la acusación del Señor; vosotras, cimientos eternos de la tierra —porque el Señor acusa a su pueblo y se pleitea con Israel:

«Pueblo mío, ¿qué te hice yo y de qué forma te agobié? ¡Respóndeme! Porque te hice subir de la tierra de Egipto y te rescaté de una casa de esclavitud y te puse Moisés, Aarón y Miriam por delante. Pueblo mío, recuerda —te lo ruego— lo que intentó Balac, rey de Moab, y cómo le respondió Bil'am, hijo de Be'or: "Desde Shittim hasta Guilgal" —para que conocieras los juicios del Señor».

¿Con qué me presentaré ante el Señor y me inclinaré ante Dios en lo alto? ¿Me voy a presentar sacrificando a fuego becerros de un año?

¿Pero es que acaso al Señor le satisfarían aunque fueran miles de carneros y decenas de miles de ríos de aceite? ¿Qué le puedo dar yo? ¿Acaso mi primer hijo para paliar mis culpas, el fruto de mis entrañas para paliar los errores de mi alma?

¡Pero hombre, él ya te ha explicado lo que es bueno y qué es lo que el Señor pretende de ti! Que actúes con justicia y ames la compasión y andes con humildad al lado de Dios.

La voz del Señor llama a la ciudad y la sabiduría teme tu nombre:

«Obedeced el cetro y al que lo ha puesto. Ahí siguen el varón de una estirpe perversa, tesoros mal ganados y fanegas amañadas indignantes. ¿Acaso daré por aceptables las básculas que mienten, con la bolsa de pesas falseadas? La riqueza de sus ricos está llena de crímenes y los que viven ahí engañan y sus lenguas mienten en sus bocas. Pero yo he empezado a castigarte: ¡Devastación contra tus pecados!

«¡Eh, tú! Comes pero no te sacias sino que es basura en tu interior. Retrocedes pero no te libras; porque si alguno se salva, yo lo entrego a la espada. ¡Eh, tú! Siembras pero no siegas. ¡Eh, tú! Exprimes aceitunas pero no viertes aceite; y uvas, pero no bebes vino. Vives por las leyes de Omrí y andas en todas las obras de Ajav, por sus consejos. Por eso te he entregado a la devastación; y a tus habitantes, a hacer el ridículo y a cargar con la vergüenza de mi pueblo.

—MIQUEAS 6

Una vez más, la limitación de nuestra atención a sólo parte de un documento —en este caso dos capítulos sueltos de un documento que consta de siete— conlleva una correspondiente limitación de nuestra capacidad de comprender adónde quería ir a parar quien lo escribió. De hecho, si nuestro cometido fuese estudiar el libro de Miqueas, no tendríamos excusa para no estudiarlo como un todo entero, como una unidad indivisible. Pero aquí nos interesa coger al vuelo algunas ideas de Miqueas sobre cómo funciona la Ley del Señor para beneficio de la humanidad.

- La escena con que abre el capítulo cuatro es la de la promesa para el futuro posterior al castigo necesario por la desobediencia del presente (cuando profetizaba Miqueas). Es una visión donde la superioridad de los valores instruidos por la Ley del Señor será reconocida por todos los pueblos y todas las naciones. A Jerusalén acudirán desde todos los rincones de la tierra para instruirse y formarse con estos valores. Miqueas no pudo imaginar el procedimiento —aunque sí acertó en cuanto al fondo de la

cuestión— por el que todos los pueblos de la tierra llegarían a conocer cómo es que Dios desea que vivamos los seres humanos. Viviendo en una cultura fundamentalmente oral, donde la función de los documentos escritos era asistir a la memorización para la recitación de sus contenidos en voz alta, Miqueas no pudo más que imaginar que para aprender la Ley hubiera que personarse en Jerusalén, donde la Ley se guardaba y aprendía de memoria. No cabe duda que hubiera aprobado, sin embargo, de la manera que primero la imprenta a finales de la Edad Media y ahora la digitalización informática, pondría en las manos de todo el mundo los textos sagrados de los que en su día tan sólo existían uno o dos ejemplares escritos laboriosamente a mano.

Ya no hace falta que vayamos a Jerusalén. La Palabra del Señor nos ha llegado a todos, traducida a una multitud de idiomas.

Ya no hace falta que vayamos a Jerusalén, que subamos al Monte del Señor, a la casa (el templo) del Dios de Jacob. Jerusalén —es decir los documentos sagrados de la Ley— ha venido a nosotros. La Palabra del Señor nos ha llegado a todos, traducida a una multitud de idiomas. Para algunas lenguas, como el castellano, nos ha llegado en una rica diversidad de traducciones muy diferentes. Nos ha llegado con concordancias, léxicos y guías de estudio. Nos ha llegado acompañada de amplias bibliotecas de comentarios, sermones y explicaciones para todo tipo de aplicación y estudio. Y aunque ya hemos perdido la costumbre de aprendérnosla entera de memoria, sin embargo los recursos a nuestra disposición para referirnos a cualquier tema, punto, versículo o palabra, nos permiten analizarla y estudiarla, meditarla y comentarla, orar con sus expresiones y predicar con sus valores morales y espirituales, como Miqueas jamás podía imaginar que fuese posible.

Lo que todavía falta es que nos la tomemos con la seriedad y el rigor que Miqueas esperaba. Las naciones del mundo —empezando con Israel y Palestina que se disputan tener Jerusalén como capital de sus respectivos países— no hemos abandonado el camino de la guerra y de

las armas. No hemos transformado nuestra industria armamentística en fábricas de maquinaria agrícola, no hemos aplicado nuestra tecnología bélica a la tarea urgente de alimentar a los millones de personas que cada año se nos mueren de hambre. El gran escándalo de nuestra generación es que con el presupuesto que las naciones del mundo dedicamos a armarnos y defendernos unos de otros, alcanzaría y sobraría varias veces para erradicar el hambre. La visión de Miqueas es alcanzable. Es alcanzable en nuestra generación. Lo que nos falta es que hagamos nuestros los valores humanos de la Ley del Señor.

Casi tres mil años después de Miqueas, la humanidad seguimos suspendiendo esa asignatura, la de transformar nuestra capacidad bélica en capacidad para alimentar a todos.

El cuadro que pinta Miqueas, de tan bello y necesario, resulta infinitamente triste en su aplazamiento: «Y cada cual se sentará a la sombra de su parra y de su higuera, y ya no hay quien lo espante, porque la boca del Señor de las Huestes ha hablado» (Mi 4,4). Es una escena de paz, una escena donde la tierra produce sus frutos para todos —indistintamente, indiscriminadamente, en todas las naciones y sin importar cuáles sean sus ideas o creencias— y todos podamos descansar de tenernos miedo unos a otros.

Pero esta escena no se produce espontáneamente, porque sí. Es el producto directo de que se haya hecho la peregrinación —de los versículos anteriores— a Sion para aprender la Ley del Señor; y de que esa Ley, una vez aprendida en la amplitud de su buena disposición para la vida humana en paz y armonía, se llegue a obedecer y poner en práctica. «La boca» del Señor habló. Ese es el dato del que se desprende todo lo demás. Puesto que el Señor habló y puesto que dijo las cosas que dijo y no otras, si le hacemos caso, viviremos en paz y habrá suficiente para que todos se sacien y nadie pase ni hambre ni miedo.

Casi tres mil años después de Miqueas, la humanidad seguimos suspendiendo esa asignatura, la de transformar nuestra capacidad bélica en capacidad para alimentar a todos.

- Uno de los pasajes más memorables del libro de Miqueas, es los versículos comprendidos entre Mi 6,6-8. A veces complicamos demasiado el tema de cumplir los mandamientos de Dios y vivir como a él le agrada.
- Desde luego, se estila demasiado entre los cristianos exagerar las presuntas carencias de la religión del Antiguo Testamento, con sus ritos de sacrificio de animales. No podemos perder de vista que el propio Antiguo Testamento conoce perfectamente que todo el fausto de sacrificios y holocaustos, por muy significativo que fuese como expresión religiosa de fervor popular, nunca puede sustituir el que se preste la debida atención a las cuestiones más prácticas de la vivencia humana que enfatizan estos versículos.
- Veamos, por último, un postrer aspecto de lo que se observa en estos dos capítulos de Miqueas:

  La Ley del Señor, por la propia exigencia de que se reciba con seriedad, humildad y obediencia como pronunciamiento divino, esconde un puño de acero dentro del guante de terciopelo. La intención del Señor al instruirnos con su Palabra no es «edificarnos» mentalmente, calmar nuestros temores existenciales con consolaciones «espirituales» ni deleitarnos con utopías literarias para soñadores y poetas. Su intención es que vivamos de determinada manera y que viviendo así, alcancemos la paz, la armonía y la prosperidad mancomunada de toda la raza humana sin dejar a nadie abandonado.

  - No vivir así conlleva consecuencias nefastas. En esto no hace falta que abundemos aquí, puesto que ya hemos dedicado otra lección a hablar de «la caída» de la humanidad y sus consecuencias personales, sociales y cósmicas.

  La Ley es la propuesta de Dios como solución a la caída. Donde nosotros hemos errado, Dios nos instruye con sabiduría, paciencia y ternura para que enmendemos nuestros caminos. La Ley es gracia, la ley es misericordia divina, puesto que viviendo conforme a los valores humanos y espirituales que nos inculca, aprendemos a combatir los efectos de nuestra caída en el pecado, y enderezamos así las conductas que se nos torcieron. Pero si a pesar de que Dios habló seguimos como si nada, si hacemos oído sordo a su voz, seguiremos condenados a entendernos con las consecuencias nefastas del pecado.

Aquí en nuestros dos capítulos de Miqueas, vemos en la segunda mitad de ambos capítulos el juicio y el castigo como el lado oscuro de la Ley. Asimilada y obedecida, la Ley es todo luz, paz, armonía y belleza. Ignorada y rechazada, la Ley es juicio, condenación y castigo. Si no fuese así, carecería de seriedad. Si no fuese así, carecería de credibilidad. Si la Ley nos es dada como propuesta para salir de nuestra situación de pecado y condenación, la bendición que nos ofrece siempre tiene que estar condicionada a que en efecto se cumpla.

Pero hay que insistir siempre en que estamos hablando de cosas prácticas y mundanas, que no cuestiones abstractas y difíciles de comprender o de hacer. Mi 6,10-15 es una especie de síntesis —en sus énfasis tan comprensibles como buenos, a la vez que prácticos— de toda la Ley del Señor. Estas cuestiones prácticas son las que marcan la diferencia entre los que conocen, aceptan, aman y cumplen los preceptos divinos y los que no.

Toda religión que no conduzca hasta aquí, no es más que ofuscación, confusión, malabarismos intelectuales, y piedad religiosa grasienta e hipócrita.

TEMA 3. SALMO 119,1-40

Todo el Salmo 119 es un canto inmenso a la Ley del Señor (donde se emplean también sinónimos como «tus mandamientos», «tu Palabra», etc.). El salmo tiene una estructura curiosa, compuesta de secciones de 8 líneas, donde cada línea de cada sección empieza con una misma letra, recorriendo por orden todo el abecedario hebreo desde el *alef* hasta la *tau*. Cada línea está compuesta por dos partes paralelas entre sí, conforme a los diferentes tipos de paralelismo constitutivos de la poesía hebrea. Como cuando en el Apocalipsis el Señor es declarado «el alfa y la omega, el principio y el fin» (allí con referencia a la primera y última letra del alfabeto griego), la impresión que se intenta dar con este uso del abecedario hebreo es de algo completo, un súmmum, que abarca la totalidad del saber o del existir.

א *¡Felices los de conducta irreprochable, conforme a la instrucción del Señor!*
¡Felices los que guardan su testimonio y le buscan de todo corazón!
¡Desde luego no hacen mal los que se comportan como él manda!
Tú has mandado vigilancia para guardarlo atentamente.

¡Espero que mi conducta esté firme para guardar tus normas!
Poniendo atención en tus mandamientos jamás seré avergonzado.
Te alabo con la mente bien dirigida, al aprenderme tus juicios justos.
Estoy guardando tus normas; no me abandones demasiado.

ב *¿Con qué limpiará el joven su camino para guardar tu conducta?*
Con toda sinceridad te busco; no me dejes apartarme de tus mandamientos.
Guardo sinceramente tu palabra para no errar contra ti.
¡Bendito seas tú, Señor! Instrúyeme tus normas.
Con mis labios he relatado todos los juicios de tu boca.
En la senda de tus testimonios soy más feliz que con cualquiera fortuna.
En tu inspección medito y me fijo en tus caminos.
Me deleito en tus normas; no me olvido de tus palabras.

ג *Ruego recompenses a tu siervo: quiero vivir guardando tu palabra*
Ruego abras mis ojos para contemplar las maravillas de tu instrucción.
No escondas de mí tus mandamientos, que estoy de paso en la tierra.
A todas horas se consume mi alma de anhelo por tus juicios.
Reprendes a los altivos: ¡Ay de los que se desvían de tus mandamientos!
Líbrame de la burla y el desprecio, que guardo tus testimonios.
Hasta los poderosos hablan de mi porque tu siervo cuchichea tus normas.
También me deleito en tus testimonios, de donde tomo consejo.

ד *Mi alma está hecha polvo; dame vida conforme a tu palabra.*
Cuento lo que hago y tú me respondes para instruirme tus normas.
Hazme entender la conducta que apruebas y meditaré tus maravillas.
Mi alma gotea inquietud; levántame conforme a tu palabra.
Aleja de mí el camino engañoso y apiádate de mí con tu ley.
He preferido el camino verdadero y pienso constantemente en tus juicios.
Me ciño a tus testimonios, Señor; no dejes que pase vergüenza.
Corro por la senda de tus mandamientos, que me ensanchan la mente.

ה *Instrúyeme, Señor, la senda de tu normativa, y siempre la conservaré.*
Permíteme entender y guardar tu ley para ceñirme a ella con integridad.
Condúceme por la estela de tus mandamientos, que me son placenteros.

Haz que mi voluntad tienda a tus testimonios y no al lucro.
Más allá de la mentira, apiádate de mí y permíteme ver tu camino.
Haz que suba tu palabra para éste tu siervo, que te teme.
Que pase mi vergüenza por cobarde, porque tus juicios son bondad.
Mira mi anhelo, que me desvivo para tu inspección con tu justicia.

Y el resto del salmo sigue en términos parecidos a todos estos.

- Una de las cosas que a mí me llaman la atención, desde que como cristiano estoy muy familiarizado con algunos pasajes del Nuevo Testamento que parecerían indicar lo contrario, es el marcado optimismo que se observa aquí respecto a las posibilidades reales de alcanzar cumplir los mandamientos del Señor.

  No tenemos aquí la idea de una Ley cuyos preceptos son inalcanzables, frustrantes, imposibles, de tan condenadamente difíciles de obedecer. Al contrario, aquí los preceptos del Señor se alaban por ser luminosos, lógicos, puros y claros. Cualquier persona razonable los comprenderá y seguirá gustosa y gozosamente, orientando con ellos su conducta. Esto cuadra bastante con lo que venimos observando respecto a la naturaleza práctica, mundana y cotidiana, de muchos de los términos de la Ley. Es instrucción para la vida, cuyo propósito y sentido es que sea útil, que se viva, que se lleve a la práctica. Su obediencia no requiere superhombres morales sino gente sencilla y humilde de corazón, predispuestos a comportarse espontáneamente de maneras generosas y benignas con el prójimo; y de maneras respetuosas y leales en relación con Dios.

Los preceptos del Señor se alaban por ser luminosos, lógicos, puros y claros. Cualquier persona razonable los comprenderá y seguirá gustosa y gozosamente, orientando con ellos su conducta.

- Otra cosa que me llama la atención es el hondo sentimiento que inspiraban los mandamientos. Está claro que con todo y ser prácticos,

sencillos, comprensibles y útiles para la vida diaria, el memorizarlos, rememorarlos y pensar en su aplicación a la vida diaria, resultaba para muchos —claramente es el caso para quien escribiera este salmo— un acto de intensa devoción a Dios. Amar a Dios y amar su Palabra —sus palabras que se le atribuían— eran una misma cosa y un mismo sentimiento. Hoy día hay tanta «inflación» de la palabra escrita, llegar a conocer lo que hay en un libro nos resulta tan habitual y cotidiano, que perdemos de vista el sentido de privilegio inimaginable que tenía que invadir a quien tuviera la dicha de ser elegido para aprenderse la Ley. Elegido por su rango social, por la familia en que había nacido, tal vez incluso por méritos propios como niño aplicado e inteligente, uno tenía el privilegio envidiado de asistir a la escuela del Templo de Jerusalén, y allí aprenderse de memoria el contenido de aquellos rollos de pergamino en los que estaban dibujadas, con pincel y tinta, las letras que trasmitían las palabras de Dios.

Aquí es útil recordar que conforme a las ideas que tenían los hebreos sobre la anatomía humana, el corazón era el órgano donde residían la mente, la memoria y la voluntad. «Guardar» las palabras de Dios «en el corazón» viene a ser más o menos lo que nosotros describimos como «aprendérnoslas de memoria». Pero las palabras que ellos encomendaban a su «corazón» por convicción religiosa, no eran solamente palabras. Eran palabras *de Dios*. Por tanto compartían algo del aliento y del Espíritu de Dios. Aprendidas de memoria en la niñez, serían durante toda la vida una guía segura para agradar a Dios y eran, por tanto, un vehículo de salvación divina.

Este sentimiento de hondo privilegio, de elección divina, que inspiraba el llegar a conocer estas palabras, se mezclaba con la devoción religiosa que trasmitía el propio hecho de que se conservaban y aprendían en el recinto templario, donde la gloria del Señor «se sentía» de una manera especial, donde los sacrificios eran presentados al Señor y aceptados por él, donde el incienso penetraba con su perfume humeante hasta los últimos rincones y parecía traer una especial serenidad al alma humana.

Se dice de Israel que a falta de imágenes talladas de su Dios, lo que ocupó el lugar de las imágenes en la imaginación y la piedad de sus devotos fue, precisamente, la Palabra. No necesariamente los rollos, físicamente, sino el aprendizaje y la meditación de aquella mezcla de relatos sobre los orígenes y sobre los patriarcas, sobre el éxodo y sobre Moisés, y la diversa proliferación de disposiciones para una sociedad donde primaba la dignidad de las personas y el trato de

hermanos y hermanas entre toda la población. La forma concreta que tomaba la devoción y el amor a Dios llegó a ser, entonces, la meditación en sus palabras. Para las personas especialmente íntegras e inteligentes, sin embargo, esa meditación sólo podía tener sentido si a la vez se llevaban a la práctica en el trato de los demás, en la vida económica, en la vida familiar y de clan y de tribu de Israel. Se daban cuenta perfectamente que meditar la Ley no podía tener ninguna virtud como expresión de amor a Dios, si a la vez se ignoraban o pasaban por alto las actitudes y conductas que la Ley instruye.

Aunque no todos pudieran acceder al privilegio de aprenderse la Ley en el Templo, el conocimiento de los términos de la Ley sin lugar a duda se difundió por amplios sectores de la sociedad hebrea. Quienes se la conocían de memoria seguramente se esforzaban también por enseñársela a otros. Y los ancianos que se sentaban a la puerta de las ciudades para arbitrar los pleitos entre vecinos, estaban lo bastante familiarizados con sus valores morales y sociales como para poder juzgar con justicia (siempre y cuando esa fuese su intención…).

♦ La devoción a las palabras de la Ley como expresión de amor a Dios mismo, tuvo que cobrar especial importancia en aquellas circunstancias en que el pueblo judío se vio privado de acceso al Templo como medio de alcanzar la gracia y misericordia y perdón de Dios.

Si los judíos pudieron superar el trauma del exilio babilónico durante setenta años en el siglo VI a.C., qué duda cabe de que fue en gran medida porque la expresión de su sentimiento religioso no estaba limitada al ritual del templo (incendiado y derribado) sino que estaba en el «corazón» de los creyentes judíos, como palabras de Dios que podían seguir guiando sus vidas sin importar las circunstancias exteriores de cautividad y exilio en que se encontraban.

Si una vez reconstruido el Templo, esa gran mayoría de judíos que siguieron esparcidos por todo el mundo en la diáspora pudieron mantener su devoción y amor y lealtad a Dios, es por el mismo motivo. Los dioses de todas las demás naciones se concebían como dioses territoriales, cuya «presencia» se intensificaba y era eficaz en aquellos lugares de donde eran dioses y donde por consiguiente eran adorados. Pero los judíos podían —y así lo hicieron— llevarse consigo las palabras de su Dios a todos los países donde acabaron viviendo. Esas palabras seguían siendo tan eficaces allí como en Jerusalén para

hacerles notar la presencia de Dios y para constituirse en guía eficaz para sus vidas. Vidas plenas y buenas y bendecidas por el Dios de Israel, aunque uno viviese en territorios donde supuestamente era soberano otro dios distinto.

Es así como se explica la vitalidad que sigue teniendo el judaísmo hasta el día de hoy, a pesar de la segunda destrucción de su Templo en el primer siglo de nuestra era. El aprendizaje y la meditación en la Ley sigue siendo el máximo exponente de la piedad religiosa judía, en comunidades dispersas por todo el planeta. Y es gracias a su devoción a Dios expresada en seguir encomendando a sus «corazones» su Ley, que los judíos conservan su identidad a pesar de la enorme diversidad de sus costumbres e interpretaciones de la propia Ley, y la diversidad de los idiomas y países donde viven y se desenvuelven.

> *Se dice de Israel que a falta de imágenes talladas de su Dios, lo que ocupó el lugar de las imágenes en la imaginación y la piedad de sus devotos fue, precisamente, la Palabra.*

- La piedad religiosa protestante o evangélica, ha hecho muy suya la devoción a la Palabra de Dios —a su manera. Sin embargo para muchos, esa «Palabra de Dios» ya no es la Ley como instrucción moral para una vida armoniosa en sociedad humana, sino la Biblia como fuente de todo conocimiento, espiritual, moral y científico. Concebidas así las cosas, lo que interesa en primera instancia ya no es el desarrollo de una vida abierta a Dios y al prójimo, una vida llena de luz y afecto fraternal y perdón y ayuda mutua en momentos de dificultad económica, sino una serie de dogmas de obligada creencia para obtener una salvación personal más allá de la muerte. Dogmas el principal de los cuales es, precisamente, para muchos, la creencia en la infalibilidad e «inerrancia» de la Biblia, comprendida a través del prisma de un fundamentalismo que somete luego a la propia Biblia a

los criterios de esa «sana doctrina» que se aprende antes que el propio aprendizaje de la Ley. Esa Biblia «inerrante» se emplea arbitrariamente, entonces, escogiendo al vuelo frases y versos sueltos que, leídos sin atención a su intención y su contexto al escribirse, ahora sencillamente apuntalan las ideas del fundamentalismo religioso.

El sentimiento de profundo amor a «la Palabra de Dios» perdura, entonces, pero el significado que se le da es muy otro. Y el efecto que tiene esto en las relaciones con quienes uno convive, tiende a ser el de generar discordias y disputas en lugar de paz y armonía.

- Nuestra lectura del Salmo 119 suscita un último tema, el del anhelo por conocer los estatutos del Señor, las ansias de ser instruidos en ellos. Los mandamientos del Señor son algo ya revelado, ya conocido. A la vez, muchos de los versículos de nuestra lectura exhalan un suspiro por alcanzar algo que siempre está un poco más allá, algo que a pesar de la revelación ya recibida, resulta siempre fundamentalmente inalcanzable. Hay aquí un clamor al Señor, una súplica de ser instruidos… como si la instrucción fuese algo más que lo que viene escrito en los Escritos Sagrados. Es como si éstos no fuesen más que una sombra de realidades tal vez inefables, realidades ciertamente ulteriores, que se hallan fuera del alcance de la comprensión humana de los textos de la Ley.

  Quizá tenemos aquí la admisión de la necesidad hermenéutica. La Ley dada por el Espíritu del Señor sólo puede resultar comprensible en su más honda significación por la intervención del propio Espíritu que la inspiró. Conocer —saberse de memoria— las palabras de la Ley es como poseer un recipiente vacío. Sólo el Espíritu de Dios puede revelar al corazón humano adónde Dios quiere ir a parar con cada vida en particular.

Hay aquí un clamor al Señor, una súplica de ser instruidos… como si la instrucción fuese algo más que lo que viene escrito en los Escritos Sagrados.

TEMA 4. ROMANOS 7-8

Aproximadamente tres décadas después de la desaparición de Jesús, el apóstol Pablo escribía a la comunidad cristiana en la ciudad de Roma. Retomamos ahora la argumentación de esta carta, que habíamos interrumpido en nuestro Capítulo 5: Tema 4, donde habíamos visto los capítulos 5 y 6.

> *¿Acaso ignoráis, hermanos y hermanas —porque hablo a los que conocen la Ley— que la Ley gobierna al ser humano mientras siga vivo?*
>
> *Porque la mujer gobernada por un varón, es del varón por ley: pero si el varón muere, ella queda libre del gobierno del varón. Entonces, por consiguiente, mientras vive el varón, ella es adúltera si tiene trato con otro varón; pero si muere el varón, ella queda libre de la ley, de tal suerte que ya no constituye adulterio pasar a pertenecer a otro varón.*
>
> *Así también sucede con vosotros, mis hermanos y hermanas, por cuanto habéis muerto a la Ley mediante el cuerpo de Cristo, para que llegarais a pertenecer a otro: al que resurgió de entre los muertos para que podamos llevar fruto para Dios. Porque cuando existíamos para la carne, en nuestros miembros operaban legítimamente los sentimientos propios del error, hasta desembocar en muerte. Pero hemos sido arrancados del legalismo mórbido que nos tenía atrapados, de tal suerte que ahora sirvamos en novedad de espíritu y no en vetustez de palabra.*
>
> *¿En qué quedamos, entonces? ¿Es un error la Ley? ¡En absoluto! Al contrario, no seríamos conscientes del error si no fuera por la Ley.*
>
> *Por ejemplo si la Ley no dijera: «No envidiarás», no nos daríamos cuenta de la envidia. Pero el error, tomando el mandamiento como punto de partida, me indujo toda suerte de envidia: porque el error muerto está fuera de la Ley. Yo en aquel entonces vivía sin ley; pero cuando llegó el mandamiento, el error se revitalizó mientras que a mí me mataba y me encontré con que el mandamiento que debía producir vida, provocaba en sí mismo muerte. Porque el error, tomando el mandamiento como punto de partida, me burlaba y me provocaba muerte a través del propio mandamiento.*
>
> *De manera que la Ley es sagrada y el mandamiento es sagrado y justo y bueno.*
>
> *¿Entonces me mataba lo que es bueno? ¡En absoluto! Sin embargo el propio error, para que se vea que es error, me mataba a través del mandamiento de tal suerte que el error, valiéndose del mandamiento,*

venía a ser ya el colmo de error. Porque sabemos que la Ley infunde aliento; pero a mí que soy de carne, el error me ha pillado a traición.

Entonces ya no sé qué pensar, porque no es «Lo que quiero, esto emprendo» —sino «Lo que detesto, esto hago». Aunque si hago esto sin quererlo, al menos estoy de acuerdo con la Ley acerca de lo que es bueno. Entonces ahora ya no soy yo el que me lo propongo sino el error que habita en mi interior. Tengo claro que lo que habita en mi interior, es decir en mi carne, no es bueno; por cuanto el desear lo bueno está ahí pero lo que es realizarlo, no.

Porque no hago el bien que deseo sino al contrario: el mal que no deseo, esto emprendo. Entonces, si lo que no deseo, esto hago, ya no soy yo el que me lo propongo sino el error que habita en mi interior. Por consiguiente hallo una regla, por la que queriendo yo hacer el bien, en mi interior está presente el mal. Porque me gozo en la Ley de Dios conforme al ser humano interior y sin embargo observo otra ley que opera en mis miembros exteriores, que está en guerra con la ley de mi mente y me hace presa de la ley del error que está presente en mis miembros exteriores.

Soy un ser humano desdichado.

¿Quién me salvará de este cuerpo de muerte?

¡Pero gracias a Dios por nuestro soberano Jesús Ungido!

Por consiguiente, entonces, yo mismo sirvo la Ley de Dios con la mente aunque con la carne, la ley del error. De donde se desprende que no existe sentencia contra los que están en Ungido Jesús, por cuanto la ley del aliento de vida en Ungido Jesús te liberó de la ley del error y de la muerte.

Porque lo que era imposible para la Ley en aquel que está débil por causa de la carne, Dios envió a su propio hijo en igualdad a la carne de error, sentenciando en ello mismo contra el error en la carne, para que la exoneración de la Ley se cumpliera en nosotros, los que no nos comportamos según la carne sino según el aliento.

Porque los que existen para la carne se dedican a la carne, pero los que existen para el aliento se dedican al aliento; por cuanto la lógica de la carne es muerte, pero la del aliento es vida y paz. Por esto mismo, la lógica de la carne es enemistad contra Dios, porque no se somete (ni puede) a la Ley de Dios. Pero los que existen para la carne no pueden complacer a Dios. Sin embargo vosotros no existís para la carne sino para el aliento; por consiguiente, el aliento de Dios habita en vuestro

interior, aunque si alguien no posee el aliento de Ungido, tampoco le pertenece.

Pero si Ungido está en vuestro interior, el cuerpo está muerto para el error a la vez que el aliento infunde vida para justicia. Entonces, si el aliento que levantó a Jesús de entre los muertos habita en vuestro interior, aquel que levantó a Ungido hará vivir también vuestros cuerpos muertos por medio del su propio aliento que habita en vuestro interior. Por consiguiente, hermanos y hermanas, no estamos en deuda con la carne para vivir según la carne, por cuanto si vivís según la carne, vais camino de morir; pero si por el aliento hacéis morir lo que emprende el cuerpo, viviréis.

Porque los que se dejan dirigir por el aliento de Dios, éstos son hijos e hijas de Dios, desde que no recibisteis el aliento de esclavitud para volver otra vez al miedo, sino que al contrario, recibisteis el aliento de hijos para gritar: ¡Abba! —es decir: ¡Papá!

Ese mismo aliento testifica a nuestro aliento, que somos los pequeños de Dios. Pero si somos sus pequeños, somos también herederos: herederos por tanto de Dios y herederos conjuntamente con Ungido, siempre y cuando suframos a una para poder alcanzar a una el resplandor.

Porque considero que no son comparables los sufrimientos de ahora con el próximo resplandor que será visible en nosotros. Por cuanto el anhelo del universo aguarda con impaciencia que los hijos y las hijas de Dios se hagan visibles, ya que el universo está sometido a desmanes, no porque así lo quiera sino por obra de quien lo sometió, con una esperanza: que el propio universo sea también liberado de la esclavitud de podredumbre, a la libertad del resplandor de los hijos y las hijas de Dios. Porque sabemos que todo el universo se lamenta y retuerce a una hasta el presente.

Pero ya no sólo eso, sino que nosotros mismos, en posesión del primer fruto del aliento, nos lamentamos en nuestro fuero interior, a la espera de la adopción del rescate de nuestro cuerpo, porque a esperanza hemos sido salvados.

Pero la esperanza que se ve, deja de ser esperanza.

¿Acaso espera quien ya ve?

Entonces, por cuanto esperamos aquello que no vemos, hemos de aguardarlo aguantándonos.

Pero así también el aliento acude a apoyarnos en nuestra debilidad, porque ya ni sabemos qué pedirle a Dios; sin embargo el aliento

interviene. Es con lamentos indescifrables, pero aquel que escudriña el entendimiento conoce bien el sentir del aliento, que interviene a favor de los consagrados como Dios manda.

Con todo, sabemos que a los que aman a Dios, todo coopera para bien; es decir, a las personas escogidas deliberadamente. Porque a los que ya conoció desde antes, también los destinó desde antes para que se pareciesen a la mismísima estampa de su hijo, de tal suerte que él fuera el primero entre muchos hermanos y hermanas. Pero a los que ya destinó desde antes, a esos mismos también los escogió; y a los que escogió, a esos mismos también los hizo ser justos; y a los que hizo ser justos, a esos mismos también los hizo brillar.

Así que, ¿cómo responderemos ante estos hechos?

Si Dios mismo está de nuestra parte, ¿quién es el que se nos opone?

Pero aquel que no dejó olvidado a su propio hijo sino que nos lo transmitió a todos nosotros, ¿cómo no iba ahora a concedernos liberalmente, juntamente con él, todas las cosas? ¿Quién censurará a los escogidos de Dios? Dios es el que hace justos. ¿Quién condena? Ungido Jesús es el que habiendo muerto, sin embargo resurgió y es también el que está ahora a la mano derecha de Dios e interviene a favor nuestro. ¿Quién nos apartará del amor de Ungido? ¿Sufrimiento o Dificultad o Persecución o Hambre o Desnudez o Peligro o Espada? Como pone: «Por ti nos matan a todas horas; nos consideran ovejas de matadero». Sin embargo ante todos esos enemigos vencemos fácilmente gracias al que nos ama, por cuanto nos sentimos seguros de que ni Muerte ni Vida ni Emisarios ni Antigüedad ni Novedad ni Futuro ni Potencia ni Alteza ni Bajeza ni ningún otro ser creado nos apartará del amor de Dios que hallamos en nuestro soberano Ungido Jesús.

Comentábamos en el capítulo anterior, sobre la esperanza, que una cosa es anunciar nuestra identidad compartida con Cristo en una nueva humanidad y otra cosa es descubrir cómo salvar las distancias —por muy eficaz que sea el bautismo— entre nuestra realidad presente y la plena realización de nuestra esperanza de aprender a vivir según el modelo de Cristo. En estos capítulos, ahora, Pablo nos expone que el secreto está en el Espíritu, por el cual superamos la dinámica de esclavitud a la letra muerta de la Ley. Pero es precisamente en su descripción de los límites de lo alcanzable por la letra muerta de la Ley, que Pablo deja ver una vez más lo luminosa y espiritual que es la propia Ley, ya no como letra muerta —una aberración que sólo puede producir frustración y muerte— sino como conocimiento de la intención del Espíritu de Dios.

El capítulo 7 culmina con una exclamación de gratitud, no porque la ley haya sido abolida sino porque ha aparecido en escena Jesucristo.

♦ Leyendo con atención al detalle de la argumentación, el contraste entre los capítulos 7 y 8 no parecería ser entre dos ideas diferentes de lo que viene a constituir la conducta que agrada a Dios. El contraste es respecto a los medios disponibles para poder alcanzar ese ideal. El capítulo 7 culmina con una exclamación de gratitud, no porque la ley haya sido abolida sino porque ha aparecido en escena Jesucristo. Y el capítulo 8 empieza con la declaración de una confianza firme de no ser condenados, otra vez no porque las conductas necesarias sean diferentes de las que se sabía por la Ley que agradan a Dios, sino porque ha aparecido en escena el Espíritu que puede hacer en nosotros lo que «la carne» jamás consiguió.

De hecho, incluso desde «la carne» es posible —capítulo 7— reconocer que la Ley es buena, reconocer que es el objetivo ideal a que aspirar en la conducta de la vida humana. El problema no reside en la Ley, que es buena —incluso perfecta como revelación de Dios. El problema reside en nosotros en tanto que estemos procurando alcanzar esa perfección con nuestra «carne». Vivos todavía en «este cuerpo de muerte» (Ro 7,24) a pesar de la nueva identidad con Cristo que hemos asumido mediante el bautismo, seguimos divididos entre un ya sí, que es a la vez un todavía no. Somos una paradoja, una contradicción, a caballo entre dos eras. Una nueva humanidad, pero condicionada provisionalmente por los hábitos de la vieja humanidad que ha de desaparecer.

Pero no estamos solos en esa condición. Hijos de Dios por el Espíritu, como Jesús —coherederos con Jesús, entonces, de la gloria que nos es propia como hijos de tal Padre (Ro 8,14-18)— padecemos como Jesús provisionalmente de la debilidad de la carne mortal. Y como nosotros, toda la creación aguanta como puede este intervalo lleno de contradicción, gimiendo su agonía ante el Creador (Ro 8,22) mientras espera «la manifestación de los hijos de Dios» (Ro 8,19) —es

decir, la manifestación de nosotros en la plenitud de nuestra nueva humanidad.

Pero toda esta dinámica del Espíritu que celebra el capítulo 8 no es para que descubramos otras conductas, de algún modo más satisfactorias que las conductas reveladas en la Ley como voluntad de Dios. Al contrario, la dinámica del Espíritu, la dinámica de ser vivificados en estos cuerpos mortales por el mismo Espíritu que resucitó a Cristo (Ro 8,11), se manifiesta como plenamente espiritual en que nos capacita para hacer lo que antes nos resultaba imposible (aunque reconocíamos que era bueno), vivir como antes nos resultaba inalcanzable (a pesar de que suspirábamos por vivir así). El problema de «la carne» —en toda nuestra lectura de hoy, pero por ejemplo en Ro 8,7-8— es que no se sujeta a la Ley de Dios ni tampoco puede… y por tanto quienes viven según «la carne» no pueden agradar a Dios.

De donde se deduce una vez más, que el problema no está en la Ley: no es la Ley lo que tiene que cambiar. El problema reside en nosotros: somos nosotros los que tenemos que cambiar hasta que, por el Espíritu, podamos cumplirla como jamás pudimos por «la carne». Y así agradar a Dios.

En esta carta Pablo no rechaza la Ley, sino que la sigue considerando el máximo exponente de la calidad de vida que Dios desea para el ser humano —la calidad de vida para que nos creó.

Volvemos patas arriba la lógica del pensamiento de Pablo, entonces, si pensamos que en estos capítulos nos está informando que ahora, gracias a Jesús y un nuevo espíritu —quizá «el espíritu de tolerancia y de manga ancha»— estamos exentos de cumplir las exigencias de una vida moral y social que agrade a Dios. No, Dios sigue pretendiendo de nosotros una convivencia armoniosa y no

violenta. Sigue deseando que abandonemos nuestros hábitos de dominación y sumisión del prójimo, de desigualdades y «derechos» exigidos en detrimento del bienestar de los demás. Sigue esperando ver en nosotros una generosidad de espíritu que antepone los intereses de los demás a los propios —si nos encontramos entre las personas a quienes las viejas reglas de juego han privilegiado con poder adquisitivo, educación (que también otorga poder), o accidente geográfico (como nacer en Europa y no en África Subsahariana). Sigue esperando ver en nosotros una justa firmeza de espíritu, propia de la gloria de la condición de hijas e hijos de Dios —si nos encontramos entre las personas a quienes las viejas reglas de juego menoscaban por ser, por ejemplo, de sexo femenino o de una raza o región geográfica dominada y subyugada.

- Para alcanzar a comprender hasta qué punto esta carta de Pablo no rechaza la Ley sino que la sigue considerando el máximo exponente de la calidad de vida que Dios desea para el ser humano (la calidad de vida para que nos creó), podemos echar un vistazo esquemático a la argumentación de la carta entera. Ya hemos visto algunos elementos de la argumentación de los capítulos 1-2 (Capítulo 4), 5-6 (Capítulo 5) y 7-8 (aquí); ahora hagámonos con una panorámica total:
  - En los capítulos 1-3 de Romanos, Pablo describe la condición universal humana donde todos están bajo condenación porque nuestras vidas no glorifican a Dios como es debido. Los gentiles tienen una especie de ley inscrita en la conciencia, por lo que los juicios de Dios contra la humanidad caída son siempre justos. En cuanto a los judíos, su problema reside en que el conocimiento de la Ley no equivale a su cumplimiento.
  - En los capítulos 3-4 descubrimos que la justicia sólo es posible por virtud de la fe. Fe que, como con el caso de Abraham, es previa incluso a la recepción de la Ley. Fe que viene a ser algo así como estar en una relación justa con Dios gratuitamente, por la gracia de Dios. Es Jesús quien nos rescata de nuestra condición de infidelidad con respecto a Dios.
  - En los capítulos 5-6, como vimos en nuestro Capítulo 5, Pablo explica que Jesús es el prototipo de Nueva Humanidad, equiparable a lo que es Adán para la vieja humanidad. Traspasando nuestra identidad a Cristo mediante el bautismo, somos liberados del pecado para dedicarnos ahora a la justicia. «Dedicarnos a la justicia» es lo que entiendo yo que significa «estar justificados» o «ser hechos justos».

- Ahora, en los capítulos 7-8, tenemos una comparativa de lo imposible que resulta intentar cumplir las exigencias de Dios antes de ser primero justificados por la fe, por la gracia de Dios; y la vida victoriosa que es consecuencia de dejarse llevar por el Espíritu de Dios o Espíritu de Cristo, confiando (por la fe), a pesar de todas las evidencias y circunstancias, que nada nos puede separar del amor de Cristo.
- En los capítulos 9-11 se confirma que establecer esta Nueva Humanidad del Espíritu, no viene a ser lo mismo que anular la Ley. Incluso la elección de la descendencia de Abraham, uno de los temas más esenciales de la narrativa que encierran los libros de la Ley (Génesis a Deuteronomio), sigue todavía en pie. Israel será restaurada aunque ahora Dios se esté centrando especialmente en llegar a todas las demás etnias de la humanidad. Para Pablo, la «elección» interina de todas las demás razas no puede invalidar la elección de Israel, porque eso equivaldría a invalidar la propia Ley, la cual no deja nunca de ser la revelación de la voluntad de Dios para la humanidad.
- En los capítulos 12-15 Pablo entra a atajar diversos problemas suscitados por la convivencia entre personas de distintos trasfondos y culturas, con diferentes tabúes y maneras de entender la religión y el culto a Dios (o a otros dioses). Citando a veces expresamente la Ley, la convivencia armoniosa y no violenta, generosa y abierta al prójimo, que exhorta Pablo en todos estos renglones, es el más fiel ejemplo posible de que Pablo se está dejando guiar por el Espíritu de Dios, que es el mismo Espíritu de la Ley, siempre compatible por tanto con la Ley.
- En sus saludos finales, capítulo 16, Pablo menciona expresamente personas de las etnias judía, griega y latina; y saluda la realidad de una iglesia que está siendo guiada por líderes femeninas y masculinos, todos liberados por igual para actuar según los dones que el Espíritu ha repartido. La iglesia de Roma es, entonces, el propio modelo de convivencia armoniosa conforme a los principios más profundos que encierra la Ley, demostrando así ser una iglesia legítimamente espiritual.

Aunque a los cristianos de origen no judío nos pueda resultar molesta la idea de una elección perdurable de Israel, quizá Pablo intuía algo del papel que todavía le quedaba a su raza como ejemplo de la forma de vida que instruyó Moisés y predicó Jesús. Como observa el teólogo John H. Yoder, en los dos milenios y medio desde el inicio de la Diáspora, los

judíos han vivido como una minoría a veces tolerada, otras veces perseguida, obligados a sobrevivir sin acceso directo al poder político y militar. Para ello han seguido el programa trazado por la carta de Jeremías a los exiliados (Je 29,4-7). Despreciados y vituperados —como el Siervo Sufriente de Isaías y como el propio Jesús — se han mantenido fieles a lo que entendían que Dios les exigía (según el entendimiento que tenían). Esto a pesar de padecer episodios de crueldad exquisita como la sufrida con los Reyes Católicos de España, con los pogromos bajo los zares rusos y con Hitler a mediados del siglo XX. Su existencia ha sido forzosamente pacífica, no violenta y marginal, obligados a una ejemplaridad fulgurante frente a la crueldad de los regímenes cristianos que les ha tocado padecer.

> *Aunque a los cristianos de origen no judío nos pueda resultar molesta la idea de una elección perdurable de Israel, quizá Pablo intuía algo del papel que todavía le quedaba a su raza como ejemplo de la forma de vida que instruyó Moisés y predicó Jesús.*

Es posible afirmar esto a pesar de dos excepciones notables a la regla: El breve período de independencia y lucha armada por mantenerse como un estado judío entre los siglos II a.C. y I de nuestra era; y el presente estado de Israel, de menos que un siglo de duración hasta el momento: un estado precario, cuyo futuro es incierto y en el que sólo reside una minoría de los judíos del mundo.

En tanto que los cristianos no nos desenganchemos de nuestra adicción al poder, puede que a través de los siglos y milenios, la Diáspora judía haya sido lo más parecido, en la práctica real, a una encarnación perdurable de los principios predicados por Jesús.

El «sionismo cristiano» entonces, al alentar y fomentar el militarismo israelí y el desafortunado enfrentamiento bélico entre descendientes

directos de Abraham, resulta atractivo para muchos cristianos precisamente porque un judaísmo militarizado y enamorado del poderío político y bélico, les resulta comprensible y «natural», por parecerse tanto al cristianismo militarizado de los últimos dieciséis siglos. Si los judíos se parecen a los cristianos en este particular, los cristianos ya no tenemos que contender con el testimonio judío que contrasta tan sublimemente con nuestra propia infidelidad histórica.

Los cristianos, que llevamos tantos siglos matándonos entre nosotros y subyugando pueblos «paganos», no podíamos menos que sentir un profundo malestar ante la presencia en medio nuestro, del pueblo judío con su tradición milenaria de bajar la cabeza y esperar que pase la furia de las tormentas políticas y militares, confiando humildemente que Dios les daría posteridad en la tierra a pesar de sus muchos enemigos. Quizá lo molesto que nos resultaba ese testimonio explica —en parte, por lo menos— la furia del antisemitismo cristiano. Antisemitismo, del que el «sionismo cristiano» quizá no sea más que una variante, puesto que el judaísmo que alienta y apoya, es éste que por fin se nos parece: despreciando la vida del prójimo que es «diferente» y entregándose a las armas en lugar de esperar en Dios. Así podemos seguir considerando que el judaísmo tradicional, el de siempre desde la generación de Jeremías, es históricamente irrelevante.

TEMA 5. MATEO 5,17-48

Una o dos décadas después de que Pablo escribiera a los Romanos, empezó a tomar forma el trabajo de cuatro de los teólogos más destacados de todo el Nuevo Testamento: los evangelistas Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Respondían a una necesidad que sentían las comunidades cristianas en el crepúsculo de la generación apostólica. Con la desaparición de las personas que habían convivido con el rabino Jesús y ante la presión de todo tipo de influencias de otros entornos religiosos con mitos acerca de dioses encarnados y hombres divinos, era necesario rescatar el recuerdo de Jesús como persona humana, donde la forma particular de su muerte —por crucifixión romana— contrarrestara la tentación a hacer de la historia de Jesús un mito más.

Es gracias a los evangelios que podemos hacernos una idea del pensamiento y las convicciones de Jesús. A la vez nos confirman que otros escritores cristianos anteriores a los evangelistas —Pablo, por

ejemplo — aunque citaron muy poco las palabras de Jesús, habían conservado fielmente los lineamientos generales de su manera de pensar.

Lee ahora Mateo 5,17-48, un fragmento de lo que Mateo configura como «el Sermón del Monte», tomando nota de todo lo que observes que tiene que ver con la Ley:

> *No os penséis que he venido para anular la Ley o los Profetas. No he venido para anular sino para cumplir. Porque os digo, amén, que en tanto que no desaparezcan el cielo y la tierra, tampoco desaparecerán ni el punto de una «i» ni un acento del texto de la Ley —en tanto que todo suceda. Por eso, el que anule uno sólo de los mandamientos más insignificantes y eso enseñe a la humanidad, será él mismo considerado insignificante en el gobierno de los Cielos. Mientras que quien lo cumple y eso enseña, ese será considerado importante en el gobierno de los Cielos. Porque os declaro que a no ser que vuestro rigor supere hasta el de los mismísimos escribas y fariseos, no podréis entrar al gobierno de los Cielos.*
>
> *Habéis oído que a los antepasados se les mandó: «No cometerás asesinato; porque el asesino será reo de juicio». Pero yo os declaro que cualquiera que se enfada con su hermano, ya es reo de juicio; y quien suscita calumnias contra su hermano, deberá responder ante el tribunal; y quien insulta, es digno de arder en el basural. Por consiguiente, cuando traes tu ofrenda al sacrificio, si te acuerdas que tu hermano tiene algo que reprocharte, deja allí tu ofrenda para sacrificar y vete antes a hacer las paces con tu hermano —y vuelve, entonces sí, para presentar tu ofrenda. Llega a un acuerdo rápido con el que tiene motivos para ponerte un pleito, antes de que el asunto llegue al tribunal; no sea que el que te acusa lo deje en manos del juez, el juez lo deje en manos del torturador y el torturador te encierre en la cárcel. Te aseguro, amén, que no saldrías de allí sin antes haber perdido hasta el último céntimo.*
>
> *Habéis oído que se mandó: «No cometerás adulterio». Pero yo os declaro que todo el que al ver a una mujer la desea ardientemente, en la intimidad de su mente es como haber yacido con ella. Por consiguiente, si tu ojo derecho te hace tropezar, sácatelo y tíralo lejos; que más te conviene perder uno de tus miembros, que no que tu cuerpo entero sea tirado al basural. Y si tu mano derecha te hace tropezar, arráncatela y tírala lejos; que más te conviene perder uno de tus miembros, que no que tu cuerpo entero sea tirado al basural.*

> *Y se mandó: «El que echa de casa a su mujer, que le dé su certificado de divorcio». Pero yo os declaro que todo el que echa de casa a su mujer, la obliga a cometer adulterio (a no ser que ella ya le estuviera siendo infiel antes); y pondría en situación de adulterio al que la aceptase como mujer.*
>
> *Otra vez habéis oído que a los antepasados se les mandó: «No jures sin cumplir, sino que has de pagar al Señor todo lo que le juraste». Pero yo os declaro que no deberíais jurar en absoluto. Ni por el cielo, que es el trono de Dios; ni por la tierra, que es la plataforma bajo sus pies; ni por Jerusalén, que es la ciudad del gran rey. Ni siquiera jures por tu propia cabeza, por cuanto eres incapaz de hacer que ni uno de tus cabellos se vuelva blanco o negro. Al contrario, que vuestro «Sí» sea sí, vuestro «No», no. Porque todo lo que sea ir más allá de eso, es de personas de no fiar.*
>
> *Habéis oído que se mandó: «Ojo por ojo y diente por diente». Pero yo os declaro que más os vale no entrar en batalla contra el malvado. Al contrario, frente al que te intenta dar una bofetada con el revés de la mano, gira la cabeza en el sentido contrario; y al que te pone un pleito para quitarte el pantalón, dale también el calzoncillo; y al que te requisa para cargar sus pertrechos, llévaselos el doble de lo estipulado. Al que te exige, dale y al que te pide prestado, no se lo niegues.*
>
> *Habéis oído que se mandó: «Amarás a tu compañero como a ti mismo y odiarás a tu enemigo». Pero yo os declaro que améis a vuestros enemigos y roguéis a Dios por los que os persiguen, hasta que lleguéis a ser como vuestro Padre en los cielos. Porque él hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos y pecadores. Porque si sólo amáis a los que os aman, ¿de qué os sirve? ¿Acaso no hacen eso mismo los funcionarios vendidos al régimen de ocupación? Y si sólo saludáis a vuestros hermanos, ¿en qué sois superiores? ¿Acaso no hacen eso mismo los de cualquier país? Sed, por consiguiente, íntegros como vuestro Padre celestial es íntegro.*

El caso es que todo el Sermón del Monte, que no sólo estos párrafos que versan expresamente sobre la Ley de Moisés, halla su espíritu y fundamento en ella. Nada aquí se contradice con el espíritu de la Ley —aunque sí en muchos particulares Jesús pudo discrepar entonces y discreparía hoy con el sesgo legalista y opresivo que las autoridades religiosas muchas veces han creído necesario imprimir a la Palabra de Dios.

Jesús está procurando llevarnos a ver el fondo de la cuestión de la desarmonía y las desavenencias en nuestras relaciones.

En cualquier caso, los primeros versículos de nuestra lectura de hoy (Mt 5,17-20) establecen el marco de referencia general para el pensamiento de Jesús sobre la Ley: La Ley (así como también los profetas) no necesita ser abrogada sino cumplida. La justicia de todo aquel que aspira al reino de Dios, debe ser mayor que la de los escribas y fariseos. Pero no porque los términos de la justicia sean ahora diferentes que los que ofrecía la Ley. Esto es precisamente lo que Jesús viene a detallar a continuación con un número de ejemplos donde explica no un cambio de la Ley sino un cambio de forma de *interpretar* la Ley.

Veamos entonces algunos de estos ejemplos para observar de cerca cómo nuestro rabino preferido, Jesús, nos ha enseñado a interpretar la Ley.

- **La ley contra el asesinato** (Mt 5,21-26). El mandamiento «No matarás» es una ley de mínimos, según Jesús. Desde luego que el asesinato está mal —¡sólo faltaría que no!— pero detrás del mandamiento contra el asesinato hay toda una presuposición de fondo acerca de cómo han de ser las relaciones interpersonales. La meta no es que no nos matemos unos a otros —aunque con sólo conseguir eso la humanidad ya daría un salto moral de primerísima magnitud— sino que aprendamos a convivir armoniosa y dignamente en relaciones de respeto y afecto mutuo. Cuando las cosas desembocan en un homicidio, la verdad es que vienen estando mal muchas cosas desde mucho antes. Sin que deje de ser una meta importante la de que desaparezca de una vez por todas el homicidio, entonces, lo que Jesús quiere que entendamos es que el Espíritu de Dios, al dar este mandamiento, no se da por satisfecho. Lo que procura es llegar al fondo de la cuestión de la desarmonía y las desavenencias en nuestras relaciones. Tenemos que aprender cómo solucionar nuestras diferencias con respeto y justicia y dignidad, porque sólo así

alcanzaremos la calidad de vida que se vive como una bendición de Dios.

Expresado negativamente, la Ley nos da el mandamiento «No matarás». Expresado positivamente, lo que el Espíritu de la Ley pretende es que aprendamos a vivir en reconciliación y paz, armoniosamente y sin violencia de ningún tipo. Esto tiene que ver también, entonces, con la violencia psicológica de malos tratos y manipulaciones, la lengua áspera e hiriente —y en el fondo, con las actitudes interiores que albergamos hacia el prójimo. Porque de esas actitudes interiores nacen todos los abusos y todas las violencias.

Esto es tan así, que la práctica de la religión carece de sentido si no hemos hecho lo que está a nuestro alcance para que haya reconciliación (Mt 5,23-24). La propia experiencia de Jesús de la enemistad de los que al final lo llevaron a la cruz, nos indica que él sabía perfectamente que la reconciliación no depende solamente de una de las partes y que tampoco es una meta tan absoluta como para abandonar por ella todos nuestros principios. Desde luego, Jesús podía haber abandonado su enseñanza radical, que era lo que muchos de sus «hermanos» judíos tenían contra él —un tema sobre el que nunca consiguió «ponerse de acuerdo» con ellos como paso previo a la práctica de su religión. No se trata, entonces, de legalismos a cumplir mecánicamente sino de que cultivemos una actitud positiva hacia el prójimo en cualquier circunstancia, y de tomar los pasos positivos de acercamiento que en cada situación sean posibles.

Impedido Jesús por la Ley y por el Espíritu de la Ley a ser él quien matase a sus enemigos, el único desenlace posible era que ellos lo matasen a él.

Esto supuso, para Jesús, el durísimo trago de que sus enemigos al final se deshicieran de él de la manera más dolorosa e ignominiosa posible en el Imperio Romano: la crucifixión. Según los evangelios, Jesús supo desde muy pronto que su desencuentro con las

autoridades de su sociedad acabaría en sangre. Impedido por la Ley y por el Espíritu de la Ley a ser él quien los matase a ellos (liderando, por ejemplo, un glorioso alzamiento revolucionario), el único desenlace posible era que ellos lo matasen a él.

- **La ley contra el adulterio** (Mt 5,27-30). Tampoco basta, entonces, con que no cometamos adulterio —aunque el que esto se consiguiese en la sociedad humana sería un gran adelanto. Ahora bien, nuestra sociedad ha redefinido el adulterio, en comparación con la sociedad en tiempos de Jesús, de tal suerte que ahora entendemos que aquí Jesús pretende que aprendamos a reprimir nuestra sexualidad y que nos sintamos condenados porque la imaginación se nos va en fantasías eróticas. Según las normas de la sociedad en que se movía Jesús, sin embargo, la falta cometida en el adulterio era la privación de los derechos de paternidad de un hombre sobre los hijos de la mujer que había adquirido como esposa. El adulterio era una falta social tanto o más que un exceso de lujuria. El problema de la imaginación erótica —en su relación con el adulterio así definido— es el mismo, entonces, que el de la codicia y envidia en general. La codicia y la envidia llenan de amargura y malos sentimientos la vida de quien las padece, y acaban corroyendo y destruyendo la amistad sincera.
- **La ley del divorcio** (Mt 5,31-32). La disposición de la Ley de Moisés que cita Jesús aquí, establecía que cuando un varón (las mujeres carecían de la misma autonomía legal en la sociedad hebrea) repudiaba o renunciaba a su esposa, debía redactar y entregarle un documento que certificase la libertad de ella para contraer otro matrimonio. A continuación, la Ley estipulaba que si se casaba con otro y éste también la divorciaba, ella quedaba en libertad para casarse con cualquiera *menos* el que antes la había divorciado. Así la Ley hacía provisión para que una mujer repudiada pudiera rehacer su vida legalmente, de una manera aceptada por toda la sociedad, con un nuevo matrimonio legítimo. La prohibición de reanudar la relación rota, por otra parte (desenlace tachado de «abominación» por la Ley), evitaba el espectáculo de la falta de seriedad y rigor que se daría si la gente anduviera intercambiando parejas y volviendo a intercambiarlas a capricho.

Pero «hecha la ley, hecha la trampa»; y una manera conveniente (para el varón) de evitar las limitaciones impuestas por la ley del divorcio, era la de negarse a certificar el divorcio de la mujer repudiada. Así el varón conservaba a perpetuidad sus derechos

sexuales sobre ella, aunque la hubiera echado de casa. Pero el efecto de esto era dejar desamparada a la mujer, que sin su certificado de divorcio, estaba obligada a que cualquiera relación posterior quedase tipificada como adulterio. Era para evitar ese desamparo femenino que Moisés, según explica Jesús, había dispuesto que se le entregase el acta de divorcio.

De lo contrario, si no existe certificación del divorcio, como lo expresa Jesús, el marido que la echa de casa «*hace* que ella adultere» cuando ella rehace su vida con otro hombre. Naturalmente, existe una excepción a la situación de que el marido que la repudia sin divorciarla, la «obliga» a cometer adulterio. Consiste en que la propia causa del repudio fuese en sí un adulterio previo. De ahí la frase «a no ser por causa de fornicación».

El problema, por cierto, no se daba a la inversa. El varón no necesitaba certificado de divorcio de parte de su esposa porque la poliginia, aunque estaba más o menos mal vista, era admisible entre los hebreos; no así la poliandria.

Una vez más entonces Jesús, al expresar con claridad su comprensión de la indefensión en que queda una mujer repudiada pero no divorciada, manifiesta una compenetración especial con el Espíritu de la Ley, que en su intención es mucho más exigente que la simple obediencia mecánica a la letra de sus disposiciones. Y al poner así en evidencia la relativa indefensión en que queda una mujer *por la asimetría del poder entre los géneros*, Jesús nos imprime (indirectamente) un impulso necesario hacia la construcción de sociedades donde esa asimetría tienda a desaparecer. Pero Jesús dice hallar esto ya en la propia Ley. Según Jesús es la Ley de Moisés, correctamente entendida en su Espíritu, la que nos impulsaría (indirectamente) a superar las diferencias de género.

- **La ley contra el perjurio** (Mt 5,33-37). El juramento sólo es necesario donde existe la costumbre de mentir; donde existe incluso, perversamente, una presunción de mentira. Para Jesús entonces no basta, no es suficiente, con que la gente cumpla a rajatabla lo que dice bajo juramento. Lo importante sería andar en la luz y con transparencia unos con otros, hasta que todo el mundo llegue a suponer que lo que decimos es la pura verdad. Ese sería el Espíritu de la Ley contra el perjurio. Por otra parte, el juramento en sí, según lo da a entender aquí Jesús, viene a ser una especie de violación del mandamiento de no tomar el Nombre del Señor en vano: ¿De verdad pensamos que podemos obligar a Dios a intervenir

sobrenaturalmente para castigarnos en caso de que, puesto que lo hemos invocado como testigo, fuésemos a mentir? ¿Así actúa entonces Dios? Detrás de la costumbre del juramento, invocando al Señor como garante de la veracidad de nuestras palabras, hay una actitud supersticiosa e insolente con respecto a Dios. La realidad es que (por mucho que mientas bajo juramento) «no puedes hacer que se vuelva blanco o negro uno solo de tus cabellos».

Jesús halla esto ya en la propia Ley. Según Jesús es la Ley de Moisés, correctamente entendida en su Espíritu, la que nos impulsaría (indirectamente) a superar las diferencias de género.

El ejercicio que empieza Jesús con estos ejemplos que hemos visto y con su enseñanza en general, no es exhaustivo sino ejemplar y representativo. Ahora nos toca a nosotros. Como Jesús, tenemos que aprender a razonar a partir de la Ley, ahondando en el Espíritu que dio la Ley, hasta comprender su lógica. Así llegaremos a ser agentes plenamente morales, que empleamos la libertad que nos da Dios como seres humanos, para el bien y no para el mal; para la solidaridad con el prójimo, no para el egoísmo.

Ahora bien: Acostumbrados a suponer que el conflicto entre Jesús y los escribas y fariseos pueda tener alguna semejanza con el desencuentro entre cristianos y judíos hasta el día de hoy, imaginamos que la tradición de interpretación judía de la Ley es toda ella superficial y legalista. Con una actitud deleznablemente «farisaica» por parte nuestra tachamos así, sin inmutarnos, de hipócrita la milenaria tradición de los rabinos. «Ellos» sólo entienden de ley muerta, a «nosotros» nos corresponde automáticamente y en exclusiva la profundidad y la fe. Sería interesante conocer cuál sería la opinión de Jesús acerca de una descalificación tan frívola y soberbia del prójimo, cuyo desenlace ha sido además el derramamiento de tantísima sangre judía.

El caso es que los contemporáneos de Jesús reconocieron en su enseñanza una inmensa frescura y claridad respecto al Espíritu de la Ley. En ese sentido —en el sentido de que su enseñanza cuadraba tan evidentemente con el Espíritu de la Ley— decían, admirados, que hablaba con una autoridad que nunca habían observado en ningún otro des sus maestros.

Pero aunque Jesús llegó a sostener durísimas discrepancias con otros rabinos de su día sobre cuestiones de interpretación de la Ley, donde nunca discreparon fue en estimar que la Ley debía ser el punto de partida para cualquier conversación sobre la forma de vida y conducta que agrada a Dios.

¿De verdad es verosímil imaginar que Jesús dijo estas cosas que hemos visto pero opinaba todo lo contrario?

UNA ÚLTIMA ACLARACIÓN Y REFLEXIÓN

Quien escribe he intentado dejar claro desde un principio (Capítulo 2: Tema 1) el sesgo que imprime a mi manera de entender la Biblia, la tradición confesional en que me he nutrido: una denominación con medio milenio de «perfeccionismo pacifista» a sus espaldas. El caso es que estoy convencido de que la no violencia y un amor al prójimo —incluso al enemigo— que nos incapacita para emplear la fuerza de las armas y la destrucción de vidas, *es patrimonio de todos los cristianos*, no sólo de unas pequeñas minorías «sectarias». Estoy convencido de que esto no nace de mi tradición particular sino del propio evangelio de Jesús y de la Biblia entera.

La respuesta habitual a este tipo de planteamiento «radical», es que la enseñanza de Jesús es algo así como una meta inalcanzable, cuyo único fin es hacernos caer en la cuenta de que dependemos de la gracia divina para nuestra salvación. Es verdad: dependemos de la gracia divina para la salvación. Quien ponga eso en duda no se está enterando de nada. Admitir eso, sin embargo, no es lo mismo que querer suponer que Jesús carecía de seriedad en lo que enseñó. Que Jesús enseñaba algo diferente que lo que realmente pensaba. ¿De verdad es verosímil

imaginar que Jesús dijo estas cosas que hemos visto pero opinaba todo lo contrario? ¿Es verosímil que su pensamiento, al fin y al cabo, no aportaba nada de nuevo sino que sencillamente reiteraba lo que nos venía enseñando «el sentido común» de toda la vida?

Capítulo 6.

Dios, nuestro punto de referencia y estabilidad

INTRODUCCIÓN

LAS NECESIDADES DEL SER HUMANO incluyen mucho más que las esenciales de alimento, cobijo y reproducción. Incluyen mucho más que la necesidad de relacionarnos con otros en familias y en sociedades de las que derivamos nuestra lengua y costumbres y mentalidad y nuestro sentido de pertenecer. Más, incluso, que nuestra necesidad de dignidad humana y respeto, de sentir que se nos trata con justicia. Nuestras necesidades se adentran al mundo de las ideas y convicciones, el alma y el espíritu —defínase esto como se quiera. El ser humano es religioso por naturaleza. Tal es así, que los que niegan la deidad no es que no crean nada, sino que acaban creyéndose cualquier cosa, tornándose supersticiosos y maniáticos o neuróticos; o adorando realidades seculares a las que se niega expresamente el nombre de «dioses» pero que funcionan como si lo fueran, a efecto de una profunda devoción y piedad personal. Tal, por ejemplo, el culto soviético al cadáver embalsamado de Lenin, en Moscú, durante medio siglo XX.

La instrucción bíblica para «la buena vida» (que goza de la bendición divina) toca también entonces, naturalmente, en esta honda necesidad humana. Si en nuestra lección sobre la Ley hemos tendido a relegar este aspecto es porque los propios documentos bíblicos insisten que no se puede hablar de «espiritualidad» o de «religión» legítima, si ésta no nos impulsa a «amar» al prójimo (es decir, tratarlo como nosotros deseamos ser tratados). En la medida que el impulso religioso lleve a cualquiera a anteponer su «salvación personal» o cualquier otro valor «espiritual» al reclamo de prójimo sobre prójimo, esa espiritualidad o religiosidad queda automáticamente descalificada.

Lo cual no significa que no haya tal cosa como espiritualidad o religiosidad legítima.

En este capítulo exploramos un puñado de diferentes tipos de experiencias de la vida que tienen una cosa en común: En todas ellas es posible —y necesario— tener presente la dimensión espiritual de la vida humana. Dios es una parte esencial de toda experiencia humana y de la reflexión sobre cada aspecto de nuestro existir.

TEMA 1. SALMO 22

Empezamos la exploración de este aspecto de nuestro «hablar sobre Dios desde la Biblia» con un salmo de lamentación. Ya hemos leído tres capítulos del libro de Lamentaciones, pero ahora volvemos al tema de la lamentación desde una perspectiva mucho más íntima, mucho más personal.

(Para el director: Con la tonada de «La gacela del alba», canción al estilo de David.)

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?
Lejos están de mi salvación mis palabras, mi rugido.

Llamo a mi Dios cada día y cada noche.
(Él no contesta, pero yo no me callo.)

Sin embargo tú eres el Santo
que habita en los salmos de Israel.

En ti confiaron nuestros antepasados;
confiaron y tú los rescataste.

Te lloraron y fueron rescatados;
confiaron en ti y no pasaron vergüenza.

Pero yo soy un gusano y no un hombre,
la gente se burla de mí y el pueblo me desprecia.

Todos los que me ven se ríen de mí;
hacen muecas con la boca y menean la cabeza.

—¡Que ruede! Al Señor se está encomendando,
que sea el él quien lo libra, si es que le agrada.

Por cuanto tú me recibiste cuando nací
y me enseñaste a confiar desde los pechos de mi madre.

A ti fui arrojado desde el útero,
desde el vientre de mi madre tú eres mi Dios.

No te me quedes lejos
que se acerca el desastre,
que no hay quien socorra.

Me rodean muchos toros,
miuras bravos me tienen cercado.

Han abierto sus bocas contra mí:
¡Un león que desgarra y ruge!

Me escurro como agua, los huesos desarticulados;
mi corazón es como cera que se derrite en mi interior.

Mi vigor se ha secado como un tiesto
y mi lengua se me ha pegado al paladar,
pero tú me tiendes como un cadáver.

Porque me rodean perros (la congregación de los perversos),
como un león a mis manos y mis pies.

Me voy contando los huesos;
ellos lo ven y apuestan contra mí.

Se van a repartir mi ropa entre ellos,
se juegan mi vestido a los dados.

Pero tú, Señor, no te quedes lejos;
tú eres mi fuerza, date prisa por socorrerme.

Libra de la espada mi aliento,
de las patas del perro mi vida.

Sálvame de las fauces del león
(—Y de las astas del toro —añadiste tú).

Iré contando tu nombre entre mis hermanos,
en medio de la asamblea te alabaré:

—Los que teméis al Señor, alabadle;
dadle importancia, todos los descendientes de Ya'akov;
y estremeceos, todos los descendientes de Israel.

Por cuanto no despreció ni desatendió el abatimiento del abatido
(ni escondió su Presencia de nosotros),
sino que cuando le pidió auxilio, él escuchó.

Mi alabanza en la gran asamblea viene de estar a tu lado;
cumpliré mis promesas acompañado de los que te temen.

Los pobres comerán hasta saciarse,
y los que buscan al Señor le alabarán:
—¡Vivan siempre vuestros corazones!

Se acordarán y volverán al Señor todos los extremos de la tierra
y se arrodillarán ante ti todas las familias de la humanidad.

Porque para el Señor es el gobierno
y él mandará entre las naciones.

Se han saciado de toda la abundancia de la tierra
y ahora se arrodillan ante él;

se inclina cada uno, postrándose hasta el polvo,
aunque no perviva en él su aliento.

Su descendencia le servirá;
se contará sobre el Señor durante generaciones.

Vendrán y anunciarán su justicia
a la gente que está por nacer,
por cuanto él ha actuado.

Hasta aquí venimos observando reiteradamente que Dios habla. Ahora tenemos que observar que también sabe escuchar. Dios es, de hecho, el más perfecto de los escuchantes. Sabe, como ningún otro, escuchar sin interrumpir. Sabe dejarnos agotar nuestro discurso y nuestras quejas hasta el final, hasta que nosotros mismos hallamos la manera de cambiar el curso de nuestras palabras y empezar a dar voz a la esperanza y la alabanza.

Esta habilidad no es nada fácil y de hecho es bastante infrecuente entre las personas. Bien es cierto que con el auge de la psiquiatría nos hemos hecho con profesionales de escuchar. La función que tienen es esa de animarnos a expresarnos, permitirnos hablar así, hablar desde el corazón y agotar nuestras palabras de negativismo y queja, de ansiedad e inseguridad, hasta hallar también aquel recóndito rincón de nuestro corazón donde están escondidas la esperanza y el reconocimiento de lo positivo que hay en nuestras vidas. Hemos profesionalizado así la función del amigo, de la amiga, quizá de la pareja humana en su dimensión de amistad y escucha mutua. Pero, quién sabe, es posible que ni siquiera estos nuestros escuchantes profesionales lo hagan tan bien como desde la remota antigüedad viene intuyendo el ser humano que puede escucharnos Dios.

Porque en este salmo y otros por el estilo, tenemos el desahogo pleno de la queja y la lamentación, la expresión plena y cabal de los sentimientos de tristeza, la descripción total de lo que significa que alguien se sepa rechazado por sus semejantes, odiado, despreciado o ignorado en su dignidad humana, perseguido y vituperado, castigado y quizá esclavizado por quienes no reconocen en uno la misma humanidad que hay en ellos. Incluso siglos antes de la vida y muerte de Jesús, el salmista intuye que nadie le puede comprender —paradójicamente— mejor que Aquel que siendo Dios, hubiera tal vez que imaginar que jamás haya conocido personalmente esos sentimientos.

Aunque, pensándolo bien, ¿quién mejor que Dios para conocer en lo más íntimo de todo su ser la amargura del rechazo, la injusticia del descreimiento, las ansias de ser amado a la par que la realidad de ser ignorado? O tal vez lo peor de todo: la desconsideración de ser imaginado y definido como enemigo implacable cuando ama; como

distante y vengativo cuando sólo busca la comunión; como altivo y prepotente cuando sólo anhela apoyar, salvar y fomentar la máxima maduración personal en el otro.

El salmista intuye que nadie le puede comprender mejor que Aquel que siendo Dios, hubiera tal vez que imaginar que jamás haya conocido personalmente esos sentimientos.

Hemos proyectado sobre Dios nuestros deseos de ser reconocidos en toda nuestra valía como personas, de ser admirados y aduladas, nuestros deseos de que se diga de nosotros que no hay nadie más buena, más fuerte, más capaz, más inteligente, más atractivo. No atreviéndonos a admitir que es así como desearíamos que se nos trate, imaginamos que es así como Dios exige taxativamente que le tratemos nosotros. Pero quizá, cuando tenemos el corazón roto por las circunstancias adversas que nos pueda tocar vivir en determinados momentos de la vida, Dios prefiera que nos sinceremos con nuestra queja y lamentación, antes que escucharnos recitar una retahíla de palabras lisonjeras y aduladoras, que no hacen más que esconder de nosotros —y pretender ocultar de él— la realidad de nuestra condición de sufrimiento.

Los salmos de queja y lamentación están en la Biblia para concedernos el permiso de hablar a Dios con franqueza. Y nos brindan la certeza de que Dios sabrá escuchar sin escandalizarse ni enfadarse ni justificarse, sabrá escucharnos con simpatía y bondad y humanidad como un Amigo o una Madre en cuya confianza nos desahogamos. Estos salmos nos enseñan que Dios sabe encajar con madurez incluso nuestras acusaciones injustas, nuestros reproches de su falta de interesarse o involucrarse o intervenir en la situación como hubiéramos deseado.

A Dios no le pueden ni asustar ni desquiciar ni irritar nuestras rabietas, nuestro puñetazos en el aire, nuestros gritos de desesperanza y acusaciones de indiferencia… siempre que sean la expresión de esa máxima sinceridad con que una se desahoga con su Amiga del alma.

Y cuando ya se nos acaban las palabras y se empiezan a sosegar nuestros sollozos que nos sacuden el cuerpo entero, quizá notemos sobre nuestras mejillas, mezcladas con nuestras lágrimas, también algunas suyas —por la intensidad con que nuestro sufrimiento es también el suyo y por la empatía absoluta con que ha sabido escuchar.

- Parte de la frustración que expresa el Salmo 22, viene de recordar (vv. 5-6 [4-5][1]) que en el pasado Dios ha intervenido con fuerza y poder para rescatar a los que confían en él. ¿Cómo explicarnos, entonces, el aparente desinterés de Dios hoy? ¿Es acaso menos acuciante la necesidad del salmista, que la de aquellos a quienes Dios hubo ayudado en el pasado? ¿De qué te sirve el que te digan —o que uno mismo recuerde— que Dios «tiene poder» y que ha ayudado a los que clamaron a él en el pasado… si clamar a él ya no parece dar ese mismo resultado?
- La única explicación parecería ser la de que ellos, en el pasado, eran más dignos que una. Uno no es más que un «gusano» (v. 7 [6]), sucio y despreciable. La no intervención de Dios tiene entonces el efecto de que una se acaba despreciando a sí misma. Las burlas de los enemigos (vv. 8-9 [7-8]) no hacen más que confirmar la baja estima en que el salmista se tiene a sí mismo, por consecuencia directa de que Dios no actúa con él como ha actuado antes con otros, para salvarlos.

Los salmos de queja y lamentación están en la Biblia para concedernos el permiso de hablar a Dios con franqueza.

- La descripción de los males que padece el salmista (vv. 13-19, 21-22 [12-18, 20-21]) parecen fantásticos y exagerados. Sin embargo todas las cosas mencionadas aquí son posibles; y muchas veces lo que nos pasa es que entramos en una mala racha donde se nos junta una crisis

[1] Los números de versículo se dan conforme a la numeración del texto hebreo; luego, entre corchetes, la numeración que traen algunas versiones (como las diversas ediciones de la versión Reina-Valera).

encima de otra —cualquiera de ellas más o menos posible de sobrellevar, pero que entre todas nos acaban hundiendo. En ese sentido, entonces, de que los males a veces parecen venir en rachas, esta descripción resulta verosímil.

- Quizá el meollo de la queja del salmista sea la sensación de distancia de Dios. En los vv. 2-3 (1-2) expresa sentirse abandonado de Dios; su clamor al cielo parece rebotar desde el techo. En los vv. 12 y 20 (11 y 19) el salmista reitera su queja de que Dios está lejos. Todo lo contrario a los sentimientos de proximidad que ha experimentado toda persona religiosa, que no sólo ha sentido a Dios «cerca», sino incluso «dentro» de sí como una fuente interior de gozo, paz, amor y armonía con el universo. Sólo puede parecerle lejano Dios, a quien primero lo ha sentido cercano. Quien no se ha sabido «cara a cara» con Dios en lo más íntimo de su ser, difícilmente lo echará a faltar, ni se le ocurriría reprocharle ese sentimiento de abandono y distancia. Lo más duro de haber vivido, como el salmista, la cercanía de Dios, es tener que atravesar esos períodos de la vida cuando Dios parece haberse ausentado.
- Y sin embargo, con el versículo 23 (22) el salmista cambia radicalmente de registro. Es como si el propio acto de desahogar su lamentación y queja ante el Señor tuviese un poder terapéutico sobre su espíritu. Una vez agotadas sus quejas y su clamor pidiendo la cercanía e intervención divina, en el silencio resultante no queda más que recapacitar que el propio acto de quejarse y lamentarse a un Dios sentido como ausente, viene a constituir una admisión de que Dios, al fin y al cabo, no está tan lejos. En ese saberse escuchado el salmista descubre que es posible imaginar con esperanza un cambio en su situación. Ya no más aislado y rechazado por todos (empezando por Dios), la postrera escena que dibuja con su imaginación es una donde sea pública y notoria, de todos confesada y alabada, la intervención salvadora del Señor. Nada ha cambiado en su cruda realidad, salvo el renacer de la esperanza de quien se sabe escuchado.

TEMA 2. SALMOS 30 Y 145

Como contrapunto al salmo de lamentación y queja, abordamos ahora un salmo de gratitud y otro de alabanza.

SALMO 30. Curiosamente, aunque éste es un salmo de gratitud y el Salmo 22 era de lamentación, ambos narran algunas experiencias en común:

(Canción compuesta para la dedicación del palacio de David.)

Te levanto, Señor, por cuanto tú me has encumbrado
y no se han alegrado mis enemigos a cuenta mía.

El Señor es mi Dios:
te pedí auxilio y tú me curaste.

Levantaste mi aliento, Señor, desde el cementerio;
me diste vida de entre los que bajan a la tumba.

Cantad al Señor, los que le sois fieles,
y alabadle al rememorar su santidad.

Porque su rabia es momentánea pero su favor dura vidas enteras;
la noche se pasa en llanto pero por la mañana llega la carcajada.

(Aunque yo me decía, en mi tranquilidad:
—Jamás padeceré un tropiezo.)

Oh Señor, por tu buena disposición hacia mí,
me has puesto como cordillera infranqueable;
escondes de mí tu cara, soy presa del pánico.

A ti, Señor, apelaré y a mi soberano suplicaré.

¿Qué ganas tú con que yo calle, que descienda a mi tumba?
¿Acaso te alaba el polvo? ¿Acaso cuenta de tu fidelidad?

El Señor me oye y se apiada de mí;
el Señor es el que me presta auxilio.

Tú has transformado mi luto en bailes en mi honor;
me desabrochaste el cilicio, me enfundaste en alegría.

Por eso te estoy cantando y no me callaré;
siempre te alabo porque ú eres mi valor:
el Señor es mi dios.

Alguien ha dicho que la comedia (en el sentido aristotélico de un argumento que «acaba bien») pone de manifiesto la pequeñez del ser humano, mientras que para explorar la grandeza del ser humano están las tragedias (cuyo argumento «acaba mal»). En ese mismo sentido, los salmos de gratitud por un beneficio recibido del Señor parecen menos profundos, menos intensos emocionalmente, que los de queja y lamentación. Pero no nos engañemos. La vida incluso de los más pesimistas y los más experimentados en el dolor y la tragedia, tiene

también momentos de luz y felicidad. Y es de sabios reconocer a Dios en las circunstancias positivas, con expresiones de agradecimiento. No sería justo acercarnos a Dios en las dificultades, rogándole encarecidamente su intervención salvadora, para luego descuidar la gratitud —achacando, quizá, el desenlace feliz a la «buena fortuna» o a nuestra pericia para sortear los obstáculos. Si es verdad que Dios existe y que su predisposición hacia nosotros es benigna y amante, es cuestión de justicia y verdad el reconocerle a él nuestros éxitos y nuestra felicidad, con gratitud, incluso aunque no hayamos clamado a él expresamente en los momentos oscuros.

Este salmo recorre, entonces, el camino inverso al del Salmo 22, viendo hechos parecidos que aquel, pero ahora desde un momento en el tiempo cuando Dios ya ha intervenido con su salvación. Una vez más, añado a continuación algunas cosas que me llaman la atención a mí y que pueden —o no— coincidir con las que ya has observado tú al leer el salmo:

♦ Es curiosa la importancia que tiene la dignidad personal para el salmista. El primer motivo de su gratitud es no haber hecho el ridículo —el que sus enemigos no se rieran de él. Según se deduce de los versículos siguientes, el problema que hubo padecido fue uno de enfermedad (o quizá de heridas de batalla), donde llegó a peligrar su vida. Pero su expresión de gratitud no empieza con la salud recuperada y la vida salvada, sino con el hecho de no haber sido objeto de burla.

  Es necesario guardar esta idea en la memoria para recuperarla cuando volvamos a tratar más concretamente sobre lo que significa el hecho de Jesús y de su cruz. De momento, observemos que hay culturas y sociedades —entre ellas, claramente, la mentalidad aprendida y asimilada de su entorno social por el salmista— donde la debilidad es deshonrosa; la falta de fuerzas constituye una «feminización» inaceptable y ridícula; la muerte prematura, una señal de inferioridad moral o personal. Todo lo cual provoca hilaridad y regocijo entre los enemigos. Con tal mentalidad, la reacción de los enemigos estará siempre presente en la mente del que padece, aunque los enemigos no estén presentes en persona.

♦ A la inversa y como quizá la otra cara de una misma moneda, otra cosa que llama la atención es observar cómo en los vv. 5-6 (4-5), la gratitud y felicidad necesitan de compañía. Expresar esos sentimientos a Dios en la soledad de una intimidad personal puede que sea legítimo —tan legítimo como clamar a Dios en la soledad—,

pero las expresiones de gratitud parecieran exigir tener con quien o ante quien pronunciarlas. Aquí el salmista invita a otros a unirse a él en el reconocimiento de la bondad de Dios. Un reconocimiento que no exige mención de los pormenores particulares (la salvación de la enfermedad o herida mortal de los vv. 3-4 [2-3]) sino que puede expresarse como un principio general de que tarde o temprano Dios siempre acude al rescate.

♦ El salmista se las promete eternamente agradecido. La segunda mitad del salmo indica que cuando se sentía seguro y confiado, las cosas le empezaron a ir mal. Dios ahora ha cambiado su lamento en baile, su cilicio por alegría pero... ¿acaso no pueden volver a empeorar las cosas? Claro que sí, pero llega un momento en la relación con Dios que la gratitud tiene que ser, efectivamente, eterna. Traiga lo que traiga el mañana, la generosidad de la providencia y la protección de Dios merece ser recordada, rememorada y alabada por siempre.

Uno de los momentos más emotivos de la Pascua Judía es la recitación de las bondades del Señor, donde a cada frase los comensales exclaman *¡Dayenú!* —¡Nos sería suficiente! Es exactamente la actitud de gratitud que da a entender en el salmo la promesa de alabanza eterna (sin que puedan importar los disgustos que acaso esconda el futuro):

Si nos hubiera sacado de Egipto
y no hubiera hecho en ellos justicia…
—Nos sería suficiente.

Si hubiera hecho en ellos justicia
y no hubiera hecho justicia en sus dioses…
—Nos sería suficiente.

Si hubiera hecho justicia en sus dioses
y no hubiera matado a sus primogénitos…
—Nos sería suficiente.

Si hubiera matado a sus primogénitos
y no nos hubiera entregado sus dineros…
—Nos sería suficiente.

Si nos hubiera dado sus dineros
y no nos hubiera abierto el mar…
—Nos sería suficiente.

Si nos hubiera abierto el mar
y no nos hubiera hecho cruzarlo por lo seco...
—Nos sería suficiente.

Si nos hubiera hecho cruzar el mar por lo seco
y no hubiera sumergido a nuestros enemigos dentro de él...
—Nos sería suficiente.

Si hubiera sumergido a nuestros enemigos dentro del mar
y no nos hubiera mantenido en el desierto durante cuarenta años...
—Nos sería suficiente.

Si nos hubiera mantenido en el desierto cuarenta años
no nos hubiera hecho comer el Man...
—Nos sería suficiente.

Si nos hubiera hecho comer el Man
y no nos hubiera otorgado el Shabat...
—Nos sería suficiente.

Si nos hubiera otorgado el Shabat
y no nos hubiera acercado a las faldas del monte Sinaí...
—Nos sería suficiente.

Si nos hubiera acercado a las faldas del monte Sinaí
y no nos hubiera entregado la Torá...
—Nos sería suficiente.

Si nos hubiera entregado la Torá
y no nos hubiera hecho entrar a la tierra de Israel...
—Nos sería suficiente.

Si nos hubiera hecho entrar a la tierra de Israel
y no nos hubiera construido el Templo...
—Nos sería suficiente.

SALMO 145. Leamos ahora con atención al detalle, este salmo de alabanza Un salmo cuyos versos empiezan cada uno con una letra del abecedario hebreo, por orden (salvo la letra «N», que por algún motivo se omite):

(Alabanza al estilo de David.)

א *Te levanto mi dios, el Rey,*
y bendigo tu Nombre por siempre y sin pausa.

ב *Durante todo el día te bendigo*
y alabo tu Nombre por siempre y sin pausa.

ג *Grande es el Señor e intensamente alabado;*
y por su grandeza, no hay quien lo investigue.

ד *Cada generación le cuenta a la siguiente la alabanza de tus obras*
y anuncian tus hazañas.

ה *La honra del valor de tu resplandor y actos*
—repaso mentalmente tus maravillas—

ו *hablan del ímpetu de tus actos;*
y yo relato tus grandes gestas.

ז *Brota espontáneo el recuerdo de tu bondad inmensa*
y se dedican poemas a tu justicia.

ח *Compasivo es el Señor y lleno de empatía;*
le cuesta enfadarse, antes bien su amor es incondicional.

ט *Bueno es el Señor con todos*
y su amor sobre cada una de sus obras.

י *Te alaban, Señor, cada una de tus obras*
y tus fieles te bendicen.

כ *Hablan del valor de tu gobierno*
y cuentan de tus hazañas,

ל *por dar a conocer a los seres humanos sus hazañas*
y el valor de la excelencia de su gobierno.

מ *Tu gobierno es un gobierno universal*
y tu jurisdicción alcanza a todas las generaciones.

ס *Sostiene el Señor a todos los que se caen*
y mantiene en pie a los que se tambalean.

ע *Los ojos de todo el mundo te miran con esperanza*
porque tú les das de comer cuando toca.

פ *Abres tu mano*
y satisfaces los deseos de cada ser viviente.

צ *El Señor es justo en cada una de sus acciones,*
y fiel en cada una de sus obras.

ק *El Señor está cerca de todos los que le llaman,*
de todos los que le llaman con sinceridad.

ר *Interviene para calmar a los que sienten miedo,*
y escucha sus gritos, y los salva.

ש *Protege el Señor a todos los que le quieren,*
pero destruye a todos los que son culpables.

ת *Mi boca pronuncia las alabanzas del Señor.*
¡Que todo ser tenga por santo su Nombre,
por siempre y sin pausa!

¿Por qué la alabanza?

Ya hemos observado en otras ocasiones y hemos vuelto a observar en relación con el Salmo 30, la importancia que tenía para las personas en las sociedades de la Biblia la opinión de uno que tenían los demás. Nada podía ser peor que la burla, el escarnio, las risas de los enemigos. Esto es porque el individuo no tenía la conciencia de ser un ser autónomo que fomenta nuestra cultura occidental moderna, sino que derivaba su identidad de su lugar en la sociedad. Las personas eran conocidas como «Fulano, hijo de Mengano» —y habitualmente podían recitar una genealogía de antepasados hasta un pasado remoto. La genealogía indicaba su pertenencia, en última instancia, a una tribu de Israel, a la descendencia de Abraham. Con su genealogía el individuo conocía, además, su grado de parentesco con los demás individuos de su sociedad y podía reconocer también elementos de enemistad primordial con algunos de sus vecinos (los moabitas y amonitas y cananeos, por ejemplo).

El individuo en aquel entonces, no tenía esa conciencia de ser un ser autónomo que fomenta nuestra cultura occidental moderna, sino que derivaba su identidad de su lugar en la sociedad.

El ser humano concebido así, incapaz de verse a sí mismo como un individuo aislado, incapaz de concebir de una identidad que no venga determinada por cómo lo ven sus parientes, sus vecinos y sus enemigos, tiene una enorme necesidad de escuchar palabras de valoración y validación en boca de sus semejantes. Como sólo puede concebir de sí mismo como otros dicen que lo ven, las palabras de bendición o de maldición, de alabanza o de burla, son esenciales para saber quién es. Si todos dicen que es inferior o perverso o innoble, es así como forzosamente se sabe ser; y sus conductas, por consiguiente, tenderán a reflejar esa imagen que otros (y que él mismo) tienen de él. Pero si la alaban como virtuosa, noble, hermosa y sabia, es así como se entenderá ser; y sus conductas tenderán a reflejar esas cualidades.

Si la persona está en relación con Dios (o si la sociedad entera tiene una relación con Dios, con un Dios que la ha escogido como «su pueblo»), es natural, entonces, deshacerse en palabras de admiración y alabanza. Palabras que pueden resultarnos a nosotros, en otra era y con una autonomía personal mucho mayor, un tanto aduladoras, repetitivas o innecesarias. No solemos deshacernos en las alabanzas de los demás; hablar así a nuestros superiores o gobernantes, a nosotros nos sonaría a insinceridad o incluso a guasa o ironía. Pero en el mundo bíblico, alabar a Dios es esencial. Si el pueblo de Dios no pronunciase continuamente esas alabanzas, podría correr el riesgo de dejar a Dios perplejo acerca de quién él es en relación con su pueblo. No proclamar constantemente las virtudes de Dios sería disminuir la propia gloria de Dios, que como la gloria de todos en esa sociedad, sólo es gloriosa en la medida que otros la vean y reconozcan gloriosa, y proclamen a viva voz que es así como lo ven.

Hoy día no solemos deshacernos en las alabanzas de los demás; hablar así a nuestros superiores o gobernantes, a nosotros nos sonaría a insinceridad o incluso a guasa o ironía. Pero en el mundo bíblico, alabar a Dios es esencial.

¿Dejaría Dios de ser glorioso, majestuoso, grande, poderoso y benigno si la gente dejara de reconocerlo como tal en declaraciones constantes de alabanza? Hay que suponer que no. Hay que suponer que Dios tiene por lo menos tanta autonomía de identidad como la que podemos tener cualquiera de nosotros. Que es como es porque ha decidido ser así, lo reconozcamos nosotros o no. Pero si en un mundo como el nuestro la gloria de Dios no corre riesgo de disminuir porque la gente deje de alabar constantemente esa gloria, sí existe el riesgo de que si dejamos de alabar, acabemos nosotros por olvidar que él sigue siendo tan glorioso como siempre.

No sé si Dios «necesita» nuestra alabanza como en la antigüedad se podía entender que la necesitaba para que no decayeran su prestigio ni su poder. Pero tengo bastante claro que nosotros necesitamos ser adoradores, porque corremos un riesgo siempre presente de construir nuestras vidas al margen de Dios: vidas individuales e individualistas, donde en la práctica acabamos viviendo como si ya no necesitáramos más a Dios ni al prójimo. El día que empecemos a callar las alabanzas a Dios como superfluas, porque nos suenan demasiado trilladas o insinceras, puede que Dios siga siendo tan maravilloso como siempre. Pero es bastante probable que a nosotros ya no nos lo parezca; y que en consecuencia, acabemos desviando nuestra atención, incluso más, cada cual hacia su propia persona: ese «yo» autónomo e independiente que en el mundo moderno ocupa cada vez más espacio en la conciencia humana y que cada vez margina más al prójimo y a Dios.

Tema 3. Proverbios 3

En lo más profundo de la identidad de Israel (y de la Iglesia cristiana) como «pueblo de Dios» están los mandamientos, con los que Dios ilumina e instruye nuestros pasos. Pero la propia Biblia desvela otras maneras de escuchar la guía de Dios, una de las cuales es *Jocmá* o *Sofía* —Sabiduría. La sabiduría anda un camino inverso al de los mandamientos. Los mandamientos se entiende que provienen directamente de Dios como anuncios de su voluntad, mientras que la sabiduría nace forzosamente de la experiencia y la observación humana. Sin embargo el libro de Proverbios tiene claro que la sabiduría también es un don divino, que es tan antigua como el universo (y de hecho fue necesaria para que Dios pudiera dar forma al universo) y que los que la poseen son seres esencialmente iluminados por la luz del Creador.

Hijo mío, no olvides mi instrucción
y guarda en la memoria mis mandamientos.

Porque amplitud de días y años de vida
y paz te añadirán.

No dejes la compasión y la fidelidad,
átatelas al cuello,
grábatelas en la losa de la memoria.

Entonces encontrarás un trato favorable e ideas claras
tanto con Dios como con el hombre.

Fíate del Señor con todo tu empeño,
pero desconfía de tus propios razonamientos.

Profundiza en todas sus conductas,
porque él enderezará tus comportamientos.

No te creas ser muy listo;
ten miedo del Señor y aléjate del mal;

esto será medicina para tu panza
y un tónico para tus huesos.

Honra al Señor con tus propiedades
y con lo más selecto de tus ingresos;

entonces se llenarán tus graneros hasta el techo
y el vino rebasará tus bodegas.

No desprecies, hijo mío, la enseñanza del Señor
ni hagas ascos a sus disciplinas;

por cuanto corrige Dios al que ama,
como un padre orgulloso de su hijo.

¡Dichoso el hombre que encuentra sabiduría
y el hombre que descubre el conocimiento!

—porque más valioso es que el valor de la plata,
y es mayor su beneficio que el del oro.

Porque más precioso es que las perlas,
incomparable con cualquier cosa que se pueda desear.

En su mano derecha, amplitud de días;
en la izquierda, riqueza y honor.

Su conducta, caminos placenteros;
todos sus senderos llevan a la paz.

Árbol de vida para los que se esfuerzan por conseguirla:
¡Dichosos los que se aferran a ella!

El Señor fundó la tierra en sabiduría,
asentó los cielos en entendimiento;

en su conocimiento se evaporan los océanos
para que las nubes goteen rocío.

Hijo mío, conserva el saber y la reflexión;
que no se aparten de tu vista

y aportarán vidas enteras a tu existencia,
y honor sobre tus hombros.

Por eso puedes andar seguro por la vida
sin que tus pies tropiecen.

A la hora de acostarte no pasas miedo;
te acuestas al anochecer y duermes a pierna suelta.

No te asustas por el terror repentino
ni por la devastación de los perversos (que ya llegará).

Porque el Señor está en tu sencillez
para guardar tu pie del cepo.

No disminuyas el bien, allí donde se merece,
cuando por Dios es posible realizarlo.

No digas a tu compañero: «Vete y vuelve más tarde,
que mañana te lo concedo» —cuando ya es posible ahora.

No trames perjudicar a tu compañero,
cuando él se está tranquilo fiándose de ti.

No te inventes motivos para llevar a nadie a juicio,
cuando no te está perjudicando por maldad.

No tengas envidia del que comete atrocidades,
ni pienses que ninguno de sus actos sea ventajoso;

porque el Señor siente asco del malvado,
mientras que su consejo está en los que son íntegros.

¡La maldición del Señor sobre la casa del impío!
—pero él bendice el hogar de los justos.

Jura burlarse de los burlones,
mientras que a los humildes concede un trato de privilegio.

Los sabios poseerán honor
mientras que los estirados, vergüenza.

Hay «sabiduría» que se entiende independiente de Dios, incluso contraria a los preceptos de Dios.

El libro bíblico de Eclesiastés es quizá el ejemplo más claro de la futilidad de perseguir la sabiduría de espaldas a la revelación divina. Aquel libro no sólo proclama a viva voz en cada una de sus páginas la insustancialidad (o «vanidad») de los resultados, sino que encierra un claro reproche de Salomón, el rey que en lugar de dedicarse a «meditar en la Ley de día y de noche» —como instruye a los reyes el libro de Deuteronomio—, dedica todos sus esfuerzos a buscar otra sabiduría diferente, en otras fuentes que Moisés. Si te interesa esta manera de entender el libro de Eclesiastés, el capítulo 7 puede funcionar como una síntesis del argumento de todo el libro: Aquel capítulo empieza a enredarse en aforismos cada vez más «profundos» en apariencia, pero que en realidad resultan contradictorios y carentes de contenido, hasta que culmina en unas declaraciones descabelladas e incomprensibles acerca de las mujeres. El broche de oro lo pone, entonces, el versículo final: *Hizo Dios derecha a la gente, pero ellos buscando y buscando dan muchas vueltas en balde.*[2]

Sin embargo la sabiduría que ofrece el libro de Proverbios es una sabiduría iluminada por la revelación divina. Se declara, en nuestro capítulo 3, como aquella misma Sabiduría que estuvo presente en la creación, de la que se valió el Señor para cimentar la tierra y ordenar armoniosamente el universo (vv. 19-20). Es una sabiduría que instruye confiar plenamente en el Señor más que en los razonamientos humanos.

La sabiduría que ofrece el libro de Proverbios se declara ser aquella misma Sabiduría de la que se valió el Señor para cimentar la tierra y ordenar armoniosamente el universo.

- El contraste más claro de esta sabiduría de Proverbios 3 con la del predicador de las «vanidades», de Eclesiastés, se encuentra

[2] Mi propia traducción o interpretación del hebreo. Quizá quieras compararla con tu versión favorita.

seguramente en la concordancia estrecha que vemos aquí con los preceptos de Moisés:

- Desde el primer versículo se plantea una cierta ambigüedad, donde no se sabe bien si «los mandamientos» que formula la sabiduría no serán, acaso, los propios mandamientos de la Ley de Moisés, alguno de los cuales incluso promete también larga vida si se cumple (Ex 20,12).
- En el v. 3 no sólo tenemos la típica equivalencia entre la misericordia y la verdad que hallamos en el resto de la Biblia; sino que la exigencia de llevarlas atadas sobre el cuerpo recuerda la disposición de Deuteronomio 6,8; y la idea de llevarlas grabadas en el corazón recuerda la idea parecida que propone Jeremías 31,33 para un postrer pacto entre Dios y su pueblo.
- En los vv. 5-6 es en el Señor —no en la propia sabiduría— donde es menester confiar; la guía a seguir es la divina, no la del entendimiento humano.
- Los vv. 9-10 parecerían contemplar la importancia de mantener el programa de sacrificios que instruye Levítico; aunque también las disposiciones de solidaridad para con los económicamente más desfavorecidos en la sociedad.
- La idea del sufrimiento como purificación y lección de Dios para recapacitar y madurar (vv. 11-12) es esencial a la historia de todo el Antiguo Testamento, que viene a ilustrar esto mismo. El castigo divino no está inspirado en la venganza sino en su intención pedagógica paternal, para que lleguemos a ser mejores personas.
- Estando como está el libro de Proverbios en la Biblia, es imposible leer los vv. 18 (que menciona el «árbol de la vida») y 19-20 (sobre la creación del universo) sin que nos lleven a recordar los primeros capítulos de Génesis.
- La solidaridad con la necesidad del prójimo, uno de los pilares de la Ley, vuelve a aflorar en los vv. 27-28.
- A la inversa, igual que en la Ley, conspirar para hacer un mal al prójimo es una «abominación» (vv.29-32) que ofende a Dios.
- El v. 33 recuerda el bosquejo general y la lección primordial del libro de Deuteronomio, que se explaya detalladamente sobre la bendición y la maldición que se encuentran en la obediencia y desobediencia, respectivamente, de la Ley.

- Sin embargo, con todas las coincidencias de enfoque respecto a la Ley que se observan, esta sabiduría tiene su punto de partida en la observación de la naturaleza de las cosas —y de la naturaleza humana— y en eso se manifiesta como algo claramente distinto que la Ley.

  El origen de la Ley es un pacto o una alianza entre Israel y su Dios y tiene como punto de partida unos hechos históricos concretos y particulares.

  La sabiduría tiene, entonces, importantes limitaciones: porque la historia de las experiencias de Israel con su Dios, esa manera esencialmente narrativa de contar una relación de un pueblo concreto con su Dios, se presenta como profundamente humana, real, palpable como recuerdos y pasado de Israel. Así de concreta e histórica, la revelación de Dios en la Ley y en la historia de Israel no puede caer en la tentación de las abstracciones teóricas, esa convicción de que el mundo de las ideas y teorías sea más real que las propias experiencias de los seres humanos en el transcurso de sus vidas, generación tras generación.

  A la vez, la narrativa bíblica también tiene sus limitaciones importantes. Aquí la tentación sería hacer de aquella experiencia histórica particular un principio absoluto, sacralizar hasta tal punto la historia y las experiencias de Israel, que se pierda de vista la posibilidad de que otros pueblos, otras etnias, en otros lugares y en otras épocas históricas, también hayan experimentado en su propia historia la bondad y la guía de Dios. ¿No sirven para nada, entonces, las experiencias de los chinos, japoneses e indios, las de los mayas, incas y aztecas, de los maoríes y polinesios? En la medida que la Ley y la narrativa bíblica nos obliga a todos a asumir como nuestra una única historia (la de Israel) —y muy especialmente si el efecto de ello tuviese que ser la negación de nuestras propias historias—, el posicionamiento bíblico parecería arrogante y violento contra otras culturas, lenguas y civilizaciones.

  De ahí la importancia, entonces, del reconocimiento de la sabiduría como otra segunda mediadora que nos acerca a la mente de Dios. Si esta Sabiduría es compatible con la Ley revelada, también es compatible, sin embargo, con el saber popular de muchos otros pueblos. Los aforismos de sabiduría bíblica tienen, de hecho, paralelos en literatura más o menos análoga de los egipcios y la antigua Mesopotamia. Sus planteamientos no resultarán del todo

sorprendentes a ninguna persona más o menos sabia y experimentada, no importa a qué pueblo pertenezca.

¿Acaso no sirven para nada las experiencias y la sabiduría de los chinos, japoneses e indios, de los mayas, incas y aztecas, de los maoríes y polinesios?

De ahí que el rango de Sagrada Escritura que tiene la literatura sapiencial bíblica sea de tan singular importancia. Si la Biblia cristiana no tuviese más que esto podríamos objetar, y con razón: «¿Y qué hay de nuevo aquí? ¿No es esto más o menos lo que vienen a decirnos nuestros propios sabios?» Por otra parte, si la Biblia cristiana careciese de esta literatura sapiencial podríamos objetar, y con razón: «¿Y qué puede tener esto que ver conmigo? Soy yo acaso judía o tengo que hacerme judía para vivir como es debido?»

Pero cuando la dama Sabiduría, *Sofía*, viene perfectamente ensamblada entre los siervos del Altísimo como una manera adicional, no contraria sino complementaria, de conocer los misterios de Dios, vemos que ambas cosas pueden ser ciertas a la vez:

- Que a Dios se lo conoce por sus obras históricas con que se fue revelando a su pueblo escogido, Israel, culminando en el Hijo, el judío Jesús.
- Y que a la vez, se ha ido dando a conocer como aquella Sabiduría que ha guiado desde siempre a *toda* la humanidad, preparándonos a todos para la manifestación del Hijo y para el derramamiento de su Espíritu sobre toda carne.

Y por último, antes de abandonar estas observaciones —demasiado breves— sobre la sabiduría, nunca está de más recordar que en el Nuevo Testamento, entre los «dones del Espíritu Santo» que Dios reparte a la Iglesia, figuran las «palabras de sabiduría» (1 Co 12,8). De donde aprendemos que es también un elemento indispensable de la espiritualidad cristiana, que no sólo para la del Antiguo Testamento.

TEMA 4. JOB 31; 40; 42,1-6

Entre los libros sapienciales de la Biblia tenemos éste de Job, que no se conforma con presentar las virtudes de una Sabiduría cuyos criterios pueden ser más o menos independientes de la Ley. Mucho más que eso, el libro de Job parecería constituir un asalto directo contra uno de los conceptos más esenciales de la Ley: la idea de que la bendición y maldición, el bienestar y el sufrimiento, fluyen directamente de la obediencia y desobediencia de los mandamientos.

Una espiritualidad bíblica equilibrada nos exige contender con Job y asimilar su instrucción. Empezamos con las quejas de Job:

Pacté solemnemente con mis ojos,
que nunca me fijaría en una menor.

Pero, ¿qué es lo me que asigna Dios desde lo alto,
cuál mi heredad desde las alturas?

¿No es, entonces, para los perversos la desdicha,
la desgracia para los que actúan con maldad?

¿Es que él no ve cómo me comporto,
ni considera cada una de mis acciones?

Juro que jamás he procedido con engaño,
ni me he precipitado a cometer una traición.

Que me pese Dios con báscula de justicia,
y se entere de mi inocencia.

Juro que jamás se ha torcido mi paso de la senda,
ni siguió a mis ojos mi imaginación (ni tampoco mi mano).

¡Si miento, que otro coma lo que yo siembro,
que me arranquen de raíz mis olivos!

Juro que jamás me he dejado seducir por una mujer,
ni me he puesto a espiar a la puerta de mi compañero.

¡Si miento, que jadee con otro mi esposa,
que sobre ella sean otros los que se tienden!

Por cuanto comportarme así habría sido una infamia,
una maldad digna de castigar.

Por cuanto eso es fuego del infierno que devora,
que me arrancaría de cuajo todo lo que he ganado.

Juro que no he abusado de mi esclavo,
ni tiene mi esclava nada de qué acusarme.

En ese caso, ¿qué haría yo? —porque Dios se levantaría;
y cuando me castigase, ¿qué podría yo objetar?

¿Acaso no nos hizo Dios de igual manera en el útero,
y en el vientre materno puso él a cada cual?

Juro que no he reducido el salario de los pobres
ni he hecho desesperar a la viuda,

ni he comido mi ración a solas
sin que comiera también conmigo el huérfano.

Porque desde mi juventud me comporté como un padre;
y desde que nací, mi conducta ha sido ejemplar.

Juro que no es por culpa mía que perezca nadie desnudo
o que haya pobres que no tienen ni siquiera una manta.

Juro que no soy yo a quien ellos bendicen
faltándoles la lana de una oveja con que abrigarse.

Juro que no soy yo el que azota al huérfano,
viéndolo yo y guardándome el auxilio a cal y canto.

¡Si miento, que se me caiga el brazo del hombro,
que se me parta en dos como una caña!

Porque he tenido miedo de las desgracias que vienen de Dios,
que no hay quién sea capaz de resistir.

Juro que no he puesto en el oro mi confianza
ni jamás he dicho al oro puro: «De ti sí que me fío».

Juro que lo que me hace feliz no es acumular riquezas,
ni es rapaz mi mano con todo cuanto está al alcance.

Juro que no he adorado al sol, por cuanto da luz,
ni a la luna por su hermoso deambular;

ni me he dejado engañar la mente en secreto
para hacerles un gesto devoto.

Esto también sería una maldad digna de castigar,
por cuanto habría negado yo así al Dios Soberano.

Juro que no me hace feliz la desgracia de mi enemigo,
ni me animo porque le vaya mal;

ni he entregado mi boca a pecar contra él,
maldiciéndolo, pidiendo su alma.

Juro que no han exclamado ante mi tienda:
«¡Qué no daría uno por hartarse de su carne!»;

ni hay forastero que pase la noche a la intemperie
—por cuanto abro la puerta al que está de paso;

Juro que no me refugio en la excusa de mi humanidad,
disimulando para mis adentros mi maldad;

asustado porque son muchos y por lo que dirán mis parientes,
para echarme atrás, quedarme quieto y no salir a recibirlos.

¡Qué no daría yo por que me oigan!
¿Dónde hay que firmar para que la Providencia me conteste?
—y que alguien ponga por escrito mi causa.

Juro que no me pesaría en las espaldas;
lo luciría con orgullo, como una corona.

Puedo rendir cuenta de cada uno de mis pasos;
me puedo acercar a él como si fuera un noble.

Juro que no es por culpa mía que se espanta la tierra
y cada uno de sus surcos derrama lágrimas.

Juro que no soy yo quien devora sus fuerzas sin soltar plata
y deja desolados a sus propietarios;

porque en lugar de trigo produce cardos
y en lugar de cebada, malas hierbas.

(Fin de las palabras de Job.)

—JOB 31

Entonces respondió así el Señor a Job:

—¿Se acabó por fin el denunciar a la Providencia?
Que responda el que reprende a Dios.

Y contestó así Job al Señor:

—Tan efímero como soy, ¿es posible volver a ti?
Con mi mano tapo mi boca.

Ya he hablado y no volveré a contestar;
lo he repetido y nada más tengo que decir.

Entonces respondió así el Señor a Job desde el huracán:
—Vístete con galones como un militar,
que ahora pregunto yo y tú me enseñarás.

¿De verdad piensas anular tú mis juicios,
condenarme a mí para reafirmar la justicia?

Pero si tu brazo es como el de Dios
y truenas tú con una voz como la suya,

engalánate ahora de majestad y alteza
y vístete de resplandor e imponencia.

Haz irradiar las furias de tu cólera;
percátate de todo aquel que se encumbra y aplástalo.

Percátate de todo aquel que se encumbra y humíllalo,
machaca a los malvados bajo tu bota.

Tápalos de polvo, todos a la vez;
con la cara envuelta y bien tapada.

Entonces hasta yo te alabaría,
por cuanto serías capaz de salvarte a ti mismo.

Pero observa tú el hipopótamo que yo he creado como te creé a ti;
como las vacas, come hierba.

¡Mira la fuerza que tiene en los hombros
y la potente musculatura de su pecho!

Goza de un miembro como un árbol;
sus tendones y muslos bien coordinados.

Sus huesos son tubos de bronce;
su esqueleto es como barras de hierro.

Es el primero en los caminos de Dios;
Dios lo hizo, también puede acabar con él.

Porque para él producen hierba las colinas,
allí donde retozan los animales del campo.

Habita entre los lotos,
se oculta entre los juncos del marjal.

Lo refrescan con su sombra los lotos
y los chopos de la ribera.

Míralo: se desborda el río y no huye;
se pasea tranquilo donde desemboca el Jordán.

En los manantiales toma lo que quiere
y resopla por narices que parecen cepos.

¡Coje tú al monstruo marino con anzuelo,
sujétale la lengua con una soga!

¡Ponle un bozal de juncos,
clávale una espina en plena cara!

¿Piensas que te pediría misericordia de mil maneras,
¿que te imploraría lastimeramente?

¿Que llegaría a un acuerdo contigo,
dejándote tomarlo como esclavo a perpetuidad?

¿Que podrías jugar con él como con un pajarito,
que se dejaría atrapar para diversión de tus hijas?

Las cofradías de pescadores le rinden culto,
los fenicios le presentan sacrificios.

¿Acaso le vas a llenar la piel de flechas
o atravesarle la cabeza con arpón de ballenero?

¡Atrévete a ponerle la mano,
que te acordarás de la batalla
y jamás querrás repetir la aventura!

—JOB 40 en hebreo
= 40,1-41,11 en algunas traducciones.

Entonces respondió así Job al Señor:

—Sé que tú eres capaz de cualquier cosa
y nada se escapa de tus planes.

[Dios] —¿Quién es éste que se esconde entre mis consejeros,
siendo él tan ignorante?

[Job] —Porque hablé sin saber,
cosas demasiado maravillosas para mí,
siendo yo ignorante.

Escúchame, por favor, cuando hablo;
cuando pregunto, hazme el favor de enseñarme.

[Dios] —Siempre había oído hablar de ti,
pero ahora por fin te veo.

[Job] —Si es así, me desdigo de todo
y me arrepiento hasta el polvo y la ceniza.

—JOB 42,1-6

Hemos llegado, así, al terreno árido y escabroso del sufrimiento de seres humanos que se saben, si no inocentes en un sentido absoluto ante la santidad de Dios, por lo menos *no más culpables* que cualquiera de los que en determinado momento viven vidas afortunadas y llenas de dicha. El libro de Job nos lleva a reconocer la dura —durísima— realidad de que aunque es natural y correcto alabar a Dios como justo, recto y equitativo, a la vez que paciente, amante y misericordioso, hay sufrimiento humano que resulta incomprensible en el sentido más

absoluto de la palabra. Hay cosas que suceden que son de un horror y una injusticia que clama al cielo. ¿Qué se le puede decir —por poner un ejemplo—, qué explicación moral y espiritualmente aceptable del lugar de Dios en el universo ofrecerle, a una niña de cuatro o cinco años violada brutalmente y contagiada con el virus del SIDA... por alguien de su más absoluta confianza infantil, en su entorno familiar?

El libro de Job, sin embargo, no sólo reconoce el agujero negro del horror y la injusticia de mucho sufrimiento humano, sino que rema furiosamente contra corriente para que, antes de que nuestra frágil embarcación de la fe caiga por las cataratas, podamos rescatar algún lugar para la confianza en Dios.

Hay cosas que suceden que son de un horror y una injusticia que clama al cielo.

Como tantos otros libros de la Biblia —cuyo origen está en culturas orales donde la escritura se utilizaba fundamentalmente como ayuda a la memoria para recitar en voz alta— el libro de Job sólo se puede entender plenamente leyéndolo todo de un tirón. Sólo así caemos en la cuenta de la brutalidad de la machaconería con que se intenta convencer a Job que él es culpable de su propio dolor. Uno por uno los amigos de Job caen exhaustos por el camino en su ferviente y devoto empecinamiento por predicarle el «evangelio» de que su sufrimiento es fiel reflejo de su maldad delante de Dios. Pero siempre que uno deja la palabra, aparece otro más para tomar el relevo con la esperanza de hundir a Job en la desazón del reconocimiento de que Dios es justo y por tanto él, Job, perverso e inmoral. La vejación y tortura psicológica a que se ve sometido Job es, sin duda alguna, peor que la propia enfermedad que padece y la tragedia familiar que le ha sobrevenido.

El inicio del libro, de hecho, carga las tintas con un planteamiento tan inaceptable que capta nuestra atención haciendo sonar todas las alarmas de la sensibilidad moral, para alertarnos al juego sucio que hay entre manos en el argumento del libro y en la argumentación de sus amigos. Allí, el autor nos plantea que todo el sufrimiento de Job ni siquiera vaya con él; que él no debería tomárselo como algo personal. Es sencillamente que Dios y Satanás han echado una apuesta que ninguno

de los dos quiere perder, sobre cuál será su reacción si lo someten a tortura.

Un Dios concebido así a escala humana, que no es más que una proyección hasta el infinito de las arbitrariedades que sufrimos con nuestras leyes humanas, dista mucho de ser el Dios que interactúa con los personajes bíblicos.

A continuación la reacción inicial de Job es de un victimismo supino. «El Señor da y el Señor quita, bendito sea el nombre del Señor». El problema con esta actitud es que pretendiendo ser piadosa y adoradora de Dios, parte de una concepción inaceptable de Dios —como un soberano que no siente ni comparte nuestro dolor. Ese Dios es como las leyes de los hombres donde a veces siguiendo estrictamente la letra se cometen injusticias, porque era imposible que los legisladores contemplaran la excepcionalidad de las circunstancias de cada caso en particular. Lejana e impersonal, la ley está hecha así; el perjuicio puntual que pueda ocasionar su severidad es desafortunado, pero esa imparcialidad, mecánica y fría y distante, es a la vez lo que nos ofrece, a los demás, garantías de que no se torcerá a capricho. Un Dios concebido así a escala humana, que no es más que una proyección hasta el infinito de las arbitrariedades que sufrimos con nuestras leyes humanas, puede quizá satisfacer cierto tipo de inquietudes intelectuales, como perfección y soberanía abstracta. Pero dista mucho de ser el Dios que interactúa con los personajes bíblicos. Y cuando Job expresa esa sumisión «piadosa» ante los caprichos inexplicables de su sufrimiento, se está conformando con un dios que es mucho menos que el Dios de la Biblia.

Su esposa parece un poco más lúcida; desde luego mucho más respondona.

Ella le anima a «bendecir» (entiéndase *maldecir* [3]) a Dios y morir en un último acto de dignidad humana (Job 2,9). Ella entiende que no es *necesario* que Job siga sufriendo. Que puede renegar de ese dios despiadado y, padeciendo una muerte fulminante por su osadía, al menos librarse de una vida gobernada tan injusta y caprichosamente. Esa muerte de Job constituiría, entonces, un último reproche imborrable, de esta perra existencia humana y de su dios.

La religiosidad de Job lo lleva a reaccionar violentamente contra el consejo de su esposa. Pero sus palabras le han hecho reaccionar. Y así, poco a poco, empieza a dar voz a sus quejas. Su lenguaje se torna cada vez menos conformista y pasivo, menos «piadoso», cada vez más exigente de que Dios —el Dios verdadero, el de la Biblia, el que padece y sufre nuestro dolor como suyo propio— escuche la acusación que le eleva un hombre justo.

Y así llegamos a estas quejas representativas, del capítulo 31; luego ese botón de muestra de la respuesta de Dios (Job 40) y parte del desenlace de la historia (Job 42,1-6). Siguiendo el ejemplo de «sinceridad bíblica» que nos traza este libro, creo que cada persona tiene que decidir por su propia cuenta si le parecen satisfactorios la respuesta divina y el desenlace en esa conversación final entre Dios y Job.

De momento lo que sí podemos observar es que el efecto de la «rebeldía» de Job al exigir que Dios escuche sus quejas y agravios, no es el que imaginaba su esposa.

Dios no mata a Job.

Al contrario, parece haber asimilado asombrosamente bien el tono desafiante —casi insultante— de las palabras de Job, hasta tal punto de dignarse a responder. Habíamos visto en nuestro primer tema de este Capítulo, basado en el Salmo 22, que Dios es un excelente escuchador de nuestras lamentaciones. Pero algunas quejas y algunas interrogantes no sólo requieren que se escuchen, sino que también exigen una respuesta. Que luego la respuesta sea enteramente de nuestro agrado es quizá otra cosa: el caso es recibir alguna indicación de acuso de recibo de las quejas planteadas. El hecho de que Dios considere necesario dar explicaciones a Job —aunque esas explicaciones sean sencillamente la reafirmación de

[3] Que es *maldecir* lo que tiene en mente la esposa de Job no es una afirmación que hago sin fundamento. Pero no viene a cuento explicar aquí esa interpretación, que es además como traducen esta palabra varias versiones de la Biblia.

su poder divino sobre todas las cosas— indica que la acusación de Job tiene mérito, que ha hecho mella.

Y la respuesta final de Job indica que el discurso de Dios le ha tocado donde seguramente él menos se lo esperaba. La respuesta de Dios nada ha argumentado en defensa del trato vejatorio a que ha sometido a Job. Al contrario; al evadir la cuestión, parece estar dándole la razón. Pero en el acto de responder, Dios se ha mostrado cercano a Job. Job antes sólo sabía de Dios por lo que le habían contado, pero ahora le ha «visto» en persona. Quizá —esto lo sabrá Job como supongo que yo nunca lo sabré— bien merecen la pena sufrimientos como estos con tal de por fin alcanzar a ver a Dios. (O alcanzar a ser vistos y escuchados personalmente por Dios desde su trono, si seguimos la traducción novedosa que he propuesto en estas páginas.)

- Los escritos bíblicos exploran una segunda posibilidad para explicar el sufrimiento inmerecido de personas justas:

  La figura del siervo sufriente de Dios, que exploran de diversas maneras los capítulos 40-55 de Isaías, sugiere que pueda haber un valor *redentor de otros* en el sufrimiento exagerado que padece el pueblo judío. Volveremos más adelante (en el Capítulo 9) a esta figura del siervo sufriente de Dios. La idea de que el pueblo judío carga sobre sus hombros con las culpas y castigos ajenos se cristaliza, ya en el libro de Isaías, en la idea de *un individuo* cuyo sufrimiento tiene ese efecto. Algunos de estos versículos de Isaías describen, entonces, aquel individuo excepcionalmente justo y a la vez sufridor inocente, de grandes dolores e injusticias, que purga así el pecado de sus semejantes.

  De ahí a interpretar la cruz de Jesús —el sufrimiento injusto de un inocente donde los haya— como un sufrimiento redentor, que quita el pecado del mundo, es un paso natural. Pero los autores del Nuevo Testamento, a la vez que consideran único y especialísimo el caso de Jesús, entienden que padecimientos como los de Pablo en la predicación del evangelio a los gentiles, o la multitud de mártires que menciona el Apocalipsis, contribuyen a la victoria final de Cristo y por tanto contribuyen también a limpiar de pecado el mundo.

  En cualquier caso, tanto con referencia al pueblo judío (según Isaías), como a Jesús, como a los cristianos que padecen la enemistad del mundo (a veces hasta la muerte), está claro que el sufrimiento de los inocentes sólo puede tener ese valor redentor cuando se padece sin devolver mal por mal, sin responder a violencia con violencia. Seguramente tendremos también oportunidad más adelante para

volver a explorar esta idea (esta condición sine qua non para que el sufrimiento de los inocentes sea de verdad redentor).

- Por último, la Biblia explora una tercera vía para entender el sufrimiento inocente. Ya vimos en la lección sobre La Caída, que el pecado se manifiesta en toda su brutal perversión como pecado, por el hecho de que genera víctimas inocentes. Si todos somos pecadores, es en gran medida porque en nuestra inocencia primordial, primero hemos sido víctima del pecado de otros; lo cual ha retorcido y embrutecido nuestro corazón.

> *El hecho de que Dios considere necesario dar explicaciones a Job —aunque esas explicaciones sean sencilla-mente la reafirmación de su poder divino sobre todas las cosas— indica que la acusación de Job tiene mérito, que ha hecho mella.*

TEMA 5. JUAN 13,1-17; 1 CORINTIOS 11,17-34

En este capítulo, bajo la rúbrica general de espiritualidad cristiana —donde descubrimos que Dios está en el centro de toda experiencia humana como nuestro punto de referencia y estabilidad— hemos saltado de una cosa a otra… un poco como la vida misma. Hemos visto salmos de lamentación, gratitud y alabanza; hemos considerado la importancia de la sabiduría como don del Espíritu; y hemos observado que si es que hay alguna esperanza de que el sufrimiento tenga sentido, tendrá que ser porque allí veamos por fin el rostro de Dios. Pero la vida también tiene sus ocasiones de celebración. Y dedicaremos nuestra última sección del presente capítulo a la celebración más emblemática del cristianismo: la Cena del Señor. Empezaremos por observar una escena de aquella cena que sólo el Evangelio de Juan recuerda; para

proceder luego a los comentarios de Pablo sobre esta celebración de Comunión cristiana.

JUAN 13,1-17

Antes de la festividad de la Pascua, como Jesús entendió que se acercaba la hora para cruzar hasta el Padre desde el mundo presente: Por cuanto amaba a los suyos en el mundo, los amó hasta lo sumo. Y al llegar la hora de cenar, el espíritu acusador ya había tomado forma en la mente de Judas Simón de Iscariote, para que lo entregase. Sabiendo Jesús que el Padre ya había transmitido todas las cosas a su poder y que de Dios procedía y ahora estaba por ascender a Dios, se levantó de la cena. Se quitó la ropa de calle y tomó una toalla, que se ató a la cintura. A continuación echa agua en la jofaina y se pone a lavar los pies de los discípulos y a secarlos con la toalla que tenía atada a la cintura.

Llega así a Simón Pedro. Éste le dice:

—Pero amo… ¿cómo me va a lavar usted los pies a mí?

Jesús le respondió así:

—Ahora mismo tú no entiendes lo que estoy haciendo, pero con el tiempo lo acabarás de entender.

Le dice Pedro:

—¡Ni ahora ni nunca! ¡Cómo me va a lavar usted los pies a mí!

Jesús le respondió:

—¡Pues si no te me dejas lavar, es que no quieres tener nada que ver conmigo!

Simón Pedro le dice:

—¡Ay, amo, si nos vamos a poner así… báñeme usted entero, desde la cabeza hasta los pies!

Le dice Jesús:

—El que ya se ha bañado sólo necesita un último repaso a los pies; porque por lo demás, ya está limpio. Y vosotros ya estáis limpios —aunque no todos.

(Sabía perfectamente quién le iba a entregar. Por eso añadió: «Aunque no todos estáis limpios».)

Entonces, una vez que hubo acabado de lavarles los pies, se volvió a poner la ropa de calle y volvió a su sitio. Y les dijo:

—¿Os dais cuenta de lo que acabo de hacer? Vosotros me tratáis de «Maestro» y de «Amo»; lo cual es justo, porque es lo que soy. Entonces,

si siendo yo vuestro amo y maestro, os acabo de lavar los pies, ¡Cuánto más debéis vosotros lavaros los pies unos a otros! Os acabo de dar el ejemplo para que así como he actuado yo, así también actuéis entre vosotros. Amén, amén. Os digo que el siervo no es más importante que su amo, ni el emisario más importante que el que lo envía. Si os estáis enterando, dichosos seréis en la medida que actuéis así.

Es interesante que Juan no considera digno de mencionar el simbolismo del pan y el vino como cuerpo y sangre de Cristo —que ha sido lo que los cristianos siempre hemos celebrado como lo más destacado de aquella cena. Los evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) lo mencionan, desde luego, indicando así que en esa ocasión Jesús presidía esta celebración tradicional judía. En Lucas, de hecho, tenemos dos copas (con el pan entre medio), cada una con su particular simbolismo —reflejando más fielmente que Mateo y Marcos, la típica progresión de la Pascua Judía con sus diferentes copas y brindis a cada punto importante. También es Lucas el que recoge el deseo de Jesús, de que se acuerden de él siempre que vuelvan a celebrar aquella festividad.

Además de esa instrucción en el evangelio de Lucas, tenemos esta otra aquí en Juan. Durante aquella cena, Jesús dio el ejemplo para una práctica que mandó que se conservara a perpetuidad entre sus seguidores: el Lavamiento de Pies.

Durante aquella cena, Jesús dio el ejemplo para una práctica que mandó que se conservara a perpetuidad entre sus seguidores: el Lavamiento de Pies.

Quizá sería prudente detenernos a considerar por qué los cristianos hemos preferido recordar y celebrar con regularidad —en ceremonia solemne — unas palabras pronunciadas por Jesús a manera de brindis y de bendición del pan, palabras que ninguno de los evangelios destacan ni señalan como fundacionales para un nuevo rito cristiano —a la vez que ignorar el claro mandamiento de Jesús de que el acto de lavar pies era expresamente un ejemplo a imitar. ¿Qué nos ha sucedido? ¿Qué transformaciones ha sufrido el seguimiento de Jesús, para que en

ninguna iglesia que se precia de ser cristiana falte la celebración del Pan y el Vino, mientras que son muy pocos los grupos que conservan la costumbre del Lavamiento de Pies?

Desde luego podríamos objetar que el acto de lavar los pies no puede realizarse como puro legalismo, sin considerar el fondo de la cuestión que quiso enseñar Jesús: que debemos servirnos unos a otros con humildad. Es una objeción justa. El mandamiento de Jesús no fue que celebrásemos un acto puramente simbólico y ritual sino que viviésemos vidas entregadas con humildad al servicio mutuo.

Lo que quedaría por demostrar es que en aquellas tradiciones —minoritarias dentro del cristianismo— que celebran un Lavamiento de Pies unos a otros en relación con la Cena del Señor, la disposición al servicio haya sin embargo desaparecido. Como quedaría también por demostrar que allí donde **no** se celebra el lavamiento mutuo de pies, los cristianos sí se entregan —mucho más— al servicio mutuo, por amor a Cristo y unos a otros. En principio, parecería mucho más natural imaginar que en aquellas comunidades donde el Lavamiento de Pies es parte de la celebración habitual de la Cena del Señor, el recuerdo constante del ejemplo de Jesús tienda a suscitar una mayor conciencia de las necesidades de las hermanas y los hermanos y una mayor disposición a prestarnos unos a otros el auxilio y apoyo necesarios en circunstancias de debilidad o necesidad.

Intermitentemente en el transcurso de varias décadas, he intentado imaginar qué otro símbolo o ceremonia podríamos incorporar a nuestra vida litúrgica como comunidades cristianas, que pudiera sustituir este gesto específico que Jesús nos dejó como ejemplo a seguir. Hay consideraciones higiénicas, prácticas e incluso de pudor personal que parecerían desaconsejar esta costumbre y que tal vez expliquen por qué cayó en desuso. Al fin y al cabo y también por consideraciones higiénicas, en la celebración de la Cena en la mayoría de las iglesias evangélicas se reparten diminutas copitas individuales con el vino (zumo de uva en algunas tradiciones) —muy a pesar de que se rompe así el símbolo de unidad y comunión que tuvo para Jesús y los apóstoles el compartir una única y misma copa.

Sin embargo tampoco es nada desdeñable el asco que podía producir en la antigüedad el acto de lavar pies. Los que vivían en zonas rurales quizá no acumularan nada peor que polvo en los pies. Pero en las ciudades —especialmente las ciudades amuralladas— las calles eran auténticos estercoleros, donde iba a parar toda la inmundicia de humanos y animales, mezclada con el barro de lluvias y desagües. No en

vano lavar los pies era tarea de esclavos. Quien tuviese que meter mano a lavar sus propios pies al entrar en casa se podía dar por desafortunado; y el que un hombre libre lavara los pies a sus semejantes era absolutamente impensable.

Pedro sin duda expresó lo que estaba en la mente de todos: el horror ante la idea de que el Maestro se contaminase las manos durante la cena con la porquería que los pies de todos traían de la calle.

Pero el caso es que nuestras extremidades —nuestras manos y pies— son sumamente sensibles al tacto. Y que el acto de lavar los pies unos a otros se vive sensorialmente como una expresión de afecto y ternura familiar. No es, entonces, sólo un símbolo de humildad y servicio; sino también un acto de amor de hermanos y hermanas unidos por nuestra común devoción a Jesús. Y cualquier reparo de tipo higiénico que pudiese haber hoy día halla en nuestras modernas instalaciones fácil solución, en jabones y agua de grifo —fría y caliente— y toallas que luego podemos meter en la lavadora automática.

Así las cosas, no se me ocurre qué más objetar a reinstituir el Lavamiento de Pies en la celebración de nuestra liturgia cristiana… salvo el hecho de que la intimidad familiar que simboliza, dista mucho de la realidad de nuestras relaciones en las iglesias; y que intuimos en el acto de lavarnos unos a otros los pies, un nivel de cariño y compromiso mutuo que supera con creces los límites de lo que nos resulta aceptable y cómodo.

Quizá el problema no sea, entonces, que el símbolo no es el adecuado; sino que escasea tanto en nuestras comunidades cristianas lo que ese símbolo representa.

1 CORINTIOS 11,17-34

En mis instrucciones a continuación no hay ninguna alabanza. Porque cuando os reunís no es para provecho sino para perjuicio. Y es que, en primer lugar, tengo oído que cuando os reunís en asamblea, existen divisiones entre vosotros. Esto me resulta más o menos creíble, porque es necesario que se manifiesten así las facciones que hay entre vosotros, para que se pueda ver cuáles sois justos.

Entonces, al reuniros de esta manera, no es la cena del Señor lo que coméis. Porque cada uno se apresura a cenar lo suyo, de tal suerte que uno pasa hambre mientras otro acaba borracho. ¿Acaso no tenéis vuestra propia casa donde comer y beber? ¿O es que despreciáis la asamblea de Dios y queréis hacer pasar vergüenza a quien le falta?

¿Qué puedo opinar yo sobre esto? ¿Acaso os voy a alabar?

¡En absoluto —me parece una vergüenza! Porque yo aprendí acerca del Señor lo que también os enseñé a vosotros, que:

Jesús en la noche cuando fue entregado, tomó pan y dio gracias. Luego lo partió y dijo:

—Este es mi cuerpo, que es para vosotros. Haced esto mismo para acordaros de mí.

De la misma manera con la copa para cenar, dijo:

—Esta copa es la alianza nueva en mi sangre. Haced esto mismo siempre que bebéis, para acordaros de mí.

Por consiguiente, siempre que comáis este pan y bebáis la copa proclamáis su muerte hasta que él venga. Así que cualquiera que coma el pan o beba la copa del Señor sin el debido respeto, ofende el cuerpo y la sangre del Señor. Pero que cada cual se inspeccione a sí mismo y con esa actitud coma del pan y beba de la copa. Por cuanto el que come y bebe, come y bebe condenación si es que no tiene en consideración el cuerpo. Por esta causa hay entre vosotros muchos decaídos y desanimados —y alguno que otro abatido. Pero si cada uno se inspecciona a sí mismo, entonces ya no hay condenación. Es el Señor el que nos juzga al disciplinarnos, para librarnos de ser condenados juntamente con todo el mundo.

Así que, mis hermanos, seamos hospitalarios unos con otros cuando nos reunimos para comer. Si alguien tiene hambre que coma en su casa, para que vuestras reuniones no sean una maldición.

En los comentarios a continuación, procuraremos leer estas instrucciones sobre la cena de la Comunión cristiana, a la luz de la escena que ya hemos visto en el Evangelio de Juan.

Pablo recuerda a los Corintios cómo comía Jesús con sus discípulos, el Maestro con sus seguidores. Todos comían trozos del mismo pan, entre todos circulaba una misma copa.

- La primera cosa que me llama la atención es que aquí —al igual que en el evangelio de Lucas— es posible (aunque no estrictamente necesario) entender que al repartir el pan y el vino en aquella Pascua Judía, con sus comentarios tan especiales y personales, Jesús estaba creando un rito que los cristianos debían repetir.

  Ya hemos observado que de los cuatro evangelios, sólo Lucas pone que Jesús haya dicho «Haced esto en memoria de mí» al repartir el pan y el vino. Aquí Pablo recoge la misma tradición acerca de Jesús. Merece la pena recordar, por cierto, que la correspondencia de Pablo con la iglesia de Corinto es anterior en el tiempo, a la redacción de los evangelios. No es inverosímil imaginar, entonces, que Pablo recoge aquí una tradición auténtica que Mateo, Marcos y Juan desconocían o no consideraron importante mencionar (porque tal vez, cuando ellos escribían, todavía no era habitual la Cena del Señor como celebración litúrgica).

  Hemos dicho que no es estrictamente necesario entender que al decir «Haced esto en memoria de mí», Jesús pensaba estar instituyendo el ritual litúrgico de la eucaristía cristiana. Esto necesita explicación. Es que siempre cabe la posibilidad de que lo que Jesús les pedía a sus discípulos, es que cada año al celebrar la Pascua Judía —o tal vez cada semana al celebrar la cena del *Sabbat*— le tuvieran presente en el recuerdo. Nada más. Lo que los evangelios sí indican (especialmente Lucas, que recuerda que hubo más que una copa), es que los autores conocían la Pascua Judía. También tenían que conocer la celebración semanal judía del *Sabbat* en vísperas del sábado. En esa celebración también hay una bendición del pan y un brindis de gratitud al Señor.

- Esto nos lleva a observar que 1 Corintios 11 no describe en absoluto un acto litúrgico sino una cena de la comunidad cristiana. Está claro que era una ocasión cuyo fin era a la vez alimentarse y también la comunión y el compañerismo de hermanos y hermanas. En la comunidad cristiana de Corinto, sin embargo, es evidente que a esta cena algunos traían sus propias viandas, que no compartían libremente con todos. El resultado bochornoso es que algunos comían en cuanto llegaban sin esperar a que estuvieran todos, unos comían más de la cuenta mientras que otros pasaban hambre, algunos bebían agua y otros acababan más o menos ebrios. ¿Qué comunión fraternal puede existir en esas circunstancias? Lo que había empezado como celebración semanal del *Sabbat* en la intimidad familiar de los seguidores de Jesús el Mesías, ahora era una ocasión

más para que los ricos hicieran sentir a los pobres su pobreza, humillándolos con sus distingos y diferencias de clase social. Pablo no lo dice expresamente, pero ante la escena que pinta, no es inverosímil imaginar que, como siempre que comían los ricos, los «hermanos» esclavos estuvieran obligados a servir a los «hermanos» amos —y cuando por fin les tocase comer, conformarse con las sobras.

El escándalo que siente Pablo es mayúsculo.

Y lo es especialmente porque no se está teniendo en cuenta uno de los conceptos que él más valora: la idea de la Iglesia como Cuerpo de Cristo. Ya hemos visto en otras ocasiones la importancia de la idea de la identificación de los cristianos con Cristo, como una Nueva Humanidad de la que Jesús es el nuevo Adán. Pero el concepto de la asamblea de hermanas y hermanos como «Cuerpo de Cristo» (y los conceptos semejantes de que los cristianos están «en» Cristo y Cristo «en» ellos), nos lleva un paso más allá en esa identificación. Jesús había desaparecido cuarenta días después de su resurrección, pero seguía presente en la congregación de sus seguidores. De hecho, Pablo procederá de inmediato, en 1 Corintios 12, a hablar detalladamente de lo que esa unidad como un solo cuerpo (de Cristo) supone para el ejercicio de los dones del Espíritu. Dones que en ningún caso pueden ser «de» ni «para» ningún miembro en particular sino que tienen que ser de y para todos los miembros, porque cualquier otra manera de ser «cuerpo» sería un disparate.

Así también con la alimentación. Si come la boca también se alimentan los brazos y los pies y las vísceras… y todos los miembros del cuerpo. Y todos se alimentan de idéntica manera en un mismo acto de comer. La presunta «Cena del Señor» que celebraban los cristianos corintios era una abominación porque, en su manera de realizarla, no se tenía en cuenta el «Cuerpo de Cristo», es decir, la Iglesia como Nueva Humanidad según el modelo de Jesús de Nazaret: una Nueva Humanidad que es a la vez Reinado de Dios, donde todos estamos de verdad hermanados y han desaparecido por fin todas las formas de dominación, clase social y diferencias de honor y trato. Y donde —por lo menos en la cena comunitaria del *shabbat* cada viernes al anochecer— los alimentos se reparten con equidad.

Pablo recuerda a los Corintios cómo comía Jesús con sus discípulos, el Maestro con sus seguidores. Todos comían trozos del mismo pan, entre todos circulaba una misma copa. «¡Haced esto —

comportaos así— en memoria de mí!» ¡Por favor! ¿Es que no os dais cuenta? Jesús entregó cuerpo y sangre por todos nosotros. Por todos, por igual. ¿Cómo vamos a volver a permitir entre nosotros las mismas diferencias y vejaciones y humillaciones que se ven en la vieja humanidad, pecadora y corrupta?

Y así viene a cuento, entonces, recordar la escena que nos cuenta Juan sobre aquella noche. La escena del Maestro lavando los pies a sus discípulos antes de sentarse a cenar. Todo acto litúrgico que no se celebre en ese espíritu, resulta tan deficiente que su presunta espiritualidad queda absolutamente en entredicho.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

En este capítulo hemos saltado en varias direcciones, aparentemente sin ton ni son, tocando una selección de temas muy diversos bajo la consigna de que en todos los aspectos de toda la vida y todas las situaciones, Dios es «nuestro punto de referencia y estabilidad». Quizá sea bueno concluir meditando sobre qué es lo que pueden tener en común tanta diversidad de experiencias, emociones y sentimientos —y celebraciones— como hemos visto en estas páginas.

- ¿Cómo vivir para que Dios esté de verdad presente en todas las experiencias de nuestra vida?
- ¿Hasta qué punto la espiritualidad cristiana ha de ser una espiritualidad compartida con otros?
- ¿Hasta qué punto es puramente íntima y personal?

Capítulo 8.

Cartas desde el frente:

SOBRE LA NATURALEZA DE LA IGLESIA

INTRODUCCIÓN

LAS CARTAS EN CUESTIÓN SON CINCO epístolas del Nuevo Testamento, que vamos a ver una a la vez, para hablar sobre la naturaleza de la Iglesia cristiana. «Cartas desde el frente» en el sentido de que son como lo que pudiera escribir alguien en medio de una guerra, escritas sobre la marcha y en los ratos libres que malamente pueda hallar. Escritas en una situación de peligro donde está en juego la vida de quienes escriben; pero donde también está en juego el que uno de los bandos en contienda se alce con la victoria.

Las cartas de los apóstoles imparten esa sensación de urgencia, de anotaciones hechas sobre la marcha para hacer frente a crisis puntuales. En ellas vemos la naturaleza del proyecto por el que se jugaban la vida: Dar forma a unas comunidades jóvenes de personas convencidas de que Jesús es el Mesías —el líder anhelado por los judíos para relanzar el plan de Dios para la humanidad—, tratando de conseguir que ese movimiento en expansión, cuyo control se les escapaba constantemente de las manos, sea siempre fiel y coherente respecto a lo que recordaban de Jesús.

Como nuestras lecturas bíblicas para esta sección van a ser relativamente extensas, procuraré abreviar al máximo mis comentarios para no abusar de la atención de los lectores. A la inversa, supongo que nunca sobra insistir en un ejercicio como el que propone este capítulo: la lectura integral —de corrido y sin pausa— de cada una de estas cartas. Jamás se nos ocurriría leer una carta «normal» que podemos recibir de un amigo o en relación con algún negocio, sólo de a renglones sueltos. Entendemos perfectamente que una carta es un todo indivisible toda ella. Que sería imposible saber qué ha querido decirnos quien la escribió, a no ser que la leamos entera. Es así como insistiría que se aborde la lectura de estas cartas a continuación:

TEMA 1. SANTIAGO

En los códices más antiguos que se conservan de la Biblia cristiana, las cartas de los demás apóstoles vienen antes que las de Pablo; indicando el reconocimiento de que por lo menos algunas de ellas son más antiguas —así como el propio apostolado de Santiago, Pedro, Juan y Judas, amigos personales de Jesús, había empezado años antes que el de Pablo.

Nuestro tema en este capítulo, a pesar del título pintoresco «Cartas desde el frente», es la naturaleza de la Iglesia según se desprende de la lectura de estas cinco cartas. Es con esto en mente que abordamos nuestra primera lectura. Procuramos descubrir aquí qué es lo que Santiago consideraba que era importante afirmar sobre la Iglesia, y por qué. Y a la vez, intentaremos sopesar qué importancia pueden seguir teniendo esas afirmaciones para nuestras comunidades cristianas hasta el día de hoy:

> *Jacob* [tradicionalmente en castellano *Santiago*], *esclavo de Dios y del Soberano Jesús Ungido, a las doce tribus que están en la dispersión, os saludo.*
>
> *Hermanas y hermanos míos, espero que os parezca motivo de satisfacción el ser puestos a prueba de diversas maneras. Porque sabéis que vuestra confianza, al superar la prueba, genera capacidad para aguantar. Pero que la capacidad para aguantar alcance su finalidad, que es que estéis completos y acabados, sin que os falte nada.*
>
> *Aunque si a alguno de vosotros le falta sabiduría, que se la pida a Dios. Dios da a todos sin complicaciones ni recriminaciones; y él se la dará. Pero que sea fiel al pedir, porque el que analiza demasiado, se parece a las olas del mar que se dispersan y salpican sin llegar a ninguna parte. Por consiguiente, que no se imagine quien es así, que vaya a recibir algo del Soberano.*
>
> *La persona indecisa se pone nerviosa en todo lo que emprende, pero el hermano que es humilde, que se felicite cuando sale a flote. Y el que es rico, cuando se ve humillado; por cuanto es tan pasajero como una flor en la pradera. Porque se levanta el sol con su calor y se seca la hierba y se cae su flor y la belleza de su figura desaparece. Así también se marchita el rico con el paso del tiempo.*
>
> *¡Dichoso aquel que aguanta cuando se ve puesto a prueba! Porque cuando consiga superar la prueba, recibirá la corona de la vida que ha prometido Dios a los que le aman.*

Sin embargo no es justo imaginar que las propias pruebas proceden de Dios. Porque a Dios el mal no lo tienta ni pone él tropiezos delante de nadie, sino que a cada cual lo ponen a prueba sus propios deseos, que le arrastran y seducen. Y entonces, habiendo concebido el deseo, éste produce el error; pero el error, cuando madura, desemboca en muerte.

¡No, queridos hermanos y hermanas, no os equivoquéis! Toda cosa buena que hemos recibido y todo beneficio duradero nos viene de arriba, bajando desde el Padre de las Luces, junto a quien no hay ni la más mínima alteración ni sombra de incoherencia. Porque él así lo quiso, nos procreó mediante una palabra certera, para que algunos fuésemos la primera cosecha de sus criaturas. Sabedlo, queridos hermanos y hermanas.

Que cada uno sea rápido para prestar atención, lento para hablar, lento para enfadarse. Porque el enfado humano no lleva a la justicia de Dios. Por tanto, habiendo dejado morir toda mancha y sobrecarga de maldad, aceptad mansamente la palabra que os nace de dentro, que es capaz de devolveros la salud psíquica. Aunque habrá que actuar conforme a esa palabra, que no solamente escucharla, en lo cual os estaríais engañando. Porque la persona que sólo escucha la palabra sin actuar conforme a ella, se parece a uno que reconocía su propia cara en el espejo. Se reconoció a sí mismo pero en cuanto dejó el espejo se le olvidó cómo era. Sin embargo el que estudia la norma eterna de la libertad y se queda con ella, sin ser uno que escucha pero se le olvida, sino que actúa conforme a ella, éste obtendrá gran satisfacción en lo que emprende.

Si alguien se cree ser religioso pero no sabe morderse la lengua sino que se engaña a sí mismo, su religión es inútil. La única religión limpia y sin mancha delante del Dios y Padre es ésta: hacerse cargo de los huérfanos y las viudas en sus dificultades, a la vez que guardarse a sí mismo de la suciedad del mundo.

Mis hermanas y hermanos, para conservar el resplandor de la fidelidad de nuestro Soberano Jesús Ungido, no hagáis distingos entre las personas. Porque si llega a vuestra sinagoga un señor con reloj de platino y traje y corbata y a la vez llega un pobre harapiento y os fijáis en el de traje y corbata y le decís: «Siéntese usted aquí, donde se está bien» —pero al pobre le decís: «Tú estate ahí de pie» o: «Siéntate en el suelo»… ¿En tal caso no estaríais haciendo distingos entre vosotros y admitiendo prejuicios indignantes? Escuchadme, queridos hermanos y hermanas: ¿Acaso no ha elegido Dios a los pobres del mundo, que son ricos en fidelidad y herederos del gobierno que tiene prometido para los

que le aman? Pero vosotros habéis insultado al pobre. ¿Acaso no son los ricos los que os oprimen y os despluman en los juzgados? ¿No son ellos los que injurian el buen nombre con que se os conoce?

Ahora, si cumplís la norma del reinado, como está escrito: «Amarás a tu compañero como a ti mismo», eso está bien. Pero si admitís distingos entre las personas, actuáis muy equivocadamente y sois merecedores de condenación según los propios términos de esa norma.

Porque cualquiera que guarda toda la norma pero tropieza en uno de sus puntos, ha violado la norma en general. Porque el mismo que dice: «No te acuestes con la mujer de otro», también dice: «No cometas un asesinato». Por consiguiente, aunque no te acuestes con la mujer de otro; si cometes un asesinato, has violado la ley en general: Hablad así y actuad así, como personas que serán juzgadas conforme a la norma de la libertad, porque quien no sabe compadecerse, lo ve todo con severidad, en blanco y negro. ¡Muy superior es la compasión, que la severidad!

¿De qué sirve, mis hermanos, que alguien diga tener las cosas claras pero sin que eso tenga consecuencias prácticas? ¿Acaso tener las cosas claras puede salvarle? Si un hermano o una hermana se encuentran desnudos y carecen de algo que comer cada día y uno de vosotros le dice: «¡Tranquilos! Abrigaos y comed» —pero sin darles lo necesario para sobrevivir— de qué les sirve? Así también tener las cosas claras, a no ser que tenga consecuencias prácticas, viene a ser una claridad muerta.

Al contrario, le responderán: «Tú tendrás las cosas claras pero yo tengo hechos concretos. Muéstrame la claridad de tus ideas sin hechos concretos, que yo te mostraré con mis hechos concretos lo claro que lo tengo».

Tú tienes claro que Dios es uno y eso está muy bien. Hasta los demonios lo tienen claro —¡y les horroriza! Pero, ¿te quieres enterar de una vez, pedazo de ignorante, que tener las cosas claras, pero sin que eso tenga consecuencias prácticas, es inútil?

Nuestro antepasado fue Abraham. ¿Acaso no es por sus actos que se reconoció su justicia? —porque puso a su hijo Isaac sobre el altar. Como ves, tuvo las cosas claras, lo cual iba acompañado de consecuencias prácticas; y es por esas consecuencias que quedó inmortalizada su claridad de ideas. Así se cumplió lo que pone, a saber: «Abraham creyó a Dios y fue tenido por justo y por amigo de Dios». Como veis, es con hechos concretos que se establece la justicia de la persona, que no

solamente por tener las ideas claras. Lo mismo pasó con la prostituta Rahab: ¿Acaso no fue por sus actos que demostró ser una buena persona? —cuando acogió a los emisarios y les dijo que se marcharan por otro camino.

Porque así como un ser que no respira, es que está muerto, las ideas claras que no tienen consecuencias son estériles.

Mis hermanas y hermanos, no os hagáis todos maestros, que con mayor severidad se nos pedirá cuentas. Porque todo el mundo tenemos nuestros tropiezos. Quien no sufra algún traspié en lo que dice, será considerado maduro, capaz de controlar toda su vida. Se pone un freno en la boca del caballo para que nos obedezca, y así conseguimos dirigir al caballo entero. Pensad también en los barcos, lo grandes que son y lo fuertes que son los vientos que los impulsan. Y sin embargo sin más que una paleta el timonel los hace enfilar en la dirección que quiere. Así también la lengua es un miembro pequeño que puede presumir de grandes cosas.

¡Ay, cuánto bosque se puede incendiar con una chispa! Y la lengua es esa chispa. Todo un mundo de maldad se encuentra entre nuestros miembros en la lengua. Nos mancha el cuerpo entero. Prende fuego al ciclo de nuestra existencia, incendiado desde el basural.

Porque el ser humano puede por su propia naturaleza amansar y amansa la naturaleza de bestias salvajes, reptiles y hasta animales marinos. Pero nadie es capaz de amansar la lengua de los hombres, que es impredecible y perversa, llena de veneno mortífero. Con ella bendecimos al Soberano y Padre y con ella maldecimos a nuestros semejantes, que vienen a ser la representación de Dios. De la misma boca salen la bendición y la maldición. Hermanas y hermanos míos, no es inevitable que esto sea así. ¿Dónde se ha visto una fuente, que por el mismo agujero mane dulce y amarga? ¿Acaso, hermanos, puede la higuera dar aceitunas, o la vid higos? Ni tampoco puede el manantial salado dar agua dulce.

¿Quién hay entre vosotros que sea sabio y experto? Que lo demuestre su buena conducta, con la humildad que es propia de la sabiduría. Pero si tenéis envidia amarga y rivalidad en vuestra actitud, que por lo menos no os ufanéis de ello ni mintáis contra la verdad. ¡No es ésta la sabiduría que nos baja desde arriba, sino que es terrícola, humana, propia de los dioses de los extranjeros. Porque donde hay envidia y rivalidad, allí también hay desorden y todo tipo de actividad indeseable. En cambio la sabiduría de arriba es en primer lugar pura,

luego también pacífica, equitativa y creíble. Está llena de compasión y lleva buen fruto. Es incuestionable y franca.

Para los que a practican la paz, la paz está sembrada y su fruto es la justicia.

¿De dónde proceden las guerras? ¿Y de dónde proceden las batallas en vuestro interior? ¿Acaso no es desde aquí mismo, desde vuestros placeres que crean conflictos entre vuestros miembros? Deseáis con ansias y nada conseguís. Matáis y envidiáis y no sois capaces de alcanzar el éxito. Batalláis y hacéis la guerra y sin embargo si no tenéis, es porque no lo pedís. Pedís y no lo recibís, por cuanto pedís con maldad, con la intención de malgastar en vuestros placeres. ¡Infieles! ¿Ignoráis acaso que la amistad del mundo viene a ser enemistad contra Dios? Así que el que está deseando ser amigo del mundo viene a ser enemigo de Dios. ¿O es que pensáis que pone en balde eso de que: «El Aliento divino instalado en nuestro interior es celoso en sus aspiraciones»? Pero el trato de favor que nos concede es incluso mayor. Por eso pone: «Dios encara a los arrogantes, pero a los humildes les concede un trato de favor». Asumid, entonces, la soberanía de Dios. Encarad al acusador, que se dará a la fuga.

Acercaos a Dios y él se os acercará. Lavaos las manos, los que vais mal encaminados; y templad la mente, los indecisos. Daos cuenta que sois unos desdichados; lamentadlo y lloradlo. Sustituid el duelo a cambio de vuestras carcajadas, la vergüenza a cambio de la alegría. Si os humilláis ante el Soberano, él os sacará a flote.

Hermanas y hermanos, no habléis mal acerca de los demás. Quien habla mal de su hermano o juzga a su hermana, habla mal de la norma y juzga la norma; pero si tú juzgas la norma, ya no la cumples sino que te crees ser juez. Hay uno que ya decretó la norma y quien juzga. Él sí es capaz de salvar y también de condenar. Pero tú, ¿quién eres tú para juzgar a tu compañero o compañera?

¡Anda, vamos! —los que decís: «Hoy o mañana nos iremos a tal ciudad y nos quedaremos allí un año y haremos negocios y tendremos ganancias». ¡Que nadie sabe lo que trae el día de mañana ni lo que será de su vida! Niebla sois, visible por un instante pero que al fin se disipa. Antes os convendría decir: «Si el Soberano lo quiere, seguiremos con vida y haremos esto o aquello». Porque lo que es ahora, habláis de balde al presumir. Hablar así es perverso.

Entonces, a quien sabe actuar correctamente pero no lo hace, se le tiene muy en cuenta.

¡Anda, vamos! —los ricos. ¡Lamentad y llorad por las desdichas que os esperan! Vuestro tesoro se os pudre y vuestros trajes se os apolillan. Vuestro oro y plata se han deslustrado y su deslustre testificará contra vosotros y os carcomerá las carnes como un fuego. ¿En estos días del fin os hacéis tesoros? ¡Mira! La paga que os quedasteis de los jornaleros que trabajaron de sol a sol en vuestras fincas clama a voces, y sus quejas han llegado a oídos del Señor de las Huestes. Os habéis mimado con lujos sobre la tierra, habéis insistido en daros atracones como un animal cebado que está a punto de ser sacrificado. Habéis condenado y matado al justo, que no se ha defendido.

Pero vosotros, hermanos y hermanas, aguantad hasta la presencia del Soberano. Mira, el campesino aguarda el fruto anhelado de la tierra, aguantando como pueda hasta recibir la mies del verano y la cosecha otoñal. Vosotros también tendréis que aguantar con un convencimiento firme, por cuanto la presencia del Soberano está al caer. No os quejéis unos contra otros, hermanos, no sea que os abran un expediente —mira que el juez está en el juzgado. Tomad ejemplo, hermanas, de los desgracias y el saber aguantar de los profetas que hablaron en el Nombre del Soberano. Mira con qué admiración nos acordamos de los que supieron aguantar. Habéis oído del aguante de Job y sabéis cuál fue el desenlace, porque el Soberano es sensible y compasivo.

Pero ante todo, mis hermanas y hermanos, no se os ocurra jurar ni por el cielo ni por la tierra ni ningún otro tipo de juramento. Sino que vuestro sí sea sí y el no, no —no sea que caigáis bajo condenación.

¿Está padeciendo males alguno de vosotros? —que ore.

¿Está alguno feliz? —que entone salmos.

¿Está enfermo alguno de vosotros? —que haga venir a los viejos y las viejas de la asamblea, que orarán por él en el Nombre del Soberano mientras le aplican cremas medicinales; y la oración de fidelidad salvará al que está sin fuerzas y el Soberano lo levantará. Aunque haya cometido faltas, no le serán tenidas en cuenta.

Confesaos, entonces, unos a otros las faltas y orad unos por otros para que os sanéis. Mucho puede conseguir la petición del justo. Elías fue un hombre igual que nosotros y oró una oración para que no lloviera; y no llovió sobre la tierra durante tres años y medio. Entonces volvió a orar y el cielo dio lluvia y la tierra produjo su cosecha.

Hermanas y hermanos míos, si alguno de vosotros se ha desviado de la verdad y hay quien le haga volver, que se sepa que quien haga volver

de su camino desviado al que yerra, salvará su vida de la muerte y enmendará una multitud de errores.

Santiago toca muchos temas y en general se expresa con bastante claridad. De hecho, con Santiago pasa algo parecido a lo que con Jesús. De tan claro que se expresa, nunca han faltado los que ven la necesidad de «explicar» lo que quiso decir, porque es demasiado incómodo imaginar que dijo lo que quería decir y quiso decir lo que dijo. En fin… como ya tenía prometido, me limitaré a continuación a unas pocas reflexiones personales surgidas de esta lectura:

- Un tema que a mí me parece bastante destacado, especialmente después de que en nuestro último tema del capítulo anterior viéramos los problemas que intentaba atajar Pablo en cuanto a la celebración de la Cena del Señor, es el conflicto que genera en la comunidad la presencia de algunas personas ricas e influyentes. Cabe sospechar, además, que estas personas ricas e influyentes también presumen de una cierta «sabiduría», que les sería propia, naturalmente, por su educación superior. Podríamos albergar, tal vez, cierta tentación a considerar que Santiago es presa de los mismos prejuicios —si bien a la inversa— de que acusa a sus lectores. Pero sus conceptos probablemente no son tan fáciles de desestimar como eso. La espiritualidad «sabia» de los ricos que él observa, es interiorista y «espiritual», del alma y de la relación personal con Dios… y deja en pie todas las diferencias sociales de la vieja humanidad pecadora. No tiene nada nuevo que ofrecer al mundo.

  Pero desde la historia del Éxodo tenemos motivos para pensar que Dios no observa con imparcialidad las diferencias entre ricos y pobres, entre los que se han podido permitir una educación superior y se creen por eso superiores a los indoctos, entre los que gozan de influencia y los que siempre tienen que estar luchando con todo en contra para conseguir las cosas más esenciales para la vida. La presunta «sabiduría» de una religión que margina las necesidades de los débiles y concede especial honra y reconocimiento a los ricos y poderosos, sería mejor callarla. Son lenguas incontroladas, que hieren con sus alabanzas dirigidas siempre hacia los mismos privilegiados. Los «hombres de negocio» tienen su cabeza en las ganancias que piensan sacar de sus inversiones… y no se dan cuenta de que no cuentan con Dios. Mientras que los desahuciados saben perfectamente que si no fuera por la misericordia de Dios cada día, perecerían ante las dificultades de la vida.

Con Santiago pasa algo parecido a lo que con Jesús. De tan claro que se expresa, nunca han faltado los que ven la necesidad de "explicar" lo que quiso decir, porque es demasiado incómodo imaginar que dijo lo que quería decir y quiso decir lo que dijo.

Para Santiago, no es que todas las clases sociales sean iguales. Él tiene claro que a los privilegiados en este mundo les espera un durísimo juicio ante el trono del Señor, donde tendrán que rendir cuenta de lo que han hecho con su privilegio. Y Santiago tiene claro con cuáles personas prefiere construir la Iglesia. No en balde se describe a sí mismo, desde el primer renglón, como «esclavo» (de Dios y de Jesucristo).

- Mi segundo y tercer punto serán sendas observaciones «negativas»; es decir, cosas que brillan por su ausencia en esta carta —con respecto a la naturaleza de la Iglesia: Empezamos con una observación que guarda bastante relación con lo anterior. Las comunidades dispersas por el mundo a que va dirigida esta carta no parecen tener ni clero ni sacerdocio ni pastores «ordenados» ni autoridades religiosas de ningún tipo.

Si Santiago menciona a los maestros en el capítulo 3, es para advertir de los peligros que encierra su supuesta sabiduría. Él parece dar mucho más crédito a quien predica con el ejemplo de la solidaridad y la justicia y la falta de distinciones en el trato. Quienes así predican con el ejemplo, no precisan ni pretenden ser reconocidos como «maestros». Y muestran con sus pocas palabras (su control de su lengua) que son, además, bastante más sabios.

Los otros que podrían parecer tener una cierta preeminencia en la comunidad son los ancianos que Santiago dice que habría que mandar llamar cuando alguien está enfermo. Igual que «anciano» en castellano, la palabra griega *presbýteros* es en primera instancia una referencia a la edad avanzada. En la medida que se entienda que son

autoridades religiosas, el motivo de que se les tiene especial consideración sería esa edad avanzada —no otros atributos de preeminencia social. Pero si los ancianos ungen con aceite y oran por los enfermos, a continuación la confesión de pecado es «unos a otros». Y la mutualidad, ese «unos a otros» en todas las cosas, parecería ser la forma de proceder que Santiago entiende correcta para estas comunidades en toda su vida y sus actividades. Su carta con estas exhortaciones, a fin de cuentas, va dirigida a toda la comunidad y no a sus líderes, para los que no tiene ningún saludo ni mención en particular.

De hecho, como ya hemos mencionado, Santiago ni siquiera se llama a sí mismo «apóstol» sino sencillamente «esclavo». Vamos, como el que menos. La propia autoridad con que escribe, sin embargo, nos obliga a no confundir la falta de distinción entre «clero» y «laicos» como falta de autoridad espiritual en la Iglesia. Pero esa autoridad parece ser personal, no institucional; basada en la calidad de la vida y de la disposición servicial, no en un reconocimiento formal.

> *Las comunidades dispersas por el mundo a que va dirigida esta carta no parecen tener ni clero ni sacerdocio ni pastores "ordenados" ni autoridades religiosas de ningún tipo.*

- La segunda de mis observaciones «negativas» resulta, si cabe, incluso más sorprendente que la primera. Con la excepción del primer renglón de la carta, donde Santiago (*Jacob* en el texto griego) se identifica como «esclavo de Dios y del Señor Jesucristo», nada en la carta indicaría expresamente que quien escribe es un líder cristiano que escribe a comunidades cristianas. Podría tratarse perfectamente de una carta judía, escrita a sinagogas israelitas «de las doce tribus en la diáspora» (que es cómo describe a los destinatarios de la carta). No hay aquí el más mínimo indicio de que las comunidades a las que

escribe Santiago estén viéndoselas con la problemática de la asimilación de gentiles, que tanto ocuparía a la postre a Pablo.

Por una parte, esto nos indica la gravedad de la anomalía del cristianismo posterior, que no sólo asume cabalmente una identidad no judía, sino que durante casi toda su historia ha sido violentamente antisemita. El cisma entre la sinagoga y la iglesia no sólo era innecesario sino contrario al propio espíritu del judío Jesús y de todos los apóstoles (judíos también, sin excepción), que jamás vieron su devoción a Jesús como otra cosa que fidelidad al Mesías de Dios para su pueblo escogido. Deshacer este largo camino del antisemitismo y distanciamiento de la fe judía será una tarea ardua para la Iglesia; pero según Romanos 9-11, es el futuro que nos aguarda el día que queramos aceptar plenamente la voluntad de Dios.

Por otra parte, sin embargo, la carta de Santiago es plena y cabalmente *cristiana* en cada uno de los valores que inculca. Su visión para la Nueva Humanidad con sus nuevos valores y nueva manera de vivir —conforme a la humildad y los sufrimientos de Jesús— da evidencias sobradas de que su autor conoció personalmente a Jesús y le tuvo por Maestro.

TEMA 2. 1 PEDRO

Pedro fue también, como Santiago, amigo personal de Jesús y uno de sus hombres de confianza. Nuestra siguiente «Carta desde el frente» será la primera que se le atribuye a él. Aquí también leemos con atención para hacernos una idea de su particular visión sobre la naturaleza de la Iglesia. ¿Qué cosas consideró Pedro que era importante afirmar sobre la Iglesia; y qué importancia puede seguir teniendo eso para nuestras comunidades cristianas hasta el día de hoy?

> *Pedro, emisario de Jesús Ungido, a los emigrantes de la diáspora en Turquía (regiones de Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia), escogidos según el previo conocimiento de Dios Padre en consagración de aliento para escuchar atentamente y ser salpicados por la sangre de Jesús Ungido: Que recibáis un trato de favor y que vuestra paz sea completa.*
>
> *¡Bendito el Dios y Padre de nuestro Soberano Jesús Ungido! —que conforme a la riqueza de su sensibilidad nos ha hecho renacer en esperanza, para vivir por virtud de la resurrección de Jesús Ungido de*

entre los muertos, hasta una herencia que nos aguarda entre las galaxias y que no se echa a perder ni pierde facultades ni virtudes. Esta herencia aguarda a los que por la potencia de Dios están custodiados fielmente para una salvación ya preparada, que se podrá ver por fin en la era final; y por la que ahora os reís. Os reís a pesar de que por un tiempo breve es necesario estar de luto y pasar diversas pruebas para que al superarlas vosotros, sea evidente la fidelidad del Soberano. ¡Que su fidelidad, más valiosa que el oro (que aun sin ser eterno, tiene que refinarse a fuego), se descubra digna de alabanza y resplandor y honor cuando Jesús Ungido se haga visible!

Todavía no le habéis visto y sin embargo le amáis; y sin ver, ya le sois fieles y ya os reís con una felicidad indescriptible y luminosa. Estáis consiguiendo ya el objetivo de vuestra fidelidad, nada menos que salvar la vida. Los portavoces divinos, que hablaron de parte de Dios sobre el trato de favor que ibais a recibir, indagaron e investigaron en cuanto a esta salvación. Procuraban descubrir acerca de quién y para qué época les estaba indicando el aliento de Ungido, que daba fe por anticipado de lo que Ungido padecería y del resplandor que por ello alcanzaría. Estos portavoces se dieron cuenta de que no era para ellos mismos sino para vosotros que presentaban estas cosas que ahora os han sido anunciadas por los que os dieron la buena noticia. El anuncio fue por el aliento sagrado enviado desde entre las galaxias y toca en cosas que ya quisieran alcanzar a ver los mensajeros.

Por consiguiente, preparaos decididamente con el chaleco antibalas mental abrochado hasta el cuello. Esperad así enteramente en el trato de favor que recibiréis cuando se muestre Jesús Ungido. Como hijos obedientes, que vuestros deseos ya no sigan los mismos esquemas que cuando erais ignorantes. Al contrario, así como el que os tiene llamados es íntegro, sed vosotros también íntegros en toda conducta. Por lo cual pone: «Sed íntegros porque yo también soy íntegro». Y ya que tratáis de «Padre» al que juzga con imparcialidad según ha actuado cada cual, responded de vuestra vida con devoción cuando os toque.

Sabéis que no habéis sido rescatados de la locura de vuestra conducta tradicional con plata ni oro sino con la sangre valiosa de Ungido, como si fuera un cordero sin defecto ni mancha. Esto se conocía desde antes de la fundación del universo aunque es ahora, por medio vuestro y en relación con el fin de los tiempos, que se hace visible. Es por él que vosotros sois fieles con Dios, que le levantó de entre los muertos para darle resplandor, de tal suerte que vuestra fidelidad y esperanza están en Dios.

Limpiaos en lo más íntimo mediante la obediencia de la verdad, para un amor sincero. Con la mente limpia, entonces, quereos unos a otros locamente. Porque no habéis vuelto a vivir de una semilla que caduca sino imperecedera, por medio de la palabra viva y permanente de Dios. Por cuanto: «Toda carne es como hierba; y cualquiera su resplandor, como una flor del campo. Se seca la hierba y la flor se marchita; pero la locución del Soberano permanece por la eternidad».

Y esta es la locución que os fue anunciada: Que os apartéis de toda maldad y toda trampa e insinceridad y envidia y calumnia. Que con las mismas ansias que un bebé se prende a la teta, deseéis la cordura intachable, para que con ella crezcáis en salud —si es que habéis comprobado lo ventajoso que es el Soberano.

Acercaos a él, piedra viva; desechada, sí, por la humanidad pero escogida por Dios para destacar. Y vosotros, como piedras vivas también, permitid que se os edifique como casa de aliento en un sacerdocio que ha sido apartado para elevar sacrificios de aliento que son aceptables ante Dios por medio de Jesús Ungido.

Por eso pone: «Mira que he puesto en Sion una piedra clave muy escogida y destacada. Y las que se apoyen en ella no se caerán». Vosotros, entonces, los que os apoyáis en él, sí que valéis; y en cuanto a los que no: «La piedra desechada por los albañiles, esa misma vino a ser la piedra angular» y «Una piedra que obstaculiza, en la que tropiezan». Los que tropiezan en la palabra son desobedientes, en lo cual además se obstinan. Pero vosotros sois una raza escogida, un sacerdocio al servicio del rey, una nación aparte, un pueblo digno de tener, para que deis a conocer los méritos de aquel que os llamó estando vosotros en oscuridad, a su fulgor insospechado. Antes ni siquiera pueblo; pero ahora, Pueblo de Dios. Antes «sin compasión»; pero ahora, Dios se ha compadecido de vosotros.

Queridos, os invito como vecinos y forasteros a renunciar a las ansias carnales que pelean contra la vida. Que vuestra conducta entre las naciones sea correcta, para que en lo que hablen mal de vosotros tachándoos de malhechores, ante la evidencia de obras buenas alaben a Dios «en el día de inspección».

Por amor al Soberano, acatad cualquiera autoridad humana: bien sea un rey, por su eminencia; bien sea un comandante, por cuanto a las órdenes de aquel para ajusticiar a los malhechores y alabar a los que actúan correctamente. Porque ésta es la voluntad de Dios: que actuando con corrección, hagamos callar las tonterías de los ignorantes. Como personas libres y no como los que disimulan maldad so pretexto

de libertad; al contrario, como esclavos de Dios. Honrad a todos pero amad a la hermandad. La honra al rey pero la devoción a Dios.

Los esclavos domésticos, obedeced con devoción a vuestros amos; no sólo a los buenos y llevaderos sino también a los que son duros. En eso está la gracia: en que uno, por ser consciente de Dios, soporte desgracias, sufriendo sin justicia. Porque, ¿que gloria tiene el aguantar con resignación un castigo merecido? Pero si a pesar de actuar correctamente aguantáis castigos con resignación, esto sí que tiene gracia ante Dios.

Porque para esto mismo habéis sido llamados:

Porque Ungido sufrió por vosotros
poniéndoos el ejemplo,
para que sigáis en sus huellas.

Él no hizo nada malo,
«en su boca no se descubrió ninguna mentira»;

cuando le insultaron, no respondió con insultos,
cuando sufría, no profirió amenazas
sino que se entregó, siendo justo él, al que lo condenaba.

Él «cargó con nuestros errores»
en su cuerpo sobre la viga;

para que aunque fulminados en errores,
viviésemos nosotros en justicia.

Él, «gracias a su herida os curasteis»,
por cuanto vagabais «como ovejas engañadas»;

pero ahora habéis vuelto al pastor
y protector de vuestras vidas.

De igual manera obedeced, mujeres, cada una a su hombre; para que en caso de que algunos desobedezcan a la Palabra, gracias a la conducta de las mujeres (sin palabra alguna) puedan obtener provecho, al observar vuestra conducta inocente y devota. No os quedéis en lo exterior, el trenzado del cabello y lucir oro o vestir ropa elegante. Al contrario, centraos en lo secreto de la mente humana, en lo que no se desvanece, de humildad y de un temperamento tranquilo. Lo que de verdad tiene valor ante Dios.

Porque así también se embellecían las mujeres consagradas de antaño cuya esperanza era Dios. Obedecían cada cual a su hombre, como Sara obedeció a Abraham, al que trató de «señor», de la cual venís

a ser hijas cuando hacéis lo correcto para no tener miedo de ningún maltrato.

De igual manera convivid, hombres —conforme se conoce como recipiente más débil—, con la feminidad. Reconocedles honor, por cuanto también son coherederas del trato de favor para la vida. De lo contrario, ellas se interpondrían en vuestras oraciones.

Y que la meta de todos sea ponerse de acuerdo, sentir lo mismo, el amor fraternal, sentimientos positivos, pensar con humildad, sin devolver mal por mal ni insulto por insulto sino en todo caso, palabras positivas. Porque para esto mismo fuisteis llamados, para heredar palabras de elogio.

«Porque el que quiera amar la vida
y ver días buenos,
que detenga su lengua del mal
y su labio de pronunciar mentira;
que se incline contra el mal y haga lo bueno,
que procure la paz y la persiga.

Porque los ojos del Soberano están sobre los justos
y sus oídos están en sus plegarias;
pero el Soberano se opone frontalmente a los que hacen el mal».

¿Y quién os podrá hacer mal si os hacéis incondicionales del bien?

Al contrario, cuando os toque sufrir por la justicia, os felicito. «No seáis devotos de lo que ellos tienen devoción, ni os asustéis. Y el Soberano —el Ungido— os consagrará» en vuestras mentes, siempre preparados con una respuesta para toda explicación que os puedan exigir acerca de vuestra esperanza. Pero que sea con sencillez y devoción, con la conciencia limpia, para que cuando se hable mal de vosotros, queden en evidencia los que ponen en duda vuestra buena conducta en Ungido. Desde luego es mucho mejor sufrir por hacer el bien, si es lo que Dios quiere, que por hacer el mal.

Porque Ungido también sufrió una vez
por los que vivían en el error,
el justo por los injustos,
para guiaros hacia Dios.

En cuanto a la carne, lo mataron,
pero en cuanto al aliento, lo revivieron;
por lo cual anduvo predicando
a los que tenían atrapado el aliento.

Se trata de los que habían desobedecido en los días de Noé, cuando la paciencia de Dios esperaba a que se terminara de preparar el arca en la que unos pocos —es decir ocho vidas— sobrevivieron el agua. Ese fue un anticipo del baño que ahora os rescata, no por quitar tierra de la piel sino por apelar a Dios con la conciencia limpia, gracias a la resurrección de Jesús Ungido. Él se encuentra ahora a la mano derecha de Dios, habiendo alcanzado el cielo, donde le acatan los mensajeros y las autoridades y los poderes.

Por consiguiente, puesto que Ungido padeció en la carne, equipaos también vosotros para ese mismo propósito. Porque el que padeció en la carne ha puesto fin al error, para que ya nunca más sigáis aspiraciones humanas, sino la voluntad de Dios, en el tiempo que os quede vivir en la carne. Porque ya está bien de perder el tiempo con el capricho de los extranjeros cuyo resultado es comportarse con desenfreno, voluptuosidad, borracheras, juergas, botellones y adoración ilícita de ídolos. Por lo cual se extrañan de que ya no corráis con ellos en el mismo desenfreno vicioso y os increpan. Pero ya tendrán que responder ante quien está preparado para distinguir entre los que viven y los que están muertos. Con ese mismo fin se anunció la buena nueva a los que están muertos, para que sean condenados según la carne humana, pero se salven en aliento según Dios.

El fin de todas las cosas se acerca. Sed, por tanto, prudentes y juiciosos para la oración. Ante todo, tened un fuerte cariño entre vosotros, por cuanto «el amor perdona una multitud de ofensas». Sed hospitalarios entre vosotros sin rechistar. Que cada uno entre vosotros sirva a los demás según su capacidad, llevando a la práctica debidamente la diversidad de formas que tiene el trato de favor de Dios. Si se trata de hablar, como oráculo de Dios; si se trata de prestar un servicio, como una fuerza que viene de Dios. Para que así, en cualquiera de los casos, resplandezca Dios por medio de Jesús Ungido. ¡A él el resplandor y la supremacía por toda la eternidad, amén!

Queridos, no os extrañe que se produce entre vosotros una prueba de fuego, como si os estuviera pasando algo raro. Al contrario, en la medida que participáis de los sufrimientos de Ungido debéis reíros, por cuanto también os reiréis a carcajada limpia cuando se haga visible su resplandor. Si se os insulta con el nombre de Ungido os felicito, por cuanto «Se ha posado sobre vosotros el aliento de Dios» y del resplandor. Que ninguno de vosotros sufra por homicida o por ladrón o malhechor o entrometido. Pero si es por «cristiano», que no le parezca una vergüenza sino todo un brillo para Dios ser tratado con ese nombre.

Porque es hora de que empiece el juicio por la casa de Dios. Y si empieza por nosotros, ¿qué será de los que desobedecen el anuncio de la buena nueva de Dios? Además: «Si el justo a duras penas se salva, ¿cómo pinta para el ateo y el equivocado?» Por consiguiente los que sufren —si es lo que Dios quiere— que presenten sus vidas llenas de buenas obras ante el fiel Creador.

Entonces invito a los que son ancianos entre vosotros, yo que también estoy viejo y soy testigo de los padecimientos del Ungido, compañero también del resplandor que está por dejarse ver: Atended al rebaño de Dios que hay entre vosotros, vigilando no como por obligación sino voluntariosamente para Dios. Sin pretender ningún provecho propio sino por puro entusiasmo. Tampoco como quien manda a esclavos sino actuando como ejemplo del rebaño. Y cuando aparezca el jefe de los pastores, recibiréis la corona de resplandor que jamás desluce.

De igual manera, los que sois jóvenes obedeced a los ancianos.

Aunque todos debéis comportaros con consideración mutua, porque Dios «se opone a los engreídos, pero da un trato preferencial a los humildes». Sed humildes, entonces, bajo la mano de mando de Dios, para que con el paso del tiempo él os levante.

Dejadle a Dios cualquiera preocupación, porque él se está ocupando de vosotros. Sed comedidos, estad siempre atentos. Vuestro enemigo, el acusador, anda rondando «como león que ruge», por si acaso hay alguien que se pueda merendar. Resistidle con confianza robusta, sabiendo que vuestros hermanos y hermanas a lo ancho del mundo tienen que soportar lo mismo. Pero el Dios de todo trato favorable, que os ha invitado a su resplandor eterno en Mesías Jesús, después de que hayáis padecido un rato, él mismo os restaurará. Os sostendrá. Os hará fuertes. Os cimentará. ¡A él la soberanía eterna, amén!

—Por medio de Silvano, que considero ser vuestro hermano fiel, he escrito con estas pocas palabras para reconfortaros y dar fe de que este trato de favor de Dios en el que os encontráis, es auténtico. Os saludan los demás escogidos que están en Babilonia y Marcos mi hijo. Saludaos unos a otros con un beso cariñoso. Paz a vosotros, todos los que estáis en Mesías.

A continuación se puede ver lo que destaca en mi mente al realizar este ejercicio de releer 1 Pedro ahora, una vez más, con la intención de descubrir cómo entiende el autor la naturaleza de la Iglesia. Procurando cumplir con mi promesa de abreviar estos comentarios, a la vista de la

extensión extraordinaria de las lecturas bíblicas en este capítulo, me limito a dos puntos:

- Desde luego, en esta carta la persona de Cristo está mucho más expresamente presente, de principio a fin, que en Santiago. La expresión «Jesucristo» aparece once veces y «Cristo», otras nueve. Es curioso observar que Pedro utiliza el título «Ungido» o »Mesías» —*Cristo*— como si fuese el nombre (o parte del nombre) de la persona en cuestión y jamás emplea así lo que había sido su nombre: *Jesús*, a secas. (La *unción* del *ungido* era desde siempre el rito por el que la persona quedaba formalmente designada ante Dios y el pueblo para ejercer como sacerdote o como rey, según el caso.) El resultado es el de un franco y declarado *mesianismo*, donde la insistencia en que Jesús fue, efectivamente, el Mesías o Ungido profetizado desde la antigüedad para salvación de los judíos, resulta el dato más destacado de todo lo que se puede decir sobre Jesús. Tan destacado, en efecto, que acaba por desplazar el propio nombre de Jesús como manera de referirse a él. En griego suena igual de extraño como si en castellano pusiéramos, por ejemplo, en 1,1: «Pedro, emisario de Jesús Ungido, a los escogidos…» o en 2,21: «Porque para esto fuisteis elegidos, ya que Ungido también padeció por vosotros…»

> *Los destinatarios de esta carta se identifican con el pueblo judío escogido de Dios y aceptan a Jesús como el Ungido. Han adoptado, además, una jerga muy suya.*

El resultado suena tan chocante al oído, que tiene toda la apariencia de ser parte de la jerga de un grupo de «iniciados» o sectarios comprometidos, que entre ellos se entienden perfectamente, pero que siempre que quieran comunicar sus ideas a extraños, van a tener que explicar de qué están hablando.

Ahora bien, con todo, esta carta de Pedro también está saturada de referencias a la historia de Israel y a los escritos sagrados de los

judíos. En algunos casos, como 3,10-12, tenemos una cita directa de uno de aquellos escritos (el Salmo 34). Muchas más son las referencias oblicuas, palabras y expresiones que casi parecería que se entienden solas, pero que están llenas de significación especial para quienes conocen la Biblia hebrea (nuestro Antiguo Testamento). Tal el caso, por ejemplo de 2,9: «Mas vosotros sois una raza escogida, sacerdocio de la realeza, gente santa, pueblo poseído [por Dios], de modo que anunciéis la nueva de las excelencias de aquel que os llamó de las sombras a su luz admirable»[1] —con referencias más o menos claras a Dt 10,15; Is 43,20; 61,6; 66,21; Ex 19,6; 23,22 (versión griega); Is 43,21; Dt 7,6; Ex 19,5; Dt 4,20; 14,2; Ml 3,17; Is 9,2; 42,12.16. Pero sería absurdo imaginar que Pedro realmente tenía todas estas citas en mente al escribir. Lo que seguramente pasaba es que de tan conocedor de las Escrituras judías, su manera de expresarse reproducía habitualmente frases y expresiones típicas, probablemente sin él darse del todo cuenta de ello.

Y no es inverosímil imaginar que otro tanto sucedía con sus lectores, que pillarían perfectamente la sobrecarga de significado que llevaban estos términos.

Dicho lo cual, estamos en disposición de afirmar que «la Iglesia» —en el sentido de los destinatarios de esta carta— serían **(1)** personas judías o por lo menos hondamente instruidos en los escritos sagrados de los judíos; **(2)** que se sabían especialmente escogidos en continuidad y sintonía con el antiquísimo llamamiento de Dios a los descendientes de Abraham, Isaac y Jacob; ahora **(3)** esparcidos por la región más oriental (incluso fronteriza) del Imperio Romano (1 Pe 1,1); y **(4)** que tenían tan asumida la identidad de Jesús como el Mesías anunciado desde antaño para salvación de los judíos, que ahora utilizaban ese título, *Cristo*, como si fuese el propio nombre de Jesús. Dentro de la población general donde vivían, entonces y por todos estos motivos, **(5)** habrían destacado por el empleo de una jerga propia que hubieran tenido que explicar a cualquier extraño que se quisiese integrar al grupo.

- No es posible separar el mensaje de la carta, de lo que Pedro entendía que era esencial para la propia identidad de este grupo «sectario» de judíos mesiánicos. Si hay un rasgo —a la vez una conducta— a destacar como la esencia de lo que significa pertenecer

[1] Como siempre, he preferido hacer mi traducción propia; en este caso, del griego. Compara el resultado con tu versión preferida de la Biblia.

a este grupo, tiene que ser el concepto de no devolver mal por mal sino aguantar la carga entera de sufrimientos injustos y padecimientos de opresión y explotación, en imitación de lo que aguantó sin rechistar el propio Cristo. No se trata de la exaltación del sufrimiento como cosa virtuosa o deseable en sí, sino de la negación absoluta a poner en entredicho su seguimiento de Jesús, según un antiguo himno cristiano que parece citar aquí Pedro (2,21-25):

Porque para esto fuisteis elegidos,
ya que Cristo también padeció por vosotros,
dejándoos ejemplo
para que sigáis sus pisadas…

…el cual no se desvió de lo estipulado por Dios
ni de lo que él mismo había predicado:
Cuando lo insultaron no respondió con insultos;
por mucho que padeciera, no amenazaba
sino que se encomendó a Aquel que juzga rectamente.

…el cual cargó él mismo con nuestras desviaciones
en su cuerpo sobre la madera,
para que nos apartásemos de las desviaciones
y viviésemos en justicia.

…el cual por sus heridas fuisteis sanados,
porque os habíais apartado tozudamente como ovejas,
pero ahora habéis vuelto al fin donde el pastor
y protector de vuestras almas.

Pedro parece querer mantener en pie dos ideas que no tienen por qué ser contradictorias. El padecimiento de Jesús cuando murió en la cruz fue especial y tiene una virtud que nos comunica a sus seguidores. Pero es, a la vez, el modelo de cómo la Nueva Humanidad, creada mediante el seguimiento de Jesús, ha de comportarse frente a la oposición, la opresión, la crueldad y la injusticia de nuestros semejantes. De hecho, una cosa no es posible sin la otra; son dos caras de una misma moneda. Si nosotros nos desviamos del camino trazado (la traducción más habitual de esta idea es el verbo «pecar» y el sustantivo «pecado»), ya no estamos siguiendo ni la prédica ni el ejemplo de Jesús: ¡Seguiríamos tan perdidos como cualquier oveja que se ha apartado de su pastor y protector!

Pero no estamos hablando de cualquier «pecado» en general, sino de la tendencia humana a devolver mal por mal, responder a las

palizas con amenazas. Responder a la violencia injusta con todo el peso de «la fuerza justificada». Pero la fuerza humana nunca puede ejecutar la justicia de Aquel que juzga rectamente. Ese tipo de respuesta nunca dejará de ser la respuesta inadecuada y violenta de quien no confía en la capacidad y buena voluntad del «pastor y protector» de nuestras almas.

No se trata, entonces, de una resignación pasiva, sino de una enérgica resistencia al mal, que se manifiesta especialmente maligno y retorcido en que pareciera tan soberanamente justo —como reacción equilibrada y compensada contra el mal sufrido.

Pedro tiene claro que esta decisión de seguir las mismísimas pisadas de Jesús, generará una reacción espantosamente violenta y cruel de parte del mundo. Y no es porque los cristianos provoquen a posta esa reacción. Al contrario, Pedro instruye extremar las expresiones de respeto y aceptación de la autoridad. El problema es que los que mantienen el orden de la sociedad no pueden admitir la objeción de conciencia contra sus conductas, que ellos han adoptado porque entienden que son necesarias para que la humanidad no caiga en un caos. Ningún sistema esclavista, por ejemplo, puede admitir la objeción de conciencia sobre ningún tema en absoluto, por parte de los esclavos. Admitir que los esclavos puedan tener una conciencia que haya que respetar, sellaría el final de la institución de la esclavitud. Las esposas también padecerán, puesto que ningún régimen machista puede tolerar tamaña independencia de criterios morales en las mujeres.

Pedro tiene claro que esta decisión de seguir las mismísimas pisadas de Jesús, generará una reacción espantosamente violenta y cruel de parte del mundo. Y no es porque los cristianos provoquen a posta esa reacción.

Pero en la medida que este grupo «sectario» sepa aguantar la tormenta sin desviarse de la conducta ejemplar de Cristo, Pedro confía que algunos de los «gentiles», que ahora no se enteran de nada, empezarán a ver y entender. El testimonio de esta imitación del padecimiento agresivamente no violento de Cristo, será entonces, a estos efectos, la anunciada «revelación de Jesucristo» (1,13).

La naturaleza de la Iglesia sería, entonces, ser aquel grupo minoritario en la sociedad humana, que mantiene siempre presente una resistencia agresivamente no violenta contra el mal, que sólo puede ser eficaz en la medida que se niegan a devolver mal por mal. Es lo que hizo Jesús. Es lo que hace la Iglesia para que el testimonio de Jesús jamás desaparezca de la tierra, sino que siga ejerciendo sus efectos revolucionarios en cada generación de la humanidad posterior a Cristo.

La iglesia adopta una resistencia agresivamente no violenta contra el mal, que sólo puede ser eficaz en la medida que se niega a devolver mal por mal.

TEMA 3. 1 TESALONICENSES

Llegamos así por fin a Pablo. Bueno, a tenor del saludo inicial de esta carta, los autores son tres: Pablo, Silvano y Timoteo. La carta en ningún momento pierde de vista esa pluralidad de sus autores (salvo alguna excepción puntual, como 2,18 o 3,1-6)), lo cual demuestra que conversaron y acordaron entre los tres qué es lo que había que escribir.

Al leer el texto a continuación, la pregunta que tenemos en mente sigue siendo siempre la misma: ¿Qué nos indica esta carta acerca de la naturaleza, el propósito y las formas de ser y actuar de la Iglesia?

Pablo y Silvano y Timoteo a la asamblea de los tesalonicenses en el Dios Padre y en el Soberano Jesús Mesías. Un trato preferencial a vosotros y paz.

Damos gracias a Dios siempre en todo lo que tiene que ver con vosotros. En nuestras oraciones nos acordamos de vuestra obra de fidelidad y de las labores de cariño y del aguante de la esperanza de nuestro Soberano Jesús Mesías delante de nuestro Dios y Padre. Conocemos, hermanos, queridos de Dios, vuestra elección. Porque nuestro anuncio de la buena nueva no apareció entre vosotros solamente con palabra, sino también con poder y con aliento sagrado y con mucha efectividad. Vosotros sabéis bien cómo aparecimos entre vosotros, gracias a vosotros.

Y os convertisteis en imitadores de nosotros y del Soberano, recibiendo la palabra en circunstancias muy difíciles, con alegría del aliento sagrado. Tal es así, que fuisteis un ejemplo para todos los que son fieles en Macedonia y en Acaya. Porque a partir de vosotros se proclamó la palabra del Soberano no solamente en Macedonia y Acaya, sino también en todo lugar. Vuestra fidelidad para con Dios se ha difundido tanto que no hace falta que nosotros digamos nada. Porque ellos mismos cuentan acerca de nuestro anuncio, cuál fue la recepción que recibimos por parte vuestra y cómo girasteis hacia Dios, abandonando los ídolos para servir al Dios viviente y verdadero y para aguardar a su Hijo desde los cielos. A Jesús, resucitado de entre los muertos, el que nos rescata del miedo al futuro.

Porque vosotros mismos conocéis, hermanos y hermanas, nuestra forma de entrar entre vosotros, que no aparecimos de vacío. Al contrario, habiendo sufrido abusos y humillaciones en Filipo —como sabéis bien— nos decidimos abiertamente en Dios, a contaros la buena noticia de Dios a pesar de enorme oposición. Porque nuestra invitación no surgió del error ni de motivaciones turbias ni por engaño. Al contrario, conforme Dios iba aprobando lo que hacíamos, fuimos fieles a la buena noticia. De manera que es así como os hablamos ahora, no como quien quiere congraciarse con la gente sino con Dios. Es él el que juzga nuestras intenciones. Por consiguiente, tampoco nunca nos insinuamos con intimaciones lisonjeras —como sabéis bien— ni prometiéndoos grandes ganancias —Dios es nuestro testigo. Ni tampoco buscando brillar entre la gente; no lo pretendíamos de vosotros ni de nadie. Podríamos haberos sido una carga en tanto que emisarios de Ungido. Sin embargo preferimos aparecer entre vosotros con infantilismo, como una nodriza que se muestra especialmente tierna con sus propios hijos.

Tanto os deseábamos que nos parecía bien daros no sólo el anuncio de la buena nueva de Dios sino hasta la mismísima vida, porque nos llegasteis a ser muy queridos.

Recordad, entonces, hermanas y hermanos, nuestros esfuerzos y fatigas. Trabajábamos de noche y de día con tal de no seros a nadie una carga al predicar entre vosotros la buena nueva de Dios. Vosotros sois testigos —y también lo es Dios— de lo pulcra, correcta e intachablemente que nos comportamos entre vosotros, los fieles. Así como también sabéis de qué manera os tratamos individualmente, como un padre a sus propios hijos. Os invitamos y aconsejamos y testificamos para que anduvierais como es digno de Dios, quien os llamaba a participar de su propio reinado y resplandor.

Y por todo esto también damos gracias a Dios sin parar. Porque al recibir la palabra que oísteis de nosotros de parte de Dios, la aceptasteis como si no fuesen razonamientos humanos sino auténticamente divinos, capaces de hacer efecto directo en vosotros, los fieles.

Y es que vosotros, hermanos y hermanas, os hicisteis imitadores de las asambleas de Dios en Ungido Jesús que hay en Judea, por cuanto las mismas cosas padecéis también vosotros por parte de vuestros compatriotas, que ellos por parte de los suyos. Mataron al Soberano Jesús y a los portavoces divinos y a nosotros nos han perseguido. Ofenden a Dios y se oponen a los hombres. Nos prohíben hablar a las naciones para que se salven, con el interés permanente de que éstas se confirmen en el error —pero al final esta revolución se les ha anticipado.

Y nosotros, hermanas y hermanos, aunque nos hemos ausentado de vosotros por algún tiempo —en cuanto a las caras, no el pensamiento— tanto más nos esforzamos por veros las caras, con muchas ganas. Por eso quisimos ir a veros —yo, Pablo, una y otra vez— pero Satanás se nos interpuso. Porque, ¿cuál sería nuestra esperanza o alegría o corona de la que presumir —si no fuera por vosotros— delante de nuestro Soberano Jesús, en su mismísima presencia? Porque sois vosotros nuestro resplandor y nuestra alegría.

Por consiguiente, incapaces de seguir soportándolo, nos ha parecido bien quedarnos dos solos en Atenas y mandaros a Timoteo, hermano nuestro y colaborador de Dios en el anuncio de la buena nueva del Ungido, para que os reconfirme y anime en cuanto a vuestra fidelidad. No sea que haya alguno que se congratule, en estas dificultades, por cuanto —bien lo sabéis— a eso mismo estamos expuestos. Y por cierto, cuando todavía estábamos con vosotros ya os decíamos que llegarían

dificultades, como en efecto ha sucedido y ya sabéis. Por esto mismo yo también, incapaz de seguir soportándolo, mandé averiguar acerca de vuestra fidelidad, por si acaso os hubiera puesto a prueba el que a eso se dedica, y que todo nuestro esfuerzo haya sido en balde.

Pero ahora acaba de volver Timoteo de estar con vosotros y nos da la buena nueva de vuestra fidelidad y afecto. Y nos cuenta que siempre conserváis un buen recuerdo de nosotros, que queréis vernos tanto como nosotros a vosotros. Por eso nos hemos consolado, hermanas y hermanos, con respecto a vosotros, a pesar de todas nuestras penas y dificultades, gracias a que os mantenéis fieles. Ahora sí que seguimos vivos, por cuanto sois constantes en el Soberano.

En vista de lo cual, ¿cómo seríamos capaces de agradecer a Dios por vosotros, siendo tanta la alegría con que nos alegramos delante de nuestro Dios a causa vuestra? De noche y de día insistimos más que nunca en el ruego de poder volver a veros y ajustar las carencias de vuestra fidelidad. Pero que él mismo, nuestro Dios y Padre y nuestro Soberano Jesús, nos enderece el camino a vosotros. Entre tanto, que el Soberano os amplifique y desborde en cariño unos por otros y con todos —como nos pasa a nosotros con vosotros. Y que así haga constantes vuestras mentes, satisfechas en consagración delante de nuestro Dios y Padre, cuando se presente nuestro Soberano Jesús con todos sus consagrados, amén.

Por lo demás entonces, hermanos y hermanas, os rogamos e invitamos en el Soberano Jesús, que así como aceptasteis de nosotros cómo es necesario conducirse y agradar a Dios, que así también os conduzcáis —para ir siempre a más. Que ya sabéis cuál fue la consigna que os dimos por medio del Soberano Jesús. Por cuanto ésta es la voluntad de Dios: vuestra consagración, guardaros de falsos dioses[2]*, saber cada uno de vosotros hacerse con su propio recipiente con consagración y honor, no excederse ni exagerar en la forma de actuar su hermano. Tened presente que el Soberano hará justicia en todos*

[2] El término aquí es «prostitución». Sin embargo en el Antiguo Testamento, con el que los autores del Nuevo se muestran siempre muy familiarizados, el término se emplea muy típicamente para describir el culto a dioses extraños. A mí me parece que el tema de este párrafo parecería ser algún desacuerdo —que hoy desconocemos— sobre prácticas religiosas entre los tesalonicenses, y no la conducta sexual como elemento destacado del evangelio. (Aunque desde luego, si algún hermano estaba frecuentando prostíbulos o se estaba lucrando con el tráfico sexual de sus esclavas, esto podría en sí haber sido un motivo de discordia en la comunidad cristiana.)

estos temas, como ya os lo dijimos y protestamos públicamente. En cualquier caso, Dios no nos llamó a la roña sino a consagrarnos. Así que el que se desentiende, no se desentiende de humanos sino de Dios —que nos está concediendo su aliento sagrado.

En cuanto al cariño fraternal no necesitáis que os escribamos, porque vosotros mismos ya estáis instruidos en ello por Dios y os queréis unos a otros. De hecho, lo ponéis en práctica con todos los hermanos y las hermanas a lo largo y ancho de Macedonia. Sólo podemos invitaros a seguir yendo a más. Y también que ambicionéis quedaros tranquilos y dedicarse cada uno a sus propios asuntos y trabajar con sus propias manos, como ya os hemos recomendado. Así vuestra conducta dará buena impresión a los de afuera y a la vez os libraréis de pasar estrecheces.

Hermanas y hermanos, no queremos que ignoréis acerca de los que han pasado al sueño. No lo sufráis como los demás, que carecen de esperanza, ya que estamos convencidos de que Jesús murió y se levantó. Así también hará Dios con los que han pasado al sueño. Gracias a Jesús, él los guiará consigo mismo. Por consiguiente, os decimos con palabra del Soberano: Nosotros los que quedemos vivos cuando aparezca el Soberano, ninguna ventaja tendremos con respecto a los que han pasado al sueño. Porque el Soberano mismo dará órdenes con el estruendo de emisario superior y con trompetazo de Dios. Él bajará desde el cielo. Entonces, primero se levantarán los muertos en Ungido. Y a continuación nosotros, los que quedamos vivos, seremos sostenidos entre las nubes a la misma vez que ellos, para dar la bienvenida al Soberano en el aire. Y de esta manera siempre estaremos con el Soberano. Así que animaos unos a otros con estas palabras.

Ahora en cuanto a las eras y momentos, hermanos y hermanas, no tenéis ninguna necesidad de que se os escriba, por cuanto vosotros ya sabéis de sobra que el día del Soberano se presenta igual que un ladrón en la noche. Por eso cuando vayan a decir: «¡Paz y seguridad!», entonces de repente se les presenta la ruina —como las contracciones de una parturienta— y les resultaría imposible escapar. Pero vosotros, hermanas y hermanos, no estáis a oscuras. A vosotros el día no os iría a pillar como a un ladrón nocturno. Porque vosotros sois todos luminosos y diurnos. No somos de la noche ni de la oscuridad.

Así que no nos durmamos como los demás sino mantengámonos atentos y prudentes. Porque los que duermen, duermen por la noche; y los borrachos beben de noche. Pero nosotros, al ser diurnos, somos prudentes para ponernos el chaleco antibalas de la fidelidad y el cariño,

y el casco de la esperanza de protección. Porque Dios no nos ha puesto para «movidas» sino para que andemos protegidos gracias a nuestro Soberano Jesús Ungido. Él murió por nosotros para que, bien sea que estemos atentos o dormidos, vivamos juntamente con él.

Entonces, animaos unos a otros y construid sobre una misma base —lo cual ya hacéis.

Pero os pedimos, hermanas y hermanos, reconocer a los que se esfuerzan entre vosotros y están al frente vuestro en el Soberano y os orientan; y tenerles la máxima consideración en cariño, por su labor.

Que haya paz entre vosotros. Os aconsejamos, hermanos y hermanas, que advirtáis a los poco comprometidos, que animéis a los apocados, que sostengáis a los débiles, que tengáis paciencia con todos. Atención, no sea que alguno devuelva mal por mal. Al contrario, perseguid siempre el bien, tanto entre vosotros como con todos.

Pasadlo siempre bien, orad constantemente, sed agradecidos en toda circunstancia —por cuanto esto es lo que os desea Dios en Ungido Jesús.

No apaguéis la llama del aliento.

En absoluto menospreciéis los oráculos divinos, aunque es menester examinarlo todo para quedarse con lo bueno.

Alejaos de todo lo que parece ser maldad.

Pero que el propio Dios de la paz os consagre íntegramente; y que vuestro aliento y vida y cuerpo enteros se conserven contentos en medio de la presentación de nuestro Soberano Jesús Ungido. Es fiel el que os ha llamado, y esto mismo hará.

Orad por nosotros, queridos.

Saludad a todos los hermanos y a todas las hermanas con un beso sagrado.

Os conjuro por el Soberano, a que se lea esta carta ante todos los hermanos y todas las hermanas.

¡Con vosotros el trato de favor de nuestro Soberano Jesús Ungido!

A tus observaciones sobre la naturaleza de la iglesia según se ve en esta carta, añadiría yo ahora estos tres temas, a saber: la identidad de los lectores como iglesia en Tesalónica; el lugar de la iglesia como comunidad que espera la «venida» (o «presencia») del Señor Jesús; y la iglesia como comunidad donde hay que cumplir determinadas normas de conducta.

- **Identidad.** En los años desde que se escribieron las cartas de Santiago y 1 Pedro, la iglesia ha sufrido una transformación importante. La comunidad receptora de la carta ya no se identifica como «las doce tribus [de Israel] en la diáspora» (Stg 1,1), ni siquiera como «los exiliados de la dispersión» (1 Pd 1,1) que bien podían seguir siendo mayoritariamente judíos (aunque «sectarios», por su convencimiento de que Jesús es el Ungido esperado por Israel). Ahora, en la ciudad griega de Tesalónica, la referencia al abandono de la idolatría (1,9) para servir al Dios vivo y verdadero, indica que la gran mayoría de la comunidad no procede del judaísmo sino del mundo pagano.

La Iglesia soporta oposición, incomprensión y violencia en todas partes; pero típicamente la mayor intolerancia viene de la propia etnia de uno: los judíos se oponen a los cristianos judíos, los griegos se oponen a los cristianos griegos.

La oposición que experimentan los tesalonicenses no es por parte de los judíos sino de los gentiles. Son los paganos los que persiguen a los *cristianos gentiles* (no judíos). (Bien es cierto que, según 2,14-16, los judíos se opusieron a Jesús y siguen oponiéndose a los que, siendo judíos, insisten que Jesús es el Mesías; y se han opuesto al ministerio a los gentiles que están desarrollando Pablo, Silvano y Timoteo.) Sin embargo, a pesar de la oposición sufrida, el ejemplo de la firmeza de los tesalonicenses está sirviendo de inspiración para las pequeñas comunidades cristianas que están empezando a surgir en toda Grecia («en Macedonia y Acaya»). De hecho, en esta carta vemos que en muy poco tiempo la comunidad cristiana de Tesalónica ha pasado de *recibir* la palabra, a *difundirla.*

Resumiendo: **(1)** La iglesia ha sido capaz de saltar de una etnia (la judía) a otra (la griega). Esta capacidad de saltar de un grupo étnico a

otro (etnias que se diferencian por su idioma, religión, tradiciones, terruño de origen) ha vuelto a ser una de las características más destacadas del cristianismo en los últimos siglos. (Después de haberse quedado estancado en Europa durante casi un milenio, la expansión del cristianismo a todos los pueblos de la tierra ha sido fulgurante.) La iglesia de Tesalónica es «típica» en este sentido: es a la vez objeto de la misión cristiana (por obra de Pablo, Silvano y Timoteo) y *misionera* (divulgando su fe a otras partes). **(2)** La Iglesia soporta oposición, incomprensión y violencia en todas partes; pero típicamente la mayor intolerancia viene de la propia etnia de uno: los judíos se oponen a los cristianos judíos, los griegos se oponen a los cristianos griegos. La iglesia llega a todos, pero cambia las lealtades fundamentales de los que se integran en ella. Los que resisten sin aceptar el evangelio se sienten traicionados. Intuyen que las viejas creencias y fórmulas que han dado estabilidad a su mundo durante generaciones, se tambalean; y luchan violentamente por mantenerlas en pie.

- **La venida del Señor.** Los autores desean renovar a la comunidad una viva esperanza en un evento al que se refieren diversamente como «la venida de nuestro Señor Jesucristo» (2,19; 3,13; [4,15]; 5,23), «el día del Señor» (5,2) o «esperar de los cielos a su hijo [de Dios]». Es un evento que en sí no parece necesitar explicación, aunque en algunos de sus particulares los tesalonicenses no parecían estar muy informados. Concretamente, han encajado con sorpresa y desazón la muerte de algunos de los hermanos o hermanas de la comunidad puesto que, por lo visto, sólo podían concebir del disfrute real de esa venida de Jesús, en esta vida presente. Imaginaban, por tanto, que los que ya han fallecido se lo tenían forzosamente que haber perdido. Sin embargo los autores no explican el porqué ni la necesidad del hecho en sí, de esa esperanza en la llegada del día del Señor. Parece ser una idea que todos —tanto los autores como los lectores— ya tienen en común desde antes de la carta. Seguramente fue parte del mensaje que los apóstoles les predicaron desde el principio.

Reconstruir qué pudo ser exactamente esa «venida» o «presencia» anhelada, sin embargo, sería harto difícil a partir de solamente 1 Tesalonicenses. Si leyésemos a continuación 2 Tesalonicenses, veríamos que a la postre nuestros tres autores se sintieron obligados a seguir dando más explicaciones. Quizá en estas cartas los hemos pillado (a ellos y a las primeras iglesias en general) en plena etapa de evolución de las ideas, rectificando equívocos y

elaborando explicaciones sobre la marcha, plenamente convencidos de esa «presencia» futura de Jesucristo, pero todavía recibiendo revelación divina sobre qué es exactamente lo que están esperando. En los evangelios, escritos unos años más tarde, vemos un panorama parecido. Jesús ya ha venido, naturalmente, puesto que sobre eso versan los evangelios. Sin embargo Jesús mismo promete una llegada posterior del «hijo del hombre», la culminación de todas las esperanzas de la humanidad aunque también, igual que aquí en 1 Tesalonicenses, ocasión de «juicio» para los que siguen en las tinieblas. El peligro (1 Tes 5,2.4) es que en lugar de ser una ocasión de alegría, ese evento esperado resulte ser como un ladrón en la noche, que viene a arrebatarnos lo que habíamos conseguido poseer. Si es así, todos nuestros esfuerzos, trabajos y desvelos resultarán haber sido en vano y nos quedaremos con las manos vacías.

Sin embargo está claro que para Pablo, Silvano y Timoteo, así como para la comunidad cristiana en Tesalónica, ese evento esperado en un futuro que se entiende extremadamente próximo en el tiempo, será el día de su reivindicación como personas y como comunidades cristianas. Entonces se pondrá de manifiesto que todo lo que ahora sufren merece la pena. La iglesia es, entonces, la comunidad de hermanas y hermanos que se sienten sostenidos en sus pruebas y luchas presentes, por la esperanza viva de que Dios intervendrá activamente para recompensar sus sufrimientos presentes, una recompensa que incluye en sus beneficios a los muertos que han muerto «en Cristo». En Jesús, Dios ya ha puesto en marcha su proyecto final para la redención de la humanidad. La Nueva Humanidad todavía no acaba de salir a la luz, pero los dolores de parto ya han empezado.

La impresión que nos llevamos es que si hubiera que renunciar a esa esperanza, ni los autores de la carta ni sus lectores podrían concebir que tuviera sentido la Iglesia. Y sospecho que para nosotros también, si perdemos el norte, si ya no nos inunda la sensación de estar al filo de la irrupción de la Nueva Humanidad transformada por obra de Dios Padre en su Hijo Jesús y el derramamiento de su Espíritu, la Iglesia no puede más que derivar en el montaje engañoso y narcótico típico de todas las religiones desde siempre. Religiones que sostienen el *statu quo* para los poderosos, garantizando que todo siga igual, ordenada y armoniosamente, aunque ese orden y esa armonía se consigan a fuerza de que la mayoría de la gente viva en la miseria, la guerra y la desesperanza.

La iglesia es la comunidad de hermanas y hermanos que se sienten sostenidos en sus pruebas y luchas presentes, por la esperanza de que Dios les dará una recompensa que incluye, en sus beneficios, a los muertos que han muerto "en Cristo".

- **Normas de conducta.** Las consecuencias de esa esperanza no son que, refugiándose cada vez más en un conocimiento esotérico sobre un futuro más allá de esta vida, la iglesia se dedique a especulaciones milenialistas sobre el fin del mundo. Todo lo contrario. La comunidad vivificada por esa esperanza se dedica a conducirse en esta vida presente con todo el rigor de quienes se entienden ser un anticipo de la realidad futura esperada.

  Si en el futuro anhelado ya nadie devolverá mal por mal sino que el mal desaparecerá de la tierra, «Vigilad, no sea que alguien devuelva mal por mal. Al contrario, buscad siempre el bien mutuo y el de todos» (5,15).

  Si la meta es la «santificación» —es decir, la dedicación entera a Dios — «cada cual ha de saber adquirir dominio sobre su propio cuerpo», apartándose cada uno de la inmoralidad sexual, que sólo es propia de los que no conocen a Dios (4,3-5). Ahora. Ya. Sin esperar a que primero llegue el anhelado «día del Señor».

  Para garantizar estas conductas dignas del nuevo mundo esperado, Pablo, Silvano y Timoteo constituyen a toda la comunidad como protectores mutuos ante la tentación: «Os animamos, hermanos y hermanas, a que llaméis a orden a los indisciplinados, infundáis ánimo a los apocados, sostengáis a los débiles y seáis benévolos con todos» (5,14). Es «disciplina», sí, pero una disciplina mutua, de igual a igual, que es expresión de un hondo amor fraternal, donde «la unión hace la fuerza» contra las tretas de Satanás. Disciplina, sin embargo, que por eso mismo es eficaz para producir

conductas dignas de la Nueva Humanidad cuya revelación final está al filo de producirse.

TEMA 4. 1 JUAN

No vamos a entrar aquí a investigar por qué esta carta se llama así, cuando el nombre de Juan no aparece por ninguna parte en ella. De momento podemos tomar nota de que no sólo es anónima sino que tampoco hay ningún tipo de encabezamiento que nos diga a quién estaba escrita. Como en todo este capítulo, nuestra lectura de esta carta tendrá siempre presente descubrir qué ideas tiene el autor acerca de la naturaleza y función de la iglesia; y en igual medida, qué podemos aprender de ella para la constitución de nuestras iglesias hoy día.

Lo que existió al principio. Lo que oímos. Lo que vimos con nuestros propios ojos. Lo que observamos y que tocamos con nuestras manos acerca de la palabra de la vida. Y la vida se mostró y la vimos. Y damos fe y os anunciamos la vida de los tiempos, que existió con el Padre y se nos mostró. Lo que vimos y oímos os anunciamos también a vosotros, para que vosotros también tengáis unión con nosotros. Y nuestra unión es también con el Padre y con su hijo Jesús Ungido. Y os escribimos estas cosas para colmaros de alegría.

Éste es, entonces, el anuncio que oímos de él y os anunciamos: que Dios es luz y en él no hay nada de oscuridad.

Si decimos tener unidad con él mientras que andamos a oscuras, mentimos y no hacemos la verdad. Pero si andamos en la luz, tenemos unión entre nosotros y la sangre de Jesús su hijo nos limpia de todo error.

Si decimos que no tenemos error estamos engañados y la verdad no está entre nosotros. Pero si reconocemos nuestros errores, él es fiel y justo para perdonar nuestros errores y limpiarnos de toda injusticia. Si decimos que no nos hemos equivocado, hacemos que él sea un mentiroso y su palabra no está en nosotros. Mis nenes y nenas, os escribo estas cosas para que no erréis. Y si alguien se equivoca, tenemos un abogado defensor con el Padre, Jesús Ungido Justo. Y él mismo es reparación tocante a nuestros errores —pero no sólo tocante a los nuestros sino también tocante a los de todo el mundo.

Y así es como sabemos que le hemos conocido: que conservamos sus instrucciones. Quien diga que le ha conocido y no conserva sus

instrucciones, es mentiroso y en tal persona no está la verdad. Pero en quien guarda su palabra de él, está de veras colmado el cariño de Dios. Así es como sabemos que estamos en él. Quien diga permanecer en él, más le vale andar como él mismo anduvo. Queridos, no os escribo una instrucción nueva sino, al contrario, la instrucción de siempre, la que tenéis desde el principio. La instrucción de siempre es la palabra que habéis oído.

Os escribo otra vez una instrucción nueva, que es cierta en él y también en vosotros: Que la oscuridad lleva a desviarse y que la luz certera ya está brillando. Quien diga estar en la luz y detesta a su hermano o hermana, sigue hasta ahora en la oscuridad. Quien quiere a su hermano o hermana, se ha quedado en la luz y en tal persona no hay tropiezo. Quien detesta a su hermano o hermana sigue estando en la oscuridad y anda en la oscuridad y no sabe hacia dónde está siendo desviado, por cuanto la oscuridad le ha cegado los ojos.

Os escribo, nenes y nenas, que vuestros errores han sido perdonados gracias a su nombre.

Os escribo, padres y madres, que ya habéis conocido al que existe desde el principio.

Os escribo, muchachos y muchachas, que ya habéis superado al infame.

Os he escrito, esclavos y esclavas, que ya conocéis al Padre.

Os he escrito, amos y amas, que ya habéis conocido al que existe desde el principio.

Os he escrito, muchachos y muchachas, que sois fuertes y que la palabra de Dios sigue entre vosotros y que ya habéis superado al infame.

No queráis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Cualquiera que quiere al mundo, en tal persona no está el cariño del Padre. Porque todo lo que está en el mundo, las ganas de la carne y las ganas de los ojos y la fanfarronería de los bienes materiales, no vienen del Padre sino del propio mundo. Y el mundo es pasajero, como lo son también sus ganas; pero quien haga lo que quiere Dios persistirá eternamente.

Esclavos y esclavas, ha llegado la hora final. Y si habíais oído que viene un antiungido, ahora también resulta que son muchos los antiungidos, de donde deducimos que la hora final ha llegado. Han salido de entre nosotros pero no eran de los nuestros. Al contrario, para que se les vea que no son todos de los nuestros. Y vosotros tenéis crema de untar que viene del consagrado y los conocéis todos. No os he escrito

que no conocierais la verdad. Al contrario, la conocéis; y que toda mentira es impropia de la verdad.

¿Quién es el mentiroso, otro que quien reniega que Jesús no es el Ungido? Tal persona es el antiungido, quien reniega del Padre y del Hijo. Toda persona que reniega del Hijo tampoco tiene al Padre; quien reconoce al Hijo tiene también al Padre. Que se os quede siempre lo que habéis escuchado desde el principio. Si se os queda siempre lo que habéis escuchado desde el principio, vosotros mismos os quedaréis en el Hijo y en el Padre. Y esta es la promesa que él mismo nos prometió: la vida de los tiempos.

Os he escrito estas cosas sobre los que os pretenden llevar a engaño. Y vosotros habéis recibido la crema de untar de él. Ésta se queda en vosotros y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe. Al contrario: puesto que su crema de untar os enseña sobre todas las cosas y es certera y no miente y puesto que ya os viene enseñando, sólo toca quedarse en él.

Y ahora, nenes y nenas, quedaos en él, para que si se deja ver, tengamos atrevimiento y no pasemos vergüenza de él cuando aparezca. Si habéis visto que es justo, sabed también que toda persona que obra justamente, proviene de él.

Mirad qué cariño nos ha regalado el Padre para que se nos conozca como niños de Dios —y lo somos. Por eso el mundo no nos reconoce, porque a él tampoco lo reconoció. Queridos, ya somos niños de Dios aunque por ahora es imposible ver qué es los que seremos. Sabemos que cuando él sea visible, seremos iguales que él, por cuanto le veremos tal cual es. Y todo el que tiene esta esperanza sobre él, se purifica a sí mismo así como él es puro.

Todo el que comete errores vitales también comete infracciones, y el error es la infracción. Y sabéis que él apareció para llevarse los errores vitales y que en él no existe ningún error. Toda persona que se queda en él, no comete errores vitales. Cualquiera que los cometa, ni le ha visto ni le ha reconocido.

Nenas y nenes, que nadie os engañe. El que hace justicia, justo es — así como Aquel es justo. El que está cometiendo el error vital es del calumniador, porque el calumniador viene errando desde el principio. Para esto apareció el hijo de Dios, para desanudar las obras del calumniador. Toda persona parida por Dios ya no comete un error vital, por cuanto la genética de Dios se queda en ella y es incapaz de cometer un error vital, al haberla parido Dios. En esto se muestran los niños de

Dios y los niños del calumniador: Toda persona que no actúa con justicia no es de Dios, ni tampoco la persona que no quiere a su hermano o hermana. Porque éste es el anuncio que habéis oído desde el principio para que nos queramos unos a otros. No como Caín: Era del infame y mató a su hermano. ¿Y gracias a qué lo mató? Porque sus obras eran infames pero las de su hermano justas.

Y no os maravilléis, hermanas y hermanos, de que el mundo os deteste. En cuanto a nosotros, sabemos que nos hemos cambiado de la muerte a la vida, por el hecho de que queremos a los hermanos y hermanas. El que no ama se ha quedado en la muerte. Todo el que detesta a su hermana o hermano, es un homicida. Y ya sabéis que la vida de los tiempos no se queda en ningún homicida. En esto reconocemos el cariño: Que aquel puso su vida por nosotros. Y a nosotros nos conviene poner las vidas por los hermanos y hermanas. Pero aquel que tiene medios de este mundo para vivir bien y observa que su hermana o hermano padece necesidad pero cierra contra él sus sentimientos, ¿cómo va a quedarse en tal persona el cariño de Dios? ¡Hermanas y hermanos! ¡El querer no es cosa de palabras y labia sino de hechos y verdad!

Y en esto se nos conocerá que somos de la verdad y delante de él tendremos bien convencida la mente: Que aunque nuestra mente se nos embota, mayor es Dios que nuestra mente —y él lo sabe todo. Queridos, aunque nuestra mente ojalá no se nos embote, tenemos atrevimiento con Dios y si se lo pidiésemos, recibiríamos de él. Que guardamos su instrucción y lo que le agrada, eso hacemos. Y esta es su instrucción: que seamos fieles al nombre de su hijo Jesús Ungido y que nos queramos unos a otros, conforme a la instrucción que el nos dejó. Y la persona que guarda su instrucción, se queda en él —y él en esa persona. Así es como sabemos que él sigue entre nosotros por el aliento que nos ha dado.

Queridos, no os creáis cualquier aliento sino juzgad los alientos a ver si son de Dios. Que se nos han colado en el mundo muchos falsos emisarios divinos. Así es como reconoceréis el aliento de Dios: Todo aliento que reconoce a Jesús Ungido en carne, ha llegado de parte de Dios; y todo aliento que no reconoce a Jesús, no ha llegado de parte de Dios. El tal es del antiungido que habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo. En cuanto a vosotros, sois de Dios, nenas y nenes. Y ya los habéis superado, por cuanto es mayor el que está entre vosotros que el que está en el mundo. Éstos proceden del mundo, por lo cual hablan sobre las cosas del mundo y el mundo les escucha. Nosotros

procedemos de Dios. La persona que conoce a Dios nos escucha, la que no es de Dios tampoco nos escucha. Así es como se distingue entre el aliento de verdad y el aliento de mentira.

Queridos, querámonos unos a otros
porque el cariño es de Dios

y todo el que ama procede de Dios
y conoce a Dios.

Quien no ama no conoce a Dios,
porque Dios es cariño.

En esto se deja ver el cariño de Dios en nosotros,
que Dios envió a su único hijo
al mundo para protegernos por medio de él.

En esto consiste el cariño:

no que nosotros hayamos querido a Dios
sino que él nos quiso a nosotros

y envió a su hijo,
reparación de nuestros errores vitales.

Queridos, ya que así nos ha querido Dios, más nos vale querernos unos a otros también. A Dios nadie lo ha visto. Si nos queremos unos a otros, Dios se queda en medio nuestro y se colma su cariño entre nosotros. En esto sabemos que nos hemos quedado en él y él mismo está en medio nuestro, por cuanto nos ha regalado con su propio aliento. Y nosotros hemos visto y damos fe de que el Padre mandó al hijo protector del mundo. Quienquiera reconoce que Jesús es el hijo de Dios, Dios se queda en esa persona y esa persona está en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído el cariño que tiene Dios entre nosotros. Dios es cariño; y la persona que se queda en el cariño, Dios también se queda en ella.

En esto se colma el cariño con nosotros, con el fin de que seamos atrevidos cuando nos juzgan, que así como Aquel es, así también somos nosotros en este mundo. Con el cariño no se pasa miedo. Al contrario, el colmo de cariño echa fuera el miedo. Porque el miedo tiene remedio, pero quien tiene miedo no ha alcanzado el colmo del cariño. Nosotros amamos porque él antes nos amó a nosotros. Si alguien fuera a decir que quiere a Dios y detesta a su hermana o hermano, miente. Porque la persona que no quiere a su hermana o hermano que ha visto, es imposible que quiera a Dios, al que no ha visto. Y tenemos esta instrucción de parte de él, para que quien quiere a Dios quiera también a su hermano y hermana.

Toda persona que es fiel porque Jesús es el Ungido, ha nacido de Dios; y toda persona que quiere a quien parió, quiere también a la persona que le ha nacido.

En esto conocemos que queremos a los niños de Dios: siempre que queremos a Dios, también ponemos en práctica sus instrucciones. Porque este es el cariño de Dios, que conservemos sus instrucciones; y sus instrucciones no son pesadas. Porque toda persona nacida de Dios ya ha superado al mundo. Y ésta es la superación que ha superado al mundo: nuestra fidelidad.

Pero, ¿acaso ha superado alguien al mundo, aparte de los que son fieles porque Jesús es el hijo de Dios? Éste es el que viene por medio del agua y la sangre: Jesús Mesías. No solamente por medio del agua. Al contrario, con agua y con sangre. Y el aliento es quien da fe de ello, porque el aliento es la verdad. Con que son tres los que dan fe de ello: el aliento y el agua y la sangre; y los tres son unánimes. Aceptamos el testimonio de hombres y mujeres, pero el testimonio de Dios es superior. Porque este es el testimonio de Dios, que da fe de su hijo. La persona que es fiel en el hijo de Dios, tiene el testimonio en sí misma; la que no se fía de Dios hace que sea un mentiroso, porque no ha creído su testimonio cuando Dios ha dado fe de su hijo. Y éste es el testimonio: que Dios nos regaló la vida de los tiempos; y esta vida está en su hijo. La persona que tiene al Hijo tiene la vida. La que no tiene al hijo de Dios, tampoco tiene la vida.

Os he escrito estas cosas a los que sois fieles en el nombre del hijo de Dios, para que vierais que tenéis la vida de los tiempos.

Y éste es el atrevimiento que tenemos con él: que cuando pedimos conforme a lo que él quiere, nos escucha. Y si sabemos que nos escucha cuando pedimos, sabemos que hemos obtenido las peticiones que le hemos pedido.

Si alguno ve a su hermano o hermana equivocándose en lo que no sea un error vital que lleva a la muerte, que pida y le será concedida su vida —a aquellos cuyo error vital no conduce a la muerte. Porque existe un error vital que conduce a la muerte; no es esa la situación donde digo que se pida. Toda injusticia es un error vital; y existe el error vital que no conduce a la muerte. Sabemos que todos los que han nacido de Dios no cometen errores vitales. Al contrario, el parido por Dios lo conserva y el infame no lo toca. Sabemos que somos de Dios y el mundo entero está abatido en el infame. Pero sabemos que ha llegado el hijo de Dios y nos ha regalado discernimiento para que supiéramos la verdad. Y estamos

en la verdad, en su hijo Jesús Mesías. Éste es el Dios verdadero y la vida de los tiempos.

Nenes y nenas, guardaos de los ídolos.

La predicación de las buenas noticias de Jesús entre otras gentes (helenistas en sus conceptos si no necesariamente en su raza) exigía la adopción de términos y conceptos apropiados para estos nuevos discípulos.

♦ De todos los textos que hemos visto hasta aquí, confieso que este me resulta el más difícil de desentrañar, porque a estas alturas la jerga especializada de la «secta» de los cristianos se ha vuelto tan abstracta y filosófica, llena de significados ocultos y «espirituales», que está claro que nos hemos alejado mucho de la Galilea de Jesús. Bien es cierto que Santiago ya hablaba de Dios como «el Padre de las luces» (Stg 1,17), por lo que se ve que el concepto de la luminosidad divina es un tópico que viene de largo para cuando se escribe esta carta.

Aunque sorprende tanta abstracción filosófica, el hecho no indica que el autor y los lectores tengan que ser gentiles, no judíos. Hubo por aquella era judíos que explicaban la antiquísima fe de Abraham y de Moisés, en los términos «modernos» de los griegos; y no sería en absoluto justo imaginar que por ser *judío* había que ser *inculto* en cuanto a las corrientes filosóficas de la época. De hecho, aunque es sobradamente evidente que esta carta es *cristiana*, no hay nada en ella que nos indique la existencia de un conflicto entre los seguidores de Jesús Ungido («Jesucristo») y las sinagogas judías. Llegando ya a finales del siglo I, entonces, podemos tomar nota del dato muy interesante de que a esas alturas, era posible escribir una carta absoluta e intensamente **cristiana**, empleando términos filosóficos **griegos**, y sin dejar adivinar el más mínimo conflicto con los **judíos**. En todo caso y al contrario, el enigmático versículo final —que saca a

relucir un tema que no se había abordado en toda la carta («Guardaos de los ídolos»)— parecería indicar que resultaba mucho más peligrosa la interacción con los paganos que con los judíos no mesiánicos.

Apunto, entonces, esta primera idea sobre la naturaleza de la Iglesia, según se desprende de la lectura de esta carta: A más o menos un siglo desde el nacimiento de Jesús, la Iglesia se había mostrado profunda y radicalmente misionera. Aquellas primeras asambleas de hermanos cristianos parecían volcadas a cumplir, en una o dos generaciones, la «Gran Comisión» de Mateo 28,18-20: «Id y haced discípulos» y Hechos 1,8: «Me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta lo último de la tierra». Si las cartas de Santiago y Pedro indicaban ya una notable difusión de *sinagogas cristianas*, en 1 Tesalonicenses el evangelio ya ha llegado a toda Grecia («Macedonia y Acaya» [1 Ts 1,7-8]) y conseguido muchos conversos del paganismo.

Pero lo más notable es quizá que aquí en 1 Juan, el salto no es sólo geográfico sino cultural, un salto a otra manera (helénica, filosófica) de entender la vida. La predicación de las buenas noticias de Jesús entre otras gentes (helenistas en sus conceptos si no necesariamente en su raza) exigía la adopción de términos y conceptos apropiados para estos nuevos discípulos. Hoy día, cómo se figuran y explican el evangelio los chinos, si es auténtico para ellos, tiene que «sonarnos a chino» a nosotros. Y cómo se vive la fe cristiana en una tribu de África nos tiene que resultar tan incompresible como la propia vida tribal donde se ha encarnado. Lo delicado es conseguir eso sin trastocar el fondo del mensaje en sí. Ese es el quid de la cuestión en toda situación misionera. Lo cual nos trae al siguiente tema:

- El testimonio del autor de esta carta es sobre cosas vistas y oídas y palpadas con estas manos materiales de nuestros cuerpos humanos. El Hijo de Dios del que escribe, este Jesús Ungido o Jesucristo al que se refiere reiteradamente, es una persona de carne y hueso que convivió con otras personas reales y verídicas, para nada ficticias. Ese Jesús Ungido dijo muchas cosas y dio importancia a algunas cosas; y hubo muchas cosas que no dijo para nada y temas a los que jamás dio la más mínima importancia. Y esto se puede saber porque si bien es cierto que a veces la memoria nos traiciona y no recordamos las cosas exactamente como sucedieron, el caso es que allá en la tierra donde Jesús vivió, sigue habiendo hijos y nietos de personas que le

escucharon hablar y fueron sanados por él de sus enfermedades o liberados por él de sus demonios personales.

Y esto se puede explicar con todo el lenguaje filosófico helénico que se quiera, pero no deja de ser una verdad como una catedral… y es por ahí que nuestro autor ha querido empezar.

Como también es una verdad indiscutible que los que oyen y reciben y aceptan el anuncio de la buena noticia del Hijo del Padre, Jesucristo, son transformados y cambian de prioridades e incluso de amistades: tienen «comunión unos con otros» y su gozo se «completa» en la nueva vida que surge en el seno de estas comunidades.

¿Qué valores enseña esta carta? El mensaje de 1 Juan es uno de gozo y vida e iluminación, como personas perdonadas y amadas por Dios, amados también en la comunidad de los que confiesan al Padre y al Hijo. La iniciativa la ha tomado Dios, quien por amarnos nos ha mandado el Hijo al mundo para que viviéramos por él (4,9). Sin embargo ese amor de Dios no permanece en nosotros si no intervenimos activamente para solidarizarnos con hermanos y hermanas que carecen de lo que es esencial para la supervivencia (3,17-18). Es porque Dios nos amó que podemos amar y por tanto también debemos amar. Sólo así podemos estar seguros de que permanecemos en Dios, y él en nosotros (4,11-13). Es la realidad de nuestro amor unos por otros, visible en obras concretas de solidaridad, lo que nos llena de confianza ante el juicio que se acerca (4,17-18).

La Iglesia es, entonces, una comunidad de amor mutuo cuyo único paralelo posible es el propio ejemplo de Dios; porque Jesús entregó su vida sin defenderse cuando nosotros, en nuestra rebeldía contra Dios, lo matamos sin misericordia… Pero él nos perdonó; y donde nosotros le dimos muerte, él nos dio vida eterna. Así es en la comunidad resultante el amor mutuo: Es práctico y eficaz en obras que promueven la vida.

- 1 Juan expresa reiteradamente la idea de que nosotros somos hijos, así como Jesús es hijo. La insistencia en el amor *de hermanos* da a entender un padre en común. Podría ser una referencia a Abraham, si tuviésemos por seguro que los lectores son exclusivamente judíos; pero a estas alturas (a finales del siglo I) esa idea es insostenible. El padre que tenemos en común tiene que ser el Padre de Jesús, quien nos enseñó a dirigirnos a Dios como «Abba», *Papá.* No sólo somos llamados hijos de Dios, sino que eso somos (3,1). Hemos nacido de Dios (3,9) y por eso no podemos «desviarnos de como se comportó

Jesús» (es lo que significa aquí el verbo *pecar*). Y en cuanto a la «unción», que hace que quien la reciba sea un «ungido» (en griego, *christós*), esa es también una cualidad nuestra (2,30.27).

Como otros escritos bíblicos que ya hemos visto, el autor de 1 Juan quiere poder decir a la vez, que Jesús es especial y único (el «Hijo unigénito de Dios» [4,9]); y que nosotros sus discípulos somos como él es: «Queridos, ahora ya somos hijos de Dios aunque todavía no se ha visto del todo lo que llegaremos a ser, que cuando por fin esto se vea, seremos calcados a él, por cuanto lo veremos tal cual es» (3,2). Aquí viene a cuento la idea de los tres testigos, «el viento, el agua y la sangre» (5,8). Tal vez hubiéramos esperado la luz o el fuego —no la sangre— entre los elementos que dan testimonio sobre el Hijo de Dios. Pero los traductores de nuestras Biblias aciertan al entender que en lugar de «el viento» hay que entender «el Espíritu» (de Dios). «El agua» sería entonces un segundo bautismo, junto con el del Espíritu. Pero el otro testimonio (la palabra griega «testimonio» es *martyría*) es el del bautismo de sangre. Es la disposición a morir renunciando a la defensa propia, igual que Jesús, lo que da singular testimonio de que el camino que escogió Jesús es el correcto para salvación de la humanidad.

La Iglesia es aquella comunidad de Hijos de Dios que por amor han renunciado, como Jesús, a la fuerza bruta como medio para procurar la justicia.

La Iglesia es aquella comunidad de Hijos de Dios que por amor han renunciado, como Jesús, a la fuerza bruta como medio para procurar la justicia.

También hay muchos y no sólo un «anticristo», por cierto. Si leemos con atención lo que pone sobre ellos, se trata de personas que habían empezado dentro de la comunidad de los discípulos de Jesús, pero luego se han apartado. Ya no se comportan como se comportó Jesús. Manifiestan conservar todavía aquella antigua naturaleza contraria a la «unción» que nos hace «ungidos» (*cristos*)

con conductas que imitan la de Jesús. Esto los sitúa «contra Cristo», es decir, hace que sean «anticristos».

Los tales no tienen cabida dentro de la Iglesia. No hay un «Plan B». No hay una segunda vía, la de los sacramentos por ejemplo, para que las personas que no son «cristos» en su conducta, sean otra cosa que «anticristos». No estamos hablando aquí de un perfeccionismo inalcanzable. No se trata de unos máximos de santidad, sino de lo mínimo exigible: la renuncia a devolver mal por mal.

TEMA 5. 2 TIMOTEO

El presente libro no es el lugar para entrar a explicar el debate sobre quién escribió —y cuándo— las cartas a Timoteo y Tito. Existe un consenso bastante generalizado de los especialistas en la vida y los escritos de Pablo, que consideran que estas cartas son posteriores al propio Pablo. Esto no significaría en ningún caso, que no fueran auténticamente inspiradas ni tampoco que sus saludos y detalles personales sean puro engaño y falsificación. La forma de carta personal que adopta 2 Timoteo nos lleva a considerar que quien lo escribió —si no fue Pablo— recordaba muy bien a Pablo y conocía muy bien su manera de opinar y razonar. Nuestro autor tal vez consideró que si Pablo siguiese vivo y pudiera guiar a los líderes de las comunidades cristianas en cuanto a las cosas que a esas alturas exigían un posicionamiento, éstas serían las cosas que habría puesto. Quizá a algunos eso no nos satisfaga. Somos, al fin y al cabo, producto de nuestra era; con un individualismo tal vez exagerado y un hondo horror a la usurpación de identidad. Sin embargo, aunque fuese cierto que 2 Timoteo no se escribió hasta finales del siglo I o incluso principios del siglo II, hay que aceptar que eso no fue obstáculo para que el Espíritu del Señor guiara a la Iglesia a aceptar universalmente este documento como Sagrada Escritura. No somos quién para poner escrúpulos y objeciones donde no los ha tenido el Espíritu.

Toca ahora, entonces, leer esta carta como último muestreo del pensamiento apostólico acerca de la naturaleza y vida de la Iglesia:

> *Pablo, emisario de Ungido Jesús porque lo quiso Dios conforme al anuncio de la vida en Ungido Jesús, a Timoteo, joven querido: Trato favorable, ternura, paz de parte de Dios Padre y de Ungido Jesús nuestro Soberano.*

Siento gratitud a Dios, a quien sirvo desde mis antepasados con la conciencia tranquila, como tengo un recuerdo incesante de ti en mis oraciones nocturnas y diurnas. Me muero de ganas de verte al acordarme de tus lágrimas, para colmar tu alegría. Me acuerdo bien de la fidelidad no fingida que hay en ti —que primero se instaló en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, pero estoy seguro de que también en ti. Por eso te recuerdo que atices el fuego del trato favorable que te tiene Dios gracias a que puse mis manos sobre ti. Porque Dios no nos ha dado un aliento de timidez sino, al contrario, de poder y cariño e inteligencia. Entonces, no dejes en feo el testimonio de nuestro Soberano ni tampoco a mí, su preso. Al contrario, acompáñame en el dolor con el anuncio de la buena nueva, conforme al poder de Dios.

Dios nos protege
y nos llama con un llamamiento sagrado;

no conforme a nuestras obras
sino conforme a su propio designio y trato de favor

que tuvo con nosotros en Ungido Jesús
desde antes de los tiempos,

pero que deja ver ahora
mediante la aparición de nuestro protector Ungido Jesús,

que —por una parte— ha anulado la muerte,
y —por otra— ha alumbrado la vida e inmortalidad
por el anuncio de la buena nueva.

Para él he sido puesto como predicador y emisario y maestro, por lo cual también sufro estas cosas. Pero no me echo para atrás, porque sé en quien he creído y estoy seguro de que es capaz de custodiar mi sepulcro en aquel día. Que te valgan de ejemplo los conceptos saludables que oíste de parte mía en fidelidad y en el cariño que hay en Ungido Jesús. Cultiva tú este ejemplo, que es bueno gracias al aliento consagrado que se ha instalado en nosotros.

Ya sabes esto: que se me dieron a la fuga todos los que estaban en Asia, entre ellos Figelo y Hermógenes. Que el Soberano se apiade de la casa de Onesíforo, que me reanimó muchas veces y no se avergonzó de mi cadena. Al contrario, siempre que vino a Roma me buscó presuroso y dio conmigo —que el Soberano le conceda hallar compasión en aquel día. Y en cuanto a sus servicios prestados en Éfeso, más sabes tú.

Entonces tú, jovencito mío, hazte fuerte en el trato favorable que hay en Ungido Jesús. Y las cosas que has oído de parte mía por medio de muchos testigos, encárgaselas a hombres fieles, que estén a la altura de

enseñárselas a otros. Sé un compañero en los malos tragos como buen soldado de Jesús Ungido. Para complacer al comandante, nadie que se haya alistado se enreda en asuntos cotidianos. Y quien compite en juegos atléticos, sólo se lleva la medalla de oro si compite según el reglamento. Es natural que el campesino que trabaja de sol a sol sea el primero en ver el fruto.

Piensa en lo que te digo, que el Soberano te dará inteligencia en todo.

Acuérdate de Jesús Ungido, levantado de entre los muertos, de la estirpe de David según mi grato anuncio con el que sufro hasta estar esposado como un criminal —pero la palabra de Dios no está detenida. Por esta causa lo aguanto todo a favor de los elegidos, para que ellos también reciban de la protección que hay en Ungido Jesús con el resplandor de las edades.

Fíate de esto:

Si somos compañeros en los malos tragos,
también viviremos juntos.

Si aguantamos,
también compartiremos el gobierno.

Si renegamos,
aquél también renegará de nosotros.

Si no somos fieles, aquél sigue siendo fiel;
es incapaz de renegar de sí mismo.

Cuando declaras estas cosas solemnemente delante de Dios, ten siempre presente no discutir sobre abstracciones. Eso no sirve para nada y avasalla a los oyentes. Procura entregarte a Dios con mérito, un trabajador que no pasa apuros, que maneja hábilmente el concepto de la verdad. Mantente al margen de liviandades vulgares, porque con el tiempo llenan de descreimiento y su impresión carcomerá como gangrena.

En cuanto a los que están con Himeneo y Fileto, se han extraviado de la verdad cuando dicen que ya ha sucedido la resurrección, y están echando a perder la fidelidad de algunos. A pesar de todo, la base sólida de Dios se mantiene firme, teniendo este sello: «Supo Dios quiénes eran suyos» y «Que se aparte de la injusticia todo el que aclama el nombre del Soberano».

En una casa importantes no hay solamente recipientes de oro y de plata sino también de madera y de barro; y unos son para uso especial mientras que los otros son para usos corrientes. Entonces, quien se

desinfecta de estas cosas llegará a ser un recipiente especial, consagrado, útil para su amo, apto para cualquiera buena obra.

Huye tú de las ansias juveniles, pero persigue justicia, fidelidad, cariño, paz con los que aclaman al Soberano con la mente pura. Mantente al margen de controversias disparatadas e ignorantes, sabiendo que desembocan en conflicto. Pero el esclavo del Soberano no debe entrar al trapo. Al contrario, ha de ser amable con todos, didáctico, sufrido, enseñando con paciencia a los que le llevan la contraria, por si acaso Dios les conceda cambiar de opinión para reconocer la verdad. Así volverían en sí del cepo del acusador, que los tiene sometidos a su voluntad.

Has de saber que en los días finales se levantarán tiempos duros. Porque la gente será narcisista, avara, pretenciosa, altanera, malhablada, desobediente de sus mayores, ingrata, sacrílega, cruel, implacable, criticona, voluble, bruta, insensible al bien, traicionera, atropellada, indiscriminada, enamorada de los placeres más que de Dios. Guardarán las formas de la religión pero negarán su eficacia. Esquiva a tales personas, que algunos tienden a insinuarse en las casas, donde conquistan a chicas incautas cargadas de errores, trastornadas por diversos anhelos, que siempre están curioseando pero nunca son capaces de alcanzar a conocer la verdad. Así como Janes y Jambres se opusieron a Moisés, esta clase de gente se opone a la verdad. Están perdidos de la cabeza, faltos de fidelidad. Sin embargo no irán lejos, porque su desvarío es obvio para todos —como también les pasó a aquellos.

En cuanto a ti, has sabido seguir mi enseñanza en el método, la orientación, la fidelidad, la paciencia, el cariño, el saber aguantar, las persecuciones, los sufrimientos que me sobrevinieron en Antioquía, Iconio y Listra. ¡Vaya persecuciones he tenido que aguantar —y de todas me ha rescatado el Soberano! Y todos los que quieren vivir religiosamente en Ungido Jesús también serán perseguidos. Pero las personas infames y los impostores irán de mal en peor. Engañan y a la vez están engañados.

Sin embargo tú quédate con las cosas que has aprendido y en las que te has plantado, que sabes muy bien de quiénes las has aprendido. Porque también has conocido desde la infancia los escritos sagrados, que son capaces de hacerte sabio para protección, gracias a la fidelidad que se encuentra en Ungido Jesús. Cualquier documento escrito de aliento divino es también aprovechable para enseñanza, para construir argumentos, para rectificación, para la instrucción en justicia, a fin de

que la persona que es de Dios esté bien equipada, dispuesta a emprender toda buena acción.

Te encargo formalmente delante de Dios y de Ungido Jesús que va a juzgar a vivos y muertos, y por su aparición y su gobierno: Que prediques la palabra, que te hagas cargo cuando te conviene y cuando no, que investigues, censures, estimules con paciencia inagotable y enseñanza. Porque llegará un tiempo cuando no sostengan la enseñanza saludable. Al contrario, empezarán a acumular para sí maestros según sus propios antojos, por el cosquilleo de escucharlos. Y entonces perderán interés en escuchar la verdad, pero se distraerán con embustes. Tú, sin embargo, mantente siempre comedido, soporta los malos tragos, emprende la labor de anunciar la buena nueva, cumple con tu cometido como servidor.

En cuanto a mí, ya estoy acabado y ha llegado la hora de mi relevo. He luchado valientemente, he acabado la carrera, me he conservado fiel. Por lo demás, me espera la corona de justicia que me entregará el Soberano en aquel día —no sólo a mí, desde luego, sino a todos los que están enamorados de su aparición.

Date prisa por venir a verme cuanto antes. Es que Dimas me ha abandonado —por su mayor apego al presente— y se ha marchado a Tesalónica. Crescente está en Galacia, Tito en Dalmacia. Lucas es el único que me acompaña. Tráete contigo a Marcos, por cuanto me es útil para prestar servicios. He mandado a Tíquico a Éfeso. Cuando vengas, tráeme la capa que me dejé en Tróade, donde Carpo; y los escritos —especialmente los pergaminos.

Alejandro, el artesano del cobre, me ha perjudicado mucho; el Soberano se lo pagará de acuerdo con sus acciones. Ten cuidado con él, porque se ha empeñado en oponerse a nuestros argumentos.

En mi primera vista oral nadie compareció en mi apoyo. Al contrario, todos me han abandonado —pero que nadie los critique por ello. En cualquier caso me acompañó el Soberano y me dio fuerzas, para que por medio mío se colmase la predicación y la oyesen todas las nacionalidades —y fui rescatado de la boca del león. El Soberano me rescatará de todo plan infame y me protegerá para su gobierno celeste. ¡A él el resplandor eterno, amén!

Saluda a Prisca y Aquila y a la casa de Onesíforo.

Erasto se quedó en Corinto, pero a Trófimo lo dejé en Mileto, enfermo.

Date prisa por venir antes del invierno.

Te saludan Éubulo y Pudente y Lino y Claudia y todos los hermanos y las hermanas.

Con tu aliento, el Soberano. Con vosotros, el trato de favor.

Con 2 Timoteo, tenemos que observar más de cerca el tema de los líderes en aquellas primeras comunidades cristianas. Esta carta se presenta, después de todo, como la comunicación de un líder mayor a otro menor, donde se puede interpretar que existe una clara jerarquía entre ellos dos, es decir, donde Pablo y Timoteo no son iguales. En cualquier caso habría que cotejar esto con lo que ya hemos observado en 1 Tesalonicenses, donde Timoteo y Silvano son tan apóstoles como Pablo, y los tres redactaban conjuntamente aquella carta. Una carta, por cierto, que estaba escrita a toda la comunidad, no a un individuo en posición de tomar decisiones unilaterales que afectarían la vida espiritual de todos los hermanos y las hermanas. (Aunque tampoco hace falta que nos apresuremos a imaginar que es así, desde arriba, la autoridad que ha de ejercer ahora Timoteo.)

La primera generación de líderes parecía querer evitar que se les viese como autoridades formales, prefiriendo destacar la autoridad de Cristo sobre ellos, o la autoridad del Espíritu para ordenar la vida de la comunidad repartiendo dones y ministerios conforme a su divina soberanía.

Pablo se identifica aquí como emisario o «apóstol» de Cristo (1,1.11), predicador y maestro (1,11). Compárese esto con Filipenses, por ejemplo, donde Pablo y Timoteo (escribiendo otra vez conjuntamente) se describen como «esclavos» de Cristo Jesús (1,1); o Romanos, donde Pablo es el único autor, pero se describe a sí mismo como «esclavo de Cristo Jesús (llamado apóstol), apartado para el evangelio de Dios» (1,1). Su identidad es como «esclavo de Cristo», aun reconociendo que hay

quien le llama emisario o apóstol. La primera generación de líderes parecía querer evitar que se les viese como autoridades formales, prefiriendo destacar la autoridad de Cristo sobre ellos, o la autoridad del Espíritu para ordenar la vida de la comunidad repartiendo dones y ministerios conforme a su divina soberanía.

Además de la propia autoridad apostólica de Pablo, 2 Timoteo también destaca, como ya hemos mencionado, la de Timoteo como su heredero espiritual. La carta, después de todo, no parece estar escrita a toda una comunidad —donde sus instrucciones puedan fomentar una conducta de amor y plena mutualidad entre iguales— sino personalmente a Timoteo, sobre quien recae una enorme responsabilidad personal por la buena marcha de las iglesias bajo su autoridad. Sin embargo, puesto que 2 Timoteo tuvo desde el principio una difusión muy amplia, su efecto real y eficaz —y probablemente la intención con que se escribió— ha sido siempre la de dar instrucción a todos los miembros de las comunidades cristianas.

Si bien es indudable que Timoteo goza de "autoridad" para corregir a los hermanos que yerran, su única manera legítima de hacerla valer, será la fuerza de su amistad y la capacidad de sus palabras para persuadir.

En 1 Juan, no vimos la más mínima insinuación de que la comunidad donde todos son «hijos de Dios» necesite líderes destacados. Santiago advierte contra la ambición a ser considerados «maestros», porque es mucho mejor callar y predicar con el ejemplo. Bien es cierto que según Santiago los ancianos (plural) son los que han de ungir con aceite; pero la confesión de pecados y el resto de la vida de comunidad transcurre entre iguales. De hecho si en algo insiste Santiago, es que en ningún caso se repitan las diferencias sociales típicas en «el mundo». Asimismo en 1

Pedro la función de los ancianos (plural) es «pastorear el rebaño del Señor» (5,2); pero Pedro instruye claramente a esos ancianos que no se les ocurra ejercer esa responsabilidad con autoritarismo. En 1 Tesalonicenses, Pablo, Silvano y Timoteo ruegan encarecidamente: «Hermanos [y hermanas[3]], reconoced a los que sufren fatigas entre vosotros y están al frente vuestro en el Señor y os corrigen, para tenerlos por guías, mimándolos mucho con amor por todo lo que hacen» (5,12-13). El papel de estos líderes (plural) es claro; y sin embargo la respuesta adecuada ante tanto esfuerzo no es la sumisión incondicional sino el amor incondicional. Y en todas las instrucciones prácticas que hallamos en 1 Tesalonicenses 5, es la totalidad de la comunidad la protagonista; todos y cada uno de sus miembros son responsables de que la vida de la comunidad tenga integridad en Cristo.

En todas aquellas cartas el testimonio, las convicciones y la conducta de todos los miembros de la comunidad era lo esencial, porque es la propia comunidad, con su mutualidad y amor, la que reproduce la Nueva Humanidad de Jesús. No es que no haya líderes, no es que falte «autoridad», pero en ningún caso pueden ellos —siempre en plural, por cierto: un liderazgo colegiado y compartido— decidir por todos ni encarnar en nombre de todos las realidades del reinado de Dios.

La enormidad de la responsabilidad con que carga Timoteo según se ve en toda esta carta, sin embargo, no debe llevarnos automáticamente a pensar que ya en esta segunda o tercera generación, estamos ante un cambio importante en el papel de las autoridades en las comunidades cristianas. Es posible que sí. También es posible interpretar el trato afectuoso filial que profesa Pablo por Timoteo, de tal manera que no haya necesariamente una diferencia jerárquica entre ellos dos, sino sencillamente una amistad entre dos personas de igual rango pero desigual edad. Si bien es indudable que Timoteo goza de «autoridad» para corregir a los hermanos que yerran, su única manera legítima de hacerla valer, será la fuerza de su amistad y la capacidad de sus palabras para persuadir (2,24-26; 4,2).

Existen sí «en los últimos días» (una expresión con que un autor posterior a Pablo puede estar dando a entender sus propios días cuando escribe) personas fanfarronas, soberbias y jactanciosas, que aparentan ser piadosos pero desconocen el verdadero poder de la piedad (3,1-9).

[3] El texto pone sólo «hermanos». Pero no es verosímil imaginar que Pablo pretendiese excluir a las hermanas de esta recomendación, por lo cual se justifica insertar «…y hermanas» al traducir.

Como Janes y Jambres en tiempo de Moisés, se creen quién para hacer valer sus opiniones y mandar a los demás acatar. Pero por esa misma actitud demuestran no estar a la altura ni nunca haber entendido el proyecto del reinado de Dios en una Nueva Humanidad inaugurada por Jesús. Piensan que las cosas se pueden imponer desde arriba, a golpe de mandar; y no entienden que es así como siempre ha funcionado la vieja humanidad de toda la vida… con los resultados que saltan a la vista.

Sin embargo la nueva realidad en Cristo funciona de otra manera: «Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecución» (3,12). Es lo que le ha pasado a Pablo (3,10-11) —y ya se puede ir preparando Timoteo, que le pasará a él también (4,3-5).

Observamos, entonces, que en 2 Timoteo existe «autoridad» en la Iglesia, desde luego que sí. Sólo que no se parece para nada a la autoridad «normal» que funciona en este mundo, la autoridad de mando y de jerarquía entre desiguales.

Si Timoteo es digno de las responsabilidades que pesan sobre él, es porque se mantiene fiel a las antiguas tradiciones apostólicas que datan de los años de convivencia con Jesús (1,6-13). Tradiciones que hay que esforzarse con toda energía y con toda la vida, para que jamás se pierdan.

Las claras responsabilidades que observamos que pesan sobre Timoteo indican que él ha de tener, forzosamente, capacidad de decisión. Aunque debía persuadir más que obligar, su capacidad de influir en la vida de las comunidades cristianas que estaban a su cargo, era real. Su opinión como portavoz de las antiguas tradiciones apostólicas sobre Jesucristo era influyente. Es más, él debía esforzarse y desvivirse por hacer eficaz esa influencia. No hay jerarquía, quizá, pero las opiniones del último que llega (o del jactancioso que se autoproclama un iluminado de Dios) no pueden tener el mismo peso que la opinión de Timoteo, que representa la auténtica tradición apostólica. No manda, tal vez, pero con el ejemplo y con su amor y dedicación y con su capacidad para sufrir mansamente desplantes y desaires, sabrá hacerse escuchar. Puede que no siempre se salga con la suya, pero su imitación de la mansedumbre de Jesús será determinante para que a la larga Cristo sí se salga con la suya en la comunidad de sus discípulos.

REFLEXIÓN FINAL

Hemos observado que la Iglesia que se intuye con la lectura de estas cinco cartas, (1) es extremadamente participativa (donde el compromiso

de cada uno de los miembros cuenta) y (2) es a la vez una iglesia extremadamente misionera (con una difusión geográfica muy rápida y una capacidad sorprendente para adaptarse al entorno griego). ¿Existe alguna relación entre estos dos hechos (la participación activa de todos y la expansión misionera) y la relación entre estos dos hechos con un tercer factor: (3) la negación a devolver mal por mal, como valor fundacional de aquellas primeras comunidades cristianas? ¿Cuál sería la naturaleza de esa relación y cómo se manifestaría en la práctica?

¿Tiene todo esto —todo este capítulo— alguna aplicación directa para la vida de nuestras comunidades cristianas hoy día?

Timoteo no manda, tal vez, pero con el ejemplo y con su amor y dedicación y con su capacidad para sufrir mansamente desplantes y desaires, sabrá hacerse escuchar.

Capítulo 9.

Si Dios se hizo carne…

Introducción

El tema de este capítulo es uno al que nos venimos asomando desde la Lección 1. La Encarnación de Dios en Jesús es, después de todo, el hecho singular de la fe cristiana, origen y culminación de todas nuestras convicciones acerca del sentido que tiene la vida humana y acerca de Dios. Desde sus comienzos el cristianismo pende de un hilo finísimo, una única hebra, frágil y absurdamente fácil de romper. Si Dios habitó plenamente en Jesús, hijo de María, nos revela una asombrosa potencialidad escondida en la naturaleza humana: la de llegar a ser hijos de Dios. Pero si en esa vida humana estuvo cabalmente actuando Dios en la historia, es necesario revisar lo que pensábamos conocer acerca de cómo es Dios. Porque en Jesús no vimos ni gloria ni grandeza excepcional, ni belleza humana ni fuerza de mando para aplastar enemigos e imponer su voluntad. Al contrario, en Jesús vimos un hombre singularmente carente de influencia y poder, sin riquezas ni amigos bien situados, sin derechos humanos ni voz para reclamar que se le hiciera justicia. Una vida humana insignificante, que un funcionario de segundo rango como Pilato pudo aplastar como una cucaracha, mandándolo crucificar después de declararlo inocente de los cargos que se le imputaban.

El escándalo de la Encarnación no es que Dios se hiciera hombre, sino que se hiciera Jesús de Nazaret. Muchos pueblos en diversas civilizaciones han creído que sus reyes y emperadores eran hijos de sus dioses o incluso la mismísima encarnación de la deidad. Su capacidad de disponer a capricho de la vida y muerte de sus súbditos era prueba sobrada de su conexión estrecha con la divinidad. Es así más o menos como la humanidad siempre ha concebido de sus dioses: son quienes tienen en sus manos la frágil existencia humana, para acabar con nuestras vidas sin dar explicaciones. Si Jesús hubiera llegado al poder y la gloria de un monarca, entonces —y especialmente si a la vez hubiera sido inmortal— toda la humanidad hubiera doblado rodilla ante él sin pensárselo dos veces, reconociendo su deidad. Hubiera mandado, y todos le hubiéramos obedecido para que estableciera la justicia y el bien

común. Un mundo eternamente perfecto, gobernado con divina mano de hierro pero a la vez con compasión y nobleza, para que ninguno nos desviáramos del bien.

> *Lo que sigue provocando escándalo y sofoco, es que el poder vital por el que existe y subsiste el universo, resultase tan impotente ante las fuerzas del destino y el poder del Imperio Romano.*

Lo que jamás hubiéramos podido sospechar, lo que hasta el día de hoy —dos milenios más tarde — sigue provocando escándalo y sofoco, es que el poder vital por el que existe y subsiste el universo, resultase tan impotente ante las fuerzas del destino y el poder del Imperio Romano.

Esto es tan endiabladamente (con perdón) difícil de encajar, que durante toda la historia del cristianismo los propios cristianos hemos preferido ignorar el dato. Hemos visto en la debilidad de Jesús y concretamente en su cruz, un hecho excepcional. Hemos considerado que ese fue un paréntesis en la realidad eterna, un acto momentáneo de supremo heroísmo personal, que no altera nuestra percepción de Jesús como soberano absoluto. Jesús es y siempre ha sido, entonces —según nuestra fe—, un Rey divino fuerte, glorioso e infinitamente poderoso. Hemos superpuesto así, en la iconografía e imaginación de la cristiandad, imágenes de Jesús crucificado con otras imágenes de Jesús como Rey de Reyes y Señor de Señores que juzga a vivos y muertos y decide el destino eterno de cada individuo humano. Y al hacer esto, por una parte nos maravillamos de aquella su humildad y humillación momentánea y pasajera, pero por otra parte seguimos convencidos de que la realidad más real y esencial, es la de su eterna gloria y potestad y majestad.

Nuestras convicciones, en ese caso, resultan ser las opuestas a las del mensaje de la Biblia. Los autores del Nuevo Testamento empiezan con ese pobre hombre, Jesús, y contra toda lógica humana acaban por declarar que Dios mismo es como él fue, que los propios fundamentos

del universo están cimentados en esa divina capacidad de amar sin devolver mal por mal. Pero nosotros empezamos con el glorioso Rey eterno de potestad ilimitada sobre la vida de hombres y mujeres, para luego explicar ese pequeño lapsus, esa debilidad momentánea de la cruz, como una dura prueba a superar para llegar hasta la cumbre del poder, para entonces sí destruir a sus enemigos.

Tema 1. Isaías 52,7-54,8

¡Qué bellos son sobre las colinas, los pies que anuncian un giro político hacia la paz, que anuncian el bien, que proclaman liberación al declarar a Sion: «Tu Dios gobierna»! Voz —se alza una voz entre tus centinelas. Gritan al unísono porque ven lo mismo: que el Soberano regresa a Sion. ¡Meted ruido, gritad al unísono —Jerusalén desolada— que el Soberano se ha apiadado de su pueblo, ha rescatado a Jerusalén!

El Soberano se ha arremangado el brazo de su Santidad a la vista de todas las naciones; y todas las fronteras de la tierra han visto la salvación de nuestro Dios:

—¡Alejaos, alejaos! ¡Salid de ahí! ¡No toquéis lo que está consagrado! ¡Salid de su interior! ¡Lavaos! —los que portáis los objetos del Soberano. Porque no os marcháis con prisa ni corréis como quien huye, por cuanto delante vuestro va el Soberano; y el que os reúne es el Dios de Israel:

—¡Mira el éxito de mi delegado! Se hace grande y se alza y destaca mucho. Por cuanto así como se han horrorizado tantísimo sobre él, así también quedó desfigurada por hombre su figura y su belleza por los descendientes de Adán. Así también salpicará a naciones importantes. Los reyes se cuidan bien de hablar contra él, por cuanto ven algo que nadie les había contado y alcanzan a comprender lo que nunca habían oído.

¿Cómo dar crédito a lo que estamos escuchando? ¿Pero sobre quién se deja ver el brazo del Soberano? Sin embargo se asoma como un brote ante él y como una raíz seca de la tierra. No tiene belleza ni honor; y cuando lo contemplamos, su aspecto no suscita pasiones. Despreciado y falto de hombría, un hombre torturado, conocedor del dolor. Y como quien mira para otro lado, lo despreciamos y no lo valoramos. En realidad carga él con el dolor nuestro y aguanta la tortura nuestra; pero nosotros lo juzgamos golpeado y castigado y humillado por Dios. ¡Y él está siendo atormentado por nuestras insolencias, machacado por

nuestras maldades; nuestro castigo se salda en él y en su tortura sentimos alivio!

Todos nosotros vagamos como un rebaño, cada cual escoge su camino; sin embargo el Soberano se cobra en él la maldad de todos nosotros. Sufre malos tratos pero él no contesta ni abre la boca. Es como si un cordero cuando lo llevan a matar —o una oveja cuando la van a trasquilar— que se quedase muda y sin abrir la boca.

Apartado de la justicia, ha sido apresado. Pero ¿quién se acuerda de su estirpe cuando lo han arrancado de la tierra de los que viven? Por la rebelión de mi pueblo llueven sobre él los golpes. Se le dará sepultura entre los malvados. Muere como los ricos aunque nunca hizo mal a nadie ni su boca delató a nadie.

Sin embargo el Soberano ha querido aplastarlo, afligirlo. Si se levantase de su alma la culpa, vería una posteridad, alargaría su vida y su disfrute; el Soberano, con su mano, le haría prosperar.

Contempla su vida desde la extenuación, se harta de lo que sabe. Mi delegado justo hace que muchos parezcan justos, mientras que él carga con las culpas de ellos. Por consiguiente, haré que le toque estar entre los importantes. Le tocará su parte del botín junto con los poderosos, por cuanto entrega a la muerte su vida desnuda y se piensa que cuenta entre los sublevados —y es que carga él con los errores de muchos otros, por cuanto suplica a favor de ellos.

¡Chilla de emoción, mujer, tú que nunca has tenido ni podías tener hijos! Ponte a chillar y reír de emoción, tú que nunca te habías puesto de parto, porque «Son más los descendientes de la solterona, que los de la casada» —dice el Soberano. Agranda tu tienda, estira a tope el espacio que abarcan tus cortinas. ¡No escatimes: haz más largos esos vientos, clava mejor esas piquetas! Porque te expansionarás a diestra y siniestra, mujer. Tus descendientes desplazarán a naciones enteras y ocuparán ciudades hoy deshabitadas.

No tengas miedo, que no pasarás vergüenza ni se te quedará cara de tonta, que no te llevarás una decepción, que la humillación de tu juventud ha pasado al olvido y jamás recordarás la deshonra de tu viudedad. Que tu esposo es el que te ha hecho, cuyo nombre es Soberano Generalísimo. El que te rescata es el Santo de Israel, aclamado como Dios de toda la Tierra. Porque como una mujer repudiada y de ánimo apocado te encontró el Soberano, como una esposa adolescente que han echado a la calle —dice tu Dios.

—Te dejé por un breve instante pero te recojo con inmensa ternura. En un arrebato me escondí de ti un momento, pero me comprometo a quererte eternamente —dice el Soberano, que te rescata.

La primera observación obligada aquí es que no hay nada en este pasaje de Isaías que hable de la encarnación de Dios en un ser humano. Sin embargo este sigue siendo un lugar adecuado donde ir para interpretar y comprender el hecho de Jesucristo, porque en el Nuevo Testamento algunas de estas frases de Isaías aparecen una y otra vez, precisamente con ese fin de explicar quién fue Jesús.

Para comprender este pasaje, tenemos que situarnos en Babilonia a pocos años antes de que Ciro, rey de Persia, permitiese el retorno de esa minoría de los exiliados que quisieron volver a la Jerusalén de sus padres. Allá en el exilio (y en los primeros años en Jerusalén después de ese retorno) hubo quienes mantenían una viva esperanza en la restauración de la monarquía de la dinastía davídica. Algunos salmos, en particular, parecían prometer que dicha dinastía sería eterna. Con fe, era posible imaginar que la caída de Jerusalén y el destierro de la élite gobernante no sería más que un paréntesis pasajero. El personaje histórico de David se había transformado, con el paso de los siglos, en una cifra, un símbolo, cuyo nombre encerraba las añoranzas de la restauración del reino de Israel.

Esto es lo que se conoce como la «esperanza mesiánica», expresión derivada de la palabra Mesías, «ungido», con referencia al rito de consagración de los reyes de Israel.

Estas palabras de Isaías indican una configuración muy diferente de lo que Israel puede y debe esperar que sea su destino en tanto que sirvo escogido del Señor.

Cuando el príncipe heredero Zorobabel volvió del destierro babilónico algunos, notablemente los profetas Hageo y Zacarías, estaban convencidos de que había llegado el momento de la

restauración de la dinastía y del reino. Pero aquel plan nunca prosperó y cuando por fin, en el siglo II a.C., Judea se independizó de sus soberanos griegos, el gobierno pasaría, con los años, de la dinastía de los sumos sacerdotes a la de Herodes el Grande. En cualquier caso esa segunda independencia nacional fue de relativamente corta duración antes de que Roma hiciera valer su reclamo imperial sobre aquella tierra.

Así la dinastía davídica desapareció para siempre de la historia, como sucede con todas las dinastías de los reyes de la humanidad. Ya nadie esperaba que de esa estirpe surgiera un nuevo rey. La esperanza en que Dios levantase un nuevo «David» o «Mesías» que restaurase la independencia y la gloria de Jerusalén, sin embargo, tendía a renacer siempre que las condiciones de vida se volvían especialmente duras para el campesinado judío. El modelo que debía seguir ese Mesías, naturalmente, era el del propio rey David, que había liberado a su pueblo de la opresión del asqueroso filisteo incircunciso.

El autor de estos renglones de Isaías tuvo la osadía de opinar que el sufrimiento de Israel tendría el efecto de expiar el pecado ya no sólo del propio Israel, sino de toda la humanidad.

A la vez que allá en el exilio se cultivaban esas esperanzas mesiánicas pensando todavía en sucesores directos de David como Zorobabel, sin embargo, también se habían redactado estas palabras que acabamos de leer en el libro de Isaías. Contienen una configuración muy diferente de lo que Israel puede y debe esperar que sea su destino.

El siervo de Dios —expresión que de momento deberíamos entender que significa «Israel»— será levantado y exaltado, sí, pero no porque se abra paso en el concurso de las naciones por la fuerza de sus armas, sino porque el quebrantamiento y aflicción y sufrimiento de Israel es, de alguna manera, como Dios elije ahora revelarse en la historia humana. Vimos en el Capítulo 4, cuando tratamos sobre 1 Samuel 8, que Israel

había rechazado ser una nación especial. Optó por ser una monarquía «como todas las naciones» y así defender su soberanía nacional. Pero ahora Dios parece que pretende recuperar su antiguo proyecto de hacer de Israel algo especial y único en la historia de la humanidad. Ya no será un reino más como tantos que ha habido y habrá, sino que será un vehículo apto para la revelación de Dios, para que toda la humanidad le veamos como él es, sin las distorsiones del poder de las armas humanas.

Israel deberá volver a aquel punto histórico donde se desvió. Israel deberá volver a la situación de debilidad que padecía con los filisteos, aquel momento cuando prefirió el camino «mesiánico» de la monarquía. Israel deberá apañárselas con su Dios diferente a todos los dioses de las demás naciones, bajo el yugo de otros reyes y otros imperios paganos. Israel deberá aprender a vivir *por la fe* frente a las adversidades de la historia humana. Y ese camino es, forzosamente —ya lo hubiera sido en tiempo de los filisteos y ahora lo seguirá siendo bajo los babilonios, los medos, los persas, griegos y romanos— un camino sembrado de dolor y humillación, de vejaciones, esclavitud y falta de derechos humanos.

Todas nos hemos descarriado como ovejas, nos hemos apartado de los caminos del Señor. De la humanidad entera son las transgresiones, las iniquidades, el pecado, la dominación del prójimo, el sacrificio del individuo por «el bien de todos». Los judíos en el destierro babilónico no sufrieron más que otros pueblos ni fueron más numerosos. Eran típicos de los desplazamientos forzosos que garantizaban el buen funcionamiento de los imperios de aquella era. Pero sí tenían un rasgo que los hizo destacar entre la multitud: La memoria histórica de ser el pueblo elegido de un Dios diferente de los de todas las demás naciones, diferente de los dioses de los opresores.

Y el autor de estos renglones de Isaías (capítulo 53) tuvo la osadía de opinar que este sufrimiento de Israel tendría el efecto de expiar el pecado ya no sólo del propio Israel, sino de toda la humanidad. Mencionamos de paso en el Capítulo 7 (al tratar sobre Job) la idea de que el sufrimiento del inocente podía tener efectos redentores para otros. Vimos cuando leímos unos capítulos de Lamentaciones (Capítulo 4) que la magnitud de la debacle cuando la caída de Jerusalén había resultado descabelladamente desproporcionada. Las personas concretas que sufrieron esa experiencia no eran peores que sus padres y abuelos ni peores que sus vencedores. Desde luego, en términos absolutos nadie es «inocente»; pero en términos relativos, las víctimas de un desastre nacional como aquel no tenían por qué pagar por todos. Eran «inocentes» del pecado generacional de su nación.

El autor de estos versos de Isaías observa que el castigo que sufrieron fue, a la vez, la maldad y perversión de sus conquistadores. Fueron castigados ellos «por» (por medio de) el pecado brutal de sus opresores. Lo que pagaban con sus vidas rotas era el pecado de generaciones enteras de toda la civilización de su era, que estaba estructurada sobre el cimiento de tales crímenes contra la humanidad.

Aunque el «siervo» de Dios, Israel, que sufre así es masculino en el capítulo 53, habíamos observado la feminización de la descripción de esa debacle nacional en Lamentaciones; y en Isaías 54 «el siervo» es ahora una mujer victimada que a la postre recibirá consolación. Dios es a la vez su Hacedor y su Esposo, es su Redentor que viene a rescatarla. Su vejación y humillación, su abandono a su suerte por la perversidad de su conducta, resultará ser sólo pasajera. Quizá no sea vindicada ella, pero sí quedarán vindicadas su fe y confianza en aquel Señor que primero la hubo sacado de Egipto. El horror y la pesadilla de lo vivido seguramente jamás podrá ser olvidado… pero será posible reconstruir su vida. Y en su futuro habrá cantos y gozo… y las carcajadas de los niños de una nueva generación inocente.

Y el mundo posterior será mejor que el mundo antiguo. No sólo para Israel sino para toda la humanidad. Los reyes de toda la tierra verán esta obra redentora postrera de Dios y «cerrarán la boca ante él» (ante su siervo) (Is 52,15).

Si fue osado el autor de estos versos para proclamar que el sufrimiento del «siervo del Señor» podía tener efectos redentores para la humanidad entera, no menos osados fueron los autores del Nuevo Testamento cuando asociaron estos versos a sus explicaciones de lo que habían visto en Jesús. Ellos pensaron que estos versos eran incuestionablemente aptos para describir los padecimientos de un hombre que siendo inocente sin embargo sufrió un fin tan brutal y desproporcionado. Y cuando a la vez, simultáneamente, insistieron en proclamar que Jesús era hijo de Dios —incluso «el Mesías» o *Cristo* (un título que él mismo jamás quiso reconocer)— estaban al filo de una nueva revelación de la propia naturaleza de Dios.

La expresión «hijo de» en la Biblia indica siempre la idea de un parecido familiar. Cuando en Marcos 3,17 pone que Jesús puso a los hermanos Jacobo y Juan el apodo de «“boanerges”, esto es, hijos del trueno», estaba refiriéndose a su temperamento tormentoso, enérgico y lleno de aspavientos, o quizá a un hábito de levantar demasiado la voz. Ser un «hijo de Dios» sólo puede significar parecérsele. Esto es cierto para todos los que, estando «en Cristo» y compartiendo así su Nueva

Humanidad, somos por tanto «hijos de Dios». Ese no es un título o un rango, es la descripción de un parecido. Decir, entonces, que este Jesús —los datos de cuya vida encajan tan perfectamente con los versos de Isaías 52,7-54,8— es «hijo de Dios», nos obliga a imaginar que Dios es como Jesús es: El «siervo sufriente» se parece a Dios.

Si alguien quiere saber cómo es Dios, Dios es como fue Jesús; que fue, a su vez, como Israel en su abatimiento y derrota, el «siervo sufriente» de Isaías. ¡Desde luego, hablar de que Dios se hizo carne en Jesús nos va a obligar a reevaluar algunas de las cosas que pensábamos saber acerca de cómo es Dios!

TEMA 2. JESÚS Y «EL HIJO DEL HOMBRE»

En esta sección, para variar, no vamos a leer y comentar uno o varios capítulos, sino a hacer algunas observaciones sobre un término. Jesús no parece haber aceptado de buena gana que sus contemporáneos le dieran el título honorífico y monárquico de *Mesías* o *Cristo* (Ungido). Él prefería la expresión «el hijo del hombre», cuyos antecedentes venían de la tradición profética. «Hijo de hombre» es lo que el Espíritu de Dios llamaba habitualmente a Ezequiel, como se verá fácilmente consultando una concordancia bíblica u hojeando el propio libro de Ezequiel. También en el libro de Daniel, «hijo de hombre» puede ser la identidad del profeta (Dn 8,17). Pero hay además alguien «semejante a la forma de los hijos de hombre» (Dn 10,16), un intermediario que hace que Daniel pueda recuperar el habla cuando se queda mudo en medio de una visión extática. Y por último tenemos una figura misteriosa, alguien «como un hijo de hombre» (Dn 7,13), que se hará con el gobierno de toda la tierra.

A pesar de que ni en Ezequiel ni en Daniel tenemos la frase exacta «el hijo del hombre», entonces y resumiendo, todas estas frases parecerían constituir el antecedente bíblico para la frase que empleó tan típicamente Jesús. Se referían habitualmente al propio profeta. Pero tenemos también un caso (Dn 7,13), donde una de las formas de la frase indica el fundador de una dinastía cuyo gobierno abarcará toda la tierra y que jamás será derrotada. (También es posible, aunque no necesario —y quizá tampoco verosímil—entender que es esa misma persona quien gobernaría eternamente.)

Jesús es la única persona que emplea la expresión "el hijo del hombre".

Por cierto habrás notado la falta de mayúsculas, aquí, en la frase «el hijo del hombre». Has de tener en cuenta que las mayúsculas no existieron hasta bien avanzada nuestra propia era y que por tanto, poner *Hijo del Hombre* con esas mayúsculas ha sido una decisión editorial de los traductores modernos, que han opinado que en esta frase, «Hombre» es palabra sinónima de «Dios». No es una idea baladí. Habría que meditar en ello y examinar qué es lo que Jesús quiso dar a entender si empleó la palabra «Hombre» como sinónimo de «Dios». De momento sin embargo, empezaremos por suprimir las mayúsculas, aunque reservándonos la posibilidad de recuperarlas.

Con estos antecedentes, leerás ahora los textos en el Evangelio según Mateo donde figura la frase «el hijo del hombre». Podríamos ampliar nuestro estudio a los otros tres evangelios, pero nos ceñiremos a Mateo como muestrario suficiente para esta ocasión.

Notarás que Jesús es la única persona que emplea esta expresión. Sus admiradores tienden a dar a Jesús los títulos de «hijo de David» o «Cristo», incluso «Hijo de Dios». Los demonios tienden a llamarlo «Hijo de Dios» —aunque los demonios son notoriamente mentirosos y tramposos con sus palabras, por lo que no sería razonable fiarse de su testimonio. (Satanás, por cierto, en las tentaciones cuestiona que sea verdad que Jesús es hijo de Dios —y esa duda satánica tampoco es de fiar.) Jesús jamás se refiere a sí mismo con ninguno de esos títulos, sino que recurre consecuentemente a la frase «el hijo del hombre».

Observa con detenimiento todo lo que te parezca de interés en estos textos —lo que en ellos aprendemos sobre «el hijo del hombre» en boca de Jesús. Los versículos indicados entre paréntesis señalan el contexto más o menos indispensable para ponernos en situación para la frase «el hijo del hombre» cuando aparece en Mateo:

- **Mt 8,20** (8,18-20)

Cuando Jesús se vio rodeado por una multitud, mandó retirarse a otra parte. Entones se le acercó un letrado y le dijo:

—Maestro, te seguiré hasta donde sea.

Y Jesús le dice:

—Las raposas tienen madrigueras y las aves del cielo donde anidar, pero el hijo del hombre no tiene dónde apoyar la cabeza».

- **Mt 9,6** (9,1-8)

Se metió en un barco y cruzó hasta llegar a su propia población. Y —¡Mira!— le trajeron un paralítico echado en una camilla. Y al ver lo fieles que eran le dijo al paralítico: «Ánimo, hijo, que no se tienen en cuenta tus faltas». Entonces —¡Mira!— algunos de los letrados comentaron entre ellos: «Éste blasfema». Y Jesús, al ver lo que opinaban, dijo:

—¿Por qué tenéis tan mala opinión? ¿Qué es más difícil? ¿Decir: No se tienen en cuenta tus faltas? ¿O decir: Levántate y echa a andar? Pero para que veáis que el hijo del hombre tiene capacidad de pasar por alto las faltas sobre la tierra… —Entonces le dice al paralítico— ¡Arriba! Recoge tu camilla y vete a tu casa.

¡Y se levantó y se fue a su casa! Al verlo, el gentío sintió respeto y atribuyeron resplandor a Dios por haber dado semejante capacidad a los seres humanos.

- **Mt 10,23** (10,16-23)

¡Mira! —os mando como ovejas entre lobos. Por consiguiente, habréis de ser tan sabios como las serpientes y tan honestos como las palomas. Atención con los hombres, porque os denunciarán a la asamblea y en sus reuniones os lloverán palos. Y por motivo de mí seréis arrastrados ante comandantes y reyes, para que ante ellos y ante las naciones prestéis declaración. Sin embargo cuando os denuncien, no os preocupéis acerca de cómo hablar o qué decir: Dios os dará en esa hora qué decir. Porque no sois vosotros los que habláis sino el aliento de vuestro Padre el que habla por medio vuestro.

Pero habrá quien entrega a muerte a su propio hermano, y padre a hijo, y se rebelarán a muerte los hijos contra sus padres. Y seréis odiados por todos por motivo de mi nombre, aunque quien sepa aguantar hasta el final, se descubrirá liberado. Así que cuando os persigan en una ciudad, huid a otra. Sin embargo os digo —¡amén!— que no habréis llegado a todas las ciudades de Israel sin que antes haya llegado el hijo del hombre.

- **Mt 11,19** (11,13-22)

—Porque todos los profetas y la ley han profetizado hasta Juan. Y si os parece, él es Elías, el que faltaba llegar (el que tiene oídos, que oiga).

Pero, ¿a qué puedo comparar esta generación? Es como unos muchachos sentados en las plazas, que se echan en cara unos a otros: «Os tocamos la flauta y no quisisteis bailar»; «Estábamos de luto y no quisisteis golpearos el pecho».

—Porque vino Juan que no comía ni bebía, y dicen: «¡Tiene un demonio!»; vino el hijo del hombre que comía y bebía, y dicen: «¡Mira! Un glotón y un borracho, amigo de los funcionarios del régimen de ocupación, amigo de los que no aciertan ni una —y la sabiduría se distingue por sus obras».

Entonces empezó a recriminar a las ciudades que habían visto sus mayores muestras de poder, el que siguiesen impenitentes:

—¡Ay de ti, Jorasín! ¡Ay de ti, Betsaidá! Porque si hubieran visto en Tiro y Sidón las mismas muestras de poder que entre vosotras, llevarían ya mucho tiempo haciendo penitencia, castigándose la piel y echándose ceniza a la cabeza. Por consiguiente os digo que en el día de juicio, les irá mejor a Tiro y Sidón que a vosotras. Y tú, Cafarnaúm, ¿acaso serás alzada hasta los Cielos? ¡Serás abatida hasta la ultratumba! Porque si entre los sodomitas hubieran visto las mismas muestras de poder que entre vosotros, seguirían en pie hasta hoy.

- **Mt 12,8** (12,1-8)

Por aquella época pasaba Jesús de sábado en sábado por unos campos de cereales y sus discípulos, sintiendo hambre, se pusieron a desgranar espigas y comérselo. Pero los fariseos al verlo, dijeron:

—¡Mira! Tus discípulos hacen lo que no está permitido en día sábado.

Y el les replicó:

—¿No habéis leído donde pone que cuando David y su compañía sintieron hambre, entraron a la casa de Dios y se comieron los panes de presentación que tenían prohibidos él y su compañía porque estaba reservado para los sacerdotes? ¿Y no habéis leído en la Ley que los sacerdotes del templo que incumplen el descanso de los sábados, sin embargo están libres de culpa? Pero os digo que aquí hay algo mucho más importante que el templo. Si supieseis qué significa eso de que «Más que el sacrificio quiero ver un poco de comprensión», no emitiríais juicios contra quien no está haciendo mal a nadie. Porque el hijo del hombre es soberano sobre el descanso semanal.

- **Mt 12,32** (12,25-33)

Dándose cuenta de lo que estaban pensando, les dijo:

—Todo reino dividido en facciones acaba desamparado y toda ciudad o dinastía donde no se entienden, acaba cayendo. Y si Satanás está echando fuera a Satanás, está dividido en facciones. ¿Cómo se va a sostener entonces su reinado? Y si yo estoy echando fuera dioses paganos por Beelcebul, ¿entonces vuestros adeptos por quién los están echando? Que os juzguen ellos mismos. Ahora bien, si resulta que estoy echando dioses paganos por el Soplo de Dios, entonces se os ha presentado el reinado de Dios.

—¿Y cómo se iba a poder meter alguien en la casa de un fortachón y birlarle sus joyas sin antes maniatar al fortachón? Y entonces sí puede desvalijarle la casa.

—Quien no está conmigo, contra mí se planta; y quien no junta conmigo, es que desparrama. Por eso os digo que a las personas se les puede perdonar cualquier desacierto personal y ligereza de palabras; pero es imperdonable la ligereza de palabras contra el Soplo. Y si alguien dice cualquier cosa contra el hijo del hombre, se le puede perdonar; pero hablar contra el Soplo sagrado no tiene perdón ni ahora ni nunca. O estáis haciendo un árbol bueno y sus frutos buenos, o si no, estáis haciendo un árbol podrido con sus frutos podridos: y por el fruto se conoce el árbol.

- **Mt 12,40** (12,38-41)

A continuación algunos de los letrados y fariseos le respondieron así:

—Maestro, queremos ver tus credenciales.

Pero él les replicó:

—Es una generación malvada e infiel la que pide credenciales; y no recibirá ninguna más allá que las de Jonás el profeta. Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en la panza de la ballena, también el hijo del hombre estará en el corazón de la tierra tres días y tres noches. Los hombres de Nínive se levantarán ante el tribunal contra esta generación y la condenarán, por cuanto hicieron penitencia por causa del mensaje de Jonás. Pero mira, aquí hay alguien más importante que Jonás.

- **Mt 13,37.41** (13,36-43)

A continuación, tras despedir a las multitudes, llegó a casa. Entonces los discípulos se le acercaron y dijeron:

—Explícanos la analogía de las malas hierbas en el campo.

Entonces contestó:

—El sembrador de la buena semilla es el hijo del hombre y el campo es el mundo, mientras que la buena semilla, esos son los hijos del reino. Y las malas hierbas son los hijos del mal, mientras que el enemigo que las sembró es el chivato. Y la siega es la consumación de esta era, mientras que los segadores son emisarios. Entonces, así como se apartan y queman a fuego las malas hierbas, así será cuando la consumación de esta era. El hijo del hombre enviará a sus emisarios, que apartarán de su reinado a todos los que estorban y que infringen la ley, y los echarán a la fogata —allí habrá llanto y rechinar de dientes. Entonces los justos alumbrarán como el sol en el reinado de su padre de ellos. Quien tenga oídos, que oiga.

- **Mt 16,13** (16,13-20)

Cuando Jesús llegó a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos:

—¿Qué opina la gente del hijo del hombre?

Le respondieron:

—Algunos opinan que es Juan el bautista; pero otros, que se trata de Elías o Jeremías o alguno de los profetas.

Les dice:

—¿Y vosotros, qué opináis acerca de mí?

Pedro respondió:

—¡Tú eres el coronado, la viva imagen del Dios viviente!

Entonces Jesús le contestó:

—Dichoso de ti, Simón hijo de Jonás, por cuanto no te ha descubierto esto ni carne ni sangre, sino mi Padre en el cielo. Y además te digo que tú eres «Piedro», y sobre esta «piedra» construiré mi asamblea de tal suerte que las puertas de la ultratumba no resistirán ante su ataque. Te daré las llaves del reinado de los cielos, de tal suerte que lo que tú sujetes sobre la tierra, quedará sujeto en los cielos y lo que tú dejes libre en la tierra, quedará libre en los cielos.

De inmediato dio orden terminante a sus discípulos, de no decir a nadie: «Él es el coronado».

- **Mt 16,27.28** (16,21-28)

A partir de ese momento, Jesús explicó claramente a sus discípulos que debía entrar a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos y de la nobleza sacerdotal y de los letrados; y que le matarían y que al tercer día se levantaría.

Entonces Pedro se lo llevó a parte y empezó a reconvenirle:

—¡No seas tan duro contigo mismo, soberano, que eso no te va a pasar!

Pero él dio media vuelta y le dijo a Pedro:

—¡Atrás, chivato, que me estorbas! Porque no comprendes los asuntos de Dios, sino los de la gente.

De inmediato se dirigió Jesús a sus discípulos:

—Si alguno quiere venir conmigo, que reniegue de sí mismo y levante su cruz y me siga; que cualquiera que quiera conservar la vida, la perderá; pero cualquiera que pierda la vida por mí, la encontrará. Porque ¿de qué le sirve a nadie ganar el mundo entero pero perjudicando su vida? ¿Qué no daría cualquiera a cambio de su vida? Por cuanto el hijo del hombre va a venir en el resplandor de su Padre, con sus emisarios, y en ese momento pagará a cada cual según lo que haya hecho. Amén, os digo que algunos de los que están aquí mismo, no degustarán la muerte sin antes haber visto al hijo del hombre venir con su reinado.

- **Mt 17,9.12** (17,1-13)

Y seis días después, apartó Jesús a Pedro y a Jacob y su hermano Juan, y se los llevó a lo alto de una montaña. Y se transformó viéndolo ellos, y su cara fulguró como el sol, mientras que su ropa se volvió tan blanca como la luz. Y ¡Mira! se les aparecieron Moisés y Elías y se pusieron a hablar con él.

Entonces Pedro respondió, dirigiéndose a Jesús:

—Soberano, haríamos bien en quedarnos aquí. Si te parece, montaremos tres tiendas de campaña: una para ti y otra para Moisés y otra para Elías.

Estaba todavía hablando cuando —¡Mira!— una nube luminosa los dejó en la sombra y —¡Mira!— una voz que salía de la nube dijo:

—Éste es mi hijo amado que cuenta con mi aprobación. Escuchadle.

Al oír esto los discípulos se postraron rostro en tierra, aterrados; y se les acercó Jesús y los tocó. Dijo:

—¡Arriba; ¡Sin miedo!

Levantaron los ojos y ya no se veía a nadie más que Jesús solo.

Mientras bajaban de la montaña, Jesús les ordenó:

—No contéis a nadie esta visión antes de que el hijo del hombre se haya levantado de entre los muertos.

Y los discípulos le preguntaron:

—¿Y entonces por qué afirman los letrados que antes tiene que venir Elías?

Y el contestó:

—Por cuanto Elías viene y volverá a dejar todo en su sitio. Sin embargo yo opino que Elías ya ha venido y no le reconocieron, sino que hicieron con él todo lo que les entró en gana. Y así también están por hacer sufrir al hijo del hombre.

Al instante los discípulos cayeron en la cuenta de que les hablaba de Juan el bautista.

- **Mt 17,22** (17,22-23)

Mientras se reconcentraban en Galilea, Jesús les dijo:

—El hijo del hombre está por ser denunciado ante las autoridades humanas y lo van a matar y al tercer día se levantará.

Y los embargó una enorme tristeza.

- **Mt 18,11** (18,10-14)

Cuidaos de despreciar a uno de estos insignificantes. Porque os digo que sus emisarios están en los cielos en toda ocasión, cara a cara con mi Padre celestial. Por cuanto el hijo del hombre vino a salvar lo malogrado. ¿Qué opináis? Pongamos un hombre que tiene cien ovejas y se le extravía una. ¿Acaso no deja las noventa y nueve en la cima y sale a buscar la que se le extravió? Y en caso de encontrarla, amén os digo yo, que se alegra por ésta más que por las noventa y nueve que no se habían extraviado. Así también, no quiere vuestro Padre celestial que se malogre ni uno sólo de éstos.

- **Mt 19,28** (19,23-30)

Dijo entonces Jesús a sus discípulos:

—Amén, os lo digo yo, que un rico muy difícilmente pasará a ser gobernado por los Cielos. Y os lo repito, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que pasar un rico a ser gobernado por los Cielos.

Y los discípulos, al oír esto, se quedaron muy sorprendidos. Decían:

—¿Y entonces quién va a poder salvarse?

Jesús se quedó con la mirada perdida y al fin les dijo:

—Es imposible desde el punto de vista humano; aunque desde el punto de vista de Dios, cualquier cosa es posible.

Entonces Pedro le replicó:

—Mira que lo hemos dejado todo por seguirte. Entonces... ¿qué será de nosotros?

Y Jesús les dijo:

—Amén, os lo digo yo, que vosotros los que me hayáis seguido en la revitalización, cuando el hijo del hombre se siente sobre el trono de su resplandor, os sentaréis también sobre doce tronos a juzgar a las doce tribus de Israel. Y cualquiera que haya perdido casas, a hermanos, a hermanas, a padre, a madre, a hijos o campos por culpa de mi nombre, lo recibirá centuplicado; y heredará la vida de los tiempos. Y muchos destacados habrá que serán insignificantes, e insignificantes que serán destacados.

- **Mt 20,18** (20,17-19)

Cuando subía Jesús a Jerusalén se apartó a solas con los doce, y mientras avanzaban por el camino les dijo:

—Mira que estamos subiendo a Jerusalén y el hijo del hombre va a ser delatado ante la nobleza sacerdotal y los letrados. Y lo van a condenar a muerte y entregar a los paganos para que se burlen y lo torturen y lo crucifiquen —y al tercer día se levantará.

- **Mt 20,28** (20,20-28)

En eso se le acerca, con sus hijos, la madre de los hijos de Zebedeo. Hizo una reverencia y pidió hablar con él. Y él le dijo:

—¿Qué quieres?

Ella le dice:

—Que digas que cuando tú gobiernes, se sentarán estos dos hijos míos, el uno a tu diestra y el otro a tu siniestra.

Pero Jesús respondió:

—¡No tenéis ni idea de lo que estáis pidiendo! ¿Acaso pensáis que vais a poder beber de la copa de la que voy a beber yo?

Le dijeron:

—¡Pues claro!

Les dice:

—En efecto, beberéis de mi copa. Pero en cuanto a mi diestra y mi siniestra, eso no lo decido yo. Es, al contrario, para los que mi Padre lo tiene preparado.

También se enteraron los diez. Se enfadaron con los dos hermanos. Pero Jesús los reunió y les dijo:

—Sabéis que los gobernantes de las naciones hace valer su soberanía sobre los demás y que los que son importantes hacen que se sienta su autoridad. Entre vosotros no será así. Al contrario, cualquiera de vosotros que quiera ser importante, que adopte la actitud de esclavo de los demás. Y cualquiera de vosotros que quiera figurar como el primero, ese será vuestro esclavo, así como el hijo del hombre no vino para esclavizar sino para hacerse esclavo y para entregar su propia vida como rescate para muchos.

- **Mt 24,27.30.37.39.44** (24,15-51)

Así que cuando veáis erguirse en el lugar santo el horror devastador que fue anunciado por Daniel el profeta (entienda todo aquel que lee), entonces huyan a las montañas los que están en Judea. Que no entre a casa para coger nada quien se encuentre en la azotea. Que no vuelva atrás a recoger su capa quien se encuentre en el campo. ¡Pobre de las embarazadas y las que amamantan en esos tiempos! Y rogad a Dios que vuestra huida no caiga en invierno ni en sábado.

Porque habrá una gran aflicción como no ha habido desde el principio del mundo hasta ahora ni nunca más volverá a suceder. —Y si no se hubiesen interrumpido aquellos días, nadie en absoluto se habría salvado—. Pero por amor a los elegidos, esos días se han de interrumpir.

En ese entonces, si alguno entre vosotros anuncia: «¡Mira! ¡Aquí está el coronado!» o: «¡Aquí!», no lo creáis. Porque se levantarán falsos coronados y falsos profetas y brindarán señales y prodigios hasta tal punto de engañar (si fuese posible) hasta a los elegidos. Atentos, que ya estáis advertidos. Por consiguiente si os dicen: «¡Mira! ¡Está en el desierto!», no salgáis; o «¡Mira! ¡En unos cobertizos!», no lo creáis. Porque como el relámpago que viene del este pero se ve desde el oeste, así será la aparición del hijo del hombre. «Donde hay un cadáver, ahí se juntan los buitres».

De inmediato a continuación de la aflicción de aquellos tiempos, el sol se quedará a oscuras y la luna no soltará ningún rayo y las estrellas se caerán del cielo y los poderes celestes se echarán a temblar. Y entonces se verá en cielo la señal del hijo del hombre. Y entonces estarán de luto todas las razas de la tierra y verán al hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con fuerza y resplandor enorme. Y mandará a sus emisarios con un trompetazo imponente, a que reúnan a

sus elegidos desde todas las direcciones, desde una punta del cielo hasta la otra.

Aprended por comparación con la higuera: Cuando sus brotes ya están tiernos y aparecen las hojas, sabéis que no tardará en llegar el verano. Así también vosotros mismos: cuando observéis todas estas cosas, habéis de saber que se os echa encima, está a la puerta. Amén, os lo digo yo, no pasará esta generación sin que antes hayan sucedido todas estas cosas. El cielo y la tierra pasarán, y mis palabras no habrán pasado.

Pero en cuanto al día y la hora exacta, eso no lo sabe nadie. Ni los emisarios ni los cielos ni el hijo, sino sólo el Padre. Igual que en la época de Noé, así también será la aparición del hijo del hombre. Porque igual que en aquella época anterior al cataclismo comían y bebían, se casaban y entregaban en matrimonio hasta el día que entró Noé al arcón —y no se dieron cuenta hasta que cayó el cataclismo y perecieron todos—, así también pasará con la aparición del hijo del hombre.

En ese entonces estarán dos en el campo: uno es recibido, el otro rechazado; dos estarán moliendo en el molino: una es recibida, la otra rechazada. Estad atentos, entonces, por cuanto no sabéis en qué momento viene vuestro soberano. Pero podéis entender que si el dueño de una casa supiera a qué hora de la noche viene el ladrón, estaría atento y no se dejaría perforar la casa. Por eso mismo estad vosotros también preparados, por cuanto el hijo del hombre viene en la hora que menos os imagináis.

¿Quién es, entonces, ese esclavo fiel e inteligente a cuyo cargo deja el amo su gente para que les dé de comer cuando corresponde? ¡Dichoso aquel esclavo que al llegar su soberano, lo encuentra actuando así! Amén, os lo digo yo, que dejará a cargo suyo todo lo que tiene. En cambio si es un mal esclavo, piensa en secreto: «Mi soberano tardará en llegar» —y se pone a abusar de los demás esclavos, a la par que come y bebe con los borrachos. Llegará el amo de tal esclavo en el momento menos pensado, cuando menos se lo imagina. Entonces lo rebajará tajantemente y lo pondrá con los farsantes. Allí habrá llanto y rechinar de dientes.

- **Mt 25,31; 26,2** (25,31-46)

Y cuando llegue ***el hijo del hombre*** *en su resplandor y todos los emisarios con él, entonces se sentará sobre el trono de su resplandor. Todas las naciones se reunirán delante de él y él hará*

distinción entre ellos, como el pastor distingue entre las ovejas y las cabras. Pondrá a las ovejas a la derecha y a las cabras a la izquierda.

Entonces dirá el rey a los de su derecha:

—¡Venid, benditos de mi padre! Es para vosotros el gobierno que tenéis preparado desde los cimientos del universo. Porque pasé hambre pero me disteis de comer; pasé sed pero me disteis de beber; fui un extranjero pero me disteis acogida; desnudo pero me disteis ropa, débil pero me cuidasteis; estuve encarcelado pero no me abandonasteis».

Entonces le contestarán los justos:

—Pero soberano, ¿cuándo te vimos pasar hambre pero te dimos de comer, o pasar hambre pero te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos extranjero pero te dimos acogida, o desnudo pero te dimos ropa? ¿Cuándo te vimos débil pero te cuidamos, o encarcelado pero no te abandonamos?

Y el rey les responderá:

—Amén, os lo digo yo, al proceder así con cualquiera de éstos mis hermanos más insignificantes, procedisteis así conmigo.

Entonces se dirigirá también a los de la izquierda:

—¡Fuera de aquí, malditos! ¡Al fuego de los tiempos que está preparado para el chivato y sus emisarios! Porque pasé hambre y no me disteis de comer; pasé sed y no me disteis de beber; fui un extranjero y no me disteis acogida; desnudo y no me disteis ropa; débil y encarcelado, y no me cuidasteis.

Entontes le contestarán ellos también:

—Pero soberano, ¿cuándo te vimos pasar hambre o sed, o ser un extranjero, o estar desnudo o débil o encarcelado… y no te atendimos?

Les responderá:

—Amén, os lo digo yo, al proceder así con cualquiera de éstos, los más insignificantes, procedisteis así conmigo.

Y éstos serán mandados a un castigo permanente, mientras que los justos a una vida permanente.

- **Mt 26,2** (25,44-26,2)

—Entontes le contestarán ellos también: «Pero soberano, ¿cuándo te vimos pasar hambre o sed, o ser un extranjero, o estar desnudo o débil o encarcelado… y no te atendimos?» Les responderá: «Amén, os lo digo yo, al proceder así con cualquiera de éstos, los más insignificantes, procedisteis así conmigo». Y éstos serán mandados a un castigo permanente, mientras que los justos a una vida permanente.

Y sucedió que al acabar Jesús de decir todas estas cosas, se dirigió a sus discípulos:

*—Ya sabéis que dentro de dos días será la Pascua y que el **hijo del hombre** será delatado para que lo maten en una cruz.*

- **Mt 26,24** (26,20-25)

Al caer la noche, cenaba con los discípulos. Y mientras comían, dijo:

—Amén, os lo digo yo, que uno de vosotros me va a delatar.

Y se turbaron muchísimo y empezaron a exclamar, todos a la vez:

—¡Ni se te ocurra pensar eso de mí, soberano!

Pero él respondió tajantemente:

*—Uno de los que mete la mano en el plato conmigo para pringar, me va a delatar. Y aunque al **hijo del hombre** le pasa tal como está escrito sobre él, pobre de aquel que lo haya delatado. Mejor hubiera sido para esa persona, el nunca haber nacido.*

Y Judas, el que lo estaba por delatar, exclamó:

—¡Ni se te ocurra pensar eso de mí, rabino mío!

Le dice:

—Lo que tú digas.

- **Mt 26,45** (26,42-47)

Por segunda vez se alejó para orar y exclamó:

—¡Padre mío! ¡Si es imposible que pase esto sin que me lo tenga que tragar… que sea lo que tú quieres!

Volvió y otra vez los halló dormidos, que les pesaban mucho los párpados. Los dejó en paz y se alejó por tercera vez para orar en los mismos términos.

Al rato vuelve donde los discípulos y les dice:

—Dormid y descansad mientras podáis. Mira que se acerca el momento cuando el ***hijo del hombre*** *será delatado al poder de los que viven en el error…*

—¡Arriba! ¡Vamos! ¡Mira que se acerca el que me delata!

Estaba todavía hablando cuando —¡Mira!— Judas, uno de los doce, llegó y junto con él, un buen contingente armado con espadas y palos, que venían de parte de la nobleza sacerdotal y de los ancianos del pueblo.

- **Mt 26,64** (26,63-66)

Y Jesús callaba. Entonces el Sacerdote Príncipe le dijo:

—¡Te conjuro por el Dios Viviente, que nos digas si tú eres el coronado, el hijo de Dios!

Le dice Jesús:

—Lo que tú digas. En cualquier caso, os aviso que a partir de ahora vais a ver al ***hijo del hombre*** *sentado a la diestra de la potestad y que viene sobre las nubes del cielo.*

Al instante el Sacerdote Príncipe se rasgó la vestimenta y exclamó:

—¡Sacrilegio! ¿Acaso hacen falta más testigos? ¡Mirad, que ya habéis oído el sacrilegio! ¿Qué opináis?

—¡Es reo de muerte! —respondieron.

¿Quién es «el hijo del hombre»?

♦ Jesús parece emplear la frase «el hijo del hombre» como más o menos equivalente a «yo», es decir él mismo, Jesús. Sería como cuando en castellano uno se refiere a sí mismo en tercera persona como: «un servidor». Jesús en esas ocasiones emplearía la frase como queriendo enfatizar, por una parte, su propia humanidad incondicionada: Jesús es plena y cabalmente humano, un «hijo de hombre» como cualquier vecino de su pueblo. Pero por otra parte —a la vista del sentido que tiene la frase «hijo de hombre» en Ezequiel y Daniel— quizá Jesús enfatizaba así su condición de profeta en Israel. Ezequiel fue el hombre escogido por Dios para traer una nueva y sorprendente revelación a Israel: la debacle nacional no era el fin de su historia sino que tan sólo abría la puerta a un nuevo capítulo glorioso, donde Israel sería auténticamente pueblo para Dios, y él

sería auténticamente Dios para ellos (Ez 36,28). Sería en esa tradición profética, entonces, donde Jesús se identificaba y prefería que los demás lo vieran. Como Israel en tiempos de Ezequiel, el profeta Jesús se enfrentaría a su propia debacle personal; pero volvería.

- En algunos de nuestros textos, «el hijo del hombre» es una figura que está por hacer su aparición en un momento futuro muy próximo. El antecedente claro para esta esperanza sería la figura de uno «como un hijo de hombre» en Daniel 7,13, que gobernará sobre todo el mundo y cuyo gobierno jamás caerá. Según Jesús, vendrá acompañado de ángeles y su llegada será un momento de juicio, donde cada cual será recompensado según sus obras, sean buenas o malas.

  La primera impresión sería de que en estas profecías está hablando de otra persona diferente a él mismo. Si se refería a sí mismo, es una manera extremadamente rebuscada y enigmática de hacerlo. Si el sentido de estas profecías es «Cuando yo vuelva en gloria con ángeles a mis órdenes», ¿por qué dar tantos rodeos? Quizá Jesús prefirió dar la impresión de que hablaba de otra persona, no de sí mismo, por el mismo motivo que se mostró tan receloso en general de despertar esperanzas mesiánicas, es decir, esperanzas en que él fuera a ser un rey de los judíos al estilo de David.

En algunas ocasiones, Jesús emplea la frase como queriendo enfatizar su propia humanidad incondicionada: Jesús es plena y cabalmente humano, un "hijo de hombre" como cualquier vecino de su pueblo.

- Una de sus conversaciones con sus discípulos, Mt 16,13-28, resulta más o menos ejemplar de esa actitud negativa de Jesús respecto a las esperanzas mesiánicas que su persona suscitaba. Aquí Jesús parece admitir que él mismo, Jesús, «el hijo del hombre», realmente es el «Hijo de Dios» y a la vez «el Cristo», es decir el Mesías o rey al estilo de

David. Ya hemos comentado varias veces que en las tradiciones de las monarquías de la antigüedad, ser rey y ser hijo de un dios era la misma cosa, por lo que la asociación de ambos conceptos que hace Pedro no es fortuita. Además, cuando Jesús admite aquí que Pedro lo llame «el Cristo, el Hijo del Dios viviente», a la vez parece estar admitiendo ser el rey de la profecía de Daniel que aparecerá en el futuro, a tenor de cómo concluye la conversación (Mt 16,28).

Pero la conversación contiene mucho más que eso. Jesús prohíbe terminantemente a sus discípulos decir a nadie que él es el Mesías. Hay algo en esa expresión, «el Cristo», que no cuadra con él, su identidad, su misión y su manera de vivir. Por eso Jesús lleva la conversación inmediatamente a otro terreno, para hablar de su humillación y muerte. Pedro, que sigue animado porque por fin Jesús ha reconocido ser el Mesías (aunque les haya prohibido decir que lo es), no quiere oír hablar de humillación y muerte. Pero Jesús lo reprende con palabras durísimas: «¡Quítate de delante de mí, Satanás! ¡Me eres piedra de tropiezo, porque no piensas como Dios sino como los hombres!»

De inmediato Jesús advierte a los discípulos, que no aspiren a ser ministros de gobierno. Porque si de verdad le siguen, lo que sucederá es que caerán humillados bajo las botas del Imperio Romano, crucificados como él.

También cabe la posibilidad, en varios de nuestros textos, de interpretar la frase "el hijo del hombre" como la aparición en la tierra de esa Nueva Humanidad que se identificará con Jesús, hechos semejantes al modelo del "segundo Adán", Jesucristo, el Hijo de Dios.

Pareciéramos hallarnos ante una paradoja. ¿Cómo puede ser Jesús el rey de la profecía de Daniel y tener tan claro que tanto él mismo como sus seguidores caerán aplastados por un régimen imperial pagano? La solución parecería esconderse, naturalmente, en su certeza de resucitar y volver. Y en cuanto a sus discípulos, les ofrece la esperanza de «volver a nacer» cuando el Hijo del Hombre se siente sobre su trono (Mt 19,28). Pero quizá no debiéramos darnos demasiada prisa para resolver la paradoja entre gloria y humillación. Quizá estamos ante una profunda revelación nueva acerca de cómo Dios piensa gobernar —y en última instancia, cómo Dios es y cómo Dios está gobernando ya ahora y desde siempre a los seres humanos: desde la debilidad y el sufrimiento y no devolviendo mal por mal.

♦ También cabe la posibilidad, en varios de nuestros textos, de interpretar la frase «el hijo del hombre» como la aparición en la tierra de esa Nueva Humanidad que se identifica con Jesús, hechos semejantes al modelo del «segundo Adán», Jesucristo, el Hijo de Dios. La presencia de esta Nueva Humanidad en medio de la vieja humanidad (corrompida y condenada a muerte según el modelo de Adán), sería ese evento futuro, anunciado y esperado: la llegada de «el Hijo del Hombre» que gobernará en todo el mundo. Todas estas personas serían gloriosamente hijas e hijos de Dios. La presencia de esta Nueva Humanidad denunciaría la mezquindad de algunos hombres y mujeres, a la vez que manifestaría la «justicia» de otros, quienes están dispuestos a correr la misma suerte y la misma muerte que Jesús. Esa presencia de la Nueva Humanidad sería en sí misma, entonces, un juicio —el juicio anunciado. No porque ellos condenen a nadie sino porque algunos se negarán a recibir su mensaje de transformación, condenándose a sí mismos.

Como Jesús es el prototipo y modelo de esta Nueva Humanidad, cuando Jesús emplea el término suele resultar lo mismo que hablar de sí mismo en tercera persona, ya presente en esta tierra y sometido a estas presiones y oposición y violencia que sufrió Jesús. Pero el plan no es que su manera de ser un ser humano sea única e irrepetible. La idea es que Jesús sea un modelo a seguir, el pionero de una nueva raza de la humanidad, todos hijos e hijas de Dios, todos acompañados por los ángeles del Señor, gloriosos en nuestro parecido al Hijo y por tanto al Padre. Aunque también sometidos, como Jesús mismo, a incomprensión y persecución, a la injusticia y violencia de una vida vivida en medio de la antigua humanidad. Pero, ¿por qué es necesario convivir con la antigua humanidad? Para darles testimonio en

imitación al testimonio de la cruz de Jesús, con el objetivo de despertar en cada persona que los conoce y observa, el arrepentimiento y acercamiento a Dios que los hará cambiar de identidad. Para que ellos y ellas ya no se identifiquen más con Adán pecador ni se le parezcan en sus obras, sino que se identifiquen con Cristo crucificado y se le parezcan en sus obras.

Como diría Pablo, con tal de que haya una persona «en Cristo» estamos ante una Nueva Creación; las cosas viejas pasaron y ahora todo es nuevo. Sin embargo esa única persona que bastaría para que estuviéramos ante una Nueva Creación no es del todo suficiente para poder decir que estamos ante una manifestación cabal de «el Hijo del Hombre». La «medida de la estatura de la plenitud de Cristo» y «hombre perfecto» (Ef 4,13) sólo puede verse adecuadamente donde haya una comunidad de los que están «en Cristo». El «cuerpo de Cristo» es esa comunidad, jamás un individuo. Es la plenitud de la comunidad con sus diversos miembros muy diferentes entre sí, la que encarnaría aquí y ahora la presencia de «el Hijo del Hombre».

Es una idea sugestiva, llena de posibilidades, que parece casar bien con algunos aspectos de lo que aprendemos de la frase «el hijo del hombre» en boca de Jesús; y que también casa con algunas descripciones de la comunidad de los seguidores de Cristo, que hallamos en el resto del Nuevo Testamento. Desde luego, es más tradicional interpretar que la frase «el Hijo del Hombre» tiene única y exclusivamente que ver con Jesús: primero en su vida terrenal hace dos mil años; y a la postre, cuando regrese para poner el finiquito a la presente existencia humana. Siempre es posible que esa interpretación tradicional sea la correcta —aunque no es una interpretación perfecta. Esa interpretación tradicional no nos explica, por ejemplo, cómo Jesús pudo anunciar que la llegada futura de «el Hijo del Hombre» y su reino llegarían tan en breve, que muchos de los que le escuchaban lo experimentarían antes de morir.

Sí sabemos que muchos de los que escucharon personalmente a Jesús, llegaron a la postre a experimentar esa transformación interior de su identidad como seres humanos, lo que estamos describiendo como el despertar de una Nueva Humanidad. En cuanto hijos e hijas también de Dios, quizá sea posible entender esta realidad como una manifestación de «el Hijo del Hombre».

Sabemos que muchos de los que escucharon personalmente a Jesús, llegaron a la postre a experimentar esa transformación interior de su identidad como seres humanos, lo que estamos describiendo como el despertar de una Nueva Humanidad.

TEMA 3. MARCOS 14,53-15,47

Si Jesús prefería llamarse «el hijo del hombre», hemos visto que a la vez rehuía títulos mesiánicos. Se resistía a que nadie le llamase *el Cristo*, es decir, el Mesías o «ungido», con todo el bagaje nacionalista y militarista que conllevaba ese término en el judaísmo.

El término «hijo de David», que alguno quiso aplicarle, resultaba especialmente inapropiado para Jesús. Puesto que la expresión semita «hijo de» significa «parecido a», estamos obligados a recordar la carrera de David, que empezó como militar de carrera en el ejército de Saúl, pasando después por las etapas de general en rebeldía, mercenario de los enemigos filisteos y jefe de una banda criminal asesina que operaba en la clandestinidad, para culminar, ya desde el trono, como conquistador y subyugador de varios reinos vecinos. ¿Qué parecidos existen con Jesús? ¡Fue absolutamente descabellado, demencial, ponerle a Jesús el mote de «hijo de David»!

Y puesto que la expresión «hijo de Dios» venía siendo empleada regularmente desde la más remota antigüedad como atributo de la realeza, Jesús tampoco se sintió cómodo con ese tratamiento. Era una expresión que indicaba privilegio, faustos y riqueza desmesurada, que conllevaba la potestad de vida y muerte sobre súbditos y enemigos y pueblos conquistados. ¿Qué podía querer tener que ver Jesús con todo eso?

El evangelio según Marcos abre desde el primer renglón declarando a Jesús «el Cristo, el Hijo de Dios». Sin embargo en todo el evangelio los que insisten regularmente en tacharlo de «Hijo de Dios» son los espíritus inmundos (Mr 3,11), que parecen decididos así a echarle un pulso por definir su identidad y su misión, retándole así a que se haga con el poder por las armas.

Leamos ahora Marcos 14,53-15,47 —el juicio y la crucifixión de Jesús — para tomar nota de la aparición de cualquier título mesiánico o conexión (verdadera o falsa) entre Jesús y las aspiraciones monárquicas, militaristas e independentistas judías. Observemos quiénes son, y en qué circunstancias, los que recurren a los tópicos mesiánicos en relación con Jesús:

> *Y se llevaron a Jesús donde el Sacerdote Príncipe, y llegaron toda la nobleza sacerdotal y los ancianos y los escribas. Pedro lo siguió hasta encontrarse en el patio del Sacerdote Príncipe. Allí se sentó entre los de la guardia, calentándose a la lumbre.*
>
> *La nobleza sacerdotal —y todo el senado— buscaban algún testigo con cargos capitales contra Jesús, pero no lo hallaban. Porque no faltaron los que testificasen mintiendo contra él, pero no se ponían de acuerdo entre sí. Al final unos se levantaron para mentir contra él, diciendo:*
>
> *—Nosotros le escuchamos decir que: «Voy a derribar este templo hecho por hombres y en tres días levantaré otro sin intervención humana».*
>
> *Pero ni siquiera ellos coincidían en su testimonio. Entonces intervino el Sacerdote Príncipe y le preguntó a Jesús:*
>
> *—¿Tienes tú algo que decir sobre esto que testifican contra ti?*
>
> *Pero él callaba y no respondía.*
>
> *Volvió a interrogarle el Sacerdote Príncipe:*
>
> *—¿Eres tú el coronado, el Hijo del Bendito?*
>
> *Entonces Jesús dijo:*
>
> *—Yo Soy.*[1] *Y veréis al hijo del hombre sentado a la diestra del poder, que viene con las nubes del Cielo.*
>
> *Y el Sacerdote Príncipe se rasga la vestimenta y declara:*
>
> *—¿Qué falta hace ya que tengamos testigos? Habéis oído su sacrilegio. ¿Qué os parece?*

[1] Obsérvese el juego de palabras con Éxodo 3,14.

Y todos lo juzgaron digno de muerte.

Entonces empezaron algunos a escupirle, a taparle la cara, a darle puñetazos, a exclamar: «¡Que profetice!». Hasta la servidumbre la emprendieron con él a bofetadas.

Pedro estaba afuera en el patio y llega una de las esclavas del Sacerdote Príncipe. Vio a Pedro calentándose y se lo quedó mirando:

—Tú también eras de los de Jesús el Nazareno.

Pero él lo negó:

—No sé ni entiendo de qué hablas.

Salió al portal y en eso canta el gallo. Y la esclava, que se había quedado mirándolo, vuelve a insistir a los que estaban allí:

—Éste es de esos.

Pero él lo volvió a negar. No tardaron los que estaban allí en abordar a Pedro:

—Es verdad que tú eres de esos; y además, eres galileo.

Se puso a jurar y maldecir:

—¡Que no! ¡Que no conozco a ese tipo del que habláis!

En eso vuelve a cantar el gallo y Pedro se acuerda de lo que le había dicho Jesús: «Antes de que cante el gallo dos veces, me habrás negado tú tres». Y le pesó mucho y lloró.

Al amanecer los de la nobleza sacerdotal, consultados ya los ancianos y escribas y todo el senado, ataron a Jesús y lo entregaron a Pilato.

Le interrogó Pilato:

—¿Eres tú rey de los judíos?

Y le contesta:

—Lo que tú digas.

Entonces los de la nobleza sacerdotal le acusaron de muchas cosas. Pero Pilato volvió a preguntarle:

—¿No tienes nada que decir tú? ¡Mira de cuánto te acusan! —Jesús seguía sin decir nada y a Pilato le pareció que pasaba algo raro.

Para la festividad, les soltaba uno de los presos —el que ellos le pidiesen. Había uno llamado Barrabás, arrestado con otros por haber matado en un alzamiento. En eso llega el gentío a pedir que les conceda lo de siempre. Y Pilato les respondió:

—¡A que queréis que os suelte al rey de los judíos! —porque se había dado cuenta de que la nobleza sacerdotal se lo había entregado malintencionadamente.

Pero los de la nobleza sacerdotal agitaron al gentío para que prefiriesen que les soltara a Barrabás. Entonces Pilato volvió a preguntarles:

—¿Y qué queréis que haga yo con el que llamáis rey de los judíos?

Y volvieron a responder:

—¡Que lo crucifiques!

—¿Pero y qué ha hecho de malo?

Y tanto más gritaban:

—¡Que lo crucifiques!

Queriendo entonces Pilato apaciguar al gentío, les soltó a Barrabás y entregó a Jesús a azotar para crucificarlo. Los soldados lo metieron al patio del cuartel e hicieron que toda la compañía se presentase. Lo vistieron con todo lujo y le pusieron una corona de púas. Entonces empezaron a saludarle con aspavientos:

—¡Viva el rey de los judíos!

Y le pegaban en la cabeza con una caña y le escupían, se ponían de rodillas y le hacían reverencias. Después de divertirse con él, le quitaron la ropa de lujo y le volvieron a poner la suya. Y entonces se lo llevaron a crucificar. Un tal Simón, de Cirene, venía del campo y pasaba por ahí y le forzaron a cargar con su cruz. (Se trata del padre de Alejandro y de Rufo.) Se lo llevaron al lugar golgotá, es decir, «lugar de la calavera» y le ofrecieron vino con un anestésico, pero él no lo quiso. Y así lo crucificaron y se repartieron su ropa, jugándosela a los dados.

Lo crucificaron a las nueve de la mañana. La inscripción con el cargo ponía: «El rey de los judíos». Y con él crucificaron a dos bandidos, uno a su derecha y el otro a su izquierda. Y los que pasaban por ahí le maldecían. Meneaban la cabeza y decían:

—¡Ay… el que iba a derribar el templo y reconstruirlo en tres días! ¡Bájate de la cruz y escápate!

Y los de la nobleza sacerdotal bromeaban por el estilo con los escribas:

—Éste pretendía salvar a otros. ¿No se irá a escapar? ¡Que el rey de los judíos se baje ahora de la cruz! ¡Si vemos eso, le juramos lealtad!

Y los que estaban crucificados con él, también se lo echaban en cara.

Llegó el mediodía y hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta las tres de la tarde. Y a las tres de la tarde gritó Jesús a toda voz:

—¡Eloí, Eloí! ¿Lemá sabajzaní? —lo cual, traducido, es— ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué te me has largado?

Pero algunos de los espectadores, al oírlo, comentaron:

—¡Mira! ¡Está llamando a Elías!

Entonces alguien se acercó corriendo con una esponja empapada con aguardiente, clavada en una caña. Se la dio a beber, exclamando:

—¡Atención! ¡A ver si viene Elías a llevárselo!

Pero Jesús, con un gran gemido, dejó de respirar y la cortina del templo se desgarró en dos, desde arriba hasta abajo. El comandante, que estaba justo frente a él, al ver que había dejado de respirar, dijo:

—Este hombre ha sido de verdad un hijo de Dios.

Había también algunas mujeres que lo estaban viendo desde cierta distancia, entre las que se encontraban María la de Magdala y María la de Jacob «el Chiquito» y de Josito; y Salomé. Ellas, cuando en Galilea, le habían seguido y servido —igual que otras muchas, que habían subido con él a Jerusalén.

Al anochecer fue José el de Arimatea, un senador ilustre —que también estaba aguardando el reinado de Dios… Por cuanto empezaba el día de preparación para el Sabbat, tuvo el atrevimiento a ir donde Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Pero a Pilato le pareció raro que ya se hubiera muerto. Llamó al comandante y le preguntó si ya llevaba un buen rato muerto. Una vez informado por el comandante, le regaló el cuerpo a José. Éste compró una tela de lino fino, luego lo bajó y lo envolvió en la tela. Lo puso en un sepulcro cavado en piedra; y haciendo rodar una piedra, tapó la entrada al sepulcro.

María la de Magdala y María la de Josito vieron dónde lo estaban poniendo.

Volveremos a la declaración del centurión más adelante.

♦ Entre tanto, es digno de notar que en el evangelio según Marcos hay otra forma de identificar y encasillar a Jesús, que al final tampoco resultará adecuada.

Cuando primero empecé a familiarizarme con los evangelios, siempre me llamaba la atención la forma estelar con que Marcos hace aparecer a Jesús. Aquí no hay tiempo para genealogías ni prólogos ni relatos de su nacimiento. Desde el primer capítulo (Mr 1,21-42), Jesús empieza con un ritmo frenético de actividad, echando espíritus

inmundos, predicando con una autoridad inusitada, sanando fiebres y curando enfermos. No tiene tiempo para terminar de curar a los enfermos de un lugar antes de marcharse repentinamente a otras partes para repetir sus apariciones espectaculares y electrizantes, con un poder de convocatoria extraordinario, atrayendo multitudes. En cuestión de unos pocos días (Mr 2,1), ya tiene revolucionada toda Galilea.

Está claro que algo no está funcionando. Si fuera posible adivinar a partir de sus milagros y obras de poder quién es Jesús y cuál su misión en el mundo, sus discípulos tarde o temprano tendrían que empezar a entender.

Sin embargo, hay una constante en todo el evangelio según Marcos, de que los discípulos no entienden lo que Jesús quiere mostrarles. No se enteran, no tienen fe, no captan el mensaje. En Marcos 4,11-13; 4,36-41; 7,14-19; 8,14-21 tenemos sendos relatos que tienen todos la misma temática. Jesús enseña con parábolas pero los discípulos no se atreven a pensar por cuenta propia y siempre piden explicaciones detalladas. Jesús hace grandes milagros y los discípulos se quedan perplejos, preguntándose quién será éste. Poco a poco empieza a aparecer una nota de frustración e impaciencia en Jesús, claramente evidente en Marcos 8,21. ¿Cómo es posible que después de verle multiplicar panes y peces para una segunda multitud, los discípulos todavía sean capaces de imaginar que él les esté por reñir porque se les olvidó traer pan?

Está claro que algo no está funcionando. Si fuera posible adivinar a partir de sus milagros y obras de poder quién es Jesús y cuál su misión en el mundo, sus discípulos tarde o temprano tendrían que empezar a entender.

En Marcos 9,19 volvemos a ver la exasperación de Jesús. Pero la «generación incrédula» con que tiene que contender abarca más que solamente sus discípulos. Ahora parece que Jesús empieza a cansarse de las multitudes que lo persiguen a todas partes esperando que les resuelva la papeleta. La generación de sus contemporáneos lo tienen fichado como un milagrero y exorcista. Recurren a él para que les eche un cable en sus crisis, pero no se plantean cambiar su forma de vivir. ¿Cómo es posible que este niño esté poseído de un espíritu inmundo? ¿Qué clase de familias son las que producen tamaño daño psíquico y emocional en sus niños? ¿Acaso se soluciona esa problemática de fondo llevando al crío a que un rabino famoso lo cure?

Más adelante Jesús maldice una higuera. Cuando vuelven a pasar por ahí, sus discípulos la ven seca y no caben en sí de admiración. Otra vez Jesús parece al borde de perder la paciencia (Mr 20-26). ¡Si a todo esto todavía no han caído en la cuenta de lo que se puede hacer cuando hay fe! Pero su mente está en otra cosa. Él se teme que sus discípulos estén para la labor de aprender su técnica de hacer milagros por la fe, pero todavía sigan sin enterarse de que lo importante en la oración no es esa fe milagrera, sino que quien ora, haya perdonado. ¿Cuál sería el valor, cuál el propósito de una fe que seca higueras y mueve montañas... pero incapaz de mover el corazón a perdonar las ofensas sufridas? Y si no consiguen esto, tampoco el Padre los ha perdonado a ellos y entonces, ¿qué hemos adelantado? Cegados por el poder de su fe para mover montañas, estarían doblemente perdidos, porque se creerían en correcta relación con el Padre pero sus pecados seguirían sin perdonar.

En este sentido, la actividad de Jesús como milagrero y exorcista ha sido un fracaso. No es así como entenderán quién es él.

(Sin embargo, sus obras que manifiestan el poder de Dios sí son importantes, incluso esenciales, como señales de que «el reinado de Dios se ha acercado» (Mr 1,15) —un tema que trataremos en el próximo Capítulo.)

- ♦ Con el evangelio según Marcos tenemos una cosa difícil de hallar en la literatura de la humanidad: una historia original, un desenlace verdaderamente inesperado.
  - Para estos efectos es importante que observemos el final truncado de Marcos, que inicialmente concluía enigmáticamente en 16,8, a la mitad de una frase inacabada. Allí las mujeres se encuentran con la tumba vacía y con un joven que les anuncia que

> Jesús ha resucitado y convoca a Pedro y los demás a reunirse con él en Galilea. Pero ellas, espantadas y amedrentadas, callan y no dicen nada a nadie. Fin del evangelio.
>
> A la postre, cuando Mateo, Lucas y Juan hubieron escrito sendos evangelios ofreciendo testimonios claros y concluyentes de la resurrección de Jesús, este final de Marcos pareció incompleto y se crearon dos ampliaciones distintas. En ambas, las mujeres transmiten el mensaje a Pedro y los demás, y así Jesús les puede dar su última orden, la de llevar el mensaje de salvación a todo el mundo. Sin embargo el final original de Marcos tiene un impacto más inmediato en los lectores. Es una sensación de frustración e inaceptación. ¿Cómo es posible callar el hecho de la resurrección? ¿Cómo es posible que las mujeres se dejaran vencer del miedo justo ahora, después de aguantar el tipo durante el juicio y la crucifixión? Los lectores nos sentimos impulsados a remediar el silencio, a ser nosotros los que anunciamos la buena noticia. Marcos ha conseguido que nos involucremos en la historia, que la hagamos nuestra, que nos propongamos darle continuidad.

La literatura humana está llena de historias sobre héroes incomprendidos, pacíficos de corazón, de mansedumbre ejemplar... que al final —a regañadientes y con gran pesar— se ven obligados por la perversa maldad de sus enemigos y lo espantosos que son sus crímenes, a recurrir a las armas para restablecer la justicia. Como no deseaban el poder y como rehuían de la violencia, se manifiestan dignos de gobernar cuando vencen a los malvados. El evangelio según Marcos parece que va a andar por esos derroteros. La nación de Jesús necesita un libertador. Sus enemigos son moralmente muy inferiores a Jesús y maquinan desde las primeras páginas asesinarlo. Pero Jesús, en lugar de darse cuenta a tiempo de que su pueblo le necesita —que necesita que luche por ellos y los defienda— se entrega indefenso a su muerte. Y muere. Muere bien muerto. Y aunque el joven de Marcos 16,5 lo declara resucitado, las mujeres que le han seguido hasta aquí, ahora callan atemorizadas porque no se fían de que haya un héroe que las defienda.

Desde el primer renglón, Marcos ha declarado a Jesús «Cristo» e «Hijo de Dios». Por si quedara alguna duda, dos veces (en su bautismo y en el monte de la transfiguración) una voz desde el cielo lo declara «mi Hijo amado». Pero si eso es lo que es, ha cambiado el sentido de estas expresiones, que ya no significan —ya nunca más

pueden significar— lo que hasta ese momento venían significando. El «mesianismo» ha sido despojado de todas sus connotaciones militaristas, monárquicas y nacionalistas. Podemos llamar «Cristo» e «Hijo de Dios» a Jesús, pero solamente si aceptamos que su manera de gobernar es como gobierna Dios: «Tierno y compasivo es el Señor, lento para la ira y grande en misericordia» (Sal 145,8). Que busca convertir los corazones, no destruir vidas. Y aceptar a la vez que Dios es como Jesús fue: manso y humilde, cargando sobre sí las terribles consecuencias de la maldad humana.

> *Con el evangelio según Marcos tenemos una cosa difícil de hallar en la literatura de la humanidad: una historia original, un desenlace verdaderamente inesperado.*

- En el juicio de Jesús ante Pilato, tenemos escenificado el desencuentro entre dos mundos diferentes, entre dos maneras absolutamente contrarias de entender lo que de verdad importa en esta vida. De todo lo que se pueda decir sobre Jesús, a Pilato en cuanto representante del Imperio sólo hay una cosa que le interesa: el que a nadie se le pase por la cabeza aspirar a otra monarquía que la del César. Para esos efectos da igual que Jesús sea culpable o inocente. De hecho, Pilato está convencido de que Jesús es inocente. Pero Pilato tiene aquí en bandeja una oportunidad para mostrar a Jerusalén y a los judíos en general quién manda, quién es rey, dónde están el poder y la gloria, la autoridad, el dominio y la soberanía. Crucificando a Jesús —mejor inocente que culpable, porque sería inquietante que alguien de verdad hubiera osado llamarse rey de los judíos—, Pilato pretende aplastar toda esperanza independentista judía.

  Por eso Pilato realmente tiene sólo una pregunta para Jesús: «¿Eres tú el rey de los judíos?» La respuesta de Jesús, que podríamos traducir diversamente como: «Tú verás», o: «Si tú lo dices…»,

encierra el reproche de que eso es lo único que le interesa a Pilato. Mientras que Jesús tiene otras cosas mucho más importantes en mente, otras aspiraciones, otra misión en la vida. Cosas que jamás se conseguirán por las armas, imponiéndolas desde arriba como política imperial, obligando a la gente a obedecer piensen lo que piensen y opinen como opinen. Jesús tiene en mente una transformación fundamental de lo que significa ser un ser humano. Algo que Pilato, cegado con el poder que le ha concedido el emperador, siempre será sencillamente incapaz de siquiera intuir.

Jesús tiene otras cosas mucho más importantes en mente, otras aspiraciones, otra misión en la vida. Cosas que jamás se conseguirán por las armas, imponiéndolas desde arriba como política imperial, obligando a la gente a obedecer piensen lo que piensen y opinen como opinen.

LAS PREGUNTAS QUE SIEMBRA LA DECLARACIÓN DEL CENTURIÓN

Llegamos así al único personaje en todo el evangelio a quien Jesús no recrimina hablar sobre él con un título mesiánico. Se trata del centurión que declara en Mr 15,39: «Ciertamente este hombre fue un hijo de Dios». ¿Por qué Jesús no lo manda callar? ¡Porque está muerto! ¿Por qué ahora sí es admisible esta declaración mesiánica, en estas circunstancias tan particulares —incluso antes del capítulo 16, por ejemplo, donde nos enteramos de la resurrección— y por testimonio de esta persona tan particular, del que lo mató? ¿Qué nos quiere decir Marcos acerca de dónde es que hay que buscar el parecido entre Jesús y Dios? ¿Cómo son el Padre y el Hijo, según este testimonio del centurión?

TEMA 4. JUAN 5,19-47; 6,26-60

En este capítulo no es mucho lo que podemos aspirar a explicarnos acerca de cómo es posible que Dios se hiciera carne ni cuál pudo ser el proceso metafísico de esa encarnación. A lo sumo, deberíamos poder llegar a aquellas conclusiones a que el propio testimonio bíblico nos parece querer conducir:

La Encarnación de Dios produjo una manera particular y especial de ser un ser humano, la manera de Jesús. Pero Jesús nos llamó a reproducir en nuestras propias personas esa manera de ser seres humanos. El efecto salvador de creer en el misterio de la Encarnación viene de que aprendamos de Jesús cómo relacionarnos con el Padre. Si esto no fuera así, ¿cuál sería la virtud salvadora de esa fe? Pretender que el hecho singular de Jesús nos «salve» sin cambiarnos, sería como si alguien que se está ahogando pretendiese que lo «salven», pero sin sacarlo del agua ni tampoco enseñarle a nadar. Se puede «creer» todo lo «salvado» que quiera, pero se ahogará tan ahogado como si no hubiese salvador.

La manera que expresa esto Jesús en su conversación con Nicodemo, Juan 3, es con la metáfora de volver a nacer; ya no de la carne de nuestros padres biológicos, sino del Espíritu de Dios —así como Jesús fue engendrado por el Espíritu. No en vano ya en Juan 1,12-13, el evangelio afirma que la Encarnación de la Palabra tuvo como efecto el dar a los que creen en él, «la potestad de llegar a ser hijos de Dios».

> *Amén, amén os digo: No puede el Hijo hacer nada por su propia cuenta, al margen de lo que vea hacer al Padre. Lo que hace Aquel, esto mismo hace también el Hijo. Porque el Padre quiere al Hijo y le muestra lo que hace —y obras mayores que éstas le mostrará, para asombro vuestro. Por cuanto como el Padre levanta a los muertos y los hace revivir, así también el Hijo hace revivir a los que le parezca. Porque el Padre no juzga a nadie; al contrario, ha encomendado al Hijo toda crisis, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. Quien no honra al Hijo, es que no honra al Padre que lo mandó.*
>
> *Amén, amén os digo: Quien escucha lo que yo digo y es fiel con el que me manda, tiene vida permanente y no llega a crisis. Al contrario: pasa de la muerte a la vida.*
>
> *Amén, amén os digo: Viene la hora y ya es, cuando los que están muertos escucharán la voz del Hijo de Dios; y los que escuchen, vivirán. Porque igual que el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha otorgado al Hijo tener vida en sí mismo y le ha concedido la capacidad*

de emitir sentencia, por cuanto es un ser humano. Esto no tiene por qué pareceros raro, ya que viene la hora y ya es, cuando los que están en las tumbas escucharán su voz. Y los que hayan hecho lo bueno saldrán al brote de vida; en cambio los que hacen indignidades, al brote de crisis.

Soy incapaz de hacer nada por mi propia cuenta. Según escucho, así decido; y mi sentencia es justa, por cuanto no procuro mi deseo sino lo que desea el que me mandó.

Si yo diese testimonio acerca de mí mismo, mi testimonio no sería válido. Es otro el que da testimonio acerca de mí; y entiendo que es válido el testimonio que da. Habéis mandado interrogar a Juan y su testimonio sí es válido. Sin embargo yo no acepto el testimonio de ningún hombre, aunque admito esto en vuestro descargo: que Juan fue una luz ardiente y brillante. Y durante cierto tiempo quisisteis contentaros con su luz.

Sin embargo yo dispongo de un testimonio más importante que el de Juan. Las obras que me ha dado el Padre para llevar a cabo, esas mismas obras que hago dan testimonio acerca de mí, de que quien me ha mandado es el Padre. Y el Padre que me ha mandado, él ha dado testimonio de mí. Hasta ahora nunca habíais escuchado su voz ni divisado su aparición. Tampoco conserváis permanentemente entre vosotros su palabra, por cuanto no sois fieles con aquel que él mandó. Estudiad los escritos, ya que estáis convencidos de que en ellos tenéis vida permanente. ¡Ellos también dan testimonio de mí —pero no queréis venir a mí aunque en ello os va la vida!

No acepto que nadie me adule. Al contrario, os conozco bien: que no conserváis entre vosotros el amor de Dios. Yo he llegado en el nombre de mi Padre y no me habéis aceptado; aunque si llegase otro en su propio nombre, a ese sí lo aceptaríais. ¿Cómo ibais a ser fieles, cuando aceptáis la adulación entre vosotros en lugar de buscar exclusivamente el resplandor que procede de Dios? No os imaginéis que yo os estoy pensando delatar ante el Padre. El que os delata es Moisés, en quien esperáis. Porque si fuerais fieles con Moisés, también lo seríais conmigo, por cuanto él escribió sobre mí. Sin embargo si no sois coherentes con lo que él escribió, ¿cómo lo ibais a ser con lo que digo yo?

—JUAN 5,19-47

—Amén, amén os digo: No me buscáis por haber entendido las señales, sino porque os llenasteis la barriga de pan. No os esforcéis por el alimento perecedero sino por el alimento que permanece en la vida

imperecedera que os da el hijo del hombre. En él ha puesto el Padre su impronta. Es Dios.

—¿Y qué es lo que hay que hacer para llevar a cabo las obras de Dios?

—Hay que ser fieles con quien él ha mandado. Ésta es la obra de Dios.

—¿Pero tú que señal haces, para convencernos a ser fieles contigo? ¿Qué estás haciendo? Nuestro padres comieron el manná en el desierto, según pone: «Les dio a comer pan del cielo».

—Amén, amén os digo: Moisés os dio pan del cielo, pero mi Padre os está dando el auténtico pan del cielo, por cuanto el pan de Dios es ese que baja del cielo a dar vida al mundo.

—¡Soberano! ¡Danos siempre este pan!

—Soy yo el pan de vida. Quien viene a mí, nunca más pasará hambre; y quien es fiel conmigo, nunca más pasará sed. Sin embargo os tengo dicho que aunque me habéis visto, no sois fieles. Todo lo que el Padre me está dando, me acabará por llegar; y el que se me acerca, yo no lo rechazo. Porque no he bajado desde el cielo para hacer lo que quiera yo, sino lo que quiere el que me ha mandado. Y esto es lo que quiere el que me ha mandado: que yo no destruya a ninguno de los que he recibido de él, sino que lo levante en el último día.

Protestaron entonces los de Judea, porque había dicho: «Soy yo el pan que baja del cielo»:

—¿No es éste acaso Jesús el hijo de José, cuyo padre y madre nos son conocidos? ¿Entonces, cómo se le ocurre ahora decir: «He descendido del cielo»?

—No os pongáis a protestar entre vosotros. Nadie sería capaz de acercárseme si no fuera porque el Padre que me manda está tirando de él; y yo lo levantaré en el último día. Esto viene en los profetas: «Y serán instruidos todos por Dios». Todo el que haya escuchado al padre y se haya informado, se me acerca. Tampoco es que nadie haya visto al Padre, aparte de aquel que siendo próximo a Dios, ha visto al Padre. Amén, amén os digo: El que es fiel, ya tiene vida permanente. Soy yo el pan de la vida. Vuestros antepasados comieron el manná en el desierto y murieron. Éste es el pan que baja del cielo para que cualquiera que coma de él, tampoco muera. Soy yo el pan viviente. El que baja del cielo. Cualquiera que coma de este pan vivirá permanentemente. Y el pan que le daré, es mi carne a cambio de la vida del mundo.

Los de Judea discutían entonces acaloradamente entre sí:

—¿Cómo sería capaz éste de darnos a comer su carne?

—Amén, amén os digo: Si no comierais la carne del hijo de Dios y bebierais su sangre, no tendríais vida entre vosotros. El que me devora la carne y se me bebe la sangre, tiene vida permanente. Y yo lo levantaré en el último día. Porque mi carne es alimento auténtico y mi sangre es bebida auténtica. El que me devora la carne y se me bebe la sangre, es el que permanece en mí y yo en él. Como me ha mandado el Padre viviente, y vivo yo gracias al Padre, así también el que me devora, ese vivirá gracias a mí. Éste es entonces el pan que baja del cielo. No como comieron los antepasados y murieron. El que come el pan este, vivirá permanentemente.

Jesús dijo estas cosas en la sinagoga, cuando enseñaba en Cafarnaúm. Entonces muchos de sus discípulos, que escuchaban, dijeron:

—¡Vaya pensamiento difícil! ¿Quién será capaz de escucharlo?

—JUAN 6,26-60

El lenguaje que emplea Juan aquí citando directamente a Jesús —o más probablemente, volcando en términos más abstractos y filosóficos el sentido último de lo que enseñó Jesús acerca de su relación con el Padre y con los que creen en él— resulta sorprendente y difícil de entender. Sin embargo es probable que a las primeras comunidades cristianas que leían el evangelio según Juan no les resultaba en absoluto incomprensible. Sus expresiones y términos son propios de aquella era. Cuando el evangelista nos informa hacia el final del capítulo 6 que estas palabras eran tan duras que ya casi nadie seguía a Jesús, no creo que se refería a que las multitudes que primero habían seguido a Jesús no pudieron comprender las profundidades de lo que Jesús les quiso enseñar y que por eso se desanimaron. Es más verosímil suponer que se enteraron muy bien, captaron perfectamente adónde quería ir a parar Jesús, y decidieron que no les interesaba. Atreverse a los cambios fundamentales que les exigía Jesús era un riesgo que muy pocos pudieron asumir.

En la escena que nos hemos saltado, Juan 6,1-25, tenemos el consabido planteamiento «mesiánico» de la identidad y misión de Jesús, que él rechaza aquí como en todos los evangelios y en todas las formas que se lo plantean. Las masas de los campesinos galileos empobrecidos, embrutecidos y oprimidos por el régimen imperial, ven en este Jesús que alimenta multitudes tan milagrosamente, un segundo Moisés que los liberará del «Egipto» romano. O lo que es más o menos lo mismo —Jn

6,15— quieren obligarlo por la fuerza a comandar un alzamiento popular declarándose rey de los judíos.

La alternativa (inaceptable para las multitudes) que les plantea Jesús, sin embargo, tiene que ver con su particular identidad y su particular manera de relacionarse con Dios:

Renunciando a la falsa promesa de igualdad a Dios concebida como algo independiente y rebelde contra Dios, Jesús es ahora más verdaderamente humano, a la vez que más lleno de las virtudes que entendemos propias de Dios.

- En Juan 5 nos enteramos de la asombrosa realidad de que Jesús no hace nada por su propia cuenta sino que su actividad es, a todos los efectos, la actividad de Dios mismo en el mundo.

  Esto significa renunciar a lo que Adán y Eva imaginaron como la esencia de lo que es parecerse a Dios, cuando actuaron independiente y contrariamente al mandamiento de Dios. Esa autonomía humana por la que vivimos por nuestra propia iniciativa, conforme a nuestros propios planes y designios, no tuvo el efecto imaginado. En lugar de hacernos más parecidos a Dios, nos robó la inmortalidad y nos dejó como seres incompletos, truncados en el tiempo y en calidad de vida, esclavos de malos deseos y de impulsos incontrolables. Nos volvió trágicas sombras de la gloria de semejanza a Dios con que fuimos creados.

  Renunciando a la falsa promesa de igualdad a Dios que encierra la voluntad personal concebida como algo independiente y rebelde contra Dios, Jesús, paradójicamente, es ahora más verdaderamente humano, a la vez que más lleno de las virtudes que entendemos propias de Dios. Si Adán y Eva se descubrieron mortales, ahora el Hijo tiene vida en sí mismo como el Padre tiene vida en sí mismo (Jn 5,26).

Si los juicios humanos tienden a reproducir la violencia y el dolor que condenan, ahora el Hijo tiene autoridad divina para juzgar, juicios cuya expresión es dar vida a los muertos en lugar de quitar vida a los vivos (Jn 5,27-30). Renunciando a su propia gloria, ahora brilla en él la gloria del Dios único (Jn 5,44). En lugar de construir obras monumentales que den testimonio engañoso de su grandeza, permite que el Padre dé testimonio veraz de él (Jn 5,31-32.37).

En síntesis, Jesús ha desarrollado plenamente la potencialidad humana para observar y reconocer las obras de Dios. Por su relación filial con el Padre, sabe qué es lo que el Padre está haciendo en el mundo. A la vez, habiendo renunciado a esa autonomía humana que es la esencia de nuestra caída, nuestra separación de Dios, nuestra diferencia de Dios y nuestra mortalidad, ahora Jesús sólo hace lo que hace Dios. Suma sus esfuerzos a la obra de Dios, de tal manera que sus obras y las de Dios son una misma obra.

A esto lo llamamos «Encarnación». Jesús en su carne humana hace carne la intención y las obras de Dios. Jesús es —moralmente: en su intención y actividad— como Dios es y Dios es como Jesús es.

Los que aspiren a ser como Jesús fue y a vivir como Jesús vivió, deberán aceptar la misma condición de indefensión, vulnerabilidad y debilidad que llevó a Jesús a la cruz.

- A continuación —Juan 6— Jesús nos invita a «ingerir» esa misma carne, vivir de esa misma manera, incorporar dentro de nuestros propios cuerpos la encarnación de Dios en Jesús. Nuestra «ingesta» de Jesús significa *incorporar* a Jesús a nuestra manera de ser, en un proceso análogo a aquel por el que Jesús *encarna* al Padre. Una cosa no es exactamente lo mismo que la otra: el testimonio del Nuevo Testamento nos lleva a concluir que Jesús no es solamente nuestro modelo a imitar, es también «el Hijo» en una manera única e irrepetible. Sin embargo el resultado final de nuestra ingestión o

incorporación de Jesús a nuestros propios cuerpos, será muy parecido —en la práctica — a lo que fue para él la Encarnación.

El testimonio de otras lecturas del Nuevo Testamento, por cierto, nos lleva a pensar también que la perfecta «incorporación» de Jesús como cuerpo vivo y siempre presente en esta tierra, exige una comunidad, donde cada uno de nosotros no somos más que un miembro entre muchos. Cada uno somos único y especial y necesarios en este cuerpo. Pero somos también falibles y débiles y mortales; y ese cuerpo de Cristo en esta tierra seguirá sin que le tiemble el pulso cuando cualquiera de nosotros desaparezca.

Ahora bien, no es posible meter en nuestros propios cuerpos la dinámica de la Encarnación de Jesús, reproduciendo en estos cuerpos mortales las mismas virtudes de Jesús, sin ingerir también su sangre. Topamos siempre con esa, la más incómoda de todas las verdades de Jesús: en esta vida y en este mundo contaminado y profanado por el pecado humano, la Encarnación de Dios llevó a Jesús a morir aplastado por el Imperio. Y los que aspiren a ser como Jesús fue y a vivir como Jesús vivió, deberán aceptar la misma condición de indefensión, vulnerabilidad y debilidad que llevó a Jesús a la cruz. Quien desee la gloria de ser hijos de Dios, deberá aceptar junto con ella la humillación y el ridículo que padeció el Hijo.

- Meter en nuestros cuerpos la misma dinámica de Jesús en relación con el Padre, nos hará sensibles para conocer y reconocer las obras de Dios. Si Jesús supo y entendió qué era lo que estaba haciendo Dios en el mundo y adoptó como suya propia la obra de Dios, nosotros también hemos de observar las obras del Padre y reconocerlas —por revelación divina— y adoptarlas como nuestras. Esto significa aprender a andar por la fe y no por lo que vemos como cosa segura. Significa ejercitarnos en la escucha del Espíritu de Dios en lugar de aferrarnos a certezas inamovibles. Significa intimar con Dios en oración hasta reconocer su voz entre todos los pensamientos que se nos cruzan por la mente. Significa dejarnos conducir adonde no queremos ir en lugar de empecinarnos en nuestras opiniones; y a la vez significa plantarnos firmes en nuestras convicciones en lugar de dejarnos marear por argumentos brillantes pero contrarios a Dios.

Es en este discernimiento de la voluntad de Dios donde más indispensable se hace la comunidad de los creyentes donde se hace cuerpo Cristo. Cuando por fin conseguimos ponernos de acuerdo después de que cada uno y cada una ha podido expresar adónde cree

que Dios nos lleva, esa sorprendente unidad será lo más parecido a saber sin duda alguna cuál es la obra de Dios a la que sumarnos.

Ahora bien, supongo que en teoría sería posible que Dios quiera hacer con nosotros, en nuestra generación, una obra radicalmente diferente a la obra que quiso hacer en la generación de Jesús. La documentación de dos mil años de cristianismo, sin embargo, da testimonio sobrado de que las cosas se han torcido trágica y fatalmente cuando los cristianos han pensado que a su generación le correspondía gloria y riqueza y poder y autoridad de mando, tronos, ejércitos, mandar a la horca y a la silla eléctrica, ejecutar ahora los juicios de Dios contra los infieles y pecadores.

Los crímenes contra la humanidad que se han cometido «en el nombre de Cristo Rey» son tan perversos, crueles y largos de detallar, que arrancarían lágrimas a cualquiera persona con un mínimo de sensibilidad moral. Si en Europa el cristianismo está tan desacreditado es porque los que lo imponían por la fuerza desde arriba se parecieron tan poco —por eso mismo — a Cristo. Si mil millones de musulmanes en nuestra generación se saben enemigos de los cristianos hasta la muerte, es porque hemos ido contra ellos empuñando en una mano la espada y en la otra la cruz. Así la cruz ha llegado a ser para ellos el símbolo de nuestro odio, nuestra rapiña y perfidia, nuestra crueldad ilimitada y la voracidad imperialista de Occidente.

Los únicos cristianos y cristianas que la humanidad entera recuerda con cariño y nostalgia universal, han sido aquellos que han llevado a Cristo en sus cuerpos desde la humildad y la sencillez, muchas veces la pobreza y persecución… incluso, algunos, el martirio.

Desde luego que debemos discernir con nuestros propios ojos interiores la obra que Dios quiere hacer en cada generación. Pero la historia del cristianismo nos demuestra que resulta disparatado imaginar que la obra de Dios hoy vaya a ser una obra *contraria* a la de reconciliación y de paciencia y ternura divinas que Dios ya estaba realizando en Jesús.

- Vivir esta dinámica por la que «ingerimos» a Jesús en el sentido de vivirle en nuestros propios cuerpos y con nuestras actitudes y conductas, no es un concepto muy distante al de «tener vida eterna». Cuando nuestras vidas son así una manifestación para nuestra propia generación, de la propia vida y voluntad eternas de Dios, nuestras obras son eternas y nuestras vidas empiezan a participar de la

inmortalidad divina. Nuestros actos son entonces parte del obrar eterno de Dios y en ellas vive la esencia del Dios Viviente, que nos vivifica y nos mantiene vivos en él aunque esta carne mortal fallezca.

Los cristianos esperamos resucitar después de muertos, como Jesús resucitó. Pero además, quien «come de la carne y bebe de la sangre» de Jesús, ya tiene vida eterna.

- Al enterarse bien lo que Jesús les proponía, sin embargo, las multitudes dejaron de seguirle (Jn 6,60-71). Hubieran preferido que los gobernara como un rey (Jn 6,15). No estaban dispuestos a emprender cambios tan de raíz en cuanto a toda su manera de ser seres humanos.

Los cristianos esperamos resucitar después de muertos, como Jesús resucitó. Pero además, quien "come de la carne y bebe de la sangre" de Jesús, ya tiene vida eterna.

TEMA 5. 2 CORINTIOS 4 Y 6

Es difícil leer algunas de las cartas de Pablo sin sentir un poco de vergüenza ajena ante el triste panorama del apóstol teniendo que defenderse de descalificaciones y desaires. La impresión clara que deja la lectura de su correspondencia, es de una persona que carecía de credibilidad incluso en las propias comunidades cristianas que él había fundado. Todos podían pensar en otros apóstoles con mayores señales y más éxito —los que Pablo llega a llamar «superapóstoles» en comparación con su propia infravaloración como apóstol. Sospecho que la iglesia cristiana emergente no cayó en la cuenta de la valía de Pablo hasta después de que hubiera muerto; mientras que en vida siempre se tendió más bien a cuestionarlo y poner en entredicho su autoridad apostólica.

Pero curiosamente, Pablo no se deja hundir por esos desprecios sino que defiende que esa debilidad suya —debilidad no aparente sino real y además sumamente molesta para él— era señal de que su ministerio estaba siendo singularmente parecido a la propia misión de Jesús en el mundo. En 2 Corintios tenemos su explicación más detallada del valor de la debilidad y humillación como acreditación de autenticidad en el ministerio cristiano. Porque un siervo del Señor sólo puede ser auténticamente cristiano —según Pablo— en la medida que se observen en su persona la misma debilidad y humillación y desprecios que padeció el propio Cristo.

Por este motivo no nos desanimamos al ejecutar este servicio, por cuanto hemos recibido compasión. Al contrario, nos negamos a trapichear en secretos escandalosos, en movidas maliciosas y en medias verdades en cuanto a la palabra de Dios. No, sino que en el esclarecimiento de la verdad tenemos la conciencia tranquila ante Dios (hasta donde lo pueda estar la conciencia humana). Y si en nuestra proclama de novedades beneficiosas hay algo encubierto, será por el propio encubrimiento de los que están cayendo. En su caso, lo que hoy día todo el mundo acepta como normal, ha cegado el entendimiento de los infieles, para que no alumbre sobre ellos la proclama del resplandor de Cristo, que es una representación de Dios.

Porque no nos proclamamos a nosotros mismos sino a Jesucristo soberano —y a nosotros mismos como esclavos vuestros gracias a Jesús. Por cuanto el Dios que dijo que de la oscuridad alumbrase luz, él es quien ha alumbrado en nuestros corazones, hacia la iluminación del conocimiento del resplandor de Dios en presencia de Jesucristo.

Pero para que haya exageración de la potencia de Dios, nunca de nosotros, tenemos este tesoro en vasijas de barro. Nosotros pasamos aprietos constantes y sin embargo no nos agobiamos; estamos en apuros, pero no hasta desesperar; perseguidos, pero no desprotegidos; derribados, pero no acabados. Cargamos siempre con la necrosis de Jesús en el cuerpo, para que también la vida de Jesús se somatice en nosotros. Porque nosotros, aunque vivos, estamos siendo traicionados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se materialice en nuestros cadáveres. Por consiguiente, en nosotros opera la muerte —mientras que en vosotros, la vida.

Pero tenemos el mismo aliento de fidelidad, como pone: «Fui fiel, por eso hablé». Nosotros también somos fieles, por eso también hablamos, sabedores de que el que levantó al soberano Jesús, a nosotros también nos levantará hasta estar a vuestra altura. Porque

todo es por vosotros, a fin de que la benevolencia a favor de cuantos más mejor, multiplique la gratitud que se desborda en el resplandor de Dios. Por lo cual no nos deprimimos; al contrario, aunque nuestra persona exterior se va consumiendo, nuestro interior se renueva cada día.

[…]

Y en tanto que colaboradores, también os aconsejamos, no sea que os resulte nulo el recibir la benevolencia de Dios. Por cuanto pone: «A buena hora te escuché y en un día de liberación te presté auxilio». ¡Mira que ésta es una buena hora! ¡Mira que éste es un día de liberación!

En absoluto obstaculizamos a nadie, para no dejar en ridículo nuestro servicio. Al contrario, nos presentamos como esclavos de Dios en aguante abundante, en apuros, en torturas, en sobresaltos; en palizas, en prisiones, en alborotos, en fatigas, en desvelos, en pasar hambre; en inocencia, en conocimientos, en paciencia, en bondad, en aliento sagrado, en amor espontáneo; en ideas claras, capacitados por Dios gracias a los instrumentos de la justicia que manejamos con ambas manos. Por gloria y por penas; por descrédito y por alabanzas; por mentiras y por la verdad. Como desconocidos, aunque nos conocían bien; como moribundos pero ¡Mira, seguimos vivos!; como condenados, aunque no a muerte; como afligidos, pero siempre felices; como pobres, pero consiguiendo que muchos sean ricos; como quien no tiene nada y sin embargo ¡Lo tenemos todo!

Nos hemos pronunciado a favor vuestro, los de Corinto. Hemos cedido para daros cabida. No os ponemos trabas; es más bien vuestro rechazo irracional lo que nos pone trabas a nosotros. Pero —y perdonad que os trate como a niños— deberíais correspondernos de igual manera: ¡Ceded vosotros también! No sigáis vinculados a incompatibilidades desleales. Porque: ¿Qué pueden tener en común la justicia y la ilegalidad? ¿Qué unión puede haber entre la luz y la oscuridad? ¿Qué armonía entre Cristo y Beliar? ¿Qué se pueden repartir el que es leal y el que no? ¿Qué compatibilidad puede existir entre el templo de Dios y los ídolos? Por cuanto nosotros somos un templo del Dios que vive. Como dijo Dios:

«Me alojaré y deambularé entre ellos
y seré su Dios
y ellos serán mi pueblo».

Así que: «Salid de entre ellos
y apartaos», dice el Soberano,

«y no toquéis lo que está sucio;

y yo os recibiré»
y os «seré un padre
y vosotros me seréis hijos» e hijas,

dice el Soberano Todopoderoso.

Si Dios se hizo carne concretamente en Jesús, si Jesús es como Dios ejerce su autoridad sobre hombres y mujeres, la autoridad en las comunidades de los seguidores de Jesús tiene que tener ese mismo carácter. Jesús ya dejó ese tema tan claro que debería haber quedado zanjado de una vez por todas: «No es el discípulo más que el maestro» (Lc 6,30). Y sin embargo es típico de cómo Jesús mismo ejerce su autoridad sobre la Iglesia hasta el día de hoy, el que esas palabras como tantas otras que pronunció, hayan caído sobre oídos sordos. Este problema ya lo vivió Pablo en su generación y vuelve a aflorar en cada generación de los cristianos. Nos cuesta asimilar que la autoridad en la comunidad de discípulos de Jesús no concede poder de mando y privilegio, sino que exige servicio, humillación y cierta disposición a sufrir desaires.

Los corintios tenían el mismo problema que tiene toda la humanidad. No hay nada en los datos de la vida de Jesús como un pobre hombre —que según su propio testimonio por no tener, no tenía ni dónde acostarse— que parezca glorioso.

De hecho, Pablo descubrió que donde los hombres son fuertes, Dios no sólo no actúa sino que *no puede* actuar. La fortaleza de los hombres (y de las mujeres, donde viene a cuento) cierra la puerta a la actividad del poder de Dios.

Hacemos mal en escoger al vuelo dos capítulos fuera del contexto de la argumentación de los trece que conforman 2 Corintios. El tema del

cuestionamiento de la autenticidad de Pablo como apóstol de Cristo viene desde el principio de la carta y no queda del todo zanjado hasta que lo deja estar para escribir unos saludos finales que le salen extremadamente breves, como llegando al pie del pliego de papiro sobre el que escribía. Sin embargo en estos dos capítulos podemos observar la naturaleza de sus razonamientos:

- Para empezar, en los primeros versículos (2 Co 4,1-6), Pablo opina que la verdad del evangelio es gloriosa y esplendorosa, pero sin embargo para muchos resulta oculta o escondida. Aquí Pablo continúa, aunque dándole un giro nuevo, con el ejemplo que había explorado en el capítulo anterior, sobre el velo que se ponía Moisés después de hablar con el Señor. El velo sobre el rostro de Moisés ocultaba verdades. Algo parecido les pasa a los que tienen un velo sobre sus propios ojos, que les impide ver realidades que a la verdad son muy evidentes, incluso brillantes. Este velo se los ha puesto «el dios de este mundo» —hoy diríamos su entorno social, cultural, la manera «normal» de ver y entender las cosas— de manera que no pueden verlo, por brillante que sea. ¿Qué es lo que no pueden ver? «La iluminación del evangelio de la gloria de Cristo, que es la imagen de Dios» (4,4). La «iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo» (4,6).

  Los corintios tenían el mismo problema que tiene toda la humanidad. No hay nada en los datos de la vida de Jesús como un pobre hombre —que según su propio testimonio por no tener, no tenía ni dónde acostarse— que parezca glorioso. Su final ignominioso con el método de ejecución reservado para esclavos y subversivos, resultaba francamente repugnante. Los griegos y los romanos estaban convencidos de que la vida era fundamentalmente justa: Una persona noble siempre acababa recibiendo honores y riquezas; mientras que los que acababan mal evidenciaban así su vulgaridad y mal nacer.

  Pablo, sin embargo, estaba convencido de que precisamente ahí, en ese rostro «vulgar» de Cristo, había la iluminación de la gloria de Dios. Pero llegar a esa conclusión obligaba a abandonar todos los conceptos previos acerca de honor y vergüenza, honra y deshonra: Había que dejar caer el velo que cegaba el entendimiento.

- Llegamos así al eje central del concepto paulino de autoridad apostólica (2 Co 4,7). El propio vehículo del anuncio de esta gloria de Cristo debe corresponderse en sus formas y valores, con el hecho anunciado. ¡Este tesoro sólo puede ser contenido por vasos de barro!

Un vaso hecho de materiales «nobles» sería inadecuado. Sería un tropiezo y un estorbo, porque sería «natural» esperar hallar un tesoro en un vaso de oro, como sería también natural hallar la gloria de Dios en un rey o un emperador. Pero esa «naturalidad» de los conceptos del mundo es precisamente lo que la gloria oculta de un Cristo «vulgar» viene a denunciar, cuestionar y poner patas arriba. Se exige de un apóstol legítimo de Cristo, el ser también un hombre «vulgar», de apariencia débil, frágil, en absoluto imponente.

Esto es «*para que* la exuberancia del poder *sea* en Dios, y no en nosotros». Un apóstol fuerte y noble y exitoso tiene su propio poder —brilla con luz propia— y se interpone eliminando o anulando el poder de Dios. Donde hay poder humano, el poder es humano. Es sólo en la impotencia humana que puede haber poder divino. Sólo en esas circunstancias puede el apóstol comunicar con autenticidad la realidad de la gloria oculta en un Cristo «vulgar».

♦ En los versículos 2 Co 4,5-14 tenemos un hecho único en toda la literatura paulina. Aquí aparece seis (o siete) veces seguido el nombre de Jesús sin el título de «Cristo». Pablo *siempre* pone «Jesucristo» o «Cristo Jesús». Y cuando muy excepcionalmente sólo pone «Jesús» (*cf.* Gal 6,17) es que quiere referirse a la vulnerabilidad y muerte de aquel hombre. Es tan extraordinaria esta secuencia de menciones de Jesús sin título mesiánico, que merece examinarla con detenimiento:

- 2 Co 4,5 «…siendo nosotros mismos esclavos vuestros por *Jesús*».
- 2 Co 4,10-11 «…llevando siempre el fallecimiento de *Jesús* en el cuerpo, para que también la vida de *Jesús* en el cuerpo sea visible. Porque nosotros los que vivimos siempre estamos siendo entregados a muerte por *Jesús*, para que también la vida de *Jesús* sea visible en nuestra carne mortal».
- 2 Co 4,14 «…sabiendo que aquel que levantó a [al Señor][2] *Jesús* también nos levantará juntamente con *Jesús* y nos sostendrá igual que a vosotros».

Está claro que Pablo está echando mano a la más rancia y arraigada tradición sobre Jesús como ser humano que rechazaba siempre y consecuentemente el título de «Cristo». No echa mano de esa tradición porque le hayan surgido dudas repentinas de si Jesús

[2] La palabra «Señor» no viene en algunos manuscritos muy buenos. Pero otros tan buenos como aquellos sí la traen.

era el Mesías. Hasta la primera mitad del versículo 5 Pablo venía empleando ese título como parte inseparable del nombre de Jesús y a continuación en esta carta lo seguirá haciendo. Lo que sucede es que aquí, en estos versículos, Pablo sigue aportando argumentos para que se entienda cómo su propia realidad apostólica como «vulgar» vaso de barro, se corresponde con la realidad de la gloria oculta de Cristo en una vida humana tan trágicamente deshonrada y truncada por la cruz.

En 2 Co 4,5, Pablo describe su relación con los creyentes corintios como una de esclavitud a ellos. Es «por Jesús» —entiéndase por seguir el ejemplo y modelo de Jesús— que Pablo asume este posicionamiento, que es la negación de todos sus derechos humanos en relación con ellos.

La vida de Jesús —la vida auténtica que él ofrece a la humanidad— sólo puede hacerse visible donde primero se observa su muerte y falta de poder.

En 2 Co 4,10-11, es expresa la continuidad con la idea de que sólo un vaso de «barro» sería adecuado para el anuncio del evangelio de Jesús. La vida de Jesús —la vida auténtica que él ofrece a la humanidad— sólo puede hacerse visible donde primero se observa su muerte y falta de poder. Compara esto con el testimonio del centurión que mató a Jesús, que al pie de la cruz brinda el único testimonio que el evangelio según Marcos da por válido, de que Jesús es el Hijo de Dios. Si ese tipo de anuncio se hace en circunstancias que dan a entender superioridad y poder humano, ya cambia el carácter del anuncio, ya se comunica otra cosa muy distinta, ya no es un anuncio fiel de la vida de Jesús que sólo se hace visible con su muerte —y con la forma particular de vejación y deshonra que tomó esa muerte.

Y en 2 Co 4,14, Pablo hace extensiva esa realidad a toda la comunidad de los creyentes en Corinto. Pablo confía en resucitar juntamente con Jesús, pero los creyentes corintios no pueden aspirar

a otra resurrección diferente. Pablo resucitará conjuntamente con ellos, de donde se deduce que ellos también tendrán que primero llevar en sus propios cuerpos «el fallecimiento de Jesús» como ya lo lleva Pablo. Pablo se había confesado «esclavo» de ellos. Pero ellos, en la medida que aspiran a la vida que hay en Jesús, tendrán que abandonar sus aspiraciones de poder y grandeza, y conocer en carne propia la muerte de Jesús —el desprestigio y la vulnerabilidad que padeció.

- A continuación (2 Co 4,13-18), Pablo explica cómo esto puede funcionar para él como motivación y esperanza en lugar de hundirle y deprimirle. Pablo sabe que cuanto más vulnerables sus circunstancias externas, cuanto más graves los desaires y la incomprensión que padece, cuanto más decaen sus fuerzas físicas (por cansancio o enfermedad), tanto más fulgurante brilla el esplendor de Cristo en él. La aflicción es pasajera; la gloria, sin embargo, será eterna. Pero para poder confiar que esto realmente es así, primero hay que tener fe. Hay que saber ver cosas que son invisibles para los que tienen los ojos vendados. Cosas que son eternas, cosas que evidencian ese poder de Dios que no es en absoluto, jamás, el poder de los hombres.
- Por eso Pablo puede afirmar (2 Co 6,1-10) que no está dando ocasión de tropiezo ni de descrédito del evangelio. Su manera de actuar desvía la atención de su persona al poder de Dios. El largo listado de sus padecimientos, todo lo contrario de poner en duda la veracidad y autenticidad de su mensaje, lo acredita. Pablo vive así constantemente en el poder de Dios que se ha hecho presente y que le ha ayudado —hasta aquí— a sobrevivir a pesar de todos los obstáculos. No sólo a sobrevivir sino a vivir con fe y confianza y entusiasmo y celo por el evangelio que está anunciando. Un evangelio cuya eficacia él está obligado a experimentar constantemente y en todo tipo de circunstancias adversas.

Los valores de este mundo y los del evangelio de Cristo son absolutamente contrarios e incompatibles.

- Esto nos trae, entonces, a 1 Corintios 6,14-18. Los valores de este mundo y los del evangelio de Cristo son absolutamente contrarios e incompatibles. No hay puntos en común, no es posible seguir con conceptos derivados del paganismo. Hay que escoger: o lo uno o lo otro. Lo que está en juego es la «santidad». Desde el Antiguo Testamento, las cosas santas o consagradas son las que están apartadas del mundo «normal» para el servicio de Dios. El propio pueblo de Dios ha de ser santo —ser diferente que las demás naciones. Y esto es porque Dios mismo es santo: Dios mismo es diferente, único, incompatible con cualquier dios pagano —y por lo visto aquí, incompatible también con los conceptos de «honra» y «deshonra» que los creyentes corintios arrastran desde el paganismo del que han salido. Este Dios de Israel imprime otra manera de actuar y de ver todas las cosas. No ver esto, intentar un apaño de transigencia y comunión y compatibilidad entre estos dos mundos, es profanar la santidad de Dios.

ALGUNAS PREGUNTAS PARA UNA REFLEXIÓN POSTERIOR

1. ¿Cómo es ese Dios que permite que Jesús sea asesinado tan brutalmente y que sigue permitiendo persecución y martirios —el fracaso rotundo de tantos de sus seguidores más ejemplares, cuyas vidas parecen desperdiciadas? ¿Qué clase de universo es uno donde para poder vivir, primero hay que morir? ¿Nos inspira fe y confianza y paz y seguridad, o más bien todo lo contrario?

2. ¿Se te ocurren ejemplos de tu vida donde la vulnerabilidad y aguantar la deshonra a la postre ha dado lugar a que actuara Dios en la situación? ¿Puedes recordar alguna ocasión donde por querer controlar la situación desde la imposición de tu fuerza personal, al final se ha cerrado en falso el problema y el resultado ha sido un obstáculo para la intervención del poder de Dios?

Capítulo 10.

"El Reino de Dios" en el pensamiento de Jesús

INTRODUCCIÓN

SI A JESÚS LA IDEA DE LA RESTAURACIÓN DEL REINO de Israel que inspiraban las esperanzas mesiánicas en sus contemporáneos judíos no lo convencían, es porque había captado la visión de otro reino diferente, más consonante con la eterna voluntad del Padre: «El Reino de Dios».

El reino de Israel —la dinastía de David— había sido un proyecto fracasado porque todas las dinastías monárquicas de la humanidad tienen que fracasar para que pueda reinar Dios. El poder de gobierno humano no representa fielmente cómo Dios gobierna a la humanidad —muy a pesar de la propaganda promulgada por las religiones estatales. La esencia de la autoridad de los gobiernos humanos está en que controlan —dentro de lo posible— la capacidad humana para quitar la vida. Su legitimidad deriva de su pretendido monopolio del poder de dar muerte legítimamente. De hecho, en cuanto pierden ese monopolio, en cuanto haya particulares y «señores de la guerra» o conquistadores extranjeros que matan con impunidad, se entiende que los gobiernos han perdido autoridad y por tanto legitimidad.

La limitación de la violencia humana así conseguida no es nada desdeñable y es importante para que sea posible la convivencia pacífica. En ese sentido es una provisión de la gracia de Dios para beneficio de una humanidad, que no por pecadora ha sido abandonada por Dios. Sin embargo el Reino de Dios es algo más y algo fundamentalmente distinto. La autoridad y legitimidad del gobierno de Dios deriva de su *poder para dar vida***.** Esto es lo que anuncia la proclamación con que Jesús empezó su ministerio como predicador en Galilea: «El tiempo se ha cumplido y el reinado de Dios se ha acercado. Arrepentíos y creed la buena noticia» (Mr 1,15, *cf.* Mt 4,17).

TEMA 1. ISAÍAS 61 Y 62

Lucas prefirió iniciar su relato de la obra y el mensaje de Jesús con otra escena y otras palabras. En su versión de ese inicio (Lc 4,16-21), Jesús volvió a su aldea, Nazaret, y el día de reposo leyó a la sinagoga las siguientes palabras del libro de Isaías:

El Espíritu del Señor está sobre mí,
por lo cual me ungió
a anunciar la buena noticia a los pobres;
me envió
a predicar a los cautivos absolución
y a los ciegos recuperación de la vista,
a licenciar sin cargos a los derrotados,
a predicar el año agradable del Señor.

Y a continuación empezó a decirles que «Hoy se ha cumplido esta escritura —tal como lo oís».

Al leer ahora los capítulos 61 y 62 de Isaías, toma nota de todo lo que te llama la atención y que te parezca que pueda tener relación con la idea de «el Reino de Dios» como lo concebía Jesús:

Sopla sobre mí el aliento de mi Señor el Nombre,
por cuanto me ha ungido el Señor.

Me ha enviado a los pobres con una proclama emocionante,
con vendas para los que les estalla la cabeza;

para liberar a los prisioneros de guerra
y abrir las celdas de los cautivos;

para declarar el año del antojo del Señor
y el día de la venganza divina;

para consolar a todos los tristes;
para imponer que a los tristes de Sion

les pongan corona en lugar de deshonra,
aceite de felicidad en lugar de traje de luto,
y una alabanza en lugar de respiración entrecortada;
y para proclamarles que son encinas de rectitud,
plantación del Señor para belleza.

Y reconstruirán las ruinas de antaño,
levantarán los escombros del pasado;

harán nuevas las ciudades asoladas,
los escombros de tantas generaciones.

Extranjeros atenderán mientras vuestras ovejas pastan
y otras razas serán vuestros campesinos y vendimiadores,

mientras que a vosotros se os conocerá como sacerdotes del Señor,
os llamarán «servidores de nuestro Dios»;

os merendaréis la riqueza de naciones enteras
y presumiréis del poderío de ellas.

Os cobraréis duplicada vuestra ignominia
y repartiréis insultos con gritos de triunfo;

así que en su tierra heredarán doble porción
y les tocará la más completa felicidad.

Por cuanto yo soy el Señor, el justiciero,
el que detesta que se robe para sacrificarle;

pero les he devuelto fielmente lo merecido
y establezco con ellos una alianza inamovible.

Su raza será famosa entre las naciones,
y sus descendientes en medio de los pueblos;

cualquiera que los vea los reconocerá
por ser una raza que el Señor bendice.

Estallo de felicidad en el Señor,
mi aliento se alegra con mi Dios;

por cuanto me pone un traje de salvación,
me abriga con chaquetón de justicia;

como un novio que viste turbante de sacerdote,
como una novia que luce sus joyas.

Porque así como la tierra echa brotes en primavera
y como las semillas de la huerta germinan,

así mi Señor el Nombre hace brotar justicia
y una alabanza frente a todas las naciones.

Para bien de Sion no me quedaré quieto,
para bien de Jerusalén no descansaré

hasta que irradie su justicia como luminiscencia
y arda su liberación como antorcha.

Entonces las naciones observarán tu justicia
y todos los reyes, tu superioridad;

entonces te pondrán un nombre nuevo,
el que te haya asignado la boca del Señor.

Serás una corona, esplendor en la mano del Señor
y real diadema en la palma de tu Dios.

Ya nunca te dirán «Abandonada»
ni se conocerá más tu tierra como «Arrasada»,

por cuanto te dirán «Mi erótica»
y a tu tierra, «Novia»;

por cuanto has despertado el placer del Señor
y se casará con tu tierra.

Como se casan un chico y una chica,
se te casarán tus hijos;

y como se refocila el novio en su novia,
se refocila sobre ti tu Dios.

Sobre tus murallas, Jerusalén,
estoy asignando turnos de guardia;

todo el día y toda la noche
estarán en activo sin cesar:

¡Los que os acordáis del Señor
no os vais a aburrir!

No os daréis por ello a la inactividad
hasta que se tenga en pie

y hasta que establezca, con Jerusalén,
una aclamación en la tierra.

Jura el Señor a mano alzada
y por el brazo de su fuerza:

«Juro que no volveré a entregar tu trigo
como alimento de tus enemigos;

juro que no beberán los extranjeros
tu vino, en el que tú te esmeraste».

Porque los que lo siegan lo comerán
y ovacionarán al Señor;

y los que lo elaboran lo beberán
en las claustros de mi santuario.

¡Pasad, pasad por las puertas,
preparad un camino para el pueblo!

¡Allanad, allanad la carretera,
pavimentadla con piedras!

¡Alzad bandera sobre los pueblos!

Mira que el Señor declara
hasta el último rincón de la Tierra:

«Decidle a la hija de Sion:
Mira que llega tu salvador,
mira, con su salario
y sus sueldos en su presencia».

Entonces los tildarán de «Pueblo del Santo,
los rescatados del Señor»;

mientras que a ti, «Aprobada,
ciudad no repudiada».

Estos versos hebreos son de una belleza sublime —y hasta en traducción emocionan. Conectan con anhelos que venimos llevando en nuestro interior desde el día que fuimos expulsados del Edén, anhelos que están inscritos en nuestro ADN humano. Nada menos que esto nos satisfará jamás. Todo lo demás son sucedáneos y paliativos para aguantar, como sea, hasta que por fin Mamá Dios[1] seque las lágrimas de nuestros ojos y nos conceda una nueva manera de ser humanos.

La iniciativa en todo lo que viene a continuación no es humana, es divina.

- «El Espíritu de mi Señor el Nombre está sobre mí». Las primeras palabras de Isaías 61 declaran la irrupción de una nueva realidad sobre el pueblo de Dios. La iniciativa en todo lo que viene a continuación no es humana, es divina. Lo que se consiga no será por los medios habituales con que los gobernantes de este mundo reparten su benevolencia entre sus seguidores más incondicionales, benevolencia que exige que el monarca primero haya hecho acopio

[1] La Biblia no llama jamás «Mamá» a Dios. También es verdad que Dios no tiene género ni sexo; y a algunos, en ciertos tipos de circunstancias y para determinados efectos, la idea de la maternidad de Dios nos parece tanto o más apta que la de su paternidad. A quien esto ofende, que lea aquí «Papá Dios». Como padre y abuelo que soy, también yo he secado con ternura lágrimas de niños pequeños, por lo que no tendría nada que objetar a esa forma más tradicional de expresarlo.

de bienes escasos, arrancándolos de las manos de sus campesinos y de naciones vecinas que ha conquistado. Este Mesías que trae buenas noticias a los *anavim* —a los pobres o humillados o marginados; el campesinado sin recursos suficientes para una vida digna y humana— no ha sido ungido simbólicamente por el sumo sacerdote sino efectivamente por el soplo sorprendente e inexplicable del aliento divino. No debe nada a las estructuras «normales» de reparto de poder entre las familias de la nobleza y el sacerdocio. Lo debe todo al impulso de esos vientos de renovación cuyos únicos «intereses creados» son la misericordia y la gracia de Dios.

En ese "día" el Señor promete esas circunstancias de acompañamiento y compasión necesarias para que todas las lágrimas puedan desahogarse, cada dolor padecido tenga su merecido reconocimiento como tal dolor que es.

Aunque tal vez resulte natural dar por supuesto que este Mesías ungido por el Espíritu vaya a gobernar, estos primeros versículos de Isaías 61 sólo hablan expresamente de «proclamar». Hay en estos dos capítulos mucha actividad humana, mucha reconstrucción, mucho reanudar vidas que se daba por truncadas y desesperanzadas. Hay en estos capítulos prosperidad material, protección contra los enemigos, paz y tranquilidad en las fronteras, vidas sosegadas y felices en la ciudad, en las aldeas y en el campo. Pero si miramos con atención, descubrimos que el rey humano brilla por su ausencia en Isaías 61 y 62. Si es de rigor pensar que este «ungido» que proclama la intervención divina será el típico Mesías monárquico, vicario en la tierra de la divina Majestad, hay que decir que su actividad resulta discretísima, por no decir invisible. Quien de verdad parece estar

ofreciendo estos frutos inequívocos de buen gobernar, es el propio Dios que ha intervenido. Él, personalmente.

- «Y vendaje para los que tienen roto el corazón». Como ya hemos señalado en otras oportunidades, el corazón no se entendía como la sede de los sentimientos sino del pensamiento y la reflexión, por tanto también de la voluntad y la esperanza. Esta palabra de consolación ante la iniciativa divina está dirigida a aquellas personas que hacen sus cálculos y se dan cuenta de que está todo perdido. Si nos han robado la simiente que había que meter en la tierra, ya no hay esperanza de pan. Si la enfermedad o la guerra o el hambre me han quitado mis hijos moriré solo, sin posteridad, y mi familia se extinguirá como una lámpara que se queda sin aceite. Es bien conocido que los sentimientos son estados de ánimo que pueden corresponderse o no con la realidad. Los sentimos con intensidad pero son un indicador poco fiable de nuestra verdadera situación. La condición de «los que tienen roto el corazón» en Is 61,1d es, sin embargo, mucho más cruda. Es la desesperanza como puro realismo ante los golpes más duros de la vida. La condición de quienes se dan cuenta un día que ya no merece la pena seguir luchando. Los que ya no les queda fuerza de voluntad para seguir resistiendo. Para ellos y ellas viene ahora este anuncio de consolación.
- Los «cautivos» que oyen un anuncio de liberación no son presos cualesquiera (Is 61,1e). La palabra «cautivo» en su sentido sustantivado ha caído en desuso con la abolición legal de la esclavitud—aunque la realidad que describe sigue con nosotros en la forma, por ejemplo, de chicas secuestradas para el tráfico de la prostitución. El secuestro ha sido siempre una de las vías más típicas y a la vez más temidas de captación de esclavos. Probablemente no ha existido jamás una sociedad esclavista que por una parte no legislara severamente en contra del secuestro y la esclavización de personas libres; pero que a la vez no haya hecho vista gorda a la procedencia de sus esclavos. Para estos efectos lo más cómodo ha sido siempre importar esclavos desde lejos, con la certeza de que aunque hubieran nacido libres, procedían de una tierra lejana donde las leyes de aquí no se pueden aplicar. (En la trata de nuestros días, las chicas secuestradas tienden a proceder de países muy lejanos o cuyas relaciones diplomáticas con nuestro país dejan mucho que desear.) La idea de «cautividad», entonces, indica esa privación forzosa de la libertad con el fin de la venta posterior en la trata.

Como ni siquiera nuestras democracias liberales occidentales han conseguido erradicar la trata, el anuncio de liberación de los cautivos y las cautivas, es una señal más de la magnitud de la intervención radicalmente *divina* que se anuncia.

- En el versículo 61,2 me llaman la atención tres conceptos. En primer lugar tenemos la proclamación del «año agradable para el Señor». En combinación con la idea de la liberación de cautivos, podría ser una frase que nos remite al año del Jubileo, que según Levítico 25 debía llegar cada cincuenta años. En el Jubileo se debían perdonar las deudas, dejar en libertad los esclavos y las esclavas, y devolver las parcelas de tierra a las familias que (por motivos económicos) las habían perdido. No hay evidencias de que estas disposiciones se hayan llegado a cumplir nunca, aunque la propia existencia de esta ley en los libros sagrados de los judíos tenía que influir en lo que ellos entendían como justicia ideal a la que aspirar. Naturalmente, si el Espíritu de Dios toma ahora la iniciativa para gobernar, todas estas disposiciones entrarán por fin en vigor. Habrá llegado por fin la plenitud de la justicia y equidad, ya no habrá desposeídos ni esclavos.

Este «año agradable para el Señor» es «un día de venganza para Dios», «para consolar (o desahogar) todas las lágrimas». Es harto curioso que la forma que toma la venganza para Dios, sea la de que las personas puedan dar desahogo a sus lágrimas. El sufrimiento interior reprimido es sufrimiento intensificado, privado del consuelo del llanto. En ese «día» el Señor promete esas circunstancias de acompañamiento y compasión necesarias para que *todas* las lágrimas puedan desahogarse, cada dolor padecido tenga su merecido reconocimiento como tal dolor que es. Así por fin puede empezar el camino de la recuperación, un camino tal vez duro y doloroso pero necesario, para que al final puedan volver también la esperanza, la alegría y la carcajada.

La importancia de este llanto viene enfatizada por la forma que el versículo siguiente sigue con el tema. Es como un símbolo de la necesidad del trabajo de duelo, que es arduo y que lleva su tiempo, tiene sus plazos imposibles de abreviar. Al final habrá gloria y alegría en lugar de luto, alabanzas en lugar de depresión (v. 3). Entonces, entonces sí, se podrá reconstruir las ruinas (v. 4) y disfrutar de la oportunidad de una maravillosa existencia nueva de prosperidad y de paz.

Pero en el versículo 3 habíamos visto que esta idea, la del consuelo en lágrimas, estaba relacionada con la idea de la «venganza

para el Señor». Visto por sí sólo el concepto de «venganza» invita a imaginar escenas de castigo ejemplar, muerte por muerte, vida destrozada por vida destrozada, llanto por llanto. Indudablemente es así como procedería a ejecutar su venganza un rey humano. Pero la venganza del Señor es más sutil, menos violenta con creces y a la larga mucho más satisfactoria. La existencia feliz y pacífica, protegida, próspera y llena de celebración que dibujan estos dos capítulos de Isaías no se vive a escondidas, en un rincón donde nadie lo note. El desahogo de las lágrimas, el duelo completado que da lugar a la posibilidad de *disfrutar* de la vida otra vez, todo esto sucede a plena luz del día, ante los ojos de los enemigos.

Los que brutalmente expropiaron las tierras de los campesinos no son aniquilados —eso sería demasiado fácil, demasiado poco; y a la vez generaría más lágrimas en otras familias— sino que tienen que ver cómo esas tierras vuelven ahora a sus antiguos propietarios, que prosperan y son felices en ellas y se las dejan a sus descendientes como patrimonio familiar. Los tratantes que vivían de secuestrar, humillar y derrotar en su fibra interior a hombres y mujeres libres para venderlos como esclavos, tienen que verlos ahora vivir como hombres y mujeres libres otra vez, protegidos por su Dios y alabándole con una felicidad envidiable —una felicidad pura que ellos mismos, atormentados por la conciencia de sus crímenes, jamás conocerán.

¡La venganza de Dios *es la misma cosa que* el reconocimiento del llanto de los que lloran!

Los cuatro evangelios proceden a contar casos donde Jesús curó a ciegos —ciegos ciegos, de los que no ven con estos ojos de la cara.

♦ La versión griega de Isaías que cita Lucas al describir la escena cuando Jesús leyó este pasaje en la sinagoga de la aldea de sus padres, añade una frase más entre las maravillas anunciadas por el ungido del Espíritu: «A los ciegos, recuperación de la vista». Bien podría entenderse en un sentido metafórico: la gente empezará a

«ver» y entender la vida y la voluntad de Dios como nunca antes lo habían entendido. Pero los cuatro evangelios proceden a contar casos donde Jesús curó a ciegos —ciegos ciegos, de los que no ven con estos ojos de la cara. Así que esta frase parecería invitarnos a creer que la intervención divina de Dios, cuyo resultado es una vida armoniosa en todos los demás aspectos de su reinado, suponga tal superabundancia del poder de Dios, que ningún mal que padecemos se le pueda resistir.

TEMA 2. MATEO 13

Llegamos así a las «Parábolas del Reino», de Jesús. Quizá sea necesario observar primero que según Mateo, se entiende que Jesús compartía el tabú judío habitual contra la pronunciación del Nombre de Dios. De ahí que en este evangelio, el Reino es «de los cielos» y no «de Dios» —aunque con idéntico significado. De hecho, se comete un error fundamental si se entiende que el lugar donde se hace eficaz este reinado es el cielo y no la tierra. El evangelio anunciado por Jesús es que este reinado se ha acercado a la tierra. Lee ahora Mateo 13, observando especialmente la naturaleza y las características del reinado de Dios según se desprende de estas parábolas:

Ese mismo día salió Jesús de la casa y se sentó a la orilla del mar. Entonces acudió a él muchísima gente; tantos, que él se sienta en una barca y el gentío aguarda en la playa. Y les contó muchas cosas con ejemplos:

—Mira, salió un sembrador a sembrar. Y al sembrar él, algo cayó junto al camino y vinieron los pájaros y se lo comieron. Y algo cayó donde había piedra viva a poca profundidad; germinó bien pero como no tenía profundidad, se quemó en cuanto apretó el sol; se secó por carecer de raíces. Y algo cayó donde había zarzas; las zarzas también crecían y lo ahogaron. Y algo cayó sobre tierra buena donde dio fruto, multiplicándose por cien, por sesenta o por treinta, según el caso. ¡Quien tiene oídos, que oiga!

Y se acercaron los discípulos:

—¡Pero por qué les pones estos ejemplos! —dijeron.

—Porque a vosotros se os concede conocer los secretos del reino de los cielos —les contestó—, pero a esos no. Por cuanto a quien ya tiene se le dará más, abundantemente. Pero a quien no tiene, se le quitará

hasta lo que tiene. Esa es la razón de que les ponga ejemplos. Que aunque ven, no ven; y aunque oyen, no oyen ni se enteran. Y se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dijo:

Al oír, no oiréis ni os enteraréis;
y al ver, no veréis ni os daréis cuenta.

Por cuanto este pueblo tiene la mente cerrada.

Tienen los oídos taponados
y los ojos cerrados,

por si acaso fueran a ver con los ojos
y escuchar con los oídos

y fueran a captar con la mente y abordar cambios.

Y yo los sanaré.

—Pero en cuanto a vosotros, ¡Felices los ojos porque ven y vuestros oídos por cuanto oyen! Porque os digo, amén, que muchos profetas y justos quisieron ver y escuchar lo que veis y escucháis vosotros, y ni vieron ni escucharon.

—Escuchad vosotros, entonces, el ejemplo del sembrador: Toda persona que oye el anuncio del reino y no alcanza a entender, viene la maldad y se lleva lo que tenía sembrado en la mente: eso es lo que se sembró junto al camino. Y lo que se sembró sobre piedra, es la persona que escucha el anuncio y lo recibe alegremente de inmediato, pero no arraiga en su interior porque es inconstante. Llega entonces el sufrimiento o la oposición por causa del anuncio, y de inmediato tropieza. Y lo que se sembró entre las zarzas, es la persona que escucha el anuncio, pero las preocupaciones de estos tiempos y la tentación de la riqueza acaban por ahogar el anuncio y no da fruto. Y lo que se sembró en tierra buena, es la persona que escucha y comprende el anuncio. Tal persona lleva fruto y se multiplica por cien, por sesenta o por treinta, según el caso.

Les puso otro ejemplo:

—El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró semilla buena en su campo. Cuando la gente duerme, vino su enemigo y sembró también cizaña por entre el trigo y se marchó. Al germinar la hierba y echar espigas, apareció también la cizaña. Se acercaron entonces los esclavos de aquel señor y le dijeron: «Amo, ¿acaso no sembró usted semilla buena en su campo? ¿Cómo es que tiene cizaña?» Y les dijo: «Algún enemigo me ha hecho esto». Entonces los esclavos le preguntan: «¿Quiere que salgamos a recogerla?» Pero les contesta: «No, por cuanto al recoger la cizaña arrancaríais también el trigo. Dejad que ambas

plantas maduren hasta la siega. A su debido tiempo daré instrucciones a los segadores, que empiecen por la cizaña y la aparten en montones para prenderle fuego, mientras el trigo se guarda en el granero».

Les puso otro ejemplo:

—El reino de los cielos se parece a un grano de mostaza que sembró una vez un hombre en su campo. Es ésta la más pequeña de las semillas, pero al crecer… ¡Es la más grande de las verduras y se hace un árbol, de tal suerte que vienen los pájaros del cielo y anidan entre sus ramas!

Les puso otro ejemplo:

—El reino de los cielos se parece a la levadura que tomó cierta vez una mujer y la escondió en tres sacos de harina… ¡Hasta que se le leudó entera!

Todo esto decía Jesús poniendo ejemplos al gentío; y no les decía nada sin poner ejemplos, para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta:

Abriré mi boca con ejemplos,

contaré cosas escondidas desde que se cimentó el mundo.

Entonces despidió al gentío y entró a la casa. Se le acercaron sus discípulos:

—Explícanos el ejemplo de la cizaña del campo —dijeron.

—El que sembró la buena semilla es el hijo del hombre —respondió—. Y el campo es el mundo. Y la buena semilla son los hijos del reino, mientras que la cizaña son los hijos del malo. Y el enemigo que la siembra es el acusica. Y la siega es la culminación de las edades, mientras que los segadores son emisarios. Entonces, igual que se aparta la cizaña y se le prende fuego, así sucederá en la culminación de las edades. El hijo del hombre mandará a sus emisarios y ellos apartarán de su reino todo lo que hace tropezar y a los que cometan delitos y los echarán en el horno en llamas. Allí habrá chillidos y rechinar de dientes. Entonces los justos, en el reino de su padre, alumbrarán como el sol. ¡Quien tiene oídos, que oiga!

—El reino de los cielos se parece al tesoro escondido que hubo una vez en el campo. Un hombre lo escondió y lo volvió a esconder. Está tan contento que va y vende todo lo que tiene y compra ese campo.

—Otra vez, el reino de los cielos se parece a un comerciante que buscaba perlas valiosas. Un día encontró una perla absolutamente extraordinaria. Fue y vendió todo lo que tenía y se la compró.

—Otra vez, el reino de los cielos se parece a una red de pesca que se echa por la borda y caen en ella todas las especies del mar. Cuando se llena, la arrastran hasta la playa, se sientan y recogen en cajas el pescado bueno, tirando aparte el que está deteriorado. Así será en la culminación de las edades. Vendrán los emisarios y apartarán de los justos a los defectuosos, y los echarán al horno en llamas. Allí habrá chillidos y rechinar de dientes. ¿Entendéis lo que os estoy diciendo?

—Sí —respondieron.

—Por eso —añadió—, todo escriba bien instruido en lo tocante al reino de los cielos, se parece a cierto propietario, que va y tira lo que hay de nuevo de su tesoro a la vez que lo viejo.

Sucedió que al acabar Jesús estos ejemplos, partió de allí. Llegó a su tierra y se puso a enseñarles en sus sinagogas, de tal suerte que se quedaron estupefactos.

—¿De dónde ha sacado éste esta sabiduría y estas hazañas? —decían—. ¿No se llama su Madre María; y sus hermanos Jacob y José y Simón y Judas? ¿Acaso no viven todas sus hermanas entre nosotros? ¿Entonces, de dónde saca éste estas ideas? —Y no lo podían superar.

Pero Jesús les dijo:

—No hay profeta sin reconocimiento, menos en su propia tierra y entre los de su propia casa. —Y fue incapaz de realizar muchas hazañas allí, por la deslealtad de ellos.

Sabemos que los evangelios se escribieron varias décadas después de los hechos y que siendo «según Mateo», «según Marcos», etc., son declaradamente interpretaciones personales del hecho de Jesús y el significado de su obra y enseñanza y muerte y resurrección. Se escribieron después que las cartas de los apóstoles y al distar más en el tiempo con respecto a los hechos narrados, reflejan forzosamente un proceso mayor de reflexión e interpretación de los hechos. Pero Mateo, aunque volcó en lo que escribió su propia visión de las cosas, intentó ser respetuoso y consecuente con las tradiciones que había recibido. Es así como nos ofrece dos interpretaciones diferentes de la razón por qué Jesús enseñó sobre el Reino de Dios en parábolas —no atreviéndose a descartar ni la una ni la otra, por temor a que alguna idea auténtica de Jesús pudiera caer en el olvido.

En Mt 13,10-15, Mateo quiere enfatizar el tema de la dificultad que tuvieron los discípulos para entender de qué iba Jesús. (Ya hemos visto que incluso después de la resurrección, seguían imaginando que Jesús pensaba restaurar el reino a Israel [Hch 1,6] —en lugar de inaugurar el

reinado de Dios como iniciativa nueva en la historia humana.) La torpeza de los discípulos, por la que se ven obligados a pedirle a Jesús que les explique las parábolas, sirve en bandeja a Mateo la oportunidad de ofrecer, para las dos alegorías iniciales del capítulo, sendas interpretaciones detalladas. De ahí que en estos versículos (10-17) se entiende que las parábolas imparten conocimiento esotérico, escondido, imposible de adivinar si se escuchan sin la necesaria interpretación.

Sin embargo, en Mateo 13,34-45 tenemos otra explicación mucho más verosímil de la razón por la que Jesús enseñaba con parábolas. La propia naturaleza de las parábolas es que invitan a la reflexión y al entendimiento. Su naturaleza y su propósito es revelar lo oculto, poner al alcance de todos —incluso los más sencillos y rústicos— el conocimiento (*cf.* Mt 11,25). Si volvemos a la cita de Isaías (Mt 13,14-15) que incorpora Mateo a su primera explicación del porqué de las parábolas, observamos que aquí también se sobreentiende que el significado de las parábolas es fácil, entendible por cualquier oyente. Si no fuera así, sobran los reproches de Isaías, cuyo motivo es que realmente hay que ser torpe (o ser moralmente muy retorcido) para no entender lo que se ve y lo que se escucha.

La propia naturaleza de las parábolas es que invitan a la reflexión y al entendimiento. Su naturaleza y su propósito es revelar lo oculto.

Podríamos añadir que las parábolas tienen una manera muy particular de brindar su instrucción y sabiduría, una manera especialmente apta para la manera de ser de Jesús y para la naturaleza del gobierno de Dios que Jesús anuncia. Las parábolas son por su propia naturaleza participativas, abiertas al oyente, invitándole a reflexionar, meditar y hallar sus propias respuestas en lugar de tener que asimilar respuestas hechas (y trilladas). Quien cuenta una parábola abre una ventana por la que cada oyente es libre de descubrir el paisaje a su propia manera, personal y única.

Este hecho en sí es, quizá, uno de los rasgos más esenciales que podemos descubrir con respecto al reinado de Dios que anuncia Jesús. Es un rasgo sorprendente, inesperado, que brinda libertad y que nos obliga a la tolerancia de lo que otros alegan descubrir. Las parábolas (y el gobierno de Dios que las parábolas anuncian) nos ofrecen un mundo abierto, libre y lleno de diversidad, donde no todos opinaremos igual y donde ha quedado desterrado el «pensamiento único».

La Iglesia se apresuró a cerrar esta puerta que había abierto Jesús, asegurándose de que sólo los obispos, el clero, el magisterio, o los pastores debidamente instruidos en «la sana doctrina», pudieran interpretar las verdades del Reino de Dios. Seguramente es cierto qué no sería aceptable que las opiniones de todos indistintamente pudieran tener el mismo peso en el pensamiento cristiano. Sin embargo hay que reconocer también las virtudes de la libre interpretación que ofrece Jesús mediante sus parábolas. ¿Qué es lo que perdemos si estamos todos obligados a pensar y opinar lo mismo?

Ya sabes —por la propia forma de discurrir este libro— que me parece importante que cada persona que «habla sobre Dios desde la Biblia» pueda desarrollar plenamente sus propias ideas sin tener que conformarse a la opinión supuestamente superior del redactor de esta guía. Con todo, comparto contigo, para lo que valgan, las siguientes observaciones adicionales sobre las parábolas del Reino en Mateo 13:

- Las Parábolas del Reino plantean un momento de decisión, de crisis y de juicio, donde no hay posibilidad de neutralidad o indefinición.

  Si se siembra es para recoger. El anuncio de Jesús compromete. Obliga a responder. No hay posibilidad de no responder: no responder ya es responder negativamente. El Reino de Dios tiene un enemigo, que arrebata la simiente sembrada, que siembra cizaña, que estorba y se opone activamente. Los que no aceptan voluntariamente el reinado de Dios son «piedra de tropiezo» para ese reinado. Su conducta no es neutral sino que constituye «iniquidad», y su destino es ser echados al horno de fuego, donde experimentarán el llanto y el crujir de dientes (Mt 13,41-42). Por cierto, tal desenlace sería claramente un castigo y es algo que hay que procurar por todos los medios evitar; pero donde son posibles el llanto y el crujir de dientes, no es descabellado imaginar que exista también la posibilidad del arrepentimiento y el cambio de opinión. Sin embargo el énfasis de estas parábolas no es ese, sino el de la urgencia de decidirse ahora, ya; y que esa decisión sea favorable al reinado de Dios.

- Las Parábolas del Reino plantean un factor sorpresa, donde los expertos religiosos se pueden estar equivocando y donde los «pecadores» pueden resultar haber sido a veces más puros de corazón.
- Las Parábolas del Reino no ofrecen mera teoría, sino que explican el asombroso poder de los milagros de Jesús.

  Según Mateo 13,53-58 además de enseñar, Jesús estaba haciendo muchos milagros. Algunas de sus curaciones repentinas, liberaciones de personas oprimidas por demonios, actos de intervención soberana sobre los elementos, haciendo cosas materialmente «imposibles», nos vienen relatadas en otros capítulos del evangelio. Si ignoramos que la función de las parábolas es explicar lo que la gente ya estaba viendo y observando en su actividad milagrera, no veremos de dónde procede el conocimiento de causa que pudiera exigir a los contemporáneos de Jesús a emprender una decisión tan vital sobre sus lealtades últimas. Las parábolas sin su contexto de milagros resultan tan inútiles como cualquier otra explicación donde no hay nada que explicar. Y si en nuestra generación pensamos que podemos pillar la esencia del significado del reinado de Dios sin encajar la realidad de la actividad milagrosa de Dios, estamos negando el poder de Dios y su libertad para actuar en el mundo. Si Dios no dispone de un poder y una libertad eficaz para actuar en el mundo, su supuesto reinado resulta ser inexistente.
- A pesar de ello, el Reino no es obvio. Su manera de proceder es desde dentro o desde abajo, desde las bases de la sociedad —no por imposición externa ni obligación estatal. La manera que Dios gobierna a los seres humanos es contraria —enteramente patas arriba— a cómo gobiernan los monarcas humanos. Con todo y ser tan sorprendentemente poderoso, es posible no caer en la cuenta de que es un reinado real y efectivo, porque renuncia a todas las palancas del poder que desde los albores de la civilización hemos asociado con la actividad de nuestros gobernantes. Es un reino contra todos los demás reinos, un reino diferente a todos los demás reinos, un reino que nos obliga a redefinir lo que entendemos que significa la relación soberano-súbdito.

  Como la germinación de una semilla o la actividad de la levadura, sus efectos son visibles, transformadores, imposibles de negar pero a la vez fáciles de ignorar por la lentitud de su operación. Como un tesoro escondido o una perla cuya existencia es un secreto, vale mucho pero todo el mundo lo ignora como si no valiese nada. Como

sus efectos funcionan desde adentro hacia fuera, desde lo invisible hasta hacerse visibles, desde el corazón humano hasta alcanzar la actividad de las manos, no es fácil reconocer en ellos el poder divino. Es más fácil descartarlo como un proceso «natural», la natural evolución de la sociedad o de la moral o de las ideas; o negar que nada esté cambiando, puesto que sólo nos parece significativo el cambio repentino o violento. No lo reconocemos como poder divino porque el único «poder divino» que reconocemos es el de los soberanos que nos oprimen.

El gobierno de Dios que anuncian las parábolas, nos ofrece un mundo abierto, libre y lleno de diversidad, donde no todos opinaremos igual y donde ha quedado desterrado el "pensamiento único".

TEMA 3. LUCAS 11

Y sucedió que al estar orando en cierto lugar, cuando acabó, uno de sus discípulos le dijo:

—Señor, enséñanos a orar, como Juan también enseñó a sus discípulos.

—Cuando oréis —les dijo—, decid:

Padre, sea sagrado tu nombre.
Venga tu reinado.

Danos cada día nuestro pan necesario
y perdónanos nuestros errores vitales
por cuanto nosotros también perdonamos
a todo el que nos falta.
Y no nos pongas a prueba.

Y les dijo:

—Poneos en la situación de que durante la noche llega un amigo y os pide: «Amigo, déjame tres panes. Es que acaba de llegarme un amigo de viaje y no tengo qué ponerle». ¿Quién sería capaz de contestar desde adentro: «No molestes, que la puerta ya está atrancada y mis hijos ya están acostados conmigo. No me puedo levantar a dártelo»? Os digo que aunque no se levantara a dárselo por ser su amigo, se levantaría y le daría todo lo que necesitaba por no quedar como un sinvergüenza.

—También os digo: Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe y el que busca, encuentra y al que llama, se le abre.

—A ver, los que sois padres: ¿Acaso si tu hijo te pide un pescado le vas a dar una víbora? ¿Y si te pide un huevo le vas a dar un escorpión? Si tú, por muy malo que seas, sabes darle a tu hijo lo que es bueno, ¿cuánto más va a dar el Padre del cielo un aliento sagrado a los que le piden?

Y estaba echando un dios pagano que era mudo. Sucedió que al marcharse el dios, el mudo empezó a hablar y todo el mundo se quedó admirado.

Pero algunos de ellos dijeron: «Éste echa dioses paganos por artes de Beelcebul, el jefe de ellos»; mientras que otros lo ponían a prueba exigiéndole que demostrase algún signo del cielo.

Él, sin embargo viendo cómo cavilaban, les dijo:

—Cualquier reino que sufre divisiones internas acaba en la ruina; y un edificio que se desmorona cae sobre el de al lado. Así que si Satanás sufre divisiones internas, ¿cómo se tiene en pie su reino?, ya que decís que es por artes de Beelcebul que echo a los dioses paganos. Pero si yo echo los dioses por artes de Beelcebul, ¿entonces vuestros adeptos, por artes de quién los echan? Por eso, ellos mismos os condenarán. Ahora bien, si es por el dedo de Dios que echo los dioses paganos, entonces se os ha aparecido el reinado de Dios. Cuando un caballero armado se hace fuerte en su propio castillo, todo lo que posee está en paz. Pero en cuanto se presenta otro más poderoso y le vence, le arrebata las armas en que confiaba y reparte el botín. El que no se encuentra entre mis partidarios me hace la contra; y el que no recoge conmigo, es que desparrama.

—Cuando el aliento repulsivo sale de la persona, vaga por lugares desérticos buscando dónde caer; y al no encontrar, dice: «Volveré a mi casa de donde he salido». Y al volver, lo encuentra todo barrido y recogido. Entonces va y trae otros alientos más tóxicos que él mismo y

entran y se quedan a vivir. Y la condición final de esa persona es peor que al principio.

Sucedió que al decir él estas cosas, una mujer de entre la multitud alzó la voz y le dijo:

—¡Viva el vientre que te trajo al mundo y los pechos que mamaste!

—Mejor —la interrumpió él—, ¡Viva los que escuchan la palabra de Dios y la obedecen!

Como se iba juntando cada vez más gente, empezó a decir:

—Esta generación es mala gente. Lo que pretenden es un signo pero no se les dará ningún signo más allá que el signo de Jonás. Porque así como apareció Jonás como signo entre los habitantes de Nínive, el hijo del hombre lo será entre esta gente. La reina del sur se alzará para juzgar a esta generación. Los condenará porque ella vino desde lo más lejos de la tierra para oír la sabiduría de Salomón. ¡Y mira que hay aquí mucho más que Salomón! Los habitantes de Nínive se alzarán para juzgar a esta generación. Los condenarán porque ellos cambiaron gracias a la predicación de Jonás. ¡Y mira que hay aquí mucho más que Jonás!

—Nadie enciende una luz para esconderla ni para taparla con un cajón, sino para alzarla en el candelabro, para que los que entran vean lo que alumbra. La luz del cuerpo son tus ojos. Si tus ojos son puros, todo tu cuerpo está bien iluminado. Pero si son impuros, todo tu cuerpo está en la sombra. Vigila que la luz que hay en ti no vaya a quedarse en oscuridad. De manera que si todo tu cuerpo está bien iluminado sin ninguna sombra, resplandecerá todo él como cuando te alumbra un relámpago.

Entre que él hablaba, un fariseo le invitó a que comiera con él. Cuando llegaron se tumbaron para comer; pero al fariseo le extrañó que no se lavara antes de comer. Entonces le dijo el amo:

—Ahora, vosotros los fariseos, ¡bien que fregáis el exterior de la copa y del plato, pero vuestro interior está lleno de fraude y mala fe! ¡Tontos! ¿Acaso el que hizo lo exterior no hizo también el interior? Por consiguiente si dais limosnas de todo corazón, ¡Mira, os queda todo limpio! Pero pobres de vosotros los fariseos, porque entregáis el diezmo de la menta y de la ruda y de las verduras pero os pasáis por alto el juicio y el amor de Dios. Era necesario hacer esto sin dejar de hacer aquello. Pobres de vosotros los fariseos, que os gusta tanto sentaros en la primera fila en las reuniones y que os aclamen en las plazas. Pobres de

vosotros, que sois como tumbas sin lápida, que la gente pisa sobre ellas sin enterarse.

Entonces interrumpe uno de los letrados:

—¡Pero maestro! ¡Al decir estas cosas nos insultas a nosotros también!

—¡Y a vosotros los letrados —prosiguió él—, pobres de vosotros! Porque cargáis sobre las espaldas de la gente una carga insoportable y no movéis ni un dedo para proporcionarles algún alivio. Pobres de vosotros, que erigís monumentos a los profetas que vuestros padres mataron. Por consiguiente, testigos sois y simpatizantes de las obras de vuestros padres. Porque a los que ellos mataron, vosotros les ponéis un monumento. Por esto mismo dijo también la Sabiduría de Dios: «Les mandaré profetas y emisarios pero a algunos los matarán y perseguirán» —a fin de pedir cuentas a esta generación por la sangre de todos los profetas que ha sido derramada desde la cimentación del mundo, desde la sangre de Abel hasta la de Zacarías, al que mataron entre el altar y el templo. Sí. Os digo que esta generación habrá de responder. Pobre de vosotros los letrados, por haber arrebatado la llave del saber. No entrasteis vosotros y prohibisteis a los que querían entrar.

Por consiguiente cuando salió, los letrados y los fariseos empezaron a tenerle inquina y a interrogarle sobre muchas cosas, tendiéndole trampas por si conseguían cazarlo por algo que dijera.

♦ Las iglesias cristianas han preferido incorporar a su liturgia la versión del Padrenuestro que viene en Mateo. Las diferencias en la versión de Lucas no afectan al fondo de la oración aunque sí nos pueden ayudar a entender sus frases desde un ángulo un poquito diferente.

La oración sigue la forma de «quiasmo», una estructura muy frecuente en el estilo literario de la época, cuyo fin es crear un gran marco alrededor del pensamiento central, que queda así destacado como el más esencial:

a. *Padre, sea santificado tu Nombre.*
b. *Venga tu reino.*
c. *Danos cada día su ración de pan.*
b'. *Y perdónanos nuestros pecados.*
a'. *No sea que nos metas en tentación.*

Vemos así que el meollo de lo pedido es la ración de pan necesario para poder sobrevivir. La idea del pan concedido a diario por Dios nos remite al maná de los Israelitas en el desierto con Moisés. No es una

petición superflua sino un bien indispensable para la mismísima supervivencia. Describe una existencia que depende absolutamente de la provisión divina. No hay aquí ahorros ni planes de pensión ni ningún otro apoyo más que solamente depender de que Dios tenga a bien proveer.

El meollo de lo pedido es la ración de pan necesario para poder sobrevivir. Describe una existencia que depende absolutamente de la provisión divina.

El marco más inmediato para esa petición (**b.—b'.**) es, por una parte la cercanía del reinado de Dios y por otra, la petición de perdón de los pecados. Desde el principio de su prédica Jesús había asociado la idea de la necesidad de arrepentimiento a la de la cercanía del Reino (*cf.* Mr 1,15). Si Dios va a poder reinar será porque confesemos y estemos dispuestos a enmendar otras conductas, otras lealtades, que son incompatibles con su santidad y con su Ley.

Y el marco exterior (**a.—a'.**) para la petición de divina providencia, es la santificación del Nombre y el no ser metidos en tentación. Ambas peticiones están en modo subjuntivo (por lo menos en griego; no siempre en las traducciones), enfatizando la conexión entre ellas. La lógica parecería ser la de que, si nos faltara la providencia más esencial para la supervivencia, flaquearía nuestra fe y acabaríamos renegando de Dios. La tentación sería, en ese caso, la de no santificar el Nombre. Y sería una tentación en la que Dios mismo nos habría metido, al dejar de proveer como se espera de él como rey divino.

Por último, la frase **b'.** ha sido expandida con una cláusula de causa. El arrepentimiento esencial para ser hallados aptos para el reinado de Dios, no lo es de boca ni de sentimientos solamente, sino que ha hallado expresión concreta en la anulación de las deudas. Aquí volvemos a oír ecos de la legislación para el año de Jubileo, una de cuyas provisiones concretas era perdonar a los deudores. Los y las

orantes han puesto en marcha, en lo que les atañe, las provisiones del año jubilar, con el consiguiente y natural perjuicio para su propia economía. Habiendo demostrado así su arrepentimiento se sienten en condiciones para pedir el perdón de Dios —perdón que es esencial para que el reinado de Dios se pueda hacer efectivo en la humanidad. La naturaleza de la deuda en que estamos con Dios es tal, que jamás en la vida podríamos cancelarla. Nuestra única esperanza de poder volver a empezar, es que él en su benevolencia nos perdone, dignándose reinar sobre nosotros a pesar de nuestras muchas deficiencias como pueblo de Dios. Es muestra de nuestro reconocimiento de lo imperioso que nos es ser perdonados, el que hayamos estado dispuestos a condonar las deudas de nuestros deudores.

Si entre los vecinos de la aldea nos damos unos a otros pan para poder cumplir con el deber sagrado de la hospitalidad, tanto más nos alimentará el Padre, para no sufrir el desprestigio de quedar como un Dios al que se le mueren de hambre los adoradores.

- Sería difícil exagerar la precariedad de la economía del campesinado de Judea y Galilea en tiempos de Jesús. Aquellos fueron años de tal dificultad, que a pesar de la notoria brutalidad con que Roma aplastaba cualquier intento de alzamiento dentro de sus fronteras, cada tanto surgía algún pretendido «mesías» que, prometiendo liberar a su pueblo como David los había liberado de la opresión filistea, conducía inevitablemente a sus seguidores a la derrota (y a la crucifixión romana de los derrotados). Las escenas de los evangelios y las parábolas de Jesús están pobladas de jornaleros que se pasan el día entero esperando que alguien les de unas horas de trabajo,

latifundistas ausentes que delegan la gestión de sus tierras en siervos sin escrúpulos; cuidadores de un viñedo que se ensañan contra los representantes del latifundista para quedarse con lo que producen, pero que al final son aplastados sin piedad; una mujer que pone patas arriba su casa buscando una sola monedita que se le ha perdido; una viuda que al poner dos monedas en la ofrenda del templo, acaba de despilfarrar lo último que le quedaba. Es en estas condiciones sociales que hay que entender lo esencial que es el pan de cada día y la fe como un clavo ardiendo con que se ruega a Dios el milagro de algo así como un nuevo maná del cielo.

Jesús insiste en los versículos siguientes que Dios es de fiar, que esperar en la divina providencia es razonable para quien tenga fe. En el v. 8 tenemos una palabra cuyo sentido resulta equívoco desde que probablemente se tradujo mal al griego, del arameo de Jesús. No se trataría de su «importunidad» (del que pide pan), sino de su «no querer pasar vergüenza» (del que por eso da pan). La idea original sería que cualquier vecino se levantaría y daría pan a su vecino en estas circunstancias, porque de lo contrario sería visto por toda su aldea como un desvergonzado, una persona sin honor ni amor propio. Si entre los vecinos de la aldea nos damos unos a otros pan para poder cumplir con el deber sagrado de la hospitalidad (porque sabemos que si no lo hiciéramos, todo el mundo hablaría mal de nosotros), tanto más nos alimentará el Padre, para no sufrir el desprestigio de quedar como un Dios al que se le mueren de hambre los adoradores.

Pero por si acaso, Jesús insiste: «Pedid y se os dará», etc. (Lc 11,9-10). Y remata su argumentación poniendo a Dios en la situación de un padre al que su hijo le pide algo que comer. ¿Qué padre sería capaz de dar muerte al hijo que le pide vida? (Lc 11,11-12).

De todas estas maneras volvemos a observar las circunstancias de extrema necesidad de aquellos primeros oyentes de Jesús. Ellos seguramente tenían otras muchas necesidades. Pero la que más los agobiaba era la providencia del alimento para sobrevivir de día en día. Sin lugar a duda hacemos bien cuando luego, por extensión, tenemos fe para pensar que Dios también nos pueda conceder otras muchas cosas que pidamos. Al final va a ser que la generosidad de Dios para responder afirmativamente a nuestras peticiones es tan grande como los recursos de Dios son infinitos. Pero hacemos mal si pensamos que hay aquí garantías de un estilo de vida de éxito, ocio y lujos, un «evangelio de la prosperidad». Ya sería un logro que en este mundo

de Dios todos tuvieran suficiente para comer. El caso es que el planeta donde Dios nos ha puesto da para alimentarnos a todos, salvo que algunos mueren porque no les llegan los alimentos o el agua potable que otros derrochan.

La cruda realidad es que el mundo de extrema pobreza que conoció Jesús sigue siendo la misma realidad en que viven miles de millones de nuestros contemporáneos. En aquellas partes mayoritarias del mundo, el día que haya pan para todos será tan maravilloso, que no habrá otra forma de describirlo que decir: «El Reino de Dios se ha acercado».

Con todo, el v. 13 da un giro inesperado a la argumentación. De repente lo que el Padre en el cielo no negará a sus hijos ya no es pan, sino el Espíritu Santo. Probablemente hay que entender que esto es por extensión: si Dios no nos negará el sustento diario para nuestros cuerpos, tanto menos nos negaría el sustento necesario de su Espíritu. Esto nos lleva directamente a nuestra siguiente observación sobre la terrible asolación espiritual que sufre la humanidad.

- El versículo 14 cuenta como de pasada, como algo que en sí ni llama la atención ni se sale de lo rutinario, que Jesús estaba echando fuera un demonio. Se puede achacar quizá otras deficiencias a los textos bíblicos, pero nunca la de subestimar la profundidad y extensión del problema del mal que condiciona la vida humana. En este episodio la privación del habla es experimentada por la propia víctima y por todo su entorno social como la actividad de una presencia maligna que oprime y merma la calidad de vida. La vida del mudo, desde luego, pero también la de todos los que lo conocen, que viven presas del miedo porque nunca se sabe quién será la próxima víctima con que se vayan a ensañar los demonios. El mal en Jesús y en los evangelios en general y en todo el Nuevo Testamento no tiene su lugar de origen en la actividad de enemigos humanos —no en los escribas y fariseos, tampoco en el emperador en Roma. El mal está interiorizado, se ha hecho con el control de nuestras vidas, nos oprime limitando nuestras elecciones, somatizándose como todo tipo de enfermedad y dolencia, matándonos tanto o más que lo que nos puedan matar los romanos.

  Este mal que oprime nuestras almas resulta, por eso, mucho más temible y mucho más peligroso que todas las legiones del César. Porque nos mata desde dentro, apagando primero nuestra alegría y confianza, turbando nuestro juicio, robándonos la fe en Dios,

enfermándonos y llenando nuestra existencia de desesperación antes de arrebatarnos la vida.

Es válida, por supuesto, la duda occidental moderna de que hablar de «demonios» sea una manera adecuada para describir la configuración general de dolencias psíquicas y somáticas, desequilibrios hormonales y químicos en el cerebro humano y en nuestros cuerpos, predisposiciones congénitas y el cúmulo del efecto de traumas y experiencias de dolor emocional sin curar. Tampoco podemos ignorar que la inmensa mayoría de los miles de millones de nuestros contemporáneos en el siglo XXI, siguen viviendo esa realidad de la oscuridad del alma, como la de una presencia malintencionada que los oprime desde dentro. Y a quien lo vive así, no podemos quitarle la fe y la esperanza de que Jesús puede todavía hoy echar fuera esos males interiores y curar sus heridas psíquicas y emocionales.

El mal está interiorizado, se ha hecho con el control de nuestras vidas, nos oprime limitando nuestras elecciones, somatizándose como todo tipo de enfermedad y dolencia, matándonos tanto o más que los romanos.

Los discípulos y las multitudes que escucharon a Jesús anunciar que el reinado de Dios se ha acercado, entendieron que en la actividad de Jesús estaban presenciando un enfrentamiento cósmico entre las fuerzas del bien y del mal, de la salud y la enfermedad, de la vida y la muerte, del sufrimiento existencial y el éxtasis espiritual. No creo que sea necesario para recibir el evangelio, primero «creer en» demonios; pero sea como sea que nos explicamos el mal en el interior del alma humana, deberíamos poder experimentar la euforia del gozo de la liberación, la recuperación maravillosa de nuestras

plenas facultades como seres humanos, creados a imagen de Dios para vivir en libertad, confianza y paz interior.

Si Jesús renunció al poder que se le ofrecía si se hubiese adueñado de las instituciones cívicas y militares del gobierno humano, es porque sabía plenamente que en él operaba otro poder superior, que era capaz de estallar en fe y esperanza en el interior del alma humana, para traer liberación contra todo maleficio.

La derrota reiterada, continua, permanente del mal a este nivel interior en el alma humana es esencial para poder decir sin mentir, que Dios nos empieza a gobernar personalmente, que su Reino se nos ha acercado.

Jesús consideró que algunos de los líderes se estaban fijando demasiado en la superficie de las conductas, en lugar de analizar la condición interior de las personas.

- La interioridad del conflicto en el alma humana no quita que también haya conflictividad entre personas con visiones diferentes de lo que viene a ser el bien, lo que viene a ser la voluntad de Dios. La última sección de nuestro capítulo (Lc 11,33-54) nos da un botón de muestra del conflicto entre Jesús y algunos de los líderes reconocidos de su propio pueblo judío. Jesús consideró que ellos se estaban fijando demasiado en la superficie de las conductas en lugar de analizar la condición interior del alma de las personas. Como su diagnóstico del mal era exclusivamente exterior, la única solución que se les ocurría era también exterior: conspirar contra el rabino con que discrepaban.
- Por último quisiera llamar la atención al tema de las señales para el arrepentimiento (Lc 11,29-32). Jonás no acompañó su prédica de arrepentimiento a los ninivitas de ninguna señal sobrenatural. Ellos escucharon que sus vidas eran dignas de la condenación de Dios, reconocieron por su propia conciencia interior que ese anuncio era la pura verdad, y se arrepintieron implorando el perdón divino. La Reina

del Sur no vio la gloria de Salomón hasta no haber venido a verlo tan sólo por oír hablar de él. Fue en su acercamiento (sin señales previas) que vio evidencias inequívocas. Quien pone la excusa de necesitar pruebas para arrepentirse, demuestra lo lejos que está de la actitud de humildad personal y de reconocimiento de la necesidad de cambiar, que son la propia esencia del arrepentimiento. Es difícil imaginar que los tales sean capaces de recibir el Reino con gozo como esperanza y liberación interior.

TEMA 4. MARCOS 10

En este capítulo de Marcos tenemos toda una mezcla de temas, con una sección central que toca en la particular relación que existe entre los ricos y el reinado de Dios.

Entonces se levantó para irse de allí a las comarcas de Judea y allende el Jordán. Y se le juntó otra vez mucho gentío y como era su costumbre, volvió a instruirles. Y llegaron unos fariseos para hacerle examen. Le preguntaron si está bien que un hombre eche de casa a su mujer. Él, sin embargo, les preguntó:

—¿Qué es lo que mandó Moisés?

—Moisés permitió «redactar un acta de divorcio y echarla» —contestaron.

—Se os escribió esta disposición por causa de vuestro empecinamiento —les espetó Jesús—, pero desde el principio de la Creación, «Dios los hizo hombre y mujer. Y por eso, el hombre dejará a su padre y madre para quedarse pegado a su mujer y los dos serán una misma carne». Entonces ya no son dos, sino una misma carne. Por consiguiente, lo que Dios ha enganchado a un mismo yugo, que no lo desenganche el ser humano.

Al llegar a casa, los discípulos volvieron a preguntarle sobre esto; y él les dice:

—Cualquiera que echa de casa a su mujer para casarse con otra, le es infiel. Y si es ella la que se marcha de casa para casarse con otro, le es infiel.

También le traían niños para que los toque, pero los discípulos les reñían. Sin embargo cuando lo vio Jesús, se enojó.

—¡Dejad a los niños venir a mí! —les dijo—. ¡No se lo prohibáis, por cuanto el reino de Dios les pertenece a los que son así! Amén os digo, que cualquiera que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él. —y los abraza y pone sobre ellos las manos y les dice cosas lindas.

Iba de camino cuando llegó corriendo uno que se arrodilló ante él y le preguntó:

—Maestro bueno, ¿qué es lo que tengo que hacer para obtener como herencia la vida de los tiempos?

—¿Por qué me llamas «bueno»? —le replicó Jesús—. No hay ni uno que sea bueno aparte de Dios. Conoces los mandamientos. «No cometas asesinato ni adulterio, no robes, no mientas cuando das testimonio ante un tribunal, no desfalques, no desprestigies a tu padre y madre…».

—Pero Maestro —interpuso—, todo esto lo vengo observando desde pequeño.

Entonces Jesús se lo quedó mirando y sintió afecto por él.

—Sólo te falta una cosa —añadió—. Vas y vendes todo lo que tienes y se lo das a los pobres, para tener un tesoro en los cielos. Entonces vienes y me sigues.

Pero él, apesadumbrado por el asunto, se marchó muy contrariado; porque tenía muchas propiedades. Y Jesús echa una mirada alrededor y les comenta a sus discípulos:

—¡Vaya difícil que lo tienen los ricos para entrar al reino de Dios!

Pero los discípulos se quedaron perplejos por este asunto.

—¡Ay, niños! —añadió—. ¿Cómo de difícil es entrar al reino de Dios? ¡Más fácil lo tiene pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico al reino de Dios!

No cabían en sí de asombro y comentaban entre sí:

—¿Pero entonces quién se puede salvar?

Jesús les clava la mirada y dice:

—Por parte de las personas es imposible; pero por parte de Dios…

Porque todo es posible por parte de Dios.

Pedro empezó a protestar:

—Vamos a ver… ¡Nosotros sí que lo hemos dejado todo para seguirte!

—Amén os digo —replicó Jesús—, que nadie que haya dejado hogar o hermanos o hermanas o madre o padre o niños o campos por mí y por

el anuncio de una transformación social para mejor, se quedará sin recibir multiplicado por cien en la era presente hogares y hermanos y hermanas y madres y niños y campos —eso sí, con persecuciones— y en la era que está por llegar, la vida de las edades. Pero muchos que destacan no serán nadie; y que no son nadie pero destacarán.

Pero estaban subiendo por el camino a Jerusalén. Jesús iba el primero. Iban preocupados y los que venían siguiéndole, sentían miedo. Entonces Jesús volvió a apartar a los doce y empezó a explicarles lo que estaba por pasar:

—Mira, estamos subiendo a Jerusalén. Allí el hijo del hombre será entregado a la nobleza templaria y a los letrados. Éstos le condenarán y lo entregarán a los incircuncisos, que se van a burlar de él y le escupirán y lo molerán a palos. Entonces lo matarán. Y al tercer día se levantará.

También hablaron aparte con él Jacob y Juan, los hijos de Zebedeo.

—Maestro —dijeron—, queremos que nos concedas un deseo.

—¿Qué queréis que haga por vosotros? —les contestó.

—Concédenos a uno de nosotros sentarse a la derecha —le dijeron—, y al otro a la izquierda de tu trono.

—¡No tenéis ni idea lo que estáis pidiendo! —les replicó Jesús—. ¿Acaso sois capaces de beber de la copa que estoy bebiendo yo, o de sumergiros en la misma inmersión en que estoy inmerso?

—¡Y claro!

—Pues, sí... —reflexionó Jesús—. Vais a beber de la misma copa que estoy bebiendo yo y os vais a sumergir en la misma inmersión en que me encuentro inmerso yo. Pero lo que es sentarse a mi derecha o a mi izquierda, eso no me corresponde concederlo, salvo a los que están preparados.

Cuando se enteraron los diez, empezaron a protestar contra Jacob y Juan. Entonces Jesús los llamó:

—Sabéis —les dice— que entre los incircuncisos, los que ellos consideran importantes los dominan; y los más grandes entre ellos los tienen sometidos a su voluntad. Pero esto no es lo que hay entre vosotros. Al contrario. Si alguien quiere destacar entre vosotros, ese estará a vuestro servicio; y si alguien pretende ser el primero entre vosotros, ese será esclavo de todos. Porque el hijo del hombre tampoco

vino para que le presten servicio sino para estar a disposición y para dar la vida como rescate a favor de muchos.[2]

Llegaron así a Jericó. Salían de Jericó tanto sus propios discípulos como una multitud considerable. Y un mendigo ciego (Bartimeo, o sea «hijo de Timeo»), estaba sentado al lado del camino; y al enterarse de que se trata de Jesús el nazareno, empezó a gritar:

—¡Jesús! ¡Hijo de David! ¡Concédeme un favor! —Y muchos le increpaban, que se callara; pero él tanto más gritaba—. ¡Hijo de David! ¡Concédeme un favor!

Jesús se detuvo.

—Llamad a ese —dijo.

—¡Aúpa, levántate —llamaron al ciego—, que te llama!

Se desembarazó de su manta y se levantó de un salto. Fue donde Jesús.

—¿Qué quieres que haga por ti? —le respondió Jesús.

—Mi rabino —le dijo el ciego—. ¡Quiero volver a ver!

—Márchate —le dijo Jesús—. Tu fidelidad ya te ha salvado.

Entonces volvió a ver —y ya le estaba siguiendo en el camino.

Quizá llega el momento de decir claramente lo que se viene perfilando como un hecho: Que para Jesús parece existir una relación estrecha entre la idea de que Dios reine —el acercamiento del Reino de Dios que Jesús anunció— y el cumplimiento de la Ley. Son dos ideas muy próximas entre sí, casi se diría que idénticas. Si Dios reina se cumple, naturalmente, su Ley. Donde se vive como manda la Ley de Dios es que allí, en efecto, gobierna Dios.

La correspondencia entre una cosa y la otra no es automática. Es posible estar pareciendo cumplir la Ley por virtud de una obediencia superficial que esconde una rebeldía interior o una soberbia de espíritu (por la que uno se siente en condición de juzgar la conducta de los demás). Hecha esta observación, sin embargo, no deja de ser lógico que allí donde Dios ejerce como Rey, se cumpla su voluntad expresada en los mandamientos.

---

[2] El rescate por muchos, junto con la idea de «servicio» o esclavitud presente en estos versículos, nos remite a una situación donde una banda criminal secuestra a gente para reducirlos a la esclavitud. «El hijo del hombre» se expresa dispuesto a canjear su propia vida —y verse reducido a esclavitud, por consiguiente— a cambio de que los tratantes liberen a otros que tenían destinados a la trata.

El que Dios nos desea matrimonios estables como su bendición divina a nuestras relaciones comprometidas de pareja, no es lo mismo que imaginar que Dios maldecirá nuestras vidas si las cosas no nos salen como todos hubiéramos deseado.

- La versión que trae aquí Marcos de los comentarios de Jesús a la ley que exige legalizar la situación de la mujer repudiada levantando la correspondiente «Acta de divorcio», tiene algunas diferencias interesantes con respecto a lo que vimos en Mateo en el Capítulo 6 (Tema 5). Sin embargo no cambia sustancialmente la cuestión. Aquí en Marcos tampoco suelen distinguir nuestras traducciones más modernas, entre un «repudio» (sin documentación) que dejaba a la mujer en una situación de indefensión social (lo cual no debía hacerse), y la redacción del «Acta de divorcio» que exige «Moisés» (como solución a esa indefensión social). El equívoco provocado por esa falta de claridad en las traducciones es lamentable y ha contribuido a aumentar la rigidez legalista que manifiestan algunos cristianos contra las personas divorciadas. Jesús no estaría en ningún caso sentando cátedra sobre la imposibilidad de divorciarse, sino haciendo una observación que debería ser obvia: que cualquiera de los dos que «repudia» a su cónyuge y establece una nueva pareja con otra persona sin primero haber regularizado su situación legal, incurre en lo que es a todas luces un «adulterio». Que la opinión de Jesús sobre este tema aparezca en tres de los cuatro evangelios y en una de las cartas de Pablo, indicaría que la cuestión surgía con más o menos frecuencia y no debería considerarse escandalosa.

  Naturalmente la ruptura de los matrimonios suele ser desagradable y nadie —empezando por Dios mismo— le desea a nadie que le vaya mal su matrimonio y se acabe divorciando. El que Dios nos desea matrimonios estables, sin embargo, como su

bendición divina a nuestras relaciones comprometidas de pareja, no es lo mismo que imaginar que Dios maldecirá nuestras vidas si las cosas no nos salen como todos hubiéramos deseado.

En cualquier caso Jesús (1) parece dar por sentado que si Dios ejerce como rey, la ley «de Moisés» estará plenamente vigente; y (2) interpreta que la intención de la legislación divina no es cercenar nuestra libertad y mermar nuestra calidad de vida, sino todo lo contrario —y siempre con especial atención a las necesidades de los más débiles.

Ahora, por fin, Jesús le mira —y Marcos nos sorprende con un giro radical, porque nos dice que al fijar en él la mirada, Jesús le amó.

- En el mismo sentido de esta última observación (el especial interés de Dios por el bienestar de los más débiles) tenemos la escena de Jesús con los niños (Mr 10,13-16). Curiosamente, la misma palabra griega que traducimos aquí como «niños» podría traducirse como «esclavos». De hecho, en la sociedad romana, los niños y los esclavos tenían un rango social parecido. Durante la niñez un «hijo» podía ser declarado ilegítimo y esclavizado; y el hijo de una esclava podía ser declarado legítimo y heredero. Los esclavos nunca adquirían la mayoría de edad; siempre eran tratados como párvulos. (No hace muchas décadas y un siglo después de la emancipación de los esclavos, todavía se trataba de «boy», *niño*, a los varones de raza africana en Estados Unidos, sin importar que tal vez fuera un abuelo.) La interpretación más natural de esta escena es que traían niños a Jesús para que los bendijera con su tacto; pero aunque nada probable, tampoco resulta del todo imposible imaginar que los que buscaban esa bendición eran esclavos —explicando así la sensación de escándalo que algunos de los presentes sintieron cuando Jesús los abrazó.

  En cualquiera de los casos, la enseñanza de Jesús es que el Reino de Dios es para beneficio de los que son socialmente insignificantes y

carecen de plenitud de derechos humanos, como los niños en aquella era —o como los esclavos.

- Como suele ser habitual en Marcos, el evangelista crea la siguiente escena (Mr 10,17-22) inmediatamente a continuación, como si tuviera alguna relación con la escena previa. Jesús acaba de abrazar a los niños (pero tal vez a esclavos) y declarar que es de ellos el Reino de Dios, cuando se le acerca corriendo alguien con una pregunta que le arde en el alma: «Buen maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?»

  Como Marcos más adelante indica que por fin Jesús lo mira, hay que imaginar que hasta ese momento la respuesta que le da Jesús es más bien fría, sin mirarle directamente a los ojos. Es un tratamiento, desde luego, que contrasta con el tratamiento de los niños, en quienes Jesús se fijó y a quienes abrazó. Más adelante nos enteraremos que este que vino corriendo con su pregunta tan urgente era rico —lo cual seguramente era fácil de adivinar por la calidad de su indumentaria. Así, la calidez del abrazo de Jesús por unos, es muy diferente de la frialdad de los reproches que encierra su respuesta a la pregunta sobre la vida eterna.

  Quisquilloso, Jesús parece querer retorcer el sentido de un saludo respetuoso y sin duda bien intencionado, como dando a entender que «¿Qué tengo que ver yo con lo que tú puedas considerar ser "bueno"?» La continuación de su respuesta en un tono más o menos pedante, sobre los mandamientos, encierra un segundo reproche: «Seguramente tú eres como tantos de tu clase social, que te sabes los mandamientos al dedillo pero no los cumples. Por lo menos no en su sentido pleno, de favorecer a los que, como estos niños que acabo de abrazar, carecen de prestigio social».

  Pero su interlocutor no se deja picar por esos reproches y ese tono insultante: «Maestro, vengo cumpliendo todas estas cosas desde mi juventud».

  Ahora, por fin, Jesús lo mira —y Marcos nos sorprende con un giro radical, porque nos dice que al fijar en él la mirada, Jesús le amó. No existe nada igual a esto en los evangelios. Sabemos que hubo un «discípulo amado» a su lado cuando la Última Cena en el evangelio según Juan. La relación de Jesús con Lázaro, Marta y María parece haber sido especialmente estrecha. Pero en ninguna de estas amistades tenemos nada como esta escena donde Jesús mira a alguien a los ojos y descubre que le ama. Desde luego, Jesús amó a todos y a todas con un amor generalizado por el prójimo que nos

instruye a nosotros tener también: un amor que viene a ser la valoración cabal de la dignidad del prójimo como un ser humano creado a imagen de Dios y tan importante como uno mismo se siente ser. Pero aquí tenemos ese amor personalizado en un individuo con quien Jesús conversa. Un individuo, además, que de entrada le había caído mal y que tal vez representaba, a su manera de entender, la clase social de los ricos, a quienes se los presupone opresores, indiferentes al sufrimiento ajeno.

Insisto en ello porque me parece que el insólito calor humano que Marcos inyecta repentinamente a esta escena es esencial para entender el desenlace de la conversación; y la conversación posterior que sostuvo Jesús con sus discípulos.

La respuesta de Jesús («Ve, vende lo que tienes y da a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Y ven a seguirme.») ya no es una respuesta hostil sino una respuesta de amor. Es una invitación sincera, una invitación llena de amistad y afecto personal.

Ante todo, no es una exigencia sino una invitación.

- Esta implicación personal emocional de Jesús deja secuelas en su ánimo, según lo describe Marcos a continuación (Mr 10,23-25). Es duro para él descubrir que sus palabras de invitación, resultan a pesar de todo inaceptables para aquel hombre. Jesús suelta varias exclamaciones a efectos de lo difícil que es para los ricos aceptar las condiciones para recibir el reinado de Dios. Y al final, dándole vueltas y vueltas, concluye que no es que sea difícil sino que es imposible: «Sería más fácil hacer pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el Reino de Dios» (Mr 10,25). Sé que se han hecho esfuerzos por hallarle otra interpretación a este versículo, pero la propia reacción de los discípulos a continuación (Mr 10,26) indica que ellos entendieron que Jesús, pensándoselo bien, lo acabó por dar por imposible.

> [Recordarás que Santiago (Capítulo 8, Tema 1), escribiendo pocos años después de la ascensión de Jesús y décadas antes que Marcos el evangelista, expresó durísimos prejuicios contra los ricos, mostrándose exasperado e impaciente con el trato preferencial que algunos les tenían en las comunidades cristianas. Santiago parece haber interiorizado esta misma opinión de Jesús, expresada ante la evidencia del rechazo de su invitación, una invitación motivada por el amor que le inspiró aquel rico.]

La idea de que los ricos tuvieran tan imposible aceptar el reinado de Dios escandaliza a los discípulos. ¿Quién, si no los ricos, podían permitirse cumplir con todas las exigencias de santidad ritual, los sacrificios de corderos y demás ofrendas voluntarias a presentar en el templo como muestra de devoción a Dios? La respuesta de Jesús, sabiéndola nos puede parecer obvia en su maravillosa sencillez y hondo conocimiento de la naturaleza de Dios, pero sólo es obvia una vez que se conoce: «Para los seres humanos es imposible pero no para Dios. Porque para Dios todas las cosas son posibles». Uno de los rasgos más esenciales del reinado de Dios es que aprendamos a descansar en la gracia de Dios y su buena disposición para con nosotros.

Será imposible ser rico y a la vez entrar al Reino de Dios, pero si un rico se deshace de sus bienes, deja de ser rico. ¡El estorbo de la imposibilidad ha desaparecido!

Pedro parece haber captado perfectamente la onda cuando responde, quizá admirado por el descubrimiento de lo que es posible por la gracia de Dios actuando en nuestro interior: «Sin ir más lejos, el caso nuestro: Hemos sido capaces de dejarlo todo por seguirte» (Mr 10,28). Exactamente. No han hecho ni más ni menos que lo que Jesús le pedía al rico. De hecho, la invitación al rico sólo le pedía aceptar esas mismas condiciones de discipulado que ya habían acepado sus otros discípulos.

Será imposible ser rico y a la vez entrar al Reino de Dios (o «heredar la vida eterna», que parece en estos versículos ser más o menos lo mismo), pero si un rico se deshace de sus bienes, deja de ser rico. ¡El estorbo de la imposibilidad ha desaparecido!

El problema de fondo posiblemente reside en que los ricos están acostumbrados a un cierto trato de favor. Están acostumbrados a que por su mucho dinero sean tratados con más respeto, se valoren mucho más sus sacrificios y sus donativos, por lo cuantiosos que son. Sin embargo el sacrificio de un rico que lo da todo no es diferente en

calidad, sólo en cantidad, respecto a un pobre que lo da todo. Sabemos que Pedro tenía esposa (y suegra) y es muy posible que hijos. Podemos imaginar la dificultad de su situación y la de su familia cuando abandonó su barca de pesca y salió a seguir a Jesús. Más o menos la misma dificultad en que se verían el rico y su familia si él hiciera lo mismo. Salvo que la pérdida de rango y reconocimiento social es mucho más brusca y dura en este último caso, el escándalo social mucho más sonado y problemático para toda la sociedad.

Es necesario insistir en esto porque las actitudes y conductas económicas son un tema que ocupa un lugar sorprendentemente importante en la enseñanza de Jesús sobre el Reino de Dios.

- De todas maneras, la idea de Jesús no es que la gente se quede económicamente desamparada. Jesús estaba convencido de que sus discípulos salían ganando cien veces más que lo que perdían en tierras, propiedades, y la riqueza de su entramado social y familiar (Mr 10,29-31). Era previsible la persecución (Mr 10,30), porque «el mundo» no puede aceptar que se rechace tan a fondo el egoísmo material como base para la sociedad, pero Jesús sigue pensando que el resultado final será mejor que lo que se pierde.

Las escenas en Hechos, capítulos 2 y 4, donde Lucas describe la puesta en común de los bienes en la comunidad inicial de Jerusalén, probablemente no fue más que una continuación de la norma que venían siguiendo Jesús y sus discípulos. No deberíamos suponer que fue una medida excepcional o de corta duración. Ponerlo todo en común no es fácil pero tampoco es imposible. Son muchos los movimientos cristianos que han seguido esa forma de vida en el transcurso de estos dos mil años. De hecho, la puesta en común de los bienes materiales es algo que surge más o menos espontáneamente, con cierta regularidad, donde hay movimientos de

renovación espiritual. No deberíamos verlo como algo extraordinario sino como natural y normal en «el Reino de Dios», aunque no todos nos sintamos llamados a la vocación de vivir así.

Aquí también es necesario recordar que Jesús interpreta que la intención del gobierno de Dios y de su Ley no es cercenar nuestra libertad ni mermar nuestra calidad de vida, sino todo lo contrario. Los legalismos y las exigencias desmesuradas del prójimo (o de uno mismo) atentan contra el Espíritu, que no parece inmutarse cuando los cristianos *no* lo ponemos todo en común. Pero en absoluto nos debería parecer extraordinaria o excepcional la existencia de comunidades cristianas donde las posesiones materiales **sí** han sido puestas en común.

Es necesario insistir en esto porque las actitudes y conductas económicas son un tema que ocupa un lugar sorprendentemente importante en la enseñanza de Jesús sobre el Reino de Dios. La dimensión económica del Reino fue, aparentemente, algo en que Jesús solía insistir; y su enseñanza sigue siempre la misma tendencia: El único tesoro válido y lícito es el que se tiene «en el cielo» (entiéndase «en Dios»); y el destino más perfecto para nuestras posesiones materiales es compartirlas con los más desfavorecidos. Además, Jesús dio singularmente el ejemplo en su convivencia con sus discípulos y discípulas (un grupo bastante más extenso, con creces, que nuestra idea de Jesús y otros doce varones y nadie más). Un ejemplo que nos consta que los primeros cristianos en Jerusalén siguieron con toda naturalidad, dando plena continuidad al estilo de vida que ya venían siguiendo anteriormente con Jesús.

Considerar los beneficios de este estilo de vida en comunidad nos ayuda a comprender el amor con que Jesús invita al rico en la escena que nos ocupa. No lo está invitando a dar un salto de ciego sino a venir y seguirle a él en la comunidad de otros que lo han dejado todo y ya no «poseen» nada pero sin embargo disfrutan del usufructo de cien veces más que lo que han dejado de poseer —y de una riqueza de relación de vínculos estrechos y familiares mucho más grande que la de sus familias de origen.

Realmente es una invitación llena de amor.

TEMA 5. JUAN 3,1-21; 18,28-19,16

Sorprende, quizá, la relativa infrecuencia de la palabra «Reino» en el evangelio según Juan. Examinaremos —con mayor interés, si cabe, por lo excepcionales que resultan— los dos pasajes de Juan donde se habla de un reino en relación con Jesús.

Se trata de dos conversaciones.

Empezaremos por la primera, JUAN 3,1-21:

> *Pero estuvo con uno de los fariseos, de nombre Nicodemo, gobernante de los judíos; éste vino a él de noche.*
>
> *—Rabino —le dijo—, sabemos que es por Dios que tú has llegado a maestro, porque nadie podría realizar estos signos que realizas tú, sin que estuviera con él Dios.*
>
> *—Amén, amén te digo —le contestó Jesús—, si no fuera por nacer desde arriba, uno sería incapaz de distinguir el reinado de Dios.*
>
> *—¿Y cómo va a poder nacer un hombre ya anciano? —objetó Nicodemo—. ¡Es imposible volver al vientre de su madre para nacer por segunda vez!*
>
> *—Amén, amén te digo —le contestó Jesús—, si no fuera por nacer del agua y del aliento, uno sería incapaz de entrar al gobierno de Dios. Lo nacido de la carne, carne es. Y lo nacido del aliento, aliento es. No te espante el que te diga que vosotros tenéis que nacer desde arriba. El aliento sopla donde quiere y tú lo oyes, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Esto mismo sucede con todo el que haya nacido del aliento.*
>
> *—¿Cómo es posible que pase esto? —insistió Nicodemo.*
>
> *—Tú, que eres el maestro de Israel —le replicó Jesús—, ¿tampoco sabes estas cosas? Amén, amén te digo, que estamos hablando de lo que hemos entendido y estamos dando testimonio de lo que hemos visto; y vosotros no estáis aceptando nuestro testimonio. Si os he contado las cosas terrenales y no sois fieles, ¿cómo ibais a ser fieles si os contase las cosas del cielo? Y nadie ha subido al cielo exceptuando el que bajó desde el cielo, el hijo del hombre. Y así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así también tiene que ser levantado el hijo del hombre para que todo aquel que es fiel con él, tenga vida de las edades.*
>
> *—Porque así es como amó Dios al mundo, como que entregó al único hijo nacido, para que todo el que es fiel con él no se pierda, sino que tenga vida de las edades. Por consiguiente, no mandó Dios al hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea liberado por medio de él. El que es fiel con él no está siendo condenado; pero el*

que no es fiel ya viene estando condenado por cuanto no es fiel con el Nombre del único hijo nacido de Dios. Y esta es la crisis: que la luz llegó al mundo, y la gente prefirió la oscuridad antes que la luz porque sus obras eran viles. Porque toda persona que comete ordinariez detesta la luz y no se acerca a la luz, no sea que sus actos sean censuradas. Pero la persona que realiza la verdad se acerca a la luz para que se vean sus actos, cuya realización procede de Dios.

En esta primera conversación la idea del Reino de Dios sólo figura en dos afirmaciones negativas de Jesús (indicando en qué condiciones *no se puede* entrar en él (Jn 3,3.5), pero hay que entender que el deseo de entrar es el telón de fondo para todo lo que se dice posteriormente en la conversación.

- La figura de Nicodemo es emblemática porque indica que a pesar de la rivalidad a muerte entre Jesús y los fariseos (y demás líderes de los judíos) que dibujan los evangelios como elemento esencial para la tensión narrativa que ha de culminar en la cruz, hubo en realidad entre los fariseos personas que se sintieron muy atraídas por Jesús y por su mensaje. La afinidad de los fariseos con Jesús fue muy grande y de hecho, la proximidad de sus convicciones explica hasta cierto punto las descalificaciones mutuas, hechas necesarias para dejar claro, por ambas partes, en qué consistían esas diferencias que sí los separaban. En Hechos 15 observamos que hubo fariseos que no sólo se integraron perfectamente en el movimiento cristiano incipiente, sino que tuvieron una importante influencia en él. Desde luego, el más famoso de ellos fue Pablo, que cuando su última visita a Jerusalén, seguía manteniendo plenamente vigente su identificación con el fariseísmo a la vez que con el cristianismo (Hch 23,6).

Jesús parece asombrosamente adelantado a su era, aseverando que la realidad es subjetiva, que cada cual ve lo que quiere ver o lo que sólo puede ver porque es quien es.

- Es curioso que Nicodemo abre la conversación refiriéndose a «las señales» que hace Jesús, que dan testimonio de que Dios está con él. Es curioso porque hasta ese momento Juan nos ha contado sólo un acto que él describe como «señal»: La transformación de agua en vino, que Juan califica de «principio de señales» (o «principal entre las señales»), con que Jesús «hizo visible su gloria», con la consecuencia de que «sus discípulos [¿pero nadie más?] creyeron en él» (Jn 2,11). Juan añade a la postre, enigmáticamente, que cuando Jesús estuvo en Jerusalén durante la Pascua, «muchos creyeron en su nombre al ver sus señales que hacía» (Jn 2,23). Sin embargo Jesús desconfió de ese movimiento de fe popular, «porque él sabía lo que hay en el ser humano» (Jn 2,24-25).

  El tema de las señales con que Nicodemo abre la conversación, entonces, resulta interesante. Puesto que la primera señal, la de convertir agua en vino, sólo convenció a los que ya eran sus discípulos, podemos suponer que no es la que inspira el comentario de Nicodemo. La única escena que Juan intercala entre aquella y esta visita de Nicodemo, es el episodio cuando Jesús echa del atrio del Templo a los que habían montado un mercado de animales para sacrificar, y demás artículos necesarios para el ritual templario.

  En esa ocasión «los judíos» le pidieron una señal que indicase su autoridad para emprender esa reforma de costumbres arraigadas. Jesús se negó a darles una señal, limitándose a pronunciarse en unos términos que ellos, naturalmente y como Jesús bien sabía, era imposible que comprendieran (Jn 3,18-22).

Nacer del Espíritu es, así, un concepto muy próximo a la idea que ya ha esbozado este evangelio en sus primeros párrafos: Los que recibieron a La Palabra hecha carne, han recibido la potestad de llegar a ser hijos de Dios.

- Aquí es importante entender que «los judíos» es una etiqueta que apunta a un blanco móvil, designando a veces a unas personas y otras veces a otras. Nicodemo y quizá con él otros del partido de los fariseos —además de los «muchos» creyentes que ya hemos comentado— parece haber opinado que la acción de Jesús en el Templo constituía «las señales» que acreditaban, como mínimo, que Dios estaba con él. Por lo tanto en Juan 2,18-22, hay que entender que «los judíos» eran, concretamente, las autoridades representantes del clero templario. Ni Nicodemo ni ninguno de los que creían en Jesús en ese momento, dejaban por ello de ser judíos —y seguramente no se sintieron representados por «los judíos» que pedían una señal en Juan 1,18-22.

Ahora bien, si «las señales» a que se refiere Nicodemo al abrir la conversación son las mismas que llevan a Jesús a desconfiar de los que por ellas creían en él (Jn 2,23-25) e incluyen concretamente su acción en el Templo (Jn 2,13-22), empieza a ser comprensible la respuesta rompedora de Jesús: «Te aseguro que es absolutamente imposible que nadie que no haya nacido de lo alto, jamás pueda ver el reinado de Dios».

Jesús parece asombrosamente adelantado a su era, aseverando que la realidad es subjetiva, que uno ve lo que quiere ver o lo que sólo puede ver porque es quien es —mientras otros que están presentes en el mismo evento, verán otra cosa diferente y jurarán que la realidad es otra y diferente. «Las señales» que ven unos serán la «blasfemia» que perciben otros. Vivimos como si fuera en universos paralelos, experimentando los mismos hechos pero entendiéndolos de maneras radicalmente incompatibles entre sí. Los que creen (o piensan creer) por «las señales» que han visto (o creen haber visto) están engañados. Siguen sin cambiar en su fuero interior y por tanto no están viendo el reinado de Dios, sino unos actos subversivos contra el clero templario —o lo que sea que creen haber visto. Nicodemo, como experto que se le presupone ser en la fe bíblica, debería saber que hay realidades del Espíritu que sólo se pueden percibir si uno primero ha sido transformado por el Espíritu.

- ♦ Se le presupone que debería saberlo, pero Nicodemo o es o se hace el torpe. Lo cual da a Jesús una oportunidad en bandeja para explicarse:

El «nacimiento desde lo alto» (Jn 3,3 —algunas traducciones ponen «nacer de nuevo»), explica Jesús, es un nacimiento del agua y del viento (o del Espíritu), no de la carne. Al narrarnos esta

conversación casi un siglo más tarde, Juan sabe que se puede permitir emplear términos que los cristianos que leen el evangelio comprenderán perfectamente, aunque es poco verosímil que hubiera podido entenderlos Nicodemo cuando Jesús no ha hecho más que empezar su ministerio:

Nacer «del agua» es obviamente el bautismo cristiano con el que, como ya hemos visto (Capítulo 5, Tema 4), uno muere a la naturaleza adánica y apropia para sí —hace plenamente propia— la Nueva Humanidad que es la naturaleza de Cristo. Nacer «del viento» nos lleva a pensar en un nuevo factor impredecible e inexplicable que empieza a hallar expresión en las vidas humanas. Este viento es, naturalmente, el Espíritu o la Esencia de Dios. Representa la mismísima actividad dinámica de un Dios viviente, que lo está cambiando y trastocando todo, que no está quieto, que no está orientado con nostalgia hacia el pasado sino que se apresura a derramar cosas nuevas —acaso inesperadas o incluso escandalosas— sobre la humanidad. Nacer del Espíritu es, así, un concepto muy próximo a la idea que ya ha esbozado este evangelio en sus primeros párrafos: Los que recibieron a La Palabra hecha carne, han recibido la potestad de llegar a ser *hijos de Dios*, porque «no nacieron de la sangre ni de la voluntad de la carne ni del deseo de un varón, sino de Dios» (Jn 1,12-13).

- Al referirse Jesús a la serpiente de bronce que levantó Moisés sobre un palo, para que al verla los israelitas se curaran de su enfermedad (Nm 21,4-9), parecería estar dando a entender su crucifixión (Jn 3,14-15). Una vez más estaríamos volviendo, entonces, a la idea de que sólo es posible comprender plenamente la naturaleza del Hijo del Hombre, la naturaleza del reinado de Dios que Jesús está acercando a la humanidad, desde la cruz.

  Esta es la realidad que sólo es comprensible si uno ha sido transformado radicalmente, si uno ya no es un ser humano adánico, pecador, mortal, sino que pertenece a la Nueva Humanidad como Jesús es humano: Es en la debilidad, en el rechazo, en el fracaso, en el martirio, en las lágrimas y en el dolor, que se hace visible el poder de Dios. Y toda forma de poder y autoridad y realeza y majestad humanamente concebidas, es engañosa. Tiene la apariencia de poder pero es la negación del poder de Dios.

  No se trata de una idealización enfermiza del sufrimiento sino de que el poderío humano es demasiado débil, pasajero, inestable, mortal; inútil para conseguir los propósitos eternos de Dios. Es sólo

cuando se renuncia al poder como «el mundo» entiende el poder, que se puede acceder a ese poder superior de Dios que sana enfermos, echa fuera espíritus inmundos, levanta paralíticos, resucita muertos y nos hace capaces de perdonar y de amar a enemigos.

Se observará que he dejado para que cada uno medite y explique a su manera, la parte más «sabrosa» de esta conversación: Los versículos 16-21. Esto no es, en ningún caso, por restarle importancia a ese acto de amor divino que representa enviar al Hijo al mundo. (Como seguramente notaste al leer mi traducción de estos versículos, últimamente intento explorar cómo se entendería el concepto griego de *pistis*, fe/fidelidad, desde el ángulo de la *fidelidad*. Estos versículos siguen teniendo sentido leídos así, aunque es un sentido diferente del que tienen cuando el término se traduce con el vocablo castellano *fe.*)

Pasamos ahora a la conversación que hallamos en JUAN 18,28-19,16:

Entonces llevan a Jesús de donde Caifás al cuartel romano. Amanecía. Ellos no entraron al cuartel, para no quedar ritualmente impuros antes de comer la Pascua, así que salió afuera con ellos Pilato.

—¿Qué cargos traéis contra este hombre? —preguntó.

—Si éste no fuera un malhechor —esquivaron—, no te lo habríamos entregado.

—Ahí lo tenéis, entonces —replicó Pilato—. Juzgadle según vuestra propia ley.

—Se nos ha prohibido ejecutar a nadie —protestaron los naturales del país[3] *(para que se cumpliese lo que había dicho Jesús acerca de la forma de muerte con que lo matarían).*

Entró otra vez al cuartel Pilato y llamó a Jesús.

—¿Eres tú el rey de este país? —le interrogó.

—¿Eso lo preguntas por tu propia cuenta, o es lo que otros te han contado de mí?

---

[3] Aquí y en el resto de este pasaje de Juan, la palabra griega es *iudéos.* Como el término «judíos» conlleva en castellano toda una serie de connotaciones racistas adquiridas durante dos mil años de antisemitismo, no expresa correctamente el sentido que tiene el término para Juan.

—¿Acaso soy yo natural de este país? —le espetó Pilato—. Los de tu propia raza y la nobleza templaria te han entregado a mí. ¿Qué es lo que has hecho?

—Mi gobierno no procede de este mundo —contestó Jesús—. Si mi gobierno procediese de este mundo, mis incondicionales me habrían defendido para que no cayera en manos de los del país. Ahora, pues, mi gobierno no es de esa clase.

—¿Así que es verdad que eres rey? —insistió Pilato.

—Tú dices que soy rey. Para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio sobre la Verdad. Toda persona que procede de la Verdad, escucha mi voz.

—¿Y cuál es la verdad? —y dicho esto, salió otra vez adonde aguardaban los naturales del país.

—Aquí no existe ninguna causa —sentenció—. Hay una costumbre entre vosotros de que cuando la Pascua, se os ponga en libertad un preso. Si os parece, pondré en libertad al «rey del país».

Se pusieron a gritar otra vez:

—¡A este no! ¡A Barrabás! —aunque Barrabás era un bandido.

Entonces cogió Pilato a Jesús y le azotó. Y la soldadesca enrollaron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza, y lo vistieron con una manto de púrpura. Y venían a él con reverencias: «¡Viva el rey del país!» —y le pegaban.

Entonces salió afuera otra vez Pilato y les dice:

—Mirad, os lo traigo aquí fuera, para que os conste que he fallado que aquí no ha existido ninguna causa.

Salió entonces Jesús, luciendo la corona de espinas y el manto de púrpura.

—¡Aquí lo tenéis!

Entonces, cuando lo vieron, la nobleza templaria y sus incondicionales se pusieron a gritar:

—¡A la cruz! ¡A la cruz!

—Lleváoslo y crucificadle vosotros —protestó Pilato—. En cuanto a mí, aquí no existe ninguna causa.

—Nosotros tenemos una ley —le replicaron los del país—. Y según la ley, es reo de muerte porque se ha hecho pasar por hijo de Dios.

Al escuchar eso Pilato, tanto más se acobardó. Volvió a entrar al cuartel.

—¿De dónde eres tú? —le vuelve a preguntar a Jesús. Pero Jesús no contestó.

—¡Con que no me contestas! —le amenazó Pilato—. ¿No sabes que estoy autorizado para ponerte en libertad, pero también estoy autorizado para crucificarte?

—No estabas autorizado para nada contra mí, excepto por una autoridad superior. Por eso, los que me han entregado a ti son los que más han errado.

Por consiguiente Pilato pretendía ponerle en libertad; pero los naturales del país se pusieron a gritar:

—Si lo pones en libertad, no estás de parte del César. Cualquiera que se declara rey, se alza contra el César.

Entonces Pilato, al oír estas palabras, sacó a Jesús afuera donde estaban los naturales del país, y se sentó en tribunal en un lugar pavimentado conocido en hebreo como gabbazá.

Era la víspera de la Pascua. Al mediodía.

—¡Aquí tenéis a vuestro rey! — advierte a los del país.

Pero ellos no paraban de gritar:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡A la cruz con él!

—¿Que crucifique a vuestro rey? —protesta Pilato.

—¡El César es el único rey que tenemos! —le replicaron la nobleza templaria.

Así que les concedió que fuese ejecutado a cruz. Entonces se llevaron a Jesús.

Habrás notado que aquí, aunque se emplea tres veces en un mismo versículo la palabra «reino» (Jn 18,37), el tema no es estrictamente el reino *de Dios*, sino los cargos de traición si se probara que Jesús se ha autoproclamado rey en rebeldía contra el César. Habíamos comentado, al principio de este Tema 5, que en el evangelio según Juan es infrecuente la palabra «reino». No sucede lo mismo con la palabra «rey» que, aplicada con diversas intenciones a Jesús a lo largo del evangelio, da pie siempre a los mismos equívocos que podemos observar en la mente de Pilato en este interrogatorio.

- Jesús no niega ante Pilato ser un rey (Jn 18,36). Esto es significativo porque en otra oportunidad se esforzó por apagar especulaciones sobre sus pretensiones (Jn 6,15). También había intentado desviar el sentido de esas especulaciones cuando entró a Jerusalén sobre una bestia de carga —no sobre una cabalgadura de planta militar (Jn

12,15). Lo que hace con Pilato, sin embargo, en lugar de negar ser un rey, es definir su reinado de tal manera que sea imposible entenderlo como una traición contra Roma.

Hay algo siniestro en el planteamiento de un Jesús que es una especie de Dr. Jeckyl y Mr. Hyde: ahora bonachón, pero que cuando tome su pócima, se transformará en un ser implacable y feroz.

- ¿Qué quiere decir su afirmación de que su reino «no es de este mundo»? La explicación más inmediata es la que Jesús mismo da: Nadie lo defiende con las armas.

  Los reinos de este mundo se establecen y mantienen —por definición— por la fuerza militar. La monarquía se estableció en la humanidad en los albores de la civilización, como la imposición de «señores de la guerra» que consiguieron someter a los habitantes de una ciudad y sus territorios anexos. Los únicos límites que reconocían eran, por una parte las fronteras del territorio que conseguían dominar frente a otros señores de la guerra rivales, y por otra parte lo que sus subordinados y súbditos podían tolerar sin rebelarse. Con el paso del tiempo pudieron establecerse ciertas formas impuestas por las costumbres y tradiciones y que los reyes podían (o no) respetar, pero la esencia de su poder fue siempre su control de un ejército obediente, dispuesto a hacer valer su autoridad. Como el macho dominante en una manada de herbívoros de la Sabana africana, su supremacía sólo duraba lo que podía durar su capacidad de doblegar por la fuerza a sus rivales. En determinadas circunstancias la monarquía se podía volver hereditaria y dinástica, pero sus cimientos seguían siendo siempre el tener a su disposición un ejército obediente a sus órdenes.

  El Imperio Romano podía regirse por un sistema más o menos constitucional y podía tener una enorme complejidad como

civilización, pero el fondo de la cuestión del poder del César no era diferente del de los primeros señores de la guerra once mil años antes.

Y es esa, concretamente, la base de poder que Jesús niega poseer.

- Podríamos entender que esta es una condición pasajera. Que Jesús y sus seguidores no luchan *ahora* por establecer su reinado y su autoridad, pero en el futuro sí lo harán. En ese sentido Jesús podría haber dicho a Pilato: «Por ahora no dispongo de ejército, pero volveré después de crucificado, al frente de una hueste de ángeles. Entonces te derrotaré a ti, derrotaré a tu César y derrotaré a todos los reyes de la tierra». Podríamos imaginar que eso, en efecto, es lo que estaba pensando Jesús para sus adentros. O que pensaba (y podía haber dicho a Pilato): «Ahora no tengo más remedio que aguantarme, porque el Padre me manda expiar pecados ajenos muriendo en una cruz. Pero cuando vuelva, ya no como Jesús de Nazaret sino como el Hijo del Hombre y Rey de Reyes en toda mi gloria… ¡ya verás la que armo!».

Sin embargo Jesús no dijo nada en ese sentido y por tanto no tenemos ninguna base para imaginar que lo estuviera pensando. Según lo que sí dijo, la esencia de la diferencia entre su reino y los reinos «normales» no consiste en no ser «de ahora» sino en no ser «de aquí». La diferencia esencial no está en el *tiempo* sino en la *procedencia*. No es un reino basado en el poderío militar sino en la gracia y el amor de Dios.

Hay algo siniestro en el planteamiento de un Jesús que es, encubiertamente, una especie de Dr. Jeckyl y Mr. Hyde: ahora bonachón, sonriente e inofensivo; pero que cuando tome su pócima, se transformará en un ser implacable, vengativo, iracundo y feroz, que ya no pretenderá ganarse nuestro amor sino inspirarnos terror. Si de verdad pensamos que Jesús se va a transformar así, entonces del Jesús de los evangelios resulta que no podemos aprender nada fiable y seguro acerca de la naturaleza del Hijo (él mismo) —ni qué hablar de la del Padre y del Espíritu.

Si al final Jesús gobernará por conquista militar, ¿qué hay de nuevo? ¿A qué viene entonces tanto aparentar mansedumbre y humildad de corazón?

PARA SEGUIR PENSANDO…

Se suele observar que Jesús se pasó la vida anunciando la llegada del Reino de Dios; pero que cuando faltó Jesús, lo que apareció fue la iglesia cristiana. Jesús pareció querer decir que a partir de ahora sólo nos debíamos dejar gobernar por el Espíritu de Dios; pero los cristianos se han tenido que someter por la fuerza a las demandas y exigencias de obispos y papas (y pastores evangélicos) —y de emperadores y reyes cristianos que, ahora como vicarios de Cristo en esta tierra, se han seguido comportando como siempre. Siempre que se hace esta observación, es para enfatizar que la Iglesia *no es lo mismo* que el Reino de Dios. ¿Es posible rescatar alguna manera de creer que el reinado de Dios *se nos ha acercado* con la misma inmediatez y urgencia que parecía sentir Jesús? Y ¿cuál sería en cualquier caso la relación entre la Iglesia y el Reino de Dios?

Capítulo 11.

La imaginación desbordada por el Espíritu

Introducción

ENTRAMOS AHORA A CONSIDERAR la experiencia de la revelación de Dios, que sobrepasa lo que estamos habituados a considerar que es normal en la vida humana. El ser humano siempre ha sido religioso; parece ser que no existen pueblos o culturas —por «primitivos» que nos puedan parecer— sin creencias y experiencias de realidades más allá de lo que podemos conocer a partir de nuestros cinco sentidos.

En la Biblia tenemos documentos escritos que describen experiencias extraordinarias en relación con Dios, que van desde la certeza de estar en la presencia sobrecogedora del Altísimo, hasta el convencimiento de haber recibido información privilegiada acerca de hechos a producirse en el futuro, pasando por la convicción de comprender con excepcional claridad lo que Dios está haciendo en el presente. Como documentos literarios que son, las descripciones bíblicas de estas experiencias han tenido que volcarse obligatoriamente en palabras, palabras humanas, palabras cuyo origen como tales palabras es la experiencia «normal» humana, pero que ahora son empleadas con sentidos figurados, metafóricos y extraordinarios. Palabras empleadas de tal suerte que ahora «luz», por ejemplo, ya no describe la actividad de fotones visibles con la retina del ojo o digitalizables con una cámara; donde las nociones de «arriba» y «abajo», «adentro» y «afuera», «caras» y «alas» son empleadas como referencias forzadas, más o menos rocambolescas, a otros niveles de significación, que no siempre resultan coherentes en su lectura.

Es lo que he dado en llamar, a falta de una manera mejor de describirlo, «la imaginación desbordada por el Espíritu».

TEMA 1. EZEQUIEL 1 Y 10; 11,22-25.

Estas dos visiones de Dios que percibió Ezequiel hallándose en el exilio de la clase dirigente judía después de la primera derrota babilónica de Jerusalén, son inquietantes y fantásticas. Ezequiel probablemente intentaba reproducir con sus palabras, por virtud de su excepcional habilidad en el empleo de la lengua hebrea, los sentimientos de desconcierto, turbación y terror (y consuelo) ante la presencia de Dios Todopoderoso, que él mismo había experimentado.

¿Qué es lo que podemos aprender sobre Dios de estas visiones?

Empezamos con EZEQUIEL 1:

> *Y sucedió en el año treinta, en el quinto día del cuarto mes y yo me encontraba entre los cautivos destinados al Canal de Quebar. Se abrió el cielo y vi formas de Dios.*
>
> *(A cinco del mes, es decir, del quinto año de la cautividad del rey Joaquín, experimentó efectivamente Ezequiel hijo de Buzí una cosa de Dios junto al Canal de Quebar, en la tierra de los caldeos; y experimentó allí la mano del Soberano.)*
>
> *Entonces miré y —¡Anda!— un viento huracanado del Norte, una nube pesada y un fuego que se lleva solo y un resplandor suyo en derredor; y en su interior, como si fuera ojos de ámbar en medio del fuego. Y en el interior un parecido a cuatro seres vivos. Y así es su forma: Un parecido humano por aquí, pero cuatro caras para cada uno y cuatro alas para cada uno de ellos; y sus patas, de pata recta; y cada pata acaba en como pezuña de becerro; y florecen como ojos de bronce pulido.*
>
> *Y manos humanas debajo de sus alas por los cuatro costados —y los cuatro, sus alas y sus caras. Las alas se enganchan la una con la otra. No se revuelven al avanzar: cada uno traspasa hacia delante. Y sus caras, un parecido a caras humanas y cara de león por la derecha de los cuatro y cara de toro por la izquierda de los cuatro y cara de águila para los cuatro y por delante. Y sus alas se extienden por arriba de cada uno. Dos se enganchan y dos les recubren el cuerpo. Y cada uno traspasa hacia delante al avanzar. Allí donde está el viento para transportar, avanzan sin revolverse para avanzar.*
>
> *Y un parecido a los seres vivos, en su forma es como ascuas de fuego que arden, como una forma de antorchas, ella avanza entre los seres vivos y un resplandor de fuego y desde el fuego sale relámpago; entonces los seres vivos corren y vuelven como una forma de fogonazo.*

Yo estoy viendo los seres vivos y —¡Mira!— una rueda en tierra, pegada a los seres vivos por los cuatro costados. La forma de las ruedas es que están hechos como ojos de topacio y un mismo parecido para cada una de las cuatro; y su forma es como si estuviera la rueda dentro de la rueda. Al avanzar, avanzan sobre sus cuatro costados; avanzan sin revolverse. Y en cuanto a sus llantas, son altas y temibles, como les corresponde; y sus llantas están llenas de ojos en derredor por los cuatro costados. Y al avanzar los cuatro seres vivos, avanzan las ruedas que tienen pegadas; y al despegar de la tierra los seres vivos, suben también las ruedas. Allí donde está el viento para transportar, allí avanzan ellos. El viento para avanzar hace despegar a la vez las ruedas, porque el viento de los seres vivos está en las ruedas. Cuando avanzan ellos, avanzan ellas; cuando se detienen ellos, se detienen ellas; y cuando despegan de la tierra, suben a la vez las ruedas —porque el viento de los seres vivos está en las ruedas.

Y sobre las cabezas de los seres vivos, un parecido a una techumbre, como un manantial de hielo aterrador que se extiende sobre sus cabezas, por todo lo alto. Y por debajo de la techumbre sus alas, rectas, cada cual enganchada a la siguiente; dos recubren a cada cual por aquí, dos recubren por allá sus cuerpos.

Y estoy oyendo el rugido de las alas al ponerse en marcha, como rugido de muchas aguas, como rugido de violencias, rugido de griterío como rugido de un ejército. Y al detenerse, relajan sus alas. Y se produce un rugido desde encima de la techumbre que está sobre sus cabezas; pero al detenerse, relajan sus alas.

Y desde encima de la techumbre que hay sobre sus cabezas, como una forma como gema de zafiro, una forma de trono; y encima de la forma de trono, la aparición de una forma como de hombre. Por arriba, por todo lo alto. Entonces vi como unos ojos de ámbar, como una forma de fuego enmarcado por alrededor; como una forma desde sus caderas hacia arriba. Y como una forma desde sus caderas hacia abajo, vi como una forma de fuego con resplandor propio alrededor. Como una forma de arco iris que está en una nube en día de lluvia, así es la forma del fulgor en derredor de él: una forma de aparición del resplandor del Soberano. Y lo vi y me caí sobre mi cara.

Pero escuché una voz que hablaba.

Bien… Ante una descripción y una escena como ésta, está muy claro que cada lector o lectora habrá de llegar a sus propias conclusiones acerca de qué es lo que está pasando aquí y cómo hay que entenderlo.

- En cuanto a mí, la primera cosa que destacaría yo de esta visión es la propia experiencia de lo numinoso, lo inefable, lo que sencillamente no existen palabras aptas para describir. La experiencia de la presencia de Dios puede ser absolutamente sobrecogedora, tal vez aterradora a la vez que despierta admiración, amor y adoración. (Como también es frecuente —quizá mucho más frecuente— no «sentir» nada *y sin embargo creer* como acto de voluntad y sumisión a Dios.) Esta visión de Ezequiel, aunque más detallada en sus particulares, recuerda a otras experiencias que cuenta la Biblia:

Es la experiencia de lo numinoso, lo inefable, lo que sencillamente no existen palabras aptas para describir. La experiencia de la presencia de Dios puede ser sobrecogedora, a la vez que despierta amor y adoración.

- Recuerda, por ejemplo, a Moisés ante la zarza ardiente, descalzándose ante la santidad de un suelo que no es lícito profanar con su calzado, atónito porque la zarza arde pero no se consume. Y recibiendo instrucciones maravillosas y sorprendentes, terriblemente disonantes con todo sentimiento de realismo y toda noción de lo posible, puesto que le mandan volver a la tierra de donde había huido prófugo, para encabezar, a golpe de milagros, la liberación de una raza esclavizada.
- Recuerda tal vez muy especialmente a Isaías, cuya visión inicial del Señor en el Lugar Santísimo del templo parece pura alucinación (Is 6,1-8). Isaías ve «serafines», es decir seres de fuego incandescente, alados con seis alas, que repiten a voces «¡Santo, Santo, Santo, Señor de las Legiones! ¡Llena está toda la tierra de su Gloria!» El templo se llena de humo y sus cimientos empiezan a retemblar; e Isaías se pone a chillar: «¡Ay de mí!» —reconociendo su pecado y el pecado de su nación. Esta visión, como la de Moisés ante la zarza ardiente, no acabará sin que Isaías supere un

órdago que pondrá a prueba de fuego su fe y transformará su vida de arriba abajo.

- Recuerda también la visión de un Cristo cósmico con que abre el Apocalipsis de Juan de Patmos. Como Ezequiel, Juan se desploma de la impresión; cae fulminado al suelo por la sobrecarga sensorial que supone tamaña revelación de la Gloria Inefable. Juan también, como Moisés e Isaías y Ezequiel (y como los discípulos en el Monte de la Transfiguración) oyó palabras que le parecieron perfectamente audibles, con instrucciones y revelaciones maravillosas.

¡A cuántos hombres y mujeres he visto yo también en pleno siglo XX desplomarse al suelo de la impresión que produce la presencia de Dios! ¡Cuántos hemos caído de rodillas o nos hemos postrado cuan largos somos, llorando (o riendo a carcajada limpia), sacudidos en todo nuestro ser porque parecía que estos cuerpos pequeños, frágiles y mortales, no podían soportar una Presencia divina tan gloriosa y maravillosa! En distintos movimientos o corrientes en prácticamente todas las tradiciones cristianas (y no pocas paganas), hay quienes acaban balbuceando sonidos incoherentes, acaso nada menos que «lenguas angelicales» como las que menciona Pablo en 1 Corintios 13.

¡Por cierto, nunca está de más recordar que Pablo menciona esas lenguas para asegurar que no valen para nada donde no haya amor! Lo cual nos debe recordar que las experiencias de lo numinoso no son patrimonio exclusivo del cristianismo. Está comprobado que pueden ser provocadas con ayuno y otras prácticas ascéticas, con drogas tradicionales como el peyote o sintéticas como el LSD. Recuerdo de mi año de misiones con aborígenes sudamericanos, el temor que inspiraban en su tribu los chamanes que se habían internado en el bosque a solas y ayunando para buscar una guía espiritual que les diera poderes sobrenaturales. No sé lo que vieron o experimentaron, pero sé cuáles eran las facultades que a la postre se les atribuía.

Pero salir al bosque a encontrarse con un espíritu es más o menos equivalente a la experiencia bíblica de salir al desierto (como Jesús), o ascender una montaña (como Moisés). Es decir que estas experiencias de la Deidad serán «extraordinarias» pero no son del todo raras en la humanidad. Por eso es tan absolutamente esencial tener siempre presente la advertencia de Pablo de que, como pura

experiencia, son absolutamente inservibles si su efecto más esencial no es el amor humilde, sencillo y sincero.

- Pero, ¿hay aquí, en Ezequiel 1, alguna información concreta que nos pueda ser útil para saber cómo es Dios? Ezequiel parece querer impedir que se interpreten así sus palabras. «Así fue la manifestación visible figurada de la gloria del Señor» (Ez 1,28). Desde luego, no es una descripción del Señor mismo, sino en todo caso de su gloria. Pero tampoco es una descripción real de esa gloria, sino una aproximación figurada a lo que fue una manifestación visible de la gloria —que en sí misma, naturalmente, es invisible. Al final, el Señor es tan imposible de describir con palabras como lo es de dibujar o esculpir. ¡Ya me gustaría ver qué mamarracho saldría de un intento de esculpir lo que describe este capítulo!

  El Señor no cabe en nuestra imaginación ni en nuestros esquemas ni nuestras explicaciones. Es siempre algo más, algo más allá, algo distinto. Es infinitamente más grande que lo que pueden encerrar las palabras de Ezequiel —pero también de toda la Biblia—, ni qué hablar de las torpes e inadecuadas palabras de una guía de «teología bíblica» como la presente. Los esfuerzos de comprensión y explicación de Dios y de sus propósitos no es que sean inútiles, pero sí serán siempre incompletos, parciales e imperfectos. ¡Cuando pensamos haber terminado de construir un esquema mental de la realidad divina, preparémonos, que ya se encargará el Señor de rompernos los esquemas!

  Aunque sí sería posible, tal vez, rescatar una idea de esta descripción de Ezequiel 1. Ezequiel describe un Dios en movimiento, no un Dios que se queda quieto. De hecho, se está moviendo en todas las direcciones a la vez. ¡Ay de los que están convencidos que Dios se mueve en una única dirección, en una única dimensión, hacia un objetivo único! De tales conceptos está sembrada la soberbia y el convencimiento de que uno está en lo cierto y todos los demás se equivocan. Haríamos bien en recordar que siempre que Dios se mueve en esta dirección (guiando mi vida), puede que también se esté moviendo en otras muchas (guiando otras vidas muy diferentes a la mía).

- Sin embargo, quizá lo más significativo que quiso comunicar Ezequiel al escribir este capítulo, es el lugar geográfico de la visión. El Dios que desde la construcción monumental del templo de Salomón debía entenderse que había hecho su morada allí, en el corazón de Jerusalén, en el Monte de Sion, llenándolo de su gloria para nunca

apartarse… ahora se la aparece a Ezequiel en tierra babilónica. Salomón había dado a entender que para ser oídas y hallar respuesta favorable, las oraciones de los israelitas —y también de extranjeros piadosos— debían hacerse en dirección al templo que él había construido. Durante unos pocos siglos fue posible entender que esto fuese así. Ezequiel, desterrado antes de la destrucción del templo, seguramente seguía pensando que esto era así. ¿Qué hace Dios, entonces, allí, a orillas del río Quebar? Dios parece haberse cansado de tener un domicilio fijo. Parece tener la intención de saltarse las limitaciones geográficas, proponerse abandonar su morada «eterna» en ese templo de piedra hecho por manos humanas. Ante todo, el Señor parece querer acompañar a los judíos a la diáspora y ser su Dios allí, entre las naciones.

El Señor no cabe en nuestra imaginación ni en nuestros esquemas ni nuestras explicaciones. Es siempre algo más, algo más allá, algo distinto.

Procedamos ahora a leer EZEQUIEL 10; 11,22-25:

Entonces miré y —¡Anda!— la techumbre que está sobre la cabeza de los acompañantes[1] *es como una gema de zafiro, como parecido a una forma de trono. Le habla al hombre vestido con ropa de lino. Y le dice:*

—Entra entre las ruedas, por debajo del acompañante, y coge unos puñados de las ascuas ardientes que hay entre medio de los acompañantes y desparrámalos sobre la ciudad.

Y entró. Yo mismo lo vi.

[1] Lo normal sería no intentar traducir esta palabra sino limitarse a reproducir cómo suena: *Querubines*. Pero entonces, si fuésemos a emprender una traducción «normal», no merecería la pena abordar aquí otra traducción más del texto bíblico…

Y los acompañantes están situados a la derecha del Templo cuando entra el hombre. Y la nube llena todo el patio interior. Entonces se alza el resplandor del Soberano de sobre el acompañante junto al umbral del Templo. Y se llena todo el Templo con la nube; y el patio está lleno del fulgor del resplandor del Soberano. Y el rugido de las alas de los acompañantes se oye hasta el patio exterior, como un rugido de Dios Shaddái en el acto.

Y mira, cuando mandó al hombre vestido de ropa de lino diciéndole que tomara fuego de entre medio de las ruedas (de entre los acompañantes), entonces entra y se sitúa junto a la rueda. Y extiende el acompañante una mano de entre los acompañantes, hasta el fuego que hay entre los acompañantes y toma y se lo pone en las manos al que está vestido con ropa de lino; y éste lo recibe y sale. Y se les ve a los acompañantes algo como una mano humana por debajo de las alas.

Entonces miré y —¡Anda!—, hay cuatro ruedas pegadas a los acompañantes: un acompañante y una rueda pegada al acompañante. Y la forma de las ruedas es como ojos de gema de topacio. Y su forma es idéntica en las cuatro, como si estuviera la rueda metida dentro de la rueda. Cuando avanzan, avanzan en cuatro direcciones por los cuatro costados, sin revolverse. Cuando avanzan, es según la dirección que encara la cabeza; no avanzan hacia atrás, no se revuelven para avanzar.

Y toda su carne y sus espaldas y sus manos y sus alas y las ruedas están llenas de ojos en derredor, por los cuatro costados de sus ruedas.

Al escucharlo yo, llamé a las ruedas:

—¡Las llantas!

Y por sus cuatro costados cada uno tiene caras. La primera es cara de acompañante y la segunda es cara de humano y la tercera es cara de león y la cuarta es cara de águila. Y se alzan los acompañantes; es decir ella, el ser vivo que había visto junto al Canal de Quebar. Y al avanzar los acompañantes, avanzan las ruedas que tienen pegadas; y al extender sus alas los acompañantes para despegar de la tierra, no se revuelven. Las ruedas también —siguen ahí, pegadas; y al detenerse, se detienen; y al despegar, también se elevan, por cuanto el viento de los seres vivos está en ellas.

Entonces salió el resplandor del Soberano de donde estaba junto al umbral del Templo y se encaramó sobre los acompañantes. Y desplegaron los acompañantes sus alas y despegaron de la tierra —viéndolo yo— con sus ruedas correspondientes. Y se detuvo a la

entrada de la puerta del Templo del Soberano en dirección al oriente. Y el resplandor del Dios de Israel estaba sobre ellos, por todo lo alto.

Ella es el ser vivo que yo había visto debajo del Dios de Israel en el Canal de Quebar. Y supe que ella era un acompañante. Cuatro —con cuatro caras para cada uno y cuatro alas para cada uno. Y un parecido a manos humanas por debajo de sus alas. Y un parecido a las caras de ella: las caras que había visto junto al Canal de Quebar. La forma de ellos y ellos mismos, al avanzar, traspasaban de frente.

Entonces extendieron sus alas los acompañantes, con sus ruedas correspondientes. Y el resplandor del Dios de Israel está sobre ellos, por todo lo alto. Y despegó el resplandor del Soberano de sobre el medio de la ciudad y se detuvo sobre el monte que está al oriente de la ciudad. Y el viento me levantó y me transportó a Caldea, al cautiverio con la forma, con el viento de Dios. Entonces se levantó de sobre mí la forma que vi.

Y conté a los del cautiverio todas estas cosas del Soberano que él mi hizo ver.

♦ Aquí descubrimos que una parte importante de la descripción de la primera visión de Ezequiel, venía a describir los dos querubines sobre los que monta Dios.

Esta visión de los querubines que toman vuelo en el Lugar Santísimo nos exige recordar cómo era ese salón.

Era, en primer lugar, un cubo perfecto, construido en piedra. Por dentro estaba acabado en madera de cedro ricamente tallada y forrada, a su vez, con pan de oro. Sus dimensiones eran más o menos grandes, sin ser espectaculares: un cubo de unos nueve metros de lado. En el medio estaba el arcón de madera forrada de oro que databa de tiempos de Moisés. Sobre el arca, Salomón había mandado colocar dos querubines (seres alados fantásticos y mitológicos) esculpidos en madera de olivo y también recubiertos con pan de oro. Los querubines tenían las alas desplegadas y la envergadura total de las mismas era de unos cuatro metros y medio, de manera que las puntas de sus alas tocaban entre sí en el medio, y tocaban también las paredes del Lugar Santísimo.

Naturalmente, esta talla de querubines no constituía una representación del Dios de Israel —invisible e imposible de representar— sino que representaba su cabalgadura celestial. Aquí en el Templo, se entendía que los querubines constituían su trono.

En el Salmo 18 y en 2 Samuel 22, tenemos un antiguo poema (posiblemente una versión adaptada de un cántico compuesto inicialmente para una deidad cananea), donde vemos en movimiento la cabalgadura del Señor. Aquí el Señor es el Dios de la Tormenta, que inclina los cielos para acercarlos a la tierra y aparece entre nubarrones negros, acompañado del viento y de un despliegue impresionante de rayos y truenos. El querubín sobre el que monta Dios tal vez sea entonces la propia nube negra, baja y tronante, de la tormenta en toda su furia. En el salmo, el Señor interviene desde esa cabalgadura para rescatar a su siervo que ha clamado a él en su hora de necesidad.

Esta talla de querubines no constituía una representación del Dios de Israel —invisible e imposible de representar— sino que representaba su cabalgadura celestial.

- Es interesante observar que este trono del Señor, en el Lugar Santísimo del Templo, estaba constituido por *dos* querubines. Montando simultáneamente sobre dos querubines, el Dios de Israel es a la vez uno y único y también plural —en el sentido de que en él se encuentran todos los atributos de la deidad, que en las religiones politeístas se encuentran dispersas entre diversos dioses.

No es descabellado tampoco entender que en Dios se hallan plenamente presentes los aspectos masculinos y femeninos de la existencia. En ese caso, tal vez pudiéramos imaginar a ese Dios *uno y único e indivisible*, montando en un querubín en cuanto su plena masculinidad y a la vez simultáneamente en el otro, en cuanto su plena feminidad. Los textos bíblicos jamás sugieren esa idea expresamente; pero el hecho de que son dos los querubines que constituyen el trono del Señor en el Templo, abre la puerta a la imaginación en formas impredecibles…

- Pero lo más singular de esta lectura en Ezequiel (capítulo 10; y 11,22-25) es que los querubines han cobrado vida y han echado a volar. La visión de la gloria del borde del manto del Señor que había tenido Isaías en el Templo (Is 6) había sido suficiente como para hacerlo gritar a voces la confesión de sus pecados; pero al menos parecía quedarse quieta. Ahora Ezequiel (en visiones en la imaginación de su mente afiebrada en éxtasis religioso, desde donde está en tierras babilónicas) ve a esos querubines cobrar vida ante la voz del Señor. El trono del Señor ya no se está quieto en el Lugar Santísimo. Se eleva en vuelo —con el Señor montando sobre ellos— y se queda unos instantes, como dudando, frente a la puerta oriental del Templo (Ez 10,19). Luego abandona el Templo y abandona la ciudad, siempre dirigiéndose hacia el oriente, hacia Babilonia (Ez 11,22-25).

  Es el final de una era. A partir de la generación de Jeremías y Ezequiel, la mayoría de los judíos —hasta el día de hoy— ya no vivirían nunca más en la tierra de Israel y en la proximidad de Jerusalén. Estarían dispersos entre las naciones. Frecuentemente perseguidos y tratados con discriminación e intolerancia; otras veces prosperando y felices bajo regímenes tolerantes; siempre dando testimonio de su fe en un uno y único Dios que rige los destinos de toda la humanidad y de todo el universo. Un Dios que se mueve en todas las direcciones a la vez, que no conoce la existencia de ninguna «Tierra Santa» específica porque ha santificado todo el planeta—y todo el universo— con su Presencia.

LAS VISIONES RELIGIOSAS, como las de Ezequiel en estos capítulos, a la vez que constituyen manifestaciones potentes de la realidad de Dios —que transforman la vida y el entendimiento de quien las experimenta—, no pueden entenderse como realidades absolutas. Suceden en la imaginación humana aunque puedan revelar cosas que son mucho más grandes que la imaginación humana. El fenómeno de «visiones» no se limita a los protagonistas de la Biblia. Se produce en cada generación de la humanidad. Tal vez la lectura de este tema te haya hecho recordar alguna «visión» que hayas «visto» tú mismo, tú misma. Hoy, como entonces, este tipo de «visión» de cosas invisibles, exige meditar mucho; darle vueltas y vueltas en la mente para tratar de entender qué es lo que Dios nos puede estar queriendo enseñar…

TEMA 2. EZEQUIEL 47 Y 48

Una de las funciones de la imaginación —cuando se deja desbordar por la inspiración del Espíritu— es soñar con utopías que, siendo imposibles de realizar en sí mismas, al menos nos permiten concebir la esperanza de un mundo mejor. Los últimos doce capítulos de Ezequiel son así. Guiada por el Espíritu del Señor, la imaginación de Ezequiel nos dibuja un mundo donde vuelve a haber doce tribus de Israel —huesos secos de una civilización destruida y tribus desaparecidas que cobran vida otra vez— viviendo en paz y armonía en una tierra fantástica, hecha fértil y productiva por las aguas de un río milagroso.

Leeremos aquí sólo los dos últimos capítulos:

Entonces me hace volver a la entrada del Templo y ¡Mira!, manan aguas de debajo del umbral del Templo hacia el este (porque el Templo está orientado hacia el este). Y las aguas fluyen desde la ladera derecha del Templo, desde el sur del altar.

Entonces me hace salir por la puerta del norte y dar una vuelta por el exterior hasta la puerta exterior por el camino del nordeste y ¡Mira!, manan aguas desde la ladera derecha.

Al salir el hombre hacia el este, hay un metro en su mano; y mide medio kilómetro y me hace cruzar el agua, que me moja los pies. Entonces mide otro medio kilómetro y me hace cruzar el agua, que me llega hasta las rodillas. Y mide otro medio kilómetro y me hace cruzar el agua, que ahora me llega hasta la cintura. Y mide otro medio kilómetro, un río que no puedo cruzar por lo honda que es el agua, que habría que nadar: un río imposible de cruzar. Y me dice:

—¿Has visto, humano?

Entonces me hace andar hasta volver a la ribera del río. Cuando vuelvo, ¡Mira!, en la ribera del Río hay un bosque muy grande, de este lado y del otro. Y me dice:

—Estas aguas fluyen a la frontera del este y bajan hasta la estepa y desembocan en el mar. Y en su fluir, las aguas son potables. Y sucede que cualquier ser vivo que pulula, todo lo que entra allí en los ríos, vive. Y hay una multitud inmensa de peces. Porque estas aguas llegan allí y son potables. Y todo lo que está donde llega el río, vive. Y hay pescadores que se ponen junto al río. Desde Fuente Cabrito hasta Fuente Becerros, es un tendedero de redes. Y hay una multitud enorme de especies de peces, tanto como en el Mar Grande [el Mediterráneo]. Sus ciénagas y pozos no son potables: sirven para salinas.

Y junto al río crece en las riberas, a ambos lados, todo árbol frutal. No se marchitan sus hojas ni se acaba su fruta; producen con cada luna nueva, porque sus aguas fluyen desde el lugar santo. Entonces su fruta es comestible y sus hojas son medicinales.

Así dice el Señor, el Nombre:

Esta es la frontera que vais a tener, la tierra para las doce tribus de Israel (José son dos partes). La vais a tener, cada cual igual que su hermano, tal cual alcé la mano en juramento a vuestros antepasados que la daría. Y a cada uno le caerá en suerte la tierra que poseerá. Y esta es la frontera de la tierra por el lado del Monte Tsafón [el Norte]: Desde el Mar [Mediterráneo] hacia Jetlón, pasando por Tsedad, Jamat y Berutá (la que está en la frontera entre Damasco y Jamat), Jatser (la mediana, que está en la frontera de Javrán); pero la frontera discurre desde el mar, por Jetsar-enón, hasta la frontera de Damasco por el norte (hacia el [Monte] Tsafón) y la frontera de Jamat. El lado del norte.

Y por el lado del este, discurre entre Javrán y Damasco, y entre Galaad y la tierra de Israel; el Jordán es la frontera para medir por el este hasta el mar. El lado del este.

Y por el lado del [desierto del] Neguev hacia el sur, discurre desde Palmera hasta Aguas Discordia, Cadés, en dirección al río, hasta el Mar Grande [el Mediterráneo]. El lado del sur, [el desierto] del Neguev.

Y por el lado del oeste, el propio Mar [Mediterráneo] es la frontera hasta frente a la entrada a Jamat. Este es el lado del oeste.

Entonces os repartiréis esta tierra entre vosotros, según las tribus de Israel. Y será en patrimonio para vosotros y para los peregrinos que se hayan establecido entre vosotros y tengan hijos nacidos entre vosotros, conforme caiga la suerte. Y se hará con ellos igual que con los israelitas naturales del país: les caerá en patrimonio por suerte, juntamente con vosotros en medio de las tribus de Israel. Y le tocará en la tribu donde se haya establecido el peregrino, allí se le dará su patrimonio —declaración del Señor, el Nombre.

Bien, estos son los nombres de las tribus por el extremo norte, junto al camino a Jetlón según se entra a Jamat, Jetsar-enán, la frontera de Damasco en dirección al [Monte] Tsafón, hasta junto a Jamat. Y son para él una parte desde el este hasta el Mar: Dan, uno; y junto a la frontera de Dan, desde la parte al este y hasta la parte que da al Mar, Aser, uno; y junto a la frontera de Aser, desde la parte al este y hasta la parte que da al Mar, Naftalí, uno; y junto a la frontera de Neftalí, desde la parte al este y hasta la parte que da al Mar, Manasés, uno; y junto a la

frontera de Manasés, desde la parte del este y hasta la parte que da al Mar, Efraín, uno; y junto a la frontera de Efraín, desde la parte del este y hasta la parte que da al Mar, Rubén, uno; y junto a la frontera de Rubén, desde la parte del este y hasta la parte que da al Mar, Judá, uno.

Y junto a la frontera de Judá, desde la parte del este y hasta la parte que da al Mar, está la consagración que consagraréis —doce kilómetros[2] *y medio de ancho y largo— como una de las asignaciones: desde la parte del este y hasta la parte que da al Mar; y en el medio estará el Santuario. La consagración que consagraréis para el Señor es de doce kilómetros y medio de ancho y cinco kilómetros de largo.*

Y la santa tierra consagrada es para los sacerdotes. Hacia el Tsafón, doce kilómetros y medio; hacia el Mar, cinco kilómetros de ancho; hacia el este, cinco kilómetros de ancho; y hacia el Neguev, doce kilómetros y medio de largo. Y en el medio está el Santuario para los sacerdotes santificados de la orden de Tsadoc, que guardaron mis cosas de guardar, que no erraron en los errores de los de Israel (como erraron los levitas): entonces, hay una consagración consagrada, la tierra santísima, que hace frontera con los levitas.

Y los levitas, pegados a la frontera de los sacerdotes, doce kilómetros y medio de largo y cinco kilómetros de ancho: su longitud total son doce kilómetros y medio —por cinco kilómetros de ancho. Y no lo pueden vender ni canjear ni traspasar. Es tierra principal, por ser santa para el Señor.

Pero la anchura de doce kilómetros y medio restantes frente a esos doce kilómetros y medio, es tierra secular urbanizable para viviendas y parques; y en el medio, estará la ciudad. Y estas son sus dimensiones: La parte hacia el Tsafón, dos kilómetros y medio; y la parte hacia el Mar, dos kilómetros y medio; y la parte del este, dos kilómetros y medio; y la parte hacia el Neguev, dos kilómetros y medio. Y la ciudad estará rodeada de parques: Hacia el Tsafón, 125 metros; hacia el Neguev, 125 metros; al este, 125 metros; y hacia el Mar, 125 metros.

Y el resto de la longitud que da a la santa tierra consagrada (cinco kilómetros hacia el este y cinco kilómetros hacia el Mar), está al lado de

[2] Aunque el texto de Ezequiel no especifica la medida que tenía en mente, es habitual suponer que ha dado las dimensiones en *codos*, de aproximadamente 45 cm. Hemos redondeado la unidad de medición a 50 cm, de tal suerte que nos brinde números redondos en medidas métricas, que serían más o menos equivalentes a los miles de unidades (en cifras también redondas) que indica el profeta.

la santa tierra consagrada; y lo que produce alimentará a los funcionarios de la ciudad. Y los funcionarios de la ciudad prestan servicio de parte de todas las tribus de Israel. Toda la tierra consagrada son doce kilómetros y medio por doce kilómetros y medio, un área cuadrada, santa tierra consagrada como patrimonio de la ciudad.

Y es para el príncipe lo que queda de este lado y de aquel de la santa tierra consagrada y del patrimonio de la ciudad. Frente a los doce kilómetros y medio de la consagración por la frontera del este y hacia el Mar (frente a los doce kilómetros y medio junto a la frontera que da hacia el Mar), lo que sigue a continuación de ello son tierras del príncipe. Y la santa tierra consagrada y el Santuario (el Templo), quedan justo en el centro. Entonces: desde el patrimonio de los levitas y desde el patrimonio de la ciudad que están en el medio de las tierras del príncipe, todo el territorio que hace frontera entre Judá y Benjamín, son tierras del príncipe.

En cuanto a las tribus que quedan: Desde la parte al este y hasta la parte que da al Mar, Benjamín, uno; y junto a la frontera de Benjamín, desde la parte al este y hasta la parte que da al Mar, Simeón, uno; y junto a la frontera de Simeón, desde la parte del este y hasta la parte que da al Mar, Isacar, uno; y junto a la frontera de Isacar, desde la parte del este y hasta la parte que da al Mar, Zabulón, uno; y junto a la frontera de Zabulón, desde la parte del este y hasta la parte que da al Mar, Gad, uno; y junto a la frontera de Gad, hasta la parte del [desierto del] Neguev, hacia el sur (y esta es la frontera que discurre desde Palmera, Aguas Discordias, Cadés, en dirección al río, hasta el Mar Grande [el Mediterráneo]).

Esta es la tierra que os repartiréis a suertes como patrimonio por las tribus de Israel, y estos serán vuestros terrenos —declaración del Señor, el Nombre.

Además, estas son las calles para salir de la ciudad: Por la parte en dirección al [Monte] Tsafón, mide dos kilómetros y cuarto. Y las puertas de la ciudad llevan los nombres de las tribus de Israel, tres puertas hacia el Tsafón: la Puerta de Rubén, una; la puerta de Judá, una; la puerta de Leví, una.

Luego por la parte del este, dos kilómetros y cuarto, con tres puertas: y la puerta de José, una; la puerta de Benjamín, una; la puerta de Dan, una. Luego por la parte hacia el [desierto del] Neguev, mide dos kilómetros y cuarto, con tres puertas: la puerta de Simeón, una; la puerta de Isacar, una; la puerta de Zabulón, una. Por la parte que da

hacia el Mar [Mediterráneo], dos kilómetros y cuarto, con tres puertas: la puerta de Gad, una; la puerta de Aser, una; la puerta de Neftalí, una.

A la redonda, son nueve kilómetros. Y el nombre de la ciudad a partir de entonces: Hasem-sammá («Allí reside el Nombre»).

Es posible entender estos capítulos como la descripción exacta de cosas que sucederán en un futuro lejano y en un nuevo mundo creado de tal manera que la geografía de Palestina/Israel admita ser distribuida con el tipo de simetría elegante que hemos leído aquí y donde pueda existir un río como éste.

Pero es mucho más natural entender esta visión como las primeras que hemos leído de Ezequiel: Verdades profundas y ciertas en su más pura esencia… pero descritas libremente como la imaginación del profeta y las palabras a su alcance le permiten expresarlo; y sin embargo siempre una pobre sombra de realidades mucho más maravillosas, imposibles de entender ni describir. Así como el resultado de intentar dibujar o esculpir la visión del primer capítulo de Ezequiel sería un mamarracho, el resultado de intentar tomarse al pie de la letra estos últimos capítulos también sería disparatado. Aquí Ezequiel no está viendo el futuro sino que está comprendiendo la profundidad y maravilla de la voluntad de Dios para el día de hoy. «Hoy», cuando Ezequiel se encuentra con todos sus parientes y el resto de la nobleza jerosolimitana cautivo en una tierra extraña, donde el culto al Dios verdadero ya no es la religión estatal sino la firmeza de una fe que no se doblegará a pesar de circunstancias adversas. Y «aquí» en Babilonia, donde aunque nuestros cuerpos estén sometidos a gobernantes paganos y blasfemos, en el espíritu podemos estar contemplando un templo no hecho con manos humanas, en una tierra de belleza y simetría perfectas.

Desde luego que esta opinión, como todas las vertidas a lo largo de este libro, es debatible y discutible. Pero sugiero que es necesario —en este texto y otros por el estilo— liberarnos de un excesivo literalismo que nos exigiese entender que cada elemento se corresponda materialmente con una realidad que ha de cumplirse a rajatabla en un futuro más allá de este mundo presente. El texto profético, incluso una visión «escatológica»[3] como estos capítulos de Ezequiel, tiene siempre la *función* de consolar y de revitalizar la fe *ahora*. Es con ese propósito que se escribió y es con esa finalidad en mente que hay que leerlo.

---

[3] Del término griego *éschatos*, «final», «lo último». Una *visión escatológica* estaría viendo las cosas que sucederán al final o a lo último del tiempo.

Destaquemos entonces algunos elementos de estos capítulos. (Entendiendo que tú ya has ido destacado también, mentalmente, aquellos elementos que te han llamado la atención.)

> *Sugiero que es necesario —en este texto y otros por el estilo— liberarnos de un excesivo literalismo que nos exigiese entender que cada elemento se corresponda materialmente con una realidad que ha de cumplirse a rajatabla en un futuro más allá de este mundo presente.*

- He oído sermones alegóricos sobre el río de Ezequiel, que predicaban a partir de estos versículos, la inmediatez de la presencia del Espíritu y su obra revitalizadora. Instintivamente —o tal vez guiados por el Espíritu Santo— han dado en la clave: O dejamos que Dios nos ministre, nos sane, nos infunda fe y esperanza hoy, o desfalleceremos mucho antes de que pueda cumplirse esta visión en ningún otro sentido. ¿Quién se quiere dar por satisfecho con mojarse solamente hasta los tobillos o hasta las rodillas, pudiendo avanzar un poco más y sumergirse enteramente en esas aguas vivificadoras? ¿No anhelamos, acaso, dejarnos empapar de arriba abajo con un bautismo del Espíritu? La predicación resulta marcadamente pentecostal (en el sentido de la tradición eclesial, con su énfasis en manifestaciones sobrenaturales, que arranca a principios del siglo XX). Pero en su libertad para no sujetarse a una interpretación materialista y literalista, creo que cuadra profundamente con la intención del texto de Ezequiel.

- No es casualidad que el río de Ezequiel 47 parezca regar un paraíso. Desde que las antiguas civilizaciones de la tierra se forjaron en torno a grandes ríos (el Nilo, el Eufrates y el Tigris, el Indo, el Ganges, el Yangtze), la idea de un río como fuente de vida y de riego para la agricultura, nos parece natural. El huerto del Edén en los primeros capítulos de Génesis, está regado por cuatro ríos que son los que lo convierten en un vergel. En el Apocalipsis de Juan, en La Nueva Jerusalén no puede faltar un río maravilloso «de agua de vida [...] que fluye desde el trono de Dios y del Cordero» y que riega la Ciudad Santa y da vida a las naciones (Ap. 22,1ss.). En la Nueva Jerusalén no hay templo, por cierto y al contrario que la visión de Ezequiel (Ap 21,22) —aunque en todo caso vuelve a haber un «tabernáculo» (Ap 21,3). El tabernáculo viene a ser una gran carpa como la que había mandado levantar Moisés en el desierto. Al contrario que la rigidez inamovible que da a entender un templo de piedra, la idea de Dios viviendo en una tienda de campaña es sugerente de movilidad y adaptación, de lo imprevisible y siempre nuevo —como el propio soplo del Espíritu. Si no van mal encaminadas las predicaciones alegóricas de textos escatológicos, tampoco es artificial ni artificioso descubrir la belleza de sus ecos intertextuales (donde unos textos parecen arrojar luz sobre la interpretación de otros). Ezequiel escribió conociendo la historia de los ríos del Edén de Génesis; y su descripción aquí influyó indudablemente en lo que Juan de Patmos pudo «ver» en la visión suya.

En torno a estos libros, podían soñar con manifestaciones maravillosas e inexplicables de su Dios. Y esperar, siempre esperar, a que Dios los volviera a reunir desde todos los rincones de la tierra.

Esto no es negar la experiencia de *visión* ni de Ezequiel ni de Juan; sino reconocer que siempre, inevitablemente, «vemos» lo que nos

han enseñado a ver. Si nos han contado que en la perfección del Paraíso hay un río maravilloso… indudablemente habrá un río maravilloso si algún día el Señor nos permite una visión del mundo perfecto que es su voluntad concedernos a la humanidad.

- Resulta emblemática la visión de la recuperación de las doce tribus de Israel. Esto es algo que Ezequiel ya venía «viendo» en los capítulos 36 y especialmente 37. Ezequiel tiene fe para creer en la recuperación de las tribus de Israel que se habían escindido del reino de Judá al morir Salomón.

  Ahora bien, cuando los israelitas fueron llevados al exilio un siglo y medio antes de Ezequiel, sus tradiciones no habían sobrevivido como sobrevivirían las de los judíos. Los israelitas perdieron su identidad. Su descendencia se diluyó entre los pueblos del Oriente Medio.

  A la postre, con el fenómeno de esclavos adquiridos por Roma y más tarde por la sociedad europea medieval, esos descendientes de Israel (mezclados con innumerables otros pueblos) se mezclaron también por toda Europa, además de llegar hasta la India y Asia Central. Como no existen razas puras, cualquiera de nosotros puede ser descendiente de israelitas por vías muy diferentes: esclavos «orientales» traídos en tiempos romanos o sarracenos y turcos raptados y traídos a la España medieval, árabes conquistadores, visigodos emigrados desde Europa Central, descendientes a su vez de pueblos emigrados desde el Cáucaso… Y sin embargo Ezequiel «ve» a Israel reconstituida en sus doce tribus originales y habitando en paz y armonía en una tierra llena de belleza y simetría.

  Lo que digo a continuación no lo pudo tener en mente Ezequiel, pero nosotros sí lo podemos concebir: Quizá, al final, en la expansión del cristianismo más allá de las barreras raciales del judaísmo —aceptando con gozo a «gentiles» de todo tipo de procedencia— se empezó a cumplir ya en tiempos apostólicos algo de la restauración de la descendencia de las tribus de Israel. Una restauración que Ezequiel alcanzó a «ver» por virtud de su fe en que a Dios todavía le quedaban cosas «imposibles» por hacer.

- El libro de Ezequiel se escribe en Babilonia para los judíos exiliados. Como todo el Antiguo Testamento, se conservó y editó en Babilonia, en las juderías de la diáspora. La historia de la evolución del texto de la Biblia Hebrea y de su aceptación como texto sagrado, nos indica que fue siempre en Babilonia donde la tradición de la conservación de aquellos escritos fue más exacta y cuidadosa.

Aunque algunos judíos volvieron a las ruinas de Jerusalén, la refundaron y reconstruyeron sus murallas y reedificaron el templo, el libro de Ezequiel (y el resto de la Biblia) tuvo su especial razón de ser en las comunidades de judíos dispersos por todo el mundo. A ellos el templo les quedaba lejos, muy lejos. Lo único que les quedaba a mano era reunirse para oír leer estos libros de sus antepasados. Allí, en torno a estos libros, podían soñar con manifestaciones maravillosas e inexplicables de su Dios. Y esperar, siempre esperar, a que Dios los volviera a reunir desde todos los rincones de la tierra, a esa nueva Israel en torno al templo fantástico que describe Ezequiel en unos capítulos (40-45) que no hemos leído en esta oportunidad.

- Esto nos trae a observar la importancia de la visión de lo inalcanzable. Me imagino la sensación de desilusión que tiene que embargar a los judíos que durante el transcurso de este último siglo han ido emigrando a su antigua tierra de Israel, para encontrarse con la cruda realidad de un país perpetuamente en pie de guerra, que tiene que vivir bajo la sombra de amenazas bélicas constantes y escuchar que sus enemigos nieguen su experiencia del holocausto nazi. ¡Cuándo no, no pocos se desilusionan y vuelven a marcharse! Esta república de Israel, militarizada, materialista y secularizada, no es lo que venían imaginando, durante siglos y siglos, al cerrar la liturgia de la Pascua judía con la exclamación: «¡El año que viene en Jerusalén!».

Hay algo en el espíritu humano que necesita soñar con lo inalcanzable. En última instancia, es un anhelo de Dios, que se deja amar pero nunca poseer. Es un anhelo de comunión y armonía con nuestro Creador, que si se cumpliera algo medianamente parecido a cualquiera de estas visiones escatológicas de la Biblia, nos acabaría defraudando profundamente. Porque es imposible que esas visiones hayan captado por completo lo que de verdad añoramos, que es imposible de poner en palabras. Lo podemos sentir como un anhelo lleno de la más profunda nostalgia por algo que hemos perdido y sabemos que tenemos que recuperar. Pero una cosa es albergar ese sentimiento y otra cosa muy diferente es cualquiera de las descripciones —forzosamente materialistas— con que los autores bíblicos nos animan a esperar en lo que vieron.

Como nos instruye la fábula del rey Midas, el día que llegáramos a alcanzar lo que pensamos estar deseando, sería el día más amargo de nuestra existencia.

Aquellas visiones están llenas de oro y piedras preciosas, además de árboles frondosos y siempre ese río maravilloso que da vida. ¿Pero

acaso es abundancia de oro y piedras preciosas lo que anhelamos? ¿Daríamos por satisfecha nuestra existencia con semejantes posesiones inútiles, de lujo y de ostentación? ¿Acaso no deseamos, al contrario, un «no sé qué» inmaterial… como sabernos amados y protegidos —pase lo que pase — por la presencia del Espíritu de Dios?

Toda visión escatológica en la Biblia sirve tan sólo como una señal en el camino. El profeta o escritor, inspirado por el Espíritu del Señor, describe las cosas más hermosas que se le pasan por la cabeza. Luego baja la pluma, deja caer su rostro sobre sus manos y rompe a sollozar porque ¡No!; porque ¡No era esto sino otra cosa mucho más bella e inalcanzable lo que fugazmente fue capaz de alcanzar a ver!

El mensaje de este tipo de escritura bíblica es el de la consolación, en la esperanza de que Dios conoce nuestros corazones y un día, estrechados en la dulce serenidad y seguridad de su abrazo maternal,[4] sabremos que por fin hemos llegado a Casa.

Toda visión escatológica en la Biblia sirve tan sólo como una señal en el camino.

Tema 3. Daniel 7

Pasamos ahora a otro tipo de visión muy diferente. Como la visión de un Israel paradisíaco que tuvo Ezequiel, ésta también tiene toda la apariencia de estar describiendo un futuro anunciado. Salvo que no parece describir tanto un estado final de las cosas como una serie de acontecimientos.

En el año 1 de Belsatsar rey de Babilonia, Daniel soñó estando en cama, visión y visiones en su mente. Y a continuación apuntó lo esencial del sueño en pocas palabras.

Pone Daniel:

[4] Si a alguien ofende imaginar a Dios estrechándonos en un abrazo maternal, que entienda «paternal».

Me encontré viendo en visión nocturna cuando, ¡Mira!, cuatro vientos del cielo agitan la inmensidad del mar; y cuatro animales enormes emergen del mar, éste diferente de aquel. El primero, como un león pero con alas de águila. Me lo quedo mirando hasta que le arrancan las alas y se levanta de la tierra y se incorpora sobre piernas como de hombre. Y recibe el raciocinio humano.

Y después, ¡Mira, el segundo, parecido a un oso! —al lado del primero. Con los colmillos sostiene tres costillas y le dicen:

—¡Levántate! ¡Devora mucha carne!

Después de eso me quedo mirando y ¡Mira, otro! —parecido a una pantera, pero con cuatro alas por la espalda y cuatro cabezas. Y a este animal le entregan el gobierno.

Después de esto me quedo mirando en la visión nocturna y ¡Mira, un cuarto animal! —espantoso y espeluznante y extraordinariamente fuerte. Y tiene colmillos muy grandes de acero. Devora y desgarra y con sus patas pisotea lo que deja. Y este es diferente de todos los animales anteriores y tiene diez cuernos. Me quedo observando los cuernos cuando ¡Mira! —entre ellos aparece otro cuerno, diminuto, y se arrancan tres de los cuernos primeros ante éste. Y ¡Mira! —hay en éste ojos como ojos humanos y una boca que dice cosas grandiosas.

Me quedo mirando hasta que se derriban los tronos. Pero un anciano muy viejo vestido de blanco como la nieve está sentado y el cabello de su cabeza es como lana lavada; su trono es llamaradas de fuego, sus ruedas son fuego en llamas. Un río de lava mana desde su presencia, mil miles le sirven y un millón de millones están en pie ante su presencia. La sentencia está asentada y la documentación está abierta.

Me quedo mirando, fascinado por el sonido de las palabras grandiosas que está hablando el cuerno. Me quedo mirando hasta que matan al animal, le descuartizan el cuerpo y lo entregan para arder en el fuego. Los otros animales se quedan sin autoridad, aunque sus vidas se prolongan durante un rato y un plazo.

Me quedo mirando en visión nocturna y ¡Mira! ¡Entre las nubes del cielo! —aparece lo que parece ser un ser humano. Llega donde el anciano muy viejo y lo hacen pasar a su presencia y le entregan autoridad y honor y gobierno. Entonces todos los pueblos, las etnias y lenguas le hacen reverencias. Su autoridad es absoluta y completa y nunca cesará; y su gobierno jamás será derrocado.

Yo Daniel me quedo sin aliento en mi fuero interno y las visiones de mi cabeza me espantan. Me acerco a uno de los que aguardan de pie,

para averiguar la verdad que encierra todo esto. Entonces me habla y me da explicación.

Entiendo.

Esos animales enormes que surgen desde la tierra, son cuatro reyes. Aunque reciben el gobierno de parte de los dioses sagrados, toman posesión del gobierno para no soltarlo, desde siempre y hasta siempre.

Entonces quiero la verdad sobre el cuarto animal, por cuanto es tan diferente de todos los demás —espantoso y descollante, con colmillos de acero y garras de bronce, que devora y desgarra y con sus patas pisotea lo que deja. Y sobre los diez cuernos que hay en su cabeza. Y ese otro que aparece, ante el cual caen tres cuernos. Ese que tiene ojos y boca que dice cosas grandiosas, cuyo aspecto es tanto más imponente que sus compañeros. Mientras estoy mirando, ese mismo cuerno libra una batalla contra los consagrados y los puede, hasta que llega el anciano muy viejo y concede justicia a los consagrados del Altísimo. Y toca hacer fiesta, por cuanto los consagrados se hacen con el gobierno.

Esto es lo que dijo:

—El cuarto animal es un cuarto gobierno que es mundial, que al llegar es diferente de todos los gobiernos, por cuanto devora y pisotea y desgarra al mundo entero. Y los diez cuernos que salen de ese gobierno son diez reyes que se encumbran. Y a la postre se encumbra otro y este es diferente, por cuanto derriba a tres reyes. Habla con bravatas comparándose al Altísimo y persigue a los consagrados del Altísimo y trama trastornar el calendario litúrgico y las leyes. Todos se le entregarán durante una edad y varias edades y media edad. Pero se sienta el Tribunal y lo derrocan del gobierno y lo destruyen y abaten rotundamente. Entonces la soberanía y el gobierno y la inmensidad que corresponde a los gobiernos que están debajo del cielo, son entregados a la nación de los consagrados al Altísimo. Su soberanía es una soberanía perfecta y todos los gobiernos le rinden pleitesía y le obedecen.

Y así acaba el asunto. Yo, Daniel, reflexiono mucho. Me asustan y me dejan con el semblante impresionado. Por eso me lo encomiendo a la memoria.

- Esta visión, como otras que cuenta el libro de Daniel, tiene toda la apariencia de contener revelaciones de hechos históricos, pero siglos antes de que sucedieran. Desde la premisa de que para Dios nada es imposible, parecería natural aceptar que esto también es posible:

Dios no sólo sabe lo que va a suceder sino que, sabiéndolo, tiene derecho a hacérselo saber a quien él quiera.

A veces la literatura humana no necesariamente religiosa, nos ayuda a reflexionar sobre las consecuencias que derivarían de nuestras afirmaciones teológicas. En este caso, hay una extensa fascinación en el género de la ciencia ficción —en obras literarias y cinematográficas— con las consecuencias de conocer el futuro. El interés consiste en la posibilidad de que el conocimiento del futuro afecte decisiones en el presente, las cuales a su vez alterarían necesariamente el futuro, el cual entonces ya no sería el mismo futuro que conocíamos sino otro muy distinto. Una variante en las obras de ciencia ficción que exploran este dilema lógico, sería la de retroceder al pasado (o hacer llegar al pasado información sobre el presente) dando lugar a cambios en el pasado que generarían una realidad alternativa en el presente.

De acuerdo a como vemos actuar a Dios en la Biblia, ¿es realmente necesario que los seres humanos sepamos qué es lo que va a suceder?

La existencia de este dilema lógico nos obliga a revisar nuestra apreciación de qué es lo que pensamos que está sucediendo en los pasajes bíblicos que parecerían estar contando el futuro antes de que suceda.

Como mínimo, deberíamos preguntarnos qué razones de peso impulsarían a Dios a jugar tan ligeramente con el tiempo como para no sólo revelar el futuro a un individuo, sino mandarlo escribir en un libro que a la postre será leído por millones de personas —con las consecuencias tan demencialmente complicadas que esto tendría sobre el propio futuro revelado. De acuerdo a como vemos actuar a Dios en la Biblia, ¿es realmente *necesario* que los seres humanos sepamos qué es lo que va a suceder?

La existencia de este dilema puede incluso obligarnos a revisar qué es lo que entendemos que sea posible para Dios. Porque desde el momento que Dios mismo conociera el futuro, si ese futuro es cierto y no variará, entonces Dios ya no es libre de intervenir creativa y soberanamente, sino que se encuentra eternamente atrapado en las redes de ese futuro que él conoce, un futuro que será necesariamente consecuencia de todo lo que él sabe que habrá sucedido antes. Si existe un futuro conocible, no somos sólo nosotros los predestinados a actuar de tal manera que ese futuro suceda. ¿Qué más da, a fin de cuentas, la libertad de unos pequeños e insignificantes seres humanos? El problema real es que en ese caso Dios mismo estaría predestinado (o condenado) a actuar de tal manera que ese futuro que él ya conoce de antemano, suceda.

- Aquí es necesario observar que típicamente la naturaleza de la profecía bíblica es la declaración de cómo Dios ve nuestro presente. La profecía expresa la opinión que tiene Dios de nuestras conductas y actitudes. Esas nuestras conductas y actitudes tienen, desde luego, consecuencias que inciden en el futuro; consecuencias que típicamente son obra de Dios, que tiende a dar a cada uno su justo merecimiento (para bien o para mal). La profecía puede actuar, entonces, como revelación de la proyección en el futuro de las consecuencias del presente… siempre y cuando mantengamos las mismas actitudes y conductas, sin arrepentimiento ni cambios.
- Esto significa que las afirmaciones bíblicas sobre el futuro —por lo menos en un sentido exacto, más allá de principios generales sobre la voluntad de Dios— son siempre afirmaciones condicionales. El mejor ejemplo de esto lo tenemos en el librito de Jonás. Jonás anuncia la destrucción en tres días de la ciudad de Nínive. Es un anuncio verdadero; no es falso. Pero los ninivitas se arrepienten y Jonás se queda con las ganas de ver esa destrucción… que no se cumple. Jonás, a la postre, se queja a Dios, de que él ya venía sospechando que los ninivitas se iban a arrepentir; motivo por el que no había querido anunciarles la destrucción.

  No sólo el arrepentimiento sino especialmente también la oración, pueden cambiar el futuro anunciado; anularlo del todo o alterar los tiempos previstos. Dios toma iniciativas pero también responde a las iniciativas (para bien o para mal) nuestras. Dios

declara su intención pero también escucha nuestras razones y nuestro clamor.

De hecho, la oración sólo tiene su razón de ser, solamente tiene sentido como intercesión, si partimos de la premisa de que el futuro *no* está ya decidido. Si nuestra intercesión no tiene esperanza de cambiar nada, ¿para qué orar? En ese caso, clamar el auxilio o el perdón de Dios sería una actividad tan estúpida y carente de sentido como lo sería *toda* actividad e iniciativa humana. O en cualquier caso, sería algo que no nos nacería de espontáneo, sino que ya estaba escrito que intercederíamos… Un futuro ya decidido e inamovible, entonces, aconsejaría actitudes de fatalismo y resignación, todo lo contrario a las de fe y esperanza que fomenta la Biblia.

- El caso es que la Biblia no duda en atribuir *arrepentimiento* a Dios, en el sentido de echarse atrás de hacer lo que había declarado que haría. Esto no quiere decir que Dios «miente» sino que es dialogante y que sabe escuchar; y por tanto puede cambiar de opinión y de intención. Un Dios atrapado en las redes de un futuro inamovible sería como cualquier dios de piedra o de madera; un dios sordo y mudo, incapaz de imprimir la fuerza de su voluntad libre y soberana sobre los acontecimientos. Un dios, en otras palabras, que da igual que exista o no, porque ya no es *necesario* para ninguna eventualidad que no esté predeterminada.
- No podemos saber (seguramente tampoco entenderíamos) cómo experimenta Dios el tiempo desde las dimensiones infinitas de su divinidad. Desde que la plena realidad divina está —por definición— infinitamente más allá de nuestra capacidad de comprensión, no es imposible imaginar que para Dios sea posible conocer el futuro y a la vez conservar su libertad y autonomía de intervención en los hechos que se van produciendo. Pero desde nuestra perspectiva humana donde transcurre nuestro existir en el tiempo, tenemos que afirmar que el futuro todavía no existe; no está fijado, no es inamovible sino que depende. Depende de variables infinitas, entre las que las decisiones de los seres humanos —creados a imagen y semejanza de Dios— tienen un lugar de privilegio.

Sobre este particular la Biblia no admite discusión. Dios nos tiene en cuenta. El futuro lo vamos forjando sobre la marcha, en un diálogo constante entre Dios y la humanidad.

- Los especialistas en el estudio bíblico tienden a opinar que el libro de Daniel se escribió en el siglo II a.C., justo cuando estaba en pleno auge el cuarto reino de esta visión (contando desde el imperio babilónico cuando vivió Daniel). Si las condiciones de vida eran así de terribles (como la descripción del cuarto reino), ¿qué efectos —de esperanza, fe o consolación, por ejemplo— buscaría esta palabra divinamente inspirada, en aquellos primeros lectores y oyentes del libro de Daniel? ¿Cuál es el propósito de esta visión —producto de «la imaginación desbordada por el Espíritu»?

Las afirmaciones bíblicas sobre el futuro —por lo menos en un sentido exacto, más allá de principios generales sobre la voluntad de Dios— son siempre afirmaciones condicionales.

- Es necesario observar la importancia del libro de Daniel (y el de Ester) como testimonio de la riqueza de las posibilidades que ofrece la diáspora (la dispersión de los judíos) entre las naciones. Daniel y sus compañeros, como el patriarca José, llegan a tierras extrañas como cautivos pero ascienden a puestos descollantes bajo reyes paganos, por su virtud personal y la piedad de su devoción al Señor. Daniel (y sus amigos; así como Ester, José y Moisés) experimentan la intervención sobrenatural de Dios que salva sus vidas porque confiaron en él y se mantuvieron fieles al Dios de sus antepasados. Ester (como José y Moisés) puede utilizar su posición privilegiada no sólo para salvarse a sí misma sino para salvar de la destrucción a su pueblo entero. Daniel (como José y Moisés) tienen acceso a la revelación de los propósitos de Dios, que los hace siempre infinitamente más sabios que los magos de mayor renombre de su generación.

  El tópico, entonces, del judío piadoso en la corte pagana, tiene una importante trayectoria en la literatura bíblica. Demuestra un

marcado optimismo acerca de las posibilidades que encierra la vida en la diáspora.

El libro de Daniel viene a testimoniar que la vida piadosa en relación con Dios puede experimentarse en su plenitud, en multitud de escenarios —que no sólo en Jerusalén. Este modelo de existencia, la del judío piadoso en la diáspora, no necesita la existencia del templo ni de su ritual litúrgico. Su religión puede ser íntima y personal y a contracorriente de la religión estatal si hace falta. Su relación con Dios, la capacidad de Dios para revelar sus más asombrosos secretos, la libertad de Dios para intervenir con milagros y obras maravillosas más allá de lo posible para ningún mago pagano, no tiene nada que envidiar a la vida espiritual de los judíos que viven en o cerca de Jerusalén.

En muchos sentidos, es una vida más íntegra que la de los que dependen del ritual en el templo; porque está obligada a ser una vida espiritual interior y personal. El libro de Daniel nos demuestra (ya antes de Jesucristo) que el ritual del templo se había quedado superfluo y redundante en la fe de Israel. Porque en la diáspora, viviendo la fe en medio de una corte pagana, lo único que cuenta es lo que hay en el corazón.

El libro de Daniel nos demuestra (ya antes de Jesucristo) que el ritual del templo se había quedado superfluo y redundante en la fe de Israel. Porque en la diáspora, viviendo la fe en medio de una corte pagana, lo único que cuenta es lo que hay en el corazón.

Cuando el templo de Jerusalén fue destruido por segunda y última vez pocas décadas después de Jesús, los judíos de todo el mundo siguieron igual que antes, tal como venían viviendo desde el siglo VI

a.C. En las sinagogas —entre ellas las sinagogas mesiánicas o «cristianas»— la religión había pasado a ser interior y personal; y lo importante era reunirse como comunidades locales (en cualquier lugar del mundo) para orar y cantar alabanzas y reflexionar sobre la base de los libros sagrados.

- Llama la atención la reacción final de Daniel. Su reacción es de turbación y desconcierto. Esa reacción de un altísimo funcionario del imperio, quizá sea la clave para entender (o volver a reiterar) cómo Dios está actuando en la historia.

  No creo que la turbación y desconcierto sean por el dilema lógico creado por el presunto conocimiento del futuro. Me parece que el tema de fondo es mucho más radical, mucho más «bíblico». Porque todas las diversas visiones que vienen en el libro de Daniel tienen un hilo común. Todas van de reyes, reinos e imperios, que cada cual se cree ser «la leche». La propaganda y la religión oficialista de cada uno de estos regímenes es que son eternos y estables. Los gobiernos de este mundo siempre piensan ser ellos mismos lo más importante que está sucediendo. Estas visiones reflejan esa actitud de soberbia del poder político. Según su manera de entender la realidad, sólo cuentan los reyes y los generales. Los escritores y dramaturgos, los pintores, escultores y artistas de todo tipo, nada aportan al avance de la civilización. Tampoco cuentan los médicos, sacerdotes, científicos ni comerciantes. Y muy especialmente, no cuentan para nada en absoluto los campesinos, las clases urbanas inferiores, los esclavos. La vida del pobre, de la viuda, del hambriento o esclavo se pierde de vista; es insignificante ante la grandiosidad de las cuestiones de Estado.

  Y sin embargo todos estos regímenes están condenados a la transitoriedad. Están condenados a desaparecer. Si tienen suerte, algunos de los más grandes estadistas serán recordados en los libros de historia durante algunos siglos o tal vez unos pocos milenios. Pero pasarán. Desaparecerán. La estabilidad que pensaban garantizar se verá que es efímera y momentánea.

  Entre tanto, Dios está haciendo su «contrahistoria». Dios tiene una visión alternativa de la realidad. En ella, los verdaderos protagonistas son «los santos» de Dios (Dn 7,18.27). Dos siglos después de que se escribiera el libro de Daniel, apareció en escena Jesús de Nazaret. Jesús proclamó un evangelio predicado a «los pobres», un evangelio donde son «los mansos» los que heredarán la tierra —como queriendo hacer realidad la visión de Daniel.

TEMA 4. APOCALIPSIS 16

La idea de la ira o el furor de Dios no es una idea cómoda. Confieso que prefiero pensar en Dios como Salvador, como amor y luz y perdón, al estilo de como Jesús trató a sus enemigos. Si Jesús es la más perfecta revelación del Padre, quiero pensar que el Padre perdona como Jesús perdonaba; quiero pensar que el Padre es como lo describió Jesús en la «Parábola del Hijo Pródigo» —que corre a nuestro encuentro y nos abraza incluso antes de que podamos pronunciar nuestras palabras de arrepentimiento. Vistas así las cosas, la diversidad de torturas y muertes violentas con que parece regocijarse este capítulo parecería excesiva.

Y escuché una voz muy fuerte desde el santuario que decía a los siete mensajeros:

—Salid y vaciad sobre la tierra los siete jarrones de la furia divina.

Y fue el primero y vació su jarrón sobre la tierra. Entonces sobrevino desgracia y trastorno y crueldad a las personas que tenían la señal de la fiera y a los que habían hecho reverencias ante su estatua.

A continuación, el segundo vació su jarrón sobre el mar. Entonces se transformó en sangre como de muerto. Y se murieron todas las criaturas vivas del mar.

A continuación, el tercero vació su jarrón sobre los ríos y los manantiales de agua y se transformaron en sangre.

Y escuché decir al mensajero de las aguas:

—Justo eres, tú que existes y vienes existiendo, tú que eres puro,
por cuanto has sentenciado estas cosas.

Porque ellos vaciaron la sangre de los profetas
y les haces beber sangre.

¡Qué apropiado!

Y escuché decir desde el altar:

—¡Sí, Soberano, Dios, Todopoderoso!
¡Tus sentencias son ciertas y justas!

A continuación, el cuarto vació su jarrón sobre el sol, para que queme a los humanos con fuego. Y mientras los humanos ardían con un fuego inmenso, insultaban el Nombre de Dios, por cuanto había provocado estos sufrimientos. Pero no cambiaron de parecer ni le atribuyeron resplandor.

A continuación, el quinto vació su jarrón sobre el trono de la fiera. Entonces su gobierno se volvió tenebroso. Y la gente se mordía la

lengua de dolor e insultaba al Dios del cielo por sus sufrimientos y por sus desgracias. Pero no cambiaron de parecer sobre sus conductas.

A continuación, el sexto vació su jarrón sobre el gran río, el Éufrates, y se secaron sus aguas, preparando así un camino real desde donde sale el sol. Entonces vi que salían de la boca del dragón y de la boca del falso profeta, tres vientos tóxicos parecidos a sapos. Se trata del aliento de dioses extranjeros que hacen señales y campan a sus anchas entre los reyes de todo el mundo, convocándolos a la guerra del Día Tremendo del Dios Todopoderoso. «¡Mira que vengo como un ladrón! ¡Dichoso aquel que está en guardia y vestido, no sea que tenga que andar por ahí desnudo y se le vean las vergüenzas!» Entonces los convocó a un lugar que en hebreo se conoce como Armagedón.

A continuación, el séptimo vació su jarrón sobre el aire. Entonces salió una voz muy fuerte desde el santuario, desde el Trono, que decía «¡Ya está!» y hubo rayos y gritos y truenos y un fortísimo terremoto. Desde que existe el ser humano sobre la tierra, jamás ha habido un terremoto tan fuerte. Y la gran ciudad se partió en tres y las ciudades de los países se desplomaron. Y se acordó Dios de la gran Babilonia, para darle a beber el licor del furor de su furia. Todas las islas salieron disparadas, dándose a la fuga; y era imposible encontrar una montaña. Y desde el cielo llovió sobre los seres humanos una granizada terrible, piezas de treinta kilos. Pero la gente insultaba a Dios por los destrozos de la granizada, porque ésta es tremendamente destructiva.

¿Cómo hemos de enfocar el concepto de la ira o el furor de Dios? ¿Cómo encaja dentro de la visión de las cosas que venimos haciéndonos a lo largo de este «hablar sobre Dios desde la Biblia»? Desde luego, este capítulo no es el único en Apocalipsis en este plan; ni es el Apocalipsis el único libro de la Biblia que habla de juicio y condenación. ¿Qué significa imaginar que Dios sea capaz de perder los estribos, de dejarse llevar de un frenesí de destrucción masiva? ¿Qué significa decir que de Dios pueden proceder el caos y la hecatombe, que no sólo el orden y la paz?

En fin… tenemos que poder decir que Dios es justo, que no sólo misericordioso. Puede que su justicia y su misericordia sean dos aspectos diferentes de una misma realidad, dos caras de una misma moneda, como ya hemos comentado en otro lugar. Pero si se hace esa afirmación no es para que la misericordia de Dios anule su justicia. Diríamos que la misericordia de Dios puede ser *más* que solamente justicia, pero nunca *menos*. Y aunque es verdad que los pensamientos de Dios son mucho más altos que los nuestros —seguramente inalcanzables para nuestras frágiles mentes finitas—, también es verdad que toda la Biblia da fe de

un divino interés por explicarse a la humanidad en términos que nosotros podamos comprender. La Biblia nos muestra un Dios que emprende algo mucho más complicado que sencillamente hacerse temer y adorar con aceptación resignada. El Dios de la Biblia quiere que comprendamos la lógica de los principios morales que nos inculca y que los aceptemos como razonables y buenos. Si Dios pretende que seamos justos, él mismo nos tiene que dar el ejemplo. Y su ejemplo de justicia nos tiene que resultar comprensible y razonable como tal justicia.

> *Diríamos que la misericordia de Dios puede ser* ***más*** *que solamente justicia, pero nunca* ***menos****.*

- Llegamos así a Ap 16,5-7. Aquí tenemos dos testigos de que los juicios de Dios son justos.
  - En el primer caso, se trata de un ángel que observa la lógica y elegancia simétrica del juicio: Las personas que están muriendo habían derramado la sangre de los profetas; ahora les toca *beber sangre*. Es sangre pestilente y mortífera. La sangre, ni siquiera la de los animales, no es jamás en la Biblia alimento apropiado para seres humanos; y estar reducidos a no tener otra cosa que beber es el colmo del caos en la creación, de las cosas puestas patas arriba, la desorientación moral más absoluta y total imaginable. Con todo y eso, el ángel observa y aprueba de la simetría entre el pecado y el castigo: los que han derramado sangre han de beber sangre —y bebiendo sangre, morir.

    Pero si además la sangre derramada había sido la de los profetas, se sobreentiende que éstos murieron indefensa y mansamente, como es digno de profetas de Dios, encomendando su vindicación a Aquel que lo ve todo. El martirio de los profetas de Dios halla así respuesta divina. Sus muertes no caen en el olvido sino que ahora Dios vindica a sus profetas vengando sus muertes.
  - El otro testigo es una voz anónima que procede del altar. Podría tratarse de la voz que da órdenes con autoridad desde el altar en

Ap 9,13-16 y en Ap 14,18-20. Esa voz parece ser la de Dios mismo, que con el acto de declarar sus juicios, los ejecuta.

Pero en el Apocalipsis hay otras voces junto al altar, otros candidatos a ser los que aquí dan testimonio de que los juicios de Dios son «justos y verdaderos». Unas voces son las que se oyen en Ap 6,9-11. Se trata de los mártires que han muerto por dar testimonio de Dios y que, desde debajo del altar, están reclamando que se juzguen sus muertes y se vengue su sangre derramada. Allí, en el capítulo 6, nos enteramos que el número de los mártires todavía no está completo —hay otros a los que aún les queda por delante el martirio— y que entre tanto que no se proceda a vengar sus muertes, han de conformarse con ataviarse de vestiduras blancas y descansar en paz.

♦ Otras voces que se oyen en el altar son las de «todos los santos» cuyas oraciones de intercesión se mezclan con mucho incienso (el incienso que también —Ap 5,8— es las oraciones de los santos), y desde allí suben hasta la mismísima presencia de Dios, que las escucha en medio de un profundísimo y respetuoso silencio celestial (Ap 8,1-4). Aquí no se indica cuál es el contenido de esas oraciones. Quizá no sea muy diferente de la justicia y venganza que reclaman los mártires, puesto que la reacción inmediata a escuchar esas oraciones, es la lluvia de actos de furor divino que acompañan el tocar de siete trompetas.

En cualquier caso, es menester hacernos la reflexión de que si hay gente que —como Jesús— no devolvieron mal por mal en la esperanza de que sería Dios quien les vindicaría y juzgaría su causa aun después de muertos, esa esperanza no puede ser defraudada. Han dado sus vidas creyendo que Dios los vindicaría y ese acto de fe exige una respuesta divina. Porque si no creyéramos que Dios tiene en cuenta el sufrimiento de los que le aman y obedecen hasta la consecuencia final, disminuiría nuestra capacidad para el martirio o testimonio del camino de Jesús.

Jesús y todos los apóstoles nos inculcan que no debemos devolver mal por mal, que no debemos resistir con la misma moneda la violencia que padecemos. Nos enseñan que el martirio indefenso de Jesús en la cruz es el ejemplo supremo que debemos imitar puesto que, como él, somos «hijos de Dios». Y esto es exigible de nosotros porque se nos dice que no caerá en saco roto, que no será de balde, que Dios lo ve y lo juzga todo y que reivindicará y vengará a

los inocentes. Si no pudiéramos creer que esto es así, seguir a Jesús sería un suicidio, una locura, un engaño cruel.

Tampoco haríamos mal en recordar que no todos los mártires desearon venganza. Jesús, Esteban y muchos otros, han muerto *bendiciendo* a sus verdugos y pidiendo al Padre que los perdone «porque no saben lo que hacen». La justicia de Dios también sabrá tomar en cuenta esas peticiones, así como las que exigen venganza.

♦ Otro aspecto de la cuestión nos lo plantea el hecho de que la lectura de los desastres descritos en Apocalipsis 16 nos resulta extrañamente familiar. Nos suena a cosas que leemos en los periódicos y vemos en los telediarios. Es posible que ya en tiempos apostólicos fueran visibles y previsibles las consecuencias sobre este planeta de la voracidad y rapiña de la civilización humana. Seguramente ya entonces sufría la humanidad la aparición repentina de pestes y enfermedades incurables, la escasez de agua potable que no transmita enfermedades y muerte, el fuego solar de la desertización como consecuencia de prácticas agrarias no sostenibles. Y qué decir de tormentas que destruyen todo a su paso, inundaciones, terremotos y tsunamis. Pero aunque en la antigüedad hayan experimentado algo de todo esto, es seguramente en nuestra propia generación cuando estamos cayendo en la cuenta cabal de las consecuencias nefastas de nuestro maltrato del planeta Tierra.

No sé qué pudo imaginar Juan de Patmos al escribir sobre islas que «huyen» (Ap 16,20); hoy día no son profetas sino científicos los que nos avisan que si con el calentamiento global se derrite el hielo polar, desaparecerán islas enteras —y grandes extensiones de nuestras costas— bajo el agua de los mares. No sé qué pudo imaginar Juan al escribir sobre un sol cuyo fuego abrasador mata; hoy día estamos todos pendientes de los grandes agujeros en la capa de ozono de la atmósfera y las consecuencias perniciosas de la sobreexposición a la radiación solar.

La ira y el furor de Dios puede, entonces, tomar la forma de dejarnos padecer las consecuencias de nuestra propia actividad como humanidad que se ha descontrolado, que ha querido saltarse las normas exigibles de un ser creado en medio de otros seres creados, en un planeta creado. ¿Acaso es posible imaginar ira y furor más terribles que éste: que Dios sencillamente nos permita destruir las condiciones físicas y climáticas necesarias para la existencia de la vida humana? ¿Acaso es posible concebir de mayor desolación que ésta: que la Tierra se nos vuelva inhóspita por nuestra propia actividad y

que, aunque hubiera otros planetas en la galaxia capaces de sostener la vida, no hay ninguno ni remotamente alcanzable donde la humanidad pudiera establecerse?

De hecho, a lo largo de la Biblia, la actividad típica de la ira de Dios es frecuentemente precisamente esa: la de no interponerse para evitarnos las consecuencias desastrosas de nuestras propias conductas.

Tampoco haríamos mal en recordar que no todos los mártires desearon venganza. Jesús, Esteban y muchos otros, han muerto bendiciendo a sus verdugos y pidiendo al Padre que los perdone "porque no saben lo que hacen".

- Desde luego, es difícil imaginar que Juan de Patmos pudiera haber visto esto. La desolación y destrucción que pudo concebir en su «imaginación desbordada por el Espíritu», seguramente él la entendía más bien en términos morales y éticos. Hay conductas que conllevan la bendición de Dios, hay otras que conllevan la maldición. El pecado es serio. Es grave. La rebeldía humana contra los caminos del Señor crea constantemente todo tipo de víctimas y genera toda suerte de sufrimientos. El pecado y la violencia humana se expresa en crímenes espantosos contra la humanidad. Todos los días destruye vidas, material y psicológicamente.

Y no es aceptable que todo esto quede impune.

De hecho, esa maldad es absolutamente inaceptable y nos genera ira y furor a todos –que no solamente a Dios.

Curiosamente, el juicio de Dios es una manifestación de su respeto de nuestra autonomía. Dios nos ha creado a imagen y semejanza de sí mismo. Una de las manifestaciones de ese parecido es que nuestras decisiones, como las suyas, tienen frecuentemente efectos eternos e

imborrables. Cometemos continuamente males cuyos efectos son eternos y si no nos arrepentimos, nuestro castigo debe ser igualmente eterno.

La ira de Dios puede tomar la forma de dejarnos padecer las consecuencias de nuestra propia actividad como humanidad que ha querido saltarse las normas exigibles de un ser creado en medio de otros seres creados, en un planeta creado.

- Como sucede siempre en la Biblia, «un texto fuera de contexto es sólo un pretexto». El propio Apocalipsis tiene otras perspectivas y hace albergar la esperanza de que el amor y la misericordia y el perdón de Dios sean tan fuertes al final como lo es su ira.

La Biblia —como la vida misma— está llena de paradojas y los autores bíblicos parece que aceptaban sin inmutarse esas paradojas de la vida y de la naturaleza de Dios. Quizá podríamos decir que la *justicia* de Dios exige que los mártires sean vengados y que Dios reaccione con ira y furia contra el mal en todas sus dimensiones. A la vez, la *gloria* de Dios exige que al final toda rodilla se doble y toda lengua proclame que él es Dios y que todo corazón le ame y se manifieste profundamente arrepentido... y que todo esto sea con la más absoluta sinceridad. Y una vez que haya sucedido esto, ¿qué sentido tienen ya ni la ira ni el castigo?

Y sin embargo, en ningún caso debería esa idea quitar fuerza a nuestra aceptación de la justicia de Dios ni de la necesidad de la ira de Dios. Porque en cuanto resolviéramos esta paradoja (entre la justicia y la gloria de Dios) hacia uno de sus dos polos, ya no sería más una paradoja —y ya habríamos abandonado la riqueza de los matices de la enseñanza bíblica al respecto.

TEMA 5. APOCALIPSIS 12 Y 20,1-10

La «imaginación desbordada por el Espíritu», en sus visiones de verdades ocultas, nos lleva a observar una última realidad. La vida humana está sometida a otras presiones que no solamente una lucha desigual entre la voluntad de Dios y una frágil tendencia humana a la rebeldía. Los visionarios bíblicos comprendieron que hay una fuerza oscura y maligna que es otra cosa —más maléfica— que la maldad de los corazones humanos y más antigua que el propio pecado humano.

El reconocimiento de la presión de Satanás sobre nuestras vidas se abrió paso lentamente en el pensamiento del pueblo de Dios, cristalizándose en el pensamiento judío muy pocas generaciones antes de Cristo (en escritos que ni los judíos ni los cristianos consideran sagrados). En los primeros siglos del testimonio bíblico, era tan urgente la necesidad de negar la eficacia y el poder último de otros dioses adorados por las naciones vecinas, que se tendió a opinar que todo —el bien y también el mal, la bondad y también la maldad— tenía su origen en aquel Dios uno y único que adoraba Israel. Pero al final esa teoría generaba conclusiones tan inaceptables que se optó por aceptar que los dioses —o demonios— que adoraban los otros pueblos de la tierra tenían, sí, un cierto poder y una cierta influencia sobre las personas; y que hay un espíritu que campa a sus anchas por toda esta Tierra de Dios, fomentando maligna y maléficamente toda suerte de males.

Es importante observar, sin embargo, que en el Antiguo Testamento Satanás es un personaje tan inferior, tan carente de importancia real como protagonista de los hechos de la humanidad, que puede ser ignorado. Y que si en el Nuevo Testamento Satanás y los demonios reciben un reconocimiento más declarado de su influencia y capacidad de destrucción, es sólo con el propósito de declarar tanto más alto la derrota inapelable que el poder del mal sufrió en la cruz de Jesús. De manera que en ningún caso el reconocimiento de la existencia y actividad de Satanás y los demonios puede generar *temor*, sino sólo *regocijo y alabanzas* por tan grande victoria que nos ha obtenido Jesús.

También sería justo seguir teniendo presentes las observaciones iniciales de la Introducción para este Capítulo. Allí nos referíamos a las dificultades de describir en palabras humanas realidades que acaso podemos percibir espiritualmente, pero sólo imperfectamente. Es una dificultad que experimentamos nosotros ahora y también, en tiempos antiguos, los autores bíblicos. Hablar de Satanás, como casi todo en este Capítulo, nos lleva a los límites de lo humanamente expresable, donde

casi todo lo que decimos se podría negar o afirmar de otras maneras muy diferentes…

> *Entonces se pudo ver una señal enorme en el cielo: una mujer enmarcada por el sol, con sus pies apoyados en la luna. Sobre su cabeza, una corona de doce astros. Está embarazada y gime con las contracciones y el esfuerzo del parto. Entonces se pudo ver otra señal en el cielo: ¡Mira! —un dragón inmenso, incandescente, que tiene siete cabezas y diez cuernos y sobre sus cabezas, siete coronas. Y su cola arrastra un tercio de las estrellas del cielo y las lanzó sobre la tierra. Entonces el dragón se apostó frente a la mujer que estaba por dar a luz, para devorar al bebé en cuanto naciera. Ella alumbró un hijo varón, destinado a cuidar de todas las gentes con un bastón de acero. Entonces su bebé fue llevado donde Dios y su Trono, y la mujer se fugó al desierto donde tiene, allí, un lugar que Dios le ha preparado para que allí la mantengan durante tres años y medio.*
>
> *Hubo entonces guerra en el cielo entre Miguel y sus mensajeros que entablaron batalla, y el dragón. Pero aunque el dragón se defendía y también sus mensajeros, nada consiguieron ni tampoco había ya cabida para ellos en el cielo. Así que fue despeñado el dragón inmenso, la serpiente de antaño, conocido como Acusica o Satanás, el mismo que tiene engañada a toda la humanidad. Cayó a la tierra. Y junto con él, fueron despeñados sus mensajeros.*
>
> *Entonces escuché una voz muy fuerte que decía por todo el cielo:*
>
> *¡Por fin ha llegado la reconquista y la firmeza*
> *y el gobierno de nuestro Dios*
> *y la autoridad de su Ungido,*
>
> *porque fue despeñado el fiscal contra nuestros hermanos,*
> *que los enjuiciaba ante nuestro Dios, día y noche.*
>
> *Pero ellos lo derrotaron gracias a la sangre del cordero*
> *y a la palabra de su testimonio de ellos,*
> *por cuanto no prefirieron sus vidas antes que la muerte.*
>
> *¡Alegraos por esto, oh cielos,*
> *y todos los que en ellos acampáis!*
>
> *¡Ay de la tierra y del mar,*
> *porque el Acusica ha caído sobre vosotros*
>
> *y está muy rabioso*
> *al ver que se la acaba el tiempo!*
>
> *Y cuando el dragón se dio cuenta que había sido expulsado a la tierra, persiguió a la mujer que había parido el hijo. Pero a la mujer le*

dieron dos alas de águila enorme, para que volase al desierto a su refugio, para que allí la mantengan durante una edad y dos edades y media edad, a refugio de la serpiente. Entonces la serpiente echó de su boca agua como un río tras la mujer, para engullirla con el chorro. Pero la tierra ayudó a la mujer y abrió la tierra su boca y se bebió el río que arrojaba el dragón por su boca. Entonces se enfureció el dragón contra la mujer y se fue a hacerles la guerra a los demás descendientes de ella, es decir, los que guardan los mandamientos de Dios y conservan el testimonio de Jesús. Y se apostó en la playa del mar.

—APOCALIPSIS 12

Entonces vi un mensajero que descendía del cielo. Portaba la llave del Abismo y una gran cadena. Y atrapó al dragón, la serpiente de antaño, es decir el Acusica o Satanás, y lo encerró durante mil años. Lo mandó al Abismo y echó llave y soldadura por arriba, para que no engañara más a las naciones en tanto que no se cumpliesen los mil años. (Al cabo de ese tiempo habrá que soltarlo un ratito.)

Entonces vi unos tronos y los que estaban sentados en ellos. Les fue encomendado el juicio. Y están presentes las vidas de los que fueron decapitados por motivo del testimonio de Jesús y por motivo de la palabra de Dios, así como los que no hicieron reverencias ante la fiera ni ante su estatua ni tampoco aceptaron el sello sobre la frente ni sobre sus manos. Pero estaban vivos y gobernaban juntamente con el Ungido durante mil años. Los demás muertos no estuvieron vivos en tanto que no se cumplieron los mil años.

Esta es la primera resurrección. ¡Dichoso y consagrado es el que participa en esta primera resurrección! Sobre éstos, la segunda muerte no tiene potestad sino que serán sacerdotes de Dios y del Ungido y gobernarán con él durante los mil años.

Y cuando se hayan cumplido los mil años, soltarán a Satanás de su cárcel y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro rincones de la tierra, a Gog y a Magog, para que se le unan en batalla, tan numerosos como los granos de arena del mar. Entonces ascendieron a la superficie de la tierra y rodearon el campamento de los consagrados y la ciudad amada. Pero cayó fuego desde el cielo y los consumió. Entonces el Acusica que los engañaba fue despeñado al lago de fuego y azufre, donde están también la fiera y el falso profeta. Y serán interrogados día y noche todo el tiempo, por toda la eternidad que haga falta.

—APOCALIPSIS 20,1-10

Una tendencia casi universal cuando se leen pasajes bíblicos como estos, es el de pensar que si somos lo bastante listos —o con que tan sólo pudiéramos escuchar debidamente al Espíritu— acabaremos por descifrar fechas y hechos exactos a producirse en el futuro. El tema de los mil años en Ap 20,2.7 es uno de los que ha dado lugar a todo tipo de especulaciones baldías. Pero aquí vamos a pasar por alto esa cuestión, entendiendo que en esta visión, como en las otras que hemos estado viendo en el presente capítulo, el autor está expresando imperfectamente —por las limitaciones propias del lenguaje humano— cosas que están más allá de nuestra entera comprensión.

Concretamente, las nociones de tiempo y eternidad en todo el libro de Apocalipsis parecen tan fluidas, que se frustra cualquier intento de ajustar los diferentes aspectos de la visión a un marco de tiempo coherente. En el Apocalipsis se cuentan secuencialmente cosas que por otra parte parecerían ser simultáneas; y muchos eventos se describen como vistos en el presente —el presente del autor vidente, por tanto dos milenios en el pasado nuestro— y que sin embargo parecerían querer indicar un «futuro» que está fuera o más allá del propio tiempo.

Como en todo el Nuevo Testamento, sin embargo, hay un evento central en el tiempo, que no puede ser ignorado. Es el hecho histórico de Jesús. Y puesto que en el Apocalipsis Jesús figura tan habitualmente como el Cordero inmolado, el énfasis recae expresamente en la crucifixión de Jesús que (junto con su resurrección y exaltación) viene a constituir el punto de inflexión de la historia de la humanidad, la victoria absoluta del Bien sobre el Mal.

Como en todo el Nuevo Testamento, hay un evento central en el tiempo, que no puede ser ignorado. Es el hecho histórico de Jesús.

Entendiendo, entonces, que como escrito cristiano que es, el Apocalipsis de Juan tiene como eje central la figura de Jesús y las consecuencias de su crucifixión y resurrección, podemos proceder a hacer las siguientes observaciones sobre la figura de Satanás:

- La primera aparición del dragón en nuestra lectura de hoy es como señal en el cielo. Aquí tenemos que volver a recordar que «el cielo» para los antiguos era una esfera que rodea la esfera terrestre. Allí se entendía que residen, en forma de astros, los seres puramente espirituales y luminosos, es decir «dioses» o «demonios» (palabra sinónimas para los griegos), que influyen notablemente en la vida humana. Para los paganos, estos eran dioses (y héroes del pasado endiosados por virtud de sus hechos en vida). Para la fe monoteísta de Israel, sin embargo, eran un inmenso coro celestial que alaba eternamente las virtudes del Creador. Pero Juan de Patmos observa que un tercio de esa hueste celestial ha caído bajo la influencia del dragón —están siendo arrastrados por su cola — y han sido arrojados sobre la tierra (Ap 12,4).

  Aunque Juan no lo ponga expresamente, quizá es ésta su teoría acerca del origen de los demonios que influyen para mal en la vida de los seres humanos. Concebidos (por ejemplo en los evangelios) como causantes de enfermedades, locura, prodigios y señales blasfemas, los demonios se apoderan fácilmente de las vidas humanas, que sólo pueden recuperar la salud o la cordura si primero se libran de ellos por medio de exorcismos. Son, entonces, «dioses» o espíritus caídos —rebeldes contra Dios— que ya no tienen cabida en el cielo de Dios pero conservan poder para generar problemas gravísimos en la vida humana. Sin embargo son poderes secundarios, cuya acción maligna viene de que primero se dejaron «arrastrar» por la cola del dragón.

- En segundo lugar, podemos observar que este «dragón» queda identificado en Ap 12,9 como «la serpiente de antaño». Su nombre griego es Diablo; en hebreo se llama Satanás. Si él había arrojado un tercio de los seres celestiales sobre la tierra para generar entre la humanidad toda suerte de problemas y sufrimiento, ahora descubrimos que el propio dragón tampoco tiene cabida en el cielo. Ha sido expulsado —y sus emisarios con él. La única esfera que le queda para su actividad maligna es la propia tierra… donde nos toca convivir con él. El cielo queda, entonces, limpio de todo mal. La espiritualidad del cielo es enteramente benigna y gloriosa, luminosa y favorable a la humanidad. El coro celestial vuelve a cantar unánimemente sus eternas alabanzas del Creador.

  El cielo queda enteramente purificado de todo mal pero, ¡Ay de nosotros!, el dragón ahora campa a sus anchas en la tierra. Y sin embargo, incluso para nosotros los pobres seres terrestres que debemos aguantar la presencia y actividad del dragón y de sus

secuaces los astros caídos, la victoria celestial encierra promesa y ventajas infinitas.

La promesa es que si fue posible expulsarlo del cielo, tal vez sea posible expulsarlo también de la tierra. De hecho, acabará durante mil años en «el abismo» (Ap 20,2-3); y a la postre será lanzado a un lago de fuego y azufre (Ap 20,10), donde permanecerá «por los siglos de los siglos» —es decir, eternamente.

Y las ventajas son que el cielo nos será siempre entera y absolutamente benéfico, bondadoso y favorable. Nada hay en el cielo que nos pueda influir para mal. Los dioses de los paganos, caprichosos e inestables, guerreros, crueles, insensibles al sufrimiento humano, ya no gobiernan (si es que algún día gobernaron), ya no influyen en la humanidad —por lo menos no desde el cielo. Cuando miramos el cielo, entonces, el corazón se nos llena de esperanza y alegría, de paz y contentamiento; se nos contagian las alabanzas eternas de la hueste celestial. Y con esas alabanzas en la boca y en el corazón, sabremos salir airosos en nuestros enfrentamientos contra la maldad que sigue pululando aquí abajo en la tierra.

- Habíamos mencionado y ahora toca observar qué o quién es el dragón. Para empezar, la propia figura mitológica del dragón ha de entenderse como la espiritualidad del caos y la destrucción. Es lo contrario a la creación. Mediante su acto de creación, Dios nos ha concedido el entorno material y espiritual, psíquico y social, para el desarrollo pleno de la vida humana en toda su potencialidad como seres creados semejantes a Dios. Desde los más remotos albores de la civilización humana, el dragón viene a representar la espiritualidad contraria, la de destrucción y desorden, que impide el pleno desarrollo del potencial humano.

  Es también «la serpiente de antaño». Naturalmente, tenemos aquí una referencia clara al relato de la tentación y caída, en Génesis 3. En ese sentido es una presencia maligna que es anterior al propio pecado humano, más vieja y más profunda que nuestra propia tendencia a hacer el mal. Los seres humanos somos culpables, pero también somos víctimas que hemos caído en las redes de una trama urdida contra Dios desde antes que se nos ocurriera desobedecer el mandamiento divino. Nuestra culpabilidad y responsabilidad son ineludibles, imposibles de desplazar a «la serpiente». Pero no fuimos creados malos sino que fuimos corrompidos por una maldad externa que nos sedujo (de la que nos dejamos seducir).

Diablo y Satanás figuran aquí como formas griega y hebrea, respectivamente, de nombrarlo. Pero en ambas lenguas estas palabras son adjetivos antes que sustantivos, conductas antes que nombre propio personal. Indican una manera de actuar: con calumnias, distorsiones, pensamientos y actitudes torcidas y retorcidas, metiendo la duda en lugar de la confianza en las relaciones personales, generando sospechas y malentendidos, picardía y mala intención en lugar de sinceridad, pureza y honestidad.

La espiritualidad del cielo es enteramente benigna y gloriosa, luminosa y favorable a la humanidad. El coro celestial vuelve a cantar unánimemente sus eternas alabanzas del Creador.

- Apocalipsis 12 destaca un aspecto en particular de la actividad satánica en la tierra: la persecución del pueblo de Dios.

  La mujer del versículo inicial del capítulo parecería ser Israel; las doce estrellas de su corona, sus doce tribus. Y el hijo al que da a luz sería entonces o Jesús o bien la Iglesia cristiana. Al final del capítulo, expulsado ya del cielo, el dragón se ensaña muy especialmente contra el remanente de aquel pueblo escogido de Dios, una descendencia definida aquí expresamente como «los que guardan los man-damientos de Dios y poseen el testimonio de Jesús».

  Esta actividad persecutoria es una que exige la complicidad de los gobiernos de esta tierra, que en este sentido se entiende que son siempre el especial refugio del satanismo y la esfera más típica para su actividad. No en vano el dragón luce siete coronas sobre sus cabezas. En la simbología del mundo bíblico, el número siete indica la perfección o el colmo. Lo que se denuncia como profundamente satánico, entonces, es la realidad total de los gobiernos monárquicos de la humanidad. A continuación, en Apocalipsis 13, es el propio dragón quien produce «bestias» que —por las coronas que llevan y

por su actividad— sólo se pueden entender como gobiernos (monárquicos) de esta tierra. Gobiernos que en el ejercicio de su poder son especialmente «bestiales» o inhumanos. Y no nos debemos engañar: la crítica de la monarquía es una crítica de fondo contra las bases violentas y coercitivas de *todo* gobierno humano, del tipo que sea. Si la Biblia se pronuncia contra la monarquía en particular, es porque en aquellos tiempos era el único modelo de gobierno humano que parecía capaz de generar estabilidad y prosperidad.

Esta visión del Apocalipsis es, desde luego, una visión mucho más pesimista de los gobiernos de esta tierra que la que hallamos en algunos otros libros de la Biblia. Esa visión pesimista de los gobiernos es bíblica, pero *no* es la *única* palabra bíblica sobre el tema. Recordemos, por ejemplo, que en el Tema 3 (Daniel 7) habíamos visto el tópico del judío piadoso en la corte pagana, desde donde era posible actuar positivamente para los propósitos de Dios. Sin embargo, haríamos bien en no ignorar ni subestimar jamás el potencial diabólico que encierran los gobiernos de la humanidad, para destruir y no sólo construir, para separar y no sólo unir, para fomentar guerras y odios ancestrales y no sólo convivencia pacífica.

Y para perseguir a los que siguen al Cordero.

Haríamos bien en no ignorar ni subestimar jamás el potencial diabólico que encierran los gobiernos de la humanidad, para destruir y no sólo construir, para separar y no sólo unir, para fomentar guerras y odios ancestrales y no sólo convivencia pacífica.

UNA REFLEXIÓN FINAL

¿Qué lugar dejamos en nuestras comunidades cristianas para los «desvaríos» de personas visionarias que nos anuncien «visiones» más o menos incoherentes o difíciles de explicar? ¿Qué lugar dejamos en nuestras comunidades para que seamos auténticamente desbordados por manifestaciones incontroladas de la presencia de Dios? ¿Qué consecuencias negativas puede tener el que nos cerremos a recibir tales revelaciones?

Existen, desde luego, algunos grupos y movimientos cristianos donde tales manifestaciones no sólo se aceptan sino que se fomentan. ¿Cómo procedemos, en tales casos, para encajar esas visiones y esos pronunciamientos «proféticos» dentro de la continuidad del testimonio de la Verdad que ya hemos recibido? ¿Es posible debatir y discernir conjuntamente, como comunidad, cuál pueda ser el sentido de tales revelaciones?

Capítulo 12.

Conclusiones:

NUESTRA VIDA CON EL DIOS DE LA BIBLIA

INTRODUCCIÓN

EN ESTE NUESTRO ÚLTIMO CAPÍTULO intentaremos hacernos con una visión global, general, de lo que aprendemos en la Biblia que es el propósito de Dios para la humanidad. Como en todo este libro, esto supone hablar no sólo de, o acerca de Dios; sino que la manera que la Biblia habla de Dios nos exige estarnos examinando siempre a nosotros mismos. Al final va a ser que como mejor aprendemos acerca del Dios del que habla la Biblia, es mirándonos a nosotros mismos. La calidad de nuestras vidas vividas en relación con Dios refleja, como un espejo, las virtudes y características de ese Dios en quien creemos y a quien adoramos.

Podríamos organizar estas reflexiones finales en torno a varios temas, todos ellos de singular importancia en el testimonio bíblico:

Podríamos hablar de «pacto» o «alianza», de promesa divina y cumplimiento. ¿Qué es lo que significa ser un pueblo escogido de Dios, al que Dios se ata con promesas de bendición basadas en su amor y fidelidad? Desde Génesis hasta el Apocalipsis, Dios es fiel a lo que promete en relación con su pueblo —los que esperan en él.

Podríamos hablar de «fe» y de la relación entre la fe y la «fidelidad». ¿Qué es lo que significa creer en Dios y vivir de una manera coherente con esa creencia? Tendríamos que observar la diferencia entre andar sobre seguro, y aventurarse a vivir la vida un paso a la vez de acuerdo con lo que creemos que Dios espera de nosotros… fiándonos, como Abraham, de que Dios sabrá qué es lo que está haciendo con nuestras vidas.

Podríamos hablar de la «soberanía» y majestad y justicia eterna de Dios: dedicar este último capítulo a desentrañar las consecuencias de adorar a un Dios Todopoderoso que no sólo crea el universo entero sino que controla firmemente el destino de su creación. Y las consecuencias

que tiene el que Dios sea así, para la propia experiencia religiosa y para el culto y la adoración que le debemos.

Podríamos hablar de que «Dios es amor» y entrar a pensar en las consecuencias que esa afirmación tiene en nuestra idea del Padre, así como del Hijo y también del Espíritu. Y observar las consecuencias directas que tiene un Dios que es «amor», en la conducta de los que se profesan sus adoradores.

La honda sabiduría de los Proverbios vuelve reiteradamente a las relaciones más esenciales y humanas, que en gran medida definen quién somos y constituyen el eje de nuestra felicidad —o desdicha, según el caso.

Hay también, desde luego, otros muchos temas que serían candidatos para organizar nuestra último capítulo y así resumir lo que es posible «hablar sobre Dios desde la Biblia».

Pero he escogido aquí abordar el tema de la «paz». No intentaré en estos párrafos de introducción defender esta elección, esperando que el propio desarrollo del capítulo hable por sí solo. Seguiremos la progresión: (1) Paz en la familia y el entorno social inmediato; (2) Paz con los enemigos; (3) Paz entre las etnias y naciones de la humanidad; (4) Paz interior / Paz con el sesgo moral del universo. Y culminaremos, por último, con la paz que es condición necesaria para cualquier otra paz y a la vez la culminación de nuestros más profundos anhelos de paz: (5) Paz con Dios.

TEMA 1. PAZ EN LA FAMILIA Y EL ENTORNO SOCIAL INMEDIATO

La instrucción bíblica para la vida otorga una importancia singular a la convivencia en la pareja matrimonial, en la familia y en el círculo más estrecho de las personas con que uno convive —parientes y convecinos de pequeñas aldeas rurales, pero también amos y siervos (o esclavos), donde la interacción diaria es importante. ¿Quién puede ser feliz privado de paz y armonía en estas relaciones?

La honda sabiduría de los Proverbios, por ejemplo, vuelve reiteradamente a estas relaciones más esenciales y humanas, que en gran medida definen quién somos y constituyen el eje de nuestra felicidad —o desdicha, según el caso.

- Los grandes sabios hebreos fueron varones y sus escritos hoy nos resultan machistas porque el punto de vista que se presupone tanto para el escritor como para el lector u oyente de la escritura, es el del varón. Pero si conseguimos superar la barrera de rechazo que nos genera hoy día esa presunción de masculinidad, aplicando los conceptos con reciprocidad al punto de vista femenino, veremos que antes que nada lo que se estima es la paz y armonía en la pareja humana:

  Una mujer tonta siempre la arma; cae en todas porque no sabe nada (Pr 9,13)[1]. «Y lo mismo tiene que sufrir la que tiene un esposo tonto», añadiríamos hoy día.

  Anillo de oro en la jeta de un marrano es la mujer guapa pero indiscreta (Pr. 11,12). Y el «guaperas» que habla sin tino es un calvario para su esposa, desde luego.

  Mejor es vivir en un rincón de un ático, que en una casa donde caben invitados pero con una mujer que siempre te discute (Pr 21,9, repetido en Pr 25,24)). Desde luego, para la mujer tanto como para el varón, nuestra felicidad en pareja humana depende mucho más de la convivencia armoniosa, que de las circunstancias materiales. Y bueno es recordarlo, porque muchas veces las discusiones acaloradas entre esposos versan precisamente sobre las presiones económicas que sufre la familia.

  La misma idea se repite en los siguientes términos: *Mejor es vivir en un desierto, que con una mujer respondona y malhumorada* (Pr 21,19). Este refranero popular hebreo insiste una vez más en el tema

[1] Recordarás que a lo largo de estos capítulos, vengo realizando traducciones propias, que espero estés cotejando con otras traducciones a tu disposición.

de las discordias de pareja: *La mujer machacona es como una gotera que chorrea el día que llueve* (Pr 27,15). (Por si acaso, permítaseme insistir que hoy día es obligatorio entender y predicar estos proverbios con atención a la reciprocidad de género: ¿Acaso no hay maridos respondones, malhumorados y machacones? ¿Acaso es pacífica, feliz y agradable la vida de la que tiene que aguantar a un hombre así?)

La inclusión de este tipo de proverbio en nuestros textos sagrados son una indicación de que Dios mismo reconoce lo importante que tiene para nuestro bienestar personal, la convivencia armoniosa de la pareja humana. Estos proverbios nos hablan de la vida humana pero, por extensión, nos indican también cómo es Dios: él sabe bien lo que nos puede hacer felices o desdichados —y le importa. Y desde luego, la calidad de nuestra relación de pareja humana es sin lugar a dudas una de las cosas que más afectan nuestra felicidad.

Estos proverbios nos hablan de la vida humana pero, por extensión, nos indican también cómo es Dios: él sabe bien lo que nos puede hacer felices o desdichados —y le importa.

- La paz conyugal —y las profundas repercusiones que ella tiene en nuestros sentimientos de felicidad o desdicha— sin duda inspiran la insistencia bíblica en la limitación de las relaciones sexuales al matrimonio. (Entendiendo como «matrimonio» —dentro del mundo bíblico— la relación de pareja heterosexual reconocida públicamente por las familias y por la sociedad entera.) Desde luego, el potencial para la discordia y la desdicha que encierra la infidelidad sexual en la pareja, no tiene parangón.

  La Biblia descarta —ni siquiera considera— la idea de que Dios tenga sexo. A la vez, es como pareja heterosexual que Dios crea al ser humano «a su imagen y semejanza»; y es en la procreación

humana que él nos concede más perfectamente el don de compartir su propio genio creador. Es allí donde a nosotros también nos es concedido crear seres humanos, que ellas y ellos también serán «imagen» de Dios. La cópula carnal entre varón y mujer es, entonces, un acto profundamente sagrado. Por eso los diversos escritos bíblicos rodean la reproducción humana de una profunda aura de misterio y santidad. Precisamente por el grado tan exaltado de sacralidad de la reproducción humana, es necesario circunscribir la cópula carnal a una relación claramente definida, que es a la vez reconocida como legítima por las familias de ambos y por la sociedad entera. En la boda, las familias y la sociedad delegan en estas dos personas en particular, el privilegio y derecho que concede Dios a la humanidad, para celebrar el acto generador y creador de seres humanos que son como es Dios.

- De ahí que en el mundo bíblico la esterilidad fuera uno de los problemas humanos más hondamente reconocidos, donde la intervención sanadora de Dios se hizo patentemente visible en toda una cadena de episodios narrados a lo largo de ambos Testamentos. Quizá sea este un buen momento para leer uno o más de esos relatos, especialmente si no te son familiares: (1) GÉNESIS 15,1-6; 18,1-15; 21,1-7. (2) GÉNESIS 24; 25,19-21. (3) GÉNESIS 29,31-30,24. (4) JUECES 13. (5) 1 SAMUEL 1,1-2,10. (6) 2 REYES 4,8-17. (7) LUCAS 1,5-25.57-79.
- La Biblia celebra también la dimensión erótica de la vida. La procreación humana, el acto de la cópula carnal, es placentera porque Dios así lo ha dispuesto. Tanto la sinagoga como la iglesia han interpretado desde siempre que el Cantar de los Cantares es una extensa alegoría sobre la relación de Dios con su pueblo, que es una relación de amor fervoroso y apasionado. Sin embargo esa alegoría sólo funciona desde la premisa de que el ardor erótico es uno de los impulsos más buenos, bellos y placenteros de la existencia humana. Y desde luego, cuando los matrimonios desarrollan la necesaria sensibilidad mutua en un tema de tanta intimidad, las relaciones sexuales contribuyen admirablemente a la paz y la armonía en la familia.

  Si no estás familiarizado/familiarizada con el CANTAR DE LOS CANTARES, quizá sea este un buen momento para leerlo.
- Es por la importancia incomparable de la paz conyugal para la felicidad humana, que la Ley hace provisión para un rito que, invocando a Dios como testigo y garante de la fidelidad de la

relación sexual del matrimonio, pone solución a la problemática del esposo comido de celos, que piensa que tal vez su mujer le esté siendo infiel.

Si no recuerdas (o nunca has leído en la Biblia) este ritual contra los celos, puedes leerlo ahora, en: NÚMEROS 5,11-31.

Aunque aquí la mujer pudiera parecer víctima, el caso es que el castigo de la culpable que conlleva, requiere primero la intervención sobrenatural de Dios, que como testigo de sus actos, debe actuar milagrosamente para que la pócima bebida tenga los efectos venenosos que se le atribuyen para tal caso. Naturalmente, la mujer inocente no tiene nada que temer de la prueba. Saldrá reivindicada públicamente, ante su esposo y ante toda la sociedad, como esposa virtuosa en Israel. Pero lo que quiero enfatizar aquí es que lo que prima para Dios es la armonía y paz conyugal. Y para que esa paz conyugal pueda restablecerse lo importante no es tanto —aunque también— que la esposa sea o no culpable de infidelidad, como exorcizar «el espíritu de celos» que ha poseído al esposo.

- Finalmente, es tan importante la paz para la felicidad de la pareja humana, que en 1 Corintios 7,15 se establece la ausencia de esa paz como motivación para el divorcio. Jesús había establecido el mismo principio, aunque con otras palabras: Él entendía que Moisés había concedido a Israel la posibilidad de los divorcios «por la dureza de vuestros corazones». Entiendo que con esa frase, «la dureza de corazón», Jesús viene a describir esa condición de cerrazón contra la otra persona que hace que ya sea imposible una convivencia pacífica y armoniosa como pareja.

♦ Si hay otra relación humana que pudiera rivalizar con la de pareja para determinar la felicidad o desdicha del ser humano, tiene que ser la relación entre padres e hijos. Sobre esta relación también hay perlas sin desperdicio en el refranero popular hebreo que viene a ser el libro de Proverbios.

El ideal de la relación filial se puede plantear con extrema sencillez: *Corona son para los ancianos, los hijos de sus hijos; y la honra de los descendientes son sus antepasados* (Pr 17,6). Con gran economía de palabras, entendemos que la familia es una cadena multigeneracional, armoniosa y respetuosa, de afecto y orgullo sano, de intereses compartidos y metas en común. La familia, concebida así, es un refugio de paz en medio de un mundo competitivo y muchas veces violento.

Si hay otra relación humana que pudiera rivalizar con la de pareja para determinar la felicidad o desdicha del ser humano, tiene que ser la relación entre padres e hijos.

Para que esto funcione como es debido, los hijos tienen que asumir que les corresponde honrar a sus mayores y aprender de ellos: *Oíd, hijos, la enseñanza de vuestro padre, prestad atención para alcanzar entendimiento. Porque la formación que os doy es buena; no abandonéis mis instrucciones. Yo también fui hijo para mi padre, tierno y único ante mi madre. Él me instruía y me decía: «Retén en tu mente mis palabras, haz lo que te mando y vivirás*[2]» (Pr 4,1-4). Una vez más, la cadena de relación familiar armoniosa —en este caso de instrucción y enseñanza— abarca más que padres e hijos, para incluir también a abuelos y nietos (así como madres e hijas, abuelas y nietas).

La convivencia pacífica y armoniosa entre las generaciones viene a reforzarse mediante la disciplina paterna y materna: *Sé firme con tu hijo y tendrás descanso; y él dará alegrías a tu alma* (Pr 29,17). *Desprestigia a su tribu quien odia a su hijo; el que lo ama se esmera en corregirle* (Pr 13,24).

Cuando todo funciona como debe ser y los hijos aprenden de sus padres, son motivo de orgullo: *Un hijo sabio alegra a su padre pero el hombre tonto avergüenza a su madre* (Pr. 15,20). Este último, el que se niega a aprender de sus padres, queda relegado a lo último del escalafón de la sociedad bíblica: *Un esclavo sagaz tiene más autoridad que el hijo que provoca vergüenza, y heredará entre los hermanos en su lugar* (Pr 17,2).

Los malos hijos no sólo pueden acabar desheredados. Hay hijos que se desentienden de sus responsabilidades filiales; una situación que no sólo es antinatural sino una violación directa del quinto

[2] Este «vivirás» es una referencia al quinto mandamiento, donde quien honra a padre y madre tiene la promesa de larga vida.

mandamiento: *El que maltrata a su padre y hace huir a su madre, es un hijo grosero y un sinvergüenza* (Pr 19,26).

- Hace poco escuché —en relación con lo que sufrieron unos amigos con el divorcio de su hija— una idea que no es bíblica pero guarda relación con la Parábola del Hijo Pródigo (LUCAS 15,11-32): «Una madre o un padre jamás podrá ser más feliz que el más desdichado de sus hijos». Es ésta una idea que no sólo coincide con el elevado valor que la Biblia reconoce a la paz familiar, sino que nos deja pasmados cuando consideramos que Dios nos ama como un Padre. Esto de por sí solo explicaría como una medida casi de desesperación, la disposición de Dios a entregarse y asumir sobre sí mismo el precio de nuestra salvación y felicidad.

La Biblia reconoce, en sus relatos, la enormidad de la tragedia de la falta de paz entre los hermanos. Una de las primeras narraciones del Génesis es la de cómo Caín asesinó a su hermano Abel.

- ♦ La Biblia reconoce, en sus relatos, la enormidad de la tragedia de la falta de paz entre los hermanos. Una de las primeras narraciones del Génesis es la de cómo Caín asesinó a su hermano Abel. Y en la propia Parábola del Hijo Pródigo, que acabamos de recordar, Jesús deja en el aire la cuestión de si el hermano «bueno» sabrá ser capaz de perdonar y reconciliarse con su hermano que regresa después de desairar a su familia.
- ♦ Pero también hay en la Biblia historias que nos pueden servir de modelo —aunque no siempre un modelo perfecto, exento de problemas— para la resolución o transformación de conflictos en el seno familiar. El libro de Génesis pareciera tener como uno de sus principales objetivos el ofrecernos tales modelos.

Si nunca has leído el libro de Génesis o si no recuerdas bien estos relatos, este puede ser un buen momento para repasarlos: (1) Abraham y su sobrino Lot, GÉNESIS 13. (2) Sara y su esclava Hagar, GÉNESIS 16; 21,8-13. (3) Jacob y su suegro Labán, GÉNESIS 29-31. (4) Jacob y su hermano mellizo Esaú, GÉNESIS 25,19-34; 27,1-45; 32-33. (5) José y sus hermanos, GÉNESIS 37; 39,1-47,12; 50,15-21.

En estas cuatro generaciones de la familia de Abraham, tenemos conflictos de todo tipo, desde la rivalidad económica hasta el abuso sexual de una esclava y su emancipación final; pero la familia consigue sortear todos estos conflictos sin derramar sangre. El resto del libro de Génesis, entonces, parece ofrecernos la visión de una alternativa a la conducta fratricida de Caín.

- ♦ Por último, un buen número de los proverbios y de las disposiciones de la Ley tienen como objetivo fomentar la paz y convivencia armoniosa entre vecinos de un entorno muy próximo: las pequeñas aldeas agrarias típicas de Israel y Judá. Es en este contexto donde tienen sentido práctico más inmediato algunos de «Los diez mandamientos»:

No asesinarás. No serás desleal. No robarás. No falsearas contra tu vecino tu testimonio [en un juicio]. No tendrás deleite de la mujer de tu vecino. No envidiarás la casa de tu vecino ni su parcela de tierra, ni su esclavo ni su esclava, ni su buey ni su burro ni nada de lo que tiene tu vecino (Dt 5,17-21).

Otros ejemplos de la Ley, que tienen como propósito la vida armoniosa y la convivencia pacífica entre los aldeanos: *No te desentenderás de ellos cuando veas el burro de tu vecino o su buey caído en el camino, sino que voluntariamente le ayudarás a levantarlo* (Dt 22,4). *Si alguien deja destapado un pozo o cava un pozo y lo deja abierto y cae dentro un buey o un burro, el responsable del pozo pagará con plata al dueño, y el animal muerto será suyo* (Ex 21,29).

- En mi traducción de Dt 22,4 he puesto a propósito «vecino» donde en hebreo pone «hermano». Quizá la evidencia más clara del ideal bíblico de convivencia pacífica entre aldeanos, es el propio empleo del término «hermano» para designar a todos los miembros de la sociedad hebrea.

Esta convivencia pacífica y armoniosa entre vecinos, por último, exige guardar siempre las formas y el respeto donde es debido: *No maldecirás a Dios ni insultarás al jefe de tu pueblo* (Ex 22,27). *Ante las*

canas te pondrás de pie y ante los ancianos serás respetuoso. [Te lo digo] yo, el Señor (Lv 19,32).

Muchos de los ideales de la vida aldeana hebrea vienen ilustrados maravillosamente en el breve e interesantísimo LIBRO DE RUT. Si nunca lo has leído o no recuerdas muy bien sus particulares, quizá sea este un momento oportuno para leerlo.

> *Quizá la evidencia más clara del ideal bíblico de convivencia pacífica, es el empleo del término "hermano" para designar a todos los miembros de la sociedad hebrea.*

TEMA 2. PAZ CON LOS ENEMIGOS

Si hay un tema en el que los diversos apóstoles que escribieron lo que hoy constituye nuestro Nuevo Testamento cristiano ponen todos ellos de manifiesto su continuidad con el pensamiento de Jesús de Nazaret, es el tema de no devolver mal por mal. La actitud fundamental cristiana de no devolver mal por mal sino resistir el mal haciendo el bien, es tan obvia que debiera ser innecesario fijarnos en ella expresamente. Pero dieciséis siglos de guerras, persecuciones y cruzadas; inquisición, espada y horca; crueldad, revanchismo y venganza ilimitada —todo ello cometido por cristianos piadosos y creyentes— nos exige detenernos en destacar lo fundamental que es este tema como expresión inconfundible del conocimiento verdadero del Dios y Padre de Jesucristo.

- **Mateo.** *Os han enseñado que dicho está: «Ojo por ojo» y «Diente por diente». Sin embargo yo os mando no resistir por medio del mal. […] Os han enseñado que dicho está: «Amarás a tu compañero y odiarás a tu enemigo». Sin embargo yo os mando: «Amad a vuestros enemigos e interceded en oración por los que os persiguen, para pareceros a vuestro Padre celestial. Porque él hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos* (Mt 5,38-39.44-45).

Me limitaré a resaltar tres cosas en estas frases de Jesús que rivalizan, todas ellas, por reclamar nuestra atención:

- No se conoce ningún otro caso de un rabino judío que se atreviera a reclamar una autoridad personal tan exagerada para interpretar la voluntad divina como lo hace Jesús cuando dice: *«Os han enseñado que dicho está: [...] Sin embargo yo os digo...»* Al final del Sermón del Monte, Mateo nos comenta que «Se quedaron estupefactos los corrillos [que se pusieron a discutir] sobre su enseñanza, porque les estaba enseñando como quien tiene autoridad y no al estilo de sus letrados» (Mt 7,28-29). Jesús parece estar buscando provocar una confrontación. Frente a la larga tradición de interpretación oral de la Escritura, donde siempre era de rigor citar antecedentes rabínicos para la opinión vertida, Jesús parece proponerse un volver a empezar desde el propio texto bíblico, entendido con frescura y sencillez y originalidad. Ese desparpajo, que dejó boquiabiertos a sus contemporáneos, obligaba a todos a definirse. O se aceptaba esta nueva manera de entender y vivir conforme a la revelación divina en la Ley, o no quedaba más remedio que oponerse.

  Sin embargo el caso es que en los ejemplos que nos da Mateo de cuando Jesús razonaba así (*«Os han enseñado que dicho está: [...] Sin embargo yo os digo...»*) el resultado es luminoso, claro y convincente. Su interpretación de la intencionalidad del texto comentado no sólo es verosímil sino persuasiva. En efecto, es *esto*, y no ninguna otra cosa, lo que Dios parece exigir de nuestra conducta. (En este caso que nos ocupa, en relación con el enemigo.)

- Lo que «sin embargo» nos instruye Jesús es que aunque en un incendio forestal sea razonable luchar con fuego contra el fuego, *el mal no se puede combatir con el mal*. Añadir un mal a otro no elimina el mal sino que lo multiplica. El enemigo rara vez «escarmienta» —el efecto deseado por el empleo «justo» del mal— sino que tiende a reafirmarse en los sentimientos de victimismo, inseguridad y odio que harán inevitable la reanudación de otro ciclo de males. La única venganza que es capaz de superar la violencia cíclica es aquella venganza que ejecute soberanamente Dios mismo. Si al asesino o al tirano lo parte un rayo o se cae de su caballo y se desnuca, sus íntimos y sus seguidores no hallan en ello excusa para ensañarse contra sus enemigos, que nada han tenido que ver con aquella muerte.

Nuestras democracias modernas nos han habituado a pensar que el Estado puede ejercer esa función de juez imparcial e impersonal de venganza divina; pero los brotes de terrorismo nos indican que puesto que el Estado también puede ser concebido como un enemigo al que combatir con sus propias armas, la justicia estatal nunca puede sustituir eficazmente aquella única venganza que elimina las enemistades: la venganza ejecutada por Dios mismo, sin intermediarios humanos.

- Sin embargo Jesús no nos quiere llevar a una reflexión ética con fundamentos puramente prácticos o utilitarios sobre la retribución que satisfará nuestros odios y nuestra sed de venganza. Jesús prefiere hacernos una asombrosa invitación a amar al enemigo, y fundamenta esa invitación en una afirmación teológica. Es porque Dios es así que nosotros debemos actuar así. Jesús afirma que el sol y la lluvia son de Dios, suyos para distribuir según a Dios le parezca justo y oportuno; y sin embargo él los derrocha sobre buenos y malos, sobre justos e injustos por igual. Es inspirados por el ejemplo de esa generosidad inesperada, por virtud de esa misma gracia inmerecida que recibimos —gracia divina que no guarda ninguna relación posible con nuestros cálculos de méritos, virtudes y consecuencias razonables— que debemos actuar nosotros también en relación con nuestros enemigos.

  Se pueden hallar —y se han hallado— muchas formas de razonar para explicar que lo que Jesús nos pide no es razonable o que no es posible ni tampoco deseable. Pero lo que nadie nunca ha conseguido argumentar convincentemente es que Jesús no dijo esto o que quiso decir otra cosa diferente: Estemos de acuerdo con él o no, lo que está claro es que él opinó que manifestamos ser «hijos de Dios» en la medida que, como Dios, perdonamos y actuamos con gracia inmerecida a favor de nuestros enemigos, es decir, los «amamos». Será cierto el refrán de que «Errar es humano y perdonar es divino», pero el caso es que Jesús nos invita a asumir ese rasgo —precisamente ese y ningún otro— de la divinidad.

♦ **Marcos.** Y cuando estéis orando, perdonad si es que tenéis alguna cosa contra alguien, para que vuestro Padre celestial también os perdone vuestras faltas (Mr 11,25). En este punto una de las tradiciones de transmisión textual añade un versículo 26: Pero si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre celestial os perdonará

vuestras faltas. Cabe imaginar que tal vez la severidad del versículo añadido vaya más allá de la intención de Jesús que, como ya hemos visto, según Mateo prefiere fundamentar nuestra conducta en la imitación de la gracia divina. (Dios ama y perdona, por eso nosotros amamos y perdonamos; y no al revés, que Dios perdone por imitar el ejemplo nuestro.)

En cualquiera de los dos casos, la invitación a perdonar a los que nos han tratado con enemistad —y hacerlo en el contexto de nuestra vida de oración, como personas que solemos hablar nuestras cosas con Dios— queda clara: En un caso, si decidimos admitir como parte de nuestro texto bíblico el versículo 26, está claro que el propio perdón divino hacia nosotros depende expresamente de nuestra disposición a convivir pacífica y armoniosamente con los que nos han hecho mal, sin rencores ni odios. Y en el otro caso, especialmente si como es de suponer, Jesús pronunció esta instrucción en arameo o hebreo, el vocablo que indica efecto puede indicar también causa: perdonamos *porque* nuestro Padre nos perdona.

Pero en cualquier caso perdonamos.

Lo que "sin embargo" nos instruye Jesús es que aunque en un incendio forestal sea razonable luchar con fuego contra el fuego, el mal no se puede combatir con el mal.

Supongo que hubiera sido de desear que Jesús matizara, que hubiera expresado algún reconocimiento de que hay atrocidades que es muy difícil perdonar. ¿Este perdón es el que hubiera recomendado Jesús, por ejemplo, a sus tíos y tías y a los amigos de sus padres en Belén, cuando el rey Herodes mandó asesinar a los bebés? Puesto que algunas de sus parábolas, pobladas de esclavos y amos, terratenientes avaros, nobles privilegiados y campesinos oprimidos, indican una situación social de violencia sistémica —al filo de explotar en violencia revolucionaria— tenemos que suponer que si Jesús

entendía que el perdón de los enemigos no era aplicable a alguna situación de extrema crueldad, oportunidades no le faltaron para decir claramente que había excepciones a la regla.

Hay pocos temas en los que sea tan evidente la continuidad del pensamiento de Pablo con el de Jesús: "Mirad bien, no sea que alguno devuelva mal por mal".

- **Lucas.** *Tratad a los demás como queréis que os traten. Igual. Si amáis a los que os aman ¿qué gracia tiene? ¡Los pecadores también aman a los que les aman! Y si tratáis bien a los que os tratan bien, ¿qué gracia tiene? ¡Eso mismo hacen los pecadores! Y si prestáis sólo donde pensáis recibir, ¿qué gracia tiene? ¡Los pecadores también prestan para recibir lo mismo! Sin embargo amad a vuestros enemigos y tratadlos bien y prestad a los que no inspiran ninguna esperanza. Y será abundante vuestra recompensa y os pareceréis al Altísimo, puesto que él mismo es compasivo con los desgraciados y detestables* (Lc 5,31-35).

Una vez más, nuestra conducta —especialmente con relación a nuestros enemigos naturales, los de diferente condición social, los que nos miran mal y tratan mal, los que nos tienen una rancia inquina y un odio declarado— se ha de basar en el ejemplo de la gracia divina. Jesús parece esforzarse por hacer que el concepto de la gracia de Dios —sin la cual estaríamos perdidos, sin ningún tipo de esperanza en esta vida ni en la otra— sea un ejemplo que cunda en nuestro trato con los enemigos. ¡Pero, si es que nosotros somos naturalmente enemigos de Dios! O lo fuimos, al menos, hasta que él consiguió derribar la barrera de la enemistad que le teníamos, por virtud de su amor y su gracia.

Lucas cierra este párrafo de su evangelio con el siguiente resumen: *Sed compasivos como vuestro Padre también es compasivo* (Lc 6,36). No nos deja lugar al victimismo, a ir de víctima por la vida, alimentando nuestros resentimientos por las gravísimas heridas físicas, psíquicas, emocionales —incluso espirituales— recibidas por los abusos de nuestros enemigos. No, para compadecerse de

nosotros está Dios. De manera que podemos dejar de compadecernos de nosotros mismos y empezar a ver *al enemigo* con compasión.

Otra vez una virtud esencial de Dios, su gracia y compasión en su trato con sus enemigos (nosotros), es su cualidad que hemos de emular. Jesús no entiende que nadie se conforme consigo mismo, que nadie aspire a ser menos que Dios en esta virtud.

- **Juan.** En Juan no tenemos textos como esos, que hablen expresamente sobre la meta de vivir en paz y armonía con los enemigos, habiéndolos perdonado y amado en imitación del amor, la compasión, la gracia y el perdón divinos. ¿O sí? *Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os amé. Mayor amor que éste no tiene nadie: que alguien entregue su vida por sus amigos* (Jn 15-12-13). Leídas así, aisladamente, estas palabras de Jesús parecen estar hablando, en todo caso, de cómo sacrificarse por el bien de los *amigos*. Pero desde el primer capítulo, el evangelio según Juan viene desarrollando el tema de «el mundo» que es de Jesús pero que le rechaza, un mundo que le odia y persigue y también odiará y perseguirá a sus discípulos. Un mundo, sin embargo, que el Hijo vino a redimir por el amor inefable del Padre. «Porque de tal manera amó Dios *al mundo…*» —a ese mundo que es enemigo declarado del Padre y del Hijo y de los discípulos de Jesús.

  En Juan, entonces, Jesús no tiene «enemigos» sino un mundo que es suyo, que le pertenece por derecho de Creador, pero que le odia hasta la muerte y que tratará con crueldad a sus seguidores, pero que él sigue amando (como el Padre ama al mundo). Y por tanto ese mundo —conjuntamente con los discípulos que le siguen— constituimos todos juntos esos «amigos» por los que Jesús entregará su vida. Si en Juan Jesús no tiene «enemigos», entonces, es porque ha preferido vernos a todos como «amigos». Y ese amor que le lleva a entregar la vida por sus «amigos» —entre los que está ese «mundo» que le odia y persigue a muerte— es el que han de imitar sus seguidores.

- **Pablo.** Hay pocos temas en los que sea tan evidente la continuidad del pensamiento de Pablo con el de Jesús:

  Su enunciación más clara y sencilla se encuentra en 1 Tesalonicenses 5,15: *Mirad bien, no sea que alguno devuelva mal por mal. Al contrario, seguid siempre el bien entre vosotros y para con todos.*

El archiconocido capítulo 13 de 1 Corintios —que versa sobre el amor— contiene algunas expresiones que siguen esta misma línea: *El amor es sufrido, benigno es el amor; no envidia [...] no se enrabieta ni guarda rencor [...] disimula todas las ofensas sufridas [...] todo lo aguanta* (1 Cor 13,4.5.7). En relación con ese amor de Cristo que procura la paz entre enemigos declarados, podríamos añadir aquí el siguiente pensamiento de Romanos 13: *El «no cometerás adulterio, no asesinarás, no robarás, no envidiarás» —y si hay algún otro mandamiento— se resumen en una sola cosa: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». El amor no emprende ninguna acción mala contra el prójimo. Por tanto, el cumplimiento de la Ley es el amor* (Ro 13,9-10). Si los cristianos (y aunque nadie más) estuviésemos dispuestos a vivir con esa definición del amor —*el amor no emprende ninguna acción mala contra el prójimo*— este mundo sería un lugar infinitamente mejor.

No podemos abandonar a Pablo ni su carta a los Romanos sin incluir todavía la siguiente cita: Que nadie devuelva mal por mal. Proponeos el bien ante todas las personas. Siempre que podáis, vivid en paz con todas las personas. Amados, no os venguéis vosotros mismos. Al contrario, apartaos de la ira. Porque escrito está: «Mía es la venganza, yo restituiré», dice el Señor. Al contrario «Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber [...]» Que no te domine el mal sino domina tú el mal con el bien (Ro 12,17-21). He dejado sin traducir la última parte del versículo 20, donde entiendo que Pablo citó textualmente la versión griega de Proverbios pero tenía en mente lo que realmente pone la versión hebrea: Si el que te odia tiene hambre, dale a comer pan; y si tiene sed, dale a beber agua. Porque así tú harás que se le enfríe la cabeza (literalmente: recogerás las ascuas que están sobre su cabeza) y el Señor te concederá paz (Pr 25,21-22). Este proverbio que cita Pablo es especialmente apto, porque indica que hay acciones que nosotros podemos emprender para enfriar los ánimos exaltados, pero la paz no es un resultado automático sino algo que en el mejor de los casos nos concederá el Señor. Pablo ya ha admitido (Ro 12,18) que no siempre es posible vivir en paz con todos. Lo que sí es posible es no «echar leña al fuego» con acciones tan malintencionadas como las del enemigo que nos la tiene jurada.

- **El autor de Hebreos.** Por si acaso este libro anónimo no fue escrito como se suponía antiguamente por Pablo, consideraremos también su testimonio de forma expresa:

Por tanto, puesto que tenemos semejante nube de testigos, deshagámonos de todo estorbo y del pecado que nos rodea, corriendo con paciencia la prueba que tenemos por delante. Pongamos los ojos en Jesús, el modelo y la perfección de lo que supone ser fiel. Él, ante el gozo que le aguardaba, soportó la cruz (despreciando su ignominia) y está sentado a la diestra del trono de Dios. Porque debéis tener presente tamaño aguante frente a la gente mala que se le opuso, para que el desánimo no invada vuestras almas y abandonéis. Hasta ahora vuestra resistencia contra el pecado no os había exigido la sangre (He 12,1-4). El lenguaje es militante. Hay un conflicto a muerte. Hay enemigos que someten a buenas personas, como Jesús, a la vergüenza y el horror de la cruz. El conflicto hasta ahora no nos ha exigido dar la vida pero en breve eso cambiará. En todo esto, sin embargo, Jesús es el modelo y la perfección de lo que supone ser fiel. (O «autor y consumador de la fe», como traducen otros, lo cual aquí viene a significar lo mismo.) El martirio es una posibilidad real. Lo que no es posible es emprenderla contra los enemigos con sus mismas armas asesinas.

La muerte de Jesús *derrotó la enemistad* precisamente porque se negó a ser enemigo de nadie. Ahora nos tocará a nosotros seguir su ejemplo.

El martirio es una posibilidad real. Lo que no es posible es emprenderla contra los enemigos con sus mismas armas asesinas.

- **Santiago.** *¿Quién es sabio y docto entre vosotros? Que demuestre desde la buena conducta cuáles son sus obras en sabia mansedumbre. Porque si os consumen la amarga envidia y la agresividad tozuda, por lo menos no presumáis de ello ni mintáis contra la Verdad. No es ésta la Sabiduría derramada desde lo alto —sino terrenal, instintiva, diabólica. Porque donde hay envidia y agresividad, allí habrá perturbación y toda obra asquerosa. En cambio, la Sabiduría de lo alto es en primer lugar pura, luego también pacífica, razonable, dócil, llena de compasión y de todo fruto del bien, que no juzga al prójimo ni disimula sus propias*

intenciones. Es decir que el fruto de la justicia se siembra en paz para los activistas por la paz (Stg 3,13-18).

Este mismo espíritu cristiano lo expresa Santiago más adelante, cuando después de describir los efectos nefastos de la acumulación de riquezas por unos pocos, los acusa de que: *Habéis condenado y asesinado al que es justo, que lo acepta sin rechistar* (Stg 5,6). Los justos, según Santiago, siguen procediendo como el Justo, Jesús, derrotando la enemistad al negarse a comportarse como enemigos de nadie —ni siquiera de los ricos que los están explotando y asesinando. Santiago tiene también plenamente interiorizada, entonces, la enseñanza y el ejemplo de Jesús, de que el mal jamás se podrá derrotar con el mal.

- **Pedro.** Si hay una institución **humana** que podríamos llamar la situación límite, el colmo y la cumbre de la injusticia y enemistad en el trato entre seres humanos, tiene que ser la de la esclavitud. Aunque las sociedades esclavistas siempre han cultivado el mito de la armonía y lealtad y el afecto entre amos y esclavos, la esclavitud por su misma naturaleza es la institucionalización del desprecio, la desigualdad y la más profunda de las enemistades jamás conocidas por la humanidad. Por eso es especialmente significativo el consejo que da Pedro a los esclavos cristianos, en cuya sumisión él ve encarnada la quintaesencia del espíritu de Cristo:

¿Qué mérito tendría aguantar bofetadas cuando desobedecéis a vuestros amos? Sin embargo cuando los tratáis bien y con todo os castigan y entonces lo soportáis en silencio, esto es nada menos que gracia divina. A esto habéis sido llamados, porque Cristo también sufrió [injustamente], dejándoos su ejemplo para que sigáis sus pisadas (1 P 2,20-21).

Pedro no escribe esto para defender la esclavitud ni escudar a los amos, la terrible injusticia de cuyas acciones y actitudes queda así en evidencia —equiparada a la de la humanidad que crucificó a Cristo. No, Pedro escribe esto como expresión natural del principio aprendido de las palabras y el ejemplo de Jesús. No se puede vencer el mal con el mal sino atreviéndonos a ser agentes de la gracia divina: devolviendo bien por mal, siguiendo las mismísimas pisadas de nuestro Señor Jesús, en un sufrimiento redentor que anula las enemistades.

TE INVITO A REPETIR una o varias veces el Padrenuestro, mentalmente o en voz alta. Y si no te lo sabes de memoria, lo hallarás en MATEO 6,9-13. Considera también muy expresamente el comentario que añade Mateo —o quizá Jesús mismo— sobre esta oración, en MATEO 6,14-15. ¡Tan central es esta idea para la propia esencia del cristianismo que todos los cristianos, desde siempre, nos aprendemos esta oración de memoria!

TEMA 3. PAZ ENTRE LAS ETNIAS Y NACIONES DE LA HUMANIDAD

Con este tema nos vamos a centrar en la vocación del pueblo de Dios, como pueblo escogido de Dios con un propósito: llevar la bendición y salvación de Dios a las naciones —a toda la humanidad creada por Dios. Veremos que la vocación del pueblo de Dios es esencialmente misionera, entonces, reflejando una realidad más profunda: El Dios de la Biblia es un Dios misionero; y nuestra vocación y misión en el mundo no es más que sencillamente un reflejo o aspecto de la misión que Dios mismo ha emprendido para salvar a «las naciones».

- Empecemos por observar que la estructura que tiene la Biblia —vista como un todo—empieza con una «prehistoria», anterior al llamamiento de Abraham, donde Dios es el Creador, Dios y Señor de toda la humanidad. A continuación, en el llamamiento de Abraham y el pacto que Dios establece con él, hay expresado un propósito ulterior de bendecir a todas las razas de la humanidad: *Ve, sal de tu tierra y de tus antepasados y de tu parentela, a una tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande y te bendeciré y haré grande tu nombre para que tú seas bendición. Y bendeciré a los que te bendigan pero maldeciré a los que te maldigan; y en ti serán benditas todas las familias de la tierra* (Gn 12,1-3). La elección de Israel no es, entonces, un privilegio encerrado en sí mismo. Es un privilegio, sí, pero que es necesario para que sea posible —mediante la especial historia de esta nación— el conocimiento de Dios y la bendición de Dios a toda la humanidad.

  Este prólogo multirracial y universal de la Biblia cristiana halla su respuesta en un epílogo de idénticas características. Es verdad que en el Apocalipsis figuran las doce tribus de Israel y «el León de Judá»; pero el énfasis del libro recae en la universalidad de los juicios —pero también de la salvación— de Dios. Y al final, la aparición de cielo nuevo y tierra nueva anuncia un volver a empezar que abarca y acoge

sin ningún tipo de distingos a todos los que desean reunirse a cobijo de Dios (Ap 21,1-7). Y las hojas del árbol que crece en ambas riberas del río que fluye desde el trono de Dios y del Cordero, servirán para la curación de *las naciones* —que es lo mismo que decir: «los gentiles»— (Ap 22,1-2).

¿Quiénes constituyeron la población de las doce tribus primitivas de Israel, que declaraban ser descendientes y herederos espirituales de los esclavos liberados de Egipto por su Dios?

- En segundo lugar, procedemos a observar quiénes constituyeron la población de las doce tribus primitivas de Israel, que confesaron y declararon ser descendientes y herederos espirituales de los esclavos liberados de Egipto y Faraón por su Dios —y de aquel patriarca Abraham que Dios había llamado con aquella vocación esencialmente misionera.
    - En Éxodo 1,15 observamos la población de los descendientes de Jacob y sus doce hijos, un grupo cuyas mujeres pueden ser atendidas satisfactoriamente por dos parteras, cuyos nombres incluso se conocen. Esto parecería indicar que estamos hablando de una población que cuanto mucho, abarca unos pocos cientos de mujeres en edad fértil —más o menos lo que nos figuraríamos como descendencia lineal de una familia.
    - En Éxodo 12,38, sin embargo, vemos que la liberación de los esclavos hebreos es aprovechada por «una multitud mixta» de personas (en la versión Reina-Valera 1995 pone: «una gran multitud de toda clase de gentes») para huir también de la tiranía de Faraón. Los protagonistas del éxodo fueron, entonces, una mezcolanza de nacionalidades y etnias, gente de ascendencia multirracial o multiétnica —como había de esperar en una ocasión de emancipación masiva de esclavos.

- Entre ellos hay, incluso, personas de ascendencia egipcia (Lv 24,10).
  - ◊ Como hubo también una mujer «cusita», es decir africana etíope —aunque quizá árabe occidental— con quien se casó Moisés (Nm 12,1).
  - ◊ También hubo quienes se fueron uniendo al pueblo —siempre según el propio relato bíblico— durante sus años en el desierto.
  - ◊ La figura de Caleb aparece repentinamente en las narraciones del desierto y especialmente con la conquista de la Tierra Prometida, como uno de los líderes de la tribu de Judá. Pero sabemos que Caleb era «cenezeo» —es decir, descendiente de Esaú o Edom.
  - ◊ Entre tanto, otra de las esposas de Moisés era madianita, de una de las tribus nómadas que iban y venían por el desierto. No está claro, pero parecería que Moisés logró convencer al clan de su esposa a que se unieran a su grupo de esclavos liberados que venían de Egipto (Nm 10,29-33). Es curioso el dato de la raza madianita de esta parentela de Moisés, porque más adelante en el propio relato de Números, nos informaremos de que hubo otras muchas mujeres madianitas en el campamento de Israel y que ellas —o al menos algunas de ellas— intentaron traer consigo su religión pagana (Nm 25). La impresión racista antimadianita que nos deja Números 25, sin embargo, debe ser matizada con el dato de que Moisés mismo se casó con una de ellas.
  - ◊ Tenemos el episodio en el desierto cuando «los que se habían ido añadiendo, que se hallaban en medio de ellos» (Nm 11,4) empezaron a quejarse porque estaban aburridos del maná y querían comer carne.
- Es imposible saber cuántos se unieron a este movimiento de gentes del desierto (con su núcleo de esclavos emancipados de Faraón) cuando sus primeras conquistas en la ribera oriental del río Jordán. Sabemos de la derrota de dos reyes de la región, Sehón y Og (Nm 21,21-35); y de la oposición de un tercero, Balac; el cual, frustrado su intento de conseguir que Balaam maldijera a los israelitas, no se atrevió a presentarles batalla (Nm 22-24). Estos capítulos no informan de grandes masacres genocidas cometidas por los hebreos, con lo que cabe imaginar que, derrotados los

reyes amorreos, los israelitas se integraron pacíficamente entre la población.

Tanta integración y mezcla puso en apuros la fe todavía relativamente nueva de los que habían pactado lealtad exclusiva al Señor en el Monte Sinaí, como atestigua la crisis mayúscula narrada en el capítulo 25 de Números.

El apego que sienten por esta ribera oriental del Jordán las tribus de Rubén y Gad (y la mitad de la de Manasés) da lugar a sospechar que a todo esto, la composición de estas tribus estaba compuesta muy mayoritariamente por gentes del lugar convertidas al Señor y a su Ley, ahora liberados de la tiranía de reyes amorreos como Sehón, Og y Balac. A Moisés le parece bien que estas tribus se queden allí (Nm 31), siempre y cuando se pueda contar con sus guerreros para el proyecto del asalto final a la ribera occidental del Jordán (la tierra de «Canaán», propiamente dicha).

Cumplido ese objetivo, cuando esos guerreros vuelven a su tierra, Josué y las otras tribus siguen dudando de su lealtad al Señor, dando lugar a una pequeña crisis solventada pacíficamente (Jos 22). Desconfianza y episodio que aumenta nuestras sospechas de que se trata de conversos relativamente recientes.

En cualquier caso, si estos «rubenitas» y «gaditas» se integraron permanentemente a Israel, lo mismo no parece haber sucedido con los amonitas, moabitas, edomitas y madianitas, que posteriormente siguieron su propio curso, con identidad propia, no israelita.

- ¿Y cuántos de los habitantes de las ciudades cananeas se unieron a los invasores hebreos —con su núcleo de descendientes de Israel emancipados de Faraón, que prestaban a todos una misma identidad, dando a todos cobijo bajo la Ley recibida en el Sinaí?
  - ◊ Sabemos de Rahab, antepasada del rey David, que traicionando a su ciudad Jericó, consiguió salvar las vidas de todo su entorno familiar (integrándolos efectivamente a Israel).
  - ◊ Sabemos de la treta realizada por los habitantes de Gabaón (Jos 9) que consiguieron constituirse no sólo en aliados militares de Israel, sino en un cuerpo de leñadores y aguateros indispensables para el ritual del Templo en épocas posteriores.

◊ Curiosamente, el catálogo de los derrotados por Josué, da una larga lista de nombres de reyes, pero añadiendo a cada nombre la palabra hebrea *ejad*, «uno», como queriendo enfatizar la poca mortandad ocasionada por la invasión: *El rey de Jericó, uno. El rey de Ai, al lado de Betel, uno. El rey de Jerusalem, uno. El rey de Hebrón, uno.* Y así, etc., hasta un total de treinta y dos reyes, cada uno de ellos individualizado como «uno» (Jos 12,9-24).

Josué 24 es una invitación a dejar atrás los dioses adorados por los antepasados y dedicarse en exclusiva al Señor que ha demostrado sobradamente su valía como Salvador, Proveedor y Protector de su pueblo.

- ¿Qué fue de la población dominada hasta entonces por estos individuos?

  El problema no resultó fácil de resolver. Muchos de ellos seguramente se convirtieron de todo corazón a la enseñanza, la fe y la Ley que arrancaban con la emancipación de esclavos en Egipto y la alianza con el Señor en Sinaí. Se integraron plenamente en las doce tribus, adoptaron como antepasados suyos a Abraham, Isaac y Jacob. Pero muy especialmente, adoptaron como suyo el Dios de aquellos patriarcas. Otros muchos quizá fingieron durante algún tiempo aceptar esa nueva forma de creencia y de vida, aunque conservando interiormente viejas costumbres de superstición y religión paganas. Otros, viendo que en muchos lugares se hallaban en la mayoría, probablemente ni se molestaron en fingir devoción al Señor del éxodo y del Sinaí, de Abraham y de Moisés y de la Ley.

Volvemos así pasaje bíblico con que empezamos este estudio —en el Capítulo 1, Tema 1: Josué 24. Observamos, así, que Josué 24 es un sermón de evangelización, dirigido a un Israel ensanchado con multitud de gentes de todas las razas, etnias y religiones de aquella parte del mundo. Es una invitación a dejar atrás de una vez por todas los dioses adorados por los antepasados y dedicarse en exclusiva al Señor que ha demostrado sobradamente su valía como Salvador, Proveedor y Protector de su pueblo. Y a pesar de todo lo que se pueda decir sobre Josué como caudillo militar de un pueblo invasor y conquistador, el caso es que este sermón y esta invitación se presenta absolutamente libre de imposición por la fuerza.

La aclamación popular de aceptación de la invitación es libre, voluntaria, sentida, responsable. Tiene la más honda integridad como conversión y como pacto con el Señor, asumido con total convencimiento.

> Cuando el Señor es un dios nacional, es *solamente* el dios de una nación, donde cada nación tiene su dios o sus dioses y diosas.

Todo esto viene a decir que «Israel» es una construcción misionera. En sus orígenes como nación, «Israel» es el efecto del empeño misionero de Dios por traer salvación al mundo. A todo el mundo, sin exclusiones. «Israel» es el producto de una predicación e instrucción, mucho más que de la reproducción biológica de una familia.

Desde siempre, el israelita que es un «incircunciso de corazón» —es decir, que rechaza a Dios y rechaza la fe de su pueblo y su lealtad a la Ley— es menos israelita que cualquiera mujer o cualquier hombre —no importa de qué etnia o raza hayan sido sus padres— que adora con humildad y sencillez de corazón al único y verdadero Dios de Israel, y asume como suyos los mandamientos y la Ley del Señor. Esto sigue siendo cierto hoy, miles de años

después. Pero ya era cierto «en el principio», en los relatos de la creación de la identidad de Israel como nación escogida de Dios.

- Aquellos siglos de Israel como entidad política, sin embargo —y muy especialmente los cuatro siglos y pico de la dinastía de David— enturbiaron las aguas, permitiendo concebir de Israel no como una comunidad unida por una fe y un Dios sino por sus instituciones políticas nacionales. Cuando «Israel» es un país más entre los países del mundo, es natural que tenga otras naciones rivales, naciones enemigas a las que es necesario hacer guerra. Cuando el Señor es un dios nacional, es *solamente* el dios de una nación, donde cada nación tiene su dios o sus dioses y diosas. Paradójicamente, este Dios misionero, cuya visión y misión es bendecir a *todas* las naciones de la tierra, se constituye en parte del problema de la enemistad y las guerras entre nosotros, por cuanto Israel —como nación con su necesaria política internacional— tiene enemistades y guerras con otras etnias y otras nacionalidades de su entorno geográfico.

  Esta situación, una situación hondamente trágica y contraria a la voluntad y a la misión de Dios en el mundo, halla solución de una manera maravillosamente inesperada, precisamente en el momento de mayor abatimiento y derrota en su pueblo. Desaparecida ya Israel del escenario de la historia en el siglo VIII a.C., en el siglo VI desaparece también el reino de Judá y es arrasada Jerusalén y derribado el Templo.

  Siglos más tarde —cuando los asirios y babilonios habían sido remplazados por los persas y éstos por los griegos (y todavía quedaba por aparecer la dominación romana)— los judíos empezaron a emplear una curiosa palabra griega para describir el resultado sorprendente de esa derrota y desaparición nacional: La palabra *diáspora* significa dispersión o esparcimiento, pero la raíz *espora*, tiene la idea de «semilla». La imagen comunicada es como cuando un labrador de la antigüedad procedía metódicamente por su tierra labrada, con una bolsa de trigo colgada al hombro. A cada paso, mete su mano en la bolsa, toma un puñado de semillas, y dibujando un arco con la longitud de su brazo, entreabre sus dedos y las deja caer sobre la tierra fértil, cubriendo así toda su parcela.

  Pasan los días, las semanas y los meses. La semilla esparcida parece morir, podrirse y desaparecer. Pero llega un día cuando aquella parcela es un hermoso trigal preparado para meter la hoz y volver a repetir el ciclo. «Si el grano de trigo no muere, no lleva fruto». Israel y Judá, Samaria y Jerusalén, tuvieron que morir. Pero

siglos después, la *diáspora* —el acto de esparcimiento y siembra en tierra fértil— podía constatarse en comunidades judías llenas de vitalidad desde el norte de África hasta el norte de Europa, desde la Península Ibérica hasta Arabia y hasta Babilonia (hoy Irak), por supuesto, pero mucho más al oriente también.

- En tiempos del Nuevo Testamento, Saulo/Pablo (de *Tarso*, hoy en Turquía), pudo perseguir a cristianos en *Jerusalén*, sufrir una transformación personal en *Damasco* (capital de Siria), y al cabo de un tiempo retirarse tres años a *Arabia*; ser llamado desde allí a *Antioquía* (ciudad helénica romana en Siria), testificar en *Turquía*, *Grecia* e *Italia* para cuando acaba el libro de los Hechos, con ilusión por llegar hasta *España*, según él mismo cuenta en su carta a los Romanos. Y en cada uno de esos lugares —y otros muchos en Egipto, África y Mauritania, por ejemplo, o en las Galias— Pablo podía contar con hallar sinagogas donde se testificaba del amor y la gracia y el poder del Señor. Puntos misioneros de fe monoteísta en un mundo profundamente pagano y politeísta, donde los judíos instruían a todo un entramado de «temerosos de Dios» que, sin hacerse judíos, sin embargo adoraban al Dios de los judíos.

    La misión de Dios medraba y se fortalecía, y dejaba en evidencia el error de las enemistades, rivalidades y guerras entre pueblos — puesto que todos están gobernados por un único Dios, verdadero y viviente. Me siento tentado a meter aquí citas de los Padres de la Iglesia, que testificaban que entre los seguidores de Cristo habían desaparecido las enemistades milenarias entre los pueblos, puesto que como habían profetizado Isaías y Miqueas, esta gente humilde y sencilla, sin pretensiones de mando ni de poder mundanal, habían forjado rejas de arado de sus espadas, y podaderas de sus lanzas, y ya no se adiestraban más para la guerra. Ellos argumentaban que la paz que había traído a pueblos enemistados, era evidencia clara de que Jesús era, en efecto, el Cristo anunciado. (De aquellos cristianos primitivos podemos aprender que, si todavía reconocemos validez a las enemistades y rivalidades nacionales entre nosotros, es que todavía no nos acaba de alumbrar plenamente la luz del Mesías.)

- Pero en el propio Nuevo Testamento la señal más viva y fuerte del fin de las enemistades y guerras humanas, era la reconciliación entre judíos y gentiles a que Pablo dedicó su vida entera. El libro de Hechos trae tres versiones diferentes del cambio que experimentó Pablo en el camino a Damasco. Es harto curiosa la tercera, donde Pablo dice haber oído la siguiente instrucción: *Pero levántate y ponte firme,*

porque para esto mismo te me he aparecido, para designarte como auxiliar y testigo tanto de lo que has visto como de lo que te haré ver, apartándote del pueblo y de las naciones. A los cuales yo te envío para abrirles los ojos, para que giren desde la oscuridad hacia la luz, y del dominio de Satanás hacia Dios (Hch 26,16-18). En las expresiones «el pueblo» y «las naciones» hay que entender «Israel» (o «los judíos») y «los gentiles». Esta era la gran división nacionalista que reconocía Saulo, como cualquier otro judío. La división establecida por Dios mismo, que había «separado» para sí un pueblo «santo» (es decir «consagrado» en exclusividad).

A pesar de todos los progresos de la diáspora y la visión misionera que impulsaba, por ejemplo, a muchos fariseos (como Jesús mismo reconoció —Mt 23,15); a pesar del testimonio ante reyes y emperadores de personas como Daniel o Nehemías, había una barrera de separación y enemistad entre judíos y «las naciones» o «los gentiles». No era una barrera insuperable: cualquier «nacional» o «gentil» podía acercarse con humildad, aprender la Ley de los judíos y entregarse de todo corazón a la adoración del único Dios viviente. Pero la conversión de estos individuos —incluso aunque fueran muchos los individuos— no hacía más que confirmar la regla general de la división entre el pueblo sagrado de Dios y los paganos de todas los otros pueblos de la humanidad, condenados por los pecados de sus padres a ser razas de pecadores. La propia existencia de costumbres monstruosas, inmorales y asquerosas entre los paganos, no hacía más que confirmar a los judíos piadosos en sus prejuicios.

La misión de Dios medraba y se fortalecía, y dejaba en evidencia el error de las enemistades, rivalidades y guerras entre pueblos —puesto que todos están gobernados por un único Dios, verdadero y viviente.

Pero ahora en visión se le aparece el Señor a Saulo para anunciarle que le va a liberar de la cuestión de «judíos y gentiles». Y que una vez liberado, le volverá a enviar precisamente a los judíos y a los gentiles por igual, con el anuncio de que Dios quiere hacer ahora algo tan revolucionario como lo fue en su día la creación (multiétnica) de Israel, o el haber sembrado el mundo entero de comunidades judías testificadoras.

Nadie nos puede obligar a empuñar un arma contra nuestros semejantes. Y así —entre otras muchas formas— somos liberados del dominio de Satanás.

Esta es la visión y la misión de Pablo, entonces: Los judíos seguirán siendo judíos y al final «todo Israel será salvo» (Ro 11,26). Y los gentiles seguirán siendo gentiles —aunque gobernados por la enseñanza de Jesús Mesías y llenos de la personalísima guía del Espíritu Santo, hasta ser un pueblo también santo, inmaculado, sin mancha ni arruga, digno de su Señor.

Lo que va a haber cambiado es que ya no hay motivo de enemistad. Porque mientras dure esa enemistad racial o étnica o nacionalista, ambos —tanto los gentiles como los propios judíos— están en oscuridad y oprimidos por Satanás.

- En la historia del cristianismo, dos tendencias contrarias y mutuamente exclusivas niegan el efecto y el poder revolucionario de esta desaparición de la enemistad entre «judíos» y «gentiles».

  Por una parte, todas las formas de antisemitismo cristiano son una perversión asquerosa y una negación directa del poder transformador del evangelio.

  Por otra parte tenemos el «sionismo cristiano», que acepta y promueve como inevitable y positivo que Israel vuelva a ser una nación más entre las naciones del mundo —sobreviviendo, como cualquier otro país, gracias a la fuerza de sus ejércitos y la

destreza de su cuerpo diplomático. Esto nos devuelve a la condición de Israel y Judá hace ya casi tres mil años. Porque toda nación —especialmente si construida sobre bases étnicas, culturales y religiosas, de separatismo lingüístico y racial— está obligada a dejarse gobernar por las reglas de un «realismo» de alianzas y enemistades, pactos de no agresión, pero también guerras (y crímenes de guerra). Si Israel es un Estado más entre los Estados modernos, no es *nada más* que un Estado moderno. Y como todos los Estados de la tierra, tendrá sus temporadas de auge pero también de declive… Y al final, como todas las naciones, acabará desapareciendo de la historia de la humanidad, derrotada por los enemigos que no ha sabido convertir en aliados.

Como cualquier otro país.

Que ya tenemos miles de años de historia escrita de la humanidad, para saber cómo funcionan estas cosas y cuánto puede durar una nación o una civilización.

Esa no era la visión que ardía en el corazón de Pablo. Él —como algunos de los profetas de antaño; como Jesús y los apóstoles— veía derribada la barrera de separación y enemistad, donde ya no fueran necesarias las alianzas militares ni las guerras. Esto es posible en cuanto confesemos a una que Cristo gobierna nuestros corazones y en cuanto el Espíritu Santo templa nuestros ánimos. Entonces ningún otro gobernante nos puede obligar a empuñar un arma contra nuestros semejantes. Y así (entre otras muchas formas) somos liberados del dominio de Satanás.

Esto lo enseñó Pablo con especial y particular urgencia —la misma urgencia que impulsaba la predicación de Jesús— porque en su generación se estaban gestando intentos de alzamientos independentistas y soberanistas judíos, cuyas consecuencias fueron nefastas —como ya lo había predicho Jesús mismo.

TE INVITO A LEER UNA VEZ MÁS unos versículos de la visión de Juan de Patmos, APOCALIPSIS 21,23-22,5. Es, naturalmente, una visión de un mundo sin guerras ni conflictos étnicos ni discordias entre poblaciones de diferentes idiomas. ¿Cómo tendríamos que vivir hoy los que mantenemos viva la esperanza de un mañana así?

TEMA 4. PAZ INTERIOR / PAZ CON EL SESGO MORAL DEL UNIVERSO

Una de las necesidades más acuciantes que se notan en nuestra civilización contemporánea es la de paz interior: conseguir estar en paz con uno mismo. Si aquí en Occidente hay un creciente sentimiento de atracción por disciplinas de quietud y meditación como las que ofrece el budismo, es porque nuestra manera de enfocar la vida es tan profundamente estresante. Vivimos casi todos en grandes conglomeraciones urbanas, mecanizadas y ruidosas. Huimos del silencio encendiendo la televisión nada más llegar a casa, poniendo la radio nada más arrancar el coche, enchufados al MP3 para no tener que oír nuestros propios pensamientos ni hacernos cargo de nuestros propios sentimientos. La depresión se ha convertido en una epidemia o pandemia silenciosa, obligándonos día a día a más y más personas, a depender de fármacos que nos alivien el insomnio y demás síntomas de que algo va mal.

Este activismo basado en principios bíblicos, entonces, puede chuparnos nuestra energía hasta dejarnos vacíos, produciéndonos una agitación interior que progresa a la par con nuestra agitación social a favor de la justicia y el bien.

Estamos tan «enganchados» al estímulo externo que procuramos que nuestros cultos también sean adictivos, con banda sonora continua, encadenando una canción tras otra sin que deje de sonar la orquesta de nuestro «equipo de alabanza», que exigimos que nos lleve a la mismísima presencia de Dios con sus armonías y sus ritmos y la «unción» de su adoración. (Sé que esta descripción es una caricatura que describe unas iglesias mucho más que otras —y que hay iglesias donde el «muermo» es lo típico y un poco más de estímulo sensorial no estaría de más. Pero creo que en general el culto protestante del siglo XXI —evangélico y

pentecostal o carismático— tiende a la sobrecarga de estímulos y no a lo contrario y contribuye, tal vez, a nuestra sensación de estrés en lugar de aliviarla.)

Otros hemos interiorizado la religión cristiana como motor y motivación para el activismo social. Los valores morales y éticos aprendidos en la Biblia arden en nuestro interior con un fuego que nos consume —tanto o más que el propio amor a Dios:

- Oímos que en pleno siglo XXI hay más esclavos que los que hubo en el siglo XIX, que cada año son secuestradas medio millón de personas (generalmente mujeres y niñas —aunque también niños y hombres) para la trata; personas que son vendidas y compradas a veces por 100 € o menos especialmente por redes del negocio del sexo, pero también como mano de obra para productos que nosotros mismos acabamos comprando porque son tanto más baratos… y esta información nos quita el sueño, nos exalta el ánimo con ira justiciera y nos lanza al activismo por conseguir que las cosas cambien.
- Oímos del odio visceral racista y xenófobo con que la clase media obrera de nuestras ciudades del Norte tratan a la avalancha de inmigrantes que vienen a nuestras costas por pura desesperación… y nos sentimos obligados a levantar la voz y hacer notar nuestra convicción de que el planeta entero pertenece a toda la humanidad —o al Dios que lo creó— y que nuestras fronteras nacionales son un invento artificial cuyo único fin es institucionalizar el privilegio.
- Oímos que las exigencias desmesuradas de energía que impulsa y mueve nuestra civilización están transformando el planeta entero que Dios nos dio, causando la tercera y más dramática y rápida de las grandes extinciones que ha conocido la vida en esta Tierra… y pensamos que tenemos que intervenir activamente; pero descubrimos que reciclar y ahorrar energía y agua nos lleva más tiempo y nos exige mayor esfuerzo y compromiso personales, dejándonos agotados si lo hacemos, e insatisfechos con nosotros mismos si no.

Este activismo basado en principios bíblicos, entonces, puede chuparnos nuestra energía hasta dejarnos vacíos, produciéndonos una agitación interior que progresa a la par con nuestra agitación social a favor de la justicia y el bien.

No sé si sería legítimo esperar que la Biblia aportara soluciones a una problemática de estrés generalizado, que le es tan extraordinariamente anacrónico. Desde luego, aunque fuera posible volver atrás en el tiempo

y adoptar la vivencia aldeana y agreste de aquel pasado tan remoto donde se escribió la Biblia, quizá decidiríamos que aquello tampoco era deseable. Hallaríamos que ya no estamos hechos para ese primitivismo y que nos produciría toda otra batería de motivos de estrés: No nos resultaría nada fácil aprender a arreglárnoslas privados de la higiene y la medicina y la agricultura modernas, por ejemplo —con una esperanza media de vida que difícilmente superaba los treinta años de edad para el grueso de la población, con tasas de mortalidad infantil que hacían «normal» el no conseguir que todos los hijos llegasen a adultos…

Con todo, si el Dios de la Biblia es también nuestro Dios, quizá sea posible hallar algo en él que nos impulse hacia la meta de la tan ansiada paz interior.

¿Hay algo en la propia naturaleza de Dios, según él mismo se revela y da a conocer en las Escrituras, que nos ayude a alcanzar la paz interior?

¡Ojalá fuese yo un experto en la respuesta a esta cuestión —pero me confieso un caminante en el camino, un buscador que no sabe muy bien cómo describir ni cómo conseguir lo que busco, que sólo sé en Quién lo busco, del que nunca me apartaré ni me apartarán porque me aferro a Él con todas mis flacas fuerzas!

- ♦ Quizá una forma tan apta como cualquier otra para empezar, sea hablar de la importancia que da el testimonio bíblico al hecho de nuestra identidad. Quizá sea más importante descubrir quiénes somos —y llegar a ser plenamente lo que ya somos— que lo que hacemos. Lo que hacemos es importante pero sólo puede producirnos paz interior cuando es coherente con lo que somos:
    - *¡Mirad cómo es el amor que nos ha dado el Padre: que seamos llamados hijos [e hijas] de Dios —y lo somos! […] [Amadas y] amados, ahora somos [hijas e] hijos de Dios —y eso que todavía no es visible lo que llegaremos a ser. Sabemos que cuando él sea visible seremos iguales a él, porque le veremos tal cual es* (1 Jn 3,1-2).
    - *A quienes le recibieron, les dio la potestad de llegar a ser hijos [e hijas] de Dios, a quienes son fieles en el nombre de él, los [y las] cuales no por sangre ni desde deseo biológico ni deseo de varón, sino desde Dios han nacido* (Jn 1,12-13). He conservado aquí el orden de las frases del texto griego, porque en griego como en castellano, leído así (puedes comparar con otras traducciones), el énfasis recae en el propio hecho del nacimiento divino que nos ha sido concedido. Esto tal vez no nos diga nada en particular hoy día, pero es preciso imaginar el efecto que esta manera de

describir nuestra identidad impactaría en personas acostumbradas a mitos como los de Hércules, sobre personas humanas engendradas por los dioses. Juan no quiere comunicar algo tan vulgar como la cópula entre dioses y seres humanos —pero sí algo *por lo menos tan importante en cuanto a definir quiénes somos.*

¿Hay algo en la propia naturaleza de Dios, según él mismo se revela y da a conocer en las Escrituras, que nos ayude a alcanzar la paz interior?

- *Por este favor me arrodillo ante el Padre —de quien todo linaje en los cielos y sobre la tierra tiene nombre— rogando que os conceda, conforme a la riqueza de su gloria, el ser hechos fuertes en poder mediante su Espíritu en el interior del ser humano, de tal suerte que resida Cristo por la fidelidad en vuestros corazones arraigados y cimentados en amor. Rogando que tengáis la fortaleza necesaria para tomar posesión —conjuntamente con todos los santos— de cuál sea la anchura y longitud, la altura y profundidad, de conocer el colmo del conocimiento del amor de Cristo, para que seáis llenados de la plenitud total de Dios* (Ef 3,14-19).

Hay muchas cosas que podríamos comentar sobre esta sorprendente parrafada de Pablo, cosas que seguramente correspondería en toda regla abordar en nuestro siguiente y último tema (Paz con Dios).

Pero lo que nos interesa ahora mismo es el tema de nuestra identidad, y la necesidad de que la totalidad de nuestras vidas sea congruente y consecuente con la esencia interior de nuestra identidad para poder estar en paz con uno mismo. En ese sentido, observo que todo linaje de los seres creados tenemos nuestro «nombre» —es decir nuestra identidad esencial— de parte de Dios el creador. Es Dios quien nos ha hecho lo que somos y es en él que hemos de hallar nuestra verdadera identidad, de la que nos habíamos enajenado por rebeldía y pecado. Ese desajuste interior

—y el consiguiente desasosiego y falta de paz interior— viene de perder de vista que es solamente en Aquel que nos creó, que tiene sentido nuestra existencia.

Pablo —conociendo las narrativas de la creación en Génesis— entiende que el propio aliento de vida que hay en el ser humano es espíritu… *de Dios*. El reto, para el cual Pablo intercede de rodillas en oración, es que tengamos la fortaleza de ánimo y la capacidad de conocer y reconocer algo así de sencillo. En nuestro interior respira el propio aliento divino que nos dio vida y que nos mantiene vivos. Si nos atrevemos a mirar para adentro, podemos descubrir allí —en nuestro interior— que estamos creados perfectamente como residencia de Cristo. Podemos —conjuntamente con todos los santos, nunca aisladamente— alcanzar la plenitud total de Dios que llena e ilumina toda la vida. Esto no es algo a buscar fuera de nosotros. No es algo que nos sea extraño, una invasión de una voluntad ajena a la nuestra, un dejarse poseer por un espíritu alienígena, inhumano, contrario a nuestra más esencial naturaleza. Todo lo contrario: esto es llegar por fin a estar en paz con nuestra identidad, saber por fin quién somos, dejar de luchar contra nuestra esencia y nuestra naturaleza como residencia del Espíritu divino.

Esto, en fin, lo experimentamos como un amor inefable que inunda nuestras vidas de aceptación, paz y armonía.

> *No todo es espiritual. No todo es coherente con ese aliento divino. Pero esto no se aprende conociendo teorías sino siguiendo a una persona que con sus palabras y con su manera de ser nos enseñó el camino.*

Pero para Pablo es importante especificar que quien reside en nuestro interior es «Cristo». Nunca podemos perder contacto con la realidad histórica de aquel hombre humano, histórico, cuyas

enseñanzas orientan nuestra manera de vivir y cuyo ejemplo de entrega e indefensión hasta la cruz, es la máxima expresión de coherencia con nuestra identidad como portadores del aliento divino. No todo es espiritual. No todo es coherente con ese aliento divino. Pero esto no se aprende conociendo teorías sino siguiendo a una persona que con sus palabras y con su manera de ser nos enseñó el camino.

Y ese camino es el del amor.

- Si nuestra identidad es la de hijas e hijos de Dios y el propio aliento y respiración de nuestras vidas biológicas es el Espíritu de Dios, alcanzar la armonía y la paz con nosotros mismos nos pondrá necesariamente también en armonía con todo este universo en el que tenemos nuestro existir —desde el más pequeño de los átomos hasta la más distante galaxia. La falta de paz interior es, al fin y al cabo, un aspecto de nuestra falta de paz con el sesgo moral que ha imprimido Dios a su creación entera.

  Aquí es importante tener el derecho a cuestionar adónde nos podrían conducir los mitos de creación de nuestra cultura occidental moderna. No tengo interés ni me parece que venga a cuento cuestionar la base científica y racional de conceptos como el «Big Bang» (la idea de que el universo entero se generó en una explosión) ni del darwinismo (que sostiene que la esencia de la evolución de la vida se halla en la competencia, donde sobreviven y se perpetúan en generaciones posteriores, sólo aquellos organismos que más perfectamente se van adaptando a los cambios que va sufriendo el planeta). Creo que la fe bíblica es capaz de convivir con estas teorías, así como ya ha convivido con otras culturas y civilizaciones y maneras de entender la realidad.

  Sí me parece necesario señalar que la idea de una explosión inicial se puede describir con analogías bélicas, como un fenómeno de una violencia inimaginable; pero también se puede describir con analogías que enfatizan la propia creatividad del evento. El «Big Bang» no sería una bomba nuclear de dimensiones infinitas, entonces, sino los «fuegos artificiales» con que Dios ha elegido deleitarse. Y la singular belleza, la infinita variedad y dimensión del universo resultante, es —en su propia hermosura admirable— parte del porqué de aquella explosión primordial.

  Y en cuanto a la evolución de la vida, es verdad que puede parecer poseer una singular ferocidad, una falta absoluta de remordimiento ni piedad. El organismo que no destruye a todos los que lo amenazan,

acaba siendo destruido por ellos. Pero también es posible concebir de todos estos procesos como un armonioso y bello proceso de perfeccionamiento, que ha dado lugar no a organismos independientes sino a ecosistemas de interconexión maravillosamente compleja y florida —y de singular hermosura.

Durante algunos miles de años los seres humanos más «civilizados» (es decir, urbanizados) nos hemos permitido el lujo de vivir de espaldas al ecosistema en el que Dios nos ha puesto —a propósito— y que sostiene nuestra existencia biológica. Ahora nos tocará recuperar la armonía perdida con nuestro ecosistema planetario... o todo lo demás que hayamos conseguido resultará baldío y se perderá para siempre en la extinción de nuestra especie.

Esto es algo que atañe a toda la humanidad. Pero los cristianos deberíamos tener algo que contribuir. Y sugiero que en la medida que alcancemos estar en paz con nosotros mismos, con quiénes somos como hijos e hijas de Dios, con una identidad segura como seres creados, interdependientes con todo el resto de la creación de Dios, en esa medida aprenderemos a ver el resto del universo no como un recurso del que aprovecharnos vorazmente, sino como un huerto ajeno —el huerto de Dios— en el que nos corresponde trabajar y pasearnos con respeto y admiración.

- En cualquier caso, nuestra aportación en cuanto cristianos ha de ser la idea de que el universo fue creado con amor, mediante el amor y para el amor. Que el amor es la propia esencia de Dios —según hemos aprendido en Cristo— y que por tanto es también la propia esencia de su Creación.
- Y si esto es cierto acerca del comienzo, lo es también acerca del final. La forma de la narración del Apocalipsis nos puede parecer machaconamente violenta, pero sólo según cómo se lea. El Apocalipsis se puede leer también como una imponente liturgia cósmica, donde todo lo que existe —desde el átomo más pequeño hasta la galaxia más enorme y pasando obligadamente por cada ser racional creado— acaba alabando eternamente, con bellísimas canciones de ferviente admiración y amor, a Aquel que —a pesar de los contratiempos y las rebeldías halladas en el camino— ha conseguido hacer valer la paz y la armonía y el amor como los principios regidores de su Creación.

¡Aleluya y amén!

Es posible concebir de la evolución como procesos que han dado lugar no a organismos independientes sino a ecosistemas de interconexión maravillosamente compleja y florida —y de singular hermosura.

TEMA 5. PAZ CON DIOS

Llegados hasta aquí, ya nos queda poco que añadir. Como habrás notado, cualquiera de estas otras dimensiones de la paz que venimos explorando, tienen que ver directa o indirectamente con la paz que podamos tener con Dios.

Quizá la idea fundamental que nos queda por explorar aquí, es que Dios no está enemistado con nosotros. Dios jamás se ha sentido ni visto a sí mismo como nuestro enemigo. Somos nosotros los que estamos enemistados con él. Desde el relato de Génesis 3 —cuando la serpiente en el Edén primero siembra la duda en la mente de Eva— si existe distanciamiento entre Dios y nosotros, es porque estemos dispuestos a seguir escuchando esas insinuaciones mentirosas, calumniosas y envidiosas.

Empecemos por volver a los párrafos que habíamos pasado por alto cuando hicimos nuestras observaciones sobre 1 Corintios 4 y 6 (Capítulo 9, Tema 5). En lo que sigue, iremos interrumpiendo con sendos comentarios la propia lectura de la traducción, que a veces además dejamos incompleta:

1 CORINTIOS 5:

- *Porque sabemos que cuando la tienda de nuestro alojamiento terrestre se desintegre, tenemos una edificación procedente de Dios en los cielos (es decir, creada sin intervención humana). Y por consiguiente nos lamentamos en éste nuestro aposento, anhelando estar ya vestidos con*

lo que procede del cielo. Así las cosas, cuando seamos desvestidos no nos encontraremos desnudos. Porque los que estamos cargando con la tienda nos lamentamos —no porque deseemos desvestirnos sino vestirnos, de tal suerte que la vida se trague la muerte. Pero el que nos ha hecho para esto mismo es Dios, el cual nos ha dado ya el aperitivo del Espíritu.

La mezcla de metáforas no suele ser recomendable porque el resultado puede ser un poco confuso.

- Pablo empieza por expresar que este cuerpo mortal es como una vivienda pasajera y provisional para el camino: una tienda. Las tiendas están muy bien —y desde luego, se está mucho mejor que durmiendo a la intemperie. Pero una tienda puede resultar también una carga pesada. Hay que llevarla a cuestas según avanzamos en el camino. Las tiendas, eso sí, suelen durar mucho menos que las casas de piedra. Entonces con la metáfora de las tiendas Pablo también consigue comunicar la idea de la provisionalidad y el desgaste de nuestros cuerpos mortales, mientras esperamos nuestro hogar permanente, un edificio que procede del cielo (es decir, de Dios).

Dios no está enemistado con nosotros. Dios jamás se ha sentido ni visto a sí mismo como nuestro enemigo. Somos nosotros los que estamos enemistados con él.

- Pero hay otra metáfora que al final del párrafo ya ha desplazado enteramente la anterior: la metáfora de ropa vieja que nos quitamos y ropa nueva que nos ponemos. Desde luego, la ropa vieja no transmite la misma sensación de carga y estorbo como la idea de ir de aquí para allá con una tienda a cuestas, así como la ropa nueva tampoco transmite la misma sensación de permanencia que un edificio de piedra. En cambio la idea de la muda de ropas sí transmite la noción de que el cambio no tiene

por qué ser en absoluto extraordinario ni traumático. De hecho, la muerte «nos desviste» y sin embargo —¡oh maravilla!— nunca nos quedamos al desnudo, sino que de alguna manera la ropa nueva ya la traíamos puesta, aunque no era visible por causa de la ropa vieja que llevábamos encima.

- Esta segunda metáfora tampoco es perfecta para lo que Pablo quiere expresar. Vuelve a la carga con una imagen nueva. Esta idea de que en el momento de «desvestirnos» de nuestro cuerpo mortal —en el momento de la muerte— descubrimos que no estamos desnudos sino que ya veníamos con la ropa nueva por debajo de la vieja, también se puede expresar así: Que la vida se traga la muerte. Justo en el instante cuando pensábamos que la muerte nos acaba de consumir la vida, resulta que es al revés: Es la inmortalidad la que ha acabado de consumir nuestra mortalidad.
- Y ahora Pablo añade una última figura, la de las «arras» o la «garantía» (según las diversas traducciones) del Espíritu, que yo he traducido como «aperitivo». En la antigua usanza litúrgica de las bodas castellanas, el esposo entrega a su esposa las *arras*, monedas, oro o alhajas: una pequeña muestra simbólica de todos sus bienes y todas sus posesiones, que a partir de ahora compartirá plenamente con ella. Esa función del Espíritu que ya nos ha sido concedido —como símbolo y también realidad esencial del tesoro prometido— queda así descrita perfectamente. Si he preferido traducir esta idea con otra metáfora distinta, la del aperitivo, es porque la experiencia de ese primer bocado o trago que abre el apetito a la vez que empieza por su propia esencia a saciarlo, me parecía igualmente expresiva de esta función del Espíritu.

¿Y qué tendrá todo esto que ver con la paz con Dios? —te estarás preguntando.

El propio hecho de que Dios es nuestro *amigo*, nuestro Creador y sustentador y también el que dará continuidad a nuestra existencia.

Él ya nos tiene preparado un maravilloso plan de intervención para el momento de nuestra muerte. La idea de la muerte que nos transmiten estas imágenes es dulce, llevadera y sobre todo positiva. Desde luego nadie en su sano juicio se quiere quitar la vida. Lo que anhelamos no es el acto de «desvestirnos» —morir— sino el instante de «vestirnos» —descubrirnos inmortales. Sólo que sepamos que cuando nos toque, cuando este cuerpo mortal por fin expire, no nos

encontraremos «desnudos», abandonados en la frialdad galáctica de un universo sin esperanza ni calor ni amor —ni siquiera existencia. El mismo Espíritu que Dios ha puesto ya en nuestro interior, es el aperitivo de lo que nos espera. Ahora no nos sacia sino que sólo parece abrirnos el apetito para más y más gloria. Pero es justo y necesario que se nos abra el apetito así, por la maravilla del banquete que nos tiene preparado.

Metáforas todas, al fin, inútiles para hacer más que darnos un pequeño asomo de idea de cosas que desde este lado del umbral son imposibles de describir, ni tan siquiera imaginar. Pero como quiera que nos las figuremos, el amigo que nos espera en el umbral de la muerte es el propio Creador que nos dio vida y nos da su Espíritu y pone también luz y esperanza, placer y alegrías en estas nuestras frágiles vidas mortales. Siempre nuestro amigo, jamás nuestro enemigo.

♦ *Por esta causa ponemos todo nuestro empeño […] en serle agradables. Porque a todos nos es menester presentarnos ante la excelencia de Cristo, para recibir cada cual conforme a lo que hizo con su cuerpo, lo bueno y lo malo. […] El amor de Cristo nos impulsa, considerando esto: que uno murió por todos; por consiguiente, todos murieron. Y por todos murió para que los vivos ya no vivan para sí mismos, sino para aquel que por ellos murió y resucitó. […] De manera que con tal de que alguien esté en Cristo, hay una nueva creación. Las primeras cosas ya no están —es evidente que han pasado a ser nuevas.*

Volvemos así, inevitablemente, al efecto de la muerte y resurrección de Jesús como señal de una nueva era y comienzo de una Nueva Humanidad.

- Ya hemos visto que es imposible ignorar aquellos pasajes de la Biblia que nos hablan de juicio: de que en la transición entre esta vida y la próxima será pública y universalmente divulgada la valía de nuestras acciones emprendidas en vida. Pablo conserva aquí una versión un tanto atenuada de esa visión del juicio final. No hay —no en estos versículos por lo menos— la idea de que algunos serán condenados a una segunda muerte —o a torturas eternas— por su maldad.
    - ◊ La imagen se asemeja más a la de que algunos subirán al podio de victoria de Fórmula 1, donde Jesús mismo ha sido el claro vencedor de la carrera —y del campeonato— mientras que otros acabaron tan mal que ni puntúan. Algunos lo han hecho

tan mal que se salieron de pista y no pudieron acabar; o se les caló el motor y ni siquiera corrieron. Algunos lo han hecho pésimamente y esa realidad es ahora universalmente visible y notoria; imposible de esconder ni disimular. Las imágenes han sido televisadas a todo el universo. Algunos han jugado sucio: han echado de la pista a algún competidor y les va a caer una multa millonaria. Otros lo han hecho mejor, lo cual obtiene también su justo reconocimiento.

Puede que la idea que tiene en mente Pablo sea de que los que peor lo hicieron merecen morir —como en los juegos de gladiadores romanos. Pero tampoco es descabellado imaginar una escena donde el Campeón invita a todo el mundo a su fiesta de celebración, donde las rivalidades y las diferencias de rango quedan relativizadas —aunque quizá nunca olvidadas del todo— en la algarabía general de la celebración del Campeón.

> *Sólo que sepamos que cuando nos toque, cuando este cuerpo mortal por fin expire, no nos encontraremos abandonados en la frialdad galáctica de un universo sin esperanza ni calor ni amor —ni tan siquiera existencia.*

◊ Sea como fuere, estamos enormemente motivados e ilusionados por agradar a Cristo, por hacerlo lo mejor que nos sea humanamente posible —con la ayuda del Espíritu. Esto es porque Jesús se dejó la mismísima vida en el esfuerzo por conseguir que todos los demás subamos con él al podio de los vencedores. Desde el primer momento él nos mostró que no competía contra nosotros sino procuraba ayudarnos a todos a acercarnos lo más posible a su ritmo de carrera. Nos dio los

planos para que nuestro coche fuera tan veloz como el suyo; nos mandó sus mismos mecánicos para que pusieran a punto nuestros coches; nos dio los mismos neumáticos y el mismo combustible; compartió con nosotros todas las estadísticas de sus vueltas por el circuito.

Si esto fue una carrera no fue por rivalidad sino por demostrar que tanto esfuerzo —y la misma vida que él se dejó en el empeño— no se malgastó en nosotros sino que, en efecto, hemos mejorado sensiblemente nuestras marcas por su inestimable ayuda en cada detalle.

Pero tampoco es descabellado imaginar una escena donde el Campeón invita a todo el mundo a su fiesta de celebración, donde las rivalidades y las diferencias de rango quedan relativizadas en la algarabía general de la celebración del Campeón.

- De alguna manera vamos a tener que recuperar esa visión armoniosa de la vida, como una colmena donde cada organismo individual es importante —tanto importa cada abeja en particular, que una colmena sin abejas en particular, es una colmena muerta. Pero la importancia de ese organismo en particular no deriva de su separación y diferenciación de las metas de los demás. Al contrario, es su necesaria compenetración armoniosa con las metas de la colmena entera, lo que hace valiosa a la abeja.

  Si la muerte —y resurrección— de Cristo por nosotros es eficaz y válida es porque, en efecto, en ella hemos logrado morir al egoísmo de nuestras propias metas individualistas, insolidarias y enemigas de los demás; y nacer a una nueva creación de cooperación, simbiosis, unidad de metas. El Espíritu de Cristo en nosotros nos impulsa a todos armónicamente —sin nadie perder

su individualidad, personalidad ni perfección como persona humana— hacia una nueva manera de vivir, que es la manera como vivió Jesús de Nazaret… y como sigue viviendo Cristo a través de nosotros, su cuerpo, la iglesia.

Como todo lo que atañe a nuestra relación con Dios, esto sólo se «entiende» desde la lógica de la fe. Es algo que ya nos ha sido concedido; está ya hecho por Jesús, en su muerte y resurrección. Y a la vez, depende de que en cada instante nosotros permitamos que se haga eficaz en la práctica de nuestras vidas.

◊ Porque sin nuestra colaboración activa, nosotros quedaríamos anulados como personas a imagen de Dios —y por tanto todo el proyecto se vería frustrado en sus mismísimas raíces. Nadie —ni siquiera Dios— puede hacer bien haciendo lo que es malo. Anular nuestra autonomía como hijos creados a su imagen convertiría a Dios en nuestro enemigo. Y esa es la única cosa que él no está dispuesto a asumir.

◊ He aquí el valor cósmico y deslumbrante de cada una de nuestras acciones motivadas voluntariamente —por amor y virtud— en el pleno y libre convencimiento de que lo que Dios nos pide es lo que deseamos hacer.

♦ *Todas estas cosas proceden de Dios, que nos transformó para sí por medio de Cristo y nos dio el encargo de la transformación; de manera que como Dios estuvo en Cristo transformando el mundo para sí —sin detenerse a calcularles sus deficiencias—, así también puso en nosotros la palabra de transformación. Por Cristo, entonces, hacemos de portavoces como si fuera Dios mismo el que apela mediante nuestro: Os rogamos encarecidamente: transformaos para Dios.*

Supongo que lo primero que te habrá llamado la atención al comparar esta traducción con las «normales», es que he preferido utilizar el término «transformación para» en lugar de «reconciliación con» Dios. Sospecho que lo que comunica nuestra palabra castellana «reconciliación» realmente es lo que tiene en mente aquí Pablo. Por *reconciliación* entendemos la superación de un enfrentamiento o una enemistad, el llegar a un acuerdo pacífico de convivencia armoniosa donde antes había hostilidad. La reconciliación *entre personas* tiene además una dimensión emotiva: da a entender que no sólo cambian las conductas hostiles sino especialmente los sentimientos.

En nuestro vocabulario la idea de «reconciliar» tiene mucho en común con la de «conciliar». Se pueden *conciliar* no sólo personas

sino quizá especialmente documentos dispares, comparándolos y procurando eliminar las diferencias. Se pueden *conciliar* doctrinas jurídicas, por ejemplo, o proyectos de urbanización. En estos casos las diferencias existentes no es que queden anuladas —pero sí claramente superadas— por una nueva y tercera doctrina —o por un nuevo y tercer proyecto— que integra los elementos más importantes de una y otra.

El llamamiento, la rogativa de Pablo —que se siente aquí portavoz autorizado de Dios para esto mismo— es entonces la invitación a la reconciliación. Es la invitación a romper con las actitudes y conductas que conforman un cúmulo de quejas y reclamaciones mutuas. Nosotros no alcanzamos dar la talla en lo que Dios esperaba de nuestras vidas, dejando a Dios hondamente insatisfecho con nosotros. En tanto, por parte nuestra, nos parece que son demasiadas las veces que Dios nos deja abandonados a nuestra suerte e infortunio, a los azares y avatares de la vida, sin su divina intervención favorable para garantizarnos la felicidad. ¡Hay «mucha tela» aquí que conciliar y reconciliar!

Sin embargo yo he puesto en mi traducción aquí, no «reconciliación con» sino «transformación para». El llamamiento a la reconciliación que hace Pablo en estos versículos no es a ambas partes por igual. Los únicos interpelados a la reconciliación somos nosotros, la humanidad enemistada con Dios. El motivo de esto es evidente: Dios no necesita reconciliarse con nosotros, porque él jamás nos ha visto como enemigos o adversarios; él jamás ha albergado sentimientos hostiles contra nosotros. Al final va a ser que todos nuestros temores acerca de la severidad con que él nos está mirando y midiendo no son más que proyecciones de nuestra propia inseguridad interior. Nosotros nos estamos juzgando constantemente a nosotros mismos y no conseguimos nunca estar satisfechos con nosotros mismos. Y proyectamos hacia fuera —proyectamos en Dios— esos sentimientos de insatisfacción nuestros, ese juicio autoinculpatorio con que nos condenamos, imaginando que es Dios quien así nos juzga.

No, en esta necesidad de reconciliación que padecemos, no es Dios quien tiene que cambiar su actitud —que ya nos es propicia, favorable… amigable hasta el sacrificio más grande imaginable. Somos nosotros los que vamos a tener que dejarnos transformar para él, no él para nosotros. Es a nosotros que incumbe cambiar de actitud, quitar del medio nuestra desconfianza y nuestros

resentimientos mal enfocados, que nada tienen que ver con la realidad de Dios y todo tienen que ver con nuestra propia inseguridad. Como el padre de la Parábola del hijo pródigo, Dios Padre/Madre ya nos está esperando con los brazos abiertos y un amor incondicional. Como en la parábola, el único que puede mover ficha es el hijo que se ha marchado y un día acaso decida regresar a casa.

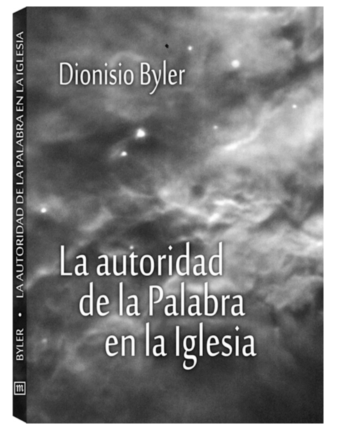
Al final va a ser que todos nuestros temores acerca de la severidad con que él nos está mirando y midiendo no son más que proyecciones de nuestra propia inseguridad interior.

Dejando ya 2 Corintios 5, podemos citar todavía la importancia de la paz con Dios —junto con su gracia— que constituyen a la vez un anuncio y la bendición con que abren invariablemente las cartas de los apóstoles en el Nuevo Testamento: *Gracia y paz a vosotros de parte de Dios...* Es una expresión habitualmente sin verbo, que se puede entender indistintamente (o a la vez) como una promesa o bendición (*La gracia y la paz de parte de Dios **estén** con vosotros ...*) y como declaración de una verdad fundacional: *La gracia y la paz de parte de Dios **están** —**siempre han estado**— a favor de vosotros...* Son gracia y paz cuyo ámbito de actividad queda sin especificar: son gracia y paz con Dios, desde luego, pero inevitablemente también con el prójimo y con nosotros mismos.

Esto me trae a la mente una última cita con que terminar nuestro «hablar sobre Dios desde la Biblia»:

Y EL DIOS DE PAZ, que levantó de entre los muertos a nuestro Señor Jesús, Pastor de las ovejas, magno en sangre de alianza eterna, os restaure en toda bondad para hacer su voluntad, activando eficazmente en nosotros lo que es agradable delante de él por medio de Jesucristo. A quien sea la gloria por todas las edades de la eternidad. Amén (He 13,20-21).

Si este libro ha sido de su agrado e interés, la Biblioteca Menno le ofrece, por el mismo autor:

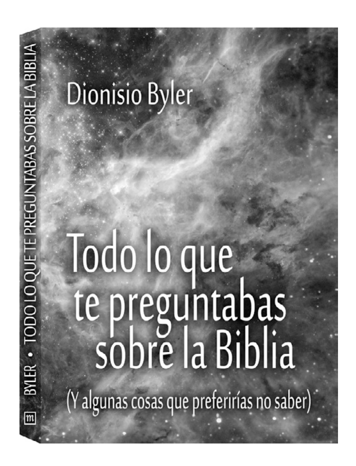


La autoridad de la Palabra en la Iglesia

El 1er libro de la Trilogía de Byler sobre la Biblia.

En las diferentes tradiciones protestantes o evangélicas, la máxima autoridad para sus doctrinas y su práctica está en la Biblia. Pero, ¿cómo funciona esa autoridad? ¿Cómo ejerce autoridad hoy una colección de textos escritos hace miles de años?

El autor opina que la autoridad de cualquier texto es inseparable de las personas que los reconocieron como sagrados y de quienes hoy los interpretan. Pero en última instancia, la máxima autoridad para la iglesia tiene que ser Jesús, a quien la Biblia misma conoce como «la Palabra».



Todo lo que te preguntabas sobre la Biblia

(Y algunas cosas que preferirías no saber)

El 2º libro de la Trilogía de Byler sobre la Biblia.

Aunque seguramente no todo lo que todo el mundo quisiera saber, este libro sí trae mucha información de gran utilidad, tanto para los que tienen el hábito de leer la Biblia, como para los que todavía no hayan adquirido ese hábito.

Una de las aventuras más emocionantes del saber humano es descubrir sus secretos y procurar desentrañar cuál pueda ser su mensaje para el siglo XXI.

Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, los escritos de la Biblia son el punto de partida para la reflexión humana sobre Dios y sobre el sentido de la vida en clave cristiana. Hay, por supuesto, otras formas de hablar acerca de Dios, que la de tomar los escritos bíblicos como punto de partida. Hay también otras muchas clases de información que es posible aprender de la Biblia, aparte del conocimiento de Dios.

Este libro, sin embargo, procura limitarse a estas dos cosas. Hablar sobre Dios. Hacerlo a partir de los textos bíblicos.

Aceptado el reto, sin embargo, rápidamente descubrimos que es imposible hablar sobre Dios desde la Biblia, sin que se nos cuele todo el universo. Es imposible, por ejemplo, hablar del Dios de la Biblia sin hablar de lo que significa relacionarse con él y relacionarnos unos con otros. Después de todo, la primera clave que nos aporta la Biblia para entender a Dios, es contarnos que nosotros fuimos hechos como él es.

Dionisio Byler es profesor de Biblia y Griego en la Facultad de Teología SEUT (El Escorial, España). Ha escrito varios libros y cientos de artículos breves de pensamiento cristiano. El presente libro concluye su Trilogía sobre la Biblia, cuyos otros componentes son: *La autoridad de la Palabra en la Iglesia* (2002), y *Todo lo que te preguntabas sobre la Biblia (Y algunas cosas que preferirías no saber)* (2010).

